

Índice

Portada	
Cita	
Dedicatoria	
Cero- El fin	
Prólogo	
Uno- La espada	
Formación (293-296)	
La primera sangre (296-297)	
Las persecuciones (303-304)	
Dueño de su propio destino (306)	
Dos- La corona	
El señor de Occidente (306-312)	
El Edicto de Constantino (313)	
Licinio (315-324)	
Tres- La cruz	
El Concilio (325)	
Tierra quemada (326-336)	
Cuatro- El inicio	
Agua Santa (337)	
Nota del autor	
Agradecimientos	
Notas	
Creditos	

Con todo, considero necesario dedicar a la memoria de este soberano tan caro a Dios, a través de la escritura, un retrato que asemeje a una representación pictórica, exculpándome así de la acusación de mezquindad y pereza.

EUSEBIO DE CESAREA,
Vida de Constantino, I, IO, I

*A mi hermano Luca, el verdadero historiador de
la familia*

*A Alberto y a sus preciosos ojos, que brillan
cuando hojea un libro*

Cero

EL FIN

Prólogo

[...] yo lo he sido todo y, sin embargo, nada me deleita.
Atribuido a SEPTIMIO SEVERO

Nicomedia, 22 de mayo de 337 d. J.C.

El viento sabe a sal. Una luz de alabastro entra por las ventanas. El Imperio, allí fuera, está con el corazón en la boca. Se pone el sol. Es el fin de una vida entera.

Constantino observa la púrpura arrojada en el suelo, lleva puesta una túnica blanca, ligera como el siroco. Se mira las manos. Unas manos que han sostenido el mundo, ahora apenas útiles para agarrarse a la silla que está junto a su cama.

Vacila. En su cabeza se agolpan la fiebre y los pensamientos. Ve su imagen reflejada en los húmedos ojos de Eusebio.

El obispo parpadea y lo observa como si admirara un prodigio. Como si Cristo hubiera descendido a la tierra.

Constantino nunca ha soportado su semblante contrito, esas delicadas manos de costurera, su contención a media voz. Y ese insoportable hedor a arrianismo que no consigue sacarse de encima.

—Sujétame —le ordena—. No quiero morir sin antes ver otra puesta de sol.

Eusebio inclina la cabeza. Aferra las muñecas huesudas del emperador, lo sostiene como si fuera de arcilla.

Constantino rodea los hombros del arzobispo. Ya casi no le queda ni aliento en el cuerpo.

El ajimez que da a Occidente regala una visión que corta la respiración: oro y rojo hasta donde se pierde la vista. Agua y viento impregnado de sol. Un cuadro de fuego desgarrador.

—¿Es esto, pues, lo que me espera entre los brazos del Altísimo? —La

voz del augusto suena decepcionada—. ¿Belleza sin fin?

—Y mucho más, mi señor. Dios Padre te acogerá en su corte, morarás con los espíritus electos, contemplarás su rostro, compartirás su mesa.

—Eusebio está en éxtasis, intenta mostrar desenvoltura.

Se acerca el momento. El santo emperador está a punto de reunirse con Dios.

Y la Providencia lo ha elegido precisamente a él, al hijo de un vulgar campesino de Palestina, para presenciar el milagro.

«Dios Padre es verdaderamente misericordioso.»

A Constantino le acomete un acceso de tos. Manchas rojizas salpican el pavimento, sombras oscuras empañan la seda episcopal, convulsiones, hipidos, risotadas asfixiantes.

—Claro, ¿cómo no? Me sentaré a su derecha...

Eusebio lo sostiene: brazos, codos y espíritu. Ayuda al viejo soberano a sentarse en la cama. Le limpia la frente y la boca con un paño de lino humedecido. La sangre que tiñe el agua marca un ritmo de segundos eternos.

Eusebio lo tranquiliza.

—Mi señor, que el Altísimo me perdone mi desvergüenza, en verdad serías digno de ello. Has dedicado la vida entera a Dios. A su gloria y a su pueblo. Tú mereces la gracia eterna más que cualquier otro...

Constantino sacude la cabeza. Respira.

—No, cura, te equivocas. El Reino de los Cielos está cerrado con doble llave para los que son como yo. Una losa de horror me comprime el alma. Y hasta que no me haya librado de ella, no habrá salvación alguna...

Eusebio se pone en pie de un salto, suelta la mano de su amo. Reacciona, después de que esas palabras duras como rocas lo hayan puesto en su sitio.

—Mi señor, perdona a este servidor distraído e inconsciente. Me superan las emociones y me olvido de lo evidente. Todo está listo para el bautismo, podemos empezar en seguida.

Y, sin ni siquiera acabar la frase, rodea la cintura de Constantino. Intenta volver a levantar de la cama sus exhaustas caderas.

Pero el emperador lo aparta de mala manera, sacude la cabeza cana.

—Mantén las manos en su sitio, cura. Y no te molestes, todavía no es la hora de las abluciones. No estoy hablando del pecado original ni tampoco de

todas esas memeces que he susurrado en los oídos de los confesores...

Los ojos del emperador llamean.

—¡Hablo de sangre! ¡Un mar de sangre inocente!

Eusebio se aparta de él. Las palmas le arden.

El emperador continúa, entrelaza los dedos, se frota antiguas asperezas.

—En nombre de la mayor gloria de Dios y de la libertad del pueblo cristiano he matado, engañado, saqueado y pasado por hierro y sangre a la mitad del mundo conocido. He visto la cruz manchada de la sangre de los infames. Y la he ensuciado con la de los justos. Lo que tú llamas gracia, Eusebio, yo lo llamo oportunidad. Lo que tú llamas libertad, yo lo llamo guerra.

Eusebio ahora no aparta los ojos de los del agosto. El azul se precipita en el negro sin fondo.

Una tenue luz atraviesa a Constantino. Una sombra fugaz que le cambia el humor de un soplo. Aferra al obispo por la pechera. Le desgarras el verde de la vestidura sin dejar de mirarlo ni un segundo.

—Éste es el fin del camino, viejo. No hay vuelta atrás. Durante toda mi vida he creído que Él no me miraba, que sólo veía lo bueno e ignoraba el horror. Pero hoy sé que no es así. Moriré esta noche. Constantino el Grande abandonará el mundo después de haberlo unido. Pero de nada habrán valido los esfuerzos, la fe, los muertos y el tiempo desperdiciado, sin la Verdad.

Los ojos del emperador emanan lucidez.

—Por eso te he hecho llamar, amigo mío. Quiero que tú sepas todos los detalles. Que Dios Padre escuche lo que tengo que decir. Cada uno de los pasos que he dado para llegar hasta aquí. Cada sacrificio, cada batalla. Cada tropelía. Todo lo que tiene que ir a parar a la balanza. Entonces, sólo entonces, cuando hayas escuchado... —la voz baja un tono— y cuando Él haya terminado de pesar... —un suspiro—... serás libre de bautizarme.

El corazón de Eusebio deja de latir por un instante.

—Pero tal vez, en ese momento, ya no te queden demasiadas ganas de preocuparte por el agua bendita...

El emperador se acomoda sobre el lecho. Endereza la espalda y reposa su cabeza atormentada. El obispo coge un sillón y lo arrima a la cabecera.

Constantino empieza la narración.

El tiempo se detiene, se desliza hacia atrás. Son historias de arena, sol y

tierras lejanas.

Eusebio bebe cada palabra de los labios agrietados del viejo.

El viejo hablará durante horas.

Allí fuera, en el puerto, un cielo de lava se funde en silencio con el mar helado.

La última noche ha llegado.

«Siempre llega.»

El fin acaba de empezar.

Uno

LA ESPADA

Formación

(293-296)

Lejos de casa

[...] desde su juventud este hombre se abría paso en la sangre como si
fuera un rayo [...]

EUSEBIO DE CESAREA,
Vida de Constantino, I, 7, 2

De camino hacia Nicomedia, verano de 293 d. J.C.

—¿Hemos llegado?

La voz de Constantino es fresca como el agua que le resbala por la barbilla. Resopla y el sudor le cae por la frente. Tiene las mejillas encendidas y ni sombra de pelo. Es la enésima vez que repite la pregunta.

Constancio, su padre, acaricia la cabeza del caballo bayo que lo lleva en su grupa desde hace muchas leguas. Lo observa mientras éste abreva con entusiasmo. Escucha cómo el líquido corre por su interior, los ollares bufando.

Después, sin volverse siquiera, contesta por enésima vez:

—Cuando lleguemos ya lo verás, tranquilo. Esos ojos tuyos de pícaro no han visto nunca nada parecido al fulgor de Nicomedia.

«Nicomedia la esplendorosa.»

En la cabeza del muchacho era poco más que un sueño al amanecer.

Constancio arregla la herradura de un casco del caballo, propina un par de martillazos bien dados. El animal no reacciona, sigue atragantándose en el abrevadero.

El sol se está poniendo. Dentro de pocas horas hará falta forraje.

Constantino desmonta de la grupa, desentumece las piernas manchadas de tierra y de barro, y se estira como un gato con los primeros rayos de sol.

Todas las casas de postas se parecen: mercaderes soñolientos, soldados borrachos, túnicas sucias de polvo y de millas. Y vino de malta mediocre, chicas marchitas de caderas anchas, buenas para llevar los cuencos y levantarse el vestido sin mirarte nunca a los ojos.

Olor a sopa, chispas en el aire, humo ligero.

Constantino tiene una sonrisa cargada de esperanza, es la primera vez que viaja con su padre. Es la primera vez que no duerme en casa durante dos noches seguidas.

En verano, en los bosques en los que ha crecido, hay veces que para cazar un jabalí se necesitan más de dos puestas de sol. Y por la noche hay que apañarse con un pequeño fuego y una manta de estrellas.

Pero la hoguera y la tierra batida de la era siempre están a tiro de piedra. Y él tendría suficiente con echarse a correr para volver a ver los ojos azulados de su madre, para sentir su olor a leche, menta y cansancio. Para dejarse alborotar los rizos, a pesar de que la edad para quedarse pegado a las faldas de Elena ya hace tiempo que ha pasado.

Elena es la responsable del oro que tiñe los cabellos de Constantino, de su rostro dulce y sobrio, de esas piernas largas. Ahora mucho más largas de como eran hace un par de años.

—Cuando acabe el verano serás más alto que tu padre —le parece oír decir a su voz amable, en medio del alboroto del establo público y los bramidos de la soldadesca.

Constancio, cuando la oye hablar, sonrío y no dice nada. Se limita a menear la cabeza pensativamente. A flexionar su cuello de toro, de Oriente a Occidente.

Es el mismo cuello del muchacho. Los mismos hombros. Que lo hacen parecer un hombre aun cuando no hace ni diez lunas que le despuntan algunos pelos en las axilas.

Constantino sigue a su padre entre el gentío de la posada, lo observa impartir órdenes secas al mozo de cuadras, intercambiar ases y sestercios por animales descansados. Es tan rudo con los hombres como gentil con las chicas. Nunca dice una palabra de más, nunca levanta la voz. Trata a las *stabulariae* como mujeres de verdad.

A cambio recibe sonrisas y propuestas que rechaza sistemáticamente.

Padre e hijo se sientan en un rincón. El resto de los viajeros atesta el interior de la hospedería y el exterior. Eructos de cerveza, barbas mugrientas; manos sucias sirven pan duro como el metal. Goterones de sopa de verduras enlodan el suelo de madera.

La chica dice que se llama Ilva, les lleva dos escudillas humeantes y un

cuenco de cerveza. Tiene unos senos vistosos y los muslos firmes. Acaricia la barbilla lampiña de Constantino y se dirige a su padre:

—Noble señor, concédeme al muchacho por una noche. ¡Por cinco sestercios, mañana por la mañana te lo devuelvo hecho un hombre!

«¡Otra vez esa lata de convertirse en un hombre!»

Su padre no hace otra cosa que repetirle la cantinela desde que salieron. ¿No será ése el objetivo del viaje? ¿Pasar la noche con una *stabularia* sudada y marchita? ¿Así es como uno se «convierte en un hombre»?

Constantino espera que su padre rechace la oferta. Está aterrizado con la idea de quedarse solo con Ilva. Con esa boca demasiado ancha, las manos sucias... Y además, ¡maldita sea!, ¿de verdad era necesario hacer un viaje tan largo, cabalgar durante semanas entre el polvo, para pasar la noche con una mujer? A Constantino le gustaría decirlo fuerte y claro, gritárselo a la cara a la hija del mozo de cuerdas: «¡Ya hace tiempo que soy un hombre! Si es sólo por eso...»

Todas las noches que su padre está lejos, Constantino las pasa en el tálamo de sus mayores. Muy abrazado a su madre, Elena. Se duerme con las manos de ella en el cabello. Su agradable olor lo calma. Incluso después de haberse pasado el día corriendo detrás de ciervos y liebres.

Constantino entiende poco o nada de las cosas «de los mayores». Sí, precisamente él, que se está haciendo mayor a regañadientes. Primero las piernas y los brazos empezaron a alargarse en lo que dura una estación; luego los pelos, la voz, el ansia; y ahora esta maldita historia de la *stabularia*...

La verdad es que echa de menos a su madre. Su casa. Una nostalgia de la que no se puede hablar, no delante del hombre que lo ha puesto en el mundo y tiene en sus manos su destino y el de Elena.

—Tenemos que estar agradecidos a tu padre, Constantino. Otros, en su lugar, se habrían olvidado, nos habrían abandonado. Constancio, en cambio, nos lleva en el corazón. Siempre estás en sus pensamientos, hijo mío.

Sí, siempre en sus pensamientos.

«Y casi nunca en su vida.»

Constancio es un hombre de guerra, de honor y de política. Se ha hecho un nombre en la corte del emperador Diocleciano. Años atrás echó al usurpador Carausio de Britania y el augusto lo recompensó nombrándolo César. Así fue como el joven oficial se convirtió en señor de las tierras del

norte. Y debió de ser precisamente entonces cuando Diocleciano lo cogió aparte y le susurró:

—Muchacho, ahora tienes un nombre que defender y la responsabilidad de honrarlo con una descendencia digna.

Como diciendo: «Olvídate de Elena. Olvídate de esa campesina iliria. A fin de cuentas, si nunca la has convertido en tu esposa por algún motivo será, ¿no? Yo sé lo que te conviene... ¡una mujer de tu rango!» Es decir, Teodora, la hijastra de su viejo conmitón Maximiano, augusto imperial como él y además su corregente.

«Decir que no al emperador equivale a suicidarse», eso es lo que oyó decir Constantino.

Constancio no dijo que no. Aceptó los honores, las tierras y una esposa recién salida del horno. Dejó Iliria, sus bosques y la brisa del otoño que sopla de poniente. Se trasladó al norte, donde el invierno dura tanto que el verano parece un don divino.

Después, no contento con eso, se hizo a la mar y se fue a vivir donde sólo hay bárbaros y cabras. Donde los hombres van a la guerra con el culo al aire y las mujeres sirven intestinos de oveja rellenos de mierda para cenar.

Eso es lo que oyó Constantino.

«Así se lo contaron.»

Y él se lo cree. Pero en el fondo, ¿él qué sabe? Era sólo un niño cuando Constancio le dio la espalda. Aunque, a pesar de tener cuatro años recién cumplidos, ya sabía que no merecía la gloria. Era el bastardo del emperador de reserva.

«Prácticamente un huérfano.»

Incluso se lo gritó a su madre a la cara.

Una noche, tendría unos diez años, ahogado por el llanto, no podía dormirse.

—¿Por qué lloras, hijo mío?

—¡Porque soy un bastardo! ¡Todo el mundo lo dice! —se lamentaba.

Una nube de hierro atravesó los iris de Elena.

—¿Quién lo dice?

Constantino bajó el tono, acongojado por aquella palabra.

—¡Lo he oído en la puerta de la taberna de los Dioscuros! ¡La concubina de Constancio y su bastardo, que viven en la villa de la colina!

Su madre, con los ojos llenos de nieve, le soltó un revés.

Era la primera vez que le ponía la mano encima.

La miró sin verla. Sin entender.

La expresión de ella seguía allí.

Hielo y fuego.

—No vuelvas a repetir esa palabra. Ni siquiera te atrevas a pensarla, ¿me has entendido?

Constantino se pasaba la mano por la mejilla. Había dejado de llorar. Tenía miedo incluso de respirar.

—¡Los bastardos no viven en magníficas villas en una colina! ¡Los bastardos no poseen esclavos y sirvientes que los acompañen al mercado! ¡Los bastardos no tienen establos llenos de caballos ni la despensa repleta de provisiones!

Constantino estaba desorientado. Se masajeaba la mejilla roja. Con sus grandes ojos abiertos de par en par.

—Los bastardos están solos. Abandonados por todos.

«Visto así...»

Constantino parpadeó.

La voz de su madre se había hecho más dulce.

—Pero tú no estás solo. Me tienes a mí, siempre estaré contigo cuando me necesites. Y tienes a tu padre. Tanto si te gusta como si no, tu padre no te ha abandonado. No puede estar siempre a nuestro lado porque es un hombre importante. Muchas vidas dependen de su trabajo pero, aunque esté lejos, eso no significa que te quiera menos. ¿No ves su mirada cada vez que viene a visitarnos? ¿La ves o no?

Constantino la veía. Claro que la veía. Y ver marcharse esos ojos fuertes y llenos de felicidad era parecido a morir.

«Cada maldita vez.»

—Tu padre ha elegido, Constantino. Ha elegido hacer lo que es justo, en vez de lo que es fácil. Aprende del hombre fuerte que te ha engendrado, hijo mío. Aprende de prisa porque, antes o después, esa elección tendrás que hacerla tú.

Después de aquella frase que sonaba como una amenaza, Elena lo abrazó. Un poco más tarde Constantino se durmió. Al día siguiente, al despertarse, Constancio apareció en el umbral, con la lorica bien colocada, el

yelmo al lado y un arco de plátano de Oriente completamente nuevo con el nombre de su hijo grabado a fuego. Un regalo que le ofrecía con su habitual y magnífica sonrisa.

No hubo más lloros desde aquella noche.

Constantino no quería herir a nadie. Ni a su madre, que lo adoraba como una vestal al fuego sagrado, ni a su padre, tan justo como, a fin de cuentas, bueno.

Y así fue creciendo, día tras día, ese muchacho con el cuello demasiado grande y el rostro tan bello como el del dios Apolo. De día, cazando en los bosques de la finca familiar o en la escuela de retórica. De noche, todas las noches que Elena estaba sola, durmiendo entre los finos brazos de su madre. De vez en cuando salía a cabalgar con Constancio, cuando regresaba de alguna campaña, hasta el límite de la ciudad. Manteniendo los talones bajos, tal y como él le decía.

Ésta fue la vida del muchacho hasta hace unas semanas. Hasta cuando ese padre justo pero nada fácil regresó para quedarse más tiempo de lo acostumbrado.

Estuvo horas hablando con Elena. Y una mañana, sin previo aviso, le ordenó recoger sus cosas y darle un beso a su madre. Irían cabalgando hasta Nicomedia, la ciudad revestida de oro.

De ese modo, por fin, el pequeño bastardo se convertiría en un hombre.

Constantino ha hecho lo que le han ordenado. Quiere mostrarse fuerte, estar a la altura. De modo que se traga el nudo que tiene en la garganta e intenta no pensar más en Elena.

Pero cuando Ilva y sus uñas negras lo tocan, un escalofrío de asco le recorre los huesos. Cuando ella se agacha y muestra ese pezón enorme, deformado por demasiadas bocas que alimentar, a Constantino le entran ganas de salir corriendo.

Se queda en silencio, sin rechistar. Entonces su padre sonrío a la chica. Le susurra algo al oído y sacude la cabeza. Ella se ruboriza, insinúa una reverencia, se mete otro par de ases en el bolsillo y se quita de en medio.

«Ha pasado el peligro.»

Constancio despeina los cabellos de oro de su hijo. Aunque advierta su cara enrojecida, no lo da a entender. Como siempre, dice poco con las palabras y mucho con los ojos. «Relájate», sentencian.

Lo peor todavía está por llegar.

Otra semana a caballo. Más millas, más polvo. Más sudor.

Hasta que, una mañana fría como el Orco, emerge Nicomedia la magnífica. Con sus muros contruidos por gigantes. Y soldados, un mar de soldados haciendo guardia.

Y con su puerta de entrada, tan alta como diez hombres o quizá más. Y sus calles, hediendo a vida y a odres de arcilla. Animales, chiquillos, hombres encadenados arrastrados como animales. Carros con unas ruedas enormes tirados a toda velocidad.

Constantino tarda un poco en reaccionar.

Todo es gigantesco.

Pero pronto, demasiado pronto, aparece una sorpresa todavía mayor que lo atraviesa. Mientras desmonta del caballo y se deja conducir por los doríforos hacia la silueta luminosa del palacio imperial, su padre deja de seguirlo. Se queda en la silla, se seca la frente y no para de mirarlo.

Tiene *esa mirada*. La mirada que pone antes de irse. Pero es absurdo, acaban de llegar.

Constantino les pide a los soldados que se detengan. Lo llama.

Constancio no contesta. No se apea de la grupa del bayo.

Constantino corre a su lado, comprende lo que va a suceder y no se lo quiere creer. Constancio finalmente desmonta, coge la cabeza de su hijo entre sus manazas.

Mirándolo a los ojos, le explica exactamente lo que ocurre. Habla con calma, midiendo cada sílaba.

Cuando termina, Constantino siente que las lágrimas le están a punto de brotar, tiene un nudo en la garganta. Se esfuerza por dominarse, a duras penas consigue esconder la tristeza en el fondo del estómago.

Mira cómo Constancio monta en su silla y desaparece entre una nube de polvo dorado.

—Sé fuerte, hijo mío —le ha dicho el César de Occidente—. De ahora en adelante ésta será tu casa. Una nueva familia y un padre misericordioso te aguardan al otro lado de los muros. Aquí recibirás la instrucción de un príncipe y la educación de un guerrero. En esta tierra de oro, por fin, te convertirás en un hombre.

Constancio ha tragado saliva y hiel. Sus ojos no estaban secos como siempre, él tampoco es invulnerable, después de todo.

—Y entonces, hijo mío, sólo entonces, podremos estar juntos. Esta vez para siempre.

Si le arrancaran el corazón sentiría menos dolor.

Constantino está a punto de ceder. De correr detrás de Constancio. De ponerse a gritar.

Justo en ese instante una grosera carcajada lo golpea en la nuca como una bofetada. Se vuelve de golpe, apunta la mirada al oeste.

Entonces lo ve por primera vez.

Una silueta oscura y colosal oculta la puesta de sol. Cráneo rasurado, hombros poderosos, aliento a cerveza y manos de titán. El índice y el pulgar le pellizcan la mejilla derecha.

La presión le enrojece los carrillos, el dolor le enciende el cerebro, Constantino se pone en guardia. Se aguanta las lágrimas. El gigante ríe sarcástico.

En el horizonte, sol y arena amarilla.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿No te pondrás a gimotear como una mujer?

—La voz es de tierra arrasada. De huesos rotos.

—N-no, claro que no.

Constantino se traga su tristeza, mientras el coloso sonrío y lo mira fijamente a las órbitas de los ojos.

—Ten presente lo que te digo, Constantino. Recuérdalo siempre. Ahora tú no vales nada. No tienes instrucción, ni carisma. No conoces el mundo, muchacho, no sabes nada de la vida. Prácticamente me sirves menos que mi sombra. Al menos a ella la llevo siempre pegada al culo.

Hace una pausa para asegurarse de que el joven ha captado la idea.

El hijo de Constancio asiente poco convencido. No tiene ni idea de adónde quiere ir a parar ese energúmeno, pero se queda callado. Tiene demasiado miedo.

—Hoy no vales nada, pero tan cierto como que el sol sale cada mañana por Oriente, que yo haré de ti un emperador.

Constantino intenta disimular la sorpresa, pero se atraganta. Empieza a toser, con el corazón desbocado.

El ogro escudriña su rostro.

—O te mataré en el intento...

Se echa a reír de nuevo. En la boca sólo se le ven un par de dientes maltrechos.

«La sangre.

»Helada.

»En las venas del muchacho.»

Antes de encaminarse hacia el palacio y de empujar al hijo de Constancio para que haga lo mismo, el gigante le revuelve el pelo con su enorme mano.

Constantino se da cuenta de que lleva el sello con el Águila en el dedo índice y comprende que se halla en un lugar especial.

El más peligroso. El más codiciado del mundo.

Diocleciano, el Augusto Supremo, el Máximo Tetrarca, el emperador de los emperadores, le acaba de dar la bienvenida a su corte.

El águila y el jabalí

Ya hacía bastante tiempo que la verdadera Roma no se encontraba sobre siete colinas [...] sino en los valerosos barrios de los generales romanos [...] Éstos forman, desde ese momento en adelante, un Senado con armas y corazas que se propagó por todas las provincias limítrofes.

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Nicomedia, a la mañana siguiente

Constantino, como siempre, se despierta con las primeras luces del alba. Pero quien lo recibe no es el silencio del bosque ni el de la calle. No se oye el gorjeo de los petirrojos ni el crujido de las hojas. Nicomedia es una orgía de voces.

Abre los ojos como platos, se frota la cara y corre hacia la ventana.

—¡Alastor el nómada! ¡El terror de la arena! ¡Admirad su vigorrrr!

El grito lo arrolla como un cubo de agua helada. Procede de un enano sin pelo, de barbilla rolliza y una voz desproporcionada a su tamaño. Lleva una túnica de cuero demasiado estrecha, parece un odre reventón.

Junto al tiparraco hay un ser espantoso, de siete pies y medio de altura, con piernas y brazos como troncos, un pecho inmenso, la cabeza minúscula, labios oscuros y frente baja.

Diríase que es un hombre, un hombre enorme y aterrador, si no fuera por el color de su piel, negra como la noche.

Constantino está convencido de que se trata de un truco. Probablemente el enano que grita lo ha pintado así para que infunda terror. Su padre Constancio le contó que, en la guerra, los Pueblos Rubios se pintan la cara antes de cada batalla. Cuando se arrojan al ataque parecen demonios de Plutón.

Pero una cosa es la cara y otra el resto del cuerpo... ¿A quién se cree que se parece?, ¿al cuervo de Apolo? Constantino coge la palangana llena de agua y se precipita afuera saltando por la ventana. Con la cara astuta de quien ya lo sabe todo. Sin decir ni una palabra, se acerca al monstruo encadenado y le echa toda el agua encima. El monstruo se vuelve, ruge y tensa las cadenas.

Constantino no tiene miedo. Él es así, cuando se le mete algo en la cabeza no hay manera de hacerle desistir. Entonces observa el pecho del monstruo, espera ver la pintura derritiéndose, el negro mezclado con el agua escurriéndose y mostrando el rosa de la carne.

«Pero eso no sucede.»

El monstruo pierde el control, intenta arrojarse sobre él mientras el enano gordinflón se vuelve de golpe y utiliza las cadenas como riendas, tira de ellas con todas sus fuerzas intentando contener su furia.

Le planta cara.

—¿Qué te ocurre, muchacho, te has vuelto loco?

Pero Constantino ni siquiera lo oye. Se acerca, evitando los golpes del titán. Rápido y preciso, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que esquivar tortazos, alarga la mano. Por fin lo toca, frota el índice y el dedo medio sobre la piel mojada. Frota más fuerte, rasca con las uñas.

«Nada.»

Ni rosa, ni piel, ni pintura que destiña. El único resultado que consigue es el de enfurecer al nómada. Pero en el momento en que descubre lo increíble —¿un hombre con la piel negra?!— ya es demasiado tarde. Se le pone la piel de gallina, pierde la lucidez. El monstruo le propina un derechazo en la cara y lo arroja al suelo.

«Qué daño...»

Cuando se recupera, una sombra se cierne sobre él. Más grande que el nómada. Tan grande que oscurece el sol.

El dolor en la mandíbula y el miedo que le ha provocado el descubrimiento no son nada comparados con la vergüenza que siente el muchacho cuando el emperador Diocleciano se le acerca con su habitual expresión burlona.

—Mira por dónde... Parece que el hijo predilecto de Iliria prefiere a los sementales africanos que a las bonitas potrillas del Ponto. Ya me dijo tu padre que eras raro, pero juro por Hércules que no me esperaba nada parecido...

Le ayuda a levantarse. Constantino se hace más y más pequeño.

El primer día de su nueva vida acaba de comenzar. Todavía no es la hora tercia y el hombre más importante del mundo ya se ha reído de él.

Nicomedia es el centro del cosmos, Constantino está seguro de ello. Sus ojos están saturados de colores, caras, vestidos. Camina a paso ligero al lado del emperador mientras mastica un extraño pan pegajoso y tostado en unas brasas; Diocleciano le ha cogido uno para él en el horno de la esquina y, ante la reverencia de la joven hornera, ha sonreído, enseñando un par de dientes. Sencillamente es la cosa más rica que el muchacho haya comido nunca. Sabe a sal, a mar. A aire fresco y a futuro.

Diocleciano habla en voz alta, con el tono de quien no teme a nada. Le gusta explicar cosas, se nota a una milla, y a Constantino, tiene que admitirlo, le encanta escucharle.

—No te tomes a mal lo del númera. Me he reído un poco de ti, pero tenías razón. Dan un miedo tremendo, especialmente si te encuentras delante a un ejército entero de ellos en plena noche. Salen de las tinieblas como espectros, sin previo aviso. La primera vez que me los crucé tenía unos pocos años más que tú. Servía en la Primera Cohorte Hispánica de África y me mandaron de avanzadilla para ver por qué lado nos podían atacar esos canallas. Había desembarcado hacía un par de días, no sabía prácticamente nada del mundo. Mis compañeros hablaban de los demonios oscuros con los que nos íbamos a enfrentar, pero pensaba que era una de esas historias que se cuentan para asustar a los reclutas. Bien, me equivocaba. Cuando los negros aparecieron por las dunas, cuando me encontré delante de las narices esos dientes blancos y esos ojos llenos de sangre, me meé. No bromeo, me empapé la túnica y las cáligas. Durante semanas mis conmlitones me llamaron Nilo Amarillo...

Al chico se le escapa la risa. Se arrepiente casi inmediatamente, pero la mirada de Diocleciano lo perdona al instante. Constantino está feliz. Tampoco echa tanto de menos a su madre, ahora.

Diocleciano lo reprende:

—Ríe, haces bien en mofarte... En esa época yo no era Diocleciano, el Máximo Tetrarca, y la gente no se inclinaba a mi paso. Sólo era Diocles, el hijo de un campesino dálmata, demasiado pobre para transformar ese pañuelo

de tierra que tenía frente a la barraca en la que vivíamos en comida para todos. Éramos muchos de familia y yo fui el último en llegar. Lo cierto es que no había espacio para mí. De modo que mi padre, en cuanto tuve edad, me dijo lisa y llanamente que me buscara un oficio. Miré a mi alrededor y sólo vi miseria y hambre. Opté por hacerme soldado porque no había otra cosa para elegir.

Constantino se ha terminado su pan sazonado. Se limpia las manos en la túnica. Nicomedia, con sus tiendas de vino y piedra seca, sus mujeres con los hombros al aire y las tabernas llenas de gritos desde primera hora de la mañana, continúa discurriendo a su lado. Jovianos y herculianos, los guardaespaldas del emperador, siguen al chico y al viejo soldado como una sombra. Mantienen a distancia a la muchedumbre que lo venera, propinan golpes certeros a los tullidos que piden limosna de rodillas.

Diocleciano está tan concentrado con su historia que ni siquiera los ve. Da la sensación de ser un hombre sencillo y sincero, de los que no pueden hacer más de una cosa a la vez: o narra o mira a su alrededor.

—Fue duro, no lo niego. Pero me hice un hombre y viajé por el mundo. Cultivé la disciplina, el honor, y aprendí a fiarme de mis hermanos de armas más que de mí mismo. A poner mi vida en sus manos sin dudarlo, a atacar de manera implacable. Los cien éramos como un solo hombre.

Constantino se siente inexplicablemente excitado, no sabe si es por culpa del pan sazonado, del frenesí de la ciudad o de las palabras del emperador. Él, tan poco inclinado a la charla, tiene muchas ganas de hacer preguntas. Se le escapa una algo impertinente, como un eructo después de comer, demasiado rápido para pedir disculpas.

—¿Y cómo te convertiste en emperador?

Diocleciano contrae los párpados por un segundo, como si el sol lo hubiera agredido por sorpresa. A continuación se detiene en medio de la calle. Tarda un segundo en lanzar una de sus acostumbradas risotadas terribles que hacen que todos se den la vuelta. Revuelve la cabeza dorada del muchacho y se para, deja de caminar. Ahora sólo habla:

—Bien, ésa sí que es una bonita historia... ¿Me estás diciendo que tu padre nunca te ha hablado de ello?

Constantino mueve la cabeza de izquierda a derecha. Diocleciano tiene una bonita sonrisa estampada en la cara. No le parece posible que haya alguien

que no conozca la leyenda. De modo que coge todo el aire que puede, tose un poco y lanza un escupitajo antes de empezar.

—Por lo que parece no me convertí en emperador por casualidad.

Existía una profecía...

Constantino no puede mantener la boca cerrada. Lo cierto es que no sabe por qué lo hace.

—¿Quieres decir que el oráculo te habló?

Diocleciano contesta rascándose la mejilla hirsuta.

—Bueno, no era exactamente un oráculo... pero sí, algo parecido.

¡Alguien profetizó mi brillante futuro en el trono de Roma!

Constantino insiste:

—¿Un adivino? ¿Un arúspice?

Diocleciano no puede ocultárselo más.

—Más o menos...

El muchacho está pendiente de sus labios y Diocleciano, ante esos ojos implorantes, cede:

—Una tabernera... —vacila durante un instante y luego añade, levantando las manos—: vidente...

—¿Una mujer?

Diocleciano asiente con gravedad.

—En el mercado.

Constantino se tapa la boca con las dos manos, le gustaría reírse. No debe reírse.

Diocleciano finge ignorarlo. Y mientras tanto se carcajea por debajo del bigote.

—Era suboficial, en esa época. Estábamos guarneciendo Tongres, un páramo difícil, con lobos y rubias que te hacían hervir la sangre. Estaba descansando, me habían asignado la supervisión de los suministros y estaba haciendo las cuentas del gasto del día cuando una vieja reseca me grita, sin venir a cuento: «¡Eres demasiado avaro!» Me vuelvo de golpe, la miro a los ojos y comprendo que no vale la pena enfadarse: «Seré generoso cuando me convierta en emperador», le digo. Y me vuelvo hacia el otro lado. La vieja rodea el mostrador de la bodega y empieza a tirar al suelo el vino y los cuencos. Me coge la mano, la aprieta entre sus escuálidos dedos y susurra: «No bromees.» Tiene la mirada seria. «Te convertirás en emperador cuando

hayas matado un jabalí.» Me quedé de piedra. Dijo la palabra «jabalí» en latín, quiero decir, marcando las sílabas: a-prum. Y luego se fue sin decir más. Desapareció en medio del gentío. La busqué por todas partes, pero nada, se había volatilizado.

Constantino flota en una burbuja de pura atención. No tiene ojos nada más que para el agosto.

Diocleciano prosigue.

—Ya no pude sacarme sus palabras de la cabeza. Desde ese día me pasaba todo mi tiempo libre detrás de jabalíes, facóqueros y cerdos salvajes. Cazaba durante horas, durante días si era necesario. Me quedaba apostado, afilaba las flechas, tendía trampas, pero, por mucho que me esforzara, no había manera. Una vez estuve cerca. Alcancé a un animal en la pata con un dardo sármata, pero siguió corriendo. Le estuve pisando los talones por el claro, al otro lado del río, dentro del espeso bosque, hasta que de repente se desvió a la derecha. Yo fui más lento, no estuve suficientemente despierto. Quizá estaba demasiado cansado. Me hice un desgarró en la pierna con una gruesa zarza... —Muestra la cicatriz de la pantorrilla, parece una culebra de agua—. Perdí mucha sangre. Por poco me dejó la piel.

A Constantino le gustaría pasar el dedo por la cicatriz. Nunca ha visto una tan grande.

Pero no osa ni respirar.

Diocleciano recobra el aliento. Mira al horizonte.

—Después de ese desagradable incidente decidí tomármelo con más calma. Todavía no podía quitarme de la cabeza la historia de aquella mujer y el jabalí, pero dejé de obsesionarme y recuperé mi vida. Luché en la guerra, derramé sangre enemiga y seguí sirviendo a Roma, para eso había venido al mundo después de todo. Y, un día, la vida volvió a sorprenderme.

»Sucedió hace nueve años. Precisamente aquí, en Nicomedia, la ciudad donde todo es posible. Créeme, hijo, ese día el mundo cambió. A pesar de que nadie lo admitirá nunca públicamente, y menos esos sucios gordinflones que se sientan en el Senado, Roma ya no es el centro del Imperio. No lo es ahora y no lo era hace nueve años, cuando tomé el mando. Hay demasiadas fuerzas en juego, el mundo es demasiado vasto. Perros rabiosos nos acosan en las fronteras, fieras sedientas de sangre conspiran a la sombra del Águila. Nadie, desde hace demasiado tiempo, sabe qué es la paz.

»Nueve años atrás, sólo diez meses después de su proclamación, el emperador Marco Aurelio Caro fue asesinado durante una campaña contra los persas. Por lógica, el trono tenía que pasar a sus hijos, ya elegidos césares: Carino señor de Occidente y Numeriano jefe de Oriente. Numeriano era un luchador como se ven pocos. Trajo las legiones de Persia a casa y limitó las pérdidas, pero un poco más y le cuesta la vista. Una extraña enfermedad exótica casi lo dejó ciego. De modo que, a su regreso a casa, no se dejaba ver demasiado y otorgó poderes de mando al prefecto de la guardia, Arro Apro. Grábate bien ese nombre en la cabeza, Constantino.

»Apro era su suegro. Pero también un animal sarnoso. Después de sólo veinte días de haber obtenido el poder, Numeriano fue hallado muerto en una litera. Ocurrió en aquella calle.

Diocleciano señala hacia Occidente. Se están acercando al palacio. Se han puesto de nuevo a andar, han caminado tanto que han acabado dando toda la vuelta.

—Obviamente Apro fue acusado del homicidio, pero antes de procesar a ese canalla había que encontrar un sustituto del emperador. Y, a pesar de que ya había un legítimo augusto, Carino, la asamblea del ejército me eligió a mí, el comandante de la guardia imperial.

«Pausa.»

Diocleciano advierte la expresión interrogante en la cara del joven.

—No pongas esa cara, Constantino, ya te he dicho que el mundo cambió. El Senado ya no se reúne para decidir la suerte de los súbditos de Roma. Ahora el Senado tiene espadas, escudos y cascos. El ejército, muchacho, derrama sangre por todos sus súbditos. Para que las mujeres, los niños y los viejos estén a salvo en sus bonitas casas. El ejército, hijo, tiene el sacrosanto derecho de decidir por quién vale la pena dejarse matar.

El muchacho está confuso, pero no se le ocurre abrir la boca.

—Recuerdo como si fuera ayer el momento en que me fue comunicada la decisión de la asamblea...

Diocleciano, Constantino y los guardaespaldas están delante de la escalinata del palacio imperial. El soberano señala los escalones. En la parte superior se yergue amenazador el monumento a los tetrarcas, una mezcla de cuerpos en mármol rojo.

—Estábamos justo aquí, en este punto. Apro desfiló encadenado por

delante de mis ojos. La guardia se lo estaba llevando a su celda, a la espera del juicio. Tuve una iluminación, toda mi vida pasó por delante de mis ojos como un relámpago: la reseca tabernera, el desgarró en la pierna, la sangre, el jabalí. Me quedé mirando a Apro y grité: «¡Éste es el asesino de Numeriano!»

Diocleciano levanta la voz, desenvaina la espada, veinte libras de metal de Bitinia resplandeciendo crueles bajo el sol del Ponto.

—Y luego le clavé la espada en la garganta. Hasta que la vida se le escapó entre los dientes.

«Joder...»

El emperador ha terminado. Se queda callado, está satisfecho de sí mismo, de su historia, de su reino. Se lee en su cara. Sin embargo, la mueca de Constantino refleja una duda. Tan grande que le hace abrir la boca de par en par y le hace parecer más tonto de lo normal.

Diocleciano espera a que el muchacho lo asimile, que comprenda la moraleja de la fábula.

Pasa un minuto.

«No hay manera.»

Espera un poco más.

Silencio y pico abierto.

Al final, el augusto resopla, abre los brazos y chilla:

—¡La profecía! Pero ¿me estás escuchando o no? La vieja dijo que no me convertiría en emperador si antes no mataba un aprum. Bien, pues un minuto después de la elección me encuentro a ese cerdo de APRO delante. Era a ese cerdo salvaje a quien tenía que degollar. ¿No lo entiendes? ¡Estaba escrito en las estrellas!

La expresión del muchacho no varía.

«No demasiado.»

Diocleciano sacude la cabeza. Coge a Constantino con su gigantesca mano derecha y lo arrastra hasta los escalones del palacio.

—¡Ah! Pero ¿para qué me molestaré en hablar contigo?

Una vez arriba, al hijo de Constancio le cuesta respirar. Observa la enorme masa del monumento a los tetrarcas. Jadea.

Diocleciano resopla paciente.

—Muchacho, es hora de que este viejo te enseñe algo sobre el mundo. Si no, el bueno de tu padre me lo echará en cara mientras viva.

El gigante y el chiquillo se encuentran ahora ante la Historia. El bloque de p^orfido que representa a los cuatro soberanos se alza amenazador.

Constantino, con los ojos muy abiertos como todos los malditos novatos, est^a punto de conocer el secreto del Imperio.

Los tetrarcas

No hay nada más difícil que gobernar bien.
DIOCLECIANO

Nicomedia, unos minutos más tarde

La escultura debe de pesar como media docena de caballos de carreras. La piedra es del color de la sangre, las siluetas están erguidas. Constantino puede notar las marcas del buril en los bulbos oculares, sentir el cincel modelando las mejillas, respirar el polvo del pórvido, todavía en el aire.

Hay cuatro hombres con armadura. Con espadas, mantos, coronas, barbas autoritarias y mentes feroces. Los hombres se abrazan, de dos en dos, como padres rudos con sus hijos varones. Erguidos, tensos. En cualquier caso, con la diestra en la espada. Para demostrar que la confianza es una palabra bonita, pero con el metal al alcance de la mano te puedes fiar más.

Diocleciano sube un par de peldaños. Golpetea el rostro lampiño del segundo hombre de la derecha.

—¿Lo reconoces?

El muchacho se rasca la nuca durante un instante de más, después la iluminación acude de golpe.

—¡Pero si es mi padre Constancio, César de Occidente!

Está a punto de lanzarse a tocar el mármol, pero no sabe si estaría bien y se queda a medio camino, parado bajo las miradas compasivas de los guardaespaldas del emperador.

Diocleciano tiene carisma de sobra al hablar:

—Así es, muchacho. Éste es el Imperio: dos augustos y dos césares que, unidos en un abrazo de guerra, conducen el destino de Levante y de Poniente. Galerio y yo donde sale el sol, Maximiano y tu padre donde se pone. El mundo está seguro en nuestras manos. ¿Y sabes por qué?

Constantino no lo sabe. Y en parte lo lamenta. La verdad, le gustaría mucho hacer un buen papel.

Diocleciano hincha el pecho. Tiene esa luz especial en los ojos.

—Porque todos mandamos, pero ninguno es el único soberano. El secreto para mantenerlo todo unido, muchacho, es dividirlo todo.

Constantino se toma un minuto para paladear las palabras del augusto. Nunca lo había pensado.

Pero ahora, frente al monumento a los tetrarcas, entiende qué es el poder. Y lo vasto que es el mundo.

Piensa en Constancio, señor de las tierras del norte. Y se queda mirando boquiabierto su efigie de mármol.

Diocleciano le dice:

—Tu padre es un gran hombre. Un general valeroso y un fiel servidor. Digno de confianza.

El viejo hace una pausa. Bebe de la cantimplora que lleva en la cintura; Constantino no puede ver si es agua o vino.

—¿Qué sabes de él, muchacho? Me refiero a si lo conoces de verdad. Te lo pregunto porque yo, de mi ilustre progenitor, sabía poco más que su nombre. Y cuando me marché no tardé mucho en olvidar el rostro de aquel pobre bastardo. Pero tu padre, ¡por Júpiter...! Tu padre es un héroe. Debe de causarte impresión...

Constantino no sabe qué contestar. Le duele admitirlo, pero no conoce al hombre que le dio la vida. La historia del héroe la ha oído mil veces: cazador de bárbaros y piratas, intrépido guerrero, asesino de salvajes.

El emperador, con una bella emperatriz a su lado. Pero, antes de todo eso, antes que el Imperio, la pugna, el prestigio, hubo una época en que Constancio era sólo un muchacho, un soldado como tantos, enamorado de una muchacha como tantas. De ese amor nació Constantino, el joven con un futuro esplendoroso y a quien todos, antes o después, se quitan de encima.

Elena le ha contado la fábula omitiendo los detalles. Ahora, en el umbral de la adolescencia, en el otro extremo del mundo, el hijo de Constancio está confuso. Abre su corazón al viejo emperador, le dice lo que nunca ha tenido valor de decirle a nadie:

—Yo no conozco a mi padre, señor. Estoy orgulloso de él. Y le estoy agradecido por todo lo que ha hecho por mí y por mi madre desde que nació.

Pero no sé quién es Constancio en realidad. Ignoro sus pensamientos, su educación, su historia. Me avergüenzo de ello, pero ni siquiera sé dónde se conocieron mis padres. Yo, hijo de César, no sé casi nada del hombre que me dio la vida.

Agacha la cabeza y siente que el pecho se le aligera. Nunca ha sido tan sincero, ni siquiera con su madre. Constantino ha crecido convencido de que las palabras están de más; que miradas, conducta, manos y abrazos bastan para decir la verdad. Pero la magia de Nicomedia ya se ha adueñado de él y no puede hacer nada por evitarlo. Ha ido a este lugar para aprender. ¡Y, diablos, en menos de un día ya ha aprendido a hablar! A preguntar. A ser curioso.

«Si eso no es un prodigio...»

Diocleciano se concede un instante para observar al muchacho, con esas piernas largas y esa mirada avispada y resignada. Busca, en la oscuridad de sus ojos, un reflejo del valor de Constancio. Y sólo encuentra la infinita dulzura de Elena.

Diocleciano posa la mano derecha en el hombro de Constantino, le hace una señal para que lo siga. Los dos pasan junto a los tetrarcas de púrpura sin apenas dedicarles una mirada. Se dejan engullir por los pasillos de palacio.

De pieza en pieza, el viejo emperador compone para el joven ilirio el mosaico que narra la gesta de Flavio Valerio Constancio, valiente súbdito de Roma, osado general, padre de familia, hombre justo y enamorado.

—¿Una *stabularia*? —La voz de Constantino es más chillona de lo que debería. Casi de falsete.

El augusto asiente con gravedad.

—Se conocieron en Drepanum, en Bitinia. En la hostería de tus abuelos. Por esa época, Constancio era poco más que un muchacho, el mejor primer centurión que nunca sirvió bajo mis órdenes. Todo un orgullo para la infantería, implacable con los enemigos, generoso con sus hermanos. Un ejemplo para todos.

»La legión se estaba abasteciendo en el corazón de la provincia, íbamos de regreso a casa. Tu padre siempre hablaba del viento de Iliria, de su fresca tierra frente al mar. Escucharlo era como respirar una bocanada de aire puro, especialmente en ese horno al que habíamos ido a parar. Era agosto, el más terrible de los meses.

»Recuerdo como si fuera hoy su mirada cuando la vio, la copa de vino de malta cayéndosele de las manos, las risas de los conmlitones. Tu madre siempre ha sido sublime. Tú has heredado su belleza, de eso no hay duda. Tenía el cabello como la seda, estaba esplendorosa con el vestido de dos sueldos que se ponía para trabajar. Cuando sus miradas se encontraron, Elena se olvidó de los pedidos, de los clientes de la taberna, del mundo entero. No existía otra cosa que los ojos de aquel muchacho. Un soldado sucio de barro y cerveza que no dejaba de mirarla.

»Desde aquel momento se volvieron inseparables. Al día siguiente, Constancio fue a hablar con el padre de ella. Tu abuelo tenía la sangre caliente, le dijo que por nada del mundo dejaría que se llevara a su hija un centurión salido de la nada: «¡Antes me dejo matar!» Y Constancio, puedes creerme, lo habría matado de buena gana.

»Pero Venus intercedió y no se derramó ni una gota de sangre. Intervino tu abuela, calmó al cabezota de su marido, escudriñó el corazón de su hija y se dio cuenta de que no podría hacer nada por entrometerse entre ellos dos. De modo que lo mejor era sacar el mayor provecho posible de aquel loco amor. Después de todo, para una chica de la condición de Elena, convertirse en concubina de un centurión era parecido a ganar una fortuna en el juego. Conocería mundo, dormiría en una bonita casa, comería pan de trigo dorado y carne de carnero en las calendas. Y, sobre todo, ya no volvería a ser la sierva de nadie. Excepto del hombre que la había salvado.

Constantino está de nuevo con la boca abierta. Le parece oír en su cabeza la cálida voz de su madre: «¡Ciérrala, borrico! ¡O se te llenará de moscas!»

—Así fue como tu preciosa madre se fue a vivir a Naissus. Así fue como la sangre de Iliria se mezcló con la de Bitinia para engendrarte a ti, mi joven amigo.

La cabeza le bulle.

Pero ¿qué clase de historia es ésta? Y, sin embargo, Diocleciano no es de los que cuentan patrañas. Entonces ¿por qué, maldición?

Constantino está confuso, en un segundo su mundo se viene abajo. Cruzan por su mente imágenes rapidísimas, demasiado rápidas para poder ponerlas en orden y entender algo: la mirada astuta de su madre, las manos que se seca de prisa y corriendo para recoger la comida que ha quedado en la

mesa, mientras las esclavas le imploran que no lo haga, que evidentemente no es tarea de la señora...

La voz gentil de Constancio con la chica de la casa de postas. Los denarios que se deslizan en los bolsillos de ella, su horrible seno desnudo asomando por el vestido. Ese nombre vulgar, la boca ancha, el trasero alto y firme. ¿Cómo se llamaba? Irna, no... Isca. Tampoco...

—¡Ilva! —grita Constantino sin pensar.

A Diocleciano se le salen los ojos de las órbitas.

El joven ilirio se pone nervioso, casi patatea, da saltitos con un pie y con el otro, incluso agita los brazos.

—No, o sea, en fin... quiero decir: ¿una *stabularia*? ¡¿Mi madre era una *stabularia*?!

De nuevo con la voz demasiado chillona. Esta vez incluso el joviano de armadura se permite una tos.

El muchacho está exagerando, pero el viejo no hace caso. Continúa asintiendo con su cabezota sin pelo.

—Prácticamente una meretriz. Es más, mucho mejor, una meretriz que sabe servir el almuerzo...

El puyazo le llega por la espalda.

«Inesperadamente, como una emboscada.»

Constantino, rojo hasta la punta de las orejas, se vuelve de golpe. La sangre se le sube a la cabeza, tiene muchas ganas de morder a alguien. Detrás de él hay un hombre de roca y viento frío. Tiene el rostro cincelado por el paso del tiempo, los ojos pequeños y crueles, la frente baja. La armadura surcada de polvo y sangre.

—Bienvenido, Maximiano. —La voz de Diocleciano descoloca de nuevo a Constantino. Se vuelve otra vez, desarmado en un segundo.

Los dos hombres se miran durante un instante infinito. Después se acercan con paso decidido, la diestra estrecha la diestra. Hasta el codo.

Diocleciano se dirige al muchacho con la sonrisa en los labios.

—Constantino, con un inmenso placer te presento a Maximiano, augusto de Occidente.

Entonces asesta un derechazo en el pecho del hombre de piedra, que lo encaja escupiendo una media sonrisa. Diocleciano está feliz, se le ve en la cara. Desenvaina el último par de dientes sanos.

—¡Bienvenido a casa, hijo de perra apestosa!
Constantino acaba de conocer al augusto número dos.
Y tiene muchas ganas de romperle los morros.

—Eres demasiado duro con el muchacho. La verdad es que Elena no es una cualquiera...

Diocleciano habla de Constantino y de su familia como si él ni siquiera estuviera allí.

Maximiano muerde una manzana con ahínco. Está recostado en el triclinio y ordena al copero que le llene bien el cuenco.

Es la hora del almuerzo.

El vino empieza a hacer efecto.

—Podría haberlo sido, pero ahora es una rica matrona de campo. Habría sido su destino si Constancio no la hubiera sacado de aquel agujero apestoso. Debería estarle agradecida. En vez de meter en la cabeza del pequeño bastardo que es especial. Después de todo, si fueran iguales que todos los demás, no los llamarían «ilegítimos». ¿No tengo razón, muchacho?

Constantino está a punto de estallar. Pero está convencido de que si dijera algo, su cabeza volaría hasta el fondo de la escalera, rebanada. O todavía peor, pegada al resto del cuerpo.

El augusto lo mira con ojos desafiantes, acaricia el pomo de la espada, se lo está pasando en grande.

«Ha bebido demasiado.»

Diocleciano interviene en la conversación. Le está hincando el diente a un enorme muslo de oca. Los jugos le embadurnan la barba rala.

—No le hagas caso a este viejo estrangulagallinas, muchacho. No aprendería buenas maneras ni aunque Júpiter bajara en persona a enseñárselas.

Maximiano se incorpora en el diván. El vino rebosa del cáliz.

Diocleciano ni siquiera lo mira.

—Ilegítimo o no, este muchacho será educado como el hijo de un César. Por eso su padre me lo ha confiado. La discusión se ha terminado, ¿está claro?

Maximiano bebe un largo sorbo de la copa; una vez vacía la tira al suelo y se pone rápidamente de pie sobre sus inestables piernas.

—¡A sus órdenes, general!

Diocleciano suspira, arranca otro mordisco de carne y lo engulle con

avidez.

—Sobre una cosa no hay ninguna duda, Maximiano es un hombre de honor. De honor y disciplina. No hay otro soldado en este asqueroso mundo al que confiaría más gustoso mi vida.

Constantino mira a los dos viejos emperadores. Las mejillas rojas de vino griego, una telaraña de arrugas alrededor de los ojos y cicatrices en los brazos y en las piernas desnudas. Se estremece al pensar en el río de sangre que habrá corrido por esas manos.

Diocleciano todavía no ha terminado.

—¿No sabes cómo se ganó los galones?

Después de ver que Diocleciano lo defiende, Constantino ya no siente tanta rabia hacia el hombre de piedra. Sus ojos pequeños y crueles, sin embargo, todavía lo asustan.

Y en medio de esa orgía de comida y vino, el muchacho tiene el estómago más cerrado que las puertas de Ilio.

En cualquier caso, no tiene ni idea de cómo lo hizo Maximiano para subir al trono de Occidente. Ni tampoco es que le interese mucho, pero ya sabe que Diocleciano no dejará escapar la oportunidad de contar otra historia.

Y ya empieza a prepararse, se limpia la boca con la derecha, abandona el muslo sobre la mesa. El eructo alcohólico es la señal de salida para que empiece el espectáculo.

—Hay una cosa que debes saber, jovencito: los galos, todos los galos, son unos miserables mentecatos, andrajosos y asquerosos que no sirven para nada, ¿está claro?

Constantino asiente.

Maximiano no es el único que ha empinado el codo.

Diocleciano sube el tono de voz.

—Hace unos ocho años, a esos despreciables labradores, de repente, se les metió en la cabeza que los impuestos que el Imperio legítimamente les pedía eran demasiado altos. Gritaban que el invierno había sido muy duro y la cosecha escasa. Hasta el punto de que era imposible sobrevivir y hacer frente a la deuda que tenían contraída con Roma. Yo contesté que del viento, de la lluvia y del sol que calienta la espalda son responsables Apolo y Aquilón, al igual que el excelente Júpiter decide cuándo es el momento de desencadenar una tormenta o hacer caer una lluvia fina como el cabello de un niño. «No sé

qué tiene que ver el emperador en todo este asunto del calor, el frío, la nieve, los chaparrones y los mensajeros», eso es lo que mandé decir a esos salvajes. «Roma no tiene por qué salir perjudicada si los dioses os odian hasta tal punto, tiñosos, que os castigan por vuestras fechorías y devastan con granizo vuestras cosechas...»

—¡Larga vida al emperador! —Maximiano levanta la copa. Se la bebe de un trago, es la sexta.

«Tal vez la séptima.»

Diocleciano se sirve de beber, pero no da ni un sorbo. Las palabras pueden más que el vino.

—Pero esos miserables no sólo dejan de pagar el dacio, encima empiezan a vagar armados por toda la Galia, sin ocupación y echando espumarajos por la boca como perros rabiosos. Enjambres de campesinos y pastores abandonan sus cabañas para ponerse a mendigar. Rechazados en todas partes y expulsados de las guarniciones urbanas, se unen en bandas: las bagaudas. Matan y devoran a sus propios animales, se arman con azadas y horcas, empiezan a recorrer el país a lomos de animales de tiro como hacen esos locos de las comedias.

Echa un trago, la garganta le quema por las ganas de continuar.

—Atacan las ciudades y cada vez más a menudo el populacho les abre las puertas de par en par. En poco tiempo, toda la Galia se vuelve loca y a esa muchedumbre tosca y maloliente se le mete en la cabeza que es la dueña del mundo entero. Un buen día de finales del verano incluso eligen a dos emperadores.

Constantino está mirando al soberano como si estuviera ante un loco. Diocleciano se da cuenta y echa más leña al fuego. Mientras tanto se sopla otro trago de tinto griego.

—¡Eliano y Amando, hijos de una sucia ramera sarnosa!

—Campesinos. Unos miserables sin honor ni gloria... —Ahora es Maximiano quien mete baza en la historia.

El augusto asiente y cierra los ojos.

—Ésa fue la gota que colmó el vaso. Se atrincheraron en una península entre dos ríos, desplegaron a centenares de pordioseros con azadas y horcas, y construyeron una fortificación sobre los restos de los muros de César. Fue entonces cuando decidí enviar a Maximiano.

Constantino deja escapar un suspiro. Le parece que hace un siglo que no abre la boca.

—¿Fue una lucha a muerte?

Los augustos se miran, entre los dos se abre un mar de vino y copas vacías. Por un segundo, en el palacio reina un silencio absoluto, después se echan a reír al unísono, con sus mandíbulas groseras, dentaduras rotas y restos de comida.

Constantino frunce el ceño. Pone mala cara. Una vez más los mayores se burlan de él, el almuerzo con los borrachos empieza a hacerse pesado. Tiene ganas de resoplar, de levantarse y volverles la espalda. De bajar corriendo la escalinata, perderse por las calles de Nicomedia y olvidarse de todo, de su padre, del Imperio, de los tetrarcas, del futuro. Pero, como siempre, lo único que hace es encerrarse en sí mismo. Y esperar a que los soberanos dejen de mofarse.

—A-algo por el e-estilo —tose Maximiano.

Diocleciano está cárdeno como el crepúsculo, Constantino más negro que un ojo morado.

El emperador se recompone. Y deja caer la sentencia final como una maldición.

—Primero exterminó la vanguardia, luego dejó los cadáveres al sol. Unos días después los echó a una fosa. Al cabo de unas semanas la peste se llevó a los más obstinados.

«Ahora el silencio es terrible.»

—Desde entonces, ningún galo ha osado no pagar los impuestos...

Hay tiempo para otro trago, para mirar al horizonte de fuego por el ajimez, mientras la barriga se hincha. Y el primer sueño de la digestión asalta la nuca y los párpados.

Constantino tiembla. Un escalofrío sudoroso le sube por la espalda.

Piensa en la muerte negra, en la sangre del Imperio. En la púrpura que llevan sobre los hombros los augustos y los césares. Entonces echa sus cuentas sin prisas. Se da cuenta de que falta una pieza. Y, sin pudor ni respeto por la edad, dirige la pregunta al emperador, ya claramente borracho y cansado de parlotear.

—Maximiano es el agosto de Occidente. Y mi padre Constancio, su César devoto. Diocleciano, el señor del Imperio entero y agosto de Oriente.

—Constantino traga saliva, hace acopio de valor—: ¿Dónde está tu César, mi señor? ¿Dónde está Galerio?

Es Maximiano quien responde. Observa en la cara del muchacho los restos de la expresión de disgusto que el asunto de la peste le ha dejado estampado, y con su firme voz de siempre, sus despiadados ojos de siempre, dice:

—Galerio... Si crees que este viejo soldado es duro con los enemigos de Roma, deberías ver de lo que es capaz Galerio...

La curiosidad de Constantino es más fuerte que el miedo a parecer fuera de lugar. Ahora ya lo ha comprendido, se comporte como se comporte, los monarcas seguirán tomándole el pelo.

—¿Dónde está el noble Galerio? ¿Él también está en la corte? ¿Podré conocerle?

Diocleciano habla con voz firme:

—Galerio es un fiel servidor de Roma. Está en el lugar perfecto para servir al Imperio...

Constantino parpadea, con los ojos atentos.

—En la guerra.

El rostro del emperador soldado es de metal.

Constantino siente otra vez el calambre en la base de la nuca, el escalofrío helado de la sangre.

—¿Cuándo podré conocerle? —insiste, más testarudo que una mula del Ponto.

Diocleciano ni siquiera le hace caso. Fija la mirada en su ciudad, al otro lado de la ventana, con el aire asfixiante de la tarde ardiendo en los pulmones.

—Cuando estés listo para combatir. —Se vuelve hacia él—. Y ahora basta de charlas, disfruta de la comida y del resto del día porque a partir de mañana no habrá más tiempo para chacharas. Cuando salga el sol empezará tu adiestramiento y hasta que Marte no se harte de tu sudor será la espada quien hable por ti.

Diocleciano no vuelve al triclinio. Se olvida de la oca, de la bebida, del Imperio. Desaparece por los pasillos del palacio seguido de cerca por su guardia de honor. Maximiano se levanta a su paso y va tras él después de echar una mirada al muchacho.

Constantino se queda solo en medio de la nada, con los restos de

comida, el ácido olor del vino, el sudor y el calor que se le pega en las axilas. Su respiración se hace más fatigosa de repente. Si cierra los ojos puede sentir alto y claro el grito del destino.

«Tiene miedo.»

Y al mismo tiempo ganas...

La llamada de la sangre no deja de golpearle las sienas.

Una educación militar

Fue apodado Trachala por la voz del pueblo.

Epitome de Caesaribus, 41, 16

Nicomedia, otoño de 293 d. J.C.

Valor, sudor. Pies descalzos sobre la arena.

El sabor a cobre de la sangre, el pecho arañado que abrasa como loco. Y la rabia, un manto rojo que lo cubre todo. El muchacho se mueve con rapidez, no tiene prisa por golpear. Constantino arremete contra él dos veces. Y dos veces falla, rueda por el polvo. El joven es tracio, de barba fina y cabello demasiado largo. Dicen que es cristiano.

Constantino ha aprendido a reconocer a los cristianos, la corte de Diocleciano está repleta de ellos. Son gente reservada, siempre en su sitio, dispuestos a echarle una mano sin pedir nada a cambio. En general, Constantino se lleva bastante bien con los cristianos.

«Pero con éste no.»

El tracio tiene el aspecto de alguien que no sabe qué es la derrota. Suelta patadas directas y fuertes, con el talón del pie descalzo. Constantino las encaja, aterrado. Traga arena y dolor, se defiende como puede con la diestra, pero el cristiano no deja de golpearlo.

Está a punto de darse por vencido, tal vez sea lo mejor. A fin de cuentas el viejo también se lo ha dicho, no todas las batallas están hechas para ser ganadas. Cuando la ola está a punto de hundirte, es mejor taparse la nariz y la boca, y salvar lo que se pueda en vez de irse hasta el fondo como una piedra.

Constantino empuja con las rodillas, regatea a derecha e izquierda, ensarta un par de puñetazos. El cristiano los encaja, pero la furia va creciendo. Constantino tiene poco aguante, ya casi no le queda energía. Por fuerza, el muy desgraciado ni siquiera lo ha dejado desayunar...

Constantino llegaba tarde, como siempre. No se había levantado con el gallo ni tampoco con el primer sol, y cuando abrió los ojos la ciudad ya estaba llena de vida, los mercaderes en las calles y sus conmlitones en la arena, desnudos y sudados, dándose una soberana paliza.

De modo que se levantó de un salto a la velocidad de Mercurio, cogió al vuelo el pan sazonado de encima de la mesa y se precipitó al campo de instrucción. Con el ímpetu de la carrera ni siquiera pudo darle un bocado y, justo en ese momento, cuando el estómago pedía su parte y las pantorrillas bombeaban cansancio, llegó el tracio. En cueros y bien despierto, con la sonrisa descarada de quien camina cuatro pies por encima de la tierra, sobre las cabezas de los enemigos. Cogió el pan de Constantino y devoró la mitad de un bocado, riéndose a continuación con la boca abierta, dientes de marfil y restos de comida.

—¡Larga vida al emperador!

El pan cocido voló por los aires, cosa que confirmaba que en esas tierras no basta vivir en palacio para hacerse respetar. En el ejército, si quieres mandar a alguien, tienes que ser capaz de arrancarle la cabeza del cuello.

«A ser posible, con tus propias manos.»

—Agáchate, señorito. Tengo muchas ganas de patearte ese culo vestido de cuero y seda cruda.

Constantino abrió los brazos, se frotó la cara. Soltó un suspiro a pleno pulmón, después saltó encima del tracio y empezó a golpearle los morros. Y ahora, alrededor de ellos dos, la multitud grita y se empuja. Muchachos de su misma edad forman un círculo: camaradas, soldados en ciernes, reclutas sin sombra de pelo en la barbilla.

El tracio tiene sangre por toda la cara, pero parece tranquilo. Constantino jadea, el sol a plomo le quema la espalda. Octubre ya está mediado y el verano todavía no se rinde. Se pone de cuclillas, propina una patada en la espinilla de su adversario, éste vacila, pierde el equilibrio. Constantino no se ensaña con él, espera a que vuelva a ponerse de pie para reanudar el ataque. Contrae los ojos a cada segundo, siente un hormigueo en manos y pies.

El tracio aprieta los dientes, se nota que quiere ganar, acabar de una vez, hacerle tragar sus orígenes al hijo del César. Recoge un puñado de arena, la lanza a traición a los ojos del muchacho.

Constantino no se lo espera, se tambalea, las córneas le queman, los granos se mezclan con la saliva. El tracio carga con la pierna derecha, asesta una patada tan tosca como la espalda de un dragón. Golpea a Constantino en medio de las piernas y por un instante ya no ve nada.

Dolor negro y denso como brea hirviendo.

Es sólo un instante.

«Entonces explota la furia.»

Es una oleada, una marea, una colada de fuego rojo en el cerebro.

Constantino ya no siente el dolor. Ya no ve la arena, ni a los muchachos desnudos, ni el cielo de Nicomedia.

Ahora sólo existe el enemigo, inmóvil y desvergonzado frente a él. Las venas se ensanchan como el lecho de un río crecido. El cuello enorme se tensa, se despliegan los brazos y los dorsales, robustecidos por el entrenamiento diario.

El grito animal eriza la piel, hiela la sangre, desencadena una tormenta de escalofríos y rayos.

Constantino está encima del tracio. Lo clava en el suelo montándose de rodillas sobre su pecho. Siente las costillas quebrarse bajo su peso. Grita más fuerte y golpea con la derecha y la izquierda, con la izquierda y la derecha.

Del adversario mana sangre por el labio, por la ceja. Tiene las mejillas hinchadas, le saltan los dientes.

Constantino no se detiene.

«Quiere hacerle daño.»

La cólera lo ciega. Y la multitud se enciende, el fuego inflama los corazones y los pechos. Cien voces se vuelven una, acuciante, inexorable. Remarca las sílabas, grita el nombre contra el cielo:

—¡TRA-CHA-LA! ¡TRA-CHA-LA! ¡TRA-CHA-LA!

«Trachala», una palabra que lo dice todo, sea cual sea la lengua en que se pronuncie.

Se entiende por sí misma, sin necesidad de traducciones.

Trachala, la bestia enorme; Trachala, el animal; Trachala, la furia ciega.

Es así como sus compañeros llaman a Constantino. Sin duda a causa de su cuello grande y desproporcionado. Pero sobre todo por su ira, por la ferocidad que lo inflama de repente, cuando la batalla se hace más dura. Los reclutas han aprendido a respetar la fiera que se esconde en las entrañas del

muchacho. A temerlo como se teme a la saeta, al fuego, a la tormenta. Y gritan su nombre con más fuerza, exigen el tributo de la sangre:

—¡TRA-CHA-LA! ¡TRA-CHA-LA! ¡TRA-CHA-LA!

Pero justo cuando la lucha está en su punto culminante, con espuma en la boca y los ojos abiertos de par en par por el odio, a un paso del golpe final, el monstruo se para en seco. Con el puño en alto, a media altura, los pulmones jadeando, la nariz y la boca más secas que un tonel de arena.

Dentro y fuera, fuera y dentro, la respiración se va calmando. Los bufidos se vuelven aliento, hasta que el jadeo se aplaca.

Constantino mantiene a la fiera a raya. Ha aprendido a domarla, a cabalgar el tigre sólo cuando es necesario, a apretarle la anilla en la garganta un instante antes del precipicio. Entonces la vista se le aclara, el hijo de Constancio empieza a enfocar. Encuadra el rostro hinchado del cristiano. La sangre de la nariz, los dientes rotos, sucios de sangre.

Constantino se levanta. El cristiano relaja los ojos desorbitados. Abandona la cabeza sobre la arena, exhausto.

El hijo de Constancio le tiende la mano, la diestra del tracio aferra su diestra. Tira de él para que se ponga de pie.

Ahora no apartan los ojos el uno del otro. La multitud enmudece.

«Sonríen.»

Primero de manera débil y tímida, contusionados y desgarrados. Después la risa gana terreno, se hace cómplice, estalla.

«Se abrazan.»

El resto de la tropa salta con gritos y silbidos.

«Hacen las paces.»

En medio del sudor, del sol y del polvo de la mañana.

Constantino mira hacia Oriente. Se sacude mientras su estómago gruñe.

«¡El desayuno!»

¡Con todo el jaleo se le había olvidado!

Echa una mirada a sus compañeros. Un dálmata no demasiado alto sujeta el trozo de pan roto. El trofeo grasiento para el ganador, más precioso que el tesoro del sha de Persia, más apetitoso que los muslos de la princesa de Alamut.

El dálmata le entrega el pan a Constantino, el muchacho está a punto de darle un bocado, pero se para, lo divide en dos y le pasa la mitad al tracio, que

no puede creer lo que ve.

Dan un mordisco al unísono y ese trigo sucio y polvoriento sabe más dulce que la ambrosía.

Constantino está feliz. Magullado pero feliz. Se vuelve hacia el horizonte. Inspira gloria y traga con ímpetu.

«Entonces es cuando lo ve.»

Erguido y gigantesco, túnica, capa y placas de hierro oscuro en sus poderosos hombros. El cráneo rasurado brillando y el Águila majestuosa en el pecho le despejan cualquier duda.

Diocleciano ha disfrutado de la escena desde el principio.

Cuando el muchacho se da cuenta, el pan sazonado no llega a la boca.

El emperador sonrío, a contraluz.

Constantino no puede ver sus ojos llenos de orgullo.

El augusto se acerca a paso lento y, cuando está a tiro, en medio de la marea de muchachos en formación, mira al vástago de Iliria, su rostro sudado y ansioso.

—Si tratas así a tus soldados, muchacho, acabarás conduciendo a la batalla a un montón de lisiados...

Constantino agacha la cabeza, ebrio de humilde orgullo.

El sol de Nicomedia también parece disfrutar de la escena.

El ejército de los desnudos, una vez más, estalla en un grito de plata.

Constantino camina ligero al lado del viejo emperador. Con paso decidido, los hombros anchos. El adiestramiento lo ha cambiado, lo ha hecho más robusto; le han brotado músculos, se le ha modelado el pecho y los brazos, y le ha permitido conocer la fuerza allí donde sólo estaba la incertidumbre de la adolescencia.

El campo de instrucción es inmenso a las puertas de la ciudad. El ejército imperial se entrena allí cada día, tanto si hace sol como si llueve.

—Y bien, muchacho, ¿cómo te las apañas? He visto que no tienes dificultades en darle una buena mano de tortazos a un tracio, pero la guerra no se hace con las manos desnudas, por lo que yo sé.

El emperador se pasa la diestra por la barba hirsuta; pelos grises y bigotes oscuros sobre la piel tostada por el sol.

—Al menos, no cuando te diviertes de veras...

Constantino está de buen humor. A pesar de la refriega y los moretones. Ha aprendido a golpear y a encajar los golpes, porque por esas tierras no pasa un día sin que a uno le quede una marca en la carne; el camino para convertirse en un hombre está empedrado de cicatrices.

—El comandante Decio ha prometido que antes de que acabe la semana nos dejará practicar con la *plumbata*. Mis compañeros dicen que es una arma terrible y que necesita muchas horas de entrenamiento...

Diocleciano sigue caminando, siempre con la sonrisa estampada en la cara.

—¿Y qué te esperabas? Los atletas y los aurigas se entrenan todos los días, derraman lágrimas y sangre nada más que por el dulce sabor de la gloria. Y si fallan, el máximo precio que pagan es su decepción. Nosotros, en el campo de batalla, arriesgamos brazos y piernas. La vida entera está en juego con cada golpe, con cada cicatriz, con cada embestida. ¿Me preguntas por qué tenemos que entrenarnos con más ahínco y más intensidad que un simple corredor que se pone guapo para los juegos de marzo?

Deja que el muchacho asimile esas sabias palabras sin prisa. Sigue hablando una vez que ha subido a la pequeña colina de observación.

—¡Admira la potencia de Roma!

Ahora su mirada abraza el campamento entero, unas nubes generosas se sitúan entre el disco de Apolo y el mar de carne y metal.

Desde allí también se pueden oír con claridad las órdenes de los centuriones:

—¡Cerrad filas! ¡A la carga! ¡Seguid en orden!

Y ver cómo la muralla de piernas, brazos y cabezas agachadas toma vida. Los *bandon* pegados a los flancos del pelotón, mílite contra mílite, protegiendo al compañero desde el brazo hasta el hombro; el chasquido sutil de las flechas como si fuera un látigo, la nube de dardos impactando contra los muñecos de paja. Decarcas y pentarcas a la cabeza de los manípulos, firmes en la grupa, con el escudo derecho, cabalgan en perfecto orden. Doman la fuerza de los animales antes del impacto, protegen a los arqueros, que deben disparar con tranquilidad.

—¡Volved!

Otra vez la voz del oficial a mando. Empiezan a galopar en sentido contrario, a un tiro de arco o dos de distancia, hacia los *defensores*.

—¡Media vuelta y cargad! —Y doscientos caballeros invierten la marcha. Otra vez. Cada día, todos los días que los separan de la batalla.

—¿Los ves? —La voz de Diocleciano es profunda y entusiasta. Parece que acabe de posar sus ojos sobre la reina de Saba—. Éste es el secreto, ser un solo hombre, ser el viento y el mar en una tormenta. Golpear sin pensar. Olvidar que se trata de un conjunto de pequeños individuos y devastar con la fuerza de mil.

Constantino no le quita los ojos de encima. El emperador exhala carisma, con la frente seca bajo un cielo de bochorno y plomo.

—Ése es el deber de la milicia, naturalmente. Para ser un gran oficial, primero uno tiene que llegar a ser un gran soldado. He aquí el motivo por el cual, en cuanto asoma el sol, levantas tu culo reseco del jergón y te vas corriendo al campamento para hacer que te sacudan como a un tambor.

Constantino traga saliva, con los labios sellados.

—Cada mañana que logras abrir esos párpados de pórvido, claro está. Me ha llegado el rumor de que, de vez en cuando, todos los gallos de Nicomedia no son suficientes para arrancarte de los brazos de Morfeo.

«¿Cómo lo habrá sabido?»

Constantino se rasca la cabeza, se pregunta si los moretones de la cara podrán esconder su rubor.

«¡Vaya preguntas, él es el emperador!»

Diocleciano sigue mirándolo con los brazos cruzados.

—Decio, tu instructor, me ha pedido permiso para mandarte a dormir a los establos. Y asignarte a la pocilga durante tres semanas. Tengo muchas ganas de contentarlo, quién sabe, una veintena de días con la mierda hasta el cuello puede que te haga volver a apreciar el placer de hacer gimnasia al amanecer...

Constantino no sabe qué decir, siente que ya está metido en el estercolero hasta el cuello.

Pero Diocleciano, a pesar de los reproches y su aire siniestro, no ha cambiado en absoluto en estos meses. Sigue siendo el viejo apasionado y paternal que Constantino ha aprendido a valorar. Quizá incluso más, y se avergüenza un poco al pensar que su propio padre, ese progenitor tan lejano, lo ha abandonado a mil leguas de su casa...

Justo mientras Diocleciano amenaza con castigarlo por su poca

disciplina, el corazón de Constantino se rasga de golpe, ofendido por el recuerdo de Constancio y su ternura excesiva, por su maldita reserva.

¿Por qué nunca lo ha tratado así? ¿Por qué nunca ha encontrado tiempo para enseñarle a comportarse, para reñirlo por cómo se viste o por cómo cabalga? Está claro que no es por culpa de su formación, tanto Constancio como Diocleciano son guerreros. Han crecido a la sombra de las lanzas y los escudos, se sienten más a gusto junto a un fuego bajo las estrellas que dentro de un palacio abarrotado de sirvientes.

Pero de aquel soldado y de su alma de hierro Constantino no sabe nada.

Día tras día, en cambio, aprende a conocer los secretos del viejo emperador. A estimar la fuerza y la terquedad con que cuida del mundo entero. Primero, conquistando un pueblo detrás de otro; después, defendiéndolo con la espada empuñada y el corazón aguerrido ante la muerte. Y, al final, compartiéndolo con los que aprecia y ama como a hermanos. Como a hijos, pese a que por sus venas no corra la misma sangre.

Cada amanecer, el afecto que siente por el viejo se hace más fuerte. A cada crepúsculo, el cuerpo de Constantino está más curtido. Y su cabeza dura aprende algo nuevo sobre la guerra, sobre la fraternidad, sobre la fuerza increíble del Águila.

—Si te he faltado al respeto, augusto, si le he faltado al respeto al sagrado ejército de Roma, dormiré en el establo y limpiaré las porquerizas cada noche. Pero te lo ruego, Diocleciano, no me alejes de mis compañeros. Te lo suplico, no interrumpas mi adiestramiento...

Diocleciano aparta la mirada de la carga de los romanos contra los romanos, de aquel pandemonio polvoriento de allí abajo. Observa con atención al hijo de Constancio con la ceja levantada. Una mirada incrédula y huraña. Constantino aguanta la respiración.

—¡Que Júpiter te fulmine, muchacho! Por lo que parece tu viejo tenía razón. La sangre no miente, tú has nacido para dirigir un ejército.

Constantino abre las comisuras de la boca en una desgarrada sonrisa, en la cara todavía tiene las marcas de los puñetazos. El esternón le estalla de orgullo, tiene la cabeza ligera, le parece estar flotando.

«Y encima se ha librado.»

Después de la frase del viejo, sus retrasos parecen un recuerdo lejano.

Diocleciano le asesta una palmada en el hombro. Con la fuerza de un

toro hispánico.

—Lo haremos como tú dices: por la noche sacarás la mierda a paladas y de día te esforzarás por sacar a tus conmlitones de esa misma mierda.

«Pero tal vez se equivoca...»

—Tendrás que dar ejemplo, eso es lo que hace un buen oficial.

Sin haberse recuperado completamente de los acontecimientos de la jornada, Constantino sigue correteando detrás del emperador. Ahora que están solos, de repente le parece más viejo. Camina como los abuelos, con las manos cruzadas detrás de la espalda. En medio del cielo gris que en un instante ha ocupado el lugar del sol, ya no hace falta mirarse a los ojos. Diocleciano habla modulando las palabras y fijándose en no tropezar.

—La guerra no es tan diferente de la caza. Prescindiendo del número de enemigos, no es sólo cuestión de fuerza, métetelo bien en la cabeza. Sino de exploración, de apostarse, buscar huellas, situar las trampas. Y si te toca a ti dirigir la caza, no puedes permitirte perder los nervios, ¿entiendes lo que quiero decir?

Constantino asiente.

«Sin entender ni jota.»

Diocleciano continúa, satisfecho:

—Si el comandante enemigo se equivoca, para ti es una fiesta, la victoria está servida en bandeja de plata. Pero si te equivocas tú, hijo mío, puedes estar seguro de que tus hombres no te lo perdonarán. Saldrán en desbandada, serán imprudentes o demasiado impulsivos, perderán la confianza. Un buen jefe evita las sorpresas y conoce al enemigo. Pero, sobre todo, sabe infligir mucho dolor con el mínimo esfuerzo.

La verdad es que las palabras del viejo suenan distintas a las del instructor. Decio habla de la importancia del sacrificio y del desprestigio insoportable de la derrota, además del honor de un enfrentamiento justo. Y, en cambio, si Constantino no lo ha entendido mal, el augusto acaba de meterse por otro camino...

—¡Debes darles patadas en los huevos, hacerles sangrar, golpearles donde más les duela!

«Eso es...»

—¡Y mantener alta la moral de las tropas, por Júpiter! Si capturas

desertores o enemigos en misión de reconocimiento, sólo debes mostrárselos a los hombres si van harapientos y están en pésimas condiciones, para que ellos crean que el adversario es débil e incapaz de luchar.

—¿Aunque no sea así? —La pregunta se le escapa.

—¡Especialmente si no lo es! Además, es fundamental calmar los ánimos exaltados antes de la batalla. Evita castigar a los soldados que hayan sido insubordinados o hayan infringido las reglas. Y fíjate en que no hablo de llegar tarde al adiestramiento ni nada por el estilo. —El viejo le dedica una mirada penetrante.

Constantino baja los ojos.

—Antes de un enfrentamiento no hay que castigar a nadie, ni siquiera hay que hacer azotar a un infante porque haya sido sorprendido tirándose a la mula de las provisiones, ¿está claro? Así no se le pasará por la cabeza clavarte una lanza por la espada en medio del combate para hacértelo pagar.

A Constantino se le salen los ojos de las órbitas. No sabe muy bien lo que significa «tirarse», pero no le parece que sea algo que se pueda hacer antes de una ofensiva.

—Bueno, ¿y por qué miras así? En la guerra sucede de todo, la tensión te hace añicos...

Constantino anota la valiosa enseñanza.

Diocleciano le ha cogido gusto, incluso se ha parado. Como siempre, o habla o se mueve.

—Si realmente han hecho algo gordo, aléjalos del campamento. Pero nada de castigos, ¿entendido?

«Entendido.»

—Y que no se te pase por la cabeza que combatan soldados de tu ejército contra enemigos de su misma raza. Dálmatas contra tracios está bien, ilirios contra cerdos egipcios es excelente, romanos contra el resto de salvajes del mundo entero es perfecto. Pero nunca, y cuando digo nunca quiero decir *nunca*, hay que dejar que se enfrenten hermanos contra hermanos.

Se toma un momento para recuperar el aliento.

El silencio esculpe los consejos en la roca.

No ha terminado.

—Recuerda que los caballos han de abrevar antes de la lucha, al segundo toque de trompeta. Obliga a los soldados a que lleven comida, agua y

carne seca. Prohíbe el pillaje antes de que la batalla haya terminado. Muchos ejércitos han sido derrotados por su propia avidez antes que por las espadas enemigas.

Constantino es pura atención. En torno a ellos, la nada es de color ocre. A un puñado de pasos, la oscuridad del bosque.

—Más que ninguna otra cosa, muchacho, aprende a leer en el ánimo de tus hombres. Aprende a depositar tu confianza en el lugar adecuado. La confianza es la esencia misma del mando.

El viejo se lleva el pulgar y el índice a la boca, emite un silbido agudo. Una turba de doríforos sale de la espesura. Hacen piña en torno al emperador y el muchacho.

—Jovianos y herculianos, el orgullo de todas las unidades. Dispuestos a morir a sólo una señal de mi cabeza. Nacidos para ponerse entre la espada de mi rival y yo.

El corazón de Constantino se desboca. Durante el trayecto por el campamento hasta la colina se había preguntado por qué la guardia de honor no los seguía como siempre, pero no se había atrevido a preguntárselo al viejo.

Ahora lo entiende, con un sobresalto: siempre han estado a su lado. No los han perdido de vista ni un segundo. Como sombras invisibles y mortales guardianes de la corona.

«Hasta la muerte.»

—Ésta es la única pregunta que un comandante en jefe debe hacerse día y noche: ¿A quién confiaré mi vida? Vivimos en tiempos difíciles, no podrás derrotar al enemigo si te pasas los días preocupado porque tus súbditos no te corten el cuello y se hagan con el poder. Confianza, Constantino. Para guiar el destino del mundo no se necesita nada más.

Diocleciano mira hacia el sur. El sol lucha con las nubes. De vez en cuando las atraviesa con dardos de fuego.

—Cuando tomé el poder, después del asesinato de Numeriano, fueron mis tropas las que me elevaron al trono. Y los oficiales al mando de aquellas tropas insistieron en asignarme la guardia de honor del Imperio, los valerosos pretorianos de Roma. Lo primero que hice, después de ponerme la púrpura, fue ordenar que se diezmará la guarnición del Castro Pretoriano. Privé a los gordos pretorianos de sus riquezas, de sus armas y de sus vergonzosos privilegios. Demasiados años encerrados entre los acogedores muros de la

capital habían transformado a los leones en hienas hambrientas de carroña. Si hubiera podido, habría disuelto el cuerpo. Pero el Senado se puso en medio y no hubo nada que hacer.

»De todos modos, me desembaracé de los hombres que deberían haberme cubierto la espalda. Porque tal vez, a fuerza de cubrírmelas, les habrían entrado ganas de clavarme un puñal y adiós muy buenas. Rastreé entre mis legiones buscando a los guerreros más devotos y motivados. Les pedí que renunciaran a sus familias y a sus casas para seguirme a Nicomedia. Les dejé libertad para que decidieran; muchos se echaron atrás, todos los demás, casi seis mil hombres desplegados en las cuatro puntas de la ciudad, se ganaron el rango de jovianos y herculianos, valerosos defensores del Imperio. Los únicos con los que me arriesgaría a ir a la guerra.

La piña de hombres y armaduras bruñidas lanza el grito de guerra:

—¡U-AH! ¡U-AH! ¡U-AH!

Golpean las jabalinas sobre los escudos. Al unísono.

Constantino se ha quedado boquiabierto.

«Otra maldita vez.»

Diocleciano se acerca y le revuelve el pelo.

—Te lo repito, a fin de cuentas la guerra no es tan diferente de la caza. Intenta no olvidar lo que decía el poeta, muchacho: «Nunca vayas a cazar con perros desganados.»

El mundo de allí fuera

Y es cierto que siempre veneró a los grupos de santísimas mujeres consagradas únicamente a Dios en una perenne virginidad, persuadido de que en sus almas habitaba el mismo Dios al que se habían entregado.

EUSEBIO DE CESAREA,
Vida de Constantino, IV, 28

Nicomedia, invierno de 293 d. J.C.

Es una mañana extraña. Constantino se ha despertado temprano y ha hecho gimnasia al amanecer como siempre, pero desde hace más de una hora está encerrado en la gran sala del Consejo, sin nada que hacer. Resopla y le da una patada a una piedrecita que el viento ha dejado en el suelo. «Espera aquí –le ha dicho Diocleciano–. Esta mañana conocerás a tu nuevo maestro.» Constantino obedece y mientras tanto fantasea con arcos sármatas y flechas lanzadas al galope.

Ya ha llegado el momento, su adiestramiento como infante casi ha concluido. El instructor Decio ha sido claro, su iniciación a los grados superiores del ejército está a las puertas. Constantino se ha hecho un nombre entre los hombres del regimiento, se ha distinguido en la lucha y en la caza, en los asaltos con espada corta y jabalina. Se ha ganado el respeto de sus camaradas y algunos elogios por parte de los soldados de más alta graduación. Una noche, antes de acostarse, sorprendió una conversación entre Diocleciano y Decio. El viejo estaba más convencido que nunca: «El chico está listo. Es hora de que empiece a pensar en su futuro. Que aprenda a tirar de las riendas de las tropas.»

Decio estaba de acuerdo.

Desde ese día, Constantino ha vivido en continua agitación. Cada vez que el emperador lo llama se precipita al palacio con el corazón en la boca,

confiando en que haya llegado el momento. Siente que su ingreso en las filas de los grados superiores se acerca. En el campamento corren rumores, se oyen leyendas sobre la carrera militar de los mejores guerreros. Más de una vez, el joven ilirio ha oído hablar de la Prueba del Círculo, prácticamente un examen de ingreso en la academia. La idea es tan simple como aterradora: un hombre a caballo contra un león. En medio de ellos, un círculo de fuego. El caballero primero tiene que obligar a la fiera a que salte dentro del círculo y luego abatirla con una sola flecha.

Constantino sueña a menudo con que el dardo se introduce en el ojo de la bestia y la vida se le escapa rápidamente. Puede sentir la tensión de la cuerda, la saeta deslizándose entre los dedos, el calor del fuego sobre su piel. Y los muslos apretando la barriga del caballo, el bufido húmedo de su hocico, el sudor.

Sabe que sólo los mejores arqueros son adiestrados para luchar a caballo. El equilibrio entre la brida y el carcaj, entre el arco y los cascos, es un camino largo y trabajoso.

Pero el muchacho está dispuesto a hacer cualquier sacrificio por el honor. Listo para renunciar a horas de sueño, para cabalgar y disparar hasta que los brazos se separen de su cuerpo. Cualquier sacrificio será una tontería comparado con la gloria eterna que se reserva a los oficiales.

Si lo piensa, no puede estarse quieto. Los pasos que da por la sala grande y vacía del palacio se convierten en seguida en botes, saltos rápidos por las diagonales del pavimento. Las sandalias se deslizan a pocas pulgadas de las paredes, su cuerpo gira y la carrera vuelve a empezar, esta vez por la pared opuesta.

Suda un poco, tiene muchas ganas de saltar lo más alto posible. Lo piensa un momento, dicho y hecho.

Cuando da el salto y las rodillas le tocan el pecho —la verdad es que parece un sapo adulto, con esos brazos tan largos, puestos como sin ton ni son en su cuerpo—, el espejo de la puerta se ilumina y aparecen dos siluetas oscuras.

La primera es familiar, enorme y rasurada al cero. La segunda tiene un aspecto antiguo, barba de punta y túnica hasta los pies.

Ambas tienen los brazos cruzados.

Se imagina lo idiota que debe de parecer, suspendido en el aire y con

los ojos abiertos como platos. Pero el pensamiento dura menos de un instante, desaparece rápidamente por el impacto de su peso sobre el mármol.

El muchacho aterriza en el suelo con un estruendo que no parece tener fin.

Las siluetas avanzan con los rostros severos. Diocleciano se vuelve hacia el «maestro». El desconocido viste de azul oscuro con bordados de oro. Unas anchas mangas esconden sus muñecas y sus dedos, entrelazados en el doble hueco. En cualquier caso, se intuye su delgadez; el cuello y los pies enjutos asoman por el tejido. Sus iris son azules como el cielo de julio.

El hombre se dispone a hablar, pero a Constantino, a pesar del papelón que ha hecho, no se le ha pasado la excitación.

Rojo como un tomate, se arrodilla con la cabeza agachada y la voz temblorosa.

—Enséñame, noble maestro. Enséñame, te lo ruego. Nada en el mundo, lo juro por mis lares, me importa más que el arte del arco y la flecha...

Lo dice todo de corrido. Con la intención de no levantarse hasta que el recién llegado se lo ordene.

Tiene determinación, es obstinado como una mula de carga. No va a permitir que su habitual torpeza se interponga. Esta vez no. Su sueño está al alcance de su mano, por fin.

«Silencio.»

Durante un largo minuto no sucede nada.

«Ni una voz, ni un gesto.»

Entonces un dedo huesudo golpetea la cabeza hueca de Constantino. Le obliga a mirar hacia arriba. El rubor no ha desaparecido.

El «maestro» contrae los ojos un par de veces antes de observarlo como una matrona mira a un pollo en la mesa de un carnicero en el mercado del viernes.

—Dime, muchacho, así pues, es cierto lo que dicen por ahí...

Constantino no sólo está confuso, es un naufrago en pleno océano. El maestro acerca el dedo a la sien, lo mueve sobre su sesera.

—Estás loco de verdad...

Diocleciano todavía tiene los brazos cruzados.

—Como una cabra.

Constantino ahora parece un pimiento. Rojo y brillante. A punto de

estallar.

Diocleciano lo levanta con fuerza, lo pone de pie y le obliga a mirarle a la cara.

—Constantino, te presento a Lactancio, tu nuevo maestro de retórica.

—¿R-retórica?! —Constantino balbucea, escupe. Está a punto de hacérselo encima por la vergüenza.

«¿Y el círculo? ¿El fuego? ¿El león, las flechas, la academia, el grado de oficial?»

—Retórica, exacto. —La voz de Lactancio es un latigazo a espalda descubierta.

Constantino y Lactancio se toman un poco de tiempo para conocerse y al final el muchacho consigue hablar con el profesor sin tropezar en cada sílaba. Sin embargo, todavía no logra mirarle a los ojos, son demasiado azules.

—Retórica. ¿Tú sabes lo que significa? —La voz de Lactancio va acompañada de una sonrisa.

Constantino se rasca la cabeza. Piensa en ello más tiempo de lo debido, rebusca la respuesta en algún rincón de su cerebro. Después de todo no es la primera vez que tiene contacto con la disciplina. Su preceptor en Naissus se llamaba Pelagio y afirmaba ser un retórico de amplia fama. Se pasaba los días hablando con él, sin permitirle nunca contestar. «Primero se aprende con las orejas», decía.

—¿El arte de hablar bien!

—Correcto. Pero ¿en qué sentido? ¿En el sentido de que una buena norma es poner primero el sujeto y después el predicado o bien que no debo masticar gachas mientras hablo?

Constantino abre sus grandes ojos. Está a punto de quedarse con la boca abierta.

No debe quedarse con la boca abierta.

Lactancio se anima.

—¿O bien que mientras hablas no hay que nombrar cosas asquerosas como el estiércol, los pelos o las rebabas del queso?

Pero el pico de Constantino tiene vida propia. Ahí está, como las puertas de Troya ante el maldito regalo de los aqueos.

—Yo-yo no lo sé.

—¿Y qué sabes, pues? —Lactancio se ríe por debajo del bigote gris. El silencio del mediodía es gélido en Nicomedia.

—Me lo imaginaba. Por otra parte, si el emperador me ha convocado para que me ocupe de tu educación es justamente porque por el momento no sabes nada, ¿correcto?

—Correcto. —Constantino repite mecánicamente, seguro de no equivocarse.

—Te equivocas. De nuevo.

«Me cago en...»

—Tú tienes ya una educación militar. Diocleciano me dice que te las arreglas bien con la espada, el escudo y los mamporros. Pero, por lo que se ve, en tu destino está escrito que te tocará ser un gran comandante, y para ser un gran comandante necesitas saber hablarle a la gente, en particular a la gente armada de la cabeza a los pies, dispuesta a arrancar cabezas, asestar mandobles y hacer todo aquello que vosotros, los hombres de armas, soléis hacer. De modo que a mí me toca enseñarte a hablar bien para que convenzas a tus hombres de que te escuchen, ¿no es cierto?

—¿No es cierto? —Constantino repite de nuevo.

Estupefacto, Lactancio agita la mano derecha a media altura.

—¡Pues claro que es cierto! Era una pregunta retórica...

—¿Retórica? —responde Constantino maquinalmente.

Lactancio entrelaza las manos bajo la barbilla y acerca su cara reseca a la del muchacho.

—Sí, retórica —insiste—, es decir, una pregunta que no es una verdadera pregunta. Tiene una sola respuesta posible y, fíjate tú, quien plantea la pregunta ya la conoce.

Constantino vuelve a rascarse la cabeza.

Lactancio no le hace ni caso.

—Cosa que nos lleva al punto de partida, la retórica. O lo que es lo mismo, el arte de convencer a las personas a través de la palabra.

—¡Ah! —exclama Constantino, repentinamente iluminado.

Pero lo hace más que nada porque cree que es lo que debe hacer, no porque lo haya entendido...

—Arte que, por lo que parece, funciona, visto que acabo de convencerte de que he dicho algo inteligente y no un montón de estupideces.

—¡Así es! —sentencia Constantino, satisfecho. Tal vez el secreto sea darle siempre la razón al maestro.

—Bien, eres más despierto de lo que te había descrito Diocleciano.

Constantino no sabe si se trata de un cumplido, pero sigue sonriendo, en una mezcla entre alelado y atento.

—De modo que ya estás preparado para la pregunta número dos, la más importante de todas... —Lactancio cruza los brazos, endereza la espalda en el sitial.

«Preparado.»

—Dime, muchacho, ¿a qué benditas personas me estoy refiriendo?

—¿Las personas? —contesta Constantino, confiado.

—Sí, exacto. Las personas... —Lactancio lo repite con infinita calma.

—¡Las personas! —repite Constantino, por fin seguro de haber comprendido las reglas del juego.

La paciencia de Lactancio se acaba de golpe.

Enarca la ceja, desenfunda el índice coronado por una uña de rapaz y empieza a golpear la frente del primogénito de Constancio.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Venga, concéntrate, por Hércules! ¡Las personas, sí, las personas! ¿Quieres decirme de qué condenadas personas estamos hablando?

Constantino se acaba de dar cuenta de que el juego es más complejo de lo previsto.

Se exprime las meninges, se rasca el cogote, se frota el mentón con la mano izquierda y al final suelta una frase:

—Lo somos todos: tú, yo, Diocleciano, los soldados, los centuriones...

Lactancio parece satisfecho.

—¿Y los mercaderes, los niños de la calle, las esclavas, las meretrices y los carniceros también?

Constantino, esta vez, está realmente preparado.

—¡Supongo que sí!

Lactancio sigue adelante.

—Bien. Y tú, joven vástago de Iliria, ¿a cuántas de esas benditas personas conoces a las que tienes que convencer con tus bonitos discursos? Quiero decir, aparte de Diocleciano, de mí, de tus conmlitones y del instructor Decio, ¿con quién te paras a hablar? ¿Qué sabes de la vida del

hornero de la esquina, o de la sierva que se ocupa de limpiar todos los días tus zapatos? ¿Del herrero que repara el filo de tus espadas o del palafrenero que se ocupa de los caballos del campamento? Muchacho, ¿a cuántas personas puedes decir que conoces? O, mejor aún, ¿cuánto puedes decir que conoces a las personas?

Una buena retahíla de preguntas, no se puede negar. Constantino ni siquiera se acuerda de todas. Decide contestar sólo a la última, por simplificar, y espera que el maestro se quede contento.

—No mucho, a decir verdad.

Constantino cada vez lo entiende menos. Ahora está contento porque no sabe nada. Antes, que sabía menos que menos, estaba furioso como un toro.

«Bah...»

Lactancio se pone de pie de un salto, agarra el manto y se envuelve en él como si estuviese a punto de subir la escalinata del Olimpo.

—Pues por eso ahora levantarás tu noble trasero de esa silla, te quitarás esa loriga apestosa y te pondrás algo menos vistoso —mientras habla saca de la bolsa que siempre lleva consigo un manto exactamente igual al suyo y lo arroja a Constantino— ¡... y me seguirás!

Constantino hace lo que él le dice, se desviste y vuelve a vestirse, se apresura detrás del profesor, completamente convencido de que a ese extraño individuo le ha mordido un escorpión blanco.

Pero por mucha prisa que se dé, Lactancio parece molesto. Golpea el suelo con el pie derecho, lleva la bolsa al hombro como un mendigo.

—¿Te mueves o qué? ¡Tenemos que irnos!

—¿Adónde, maestro? ¿Adónde tenemos que ir?

Lactancio abre los brazos.

—¡Vaya pregunta! ¡Pues allí afuera, a aprender cómo es la gente! A escuchar, muchacho. Porque si tienes la mínima esperanza de aprender a hablar, es mejor que empieces a escuchar. ¡A escuchar las voces del pueblo, al otro lado de estos muros dorados!

Constantino, mientras tanto, ha ganado la batalla que sostenía contra el pérfido manto. Finalmente, mejor o peor, se lo ha podido poner.

—¡Escuchar, claro! ¡Aprender con las orejas! —exclama—. ¡Pelagio siempre lo decía!

Lactancio, a punto de salir, se detiene en el umbral.

—¿Y quién es, por Hércules, ese tal Pelagio?

Constantino dice de corrido:

—¡Mi viejo maestro! ¡Un retórico de ilustre fama!

Lactancio sacude su aguda cabeza, la barba puntiaguda se balancea.

—Pelagio de Naissus, cómo no. El mundo no hace otra cosa que hablar de sus textos, que rezuman sabiduría eterna...

—¿De veras?

Lactancio ya ha salido, respira una bocanada de auténtico hielo del Ponto. Constantino va detrás de él, precipitadamente.

Desolado, Lactancio resopla:

—Como es verdad que los tracios tienen dos penes.

Se pone las manos en las caderas y se queda mirando al muchacho.

Éste, para variar, se rasca la cabeza mientras, aunque parezca mentira, intenta recordar las partes bajas del tracio con el que se peleó meses atrás por aquel estúpido trozo de pan sazonado.

Con los ojos al cielo, Lactancio implora en voz alta:

—¿Y es esto lo que nos tenéis reservado para el futuro del Imperio? ¿Qué habremos hecho para que os caigamos tan mal, oh poderosos dioses...?

Constantino levanta la mirada justo cuando una gaviota, volando por encima de él, vacía sus intestinos.

Nicomedia no es sólo luz y bullicio. Existen barrios en los que es mejor pasearse con la cabeza cubierta y la mano derecha en la espada. En Occidente, hay *insulae* cerca del puerto donde el hedor a excrementos es tan fuerte que podría tumbar a un caballo. Y es precisamente allí hacia donde el maestro y el joven Constantino se dirigen.

Lactancio ha aflojado las riendas, ha dejado de ser tan pedante y ha permitido que el muchacho se ambiente. Han conversado durante un buen rato sobre los hombres y el mundo, el cansancio, el sudor e incluso sobre el placer. Han hablado de mujeres y de deseos, los mismos deseos que Constantino no sabe descifrar, pero que siente palpar en su interior día tras día. Han llegado hasta más allá de los límites vigilados por los jovianos, hasta el corazón enfermo de la ciudad.

Constantino ha visto cosas que revuelven el estómago: tullidos de todas las edades, agarrados a palos o abandonados en ridículos carros de cuatro

ruedas; mujeres tan delgadas que parecen espantapájaros, con algún desgarramiento oculto y casi huecas; ojos morados y cuencas vacías, cicatrices, fístulas, encías rosadas por el hambre.

—Ésta, muchacho, es tu gente, la savia del Imperio, la carne del mundo. Recuerda sus caras sucias, sobre todo las de los niños. No te olvides de sus miradas famélicas y dispuestas a sacarte el corazón a cambio de algún sestercio, porque por ellos has decidido dejarte la vida en la batalla. Olvídate de la corte y los trajes bonitos, olvídate del polvo del campamento y del fragor del hierro contra el hierro. Respira el hedor insano que sale de los tugurios. Sumérgete en las hosterías hasta que cada uno de tus poros esté impregnado de humo y aguardiente. Escucha la música de los guijarros y de los canales de desagüe. Bebe sorbos de la fuente de la vida, mi joven amigo. Sólo así aprenderás a hablar a cualquiera con voz sincera.

Constantino escucha, con las orejas abiertas y la mirada atenta, un poco asustado. En una taberna se escancia vino de malta y la gente sale a la calle ebria y desvergonzada.

—¡Trescientos sesenta y cinco peldaños! ¡Trescientos sesenta y cinco peldaños excavados en la tierra desnuda! ¡Doscientos esclavos a pleno rendimiento día y noche! Y fíjate tú que el otro día se dejan caer por la *insula* dos recaudadores gordos como cerdos, escoltados por ocho centuriones con armadura, ¡nada menos que ocho! Se llevaron hasta la migas. Lo cogieron todo: trigo, cebada, monedas... «¿Y yo qué les doy de comer a mis hijos?!», les grité...

Se hace el silencio. El hombre ha dejado de gritar, saca la mano derecha de la túnica rasgada. Tiene el antebrazo amputado hasta el codo, el cauterio le supura. Lágrimas saladas le resbalan por las mejillas, mientras el individuo da largos tragos a una cerveza fría.

—Ya se ocuparán Luna, Diana y Proserpina de mi familia, eso es lo que enseña Diocleciano, ladrón de débiles y desgraciados. Al pueblo, el martirio. Al emperador, la gloria de los dioses. ¡Ojalá se quemara eternamente, maldito hijo de perra!

Constantino se sobresalta. Está turbado, desconcertado.

Primero por la gangrena. Y también por el hedor. Pero sobre todo por las palabras, es la primera vez que oye hablar a alguien de ese modo. Es la primera vez que oye a alguien ofender a los dioses y al emperador.

Mira a su alrededor seguro de que de un momento a otro sucederá algo terrible. Un rayo, o peor todavía, un contingente de herculianos aparecerá de la nada y arrasará la *insula*, colgará al subversivo y exterminará a su familia.

¿Qué derecho tiene ese miserable a hablar de esa manera?

«En cambio, no ocurre nada.»

Al contrario, los chillidos del hombre se vuelven escandalosos. El gentío borracho se enardece, grita:

—¡Muera! ¡Muera Diocleciano y mueran sus bastardos armados!

La atmósfera se caldea y entra en ebullición. Vuelan bancos y empujones. Uno golpea a otro, en el enfrentamiento se rompen mesas y sillas. Cuerpos que se desploman en el suelo viscoso, ropas embarradas, niños que chillan, aparece una espada.

Un chorro de sangre salpica la pared. El rojo vivo tiñe el blanco de la cal.

Constantino está en guardia, con los músculos tensos y la cabeza baja, listo para atacar. Lactancio le da un tirón, incluso le da un golpe en la cabeza para que se mueva. El chico está confuso, pero corre detrás del viejo. Cruzan callejones y muros desportillados, cada vez más abajo, en la barriga del monstruo. Después siguen corriendo.

«Y corren.»

Donde el aire es más ligero, donde el cielo puede verse de nuevo, detrás de las cortinas rasgadas que cuelgan de una *insula* a otra.

El viejo maestro y el alumno inconsciente jadean. Por fin a salvo, pegados a la fuente. Ni siquiera tienen tiempo de beber un sorbo de agua cuando sus ojos se posan en una nueva locura. A la sombra del cercano crepúsculo, dos hombres desnudos tiemblan aferrados a un cuchillo. La mujer va vestida de rojo. Roja es la túnica que descubre los senos, rojos los pezones y rojos los tobillos, pintados a franjas horizontales. Los hombres se acercan a la mujer con el cuchillo en la mano derecha, se lo entregan sin dejar de temblar. Ella vuelve los ojos, aprieta el puñal con los dientes mientras sus sutiles manos aferran los sexos de los dos varones desnudos.

Constantino no puede apartar la mirada de la mujer, siente fluir la sangre, la túnica se le hincha. Se restriega y mira, mira y se restriega, con la espalda pegada a la pared, con las manos pegadas a los costados, escondiendo lo que no puede esconderse.

La mujer se vuelve hacia él. Tiene ojos de serpiente, blancos y densos como el alma de Constantino, a punto de explotar, y entre los dientes el cuchillo. Suelta la mano derecha del sexo del hombre, coge el estilete y, sin siquiera volver la mirada, cercena el miembro de cuajo.

El hombre no grita, pierde el conocimiento al instante. Esclavas vestidas de blanco lo levantan despacio, se lo llevan a la oscuridad de la ruinosa casucha.

La mujer se quita la túnica. Durante todo este tiempo no ha soltado el otro pene que ahora late, al igual que el del chico bajo su manto.

Se pone de espaldas al elegido, lo guía dentro de ella, en una cópula feroz, animal, de pie contra la pared, bajo los ojos de todas las ventanas de la *insula*.

El elegido la embiste con furia, contra caderas y nalgas, hasta que estalla al poco dentro de ella. Grita, sus uñas se rompen arañando la pared seca.

Constantino, incapaz de controlarse, eyacula en la túnica. El orgasmo lo sacude, lo trastorna, lo sorprende, con la respiración entrecortada, el cuello en llamas.

«Sorpresa y vergüenza.»

Unos segundos de escalofríos y cae de rodillas.

Observa a Lactancio desde abajo. Con la mirada hundida.

—¿Q-qué están haciendo?

Lactancio contesta sin prisa, sin el menor indicio de embarazo:

—Están rezando.

Todo ha terminado. Es la hora de respirar a fondo, lavarse en la fuente y caminar tranquilos, uno detrás de otro.

La *insula* es ya un recuerdo, maestro y alumno van por el margen de la periferia. Se han sentado a una mesa junto al fuego y han pedido un vino caliente para sosegar. La taberna está casi vacía.

—Maestro, yo no lo entiendo...

—¿Por qué será que no me sorprende? —Lactancio está tranquilo y emplea el tono descarado de siempre. Aquel mar de sangre y locura ni siquiera lo ha rozado.

Constantino está decidido a llegar hasta el fondo, no permitirá que lo

embauque con sus triquiñuelas.

—¿Qué clase de divinidad quiere que se ofrezca en sacrificio el pene de nadie?

—La Gran Madre, que abre los muslos y la tierra para acoger la sangre y la semilla de sus devotos. La misma semilla que tú te diviertes esparciendo por la calle, sin pizca de decoro...

Constantino se pone colorado y siente vergüenza. No sabe exactamente por qué. Pero de todos modos no quiere que el viejo se salga con la suya. Vuelve al ataque.

—Nunca he visto ni he oído hablar de esa Gran Madre...

Lactancio bebe un trago de vino especiado, es sabroso, las bayas pican en la lengua.

—¿Y qué me dices de tus lares? ¿Los has visto? ¿Has hablado con ellos? ¿Qué aspecto tienen?

Constantino sacude la cabeza y echa un buen trago. Por poco se atraganta.

—Son p-pequeños, un par de pulgadas de altura. De arcilla de Iliria...

Lactancio agita el índice apuntando a la nariz del chico.

—¡Vamos, no hagas que me arrepienta de haber aceptado el encargo de instruirte! No estoy hablando de las imágenes ni de las estatuas. Hablo de los dioses de carne y hueso. O carne y espíritu, como prefieras. Cuéntame, ¿a quién se parecen? ¿Al emperador? ¿A tu instructor Decio? ¿O tal vez a la panadera de la esquina?

Constantino no sabe qué responder.

—No lo sé, maestro. Nunca los he visto.

Lactancio ahora parece contento.

—Y, sin embargo, te encomiendas a ellos... Les rezas antes del adiestramiento, antes de una prueba difícil. Les suplicas para que cuiden de tu madre. Y realizas sacrificios por ellos, ¿no es cierto? No hace más de dos semanas se celebraron los juegos de invierno, seguramente sacrificaste un par de gallinas. Derramaste su sangre, las viste morir a mayor gloria de tus dioses, ¿no es así?

Constantino vuelve a mover la cabeza.

—¡Es cierto! ¡Pero eran gallinas! Ese hombre, en la calle... esa mujer le ha... ese hombre ya no tiene su...

Lactancio está sereno. Tiene las mejillas ligeramente sonrosadas por el brebaje humeante.

—Sí, pero por lo menos ese hombre ha elegido derramar su propia sangre. No se puede decir lo mismo de tus gallinas, creo. Y además, la sangre y todo el resto han vuelto a la tierra. Que es Grande y Madre. Visible para todos. Dispuesta a ser fecundada por la sangre y la simiente, cultivada con el sudor de la frente. Dispuesta a dar sus frutos. Ese hombre cree en lo que ve. Y está dispuesto a morir por lo que cree.

Las palabras flotan junto al humo de las copas.

—¿Tú, muchacho, en qué crees? ¿Dónde están tus dioses ahora?

Constantino deja el cuenco en la mesa, el vino se le sube a la cabeza, recobra el valor.

—¿Qué quieres decir? ¿Que si no los veo no tengo derecho a creer en ellos, ni en el respeto a ellos en el que he sido educado? ¿Estás diciendo que debería olvidarme de la gloriosa tradición de Roma y empezar a rebanarme brazos y piernas, y quién sabe qué más para no disgustar a la Gran Madre?

Lactancio está bastante satisfecho con el tono del muchacho. Abre los brazos.

—Claro que no. Sólo digo que aquí fuera hay mucho más mundo y mucho más espíritu del que tus condenados preceptores vestidos de hierro podrán enseñarte ni en siete vidas. Tú parlotear de tradiciones y de la antigua gloria del Imperio, pero nunca has visto nada. No sabes que las legiones orientales adoran a Marte y el río Nilo, que allí abajo el león es más sagrado que el fuego de Vesta y los sacerdotes son todos eunucos. Que al otro lado del mar, en las tierras del norte, nuestros soldados, después de haber pasado más de diez años lejos de casa, veneran un cono de piedra que está en medio de setenta y dos columnas. Antes de la batalla confían sus vidas a eso y al alma del Oso... Tú eres joven e ignorante, muchacho. Y tienes la cabeza llena de tonterías más grandes que tú.

Constantino lo escucha con los codos encima de la mesa. Con la cabeza ligera por el vino y la mirada de quien tiene mucho que aprender.

—¿Y tú en qué crees, maestro?

Lactancio contesta con el corazón.

—Creo en el sol. En el sol al que nadie puede derrotar, el Sol Invicto.

—¡Claro, Apolo! El carro de Apolo que cada mañana porta el disco de

fuego al cielo...

Lactancio sacude la cabeza.

—¿Otra vez? Pero ¿es que tú no me escuchas? Dime, muchacho, ¿tú has visto alguna vez ese dichoso carro?

«Constantino no lo ha visto.»

—Yo tampoco —dice con la mirada afable—. Pero concede un minuto a este viejo y deja que te cuente una historia sobre nuestro querido astro de llamas.

Los ojos del muchacho se iluminan. En un instante, parece haberse olvidado de que el maestro hace un momento lo ha tratado como a un idiota.

—No hace mucho tiempo, el Imperio estaba regido por un hombre bueno y justo. Su nombre era Aureliano, provenía de Panonia, tierra de víboras y taludes, de mujeres extraordinarias e intelectos sutiles. Aureliano, que tuvo la suerte de reinar durante un lustro entero, tenía un ingenio muy agudo. Era fuerte y refinado como ha habido pocos antes y después que él. Hizo mucho por ensanchar los confines de Roma hacia Oriente. Un día, en Siria, después de derrotar a la terrible armada de la reina Zenobia de Palmira, le preguntó a quién había encomendado su ejército antes de la batalla. Zenobia contestó orgullosa, alzando la cabeza hacia el cielo: «¡Al invencible dios Sol!»

Constantino lo escucha embelesado.

Lactancio prosigue:

—Ten en cuenta que el ejército de Zenobia acababa de ser exterminado. Que ella misma yacía encadenada en la más oscura mazmorra de la que un tiempo fue la esplendorosa capital de su reino. Y, sin embargo, no había dejado de desafiar al enemigo con el orgullo de una creyente devota, entregada a su divinidad hasta más allá de la muerte. Otro emperador, en el lugar de Aureliano, se habría mofado de la reina, la habría hecho azotar por su insolencia. Otro, tal vez. Pero él no. Dio orden de que liberaran a la reina de los grilletes, la lavaran y la vistieran con las sedas más preciosas. Entretanto mandó reunir a sus tropas en la ciudad de Palmira, delante del palacio real. Aureliano se asomó a la ventana llevando a la incrédula soberana de la mano y anunció con solemnidad: «Hoy, en esta tierra de sangre y maravillas, ha ocurrido un prodigio: el dios Sol de Emesa ha dejado su patria y ha regalado la victoria a Roma. De ahora en adelante, el culto del Sol Invicto será culto de Estado. Y en el campo de Marte, en Roma, se erigirá un templo en su honor.

Desde hoy, el Sol Invicto calentará las alas del Águila y velará por el Imperio hasta el fin de los tiempos.»

Lactancio se termina el vino, se pone de pie, tira un par de ases en la mesa del tugurio y se dirige a la salida. Constantino, con la cabeza todavía llena de mosto fermentado y de ideas absurdas, se pega a su espalda.

Fuera, en la oscuridad helada de Nicomedia, Lactancio retoma el relato:

—Ése es el corazón de Roma, muchacho. Nuestro ejército avanza hasta los límites del mundo, conquista pero no extermina, abraza y reduce a la obediencia. Domina sin castrar, secunda y hace suyo el espíritu de cada lugar que somete. Los dioses del mundo entero no mueren en Roma, renacen con una nueva vida. Es hora de que aprendas a comprender la complejidad de la psique y del universo, Constantino. Muchos hombres llevan una vida de apacible desesperación y nada más. ¡Tú no te conformes, libérate! No te hundas en la pereza, mira a tu alrededor. Atrévete a cambiar, busca nuevos caminos. Aprende a entrenar el espíritu.

Y, sin dejar que el muchacho pueda contestar o comentar nada, Lactancio tuerce de repente a la derecha y se mete por un laberinto de callejuelas. El viejo loco camina a paso ligero, a Constantino le cuesta seguirle.

La calle está atestada de mujeres. Mujeres asomadas en los establos. Mujeres plantadas entre puerta y puerta, mujeres jóvenes y bonitas, mujeres adultas con el sexo descubierto.

Constantino siente hervir su sangre allí abajo. Tiembla con sólo pensar en volver a estallar.

—¡M-maestro!

Pero Lactancio no tiene ninguna intención de contestar. Camina de prisa, saluda, estrecha manos blandas y sigue adelante.

—¡M-maestro, detente, te lo ruego! —La respiración de Constantino se hace cada vez más entrecortada, la calle más estrecha: muslos que se frotan en él, senos tan cerca que podría tocarlos.

Lactancio le lleva unos cincuenta palmos de ventaja. Se para sin previo aviso y Constantino por poco se da de bruces contra él.

—¿Y ahora qué pasa, maldito muchacho?

Constantino, desorientado y sudado, con la garganta más seca que el desierto africano, implora:

—¿Adónde vas? ¿Q-qué estamos haciendo aquí?

Lactancio rodea con su huesuda diestra a una joven morena que aparece por la derecha. Le susurra algo al oído, le muestra una bolsa repleta de sestercios. Los ojos de gata de la muchacha se iluminan. Y después se clavan en los de Constantino.

—¿Qué preguntas son ésas? Estamos aquí por tu espíritu, mi joven e ignorante amigo. El espíritu se entrena sin espadas y sin caballos. Son suficientes un bonito par de piernas y unas horas de dedicación.

La chica abraza a Constantino con toda la gracia del universo, lo arrastra de forma sinuosa hasta el umbral de un burdel.

Constantino es una máscara de incomodidad de color rojo antiguo.

—M-maestro, pero yo no sé...

—Por eso le he encargado a Calpurnia que se ocupe de tu educación espiritual. Es hora de que empieces a acostumbrarte a las mujeres, después de todo, estás a punto de prometerte. Y tras el compromiso viene el matrimonio y la primera noche de bodas. ¡Maldita sea, muchacho! ¡Que Júpiter me fulmine si permito que el futuro comandante de las gloriosas legiones de Roma llegue virgen al tálamo nupcial!

Después, divertido, se dirige a la muchacha:

—Trátamelo bien. ¡Este imberbe se convertirá en centurión en unos días!

Calpurnia aferra el instrumento hinchado de Constantino. Lo agarra bajo el manto sin ni siquiera mirarlo.

—¡Primer centurión! —Su grito y la carcajada retumban en toda la calle.

Constantino está desconcertado, estupefacto, condenadamente excitado. Más asustado que en su primer asalto. Balbucea:

—¿B-boda?

Lactancio enarca una ceja.

—¿No te ha dicho nada el emperador? Dentro de dos jueves nos vamos a Aquilea. La fiesta de tu compromiso está prevista para los próximos idus...

La sorpresa es una ola helada en toda la cara.

Lactancio, con la mano en el culo de una rubita de unos veinte años, no deja de reír sarcásticamente.

Hacerse mayor

La celebrada virtud del pudor es un valor invencible e indestructible
sólo entre los cristianos.

EUSEBIO DE CESAREA,
Vida de Constantino, I, 24, 2

En las cercanías de Aquilea, invierno de 293 d. J.C.

El viaje es interminable, casi ochocientas leguas.

Constantino observa discurrir el mundo por el exterior del carruaje y casi no recuerda qué aspecto tiene el palacio. Intenta recordar las paredes, los mosaicos, las ventanas y las bóvedas, pero los recuerdos se mezclan con el sueño. Y con el aburrimiento.

Le parece que lleva toda la vida de camino. Diocleciano no le había dicho nada de que Aquilea estuviera en la otra punta del mundo.

Constantino se acuerda del viaje que hizo con su padre Constancio, de Naissus a Nicomedia. En esa época estaba convencido de que nunca volvería a recorrer tantas millas como entonces, que distancias como ésa sólo se cubrían una vez en la vida. Y ahora, al recordarlo, ese largo camino le parece una excursión campestre. Constantino siente curiosidad, además de aburrimiento, y atormenta continuamente a Diocleciano con un montón de preguntas. Ha querido saber qué distancia hay entre Naissus y Nicomedia, sólo para hacerse una idea de cuánto tiempo deberá quedarse todavía clavado en ese maldito carruaje que no deja de tambalearse. Diocleciano se ha rascado su enorme cabeza calva, ha cruzado las manos, ha mirado el cielo calculando cifras y sumas. Se ha estado mordiendo la lengua durante todo el rato.

Después, agotado, le ha preguntado al carretero y éste le ha contestado:
—Cuatrocientas leguas. Legua más legua menos...

El muchacho por poco se cae desplomado al suelo. Llevan diez días de

viaje y le quedan por lo menos diez más.

Pero hay que decir una cosa, las noches son mejores que las que pasó con Constancio y su cara larga.

La caravana imperial se detiene en las casas de postas para cambiar los caballos, pero a nadie se le pasa por la cabeza que el emperador y su corte vayan a dormir en medio de mercenarios borrachos, mercaderes y escudillas llenas de meados.

En cada parada se monta un campamento, la operación requiere casi tres horas, pero el resultado vale el esfuerzo. Dos formaciones de tiendas cónicas y en el centro una más grande, con la insignia del Águila en lo alto, para recordar quién manda. El círculo de jovianos y herculianos alrededor del alojamiento del augusto impresiona, con más de una treintena de hombres cubiertos de metal pulido, yelmos, escudos y espadas acabadas en latón; es el ejército de Plutón, capaz de hacer salir corriendo a cualquier loco que se atreva a levantar la cresta.

Constantino tiene una tienda más modesta, no lejos de la de Diocleciano.

Duerme con el viejo Lactancio. El rector los ha acompañado en el largo viaje hacia las fronteras italianas. No se perdería por nada del mundo la cara de Constantino cuando vea a su futura esposa.

Los dos disponen de un par de esclavos para sus necesidades, pero la mayoría de las veces el muchacho los despide o les dice que se vayan a dormir y se desliza entre las brechas de la vigilancia para ir a tomarse un cuenco de cerveza en la hostería de la casa de postas.

Una noche, Diocleciano lo sorprendió. Acababan de entrar en Panonia, había sido una etapa dura, había tenido que conducir a los caballos arriba y abajo por los senderos de hierba y barro de la Mesia mientras el viento los azotaba. Habían llegado a la casa de postas al ponerse el sol, muertos de cansancio. Constantino estaba destrozado aunque, bien mirado, no había hecho nada durante todo el día, aparte de dejarse transportar como un jarro de miel. Pensaba en la fatiga de los esclavos, en la de las siervas, obligadas durante largos tramos escarpados a desmontar del carruaje y a continuar *pedibus calcantibus*, arriba y abajo por caminos de herradura, llevando en los pies sólo un par de trozos de lino.

La taza de vino especiado que le habían servido mientras esperaba a que

montaran el campamento le pareció más dulce que la ambrosía. Había pedido otra en seguida. Y otra más.

Cuando llegó la hora de retirarse para la noche, Constantino estaba sobreexcitado. No podía apartar los ojos de la *stabularia* de cabello rojo. Iba mugrienta y con la ropa hecha jirones, pero el deseo y la higiene, ya se sabe, no son parientes. Tras la visita al burdel con Lactancio, el muchacho había descubierto las alegrías del sexo. Aunque al principio se mostraba tímido y perdido, en seguida quedó embriagado. En la corte no le costó encontrar jóvenes siervas complacientes y esclavas de piel ámbar que satisficieran sus apetitos y, desde que había empezado el viaje, sentía una desmedida nostalgia por las mozas de Nicomedia. Todavía era demasiado torpe para hablar de ciertas cosas con el maestro, pero en cada parada no hacía más que fijar la mirada en cualquier ser de sexo femenino de unos veinte años con el que se cruzara. Cada vez era como una chispa, la vida latía en él furibunda y el corazón le martilleaba con violencia.

Con la pelirroja de Panonia se atrevió a llegar más lejos. Hubo un beso robado detrás de unas matas, las risas de ella cuando el joven alargó la mano por debajo de la túnica demasiado corta. Pero todo terminó demasiado de prisa. Un par de jovianos semejantes a Polifemo lo arrancaron a peso de los brazos de la muchachita y lo condujeron, borracho e insatisfecho, a la tienda.

Constantino no había podido apagar aquel fuego, intentó acostarse, pero seguía dando vueltas en el jergón de paja, incapaz de coger el sueño. Cuando el viejo maestro empezó a roncar como un carnero, todavía bamboleándose por el exceso de vino, se deslizó afuera silenciosamente. Si es que puede ser silencioso un aspirante a oficial de doscientas cincuenta libras y seis pies de altura, borracho y al límite de la frustración sexual.

De una manera u otra, esquivó la vigilancia, encontró a la pelirroja y desahogó su ardor. Una vez terminado el asalto sexual, el joven Constantino se dirigió a su alojamiento con la cabeza y las vísceras más ligeras que el humo de roble, mariposas en la barriga y mucho sueño pegado a los párpados.

No vio el tronco abandonado, no sintió dolor cuando su tobillo cedió y fue a golpearse con él. Ni tampoco cuando su cara impactó en el barro junto al resto de su cuerpo agotado.

Cuando intentó levantarse, una carcajada grosera como el hígado de un buey rompió el aire. Dos ojos rojos de capilares rotos, el aliento de un tigre, el

acostumbrado séquito tintineante de doríforos armados: era Diocleciano, borracho perdido.

—¡Estás aquí, muchacho! ¡Te he buscado por todas partes! —dijo el emperador como si nada ocurriera.

Sin preocuparse del barro que Constantino tenía en la cara, de lo tarde que era, de la situación absurda, cogió la mano del muchacho y lo ayudó a ponerse en pie sin esfuerzo. Constantino sintió el hueso de la clavícula a punto de salirse de la articulación. Tenía los ojos muy abiertos, demasiado blancos en aquel mar de cieno que lo cubría de la cabeza a los pies, parecía un negro de Numidia, igual que aquellos que le había descrito Diocleciano durante su segundo encuentro, esos que salen de la oscuridad y que no ves hasta que están tan cerca de ti como para clavarte la daga en la garganta.

No encontró nada apropiado que decir. Se quedó allí plantado, aguantando los delirios del viejo.

—Tú tampoco puedes dormir, ¿no es así?

Constantino sonrió con su láctea dentadura en la noche cerrada del campamento.

«Exactamente igual que un númera.»

—¡Yo tengo la solución! —Y, sin esperar respuesta, lo arrastró a través del barro y el hielo hasta el interior de la tienda imperial. Detrás de ellos, medio corriendo, jovianos y herculianos se esforzaban por no quedarse atrás.

Una vez dentro, se acomodaron en la estera del centro del espacio y, con las piernas cruzadas como los malditos egipcios, el emperador extrajo de una saca unos dados de hueso. Parecían como unos adobes extraños, con cuatro caras iguales. Estropeados y roídos por el tiempo. Procedentes de las pezuñas de algún cordero o algo parecido.

—¡Astrágalos! —gritó Diocleciano, contento como sólo suelen estarlo los borrachos.

Constantino, que mientras tanto se había limpiado la cara con el manto lo mejor posible, lo miraba como se mira a los locos.

—No me digas que no sabes jugar a la taba, pedazo de ilirio...

El muchacho abrió los brazos. Prácticamente no le quedaban fuerzas. La cópula, el vino y el viaje lo habían dejado exhausto.

Diocleciano sacudió su enorme cabeza y le dijo a uno de los guardias que se acercara.

—Máximo, ¿has visto lo que me toca hacer? Este mentecato no juega a los dados... ¡Por Júpiter, cómo voy a mandarle al campo de batalla si ni siquiera sabe comportarse en una taberna...!

A Constantino le habría gustado rebatir que, a decir verdad, estaba empezando a ambientarse entre tabernas y *stabulariae*, pero no despegó los labios, superado por la vehemencia del viejo.

«Se caía de sueño.»

Máximo, el herculiano, se rió y Diocleciano le ordenó con brusquedad:

—Ve corriendo a buscar un odre de vino de malta. Necesitaremos toda la noche...

Y así fue.

Se pasaron la noche bebiendo y lanzando las tabas. El viejo, irremediablemente borracho, cada vez que los huesecitos se caían al suelo, mostrando cada uno una cara distinta (no sucedía pocas veces, gracias a los dioses), se ponía en pie de un salto, derramando cerveza por todas partes y gritando:

—¡La suerte de Venus! ¡He ganado!

Al amanecer, Constantino estaba destrozado. La cabeza le martilleaba por el exceso de cerveza, tenía el estómago revuelto. Pidió permiso para ausentarse unos minutos y salió como pudo de la tienda. El emperador, sin ni un signo de cansancio en el rostro, lo siguió con su vozarrón:

—Sí, pero date prisa, muchacho, en media hora hay que desmontar y ponerse en marcha. Hoy nos espera una etapa dura: ¡veinticinco leguas cuesta arriba!

La luz de la mañana maltrató los ojos morados de Constantino. Juró y perjuró que no volvería a probar una gota de licor en toda su vida. Se hundió de rodillas. Vomitó hasta perder el sentido.

Diocleciano, Máximo y el resto de la guardia de honor lo recogieron, sucio y dormido, a diez pasos de la tienda. Antes de arrojarlo al abrevadero y a continuación al carruaje, donde permaneció semiinconsciente hasta la tarde siguiente, el augusto sentenció:

—Ilirios, no son buenos ni para limpiar el culo de los caballos de carreras...

Tras lo cual, en medio de las carcajadas de la tropa, volvió a la cabeza de la caravana sin tomarse ni un minuto de descanso hasta la noche siguiente.

Desde ese día Constantino ha evitado los dones de Baco como la peste, sólo se permite una copa de vez en cuando para calentar los huesos.

Y, claro está, no se ha atrevido a volver a dejar la tienda después del crepúsculo. Los muslos de la posadera más guapa de todo el Imperio no valen una noche de sueño. Especialmente si hace una vida que estás de viaje.

Pero les ha encontrado el gusto a los astrágalos. El muchacho y el augusto juegan todos los minutos que tienen libres. Y el día está lleno de minutos libres en el camino infinito hacia Aquilea. Constantino los lanza con la derecha, el gesto de la muñeca es ágil y firme, a pesar de los trompicones del carruaje. Diocleciano observa rodar los dados con la boca abierta, la barba de varios días, los ojos bovinos.

El primero cae al suelo con fuerza: 1. El segundo rueda, acaba contra un lateral del carruaje: 6. El tercero y el cuarto se estrellan a la vez, topan el uno contra el otro y se abandonan exhaustos en el suelo de madera: 4 y 3.

—¡La suerte de Venus! —Constantino salta en pie, exultante.

«Por alguna razón incomprensible, el 2 y el 5 no se cuentan.»

Baila como un loco, sacude la cabeza de derecha a izquierda, grita como si estuviera endemoniado. Diocleciano abre los brazos.

—¡Por el gran Júpiter, muchacho! La Fortuna no se ha limitado a besarte, vosotros dos habéis pasado la noche juntos...

Constantino se ríe, bajo la mirada complacida de Lactancio, el cual finge observar el cielo, pero no le quita ojo a la partida que dura desde hace horas.

Diocleciano mete la mano en la saca.

—Es mejor que pague mis deudas y me rinda, Lactancio. Si le dejo seguir, este muchacho me sacará hasta la púrpura...

Después, dirigiéndose a Constantino, dice:

—Y bien, ¿cuánto te debo? Quince ases, ¿correcto? No, espera, la última tirada era doble o nada, de modo que son treinta. Treinta malditos ases, uno sobre otro. ¡Una bonita cantidad!

Constantino se ha vuelto a sentar, mira al emperador directamente a los ojos. Está orgulloso de sí mismo.

—O bien podríamos ponernos de acuerdo...

En la cara mal afeitada del viejo se dibuja una sonrisita de través.

—¿Qué tienes en mente, hijo de Iliria? ¿Te apetece darle un repaso a

Belessa, la esclava tracia que he comprado esta mañana? He visto cómo la miras...

Constantino niega vigorosamente.

—No, no, no. Nada de esclavas. Mejor hacemos otra cosa: tú me das permiso para no prometerme en matrimonio y tu deuda queda saldada. ¡Desaparecida, volatilizada! ¿Qué dices?

El rostro de Diocleciano se ensombrece de golpe. Lactancio pone la antena y se mete en la conversación:

—¿Cuántas veces tenemos que discutir lo mismo, muchacho?

Constantino se deja caer de espaldas sobre el suelo del carruaje.

—Pero es que yo ni siquiera conozco a esa tal Fausta.

Lactancio interviene con un oportunismo perfecto:

—Es la hija del noble Maximiano, augusto de Occidente.

Constantino no puede reprimir un resoplido.

—Pues eso. Imagínate que se parece a su padre...

Lactancio lo hiela con la mirada. Diocleciano hace como que no lo ha oído.

Constantino se da cuenta de que se ha pasado de la raya y se pone colorado. Pero no suelta el hueso. Está demasiado decepcionado.

—No quería decir... pero, en resumen, ¿y si no me gusta?

Diocleciano se sienta frente a él. El mundo, allí fuera, sigue dando tumbos. Piedras duras y millas. Nada más en el horizonte.

—Te gustará. La princesa Fausta es sencillamente deliciosa. ¿No es cierto, Lactancio?

El viejo maestro se apresura en responder:

—Eso es lo que he oído, mi señor.

Constantino vuelve a la carga, pudoroso y a la vez decidido.

—No lo pongo en duda. Pero me pregunto, ¿de qué sirve prometerse?

—Para conocerse antes de casarse... No irás a casarte con alguien a quien no has visto en tu vida. No es serio.

Constantino sigue.

—¿Y por qué hay que casarse?

Lactancio, divertido por el acoso mayéutico de su alumno, responde:

—Para traer hijos al mundo.

Constantino intenta atacar por los flancos la argumentación del maestro.

—Y entonces, una vez casado, ya no puedes estar con esclavas, posaderas ni prostitutas...

Diocleciano lo mira como si el muchacho acabara de decir que el guano de pichón es un exquisito condimento para la carne.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo, muchacho?

Constantino se rasca la cabeza, fingiendo razonar la respuesta. Porque lo cierto es que se lo esperaba, y por supuesto que se lo esperaba.

—Pues entonces no lo entiendo. Si una esclava se queda embarazada, ¿no nace un hijo? Así pues, ¿de qué sirve una esposa?

—Si dejas embarazada a una esclava, una concubina o, peor aún, a una *stabularia* —Diocleciano habla con vehemencia—, no nace un hijo, sino un bastardo.

Pero en cuanto termina, su mirada se encuentra con la del muchacho. De repente se vuelve oscuro como la noche. Y se arrepiente de haber contestado sin pensar.

«Silencio y hielo.»

Nadie habla en el carruaje medio vacío.

Sólo se oye el traqueteo de las ruedas sobre el camino.

Constantino hace acopio de valor.

—Entonces Maximiano de verdad tenía razón. Yo soy un bastardo, ¿no es así?

Diocleciano extiende la enorme mano hacia la cabeza gacha del muchacho y le alborota el cabello.

—El bastardo más afortunado de todo el maldito Imperio —sonríe—. Además, imagínate la satisfacción: él te llama de ese modo y tú te desposas con su hija y le llenas la casa con una montaña de críos... Al final hasta ese desgraciado aprenderá a apreciarte, hazme caso...

Constantino levanta la cabeza.

—¿Una montaña de críos? —insinúa una sonrisa—. ¿Cómo habéis dicho que es la princesa?

Diocleciano y Lactancio se miran a los ojos. Al unísono, apretando los labios para sofocar la carcajada, dicen:

—¡Sencillamente deliciosa!

Constantino los mira de reojo y Lactancio sentencia aclarándose la voz:

—Pero fíjate en que no sólo se trata de una cuestión de hijos. Casarse

sirve para cuidar del futuro. Para asegurarse el mañana a uno mismo, a la familia y, cuando se desempeña un papel de prestigio como el tuyo, incluso al Imperio. Es el arcano de la cosa pública, la razón que guía al Estado.

Constantino está cada vez más perplejo.

—¿Y qué tiene que ver la cosa pública con las mujeres?

—Sí tiene que ver... Aunque tú no lo creas, la mayor parte de los asuntos de Estado, política y guerra, tiene relación con las mujeres. Después de todo, ¿por qué se luchó en la guerra de Troya?

«Seguro que no fue por una *stabularia*...», le gustaría decir a Constantino. Pero se limita a soltar un débil:

—No entiendo nada.

Diocleciano se pone de pie. Se apoya en el marco de la puerta del carruaje.

—Bueno, ve acostumbrándote, muchacho. La vida está llena de cosas incomprensibles que hay que hacer a la fuerza. Y de cada cien de esas cosas, noventa tienen que ver con las mujeres...

Lactancio también se levanta. Constantino permanece en cuclillas, aplastado por los pensamientos y la incertidumbre. Lleva en los hombros el peso de un futuro aún por decidir.

Pasan un par de minutos en silencio, en los oídos ruido de cascos, ruedas y tierra removida; mira de abajo arriba al maestro y al emperador, luego, con la frente fruncida de quien ha estado pensando mucho, sentencia:

—«Simplemente deliciosa» es más que mona, ¿verdad?

Lactancio y Diocleciano se echan a reír.

El palacio sabe a incienso y perfumes que Constantino no ha olido en toda su vida.

Aquilea, inconquistable, se yergue guarnecida de torres. Los ha acogido con cortesía, pero tiene aspecto de saber defenderse.

La muchedumbre se vuelve loca al paso de la caravana, ha reconocido las insignias imperiales y se ha quedado deslumbrada por el fulgor de las armaduras de la escolta.

Constantino ha puesto pie en tierra firme después de una última etapa demencial. Está cansado y polvoriento, pero ni siquiera tiene tiempo de sacudirse la arena del viaje cuando una turba de criados, siervas y fámulos lo

rapta, lo arrastra a una ala luminosa del palacio, lo desnuda y lo sumerge en el caldario.

Y allí, en medio del vapor y el agua templada, se abandona durante el resto del día. El viaje interminable, el futuro incierto, las *stabulariae* de cabellos rojizos, las torres, los dados, el miedo y todo lo demás se va disolviendo poco a poco, al mismo tiempo que los músculos de la espalda.

Calma y olvido, ahora.

El resto, mañana.

Se levanta temprano, se deja vestir, escucha las recomendaciones del viejo, nota la mirada torva y solemne de Maximiano, oye las voces de las criadas. Constantino camina hacia el salón decidido y presa de la ansiedad. Tiene el corazón en la boca y la espalda sudada, a pesar de la túnica ligera y la dentellada de diciembre que entra por las ventanas.

Tiene miedo. Y la curiosidad lo devora.

Al otro lado de aquella puerta de cedro está la mujer con la que pasará el resto de su vida. La madre de sus hijos, su prometida.

«No tiene ni idea de qué aspecto tiene.»

Nadie le ha querido hablar de ella. Ni Diocleciano ni Lactancio. No ha tenido el valor de dirigirle la palabra a Maximiano, después de todo Fausta es su hija. ¿Qué habría podido contestar?

Las siervas de la corte no han soltado prenda y a los fámulos no se les ha escapado ni un detalle, ni siquiera a cambio de un puñado de ases de plata.

Tiene los nervios a flor de piel. La puerta está a punto de abrirse, oye rechinar los goznes.

De la sala llega un débil batir de címbalos, un tintineo de campanillas. La fiesta del compromiso está a punto de comenzar. Constantino respira hondo, se vuelve una última vez hacia Diocleciano, que le constriñe el brazo con la mano izquierda y a continuación suelta la presa y lo empuja a la sala.

A su alrededor hay toda una orgía de rojo y hojas doradas, de pétalos derramados a su paso; bailarinas, panderetas y clavijeros, fruta, bandejas y vino tinto. En una esquina incluso hay un pintor, con el pincel erguido y las pinturas frescas, listo para inmortalizar el evento. Y también está esa fiera de Maximiano, afeitado como es debido y con los brazos enormes cruzados sobre el pecho.

Pero Constantino no ve nada. No oye nada.

Porque en el fondo de la sala, al final de todo ese desfile, justo delante de sus ojos, está ella.

Y es la cosa más bonita que ha visto jamás.

Un junco níveo, ceñido con una túnica celeste. Cabello rubio y rizado, ojos del color del cielo.

Pómulos altos y boca brillante y minúscula.

«Para morderla.»

Pies perfectos, menudos y estrechos en las sandalias entrelazadas al tobillo; dedos delgados, posados sobre los hombros de una niña regordeta, rubia y vestida de azul como ella.

La niña no debe de tener más de tres años. En la mano lleva un yelmo de oro adornado con plumas de pavo real.

Constantino avanza con seguridad.

La fiesta se desvanece, desaparecen la niña, el yelmo y los invitados.

Constantino se pierde, paso a paso, en los ojos de la muchacha, la boca se le abre lentamente. Ahora están el uno frente al otro.

La muchacha inclina la cabeza, tiene el rostro colorado. Constantino no puede dejar de mirarla.

Un mechón se desprende de la guirnalda que le enmarca el peinado, y la hace todavía más deseable.

Le gustaría besarla, yacer con ella ahora mismo. Sin ceremonias, banquetes, promesas, sólo sus cuerpos, fundidos en una sola carne, durante el resto de la vida.

Pero la muchacha no levanta la mirada. Cada vez más incómoda, se agacha hasta tocar el suelo con la rodilla derecha, levanta las manos de los hombros de la niña. Luego se vuelve hacia la derecha y se aleja de puntillas.

«Constantino se queda de piedra.»

El corazón deja de latirle, la sangre martillea con fuerza.

Siente que se ahoga. Tiende una mano hacia la muchacha, balbucea con un hilo de voz:

—¡F-Fausta!

Después nota un espasmo casi imperceptible en el muslo. Seguido de un pellizco y de algo parecido a cinco pequeños dedos que le golpetean la espinilla. Constantino se despierta, de repente. Repite, menos convencido:

—¿F-Fausta...?

Mira hacia abajo, completamente desorientado, mientras la rubia se desvanece en los meandros del palacio. Allí abajo, justo en medio de las piernas del vástago de Iliria, está la niña regordeta. Con el pesado yelmo de plumas bajo un brazo. Y la mano derecha ocupada en pellizcar el muslo del hijo de Constancio.

—¡Eh! ¿Dónde estás mirando? ¡Estoy aquí!

Constantino no entiende nada. Mira a la niña boquiabierto.

Boquiabierto como es habitual en él.

La niña aferra el yelmo con las dos manos. Pone cara de enfado:

—¡Yo soy Fausta!

Constantino no consigue cerrar su maldita boca y sigue mirando a la pequeña con ojos de loco. Ella se vuelve hacia Maximiano, con el pesado yelmo todavía sujeto en las sudorosas manos, después se vuelve de nuevo hacia Constantino y, con toda la fuerza que tiene, le arroja el casco de plumas sobre el pie derecho.

Constantino no se espera tal sorpresa. Un dolor agudo lo dobla, el instinto le hace levantar la extremidad y cogérsela con las dos manos, dando saltitos sin moverse de sitio y gritando por el porrazo.

Fausta, la hija de Maximiano de sólo tres años, la prometida de Constantino, sale corriendo hecha una furia gritando a voz en cuello:

—¡Tonto! ¡Tonto! ¡Tonto!

Maximiano se está meando de risa.

Diocleciano mira al muchacho, le da una palmada en la espalda con la diestra.

—Sencillamente deliciosa, ¿no es cierto?

La fiesta ha terminado. Es entrada la noche. En el salón todavía queda algún retazo de la fiesta. Maximiano y Diocleciano, cargados de vino hasta las trancas, entonan cantos de guerra en la ventana. La pequeña Fausta duerme agotada entre los brazos de su madre. El maestro Lactancio hace ya unas horas que se ha retirado y Constantino se ha quedado solo. Está en una esquina, con el pie todavía hinchado, abandonado sobre un sitial y la espalda apoyada en la pared, con el yelmo de plumas en la cabeza y un dedo de vino especiado en la copa.

Está triste y condenadamente sobrio.

«Aburrido hasta la muerte.»

Levanta la mirada por casualidad, ve un reflejo rubio huyendo por detrás de las columnas del fondo de la sala.

Se levanta, da dos pasos con dificultad, sin apoyar la extremidad dañada. Por el pórtico asoma el rostro lleno de pecas de la chica del vestido azul, la sierva que había tomado por Fausta. Es tan bonita que dejaría exhausto a un titán. Ahora ya no se ruboriza, hace una señal a Constantino para que la siga. El joven se espabila en un segundo, mira a su alrededor para asegurarse de que nadie se fija en él.

Y después empieza a cojear detrás de ella. Cada vez más rápido.

Ella vuela por los pasillos del palacio, se adentra en el corazón oscuro de la fortaleza. Él sigue sus pasos, no ve nada, desemboca en un patio interior, desierto. La luna que se filtra es fría, e ilumina el rostro de la muchacha.

Está allí por él. Se muerde el labio, pegada a la pared, con los pezones erguidos por el frío y la excitación bajo el traje turquesa. Está jadeando, por la carrera. Y por el deseo.

Constantino la besa con ardor. Le besa el cuello y un seno, muerde sus labios, se embriaga con su perfume. Sus rizos son de oro a la luz de la luna. Y él es azul, azul la ropa, la piel, la boca, como para perder la razón. Se desata la loriga, se queda desnudo frente a ella mientras la chica se sube la túnica. Constantino la levanta, los muslos le rodean la cintura. La toma de pie, la sacude contra la pared. Sacude y empuja, está llegando al final. La rubia sigue mirándolo, está a punto del orgasmo.

—Así, mi príncipe, no dejes de mirarme a los ojos...

Pero, justo a un paso de la meta, Constantino se para. La muchacha no lo comprende. Él la aparta. Hace que se dé la vuelta, la rubia se apoya en la pared de ladrillos. Con los piecitos sobre el pavimento helado.

Ahora Constantino la toma por detrás, con fuerza.

Ella chilla. Está llegando. Ella se vuelve y planta sus grandes ojos azules en los del muchacho.

Constantino no puede aguantar más, pero no quiere ceder.

—¡Date la vuelta! —le grita.

Ella no lo entiende, sigue mirándolo, asombrada.

Él la agarra por el pelo, le hace daño. El esfuerzo por no estallar es

tremendo.

—¡Te he dicho que te des la vuelta, golfa! —Su voz es rabiosa.

La chica se asusta, vuelve de golpe la cara contra la pared. Una lágrima le surca la mejilla derecha.

Constantino le explota dentro, ulula a la luna como un lobo.

Cuando ha terminado, vacío y jadeante, aferra a la joven por el cuello y le acerca la boca a la oreja:

—Sólo se mira a los ojos a las princesas, ¿no lo sabías? Y tú, preciosidad, sólo eres la fulana que le limpia los mocos de la nariz a mi princesa...

Constantino recoge la loriga. Se la echa a la espalda y se marcha por los oscuros pasillos sin mirar atrás.

La sierva se queda acurrucada en el frío suelo, sollozando.

El muchacho acaba de hacerse hombre.

Sin necesidad de escuelas, preceptores y academias, ya ha entendido qué es la razón de Estado.

La primera sangre

(296-297)

El desierto

Diocleciano había hecho recoger y quemar todos los escritos de los antiguos egipcios que trataban sobre la fabricación del oro y de la plata, para que no pudieran procurarse riquezas y, volviéndose por ello insolentes, rebelarse contra Roma.

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Palestina, 296 d. J.C.

Sangre, sudor y lágrimas.

La sangre, que se aproxima, que bulle bajo el sol del desierto, que espera impaciente el despertar de la espada.

El sudor empuja el agua fuera del cuerpo. Un mudo adiós a tres años de comodidades. Un compañero fiel que saluda la batalla inminente.

Y las lágrimas.

Sí, las lágrimas de las esclavas, de las siervas y de las esposas, incapaces de acostumbrarse a la idea de la guerra.

Las lágrimas que manan traidoras, que saben a casa y a lecho, y hacen daño con sólo recordarlo.

Las lágrimas de una madre, Constantino casi puede sentirlas. Una madre que no sabe nada y, sin embargo, conoce el mundo mejor que él, aunque esté a millas y millas de distancia, aunque su voz sea ya poco más que un espectro que lo visita cada noche.

No queda rastro del muchacho que hace años salió de Naissus. Alguien, dentro de unos lustros, escribirá unas frases de circunstancias:

No existía ningún otro que se pudiera comparar con él por la belleza de su cuerpo y su imponente estatura, y era tan superior a sus coetáneos en fuerza y prestancia física que casi les resultaba aterrador. Ya manifestaba

entonces indicios de un temperamento real.

Patrañas y halagos revestidos de oropeles, un simulacro de madera revestido con hojas de oro.

Constantino ha cambiado, eso es seguro. Treinta y seis meses no son ninguna broma. Meses de adiestramiento, arena y espadas cortas. De cicatrices, morados y músculos cada día más tensos.

Treinta y seis meses domesticando a la bestia, enseñando a Trachala, el durmiente, a despertarse cuando se le pide, a golpear sin piedad.

Treinta y seis meses olvidándose de sí mismo, de sus erupciones, de las emociones que duelen y debilitan.

Treinta y seis meses de cabeza, corazón y estómago.

Y ahí está, el vástago de Iliria, con los muslos aferrados al vientre del caballo, la cota de malla hasta los tobillos, sujeta con anillas de latón, y el manto reglamentario. Llevando el arco, mágica curva de madera, hueso y tendones de animal, y la crin del caballo en el yelmo dorado, que marca la diferencia entre un soldado cualquiera y un oficial de Roma. La historia del círculo de fuego y el tigre era una patraña. Un cuento para chiquillos que empiezan en el ejército, ansiosos de sangre fresca.

Roma no tiene prisa y no necesita un circo para adiestrar a sus mejores hombres. No hacen falta pruebas de fuerza en la arena durante la tarde. Ni saltos acrobáticos, ni lanzamientos mágicos, ni flechas hechizadas.

«Sólo trabajo, trabajo, trabajo.»

Y honor, respeto por la tropa, por los viejos y los jóvenes, unidos en la gloria hasta la muerte.

Así es como el muchacho se ha ganado los galones, cumpliendo cada día con su deber, cabalgando, colocando las flechas, tendiendo el arco y soltando la tripa cuando tenía la diana en el punto de mira adecuado.

«Ni un instante antes.»

«Ni uno después.»

Una mañana de junio, ardiente como la fragua de Vulcano, el viejo emperador se reunió con él en el campamento. Lo observó impartir órdenes al *tagma*, incitar a los *cursores*. Presenció, henchido de orgullo, el asalto de trescientos hombres bajo el mando de una sola voz.

Vio las jabalinas llenar el cielo, clavarse en la paja de los

espantapájaros. Reconoció el griterío de la tropa.

Comprendió que había llegado el momento y el muchacho pasó a ser considerado un hombre.

Constantino, aquella noche, no pegó ojo. Demasiada excitación, demasiado ardor en las sienes, pensamientos agresivos y nada de sueño. Pensó en su padre, Constancio, intentó imaginarse su cara cuando recibiera la noticia.

Pensó en su madre y notó un pinchazo en el pecho. Un desgarrador doloroso y profundo que tardaría una eternidad en cerrarse. Nadie iba a tomarse la molestia de enviar un mensaje a Naissus para informar a una vieja *stabularia* de que su único hijo se había convertido en centurión de Roma.

Constantino había jurado que no se detendría. Que seguiría trabajando duro, levantándose temprano, disparando, golpeando y tirando de los hombres hasta que su gloria fuera tan grande que atravesara montañas, caminos y desiertos. Y llegara, por fin, hasta hacer brillar los ojos de la mujer que le había dado la vida.

A la mañana siguiente, el muchacho se levantó temprano, con los párpados impregnados de cansancio, y aun así llegó al campamento antes que todos los demás. Esperó a los hombres erguido junto al estandarte del *tagma*, con el yelmo brillante como un espejo abrochado a la barbilla y el penacho negro que lo decía todo: «A partir de hoy sólo obedeceréis mis órdenes.»

El regimiento llegó a la carrera y lo inundó con una ovación, pero el ardor fue aplacado en seguida por el mensajero que apareció sin aliento de la nada. Lo enviaba el emperador en persona, el despacho no admitía dudas: la época de los ejercicios había terminado.

«Hay que ir a la guerra.»

Esto sucedió exactamente hace dos meses.

Ahora su casa está a mil leguas a la espalda y el enemigo a sólo un par de millas a septentrión.

Constantino monta un caballo blanco de Iberia y observa la formación. Al amanecer, Diocleciano ha hecho sonar tres veces el cuerno. En el campamento se ha hecho el silencio y han empezado las maniobras. Una masa informe ha salido de las tiendas ávaras, una para cada escuadrón. Los hombres se han encuadrado rápidamente, escudo con escudo.

Los *cursores*, las tropas de asalto, son los primeros en abrir el baile;

dispuestos a disparar, clavar y perseguir. Algo más atrás, compactos, los *defensores*, con la pesada barbuta calada, el barboquejo apretado, una jabalina en la mano y otra atada entre las escápulas, para asestar el golpe de gracia. Flanqueadores y rodeadores ocupan su puesto con un temblor de cascos. Polvo y aliento de animal, los unos junto a los otros, en agrupaciones de un centenar de unidades separadas a penas por un tiro de arco.

Y después la segunda línea, más caballos, armaduras e infantes hasta donde alcanza la vista, terminando en la retaguardia.

En medio, rellenando los huecos, una caterva de esclavos repulsivos, semidesnudos, con cuerdas y cadenas, herramientas oxidadas y cuchillos sin punta. Sacan espuma de rabia y de sed. Esperan órdenes, acallados por el látigo.

Cerca del horizonte sólo quedan los carros de las provisiones, los *menseros*, los espías y los médicos con su escolta.

Constantino espera a que la muralla humana sea compacta. Sigue moviéndose arriba y abajo por el *tagma*, impartiendo órdenes tajantes:

—¡Cerrad filas!

La centuria está lista para atacar.

Cuando cada pieza está en su sitio, el mosaico es magnífico y terrible. La furia de Roma está a punto de verterse incandescente sobre el invasor sármata.

«Un instante antes de la erupción es el momento del general.»

Diocleciano hace su entrada triunfal. A la grupa de un demonio campano, con la loriga de hierro bruñido y el gladio enorme en el flanco. El yelmo de Coolus debidamente modificado deja al descubierto sólo los ojos y hace que se parezca al mismísimo Marte, despiadado y carnívoro. En esa imagen de poderío y fuerza bruta, Constantino sólo ve el buen padre que ha aprendido a amar.

Ahora no cuenta la edad, sólo importa el rango. En la guerra, los hermanos protegen a sus hermanos. Y todos, de los veteranos a los novatos, están dispuestos a morir por el general.

Ese general que mira a los ojos a su ejército y encabrita al semental bajo el disco llameante de Apolo.

En el aire sólo se oye el relincho del animal.

«La espera.»

El general habla a todos. No tiene que aguardar a que se haga el silencio.

—Soldados de Roma, es tradición que el oficial de más alta graduación dirija unas pocas palabras a las tropas que se disponen a recibir el bautismo de la sangre. Cuando me tocó a mí, ni siquiera estaba en edad de afeitarme, y la última cosa que me apetecía escuchar antes de empezar a luchar eran las frases de un viejo engreído que ni siquiera iba a tomar parte en la batalla. Al igual que ahora vosotros, estaba allí parado como una mula de asedio, derritiéndome bajo el sol de África. Y, sin embargo, temblaba como una hoja.

»Y me avergonzaba como un ladrón, sí señor, porque nuestros instructores nos habían enseñado que un noble legionario de Roma no le teme a nada. Ni siquiera al mismísimo Plutón; ni su ejército de demonios sería capaz de ahuyentarnos. Estaba allí, plantado como un espantapájaros, incapaz de escuchar una sola palabra de la perorata del comandante. Sólo tenía un pensamiento en la cabeza: “Hoy moriré. Saldré ahí y algún nómada sin cerebro me clavará una lanza en la tripa. Será un segundo, y adiós muy buenas.”

»De nada habían servido el adiestramiento, los discursos del instructor en el campamento, los sacrificios a los dioses. Un momento antes de la batalla sólo quedaba el miedo.

Diocleciano hace una pausa. Todos los ojos están puestos sobre él. Un escalofrío helado sacude el *tagma*.

—Pues bien, yo os digo que no os avergoncéis, soldados. Apreciad ese maldito miedo. Cogedlo fuerte, porque será vuestra tabla de salvación cuando estéis metidos en la tormenta hasta el cuello. Un soldado sin miedo es un soldado muerto. No permitáis que os venza, sometedlo con disciplina y emprendedlo a patadas si es necesario. Combatid con corazón, hígado y cojones. Y no tengáis piedad, porque seguro que esos malditos sármatas que están detrás de aquellas dunas no la tendrán de vosotros.

»Y, por Júpiter, no dejéis que ese temor que os sacude los huesos se desvanezca. Vuestro miedo, y no vuestra espada, estáis a punto de aprenderlo, es lo único que os devolverá a casa sanos y salvos.

La multitud permanece en silencio.

No se oye ni un murmullo, sólo un millar de ojos atentos, con las mandíbulas y las nalgas apretadas.

El emperador apunta el semental hacia la batalla.

El cuerno suena tres veces.
El momento de charlar ha terminado.

El grito rasga el aire, el enjambre de saetas atesta el cielo, la sacudida violenta de la sangre.

«Ya ha empezado. Tardará mucho en acabar.»

Los sármatas tienen cara de lobo, despiadada y seca. Babean cuando hunden las lanzas en la carne.

Sus arqueros colocan las flechas a la manera persa, tres dedos en la cuerda, con los pulgares cortados por el esfuerzo.

Tensan el arco un instante antes de tirar; de rodillas, flexionan la curva de madera, cuerno y tendones.

Son precisos y crueles, cargan puntas trilobuladas de hierro retorcido. Cuando dan en el blanco desgarran cuero y mallas de hierro. Si uno intenta sacarlas, desgarran.

En el vallado que hay entre las dunas, los heridos echan sangre. La vida se pega a la tierra caliente, que se la bebe de un sorbo. Diez voces al unísono gritan: «¡Médicoooo!» Los matasanos se apresuran hacia la arena desde la retaguardia. Dos de ellos se quedan clavados, el primero con un dardo en el ojo, el segundo, en el hígado. Los demás llegan a su destino y hunden las manos en la sangre. Chisporrotea el cauterio, olor a miedo y a carne asada.

La caballería fustiga a los animales, rompe las líneas de la infantería sármata. Los arqueros se convierten en cerdos en el matadero, los cascos pisan dientes y cartílagos, destrozan articulaciones.

Más patas y sangre.

Constantino mete la mano en el carcaj, arma la última flecha, la suelta con fuerza y velocidad.

«Ya no le quedan más.»

La espada desenvainada de rabia, el corazón a mil. Diocleciano tiene razón, es para hacérselo encima.

«Pero nunca se ha sentido tan vivo como ahora.»

Un sármata lo apunta desde lejos. La carrera alocada, el semental montado a pelo, galopando con las bridas sueltas. Constantino grita a los rodeadores que muerdan el flanco derecho y, al momento, ordena atacar por sorpresa.

—¡Ahora!

Los legionarios apartan los andamiajes tras los que estaban camuflados y salen de la arena. El enemigo grita todo su estupor mientras un centenar de *spathae* se les hunden en la garganta.

Constantino aprieta las bridas y el gladio, tenso y concentrado; todavía está en guardia. El sármata se acerca cada vez más, en una carrera funesta, con el yelmo perdido, espuma sobre la espalda del animal y hambre de muerte. El enemigo baja la duna a la carrera, una flecha de Roma acierta en su cuello. Muere al instante, el caballo ni se da cuenta. Sigue galopando, sin criterio, se hunde en la arena alta, se traba, cae rodando, se precipita, se derrumba en el suelo. Vuelve a levantarse, arrastrando al caballero sin vida por la vestidura enganchada en la silla. El corcel tropieza en el borde de la fosa, se encabrita y se desploma.

Cae en la Boca de los Malditos, el lugar más terrorífico de todo el condenado campo de batalla.

Esclavos encadenados, siervos de Roma ebrios de sangre. Bestia entre bestias, el caballo cocea por poco tiempo, muere sufriendo, con la cabeza rebanada por hojas de hierro oxidado, que cortan, deforman, mientras las manos arrancan, estiran, hieren.

La lucha continúa, con las órbitas rojas de rabia. La fiebre late, la muerte se come a la muerte. La cólera del repulsivo ejército de los oprimidos arrolla al cadáver del caballero.

En el fondo de la Boca, trozos de carne, cerebro pisado, ira y locura.

Gritos y miedo, miedo de locos.

La guerra también es eso, la guerra da asco.

Constantino nota un retortijón, aparta la mirada y la dirige a Oriente. Diocleciano parece un centauro. Es una visión, una criatura mitológica, uno solo con su caballo. Está en lo alto de la duna, con el arco sujeto en la diestra y con la izquierda pellizcando el aire. Ha alcanzado al sármata desde un estadio de distancia. Ha dado en el blanco al primer tiro.

Diocleciano es Marte bajado al campo de batalla para reclamar venganza.

«Diocleciano es la guerra misma.»

Constantino mantiene a raya a un par de infantes que intentan derribarle, pega mandobles, araña, rebana una oreja, pero esos dos no

abandonan. A lo lejos oye los gritos de victoria de sus hombres. El estandarte del *tagma* está cada vez más lejos, clavado en el corazón del ridículo ejército bárbaro en retirada.

Diocleciano no deja de mirarlo ni un segundo. Envaina el arco en la funda, agarra el gladio, negro y brillante, y se lanza al galope hacia él.

El viejo parece haber rejuvenecido veinte años. Los músculos le vibran y la furia lo ciega. El enemigo se le echa encima sin tregua, pero el emperador lo rechaza y sigue galopando directo como una saeta hacia Constantino. Amputa brazos y piernas, rasga caras y espaldas.

El joven oficial ha abatido a sus asaltantes. Ahora desearía reunirse con sus hombres, ordenar el último asalto antes de la victoria, pero está petrificado.

La visión furibunda de Diocleciano es más nefasta que la mirada de las Gorgonas. Constantino y su caballo no pueden mover ni un músculo.

El emperador y su grito es una tempestad de granizo y fuego incandescente.

Ahora está a menos de un brazo.

El muchacho abre los ojos como platos.

«Con la jodida boca.

»Abierta.

»Como de costumbre.»

Diocleciano levanta la espada, lanza el mandoble con toda su fuerza.

Constantino ahora ya sabe lo que es el miedo, ese que se pega en la garganta y paraliza los miembros, ese que ni siquiera te deja despedirte. Cierra los ojos y espera el funesto golpe. Incrédulo, incapaz de comprender.

«Terror puro.»

Advierte el estallido del hierro contra el hierro, los huesos y la carne destrozada.

El ruido de la muerte, el rojo en la cara.

Pero no siente dolor.

Sólo miedo.

«El maldito miedo.»

Abre los ojos, Diocleciano está jadeando.

A su espalda, un sármata está partido en dos, de la cabeza a la cintura. En la derecha todavía lleva el puñal.

Constantino ni siquiera se había dado cuenta, con la cabeza torpe por la pelea, el oído ensordecido por la batalla.

El emperador se levanta el yelmo.

«Le acaba de salvar la vida.»

A lo lejos estalla el grito de los legionarios y de los caballeros, mientras los sármatas, diezmados y doloridos, huyen abandonando las armas en el suelo. Las saetas alcanzan a los últimos por la espalda.

Los supervivientes se pueden contar con los dedos.

«¡Victoria!»

Su primera victoria, y Constantino no puede parar de temblar.

Diocleciano se acerca, con su habitual sonrisa descarada. Quita la sangre de la cara del muchacho con su mano enorme, le palmea el hombro con fuerza, le revuelve el pelo. Está radiante.

—¡Qué día! Manada de cobardes sármatas... Mujeres que sólo sirven para sacarle brillo a la espada. —Y mientras habla agita el gladio ensangrentado bajo la nariz de Constantino.

El estómago del joven oficial, sin previo aviso, se crispa con una punzada.

—Y dime, muchacho —Diocleciano se pone serio de repente—, ¿te has meado en la túnica?

Constantino se pone verde.

La vida y la muerte retumban con demasiada fuerza.

No logra contener la arcada, vomita agarrado a la espalda del semental.

Y, mientras Diocleciano se ríe hasta sacar el alma; el vástago de Iliria agradece a los dioses que ninguno de sus soldados lo esté mirando.

—En mi opinión se parecen más a perros que a verdaderos hombres. Con ese morro puntiagudo, ese cuerpecillo seco... ¿Tú qué opinas, muchacho? —Diocleciano hace horas que habla. Sin parar ni vacilar, bajo un sol de fuego que reseca todas las gargantas en un radio de diez millas. No deja de despotricar contra los egipcios desde que el ejército ha cruzado la frontera.

La victoria sobre los sármatas ha estimulado a la tropa. El salto hacia Occidente no estaba programado, pero Diocleciano quiere aprovechar el furor de sus hombres para enseñar a los «cerdos egipcios» un poco de educación. Constantino escucha y se vierte la cantimplora en la cabeza. El agua se

evapora al instante.

—E igual que a los perros les encantan los palos. Si no los apaleas no aprenden nada de nada, canallas asquerosos. Por ejemplo, ¿tú sabías que se avergüenzan cuando no pueden mostrar cicatrices en esas espaldas secas y morenas? Los latigazos nunca son suficientes, ¡que Neptuno los maldiga! No se rinden ni que les quites la piel y los sumerjas en sal.

Constantino sigue sudando.

Hombres y animales avanzan fatigosamente. Con la guardia baja, el camino es igual desde hace millas, la cantinela de Diocleciano es monocorde:

—Pase lo que pase, ya sea una guerra o una calamidad natural, una invasión de prófugos de Palestina o una cosecha destruida, para ellos siempre es culpa del gobierno, del maldito Imperio. Culpa mía, ¿entiendes?

Constantino está concentrado. A pesar de que el mediodía le oprime los párpados y que lleva la ropa de recambio enrollada en la cabeza al estilo de los bereberes.

«Tiene hambre y sueño.»

Diocleciano, en cambio, no sufre. Va con el cráneo desnudo durante millas y millas, de vez en cuando se echa un poco de agua en la sesera y un trago en la garganta. Nada más. Ese hombre es un escorpión, la arena del desierto le sabe más dulce que la brisa en la orilla del mar.

—Además siempre están de mal humor. Tal vez porque se dan cuenta de que son una manada de miserables que sólo tienen huesos y piel, y eso los vuelve locos. Se pelean continuamente, cualquier pretexto les basta: no responder a un saludo por la calle, no ceder el sitio en las termas, una carrera en el hipódromo. «¡Mi auriga es un rayo, el tuyo un pedo de cerdo!» Y venga patadas, puñetazos, cicatrices. Por estas tierras las calles están llenas de violencia, ya no son seguras. Ni para los mercaderes que venden a lo largo de la costa... y ya no te digo para las mujeres y los niños que viven en el centro de ese gallinero asqueroso.

Diocleciano indica distraídamente hacia Occidente, donde debería hallarse la ciudad de Tanis, pero sólo se ve arena y más arena.

—Ha llegado el momento de darles un correctivo a esos animales. No habrá ninguna tranquilidad si antes no corre la sangre...

Constantino mira al emperador por primera vez desde que ha salido el sol. Habla por decir algo, porque si se queda callado un minuto más, acabará

durmiéndose.

—¿Son valientes en el campo de batalla?

Diocleciano se echa a reír.

—¿Quiénes? ¿Los egipcios? Deja que te lo diga, muchacho, no valen ni un par de ases agujereados.

Casi no tiene tiempo de terminar la frase.

La arena se desmorona bajo los cascos sin hacer ruido.

En silencio, el infierno se desencadena.

Diocleciano está en el suelo. El caballo maltrecho, lisiado. La sima se ha tragado la pata, otros han corrido la misma suerte. La mitad de la primera línea yace en la fosa, aplastada por el peso de las armaduras y de los animales cojos.

—¡Quebrantahuesos! —grita el emperador, pero es demasiado tarde.

La vanguardia ha caído de lleno en la trampa, los malditos egipcios están sobre ellos.

Atacan con estiletes y lanzas cortas, con el torso desnudo y sudado, y en la cabeza un turbante bermellón.

Llevan corazas ligeras y escudos redondos, son veloces y despiadados, difíciles de mantener a raya.

Se despliegan como hormigas por el vientre de la caballería quebrada, desfiguran y se retiran, muerden y dejan la marca.

«Emboscada.» La palabra martillea en la cabeza de Constantino.

«Emboscada.» El corazón bombea aceleradamente.

Su cabalgadura está a salvo de milagro, lo hace girar a la derecha para esquivar los agujeros.

Los egipcios han hecho bien las cosas. Deben de haberlos avistado desde lejos, con tiempo para excavar, apuntalar las trampas con maderas y piedras, y recubrir las fosas con hojas de papiro, juncos y más arena. Se han escondido. Han esperado día y noche, llevaban sacas llenas de provisiones, arroz y carne seca, agua en abundancia. Han afilado las lanzas, amolado los estiletes en la piedra.

Han sudado y temblado, sin prisa. Esos malditos egipcios conocen el desierto.

Y no saben qué es el miedo.

«Diocleciano estaba equivocado.»

Constantino cierra filas, ordena a los hombres que formen un bloque de infantería y que estén atentos a los quebrantahuesos escondidos.

Los legionarios hacen lo que pueden, pero el terreno es un poderoso aliado para los perros de Egipto. La pista de arena se extiende hasta un oasis media milla más allá. El ejército se ha desperdigado y el enemigo está encima de él.

Apuñala y ensarta.

La arena lucha con el barro en el límite del desierto, nuevos agujeros se abren bajo los pies ignorantes de los imperiales.

Constantino recoge el cuerno del cinto del infante muerto para llamar a la retaguardia. Mientras galopa en medio de la lucha, las hojas del Nilo le arañan las pantorrillas a su paso.

Diocleciano todavía está en el suelo. Ha conseguido salir de la cavidad, se debate como una serpiente de cascabel. El yelmo... quién sabe dónde está. Tiene la espalda abierta, una flecha partida en el muslo.

Es todo rabia y músculos, ojos rojos de capilares rotos.

Lucha con dos hojas, el gladio oscuro y una espada curva que le ha quitado al enemigo. El filo oblicuo lacera la carne y secciona decenas de cráneos.

Constantino está con él. Ensarta el dorso del enemigo. La lanza entra y sale, rápida y eficaz.

El adiestramiento aflora en un segundo, Constantino es preciso e incisivo.

Tiene a cinco egipcios encima. A tres los mantiene a raya con la derecha, rechaza al cuarto con el escudo, pero el quinto es un rayo. El mandoble le desata la loriga, ya debilitada por los golpes. El africano grita, con el mentón lampiño y la mano huesuda. El hierro del Nilo desgarrar el pecho del muchacho.

La herida es seria, arroja sangre, le hace temblar las piernas, pero el dolor no basta para apagar el cerebro. Así, en un segundo, la rabia abre la jaula, suelta las cadenas: Trachala está libre.

Tiene la vista ofuscada por el líquido rojo, los nudillos blanquecinos. El hierro es lo único que atrae su alma rastrera, el cerebro cortical, la sed de muerte.

La voz de los antiguos lo dice claro, memoria ancestral de cavernas,
rayos y fuego.

Piedra contra cráneo, piedra contra piedra.

Metal de fragua y lava hirviente.

Cabellos arrancados, espalda rota.

Hambre y sangre. Más sangre.

Y pulgares, rabia, asalto, sudor y más hombres, gritos y huesos
golpeados; el gruñido de la fiera, el polvo, las sogas, el sílex que rasga el
estómago, los labios que beben la vida.

«Caliente.»

La guerra, igual desde siempre.

La carne, del mismo sabor.

Trachala hunde la hoja, ensarta, traspasa, desgarras.

«Mata.»

Es la primera vez.

«Es sólo la primera vez.»

Trachala grita y ataca, vence, sacrifica, perfora.

Diocleciano está a salvo; el manípulo de los egipcios, abatido.

En el fondo del campo, en una nube de cascos, llega la retaguardia,
vuelve a compactarse con los heridos, los aplastados, los hermanos
cuarteados.

Le gustaría no dejar títere con cabeza, pero los egipcios son astutos.
Han atacado con rapidez y con rapidez se han desvanecido.

«Emboscada», no puede quitarse esa maldita palabra de la cabeza.

La multitud se dispersa, el enemigo es un recuerdo. Roma recoge a sus
muertos y heridos.

«Derrota.»

Roma está golpeada y arañada, en el corazón y en el orgullo.

—¡Detente!

La furia de Trachala todavía hierve. Constantino sigue clavando la hoja
en el cadáver desgarrado del adversario; el egipcio tiene la piel deshecha por
las cuchilladas, el corazón y las tripas fuera, pero la cara está ilesa.

La cara de un soldado de dieciséis años.

Trachala sigue clavando, una vez más, otra.

—¡Basta, muchacho! ¡Se ha terminado! —Diocleciano desarma a

Constantino de una patada, los poderosos brazos estrujan el furor, bloquean las manos, las rodillas. Se ensucian con la sangre del pecho. Al final Constantino vuelve en sí, necesita un minuto entero.

Diocleciano no se ha movido del sitio.

—Se ha terminado...

Lo mira a los ojos, con gratitud y sintiendo el peso del futuro.

El emperador tiene el rostro extenuado.

—Me has salvado la vida, muchacho.

Constantino lo mira como si lo viera por primera vez. Después observa la masacre a su alrededor, los enemigos reducidos a montones de carne y huesos.

Diocleciano suspira:

—Nos han aniquilado...

Es de noche en el oasis de las afueras de Tanis, sólo rompen el silencio los lamentos de los heridos. Los cirujanos cosen carne con agujas de hueso y tripas de cabra. Por todas partes se oye el crepitar del hierro candente luchando contra la gangrena.

Fiebre y dolor.

Agua en abundancia.

Poco sueño.

Constantino descansa en su jergón, el pecho le abrasa.

La herida ha empezado a supurar, las mujeres del campo la limpian cada hora.

El muchacho observa al viejo emperador. Con el torso desnudo, sin yelmo ni calzado, da vueltas por el campo con un par de calzones bárbaros que se ha puesto de cualquier manera. Se detiene en cada corrillo. Tiene palabras de consuelo para centuriones, legionarios, caballeros y hasta para los desamparados *mensores*.

Supervisa las sepulturas, observa llorar a las mujeres.

«Está presente para todos.»

En los momentos más oscuros, el comandante es un soldado entre los soldados.

El primero entre iguales.

Es casi noche cerrada cuando se sienta al lado de Constantino. La fiebre

devora al muchacho, pero no quiere mostrarse débil. El emperador le pasa la cantimplora con aguardiente, Constantino da un largo trago que le quema las entrañas y Diocleciano hace lo mismo, luego se limpia la boca con el peludo antebrazo.

Señala la herida del pecho del muchacho.

—Bonito tajo...

Constantino se encoge de hombros.

—Sobreviviré...

Diocleciano asiente, echa un vistazo a la luna. Es gigantesca.

—No se puede decir lo mismo del hijo de perra que te lo ha hecho. No has dejado demasiado para los buitres. Parecías enloquecido, nunca he visto nada igual, ni siquiera en la arena. Los gladiadores hacen mucho teatro, pero al final todo es una pantomima. Enfrentamientos convenidos, gigantes contra hormigas, moribundos al servicio del público que paga. Tú, en cambio, has hecho una auténtica carnicería. No sé si estar orgulloso o tener miedo...

Constantino encoge de nuevo los hombros. Tiene unas malditas ganas de mostrarse fuerte. No le importa el dolor ni tampoco la fiebre. Sólo quiere estar a la altura de la conversación, un hijo orgulloso frente a un padre hinchado de satisfacción.

—Me ha hecho enfadar...

—Sí... —sentencia el viejo. Y se queda otro rato callado en silencio, bajo ese cielo increíble—. Te quedará una señora cicatriz. Todas las mujeres de Oriente se mojarán en cuanto te quites la armadura.

A Constantino se le escapa la risa.

El dolor se hace de golpe insoportable.

El viejo también se ríe, la vida es dulce. Y no hay nada más absurdo en plena derrota.

Pasa otro rato de tranquilidad, y es Constantino el que retoma el hilo de la conversación:

—¿Me dices por qué lo haces?

—¿Hacer qué? —contesta el viejo.

—Ocuparte de los heridos. Consolar a los enfermos, esas cosas.

—Porque es mi deber...

—Perdona, Diocleciano... Hoy nos han derrotado. Te hemos decepcionado, hemos fallado y hemos caído en la trampa del enemigo. Por

poco no te dejas la piel tú también...

—¿Y qué? Somos soldados, estas cosas pasan. Vamos a la batalla y no existe el empate. A veces se gana, a veces se pierde. Podemos morir, eso es seguro. Estamos aquí para eso. Pero no significa que en la derrota no haya dignidad. No es culpa de los hombres si los egipcios nos han vencido. Nadie podía descubrir los agujeros que habían excavado. Estamos en su territorio, sufrimos una desventaja técnica, contra eso no podemos hacer nada. Lo que sí que podemos hacer, lo que debemos hacer porque es nuestro deber como oficiales, es mantener alta la moral de los hombres. Salvar lo salvable, socorrer a los heridos y enterrar a los muertos.

»Así es como funciona en el ejército, nos ocupamos de nuestros hermanos. Porque ni tú ni yo somos titanes. Ni dioses. Y las batallas no las gana un hombre solo, aunque salga de paseo con una ridícula corona en la cabeza.

Diocleciano hace una pausa. Observa los ojos atentos del muchacho.

—Si quieres seguir en este oficio es mejor que aprendas que diez soldados con la moral por las nubes son más fuertes que un centenar de corazas. Diez hombres con la moral por los suelos son más peligrosos que las fiebres de los pantanos. Ni el mejor comandante del mundo puede guiar un manípulo de desanimados, no lo olvides.

Un trago de aguardiente sella la enseñanza. Otro poco de paz bajo las estrellas, para no olvidarlo nunca.

Diocleciano se levanta. Es hora de abandonarse a los brazos de Morfeo.

—¿Mi señor? —La voz de Constantino es afligida.

—¿Sí, muchacho? —Diocleciano se vuelve, a medio camino hacia su tienda.

—¿Y los egipcios?

—Los egipcios ¿qué?

—Ahora que nos han derrotado, ¿qué harán?

Diocleciano sonríe.

—Bueno, creo que esta noche lo celebrarán. Lo cierto es que ya lo están celebrando, puedo vislumbrar los fuegos de Tanis desde aquí.

El viejo se vuelve, mira al muchacho fijamente a los ojos.

—Y nosotros dejaremos que lo celebren. Pero mañana por la mañana, a esos fuegos se añadirán otros fuegos. Y a nuestra unidad, la Décima Legión.

Junto con la Sexta. Antes de la noche esa condenada ciudad quedará arrasada. Mañana por la noche, muchacho, cenaremos en medio de los cadáveres de esos simios.

Constantino se queda con la boca abierta.

«Como en los viejos tiempos.»

—Y ahora descansa, joven Constantino. Que la noche te sea dulce...

El emperador se marcha en la oscuridad, hasta que su silueta es tan sólo un recuerdo bajo un cielo torturado de estrellas.

Galerio

En la guerra, como en la caza, lo poco equivale a nada. No puede haber tregua hasta que el enemigo no está completamente destruido.

MAURICIO Y TIBERIO, *Strategikon*

El *limes* oriental es tal como te lo describen, un verdadero asco. El viento helado se te mete dentro de la loriga. Las orejas se te congelan.

Y la nieve, una maldición. Constantino no ha visto la nieve en toda su vida. Es una de esas cosas de las que no se habla, sabes que existe, sabes más o menos de qué está hecha, qué aspecto tiene. Intentas imaginar su olor y su sabor, pero nada es comparable a tenerla delante. Es más o menos lo que ocurre con un coño. Pero esta vez, si es posible, el muchacho todavía está menos preparado.

Los primeros copos son toda una sorpresa. Un millar de narices miran hacia arriba, algunas lenguas capturan el prodigio. Y luego el escalofrío del primer contacto en la piel desnuda, el frío cada vez más intenso, que hace castañetear los dientes y añorar el calor del desierto.

Diocleciano, como de costumbre, no parece notar el cambio. Es el más antañón de la tropa, pero sigue cabalgando con la cabeza descubierta y sin llevar el manto sobre los hombros.

Constantino, en cambio, no puede creerse el cambio de escenario. Hasta dos horas antes sólo había un cielo plomizo y la amenaza de un apocalipsis desconocido. Ahora, en cambio, las cosas se ponen serias, el viento del norte es un enemigo indecente.

Aprieta las riendas de su caballo, lo mueve hacia adelante un par de largos y se sitúa junto al viejo.

Diocleciano lo ve todo y lo sabe todo, no necesita mirarle a los ojos. Habla con voz segura:

—Impresiona un poco, ¿verdad?

Constantino tiembla y se cierra el manto en torno al cuello. La cota de malla empieza a ser una tortura sobre la espalda. Resoplidos y piel de gallina.

—Es bastante duro. Pero tú no pareces notarlo, mi señor...

Diocleciano suelta una de sus sonoras carcajadas.

—Porque yo soy un oso, muchacho. Y tú una luciérnaga...

Constantino recupera la cantimplora que lleva colgada al cinto, echa un trago de aguardiente. El estómago vacío le quema, la tibieza se extiende a sus miembros.

Intenta estar a su altura. No pensar en el millón de agujas heladas que se clavan en su carne.

—Y, cambiando de tema, ¿qué tal es el César Galerio?

Diocleciano escruta el horizonte durante unos minutos. El campamento se ve desde ahí, el recinto, el humo de las cocinas de campo, el de las fraguas. El viejo emperador se imagina al César en uniforme de gala mientras reparte órdenes ásperas y espera muy compuesto su llegada.

—Es un mastín. Un perro guardián. Ya hace años que vive aquí, en la frontera.

Constantino intenta imaginarse su aspecto, pero sólo ve niebla y confusión, por mucho que se esfuerce no se le ocurre nada. Todo lo que sabe de Galerio lo ha aprendido de los veteranos de la tropa. Algunos han servido a sus órdenes y recuerdan su valor junto al fuego, por la noche. Pero después de la segunda taza de vino de malta, aflora algo distinto. Una frase olvidada en medio de una historia de guerra, una mirada muda entre quien sabe demasiado bien de lo que se está hablando. «Claro que decapitar a todos esos cristianos...» El centurión se arrepiente en seguida de haber abierto la boca. Mira a su alrededor, desorientado, con la excesiva cautela de los borrachos, seguro de que en realidad nadie lo ha oído. Después se apresura a rebatir: «De todos modos un buen general siempre va cuatro o cinco pasos por delante del enemigo. Ve más allá que Apolo, hazme caso...»

Al final de cada historia, en la boca sólo queda el sabor del mito. Y sobre el mito no se hacen preguntas.

Galerio se escabulle, es una sombra que pesa en la cabeza de Constantino desde que ha empezado el viaje, muchas leguas y pocas explicaciones, y la cercanía del campamento parece una amenaza muy lejana.

Hasta Diocleciano el charlatán, el señor de las anécdotas, ha mantenido

la boca cerrada sobre el César de Oriente.

Al menos hasta ahora.

—Es un maldito gigante, incluso más alto que tú. Hijo de pastores de Dacia, ignorantes como cabras pastando en las montañas. Se dice que su madre era una belleza. Y su padre una especie de miserable incapaz de cumplir con su obligación. Si entiendes a lo que me refiero. Cuando la muchacha se quedó embarazada hizo correr la voz de que la había cubierto un dios que había bajado a la tierra bajo la forma de serpiente. Un par de días después se tragó sus palabras y juró que había sido el mismo Marte quien la había preñado. Los maliciosos dicen que se trataba del herrero de la ciudad de al lado. El padre de Galerio los sorprendió mientras retozaban entre unos arbustos de detrás de la casa. El marido de la desvergonzada no se atrevió a intervenir. No le apetecía acabar destripado por culpa de esa cabeza loca. Se contentó con la historia de Marte y adiós muy buenas. Cuidó del hijo como si fuera suyo, aunque con un simple vistazo se veía que no tenían nada que ver el uno con el otro. El chico quería a aquel medio hombre. A pesar de todo, lo respetaba. Cuando fue lo suficientemente mayor para entender cómo habían ido las cosas, fue a buscar al herrero. Era viejo, estaba consumido por el trabajo, casi no veía. Galerio no le explicó nada. No le dio tiempo a que abriera la boca. Después de mirarlo durante un minuto entero, le rompió la cara, le robó y se fue corriendo a alistarse.

»Hay quien dice que el herrero era cristiano. Pero seguro que es mentira, no existen cristianos tan grandes. En general son unos blandengues que no sirven ni para fregar mis mosaicos.

—¿Y tú cómo sabes todas estas cosas? —pregunta Constantino, asombrado—. He indagado por ahí y nadie me ha contado nada de tu César...

Diocleciano lo mira de arriba abajo. Tiene la misma mirada que Polifemo la primera vez que se cruzó con Ulises.

—Porque yo soy el emperador, vaya preguntas...

Constantino empieza a rascarse la cabeza.

Diocleciano sonrío.

—Y, además, porque no quería que hicieras caso de los cotilleos durante el camino. Podrías haberte hecho una idea equivocada, por eso.

Constantino propina un golpe al animal, se pone al lado del caballo del agosto, que había saltado hacia adelante con un golpe del talón.

—Entonces ¿por qué, de repente, me cuentas incluso sus orígenes?
Diocleciano levanta la mirada. Aprieta las riendas del caballo, que se encabrita sobre las patas posteriores.

Un relincho y un saludo militar con el brazo tendido.

Hay un centenar de soldados dispuestos en «U» frente a la entrada del campamento.

Empalizadas puntiagudas, lanzas, escudos, torres de observación llenas de arqueros.

En el centro de la minúscula entrada hay un hombre largo y afilado, de hombros y pecho anchos como bancos de haya, las piernas esculpidas por la fatiga. En su rostro se ven señales de las batallas; la retícula de arrugas, fiel mapa de todas las victorias y las derrotas, es más horrorosa que la oreja derecha cercenada de cuajo.

Galerio tiene la boca cruel, como todos los asesinos.

Diocleciano lanza una última mirada a Constantino antes de desmontar del caballo.

—Porque hemos llegado, cabeza cuadrada de ilirio...

Se miran a los ojos, con una sonrisa agradable e innatural en medio de la selva de espadas y brazos tendidos. La diestra estrecha la diestra. Un abrazo tímido que anula las millas, los años, la sangre y la fatiga. La mirada que baja, palmadas violentas como para derribar un muro. Galerio saluda a Diocleciano con una inclinación.

—Bienvenido a la frontera, mi señor.

El viejo le conmina a levantarse, se vuelve hacia Constantino.

—Muchacho, es un honor para mí presentarte al César de Oriente, Cayo Galerio Valerio Maximiano, orgulloso defensor del *limes* de las hordas de esos salvajes comemierdas de cabellos rubios. Echa un vistazo a tu alrededor porque, de ahora en adelante, ésta será tu casa. Junto a este general aprenderás a cabalgar al demonio de la batalla, hasta que seas digno de la graduación que tienes.

Galerio se dirige al muchacho por primera vez:

—O hasta que acabes bajo tierra. Eso sólo depende de ti, muchacho...

Constantino siente de nuevo el retortijón en el estómago.

El vacío que se ensancha, sin previo aviso.

El humor negro que se filtra en las venas inunda el corazón y no puede

hacer nada por evitarlo.

No puede creer lo que oye.

«Otra vez.»

Está a punto de suceder «otra vez».

Un mundo nuevo, un nuevo sitio donde vivir.

Nuevos amigos.

«Quizá.»

Viejos compañeros que te vuelven la espalda. Que regresan a casa sin ti.

El escalofrío de confianza enmarañada.

El nudo en la garganta, las promesas rotas.

La razón intenta mediar, y la edad echa una mano. Le parece oír la voz de su madre: «Ahora eres un hombre. No tienes que tener miedo de nada...»

Pero el miedo se acerca de todos modos. Y en la boca tiene el mismo sabor que aquella mañana de verano. Ese adiós con los ojos mojados, en la puerta de casa, los ojos de Elena, de los que entonces Constantino sabía poco o nada, que siempre había visto secos.

La mirada invisible de su padre Constancio, a contraluz, un instante antes de confiarlo a Diocleciano en Nicomedia.

«Un instante antes de volverle la espalda.»

Constantino razona sobre esa horrible palabra: «confiar». Implica confianza. Pero el muchacho, abandono tras abandono, ha dejado de confiar. Se está endureciendo.

Hará lo que le dicen, se beberá la nieve y la sangre de la frontera. Pero que nadie, de ahora en adelante, espere más afecto de él.

Sumisión, obediencia y lealtad, eso seguro. Pero nada de amor.

Basta, es demasiado doloroso.

Constantino levanta la cabeza hacia Galerio.

El César lo señala con la barbilla.

—Y bien, muchacho, ¿estás contento? No todo el mundo tiene la misma suerte que tú, ¡dejarse degollar por el Imperio! —Y sigue una carcajada despiadada, de las que ponen los pelos de punta.

El muchacho intenta mostrarse agradecido, que no salga nada de ese corazón maltrecho. Todavía con la rodilla en tierra dice:

—Es un honor inmenso, mi César.

Pero su cara habla por él, los ojos oscuros dicen algo muy distinto.

A Galerio no le cuesta mucho darse cuenta. Le hace un gesto a Diocleciano.

—Augusto, ¿qué ocurre? ¿No le habías dicho nada? Quiero decir, habéis recorrido más de mil leguas y después otras ochocientas para llegar hasta aquí. Meses y meses de camino, uno junto al otro, ¿y no se te ha pasado por la cabeza decirle que no volverá a casa? ¿Que, de ahora en adelante, hasta que acabe esta maldita guerra, le tocará nadar en el barro día y noche? ¿Y dormir con un ojo abierto, o peor, no dormir en absoluto porque los perros del Danubio atacan sin avisar y son más feroces que las malditas Erinias? ¿No sientes ni un poco de remordimiento, mi señor, por este pequeño bastardo?

Diocleciano lo mira sin malicia. Con los ojos alegres, los ojos de siempre. Parece que se esté divirtiendo muchísimo. Parece que el mundo, para los que son como él, sólo esté hecho de cogorzas, peleas y patadas en los cojones. Todo lo demás, sentimientos incluidos, está exento de importancia.

—¡Que Júpiter me fulmine! ¡La verdad es que no quería estropearle la sorpresa!

La carcajada grosera desgarró y lo llena todo.

Constantino está de nuevo solo.

«Realmente solo.»

Trachala, atrapado en el fondo del abismo, aúlla sin cesar.

—¿Dónde estamos, César? —La voz de Constantino se la traga el viento, que no deja de silbar.

En la escuela de Galerio no se pierde el tiempo, todavía no es el alba de un nuevo ocaso y el ejército ya ha salido.

La mañana transcurre en marcha, en medio del barro, sin cantos ni tambores. Callados como sabuesos cazando liebres. No hay solidaridad entre los hombres, los últimos se quedan atrás.

Constantino no se queja, marcha y marca el paso más rápido que sus hombres. Más frío, más decidido. Si el objetivo es convertirse en piedra, el vástago de Iliria será una montaña.

Galerio parece no escuchar. Distráido por las excavaciones al sur del sendero, grita:

—¡Diez pies, primera lanza! ¡Diez pies más!

Entonces se vuelve y contesta de golpe, seco como un autómatas:

—Estamos en la frontera. Lejos de todo, muchacho. Dispuestos a morir para que alguien pueda seguir llamando *casa* al resto del Imperio.

Los hombres cavan agujeros tan profundos como un infante y un caballero superpuestos. Un trabajo atroz, golpes de pico y tierra gélida. Los *mensores* marcan los pasos, supervisan la retirada del material que extraen.

De carros repletos hasta casi derrumbarse se descargan los abrojos, cuatro puntas alrededor de una esfera metálica; tres en el suelo, una siempre mirando hacia arriba. Dispuestas a desfigurar, cercenar, arrancar. Parecen estrellas malvadas, caídas del cielo para llevar desgracias. Se siembran los campos más allá de la primera línea, con cuidado de dejar pasos visibles, conocidos por unos pocos, poquísimos. Señalizados para los caballeros con medias lanzas y ramas difíciles de ver.

A noche cerrada, cada cosa está en su lugar. Los agujeros cubiertos, los abrojos mimetizados, los hombres procurando no hacer ruido.

«Y entonces llegan.»

A caballo y a la carrera, con estruendo de hierro después de millas y millas.

El enemigo se cree listo, ataca a hurtadillas cuando Apolo ya se ha librado del sol y abierto las puertas a Belona, sedienta de sangre.

—¡Primera línea, cerrad filas! —La imponente voz de Galerio lo domina todo.

Un centurión golpea el escudo de Constantino con la lanza.

—¡Ya vienen!

El muchacho encuadra a sus hombres, sigue el plan al pie de la letra.

Un instante antes del combate no consigue tener la boca cerrada.

—¿Quiénes son esos demonios? —susurra con los dientes apretados—. ¿Bárbaros? ¿Pueblos Rubios? ¿Sármatas? —La rabia le sube, los cascos están cada vez más cerca.

Galerio, sin emoción, dice:

—Enemigos.

Un soplo de viento y de furia.

—Lobos sedientos de tu sangre. ¿Qué más necesitas saber?

«Nada.»

«Absolutamente nada.»

Se mueven en la oscuridad, Constantino guía el asalto de la primera

línea. Los enemigos son sombras ruidosas, espectros andrajosos y barbudos, pezuñas y hachas de doble filo bajo la luna. Se creen más listos que Roma, han esperado a la noche, han enviado centinelas y pagado a espías. Piensan atacar por sorpresa, hundir sus fauces en la carne indefensa. Se creen astutos como los egipcios, pero se ahogarán en su sangre a causa del engaño.

«Emboscada», ésa es la consigna.

Porque ahí abajo el honor y el respeto, los músculos o una muerte digna no cuentan. Sólo sirve ganar, rellenar las fosas de cadáveres, regar de rojo el árbol del terror.

En la frontera, el único enemigo bueno es el que está muerto.

No hay objeciones, no hay sobresaltos. Constantino ha hecho el saludo y se ha apresurado a informar a sus hombres.

Y ahora ya está a la cabeza, cabalgando en la oscuridad contra los espectros, junto a diez incursores seleccionados, a la grupa de los animales más veloces. El enemigo babea y asesta mandobles, ni siquiera ha alertado a los arqueros. Siente que la victoria corre poderosa por los muslos de los animales, riendas sueltas y hocicos clavados en la oscuridad.

A la señal convenida, el ejército de Roma encaja el golpe. El impacto es vigoroso, sacude escudos y parte lanzas. Las grebas tiemblan, heridas por las hojas de la infantería.

Entonces hacen una retirada falsa, huyen a través de los pasos señalizados por las antorchas y las apagan cuando han pasado.

Cuando los primeros caballeros enemigos se tropiezan con los abrojos, es demasiado tarde. Tendones y jarretes partidos, espaldas y tripas arrancadas, relinchos y cojeras por todas partes.

El bermellón de los inocentes caballos mancha la tierra.

«Inmortal es la gloria del mal que esparces, Roma.»

El enemigo está desorientado, el pánico brilla en los ojos celestes. Las barbas marchitas, los riñones heridos.

Los lobos del Danubio se defienden como pueden, pero la espada imperial no tiene piedad. Atraviesa la carne, no toma prisioneros. Y, cuando la retaguardia enemiga intenta huir, los arqueros romanos cargan flechas en llamas y apuntan a la espalda.

Los gritos desgarradores de los fugitivos, la noche púrpura de llamaradas mortales: madera, pez, fuego. Y más carne.

El olor de las brasas le revuelve el estómago. Arcadas y remordimiento.
La emboscada ha sido un éxito.

La sonrisa se estampa en el rostro del César. Tiene los ojos crueles de quien no siente compasión. De quien ni siquiera sabe qué diablos es. Hace un gesto hacia Constantino, la orden no admite apelación. Mientras, la segunda línea persigue a la última decena de supervivientes y termina el trabajo a golpes de maza herrada.

Huesos hechos añicos. El crepitar del infierno.

Galerio camina por el campo sin vida hincando su espada, apagando los últimos latidos, los lamentos de los moribundos. No hay gracia ninguna, simple rabia.

Galerio asesta el golpe de abajo arriba, para desgarrar.

La manga derecha del César se sube y deja al descubierto una cicatriz de cuatro dedos de ancho que le recorre el brazo desde la muñeca hasta el húmero. Una cicatriz vieja, de años.

Un signo indeleble de vergüenza.

«Como para dejarse la vida.»

Constantino observa el brazo un segundo de más.

Galerio se cubre, se le nota molesto.

—¿Cómo te la hiciste? —La lengua suelta del muchacho.

No hay respuesta, el César tiene prisa; esquiva, derriba, resopla y al final encuentra lo que busca. De rodillas, el cuerpo atravesado por los abrojos, jadeando y próximo a la rendición, está el jefe de los enemigos con los ojos llenos de horror. La lengua bárbara, incapaz de pedir piedad.

Galerio lo mira. Le señala el vencido a Constantino.

—Esta mañana, antes de que te levantas, he convocado al resto de los oficiales. Les he prometido que esta noche me enfrentaría cara a cara con el rey de esos salvajes...

A su alrededor, una extensión aullante de muerte. La luna de blanco leche, esperma del cielo negro, no sirve de consuelo.

—...sobre un campo de cadáveres.

Se ven llamas en el horizonte, el alba está más lejos que las Columnas de Hércules.

Constantino sigue mirando los ojos vacíos del bárbaro herido.

—¿Y ahora qué harás? ¿Le cortarás la cabeza y te la llevarás al

campamento clavada a una lanza? ¿Para que todos conozcan la gloria inmortal de Roma? —El tono es de desprecio, de disgusto.

Galerio tiene una sonrisa de hiena. Hince la espada en el suelo, escupe en la cara del enemigo moribundo, le da la espalda y se aleja.

Su voz es un nudo corredizo en la garganta.

—No.

La cuerda se tensa, los pies se sacuden frenéticos.

—Lo harás tú...

Constantino está desorientado. Tiembla, vacila, balbucea.

El aliento no quiere salir.

El bárbaro suplica.

Galerio se vuelve:

—¿A qué esperas? ¿No quieres volver a casa? Hasta que cada uno de estos escarabajos no haya sido exterminado, hasta que la última cucaracha no acabe debajo del pie de Roma, ninguno de nosotros podrá regresar. Así funcionan las cosas en la frontera...

Constantino tiene lágrimas en los ojos. De rabia, impotencia.

Ahora es minúsculo. Después, el grito desesperado, la espada aferrada con las dos manos. La torsión del busto.

«El aliento de Trachala.»

«Los ojos de magma hirviente.»

Y el mandoble. La cabeza inerme rueda en un chorro de vida caliente, apagada para siempre.

De rodillas, llanto y nada más.

Aparte de la noche, que se lo traga todo.

Las persecuciones

(303-304)

Superstición

Es [...] el más grave de los delitos repudiar lo que ha sido establecido y sancionado por los antiguos [...] Por eso nosotros ponemos el máximo interés en castigar la infame obstinación de los malvados que contraponen nuevas y desconocidas sectas a las antiguas prácticas religiosas, de tal manera que, en su perverso arbitrio, rechazan lo que nos había sido concedido por los dioses.

Comparación de leyes mosaicas y romanas

Nicomedia, verano de 303 d. J.C.

Han pasado seis años. Seis años alejado de un lugar al que ahora es difícil llamar «casa».

Seis años bajo las estrellas, con la respiración entrecortada.

Durmiendo sin sueño, con un ojo abierto, porque la frontera es más frágil que las alas de una libélula.

Años de fuego y nieve que han endurecido el corazón del muchacho, cambiado sus pensamientos y desarrollado su instinto.

El muchacho se ha convertido en un hombre y ya a nadie, cuando se cruza con esos ojos fríos, le cabe ninguna duda.

Seis años jugándose la vida en una apuesta perdida desde el principio.

Al cabo de poco tiempo, Constantino perdió la esperanza de regresar. Por muchos hombres que matara, por mucho que intentara meter en esas cabezas vacías conceptos como «honor», «miedo» y «respeto» a golpe de martillo y maza herrada, con cada nueva luna los bárbaros volvían. Cada vez más repugnantes, rubios, feroces.

Como diciendo: «Ésta es nuestra tierra.»

«Y vosotros os tenéis que ir.»

Después de los dos primeros años, había dejado de esperar. «Me pasaré la vida con el culo aterido por este frío, cortando cabezas por el bien del Imperio.» Después de todo, tampoco le disgustaba. Había quien estaba peor.

Su madre, por ejemplo, que no tenía noticias de él a saber desde cuándo, que no tenía ni idea de si estaba vivo o muerto. Y que cada noche, Constantino estaba seguro aunque nadie se lo hubiera contado, mojaba el jergón con sus lágrimas.

Luego, una mañana de junio, el viento cambió. Sin avisar, porque el viento y la Fortuna no deben nada a nadie.

Galerio había regresado de una misión diplomática al otro lado del río: una especie de pantomima a base de escoltas armados, ojos malvados y ningún regalo.

En la otra orilla se morían de hambre. El enemigo tan temido estaba en las últimas. No les llegaban refuerzos ni suministros. Nadie, en su casa, pensaba en ellos. Nadie se preocupaba por los Pueblos Rubios. Porque los bárbaros ya estaban en casa, y su casa se estaba incendiando. De modo que eligieron sobrevivir, se pusieron de acuerdo, aunque significara agachar la cabeza y hacer todo lo que Roma ordenara. Evidentemente, los viejos del Consejo no iban a estar de acuerdo. Pero ¿a quién le importaba eso? Los viejos estaban todos muertos. Y también la mayor parte de los jóvenes, junto con sus mujeres y algunos niños. Más allá del río ya no existía el espectro de la Guerra Eterna, sólo un ejército maltrecho de chiquillos barbilampiños, con las mejillas tirantes y las tripas escasas. Con los brazos tan secos que no podían levantar las espadas todavía manchadas de la sangre del Imperio.

La rendición fue aceptada sin muchos reparos.

Capitulación total, inmediato fin de las hostilidades.

La Guerra Eterna se había terminado de golpe.

«Pero nadie estaba preparado para eso.»

—¿Y ahora? —preguntó Constantino a Galerio al día siguiente.

—Ahora volvemos a casa —contestó el César con una luz nunca vista antes en sus ojos.

«Y eso fue todo.»

Tardaron poco en recoger sus cosas, todo el mundo de un soldado cabe en su saca.

Recorrieron millas y millas sin fin por pistas y caminos de herradura helados y estrechos, cabalgando bajo el sol y la lluvia, con la escolta en un flanco, pasando una gran cantidad de tiempo juntos, pero sin decirse gran cosa.

El César de Oriente estuvo cavilando todo el viaje. En la boca, de vez en cuando, afloraba esa sonrisa agradecida y sorprendida de quien en verdad no se lo esperaba. Y todavía no se lo cree. Pero nada de palabras ni confidencias entre peregrinos, por favor, el César de Oriente no era de esa clase de hombre.

Constantino ha aprendido a conocerlo durante estos años en la frontera. Gran guerrero, excelente estratega, prudente hasta la exageración. Huraño, impermeable ante cualquier gesto social.

Seco, feroz.

«Muy ocupado.»

El mundo, dentro de Galerio, estalla. Siempre tiene demasiadas cosas que hacer. Nadie es capaz de aliviarle la carga. Nadie es digno de saber lo que ronda por su cabezota.

Un hombre sabio. Ambicioso.

Un verdadero jefe.

«Condenadamente solo.»

El final del camino llega como una liberación. Después de tanto silencio y tantos años salvajes, las calles de Nicomedia parecen un campo de batalla. A los ojos de quien ha pasado casi setenta meses con el culo a la intemperie, las altas murallas parecen grilletes. Los gritos de los mercaderes y de los charlatanes, el ruido de las ruedas de los carros son cadenas antiguas que sobrecargan los miembros. Hasta las caras de las prostitutas, con los ojos pintados y los muslos perfumados, no consiguen quitar ese peso del pecho.

Constantino siente que se ahoga.

Ha subido hasta lo alto de la escalera del palacio a toda prisa, ha abandonado la espada y el cinturón en el pasillo y se ha precipitado hacia la sala del Consejo para buscar un poco de tranquilidad. Pero, cuando las puertas se abren de par en par, la sorpresa le gana de nuevo la partida al recuerdo.

Diocleciano está concentrado, sentado en un sitial, mientras un tipo alto y enjuto observa unas piedrecitas dentro de un cuenco. Con un estilete traza signos incomprensibles en una tablilla de cera.

El viejo emperador está más agachado de lo que Constantino recordaba, con los ojos pequeños y legañosos.

El hombre enjuto dice algo sobre Urano, habla de conjunciones astrales y eventos propicios. Lleva una túnica ridícula que arrastra por el suelo. Con mangas anchas y un divertido sombrero en forma de calabacín.

Menea la cabeza, y el emperador parece preocupado. Ni siquiera ha visto que el valiente Constantino ha regresado de la guerra, esas piedrecitas y esas condenadas señales son ahora todo su mundo.

—Las estrellas son adversas, mi señor... —La voz del hombre enjuto es incolora.

—¡Maldición! —La imprecación se escapa de entre los dientes del viejo.

Con rabia, empieza a sacudir su enorme cabeza.

Mientras tanto, hace su entrada Lactancio desde la nave de la derecha, surge de las sombras como el sol después de la tormenta.

Él también ha envejecido, pero sus ojos siguen siendo los mismos. Se iluminan en cuanto ven al joven oficial. Al vástago de Iliria se le escapa una sonrisa, la primera en muchos días de bochorno y melancolía.

Lactancio se muestra severo y desdeñoso con el tipo enjuto:

—¿Aún aquí? ¿Acaso no te había prohibido poner los pies en palacio?

Éste palidece, busca la mirada empañada del emperador que, todavía mascullando, ahora se percata de la presencia del retórico y se sobresalta. Agita la derecha hacia él como diciéndole que no toque las narices y gruñe:

—¡Lo he invitado yo!

El hombre enjuto se envalentona.

—Silencio. ¡Es la voz de las estrellas la que habla! Estoy examinando el futuro de nuestro soberano...

Lactancio no es de los que se dejan avasallar. Ni siquiera hace caso al imbécil del calabacín en la cabeza y con infinita paciencia se dirige a su emperador:

—Diocleciano, debes perdonar a este pobre siervo, mi memoria ya no es lo que era. Sin embargo, juraría haberme pasado la noche discutiendo contigo precisamente de esto, corrígeme si me equivoco. O lo que es lo mismo, que nada se puede saber de la suerte del emperador mirando al cielo, y mucho menos a las piedras o a unos garabatos grabados en cera, ya que no es algo que esté sometido a la voluntad de los astros, sino que lo decide Júpiter en persona. El emperador, en cuanto señor del mundo, tiene el mismo rango que esos demonios que el Sumo Divino ha puesto en el mundo como potencias creadoras y conservadoras. Razón por la cual las estrellas, potencias de menor grado, no pueden decir nada sobre él.

Diocleciano ha dejado de hacerle caso al arúspice. Sus cejas se levantan, para caer luego inclinadas a los lados de su rostro. Parpadea como un miope delante de la cera escrita.

—Sí... —La voz le sale como una espiración. Deshinchado al final, el augusto empieza de nuevo a balbucear algo para sí. No está claro qué masculla, al menos no desde el lugar en que se encuentra Constantino, que sólo consigue captar frasecitas incompletas e inteligibles.

—... tiempos difíciles... invasores con cuernos... ¡los dioses, los dioses!
Lactancio dirige la mirada hacia el hombre enjuto.

—Lo que nos lleva a la pregunta inicial...

Está listo para rematar la faena, desenvaina el dedo medio unglado y lo apunta como una maldición.

—¿Me puedes decir qué estás haciendo aquí todavía, nulidad? Has entrado a escondidas para importunar al augusto, ¿no es así? Para sacarle algún sestercio y pavonearte delante de tus colegas charlatanes. Tal vez sea mejor que llame a los doríforos. Seguro que sabrán enseñarte la salida. Y tal vez, antes de echarte de palacio, también tengan la amabilidad de cortarte las manos, así dejarás de ensuciar *tabulae* con tus ridículos garabatos.

El hombre enjuto tiene la cara verde, recoge sus bártulos, improvisa una torpe inclinación, el calabacín le resbala de la cabeza, lo atrapa por los pelos. Y después desaparece con un chirrido de sandalias.

Lactancio suspira. Entonces, sólo entonces, el viejo se percata de la presencia del hijo de Constancio. Aguza la mirada, se acerca un par de pasos.

Le palpa los brazos y los hombros, echa un vistazo a su cara, coge el mentón de Constantino entre el pulgar y el índice y le mueve la cabeza a derecha e izquierda, como si estuviera examinando un animal de tiro. Acabada la inspección, pontifica:

—Bien, por lo que parece estás entero.

A Constantino le parece entrever, detrás de ese muro de orgullo gélido, la violenta ironía del hombre que lo acogió en la corte como a un hijo. Pero es sólo un instante, después ese fulgor se desvanece.

—Así parece... —dice Constantino con una sonrisa.

Diocleciano asiente con gravedad, la curva de la espalda acentuada por la edad y la carne floja en los párpados.

—Bienvenido a casa, muchacho.

Tras lo cual se vuelve, sale de escena y regresa pesadamente hacia sus aposentos.

El emperador tiene el aspecto de un abuelo.

Por fin solos, Lactancio abraza a Constantino. Está contento de verlo.

Constantino le pregunta cómo van las cosas en la corte, y en el rostro del retórico se dibuja una mueca.

—Tú mismo lo has visto. Diocleciano se dirige al invierno de su vida y el mundo, allí fuera, ha cambiado demasiado de prisa. Nuestro emperador cada vez se encierra más en sí mismo. No se fía de quienes tiene al lado, busca garantías en los arúspices, en la tradición más obtusa. Tal vez ni él sea tan invencible como creíamos. Al final el tiempo triunfa sobre todos...

Constantino siente que algo se rompe en su interior. Tienen razón los malditos filósofos: todo pasa, nada se queda como está. Ni siquiera los bellos recuerdos.

El peso que ha sentido en el pecho al entrar en la ciudad ahora se ha duplicado. Y un viejo amigo como Lactancio no basta para aliviarlo.

El ambiente no cambia en las semanas sucesivas, julio está a las puertas y el bochorno aviva el malhumor. El resentimiento del viejo es cada día más intenso; apoyado en el ajimez, observa con ojos llenos de rencor un mundo que ya no reconoce.

—¡Jodidos maniqueos!

Los despachos procedentes de África no cuentan nada bueno: peleas y enfrentamientos, asaltos a los templos de Juno.

—¡No tuvieron suficiente con la lección que les dimos hace siete años! Van por ahí agitando esos malditos escritos suyos por delante de las narices de los plebeyos, los leen en las *insulae*, los recitan de memoria, y ellos se lo creen a pies juntillas... ¡Una vida eterna y gloriosa! ¡Y qué más!

Grita.

Constantino es incapaz de calmarlo. Se limita a escucharle, triste y aburrido.

—¡Si los dioses hubieran querido hacer vivir hasta la eternidad a miles de miserables los habría convertido en roca! Rehúsan hacer sacrificios, el procónsul me escribe diciendo que incluso han agredido a algunas vestales. ¡En pleno día! ¿Qué debería hacer, según tú?

La pregunta es puramente retórica. Diocleciano la deja caer en medio de la estancia, pero no mira a nadie a la cara. Ni a Constantino ni al viejo Lactancio, sentado aparte.

Galerio hace su entrada con un sonido de loriga y grebas. Después de más de un mes en la ciudad, todavía no se ha habituado a las ropas de civil. La armadura es el único traje con el que se siente a gusto. Su voz es respetuosa pero decidida:

—Usar el puño de hierro, mi señor.

Diocleciano se vuelve. Deja de mirar por la ventana y de despotricar contra cualquiera que tenga la piel más oscura o más clara que la suya.

—¿Tú crees?

Constantino nunca lo ha visto así. ¿El Augusto Máximo aceptando consejos de política? Parece que el viejo ha perdido lucidez. Tal vez sea la edad o tal vez sólo es la huera impotencia del hombre frente a lo divino. El muchacho lo entiende en parte, y en parte no lo soporta.

Por un lado, tiene razón: alguien como él, que se ha pasado la vida rompiéndose la espalda para ver el Imperio unido bajo un único estandarte, ¿debe dejar que le arruine la vejez una guerra intestina? ¿Una guerra en la que los hermanos maten a sus hermanos porque de buenas a primeras un iluminado ha ido corriendo a contar mentiras sobre los dioses?

Pero, por otro lado, tiene razón Lactancio, el mundo cambia y el augusto tiene que aceptarlo. Cuanto más grande es el Imperio, más grande es el panteón de las divinidades, está en la naturaleza de las cosas. Los dioses bárbaros han sido absorbidos por la inmensidad de Roma, pero no por ello han desaparecido.

Total, un buen lío. Constantino no sabe de qué lado ponerse.

Sólo sabe que no le gusta ver a Diocleciano en ese estado. Nervioso de día y de noche irritable, como algunos perros guardianes, que se vuelven ciegos por el tiempo y las cadenas. El comandante sin miedo, que se movía seguro entre los hombres incluso después de una derrota, parece estar muy lejos. Como si se hubiera marchado hace siglos quién sabe adónde.

En su puesto ha dejado a un veterano reseco, repleto de odio y supersticiones. Incapaz de tomar una decisión sin encomendarse a pócimas y vaticinios de tres al cuarto. La situación es grave. La tensión acabará con él.

Hasta Galerio se mete en medio, con esa pinta de sabelotodo que lleva a

cuestas y la sonrisita de lupanar de quien ya hace rato que te está jodiendo y tú ni te has enterado.

Con esa voz que sabe a canalla.

—Claro. Si les dejamos hacer no se contentarán con apalear a nuestras sacerdotisas y ensuciar el culto público con sus mentiras. Acabarán echando abajo los templos, liberando a los esclavos y al final nos quitarán el trono de debajo del culo. Igual que los malditos cristianos. Después de todo, las maldiciones siempre llegan de Oriente, ¿no es así?

Diocleciano le está prestando demasiada atención.

Lactancio debería quedarse en su sitio, se trata de una conversación entre regentes, pero no puede aguantarse. Tendrá el cabello blanco, pero la sangre todavía le bulle.

—¿Y ahora qué tienen que ver los cristianos? Perdóname, César, pero la corte de Nicomedia está llena de cristianos: pajes, siervos, mozos de cuadra, incluso Tasio, el fámulo personal del Augusto, es seguidor del Único Dios, y Diocleciano lo quiere como a un hijo, ¿no es así?

Diocleciano está confuso, masculla una modesta aprobación:

—Cierto, muy cierto... Pero Tasio está conmigo desde que servía en África, ¿qué tiene que ver? ¡Galerio hablaba de los otros cristianos, esos de allí fuera! —Su dedo rabioso señala hacia el exterior del ajimez.

La mirada velada por la catarata espía el bullicio de la calle sin ver absolutamente nada.

«Odiándolo todo.»

Galerio echa más leña al fuego:

—Vivimos tiempos oscuros. La Fortuna ha abandonado al género humano desde que el credo de los cristianos empezó a difundirse. Los dioses, después de la llegada del cristianismo, han renunciado a dirigir el destino de los mortales, han dejado este miserable mundo donde reina la peste y la guerra, el hambre, la carestía, los parásitos, el granizo y otras desgracias, mientras que por todas partes... —El César hace una pausa, se asegura de que todas las miradas se dirigen a él, y repite más fuerte—: ...por todas partes los bárbaros atacan el Imperio.

—¡Eso es! —se apresura a confirmar Diocleciano, y no deja de agitar su gran dedo.

Lactancio se pone de pie. No debería desafiar al Augusto y a su César en

la sala del Consejo, pero algo le quema en el fondo del estómago, la rabia le enrojece las mejillas. No puede callar.

—Noble Galerio, así ofendes a los dioses...

«Mirada de desafío.»

Los ojos incrédulos del César, la mano se desliza lentamente sobre su espada.

Una gota de sudor resbala por la frente del retórico, la voz le tiembla. Pero al final se sobrepone.

—Sería poco honorable para los dioses si las cosas fueran como tú dices, César, ¡una forma pueril de desdén! Si de verdad hubiera devotos igual que lo somos nosotros de ellos, deberían regalarnos salud y felicidad, reservando las desgracias y las pestilencias sólo a los cristianos, ¿no crees? Pero, por lo que sé el sol y la luna resplandecen como siempre, las cosechas verdean, florecen los árboles, se produce aceite y vino, y la vida ciudadana continúa. Y nadie lo sabe mejor que tú, César, que guerras siempre ha habido, desde Nino de Asiria en adelante. A decir verdad, después de la venida de Cristo más bien han disminuido. Las presentes e innegables desgracias, convendrás conmigo, no son más que parte de un necesario proceso por el cual las cosas del mundo intentan renovarse.

Galerio no se enfurece por el atrevimiento del deslenguado retórico, se le acerca con la mano bien a la vista sobre el gladio. Clava los ojillos crueles en los enormes manantiales azules de Lactancio. Su voz es tranquila. Tan tranquila que pone la piel de gallina.

—Eres bueno con las palabras, viejo. Después de todo es tu oficio... Y por cómo los defiendes, me parece que los seguidores del Único Dios te gustan más que los muslos de las hijas de Vesta... —De nuevo esa sonrisa despiadada.

Basta una mueca rabiosa en el rostro de Lactancio para instigar al mastín.

—¿Ves como no me equivoco? Después de tantos años en el ejército, no tardo nada en reconocer a los que son como tú. Y dime, retórico, ¿cómo funciona eso? ¿Los hombretones os encontráis los domingos y os intercambiáis bendiciones a cuatro patas?

Lactancio está a punto de estallar. Tiene la cara morada, las venas del cuello hinchadas al máximo.

Constantino se ha quedado de piedra, Lactancio no se merece ese tipo de humillación. Ni tampoco los cristianos. Ha aprendido a conocerles, al menos a los que están en la corte. Son personas sencillas, familias normales, no hacen nada malo, no queman los templos ni violan a las vestales. Viven en paz y trabajan como burros. Se esfuerzan en servir a Diocleciano lo mejor posible y tienen permiso para officiar sus ritos en palacio. Se lo ha concedido el mismo augusto. Se dice que hasta la emperatriz Prisca y su hija Valeria los ven con tanta simpatía que asisten a sus celebraciones.

No merecen ser tildados de sodomitas, ser escarnecidos de ese modo. Sin embargo las ofensas proceden de la boca de un César y a nadie, excepto a un augusto, le está permitido contestar a un César. Y menos todavía a un viejo retórico excéntrico. Ni a un centurión de permiso.

Y el único augusto de la sala tiene la boca cosida. Desorientado, está pendiente de esos labios cortantes de los que Galerio profiere sus palabras.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido la lengua, maestro?

Después, de repente, retrocede un paso y con la izquierda suelta la empuñadura del gladio.

—Bien, entonces déjame que te cuente algo sobre esos malditos cristianos —murmura, enseñando el brazo derecho.

La desagradable cicatriz que Constantino pudo entrever en la frontera ya hace años está a la vista de todos, como horrible reptil de carne llagada. Medalla indeleble de una derrota enorme.

Galerio se vuelve hacia el hijo de Constancio.

—Una vez me preguntaste cómo me gané este arañazo...

—Y tú nunca me contestaste, César.

—No es precisamente la clase de recuerdo que me muero de ganas de volver a contar. —Galerio sonrío con amargura—. Échale un vistazo, centurión. Un matasanos menos experto y ya no habría ningún brazo que mostrar...

Expone la grosera cicatriz en el centro de la sala llena de luz.

—Pero dado que hasta en la corte del emperador está lleno de malditos fanáticos de la escoria cristiana, es justo que os abra los ojos sobre los secuaces del Único Dios. Antes de que alguien acabe haciéndose daño de verdad...

Ahora todos los ojos están puestos en él. No sobre la cicatriz, ni

tampoco sobre el pobre Lactancio, al que acaban de acusar de sodomita.

La catarata del emperador no cuenta. Nada puede el calor insoportable de la hora octava.

En la sala únicamente está Galerio y su historia. Nada más.

—Ocurrió hace al menos diez años. Estaba en Panonia con la Séptima, mi primera misión en el frente oriental. Era el más joven del regimiento, aterido de frío, sin el equipo adecuado, recién llegado al campamento después de un viaje interminable. Cuando el comandante me vio, me asignó a una patrulla de reconocimiento: «¡Así te ambientarás antes!» Y me puse en marcha, de nuevo en la silla, ni tiempo para mear y ya estábamos cabalgando otra vez. La noche no fue sencilla. Avistamos incursores yázigas que venían de Occidente y nos costó mantenerles a raya. Mi destacamento estaba compuesto apenas por una veintena de hombres, todos ellos soldados veteranos, por supuesto, pero se trataba de luchar en la oscuridad en un territorio desconocido. Por suerte los *defensores* del *tagma* de Casio, uno de mis compañeros, fueron avisados y vinieron a prestarnos ayuda. Al alba, los condenados yázigas estaban muertos y los *defensores* habían regresado al campamento. Nosotros, solos y torturados por el cansancio en tierra extranjera, por fin encontramos tiempo para dar gracias a los dioses.

»Lo preparamos todo: vino, incienso, espelta y sal, los animales en dos hileras y los acólitos con el torso desnudo. Pero, justo cuando estábamos empezando, yo mismo acababa de asperjar el hocico de los cabritos con el vino, salieron de detrás de unos matorrales. Al principio sólo un par, borrachos perdidos, se reían de nuestros sacrificios.

»Me levanto y me enfrento a ellos. De la nada aparecen diez más. Veinte de nosotros, diez de ellos, ningún problema. Son cristianos, dicen que Marte no existe, que si esperamos salvarnos de las llamas eternas emborrachando a los cabritos es que somos unos pobres ilusos, y cosas por el estilo. Uno gordo, excitado por el vino, desata a las bestias y las deja escapar. Mientras lo hace no deja de reír ni un segundo.

»De modo que de repente nos quedamos a dos velas, sin animales para sacrificar y sin nada que llevarnos a la boca, aparte de un puñado de espelta rancia.

»En ese momento ya no veo nada. La rabia y el cansancio me pueden; la falta de sueño, las doce horas de enfrentamientos y la furia que se anida en

el estómago hacen el resto. Les atizamos como a tambores, a los diez. Sin armas. Después de todo, son civiles; y nosotros, soldados de Roma, sabemos lo que es el honor. Los enviamos a casa maltrechos, a rezar a ese Único Dios de tres al cuarto.

»Como he dicho, ya no hay nada que sacrificar, ni una migaja de cena para calmar la barriga. Lo único que podemos hacer es echarnos en los jergones.

»El sueño nos vence en un instante. Casio se queda de guardia, pero la vela también es demasiado para él, los párpados se le cierran.

»En la segunda vigilia tengo el peor despertar de toda mi vida. Abro los ojos y veo los de Casio, fijos, abiertos de par en par, áridos como el desierto. Está atado a un palo, con la garganta rebanada de un tajo. El cristiano que ha dejado escapar a las cabras todavía tiene la espada en la mano y se ríe a mandíbula batiente.

»No ha venido solo, tiene a un centenar de hombres detrás. Y ninguno de ellos se ríe.

»Nos han atacado mientras dormimos, bellacos. Algunos de los nuestros no tienen ni tiempo de despertarse, las espadas los atraviesan a traición. Los demás luchan, pero los enemigos son demasiados. Demasiadas sus armas, sus cadenas, sus estiletes. Demasiadas las heridas. La carne vomita sangre bajo una luna roja.

»Intento distraer a alguno corriendo cuesta abajo, hacia el riachuelo. Jadeo, tropiezo, caigo rodando. El asesino de Casio se me echa encima. Todavía está borracho, cegado por el odio. Me clava el hierro en el brazo, hasta el hueso, desde la muñeca hasta el húmero. Y me deja allí sangrando.

»Por un momento, antes de irse, está indeciso de si arrancarme la cabeza. Yo estoy inerme, no consciente del todo, pero consigo verle mientras levanta la espada con las dos manos. Al final lo reconsidera y tira el arma al suelo, se mea encima de mí y se va, tambaleándose y borracho de venganza.

»Yo me quedo durante horas en aquel charco de sangre y orina. En muy poco tiempo la fiebre me devora, la carne lacerada me impide cualquier movimiento. Estoy listo para pagar el óbolo al barquero, el Orco ya no me da miedo.

»Pierdo el conocimiento, y punto. Cuando me despierto estoy en el campamento. El comandante me dice que el matasanos ha hecho lo que ha

podido, pero el brazo no quedará con muy buen aspecto. Tengo suerte de tener todavía el condenado brazo.

»«¿Qué hay de mi escuadrón?», pregunto con un reflujo de bilis.

»El comandante sacude la cabeza: “Como a perros. Los han matado como a perros.”

Galerio hace una pausa, su mirada da la vuelta a la sala, se encuentra con los ojos de todos y se detiene en los de Diocleciano.

—Ésta es la verdadera naturaleza de los cristianos. No te dejes engañar por su aspecto dócil y manso. Si todavía no han intentado degollarte mientras duermes, es sólo porque no han sabido cómo hacerlo sin jugarse la piel. Tuya es la decisión, mi señor. Evidentemente puedes mostrarte comprensivo y conciliador con los que atentan contra nuestra tradición. Hoy son los maniqueos, mañana serán los cristianos. Y tal vez, pasado mañana, ya no quede ningún templo que quemar. Ninguna vestal que violar...

«Otra pausa.»

El emperador está con la boca abierta.

Al igual que Constantino.

Galerio remacha:

—Ningún Imperio que defender.

«Silencio.»

Las palabras pesan como rocas.

El César se inclina ante el soberano. Diocleciano tiembla. Tiene los labios secos, la mirada cada vez más turbia. Pero la voz... La voz es su habitual fragor de tormenta:

—¡El mensajero, haced venir al mensajero!

El correo se precipita como si llevara el rayo de Júpiter clavado en el trasero.

El emperador habla claro:

—Que se ordene inmediatamente al procónsul de Alejandría que restaure el edicto promulgado hace siete años sobre el maniqueísmo y que la revuelta que tiene lugar en la capital sea inmediatamente sofocada por todos los medios. Que los jefes de los maniqueos y todos sus libelos impúdicos sean arrojados a la hoguera. Y que todos sus seguidores, a menos que se aparten de sus infames prácticas y de sus leyes equivocadas y tributen un sacrificio al emperador antes del amanecer, sean ajusticiados. En caso de que se trate de

honorati u otra clase de nobles, que sean enviados a trabajos forzados a las minas. Después de que sean despojados de todo su patrimonio, claro está. Así lo ordena Diocleciano, Augusto Máximo, emperador de Roma.

El mensajero toma nota de rodillas. Desaparece en silencio, corre a transcribirlo, ya está listo para partir.

Las palabras del augusto tardarán una semana en atravesar el Imperio. A partir de entonces, la voz del fuego y del hierro será la única que se oirá.

Constantino abandona la sala sin saludar, con un nudo en la garganta y las esperanzas hechas añicos.

Los ojos del maestro Lactancio están apagados, los de los siervos que están en el corredor, llenos de terror.

El tiempo de la paz se ha terminado.

El de la sangre está a las puertas.

Abusos

[...] con la tortura se manifiesta esa refinada fantasía, propia de los pueblos oprimidos: se hiere a los perseguidos en la cara y en los ojos con cañas puntiagudas, se los arrastra por las calles, se les hacen saltar todos los dientes, se les rompen los miembros uno a uno, y así sucesivamente, para silenciar las torturas judiciales.

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Nicomedia, 303 d. J.C.

El ambiente del templo está cargado hasta lo inverosímil.

Es denso y pegajoso. Diocleciano, Galerio y la escolta de honor están en primera fila, atentos a las manos del arúspice. Los dedos que hurgan en el interior del cabrito han recorrido pergaminos antiguos, han aprendido procedimientos, han sumado unas nociones a otras, han afinado casuísticas.

«La espera es un velero al sol.»

Los párpados del sacerdote no pestañean cuando la hoja secciona el hígado, ni tampoco cuando la salpicadura alcanza la esclerótica, amarillenta y brillante. Ojos avezados a absorber lo divino, boca habituada a decir la verdad y orejas empapadas de Apolo.

Las yemas, veloces sobre los pliegues del órgano, leen una lengua intraducible, sin gramática ni puntuación. Entienden lo que hay que entender, mientras el cerebro empieza a preguntarse qué es mejor no decir y qué no puede callarse.

Diocleciano asoma el cuello rugoso. Los años convierten la carne en pergamino: el peso insostenible del destino. La concentración es total y, en el silencio grávido y curioso, el golpe de tos es una bofetada en la cara.

Procede de las últimas filas, en seguida acompañado de otro.

«Y otro más.»

Un estremecimiento de rabia recorre a la multitud. Galerio lo nota, tanto como para sacudirse los hombros, rígidos como el pórvido. Entonces se vuelve y los ve. A los irreverentes, la afrenta descarada gritada a media voz.

«Cristianos.»

Tres hombres y una mujer.

Demasiado jóvenes para darse cuenta de lo que están haciendo.

Los golpes de tos se transforman en seguida en codazos, risas, pellizcos. Sólo al final llega la andanada, más potente que un proyectil de balista, mortal como el polvo de Persia, bravucona al estilo de los albiones.

«La señal de la cruz.»

SEPTENTRIÓN.

MERIDIÓN.

OCCIDENTE.

ORIENTE.

Las manos de los jóvenes se persignan al unísono justo cuando el arúspice extrae las vísceras sanguinolentas de la cabra y está listo para emitir el veredicto. Todos lo ven, el templo entero los mira, porque a la joven se le ha escapado la risa un instante antes de efectuar el inmundado gesto.

¿Nerviosismo? Es natural, tiene los ojos del César de Oriente clavados en la piel. ¿O es un simple gesto de desafío? En cualquier caso, supone una afrenta más feroz que un escupitajo en la cara.

Ahora Diocleciano también la mira. Los mira a los cuatro, malditos cristianos insolentes. Las venas del cuello están a punto de estallarle, los ojos rojos de pura rabia.

El Augusto se levanta de golpe. Por poco vuelca el sitial.

Cruza el templo como una furia, curvado de espaldas y aun así gigantesco se planta delante de los cuatro inconscientes.

—¿Cómo osáis, miserables? ¿Cómo osáis traer el deshonor al templo de Apolo? ¡Vosotros insultáis a los dioses, faltáis al respeto al Imperio! He condenado a muerte por mucho menos, ¿lo sabéis?

Los tres chicos lo saben perfectamente, su altivez ha desaparecido, ahora sólo hay terror en esos labios fruncidos.

«Pero la chica es de una pasta muy distinta.»

Tiene la mirada de la mártir, ese tipo de orgullo de los veinte años. No

baja los ojos verdes ni cuando el emperador le clava los suyos. No le da miedo morir, eso es seguro.

Diocleciano dirige la mirada a los doríforos. Jovianos y herculianos empuñan las armas y aguzan los oídos.

—¡Lleváoslos afuera y azotadlos hasta que sangren! —grita—.
Cincuenta latigazos para los hombres... —Mira la carita de la cristiana. Las dos esmeraldas todavía están ahí, como gladiadores en la arena—: ¡Ciento cincuenta para esta insolente!

En seguida salen diez guardias, hay dos que se quedan plantados, y la muchedumbre se queda sin aliento.

«Cristianos...»

Están por todas partes, en la corte, en el templo, incluso en la maldita guardia de honor.

Diocleciano está fuera de sí, ordena a sus hombres que desarmen a los dos bellacos y los encadenen.

Nadie mira ya al arúspice, que tiene sus delgados dedos impregnados en rojo coagulado.

El sacerdote tiene la mirada contrita, pero en realidad exhala un suspiro de alivio, ya no tendrá que buscar palabras dulces para anunciar lo peor.

En el hígado del cabrito ha visto el futuro.

«Y el futuro es escalofriante.»

Así es como empieza.

El río de sangre acaba de romper los diques.

Las siguientes semanas son convulsas y llenas de odio.

En la corte no se habla de otra cosa que de los azotes que casi matan a Dorotea, la hija de Tasio, fámulo de la corte y fiel servidor de Diocleciano desde hace más de veinte años.

Cuando estalla una guerra, todos se ven involucrados.

«Amigos y enemigos.»

La preciosa rebelde de los ojos verdes ha crecido apenas a un estadio del palacio. Sierva hija de siervos, lleva el agua al pozo imperial desde que tenía los dientes de leche. Diocleciano, en su furia, no la reconoció. Pero aunque lo hubiera hecho no habría cambiado nada. Después de todo, el emperador no puede tolerar una ofensa tal.

«Y menos de una mujer...»

Pero al día siguiente vio los ojos de su padre. También verdes, como la hierba recién cortada, hinchados por el llanto, incapaces de comprender.

Los ojos bajos, como corresponde a un servidor del soberano. Pero llenos de dolor. El corazón de Diocleciano, aplacada la rabia, no está muy seguro de lo que quiere, y aunque el noble Galerio presiona, el instinto del viejo emperador vuelve a flote.

Sigue siendo él quien manda.

«Al menos por el momento.»

Nadie se convierte en soberano a base de latigazos y de cortar cabezas. Se necesita discernimiento. La mirada del siervo Tasio es el estímulo para contar hasta diez antes de abrir la boca. Cuando el augusto —que había prometido una masacre antes de acostarse— convoca un consistorio a la mañana siguiente para decidir qué es lo que hay que hacer, Constantino deja escapar un suspiro de alivio, si bien todo el maldito asunto lo pone de pésimo humor. Especialmente ahora que incluso Lactancio ha quedado al descubierto.

Cuando vio a Dorotea y el estado en que la dejaron los mastines del emperador, el retórico fue corriendo a Diocleciano y le espetó en la cara esa verdad que ya conocen todos:

—Soy cristiano, mi señor. Al igual que tu mujer, Prisca, y tu hija, Valeria. Y eso, aunque pueda parecerte una abominación, no nos impide amarte cada día más que a nuestra propia vida.

Descubrió su juego cuando lo más sensato era largarse y esconderse en alguna bonita provincia olvidada por todos. Pero a Lactancio no le da miedo morir. Y no ha dejado ni un segundo de creer en el emperador. Sabe que detrás de los ojos legañosos del desconfiado anciano todavía está el sabio monarca que fue, el más sabio regente que Roma haya conocido nunca.

Diocleciano no comenta la confesión del maestro. No se enfurece, ni se sorprende. Lactancio no le ha revelado nada que él no supiera. Sin embargo, gracias a ese viejo perturbado, ahora lo ve todo más claro.

No tan claro como le gustaría, pero es un principio.

Ve su mundo distinto. Ramificado de raíces difíciles de extirpar, conectado a un futuro que no ha sabido ni ha querido imaginar. La enfermedad de Cristo infecta el Imperio, pero sin tullirlo. Cambia sus connotaciones, lo hace irreconocible, distinto. La nueva fe promete salvación para todos, no

importa el linaje ni la buena voluntad ni el sacrificio. La redención universal es para esclavos y princesas, sin distinciones.

Se arrastra de una provincia a otra, convenciendo a soldados, costureras y marineros.

En vez de desplegar el ejército, Diocleciano convoca al consistorio. A Galerio, naturalmente, pero también a un puñado de consejeros de las provincias, entre los que se encuentra Hierocles, gobernador de Bitinia.

Primero las consultas entre los hombres, después la opinión de los dioses.

Se invoca a Júpiter Omnipotente, a Juno y a Apolo. Incluso se interpela el oráculo de Mileto. No es sencillo, se necesita tiempo.

Constantino se queda fuera de esos juegos, y Lactancio, cuanto menos se deje ver, mejor. Pero el vástago de Iliria no está tranquilo. Los ojos de los pajes y los siervos por los pasillos de palacio están cada vez más oscuros.

Pero, al menos de momento, las espadas permanecen envainadas.

Constantino puede respirar.

Incluso ha empezado a dormir por la noche.

Será mejor que no se acostumbre, la oscuridad, allí fuera, hace guardia ante santos y pecadores.

La reunión se disuelve al amanecer. Después de tres semanas de parlamentos, estrategias y vaticinios, el agosto ya sabe por fin cómo proceder.

Constantino se ha pasado días y días escuchando, incapaz de hacer nada más. Ha rondado por fuera de la sala del Consejo, les ha rogado a personas de confianza que vigilaran en su lugar mientras descargaba la tensión corriendo algunas millas, ha sonsacado información, ha desmenuzado trozos de conversaciones. No ha hecho otra cosa que afligirse.

—Primero depuraremos el ejército, después lo usaremos para aplastar a los cristianos. Así no habrá oposición —es la voz de Galerio.

—Un complot. ¡Hay pruebas! Nuestros espías han interceptado las cartas de Teonato a Luciano, el gran cubiculario, en las que aconseja, y cito textualmente, «nombrar a un cristiano jefe de la biblioteca imperial, y de esta manera, día tras día, a través de discursos y buenos razonamientos, decantar al emperador hacia la conversión a la Verdadera Fe». ¿Os dais cuenta? —A

saber quién está hablando ahora.

—Esta epidemia debe ser extirpada de raíz. —El inconfundible tono cavernoso del emperador.

—El oráculo de Mileto ha sido claro. ¡Ninguna piedad para los cristianos!

Se acabaron las charlas.

«Ahora va en serio.»

En la práctica no es Diocleciano quien echa del ejército a los devotos de la Cruz, son ellos los que se van. Se impone la obligación del sacrificio diario al emperador, pero los seguidores del cordero se niegan, va contra su credo: ningún Dios excepto el Único Dios. De modo que se ven obligados a abandonar las armas. Pierden paga y privilegios. Sucede en las ciudades, sucede en las provincias.

Algunos se marchan antes que otros, hacía tiempo que soñaban con retirarse y cultivar un campo, criar ovejas, ver crecer a sus hijos.

Pero cuando regresan a casa no hay ningún campo.

«Ninguna paz.»

Sus mujeres se mueren de hambre porque el salario se ha volatilizado, retenido por el erario público.

Y las donaciones se han suspendido.

«Pedidle a vuestro Dios el pan para salir adelante hasta que regresen vuestros hombres. El emperador está harto de ocuparse de los que le vuelven la espalda.

»Y esto es sólo el principio.»

A los pocos días, el edicto, escrito en mayúsculas, está colgado por todas partes. Da orden de destruir los lugares de culto, confiscar y quemar las escrituras cristianas y los objetos litúrgicos. Requisar los bienes de la Iglesia. Prohibir reuniones de carácter religioso.

«Quienquiera que se declare cristiano, sin importar su rango, perderá todo oficio y dignidad.

»Todo derecho civil.»

Es Galerio quien conduce el primer escuadrón de la muerte. Una centuria asalta la basílica frente al palacio imperial, en Nicomedia. El agosto

asiste a la escena desde la ventana de la gran sala.

Constantino, con el estómago hecho un nudo por la impotencia, se queda inmóvil todo el tiempo. Con los ojos fijos y los codos sobre el alféizar de su habitación de la planta baja.

La violencia es exagerada. Los fieles son arrastrados por la calle, las mujeres cogidas por el pelo, los niños golpeados como asnos. Incluso hay alguno que se resiste, un padre de familia exasperado por tantos atropellos; pero un legionario le hace saltar todos los dientes con una maza.

«Sangre y arena.»

Las mujeres del Imperio, en las ventanas, se cubren la boca con las manos.

La impresión es de las que cuestan de olvidar. Primero, la andanada del ariete contra el portón de la basílica; después, el estrépito de las grebas retumbando; al final, los gritos y la madera que se parte. La Cruz, terriblemente mutilada; el Ancla coja, el Pez pisoteado. El Cordero y la Paloma manchados por las sandalias, arañados por las espadas oxidadas, cubiertos de esputos; los pergaminos incendiados, bancos y adornos alimentan el fuego.

El humo satura el aire, borra esperanzas y bellos sueños. En torno a la iglesia en llamas, el cordón de escudos y armaduras de los milites, duros y erguidos como serpientes venenosas. No se mueven hasta que la casa de Dios se derrumba.

Cuando todo ha terminado, la rabia hierve en los ojos de los supervivientes. Uno de los devotos no puede controlarse, corre hacia la escalinata del palacio, comiéndose los peldaños de dos en dos.

Aferra el edicto colgado en lo alto, donde todos pueden verlo, y lo destroza con manos nerviosas.

La multitud, tímida, da muestras de alegría. Pero la fiesta no dura demasiado.

Los más juiciosos desaparecen, la plaza está cargada de odio. Todos los demás se quedan mirando el horror a los ojos.

Cuando Galerio da la orden, tres milites se separan del cordón, dos de ellos sujetan al revolucionario, el tercero le rompe la cara con el escudo.

Golpes que cortan, surcos rojos. Patadas en los testículos mientras lo llevan a rastras.

«Tres soldados de Roma contra un hombre desarmado.»

Constantino está escondido, incapaz de apartar la vista. «¿Y éste es el Imperio por el que he arriesgado la vida?»

La hoguera está lista en un cuarto de hora.

Mientras tanto, el augusto decide bajar la escalera del palacio. Se parece a Júpiter Versor, «el que hace mover a los ejércitos», invencible, majestuosos, vetusto. Diocleciano penetra en la multitud como una maldición.

Caras trastornadas lo observan mientras asiste al suplicio del inocente.

El maltratado cristiano es atado a la pira. Los brazos rotos, retorcidos de manera innatural detrás de la espalda, la lengua cortada y convertida en pasto de los perros. Para que sus gritos no importunen al emperador.

El llanto de sal de sus amigos, incrédulos y aterrorizados.

Las tubas vibran, la llamarada se eleva, el tormento dura tanto que uno desearía ser sordo.

Ciego.

Sin memoria.

«Éste es el peor día.»

El día en que Roma devora a sus hijos.

Y el hombre con la púrpura sobre los hombros está en primera fila disfrutando del espectáculo.

El ambiente se va haciendo más tenso en los días sucesivos.

Constantino se pasa horas discutiendo con Lactancio sobre el augusto y ese dios al que el retórico dice amar más que a su vida. El joven centurión y el viejo maestro hablan como iguales, hay mucho afecto entre ellos.

—¿Por qué no te vas de Nicomedia? ¿No te da miedo que una mañana se despierte y decida perseguir a muerte a todos los cristianos de la ciudad? Puedo ayudarte si quieres. Mis hombres pueden escoltarte a donde quieras, incluso a Britania, con mi padre.

Lactancio niega con la cabeza.

—¿Das consejos a un viejo amigo o haces proyectos para el futuro, joven ilirio?

Constantino es un libro abierto para Lactancio. Han estado separados durante mucho tiempo, pero entre ellos hay un vínculo especial. El retórico sabe que el centurión ha retomado el contacto con su padre, Constancio. Ha

habido cartas y mensajeros bien pagados viajando de una punta a otra del Imperio.

El edicto ha sido promulgado en Nicomedia, pero ha dado la vuelta por las provincias porque lo que sanciona el Augusto Máximo sirve para todos los demás regentes.

Sin embargo, en ese gran imperio que se extiende por miles de millas de mar y tierra también prevalece la regla de que cada soberano, en su casa, hace lo que le parece. A condición de que no ofenda a nadie, claro está.

De modo que Constancio, al que en Britania llaman Cloro por culpa de esa piel como de luna medio verde que Constantino no ha heredado, ha interpretado el edicto a su manera. Ha prohibido su culto a los cristianos, quizá también ha obligado a alguno a hacer sacrificios por el emperador, de vez en cuando. Pero seguro que no le ha puesto las manos encima ni a una alma. Ni ha echado a los devotos de la Cruz del ejército.

Constancio no es un experto con los sentimientos, Constantino bien lo sabe. Pero seguro que no es un asesino. Las palabras que dirige a su hijo están llenas de sabiduría.

Roma está por encima de todo, pero no existe el Imperio sin súbditos. Y los cristianos, tanto si nos gusta como si no, son súbditos como los demás. En algunas provincias son tan numerosos que, si tuviera que seguir al pie de la letra la voluntad de Diocleciano y los redujera al silencio o a las cadenas, de un día para otro las ciudades se quedarían sin campesinos para arar los campos, horneros para cocer el pan, zapateros para remendar las suelas gastadas, matasanos para coser la carne herida. Y lo que es peor, desaparecerían guarniciones enteras. Los cuarteles se vaciarían y todos, hasta los adeptos a los númenes tradicionales, quedarían indefensos ante el enemigo.

Sin ejército o con un ejército diezmado, hijo mío, el Águila Imperial dejará de surcar el cielo azul y acabará cayendo en picado.

Matar a los cristianos sin una buena razón, por el solo hecho de que veneran a Jesús, sería como decidir que cuando seamos viejos nos corten las piernas porque no son tan rápidas como antes.

Recuerda estas palabras, Constantino. Y mantén los ojos abiertos.

Cuídate,

CONSTANCIO, CÉSAR DE OCCIDENTE,

EMPERADOR DE ROMA, TU PADRE, CON AFECTO

La situación, en Nicomedia y en el resto del Imperio, es difícil. Cada vez más a menudo Constantino se pregunta si Constancio, con sus palabras de tolerancia y sus bonitos discursos sobre el futuro, lo está llamando a su lado.

Y, asimismo, no pasa un día que no lo compare con Diocleciano, como pesos en una balanza. Durante mucho tiempo, el viejo emperador ha sido más que un padre. Le ha enseñado más él en los pocos meses que pasó en la corte que Constancio durante toda la adolescencia.

Pero, después de su traslado a la frontera, todo cambió.

Diocleciano reveló su verdadera naturaleza. Siempre prefirió la fuerza al afecto, la brutalidad a la razón. Y ahora, a la deriva en ese río de sangre, no queda huella de su antigua racionalidad.

Galerio lo tiene en su puño, lo instiga, lo ofusca con el odio. Pone en práctica una política de tierra quemada a su alrededor.

Constantino, si no fuera por Lactancio, estaría solo. La familia que pensaba haber encontrado era sólo una ilusión. La nueva patria, una elucubración de su enloquecido señor.

Quedarse, pues, significa aceptar toda esa inmundicia. Continuar llevando los galones querrá decir, tarde o temprano, aniquilar carne inocente. Y no para la mayor gloria de Roma, sino sólo para acariciar el loco sueño de Galerio, para eliminar el futuro.

Para alejarse, de vejación en vejación, de la imagen del hombre que siempre ha deseado ser. El hombre que su padre, su verdadero padre, siempre deseó que fuera.

«Tal vez Lactancio tenga razón. Tal vez soy yo el que tiene unas condenadas ganas de irse...»

La cabeza le bulle de pensamientos. Constantino no deja de dar vueltas sobre el jergón. Se ha despedido de Lactancio hace horas, el viejo ya está bastante debilitado con la situación como para pasarse las noches en blanco en compañía de un joven oficial en plena crisis de identidad. No hay manera de dormir: los rostros de Constancio, Elena y Diocleciano asoman sus cabezas.

Fuera, la luna es tan fría como pesada y el aire helado que se filtra por el ajimez cada vez se vuelve más áspero.

Nota un retrogusto amargo y picante. Olor a brasas. Una especie de sueño.

Tiene los brazos blandos por un cansancio infinito. Se abandona al duermevela, dócil e incomprensible, pero el humo se abre paso por la nariz, le rasca la garganta, y al segundo golpe de tos el muchacho comprende que no está soñando.

El miasma no viene de fuera.

«El palacio está en llamas.»

Sin sandalias, ni loriga, desnudo como está, se precipita al pasillo. Constantino corre.

—¡Fuego! ¡Fuego!

De las habitaciones se asoman los pajes y los sirvientes, la guardia de honor. Desorientados y adormecidos, aturdidos por el hedor y la neblina que procede de la sala del Consejo.

El muchacho es el primero en llegar al lugar, derriba la puerta atrancada a patadas, entra como una furia, con la piel desnuda y jadeando. A su espalda, la sombra del viejo emperador, que se ha despertado sobresaltado:

—¿Qué sucede, por Hércules? ¿Mi casa en llamas?

Y justo en el centro de la sala, entre los bancos amontonados de mala manera, entre las cortinas que chisporrotean y los despachos urgentes mordidos por las llamas, hay dos pares de ojos estupefactos.

Un padre y una hija, dos generaciones de siervos. Tasio y Dorotea, con los mismos iris verdes, la misma rabia contenida. Se afanan en torno a la pira, ebrios de miedo y de inconsciencia.

En su cara se puede leer que pensaban salirse con la suya. Se habían imaginado el mayor de los sacrificios. Una hoguera alta hasta el cielo tragándose la sala del Consejo, el palacio, al maldito emperador. La ofrenda suprema a Cristo Redentor: «El que martiriza la carne de los inocentes será devorado por el fuego purificador.»

Por tu gloria, Señor.

Para que tu pueblo pueda por fin vivir en paz.

Por la espalda desfigurada de mi única hija.

Por las lágrimas infinitas de mi padre.
Porque la venganza es algo bueno y justo, Cristo sea Santo.
No existen esclavos ni emperadores, a tus ojos misericordiosos todos
somos pecadores.

Merecemos morir.

«Todos.»

Las llamas están sólo en su inicio, la vida de Dorotea y de Tasio se precipita hacia el final.

No tardan mucho en sofocar el incendio. Una cincuentena de cubos y todo lo que queda es una pátina oscura y un montón de cenizas. Alguien tose, lágrimas silenciosas surcan el rostro del emperador, pero no hay piedad ni pena en esos globos vacíos, es sólo por culpa del humo.

Mientras tanto también ha acudido Galerio. Ahora están todos en perfecto orden, en uniforme de gala, desplegados en el patio como buenos soldaditos. Los lagrimones de Constantino, en cambio, no tienen nada que ver con el hollín que pringa la piel y satura el aire de la noche. Pero nadie lo nota.

En el patio del palacio se yergue la improvisada horca.

Todos los doríforos, pajes, sirvientes, criadas y fámulos han sido despertados y convocados con urgencia; hasta los mozos de cuadras y los ordenanzas. Que todos vean lo que le pasa a quien intenta joder al emperador.

La mujer de Tasio implora enloquecida delante de los dos nudos corredizos. Estrecha en su pecho a sus tres hijos pequeños, sucios de lágrimas y mocos.

Dorotea sube al patíbulo con sus ojos de jade. Fríos y severos, como jueces inflexibles. Su padre está vacío por dentro como el pecho de Plutón. Su corazón hace tiempo que se fue volando.

No se oye ni una palabra por parte de los ejecutores. No hay mayor amonestación que la muerte escupiéndole a uno a la cara.

El verdugo pateo las banquetas, primero una y luego otra.

Padre e hija cuelgan en la noche infinita de Nicomedia.

El pueblo ahora ya sabe lo que es el miedo.

El segundo edicto se abate sobre el Imperio como una lluvia de piedras, coge por sorpresa, hace daño de verdad: «¡Encarcelación inmediata de todos los clérigos!»

Obispos, sacerdotes, diáconos y lectores.

«Un mar de gente.»

Un maldito río de carne amontonada a la fuerza en una jaula.

La violencia estalla en una noche. Por todas partes, de Bitinia al Ponto, de las Galias a Egipto, se oye el alarido rabioso de los prisioneros detrás de los barrotes. El espacio mínimo, las noches de pie, la brutalidad de la convivencia forzada. Desmayos, sodomía, carencia de agua y comida.

La situación pronto se hace intolerable. La descerebrada ley de Diocleciano ha duplicado la población carcelaria en veinticuatro horas. Los recintos ceden, se aguanta durante un par de meses, pero después llegan las súplicas de medio mundo.

Entonces el emperador da marcha atrás: «Que se devuelva la libertad a los que abjuren de la mendaz fe cristiana y acepten cumplir sacrificios a los dioses y al emperador.»

También hay una cláusula escrita en letra pequeña. Susurrada al oído de quien ya hace tiempo que tiene ganas de pelea: «Si se niegan, torturadlos. Si insisten, mucho mejor, deshaceos de ellos.»

«Así sea.»

El remolino de la sangre gira vertiginosamente.

En Antioquía se desata una revuelta, no tiene nada que ver con los cristianos, pero igualmente acaban muriendo centenares de ellos. Con los obispos liquidados, los milites del Imperio tienen campo libre para restablecer un orden perdido no se sabe dónde ni cuándo.

En Nicomedia caen los eunucos, los antiguos, lascivos y ridículos señores del palacio desde la noche de los tiempos.

En África, donde las noticias viajan lentas, los batallones de la muerte abaten todavía iglesias y casas privadas. Buscan los libros sagrados, tienen muchas ganas de prender fuegos. Muchos cobardes comprenden en seguida que los hombres del Imperio no bromean, hacen sus cábalas y deciden que esta vida, por muy miserable y piojosa que sea, vale más la pena que esa promesa del Reino de los Cielos. Y los hermanos los tachan para siempre de *traditores*, los que entregan. Y así será. Malditos perjuros, infames, dentro de unos años se volverá a hablar de ellos y el recuerdo de su bellaquería hará temblar los cimientos del Imperio.

Pero no a todos les va tan bien.

Muchos, demasiados, son más testarudos que los imperiales, o sólo más débiles, incapaces incluso de decir «basta». Entre ellos se encuentra Eusebio, un simple clérigo en los tiempos de las persecuciones y después obispo, además de biógrafo de esos centenares de víctimas inocentes. En sus *Hechos de los mártires* escribirá líneas tan oscuras como el Orco al recordar estos tiempos malditos, tiempos de torturas, extremidades rotas, cuerpos descuartizados y parrillas ardientes.

Esto es lo que sucede en todo el Imperio.

La estirpe de la Cruz es golpeada en todas partes.

En Nicomedia es noche cerrada, pero nadie duerme.

Diocleciano, como una estatua de sal, es prisionero de su palacio. No da un paso, se aferra al trono. Está inmóvil y silencioso, hace días que no pronuncia una palabra. Tiene terribles pesadillas en las que el arcángel san Miguel, espada en mano y alas de gaviota, le corta brazos y piernas, lo deja ciego y lo echa a mendigar a las puertas de Antioquía. Se despierta sobresaltado, con gritos y sudores. Después calla, los ojos como platos hasta que sale el sol.

Galerio sonrío y no deja de mirar el futuro. Proyecta un viaje a Roma para el viejo. Una enfermedad, ojalá. Se frota las manos.

Lactancio, finalmente solo, es libre de rezar por sus hermanos caídos en la oscuridad de su celda.

Constantino permanece encerrado a cal y canto en su habitación, la espalda contra la pared, el culo en el suelo, la cabeza sujeta entre las rodillas. Siente nostalgia de Naissus, de la frontera, incluso de la maldita Britania, a pesar de que nunca la ha visto.

Cualquier sitio es mejor que éste. Cualquier cosa con tal de que los inocentes dejen de gritar.

El centurión de Iliria está confuso. La oscuridad lo ahoga, le falta el aire.

Es hora de levantarse.

De nadar hacia la orilla.

O acabará ahogándose en aquel maldito río de sangre.

Roma

La ciudad de Roma, como un eje en torno al que giraba la rueda del Imperio, era una maravilla de civilización y de desenfreno, de eficiencia mercantilista y de baja política, de enorme potencia y de artificios mezquinos. En el campo del Derecho, los romanos también lograban crear una mezcla de ideas progresistas y cosas ridículas.
JIM BISHOP, *El día que murió Cristo*

Roma, 303 d. J.C.

Roma. Esa especie de escalofrío sólo lo sientes en Roma.

Es entrado octubre y la brisa de poniente se desliza bajo la loriga para calentar los huesos. Para recordarte que aquí, en el centro del Imperio, el verano no se acaba tan pronto.

El viaje es interminable, por mar y por tierra, miles de leguas en los huesos. Diocleciano se pasa horas sin hablar. Se ha marchado a regañadientes, empujado por Galerio.

—Son las Vicenales, mi señor. Veinte años de reinado. Hace casi un siglo que ningún soberano permanece en el cargo durante tanto tiempo. No puedes faltar, el pueblo se moriría.

Diocleciano no estaba de acuerdo, todo sucedía demasiado de prisa, la guerra en los confines del Imperio, los malditos cristianos a los que había que mantener a raya, por no hablar de Constantino, cada día más sombrío y distante.

No tenía ningunas ganas de dejar Nicomedia, pero Galerio sabía manejarle. Primero lo tranquilizó:

—Las leyes que has promulgado contra la escoria cristiana serán suficientes para mantener el orden...

Después lo lisonjeó:

—¡Por fin podrás disfrutar de esas termas de las que habla medio mundo! Te han costado una fortuna y ni siquiera las has visto... ¡Mientras estamos aquí, discutiendo, se aprovechan de ellas esos cerdos gordos que se sientan en el Senado!

Y, al final, lo enfrentó al querido y viejo sentido del deber:

—Eres el Imperio, Diocleciano, el Águila y la púrpura. El pueblo anhela oír tu voz, está deseoso de rendirte un justo tributo, de hacer lo que tú mandes. Tu obligación es impartir órdenes, recibir ovaciones, contemplar extensiones de cabezas inclinadas. Porque sin ti, mi señor, no hay ningún Imperio.

Aquella serpiente de cascabel sabía qué cuerdas tocar, lo convenció fácilmente. Después de todo, Diocleciano era un soldado. Un soldado con corona y un ridículo manto en los hombros, sí. Pero seguía siendo un milite de Roma, dispuesto a hacer lo que hiciera falta por el condenado Imperio.

«Hasta ponerse en ridículo.»

Y ahora aquí está, a las puertas de la Ciudad Eterna, con una muchedumbre exultante al paso de la litera. Las manos levantadas, las mujeres abrazándose con los niños a cuestas. Por todas partes olor a fiesta, el trabajo abandonado de prisa y corriendo para asistir a la entrada del agosto, las pinzas candentes dejadas en la fragua, las manos llenas de harina sacudidas precipitadamente en la ropa, el cepillo plantado a medio frotar, el polvo de la madera todavía en la nariz.

Roma acude a rendir homenaje al Sumo, desde las togas blancas y rojas del Senado hasta el negro brillante de los odiados pretorianos, pasando por los sucios morros de la gente.

Turbas de harapientos se hacinan al paso del emperador, con las manos tendidas y los bolsillos vacíos; los niños, atropellados, persiguiéndose y haciéndose daño. Diocleciano los abraza a todos con sus ojitos achacosos. Una telaraña de arrugas surca sus sienes cada vez que los guiña. La boca abierta, la sonrisa. Pero tiene aspecto cansado, a pesar de que no deja de saludar.

Justo en medio de la fiesta, el viejo piensa en su reino, inmenso y tan difícil de imaginar todo junto. Dicen que ahí está el eje, pero no tienen ni idea.

«El corazón está a la izquierda. Con la mano derecha se hacen más cosas que con la zurda. Tenemos dos orejas, pero si te cortan una no pasa nada. Y sin cerebro, puedes estar seguro, no se va a ninguna parte.»

Los romanos se llenan la boca con la historia del «centro del Imperio»,

pero ese dichoso punto donde todo converge y tiene su asiento hace tiempo que ya no está allí. Diocleciano, en su vida, habrá estado ahí en tres ocasiones —hoy es la primera desde que viste de púrpura— y cada condenada vez ha acabado marchándose con hiel en la boca.

Cuando tenía veinte años y sólo era un recluta, en los locales lo despreciaban, le escupían: «¡Asqueroso dálmata! ¡Ladrón y degenerado, como todos los de tu raza!», eso era lo que le gritaban en las tabernas cuando la partida acababa mal. Y en un instante, espadas y porrazos. A nadie le importaba el yelmo y el escudo. El gladio en el cinto con el emblema de la Décima no daba miedo.

«Romanos, nadie más que ellos es fruto de más mezclas de sangre y, sin embargo, siempre encuentran el modo de hacer que te sientas distinto.» Eso es lo que Diocleciano piensa y no tolera, el aspecto chulesco de los senadores, la expresión maliciosa de los gordos pretorianos, tan hinchados que el yelmo les aprieta y parecen odres llenos de vino a reventar. La mirada del pueblo, con los brazos tendidos para enseñar la mercancía: «¡Míranos, augusto! Ésta es Roma, no encontrarás nada mejor en ningún rincón del mundo.»

Malditos fanfarrones.

Cabecitas minúsculas, bestias con anteojeas.

«¿Pero no lo veis? —En la sesera de Diocleciano la rabia se da puñetazos con el mal humor—. ¿No veis lo pequeños que sois? ¿No oís los palafrenes de Persia alejarse como saltamontes hacia Mesopotamia? ¿No oís, gordinflones afeminados, los gritos de batalla de godos, hérulos y carpios, dispuestos a cruzar el Danubio y destripar los confines del Imperio? ¿No distinguís el grito de los alemanes a las puertas del Rin?»

Traga saliva mientras la multitud, desaliñada y barriguda, cada vez se le acerca más. El Coliseo está cerca. A dos pasos del anfiteatro se divisa la delegación de honor. Maximiano, el hermano de siempre, está rodeado por los herculianos y por su hijo Majencio, enjuto y seboso, en nada parecido a su padre. Y, alrededor, la babosa flor y nata del Senado, un baile de túnicas y barrigones de gala. Más separada, al fondo, bajo la sombra del escorpión descolorido, la pandilla del pretor, ridícula efigie de un mundo que ya no existe.

Diocleciano piensa en las termas, en los hombres y el dinero empleado para levantarlas de la nada.

Piensa en los trescientos diez millones de denarios que cada año llueven sobre la ciudad procedentes de su bolsillo.

Piensa en los juegos previstos para las celebraciones.

Echa un último vistazo a la repugnante masa que lo acoge con los brazos abiertos e intenta estar a la altura. Es hora de poner la cara de las grandes ocasiones.

De tragarse el hastío y los pensamientos.

De bajar de esta maldita litera y comportarse como un emperador.

Diocleciano pone toda su voluntad. Desmonta de un salto, la púrpura de los hombros aletea como es debido. La mano izquierda sobre el pomo del gladio, la derecha, tendida en un saludo. Incluso hay algo que se parece a una sonrisa colgado en esa fea cara.

«Pero tarda un solo segundo en apagarse.»

Primero, el estruendo de los címbalos, a continuación, un desfile rojo y apresurado. Hombres vestidos de mujer, adornos frigios, alaridos, persecuciones, danzas endiabladas.

Cinco de ellos se plantan delante del emperador, se echan de rodillas y con el puñal se punzan las carnes sin dejar de gritar ni un minuto.

La sangre gotea hasta el suelo. Y la tierra se la traga toda, sedienta como una matrona marchita.

A Diocleciano le dan ganas de emprenderla a patadas con esos malditos endemoniados. Mira a Maximiano, pero está impasible, sin ningún temblor. Todo normal.

Un senador habla por él con la boca pequeña, con los párpados abiertos como las puertas de un burdel.

—Los devotos de la Gran Madre, mi señor...

Diocleciano contrae los ojos.

Los cinco están pálidos como guiñapos, casi se dejan la piel. Alguien se los lleva. Nadie se ocupa del Rubicón bermellón que separa al agosto del comité de recepción.

El senador habla en voz alta, con la cara lánguida de lupanar de tercera clase:

—¡Bienvenido, mi señor! ¡El Senado y el pueblo de Roma te dan la bienvenida a la capital de tu Imperio!

A Diocleciano le entran ganas de romperle los morros. Y luego, quizá,

de echar el estómago por la boca. Sin embargo no hace nada, se queda allí plantado mirándolo.

«¿Qué estoy haciendo aquí?»

La voz no deja de martillearle en la cabeza.

«¿Qué diablos he venido a hacer?»

Se queda dos meses en Roma, dos meses de lujoso vacío, de soledad abismal. Meses que lo hacen envejecer aprisa y que no le regalan nada.

La farsa de los eunucos con el cuchillo no es más que la cima de la montaña. Durante todo el primer día, centenares de fieles gritan enloquecidos corriendo alrededor del templo, buscando al pobre Atis, que se ha mutilado en honor de la Gran Madre y no se sabe dónde ha acabado. Al día siguiente son centenares los que se lesionan con el cuchillo bajo los ojos del soberano.

—Animales... —los impreca Diocleciano entre dientes.

Al cuarto día las cosas se desquician, la fiesta desciende de la colina e invade las calles de toda la ciudad, como si fuera marzo, en plena Quinquatria. Sólo que, en vez de los bailarines salios y los sacrificios en honor a Marte, está lleno de gente que se ríe alocadamente. Son las Hilarias, las celebraciones que acompañan la alegría de la primavera. Pero estamos a mediados de octubre, y aquí todos se ríen como posesos por la ascensión de Atis entre los inmortales. El mundo que recuerda Diocleciano ya no existe. Un nuevo curso, donde el respeto por todo lo sagrado se desvanece como la nieve al sol, lo espera a cuatro pasos del Circo Máximo.

Después de un día de reposo en el que se preparan las fieras para los juegos, el delirio en honor de la Gran Madre y de su amante sin atributos se reanuda con más vigor que nunca, y la representación de la diosa, una gran piedra negra metida en una especie de cabeza de plata, es llevada por las calles junto con los ornamentos sagrados. Un inaudito serpenteo de muchedumbre acompaña la puesta en escena, hasta que los devotos dejan los blasones y el cargamento en las aguas gélidas del Almón. Después de enjuagar la estatua en el riachuelo, todos regresan descalzos hacia el templo, con el corazón rebosante de alegría.

Diocleciano observa, sin dejar de menear la cabeza. Tiene muchas ganas de beber.

A decir verdad, se ahogaría en cerveza.

Diciembre es el más honesto de los meses, no hay nada que decir. Frío por todas partes, sin distinciones.

Roma no es distinta. Ciertamente no se congelan los atributos como en las Galias, pero la tramontana que sopla del norte hace venir ganas de ajustarse bien el manto. Diocleciano ya no tiene edad para adoptar la inconsciencia de la juventud, pero delante de cincuenta mil súbditos tampoco puede presentarse abrigado como una mujer.

Con la cabeza descubierta y los brazos desnudos, saluda a la muchedumbre sin levantarse. Lleva la barba recién afeitada y la loriga brillante. Los juegos están a punto de empezar. Las Vicenales han entrado en su fase caliente. La ciudad está en plena celebración de las Saturnales y las calles están invadidas por un río de gentes alegres. Durante seis días los esclavos se comportan como hombres libres, a veces se pasan, pero nadie levanta el bastón. Hay euforia, a pesar del frío, hombres y mujeres se intercambian regalos de buena suerte a la luz clara de la mañana.

El anfiteatro está abarrotado hasta lo increíble, a Diocleciano le ha costado llegar hasta la tribuna de honor. La escalada ha sido un no parar de abrirse paso entre manos adoradoras y llamadas de atención. Ahora se queda erguido, cara a cara con la muchedumbre. Medio desnudo como un niño, con el leal Maximiano a la derecha y el inepto de su hijo, Majencio, a la izquierda.

El augusto de Occidente entra en seguida en materia. A pesar del ambiente de fiesta tiene algo que discutir con Diocleciano, el tipo de cuestión que no puede esperar.

—General...

El emperador se vuelve hacia el viejo compañero de armas.

—¿Cuándo te lo meterás en esa dura cabezota, soldado? Nada de grados cuando llevamos ropa de civiles. —Sonríe. Un escalofrío helado se insinúa en su cuello.

Maximiano no tiene tiempo que perder.

—Como quieras. Oye, escúchame, es bastante importante. ¿Estás seguro de que has hecho lo adecuado? El público de Roma no está acostumbrado...

Diocleciano ni le deja terminar. Lo fustiga al sentirse cuestionado:

—¿A qué? ¿A estar tres días de fiesta con el dinero del Imperio? ¿A despilfarrar millones de denarios públicos en bacanales que duran semanas?

Esta ciudad es un pozo sin fondo para las finanzas imperiales, se traga mis ahorros, los engulle sin piedad, y los senadores se pasan el día gritando para conseguir más. ¡Están todos tan ocupados divirtiéndose que el respeto por las antiguas tradiciones se ha convertido en un espejismo! «Los juegos se inaugurarán ante la presencia del censor, y ante el censor la sobriedad es obligada. Nada de fieras y nada de bigas.» Así está escrito...

Maximiano sacude la cabeza, intenta hacerlo razonar:

—Tienes razón, y yo estoy contigo. Desprecio a esos tipejos y su continua necesidad de distracciones. Pero ahora se trata de política, no de tradiciones. Los impuestos no son una broma por estas tierras, lo sabes perfectamente. Roma no cuenta con ningún contingente y, sin embargo, debe pagar cada mes por tropas y provisiones que ni siquiera ha visto. La guerra cuesta dinero y el dinero de los capitolinos es necesario. Mientras les demos lo que les gusta, seguirán pagando sin crear demasiados problemas. Pero si la opinión pública se vuelve contra nosotros, si a esos malditos senadores se les mete en la cabeza soliviantar a sus amigos, ¿qué será del erario? En el frente, nuestras tropas se quedarán sin nada. ¿Y para qué, general? ¿Para halagar a un viejo sordo que tiene la misma importancia que el siervo de una matrona?

Son palabras duras, Maximiano no es de los que se andan con rodeos.

Diocleciano vuelve la mirada hacia el censor. Observa sus bracitos como palillos. Las mejillas chupadas. Lo ve estornudar con cada sople de aire. Tendrá unos diez años menos que él, pero parece tener veinte más.

No, su amigo lo conoce demasiado bien.

No lo hace por ese espantapájaros. Sino sólo para demostrar a la Ciudad Eterna que si el mundo ha decidido ponerse a correr como un semental encabritado, este viejo soldado todavía tiene piernas, aliento y cojones para montar en la silla y tirar de las riendas. «¿Habéis decidido emborracharos, haceros cortes y tolerar los berrinches de un centenar de cristianos sin huevos? Bien. No esperéis un apretón de manos. Ni mucho menos tigres de las Indias o gladiadores de Capua. Ahora se cambia de música. Es mi fiesta. Es mi dinero. ¡Y, cojones, se hace lo que yo diga!»

Esto, más o menos, bulle en la cabeza de Diocleciano un instante antes de que sea el momento de dar inicio al espectáculo. Pero no abre la boca. Ni siquiera cuando el hijo de Maximiano, ese Majencio lúbrico y afeminado de quien todos en la corte hablan con una sonrisa de torcido, se le acerca

chillando:

—¡Te lo ruego, Augusto, recapacita. Por tu pueblo...!

Diocleciano nota una punzada en la nuca, rápida y fría como una puñalada. Las palabras de Majencio son pura hiel, su mirada, cruzada con la del resto de los senadores, envenena la sangre.

—Mi pueblo... —La vista del emperador se nubla por un instante.

Los ojos miran a las gradas y ven manos rápidas que persignan frentes, pechos y hombros.

SEPTENTRIÓN.

MERIDIÓN.

OCCIDENTE.

ORIENTE.

Brazos separados agitándose, muslos de mujer y restos de pan sazonado.

SEPTENTRIÓN.

MERIDIÓN.

OCCIDENTE.

ORIENTE.

Otra vez.

SEPTENTRIÓN.

MERIDIÓN.

OCCIDENTE.

ORIENTE.

Un punto en medio de la nada. Un fulgor de mofa. «La señal de la Cruz.»

Malditos cristianos.

Malditos y asquerosos cristianos.

La temperatura baja como un relámpago, un escalofrío de hielo recorre a Diocleciano.

La garganta, hinchada de frío y desánimo, se le cierra un tanto.
Lo suficiente para ahogarle la voz.
Para dar débilmente la señal de inicio.
Un golpe de tos. Debe repetirla.
La multitud, confusa, mira a los esclavos en la arena.
El gesto seguro de los subalternos.
Los barrotes que se alzan, por fin.
El estruendo se adueña de todo.
Deja solo al emperador, atragantándose con la saliva, que se le ha ido por el otro lado. Desfilan los reciarios de Teto, los secutores de Estrabón, los tracios y los mirmillones de Frigia.
Tras la última línea de guerreros, el público aguanta la respiración.
Los instantes discurren vacíos, ninguna pezuña de fiera pisa la arena.
Ninguna rueda dentada muerde el suelo sagrado.
Todos los ojos se clavan en el Augusto Máximo.
Diocleciano ordena cerrar las verjas.
Con las escleróticas todavía enrojecidas por la repentina tos, la espalda helada y el sudor perlado la frente.
Pero, en los labios, la sonrisa de quien está al mando.
Con el mentón levantado, observa a la multitud. Habla entre dientes, el movimiento de su boca es imperceptible.
—¿No os gusta? Id a lamentaros a la jodida Gran Madre...
Un enorme silencio.
Apenas un soplido.
Después los pitidos llenan el Coliseo.
La invectiva es feroz y descarada. Las gradas hierven.
Los pretorianos hacen piña en torno a la tribuna de honor. El resto de la guardia se abre paso entre la gente, empuñando las armas.
Caras largas, pero de poco sirven. El pueblo está furioso.
—¡Así es como se gasta el dinero de nuestros impuestos!
—¡Miserable tacaño!
Y más cosas.
Los insultos vuelan de boca en boca, la ofensa se convierte en tempestad. Un culpable puede ser azotado. Cincuenta mil insolentes acaban teniendo razón.

En medio del delirio, el Senado guarda la compostura, Diocleciano abandona el anfiteatro enfervorizado por una rabia ciega. Los togados intentan hacer razonar a Maximiano, pero éste los despacha de malas maneras y se va detrás de su viejo amigo.

Su hijo se queda en la tribuna de honor. Los senadores lo observan como si examinaran un pasatiempo en un burdel. A pesar de sus cabellos de sebo, ese aspecto mustio y un poco torcido, y la voz de mujercita, se convencen de que ese mamarracho tiene que valer algo. Si no por nada, al menos por el nombre que lleva.

Se acercan y le hacen corro. El más atrevido, Léntulo, susurra:

—No puede llover siempre, noble señor. Antes o después el viento cambiará de dirección. Es mejor estar preparados cuando suceda, ¿no crees?

Cuando en la cara de ese mezquino germina una sucia sonrisita, los senadores entienden que ésa es la mierda que necesitan para abonar su campo. La semilla de la discordia, regada con la sangre del complot, está lista para crecer lozana en la Ciudad Eterna.

En medio de la multitud virulenta, una sola mirada permanece impasible.

Los ojos estúpidos del censor siguen observando la arena con insistencia.

El viejo sordo no deja de rascarse la cabeza. Todavía se pregunta a qué esperan esos muchachotes de allí abajo para zurrarse como Marte manda.

Diocleciano no ha mirado atrás. Ha abandonado los juegos, ha hecho las maletas y ha salido de escena. Se ha quitado de en medio, al infierno los romanos y su maldita soberbia. No se ha quedado para las fiestas de fin de año ni para la elección de los cónsules. Su fuga es una afrenta con la espada en alto en la cara de la ciudad. Un escupitajo en el plato.

A Diocleciano le da lo mismo. Le da lo mismo la onda expansiva que lo persigue durante meses a través de los mensajeros de Maximiano. Le dan lo mismo los despachos que llegan de los confines del Imperio y que hablan de pueblos en guerra y tropas sin suministros.

A Diocleciano le da lo mismo. Y ordena poner rumbo a Nicomedia.

«A casa... Sólo quiero volver a casa...»

Pero las fiebres no son ninguna broma y todas esas millas en medio del

frío lo están matando. Su garganta grita venganza, tiene los huesos empapados.

Se detiene en Rávena. Se queda una temporada. Tiene pesadillas, durante un tiempo incluso cree que va a morir. Ve estúpidas manos que dibujan cruces en todos los rincones.

Ángeles con espadas de fuego vuelven a atormentarlo entre los brazos de Morfeo.

«¡Cristianos!»

«¡Jodidos y asquerosos cristianos!»

No dice nada durante días. Esputa caldo de gallina. En palacio todos están convencidos de que estirará la pata. Hay momentos que él también lo cree.

Después, una mañana, la fiebre desaparece. El ropón vuelve de nuevo a calentarle y en la garganta ya no tiene espinas.

Al viejo león le cuesta un poco volver a levantarse, pero después monta de nuevo en la silla y hace todo el trayecto hasta su palacio de una tirada. Cuando pone los pies en la sala del Consejo —perfectamente reconstruida durante su ausencia— está más lúcido que el escudo de Perseo.

Convoca al leal Galerio junto con un par de escribientes, dice a los mensajeros que anoten cada palabra, que las copien y salgan corriendo a colgarlas en todas las paredes de la ciudad. Al cabo de diez minutos, el Cuarto Edicto está listo. La sonrisa del César nunca ha sido tan terrible, se parece a una espada desenvainada.

En la hoja, que pronto acabará en todas las plazas del Imperio, dice que, a partir de ese día, quienquiera que se profese cristiano o simplemente sea sospechoso de serlo, podrá ser perseguido según la ley.

Tortura, claro. Pira sin proceso. Y con suerte, una muerte lenta en las minas.

Y basta una voz para despertar la duda. Es suficiente una delación para acabar en el infierno. De ahora en adelante, será una pesadilla incluso nombrar esa fe. Su nombre se convertirá en contagio y el contagio esparcirá miseria, muerte y destrucción.

El Orco acaba de abrir sus fauces. La negra garganta grita, hambrienta de carne inocente.

Trescientos cuatro años después del suplicio de la Cruz, el cuerpo de

Cristo continúa sangrando.

El final de una era

Alejémonos ahora de ese egoísta vestido de púrpura que calcula y prevé todos sus actos, y los que permite hacer atento a su propio poder.

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Nicomedia, 1 de mayo de 305 d. J.C.

Es el último día, el final de una era.

El Imperio se prepara para un nuevo amanecer.

En la ciudad hierven los preparativos; en los pasillos, en los establos, en las hosterías y en las tabernas no se habla de otra cosa. Está a punto de ocurrir, aunque nadie pensaba que pudiera suceder de verdad.

Final de la partida, el momento de hacerse a un lado.

Diocleciano se sienta con las piernas cruzadas en el centro de la sala del Consejo. No está solo, pero dentro de su cabeza hay un gran vacío. Mirándolo atentamente, con toda esa seda y esos zafiros que lo adornan, parece un fantoche, un autómatas de paja, vestido para pasar la última revista antes de ir a parar a la hoguera.

Debajo de la corona incluso lleva una cinta blanca adornada con perlas. Sus zapatos también tienen piedras preciosas incrustadas. En los hombros, una antigua cola de pavo real, púrpura, inmensa, dibuja un círculo tosco, tiñe la sala de bermejo. El viejo emperador parece una gigantesca mancha de sangre.

Es casi la hora, pero nadie se mueve.

«Nadie le mete prisa.»

Guardaespalda y sirvientes se deslizan ligeros, tragan saliva en silencio. Consejeros presurosos intentan de vez en cuando llamar la atención del augusto y reciben a cambio un gesto crispado: «Ahora no...»

Hasta Galerio, con uniforme de gala y manto de nieve abrochado a la

loriga, se mantiene a distancia. En la cara, la malicia de quien se ha salido con la suya. En el bolsillo, una victoria que ha salido cara.

También está Constantino.

Es un día extraño, hacía tiempo que lo esperaba. Y, a decir verdad, algo se había imaginado: la ceremonia, la pompa, la delicadeza del momento. Pero por nada del mundo se le había pasado por la cabeza que pudiera ser así.

Observa al emperador, la enfermedad le ha descarnado el pecho y las mejillas. Tiene los ojos cada vez más enrojecidos, parecen los de un búho, demasiado fijos para estar realmente atentos.

En pocos meses la piel se le ha vuelto como de pergamino. Los músculos han desaparecido, el vigor se ha esfumado. El viejo es la sombra de sí mismo.

Éste es, en verdad, el maldito final de la carrera.

—¡Fuera todos! —El grito sacude a la multitud.

El sopor de la corte se rompe con el arranque de ira del viejo león, que se pone de pie con esfuerzo. Tintinean las joyas, el gladio se le engancha en el manto, casi lo corta por la mitad.

La corona colocada de cualquier manera, mientras todos salen flechados de puntillas.

Constantino está acostumbrado a obedecer órdenes, ya hace tiempo que ha dejado de hacerse preguntas. Está en el umbral cuando Diocleciano lo llama.

—Tú no, muchacho. Quiero hablar contigo...

Se queda parado, se vuelve. Es un hombre hecho y derecho, con hombros, cuello y cicatrices de soldado. Y además con esos benditos rizos y esos ojos sin fin. La sangre de su madre y la cabeza dura de su padre.

Las mujeres bajan la mirada cuando pasa a caballo por la capital. Realmente no queda rastro del niño imberbe que llegó hace doce años. Y, sin embargo, ante el Gran Hombre todavía siente ese maldito estremecimiento. El mismo que lo abrumó la primera vez que lo vio, enorme y grosero como un cíclope.

Galerio todavía está en el umbral. No se decide a marcharse a pesar de que el séquito ya se ha alejado. No hay ningún rastro de indecisión en esa cara de sicario, pero lo cierto es que esto no se lo esperaba: «¿Qué diablos tendrán que decirse?»

—¿Todo bien, mi señor? —dice con el tono de quien recibirá órdenes por poco tiempo.

Diocleciano levanta la barbilla de golpe y se acerca un par de pasos hacia el César.

—¿Acaso te has quedado sordo, soldado? He dicho fuera de aquí. Todos.

Galerio ni siquiera parpadea. Es hielo y control absoluto.

Éste es el último acto. El guión hace tiempo que está escrito y se lo ha aprendido de memoria. El teatro está abarrotado hasta el máximo de su capacidad, no será suficiente una comezón en los cojones para echarlo todo a rodar.

—Como deseas, Augusto... —El César asiente y deja al viejo en compañía del hijo de Constancio.

Antes de cerrar la puerta, atraviesa al joven ilirio con una de esas miradas.

Después, la hoja de la puerta cumple con su deber.

«Y se quedan ellos dos.»

Ahora el emperador y el pequeño bastardo que se ha hecho un hombre están solos. Solos en el centro de la sala, como hace trece años.

Fuera, el calor y las voces de la ciudad están a punto de estallar. Dentro sólo hay un silencio mercurial. Más denso que el bochorno.

Diocleciano tarda una eternidad en abrir la boca. Primero pasea, con las manos detrás de la espalda. Después mira al techo y se frota las manos con impaciencia. Está a punto de decir algo, pero lo piensa mejor y sacude la cabeza. Al final se deja caer en el sitial, exhausto y con la boca cerrada, igual que hacen los viejos.

La sonrisa medio agrietada por los pensamientos.

—¿Te encuentras bien? —Constantino no sabe qué otra cosa decir.

Diocleciano pone atención de repente. Deja de maltratar la piel manchada de las palmas de sus manos y contrae los párpados para echarle un buen vistazo.

—¿Tú qué opinas?

Constantino abre los brazos.

Diocleciano primero adelanta la mano derecha, como diciendo que lo olvide, después alza el índice achaparrado y torcido, y empieza a hacerlo rodar

despacio.

—¿Qué te parece toda esta pantomima?

Constantino da un paso hacia él.

—¿Te refieres a la ceremonia?

Mientras tanto mira al patio a través del ajimez. La vista es impresionante: miles de cabezas, alineadas en perfecto orden desde la cumbre hasta la base de la colina. Legiones enteras de doríforos y milicianos formados bajo los estandartes. Destellos de yelmos y corazas, movimiento de blasones.

«Fuego en el aire y cielo despejado.»

Una risita atraviesa la cara seca de Diocleciano.

—¿Sabes que en este preciso instante, a no sé cuántos diablos de leguas de aquí, en otra plaza, Maximiano está haciendo lo mismo que yo?

Constantino se pregunta si el viejo ha perdido completamente el juicio.

¿Por quién lo ha tomado?

—En Mediolanum,¹ mi señor, núcleo de Occidente. Como tú siempre lo has imaginado...

De nuevo ese gesto con la derecha.

—Claro, por supuesto...

La verdad es que Constantino no sabe qué decir.

—Me he pasado meses imaginando, como dices tú. Sobre todo de noche, mientras dormía. Me despertaba con la garganta más estrecha que los muslos de una virgen frigia, ni el aire era capaz de entrar en este viejo esqueleto. Me quedaba inmóvil, sin aliento, mirando las estrellas por la ventana, esperando morir. Hasta que las fauces decidían soltar la presa. Entonces volvía a respirar, los ojos rojos y otra sarta de pesadillas...

El viejo de repente mira a su alrededor. Como si alguien lo estuviera espionando.

—Nunca he hablado de ello con nadie, antes de ahora.

—¿Pesadillas, mi señor?

Diocleciano asiente con la cabeza.

—Sí. Jodidas pesadillas. Toda esa sangre, muchacho... No hago más que soñar con esa porquería. Oigo los gritos de los niños. De las mujeres. Pensaba que desaparecerían, antes o después... Pero algo me dice que acabaré marchándome yo primero.

«Cristianos...»

Constantino tiene muchas ganas de pronunciar esa palabra. De arrojarla a la cara de su antiguo mentor, pero sabe que no cambiaría nada.

Diocleciano continúa. El delirio es palpable.

—Mira, muchacho, es como si supiera la fecha de mi muerte. Como si siempre la hubiera sabido. En cada celebración pública, en cada festejo, esa carroña estaba cada vez más cerca: Quinquennalia, Decennalia... ¿Puedes imaginarte una tortura peor?

El hijo de Constancio lo oye, pero hace tiempo que ha dejado de escucharlo. El peso que ese hombre lleva a la espalda es tan grande que da pena.

—¿Por qué has decidido abandonar? Tú eres el augusto, Diocleciano. El señor del mundo. Nadie te obliga a retirarte...

Diocleciano deja de sujetarse la cabeza con sus huesudas manos. Le quedan pocos cabellos grises bajo la corona y la ridícula cinta de perlas. Está estupefacto, como sólo lo están los viejos y los niños.

—Porque he hecho una promesa.

Constantino se acerca, se le arrodilla delante.

—¿En Roma?

Diocleciano endereza la espalda. Malditos ojos brillantes.

—¡En Roma, claro! Frente a casi un millón de esos asquerosos ingratos jubilosos. Maximiano y yo juramos que sólo habría un año más de reinado. Y luego el Imperio tendría nuevos augustos.

—Y nuevos césares... —Los ojos de Constantino miran astutos de repente.

—Eres un rayo, no se te escapa nada...

Constantino no puede sostener esa mirada llena de sobreentendidos. Pero no es tan cínico como para hacer preguntas y cambia de tema.

—Se dice que Maximiano no está entusiasmado...

—Maximiano es un soldado. Sabe que discutir una orden siempre es un mal negocio. Hará lo que tiene que hacer. Probablemente, mientras tú y yo nos quedamos aquí sentados perdiendo el tiempo, ya lo ha hecho...

Constantino en este punto queda desarmado. Como cuando, de jovencito, el viejo le explicaba cosas demasiado grandes para su cabecita.

—Dime por qué, mi señor. Te lo ruego, no lo entiendo. Todos los

emperadores de Roma han gobernado hasta su muerte. ¿Por qué tú no, el emperador más grande de todos los tiempos?

Es sincero al pronunciar estas palabras. Por un instante se lo cree de verdad. El tipo que tiene delante no sólo es un viejo soldado sanguinario, ¡es el condenado Augusto Máximo, por Júpiter! El hombre que ha dominado el mundo entero durante veinte años.

—¿Qué te dije la primera vez que te hablé del Imperio, muchacho, frente al monumento a los tetrarcas?

Constantino traga saliva.

—El secreto para mantenerlo todo unido es dividirlo todo.

Diocleciano está complacido.

—Así es como funciona. Cuatro soberanos, un solo reino; todos mandamos, ninguno es único. Ni tu padre, ni Galerio, ni ese viejo cabrón de Maximiano... Ni tampoco yo, por mucho que pueda parecerte extraño...

Constantino baja los ojos.

—He estado contando esta historia durante veintiún años. Y todos se la han creído. Si ahora me la comiera, ¿cómo iba a quedar yo? —En los ojos tiene una luz dulce. Unas enormes ganas de revolverle el cabello al muchacho.

Constantino lo mira como a un bonito crepúsculo.

—Ya nada será como antes, ¿verdad?

El viejo sonríe, se pone de pie. Se arregla el manto púrpura, se sacude el polvo y los malos pensamientos, hoja de oro y piedras brillantes. Abre la puerta de una patada. Todo el palacio se estremece. Echa una última mirada al hijo de Constancio antes de salir a escena.

—Ha sido una bonita cabalgada, muchacho. Ahora intenta seguir al paso o acabarás con el culo en el suelo.

El resto es sólo el sonido de las sandalias.

Y notas solemnes que se derriten al sol.

La colina es la misma en la que se derramó la sangre de Apro, el collado de Júpiter, a tres mil pasos de la sala del Consejo. La tribuna está más alta que el escudo de Minerva.

Allí abajo la extensión es infinita, estadios de metal brillante y pendones deslumbrantes. Escudos, madera y latón. Y puntas de lanzas como astros de fuego. La caballería reunida enmarcando la segunda línea. Se oyen los bufidos

de los animales bajo el sol.

Cuatro centurias enteras, el sudor de los hombres bajo los penachos de color rojo vivo, la forma perfecta de la formación, los estandartes de guerra.

El carmín punteado de la Tercera y el amarillo del bicéfalo de la Sexta Pártica; el fondo azul como la noche de Oriente. El Águila roja de los jovianos, el pájaro oscuro con fondo carmesí de la Sexta Herculiana. Músculos tensos, lorigas segmentadas y grebas. Gargantas secas bajo el sol ardiente.

Todos chorrean, dignatarios, sirvientes e incondicionales.

«Pero él no.»

Diocleciano, seda, púrpura y joyas, con la frente seca como el desierto, lo domina todo con gestos precisos. A su lado, Constantino y Galerio no se pierden ni una sílaba.

El viejo león habla como un padre.

Se dirige a los hombres y a las mujeres de Nicomedia, pero mira a sus soldados.

Desde lo alto de ese trono desmesurado, con lágrimas en los ojos, los hace reír y conmove. Los hace sentirse orgullosos de haber servido bajo sus órdenes.

Dice estar viejo y enfermo, pero la muchedumbre lo aclama como si acabara de ser coronado.

Dice que necesita tranquilidad después de los largos y afanosos años de gobierno, pero su pueblo todavía cree en él. Ese ejército formado bajo el sol lo seguiría hasta los abismos del Orco ahora mismo si él se lo ordenara.

Dice que hacen falta unos hombros jóvenes y robustos para gobernar el Imperio.

Y es en ese momento cuando la multitud enmudece.

Los augustos pasan el testigo a los césares, éste es el fundamento de la Tetrarquía.

No hay ninguna sorpresa cuando la mano de Diocleciano se apoya en el hombro de Galerio. En Nicomedia cualquiera sabe desde siempre que el trono de Oriente corresponderá al guardián del *limes*. Héroe de guerra y exterminador de cristianos, es el heredero designado. Antes César, nombrado por Diocleciano en persona en esa misma colina.

Y ahora agosto.

Lo mismo sucede en Mediolanum, mil doscientas leguas a Occidente.

Allí, en esa tierra de agua fría y poco sol, en otra plaza, hay otro ejército formado. Otro pueblo con la boca abierta. Un veterano ha dejado la púrpura. Ha rodeado los hombros de un nuevo agosto.

Maximiano ha vuelto a ser un simple siervo del Imperio. Se acabó la corona, sólo una espada al cinto.

Constancio Cloro, el padre de Constantino, ha sido elevado al más alto rango.

Ahora él es el señor de Occidente. Y junto a Galerio dirigirá el destino del mundo.

Pero eso lo saben todos.

Siempre lo han sabido.

El motivo por el que nadie habla ahora es otro.

Nadie sabe nada de los césares, los augustos ya están elegidos, mientras que los césares son designados. En la corte hace tiempo que se comenta quiénes son los favoritos.

En el último mes no se ha hablado de otra cosa.

Hay quien dice que la milicia, en la oscuridad de las tabernas y de las salas de juego, se apuesta la paga a los dados por quiénes serán elegidos.

La ley de Diocleciano es tan estricta como meridiana: nada de parientes, hijos o nietos. De otro modo, ¿para qué se habrían liado con esa historia de la Tetrarquía? Habría bastado con las dinastías, como en los viejos tiempos.

Pero aquel mundo se ha acabado, hundido, muerto para siempre.

Las familias del Imperio están bajo tierra; los padres con los hijos y las hermanas con los nietecitos.

Los bárbaros y la guerra eterna han cambiado las cosas, hay que mantener los confines seguros. El miedo a que el enemigo pueda presentarse en casa de un minuto a otro ha otorgado poder al ejército.

Así es como un general acabó en el trono, cubierto de púrpura. Y decidió, al igual que se hace entre compañeros de armas, que desde ese momento en adelante los grados se ganaran en el campo. La sangre y el buen nombre de papá ya no servirían de nada.

Nuevas reglas, un nuevo Imperio, soberanos fuertes y valientes. Hombres de verdad, criados en la sangre. Entrenados en el barro, el polvo y el metal. Nada de academias militares y escuelas de retórica. Sólo honor y

sacrificio. Por primera vez en la historia de Roma, hijos de campesino y pastores se sientan en el trono de los césares.

Doman el Águila con sus propias manos.

Las nuevas reglas funcionan.

Llevan guerra y paz, así es como va, pero las fronteras son cada vez más seguras. Y el dominio del Águila, cada vez más vasto.

Ahora hay cuatro pares de ojos vigilando, dos a Oriente y dos a Occidente.

Constancio y Galerio.

«Eso lo saben todos.»

Al igual que saben que Constancio no puede convertir a Constantino en su César porque su sangre corre por esas venas. Ése es el motivo de que haya enviado al chico a Nicomedia. Ése es el motivo de que lo haya confiado al viejo león.

En las orejas de padre e hijo —a mil doscientas leguas de distancia, en el mismo maldito instante— resuenan las palabras del soberano: «Hoy no vales nada, eso es seguro, pero tan cierto como que el sol sale cada mañana por Oriente, yo haré de ti un emperador. O te mataré en el intento...»

Y el jodido momento por fin ha llegado.

Cuando Galerio está a punto de anunciarlo, miles de ojos se clavan al unísono en los del muchacho.

La voz ha corrido de prisa, todos lo han visto hacerse un hombre. Todas las mujeres de la capital conocen su valor. Todos los soldados envidian su osadía, su habilidad como guerrero. Centurias enteras darían la vida por él.

Constantino tiene la capacidad, el nombre y goza del justo respeto. En una palabra: es el hombre adecuado.

Nadie alberga ninguna duda al respecto.

El vástago de Iliria está en la tribuna, erguido como un palo y sin aliento, a la espera de la noticia.

Los instantes pesan como rocas.

La misma tensión, abajo, en las primeras filas, se dibuja en la cara de otro hijo del Imperio.

Codo a codo con jovianos y herculianos se encuentra Majencio, hijo de Maximiano. Con su sucio aspecto de siempre, todavía más asqueroso bajo el sol ardiente del Ponto. Con la túnica de las grandes ocasiones, el cabello

pegado a la frente. La cara jaspeada de pecas y el aliento de los borrachos. La tensión lo está matando, se ha soplado un par de tazas de vino de malta para disiparla, pero no le ha servido de nada. Y además tiene unas condenadas ganas de ir a mear.

Majencio se lo ha rogado a su padre, le ha implorado que hable bien de él a Constancio. Maximiano ni siquiera ha querido que estuviera en Mediolanum, pero Majencio no es de los que se echan atrás. Ha saqueado el patrimonio de la familia. Ha enviado regalos al futuro augusto de Occidente: un carro de vino de Sestos y otro de Maronea salieron hace semanas.

Majencio ha hablado con ciertas personas, en Roma. Ha llenado las bolsas de medio Senado. Ha prometido, estrechado manos y abierto puertas, cerrado acuerdos a golpe de impuestos hurtados. Si ha hecho falta compañía especial, ha buscado la manera de proporcionarla. Majencio ha hecho felices a todos. Ha actuado como tenía que hacerlo, la política requiere dedicación absoluta.

Después se ha puesto en marcha, cruzando el mar y viajando por tierra. Y ahora aquí está, en primera fila, dispuesto a cobrar.

«Constantino, César de Oriente.»

«Majencio, César de Occidente.»

Los hijos del Imperio intercambian una mirada por un instante.

Los mismos malditos iris llenos de esperanza, el mismo condenado deseo que arde en la lengua, la misma infinita hambre de gloria.

Galerio da un paso adelante. Habla al oído de Diocleciano. El viejo emperador abre los brazos y la multitud es suya.

—Y ahora tiene la palabra el augusto Galerio. ¡Para el solemne nombramiento de los césares!

Galerio ocupa el escenario, desgrana un par de frases de circunstancias sobre la tarea que ha sido llamado a cumplir ante los dioses. Es hombre de teatro. Guerrero. Y sumo sacerdote. La multitud está agotada, pero no respira en medio de la tarde más cálida del siglo.

Instantes interminables. Sed y curiosidad que matan.

Constantino y Majencio, ojos de cristal y corazón de piedra.

Por fin, el señor de Oriente ataca la cuestión.

—Constancio me comunicó su elección hace siete días...

La sonrisa tensa de Majencio.

—El nuevo César de Occidente será Severo. Oficial de Roma, héroe en Persia y mi asistente durante la campaña de octubre. Ahora mientras hablamos se está produciendo su investidura y yo no puedo más que alegrarme con él, aunque nos separe tanta distancia. Hermanos de armas. Hermanos para siempre.

«Un puñetazo.

»En el estómago de Majencio.»

De nada han servido el dinero, los favores, los vasos de vino, las zorras en las camas de los senadores.

La nueva promoción ya ha llegado. La vieja ha sido barrida por completo.

Constancio ha elegido por sí mismo. Ha elegido como un emperador: Italia, África del norte e Iberia están en manos de un soldado valiente. De un oficial de Roma. Hijo de campesinos de Iliria, igual que él.

La ley de Diocleciano prohíbe la sucesión directa.

Constancio ha elegido a otro vástago de Iliria. Es su manera de decirle a su hijo que nunca ha dejado de pensar en él.

Majencio, en medio del fuego de las dos de la tarde, hierve de rabia. Incrédulo, abandona la ceremonia dando codazos y despotricando.

Galerio lo mira mientras sale con el rabo entre las piernas.

Constantino, durante todo este tiempo, no le ha quitado los ojos de encima al Augusto, que ha empezado a hablar de nuevo. Se acerca un paso a él.

—Y ahora mi elección, pueblo de Nicomedia. El que me ayudará a dirigir el destino del Imperio no es de estas tierras. Pero ha sido justo aquí, en nuestra amada capital, donde ha encontrado su camino.

Un escalofrío recorre la piel diáfana de Constantino.

Galerio se le acerca más, lo mira.

—Llegó a Oriente desde el otro lado del Imperio y decidió dedicarse a defender nuestra casa como si fuera suya.

«El corazón de Constantino. A mil.»

La mano de Galerio se apoya en su hombro, se desliza hasta su antebrazo.

«Lo aprieta.»

Y luego, justo cuando el muchacho tiene los ojos brillantes por la emoción, lo aparta. Una violencia inaudita, una mueca canalla en la cara del

augusto, y la mirada incrédula de Constantino, que vacila, a punto de perder el equilibrio.

Galerio silba en voz baja:

—Quítate de en medio, bastardo. Deja paso al César...

Su derecha aferra una muñeca enjuta.

El chico que está en la retaguardia es un poco más alto que un caballo enano. El parecido con Galerio es tan evidente que hace daño.

—¡Mi sobrino Maximino Daza, orgullo de Dacia...

La multitud palidece, al unísono.

—...será el César de Oriente!

Ruido y refunfuños, estrépito de metal. Un rayo serpentea por la platea.

La elección es impensable, un golpe de mano.

Nadie conoce a ese Daza, en la corte se ha dejado ver un par de veces. No sabe luchar, eso seguro. Nunca ha servido al Águila.

Pero parece que con los dados y los pagarés aplazados tiene cierta experiencia.

Se dice que ha despilfarrado el patrimonio de su madre, y justamente ahora su tío acaba de hacerle un gran regalo.

«Ya todo se ha cumplido.»

El Gran Plan de Galerio.

El mundo es suyo.

Un nuevo mundo en el que es mejor estar en guardia.

Constantino tiembla, la rabia cuesta de tragar.

Observa a Diocleciano cómo abandona la púrpura definitivamente y la pone en la espalda flácida de Daza.

La mano callosa de Galerio sella el desastre.

El viejo, a continuación, baja despacio la colina, un escalón detrás de otro.

Zafiros y piedras preciosas caen rodando al suelo.

Llueven perlas blancas de la cinta tirada en el polvo.

Al fondo de la escalinata no queda rastro del Imperio que fue.

Diocleciano ya no existe. Sólo queda Diocles, dispuesto a montar en una carroza y dejarlo todo atrás.

Le espera un largo viaje, caminos de tierra a través de Dacia y Macedonia, tal vez un trozo de mar. Hasta la costa dálmata que le vio nacer

sin corona. Y sin corona volverá a acogerlo.

Hay rumores que dicen que el viejo ha expresado su deseo de acabar sus días como un soldado. Se murmura que su nueva casa, en Spalato, está hecha de roca como el Palacio de los Reyes. Pero que tiene el aspecto de un campamento militar.

La Última Centuria, sólida para siempre vigilando el horizonte, permanecerá ligada a su comandante mientras queden fuerzas para combatir.

Mientras haya órdenes que cumplir.

En cambio, Nicomedia se muere de impaciencia. El trono vacío, todavía caliente, ya ha sido ocupado. Y Constantino siente un helor en los huesos.

Los ojos feroces de Galerio.

Y ninguna paz en el horizonte.

Éste es, en verdad, el maldito fin de una era.

Dueño de su propio destino

(306)

La huida

Una vez obtenido el máximo poder, Galerio se dedicó a atormentar el mundo que ahora estaba a su disposición.

LACTANCIO,

Sobre la muerte de los perseguidores

Nicomedia, primavera de 306 d. J.C.

Maestro y alumno, hombro a hombro como viejos púgiles que acaban de quitarse las vendas de los puños, disfrutan del sol de abril, lleno de promesas.

Constantino y Lactancio hablan desde hace horas. Ya se ha convertido en una especie de rito, a media mañana empiezan a deambular por el amplio patio del palacio. Entre la gravilla y jóvenes siervas atareadas observan al niño correr. Como si de aquella carrera dependiera el destino del mundo entero. El niño tiene los brazos gordinflones y las piernas largas.

Profundos ojos azules, herencia de su madre. La sonrisa de marfil y los rizos lo dicen todo.

Acaba de darle una patada a una lagartija con todas sus fuerzas. Está exultante cuando la ve desaparecer en medio de la hierba. Se vuelve hacia Constantino, le dedica una carcajada con la boca abierta. El oficial se la devuelve, abre los brazos.

El niño carga como un toro impetuoso en una alocada carrera, ebria de felicidad.

—¡PAPÁ!

Se refugia en el abrazo. Tiene unos tres años y medio.

Constantino lo estrecha con fuerza. Se le agarra con cuerpo y alma, lo retiene consigo un minuto largo.

Hasta que se escurre, como hacen todos los varones de esa edad, e impaciente y agitado escupe:

—¿Has visto, papá? ¡Le he dado una patada al dragón!

Constantino le da un codazo a Lactancio.

—¿Tú qué dices, maestro? Si sigue así, este muchacho me levantará la graduación... ¡Dentro de un par de años tendré que inscribirlo en la academia o acabará por apalearme como a un tambor!

El pequeño se echa a reír. La imagen de su padre golpeado como una piel de asno hace que se muera de risa.

Constantino se lo pasa en grande, finge darse unos azotes en el culo con el gladio. El niño se ríe tanto que acaba rodando por el suelo.

Plata viva y polvo en el cabello.

Lactancio enarca una ceja.

—¡Y, sin embargo, acabará siendo un retórico de fama mundial! ¿Tú que dices, Crispo? ¿Te gustaría?

El pequeño se pone en pie. Se rasca la cabecita, se parece terriblemente a su padre.

—¿Qué es un retórico?

Constantino señala al maestro.

—¡Él es un retórico!

Crispo pone las manos en jarras, la mirada enfurruñada.

—¡Yo no quiero ser como él!

Lactancio parece divertido.

—¿Y por qué razón? ¿Qué es lo que no te gusta de este pobre viejo?

El niño no sabe cómo decirlo. Tiene las manos cruzadas detrás de la espalda, se balancea sobre un pie, se muerde el labio.

Le da vergüenza.

Constantino lo anima.

—¡Adelante, joven centurión! ¡No temas!

El pequeño sacude la cabeza.

Los ojos de Constantino de repente se vuelven dulces.

—¿Quieres decírmelo al oído?

La cabecita de Crispo se mueve arriba y abajo.

—Acércate... —Constantino se pone de lado.

El niño susurra la fórmula mágica. Entonces padre e hijo se miran.

«Es imposible aguantarse la risa.»

Crispo se tiene que sujetar la tripa de la risa.

Completamente colorado, sin volver a intercambiar una mirada con Lactancio, sale corriendo.

Constantino y el viejo maestro se quedan mirándolo hasta que desaparece.

Sigue un silencio tan largo como la cola del dragón.

Al final, en el viento queda la voz seca de Constantino:

—Dice que apestas a pipí.

El pequeño ahora duerme. Dos esclavas han tardado en convencerle, pero finalmente se ha rendido.

Es una tarde ardiente, Constantino y Lactancio pasean por las calles de Nicomedia. Parece que haya pasado un siglo desde su primera salida al otro lado de los muros del palacio.

—Cada día se parece más a su madre. —Lactancio camina despacio, con los brazos cruzados.

—Sí... —Hay tristeza en la voz de Constantino.

—Me gustaba Minervina, ¿te lo he dicho alguna vez? Esa chica tenía algo especial... —El maestro tiene la mirada baja.

Constantino sonríe.

—Creía que a vosotros, los cristianos, las concubinas os provocaban urticaria... —Después, con las palmas hacia arriba y la voz en falsete dice—: ¡Nada de sexo fuera del matrimonio! ¡Por favor!

Lactancio sacude la cabeza.

—Búrlate, búrlate. Y ve presumiendo de tus conquistas, payaso... ¡Si no fuera por este cristiano maltrecho, todavía serías virgen! —Ahora es él quien pone esa vocecita—: ¡Maestro, ayúdame... te lo ruego! ¡Calpurnia *la Reina de las Pollas* me la quiere soplar como si fuera un cuerno de batalla! ¡Me hará daño, maestro?

Constantino también se ríe de lo lindo. Va sin afeitarse. En el rostro se ven las marcas de esos años tan duros.

Habla sin mirar a su amigo a los ojos.

—Ella era distinta...

Lactancio señala una taberna con mesas al aire libre.

Los dos se sientan y piden unas jarras de cerveza. Y todavía no ha pasado la hora nona.

—Recuerdo cómo te la comías con los ojos el día que llegó a la corte. Y el arañazo que te hizo la noche que intentaste llevártela al tálamo. Una sencilla muchacha de Bitinia que la emprende a patadas con el hijo del agosto, increíble...

—Tenía agallas... —A Constantino le pesan los párpados mientras da largos tragos a la cerveza.

Lactancio golpea la mesa con el índice.

—Otro, en tu lugar, la habría hecho azotar.

Constantino se sostiene la barbilla con las manos.

—Y yo, en vez de eso, me enamoré...

—Si pienso en lo canalla que eres con tus oficiales, en cómo los machacas con la historia del respeto y todo lo demás. Y resulta que estás dispuesto a dejarte dar unos azotes en el culo por un par de trenzas...

El oficial se traga otro cuenco de cerveza. Acoge la leve embriaguez con el corazón abierto.

—¡Las trenzas más peligrosas de todo el condenado Imperio!

Las copas chocan robustas. Alzan la voz:

—¡Por Minervina!

—Que Proserpina pueda cuidar de ese delicioso trasero... —Constantino quiere hacerse el duro. Pero está más triste que Medusa después de que Perseo acabara con ella.

Lactancio se da cuenta.

—¿Qué habrías hecho?

Constantino lo mira frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

El maestro insiste.

—Si no hubiera muerto en el parto. Si no te hubiera dejado solo, ¿qué habrías hecho?

Constantino suspira.

—Pero ella no me ha dejado solo. Me ha dado a Crispo, el regalo más precioso que haya recibido nunca en toda mi vida de miserable fracasado.

Lactancio sonrío y pide otra ronda.

—¡Por el gran Júpiter, ya estamos otra vez compadeciéndonos!

Constantino apoya la barbilla en la mesa. Los brazos a los lados, los ojos apagados.

—Sí...

Lactancio parece estar pasándoselo muy bien. Le da un as de propina a la mesonera.

—No has contestado a la pregunta...

Constantino vuelve la cabeza y pone la mejilla encima de la tabla de madera. Parece un muñeco roto.

—¿Qué pregunta?

Lactancio cruza los brazos.

—¿Qué habrías hecho si todavía estuviera viva? ¿Con el Imperio, Fausta, la descendencia y todo lo demás?

Constantino se incorpora lentamente. Se queda mirando a un punto en el horizonte e inspira como un fuelle.

—Habría hecho lo que debe hacer un hombre. Habría cuidado de Minervina y el pequeño, les habría comprado una casa en la colina, con un poco de tierra alrededor.

Lactancio levanta la ceja.

—Pero nunca me habría casado con ella, eso seguro. Mi corazón está prometido a Fausta. Y mi culo a su padre, Maximiano. Ese degenerado no tardaría en pateármelo si faltase a mi palabra.

Lactancio abre los brazos.

—O sea, habrías hecho exactamente lo mismo que tu padre, Constancio...

Constantino ahora está más lúcido. Se piensa un instante si echar otro trago de cerveza, pero decide que no.

—¿Crees que no lo he pensado? Cada día reflexiono sobre ello, maldición. Cada vez que miro al pequeño a los ojos me pregunto qué siente. Si echa de menos a su madre, qué piensa de su padre... Qué espera, cada vez que me ve desmontar del caballo. Me imagino a Constancio, en la Galia. Leo las cartas que me envía. Le he escrito que ha sido abuelo y me ha contestado que no ve la hora de conocer a su nieto...

Lactancio se queda mirándolo sin decir palabra.

—Luego abro los ojos y miro a mi alrededor. Y es como si me despertara en una pesadilla. ¿Ves lo que ocurre por las calles? Así es como gobierna el augusto Galerio, con el látigo y la espada. La sangre de los cristianos todavía embadurna las paredes de las iglesias, los impuestos son

cada día más altos y la guardia de honor sofoca las protestas con violencia. Este lugar ya no se parece al paraíso de oro y torres al que me envió mi viejo para que me convirtiera en un hombre. Y seguro que no es un lugar adecuado para criar a un hijo...

—¡Tienes que marcharte! —La voz de Lactancio es seria.

—¡Tenemos que marcharnos! Todos, tú, yo y el niño.

Lactancio sacude la cabeza.

—Por mí no tienes que preocuparte, sé cuidar de mí mismo.

—Sí, ya lo sé. Te convertiste al cristianismo durante la peor persecución del siglo.

Lactancio sonrío con amargura.

—Con sesenta años cumplidos no voy a ponerme a discutir sobre mi Dios con un centurión sin cerebro, puedes estar seguro...

—Sí, muy bien —Constantino se exaspera—, sigue haciéndote el fanfarrón. Pero ¿cómo puedes salir a la calle tan tranquilo? Si Galerio se levanta con picor en la nariz y decide que es culpa de vosotros, los cristianos, os pasará a cuchillo por la noche y yo por la mañana me encontraré aquí solo en medio de las fieras. Con un chiquillo al que criar, encima. ¿Quieres decirme en qué estás pensando?

Lactancio, otra vez con la ceja levantada, dice:

—De modo que ése es el problema, si me matan, ¿a quién irás a lloriquear?

—Ya sabes qué quiero decir... ¡Estoy preocupado por ti!

Lactancio posa la mano reseca sobre el antebrazo de su antiguo alumno.

—Ya lo sé, muchacho. Y no creas que la cosa no me complace. Pero ahora, te lo ruego, escúchame. No todo el Imperio se está ahogando en sangre. En las tierras del norte, bajo el sabio dominio de tu padre, nadie ha tocado a los inocentes. Mis hermanos me han contado que el edicto ha sido aplicado con cierta ligereza, ya sabes a lo que me refiero...

—Alguna iglesia derruida, una par de confiscaciones, pero ninguna víctima. Lo sé, maestro, mi padre no es un asesino.

—Y además, si por casualidad se atreviera —interviene Lactancio, pícaro—, la emperatriz lo echaría del tálamo a patadas. El obispo de Eboracum me ha escrito diciendo que Teodora se convirtió hace más de un año. Él mismo la bautizó...

Constantino también sonríe.

—Allí es adonde tienes que ir, muchacho. Mientras Galerio te tenga a tiro, su poder será demasiado grande, sabe que puede utilizarte para controlar a tu padre. Y Daza y Severo le son fieles, le deben el trono. Mientras estés en Nicomedia, Galerio será el verdadero amo del mundo. Tienes que reunirte con Constancio. Sólo entonces estarás seguro y los equilibrios del Imperio estarán a salvo.

—¿Crees que no lo sé? Mi padre ha escrito decenas de cartas al augusto pidiéndole que me deje partir, pero ese condenado canalla siempre encuentra alguna excusa. Y mientras tanto me endosa todo el trabajo sucio, cada semana se inventa la manera de enviarme a alguna expedición arriesgada. Sólo en el último mes he sobrevivido a tres emboscadas. La última a las puertas de la ciudad, maldición, una banda de tracios suicidas... —suspira—. Creo que Galerio tiene miedo de mí, Lactancio. Está intentando eliminarme...

El retórico se acalora, da un trago sin pensar a lo que queda de la jarra. Casi se atraganta.

—Debes escapar. Acallar a tu malvado orgullo y escabullirte como un ladrón. Cuando estés en la Galia todo será distinto.

El oficial mira al horizonte.

—No me iré sin mi hijo.

—Crispo no ha cumplido cuatro años, Constantino. Estamos hablando de un viaje infinito, mil cuatrocientas millas a marchas forzadas, con los esbirros de Galerio pisándote los talones. Corre el peligro de no sobrevivir. O peor, de ser capturado...

—¿Qué será de él? ¡No tengo intención de abandonarlo!

—Yo me ocuparé de él —exclama Lactancio, paternal—. Lo mantendré a salvo, le enseñaré a sortear los peligros, a aprovechar lo mejor de la vida y a espabilarse, igual que hice contigo.

Lactancio ahora tiene los ojos brillantes.

—Y tal vez consiga meter algo en esa cabecita. Gracias a Dios no sólo es hijo tuyo, si no, sería perder el tiempo...

El sol ya no es tan cruel. La baja presión empieza a hacer efecto.

Los dos hombres tienen muchas ganas de abrazarse.

Pero no es la clase de comportamiento que corresponde a un soldado de Roma ni a un viejo hombre de letras.

De modo que se quedan allí plantados mirándose como padre e hijo, esperando que suceda algo.

«Y algo sucede.»

Los pasos retumban por toda la calle.

Los perros callejeros se escabullen debajo de las piedras, les dan un susto de muerte a los roedores.

Las esclavas agachan la cabeza y los hombres se apartan. En este barrio nunca se han visto tantos soldados juntos. Los perros de la guardia del agosto no tienen nada del brillante valor de los jovianos de Diocleciano, ni de los herculianos imperiales. El antiguo guardián de la frontera se ha llevado a Nicomedia a sus propios esbirros, asesinos dispuestos a sacarle los ojos a un niño por un libra de carne. Mercenarios que conocen el hambre del desierto, matacristianos seleccionados. Los lustrosos uniformes les dan un aspecto limpio, pero la gente del lugar ha visto suficiente sangre como para reconocer a una bestia al primer vistazo. Se apartan y esperan no acabar metidos en medio.

El comandante del manípulo ordena detenerse a la tropa. Justo delante de la taberna de Constantino y Lactancio.

Tiene una sutura de oreja a oreja. Una cicatriz de hace lustros, la espada no se anduvo con chiquitas.

Habla con voz de caverna. Lo dice una sola vez:

—Noble Constantino, el agosto requiere tu presencia en palacio.

Inmediatamente.

No hay mucho que discutir. Constantino se pone en marcha.

Lactancio lo llama después de dar un par de pasos.

—Piensa en lo que te he dicho, muchacho. No queda mucho tiempo...

El oficial marcha lentamente hacia su destino.

El viejo tiene razón de sobra.

Aceite y sudor.

La palestra sabe a muerte y a causas perdidas.

Los gritos de la muchedumbre llegan hasta ahí dentro. El calor es denso como melaza.

Constantino está desnudo. Con el cabello recién cortado.

Otro par de flexiones antes de atarse la *manica* en el brazo derecho. El

corazón bombea vida en las venas. Los músculos reaccionan. Abrocha la espinillera a la pierna, el bálteo a la cintura. Se ajusta un par de sacos de esparto a las espinillas. «Con cuidado.»

El gladio clavado en el suelo se balancea como una amenaza. El yelmo agujereado lo mira desde el banco.

«¿Has decidido dejar que te maten?»

Esa voz en la cabeza. Constantino escucha los gritos de la multitud, allí fuera, diez mil voces enloquecidas que no dejan de corear su nombre.

Se coge la cabeza entre las manos. Todavía tiene un segundo antes de ponerse la barbuta y salir a jugarse la piel.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido acabar a un paso de la arena en medio de las Megalesias, los juegos de abril que todo Oriente envidia a los ciudadanos de Nicomedia?

El oficial intenta repasar los últimos días, poner los hechos en orden.

Parece que haya pasado un siglo desde que estuvo bebiendo con Lactancio.

«No han pasado ni treinta y seis horas.»

Los milicianos del agosto lo escoltaron hasta la sala del Consejo y Constantino no tardó demasiado en comprender que el viento iba a cambiar. Sin embargo Galerio no fue directo al grano. Es un bastardo sin corazón, le gusta jugar al gato y al ratón. Le estuvo dando vueltas durante un buen rato, hablando acerca de la importancia de la imagen del Imperio en los juegos, del momento delicado que estaba atravesando Nicomedia, incluso mencionó la situación inestable de las Galias, con pictos y escotos presionando desde Britania.

«¿Qué cojones tienen que ver ahora las Galias?»

En ese momento, Constantino se alteró, ya no tenía ganas de seguir siendo el ratón.

—Estoy contento de que el destino de la Galia te preocupe, noble agosto. Mi padre Constancio está dedicando la vida a pacificar Britania y hace meses que me pide que me reúna con él para que le eche una mano. Tal vez tú también consideres que ha llegado el momento para mí de dejar Nicomedia y cumplir mi destino en las tierras del norte.

Es mejor jugar con las cartas al descubierto. Ahora le toca al agosto enseñar su juego.

Galerio sonrió.

—Me lees el pensamiento. Tu padre me ha escrito una docena de cartas más bien insistentes en este último mes y creo que ha llegado el momento...

«Constantino no tiene palabras.»

Aunque mantiene la guardia alta, nunca hay que fiarse de las serpientes de cascabel.

—Ya lo he dispuesto todo para tu partida. Sin embargo, antes de que abandones la capital, tengo un último favor que pedirte.

«Cómo no...»

—Una tontería. Puro trámite para un guerrero de tu valía. Pero un gran regalo para la multitud llegada a Nicomedia para los juegos. ¡Un evento del que se hablará durante siglos!

Y aquí está ahora, un amanecer y un crepúsculo más tarde.

En medio del maldito «trámite».

El yelmo bajo el brazo, el gladio dentado en la mano derecha. Dispuesto a dejarse degollar por quién sabe qué clase de carnicero a mayor gloria del Imperio. No es ninguna novedad en la historia de Roma que, de vez en cuando, algunos nobles y personajes destacados tomen parte en los juegos. Pero normalmente se trata de participaciones consentidas. Además, salvo raros casos, esas luchas públicas son farsas, organizadas para electrizar al público y distraerlo de su miseria secular; son combates amañados, con adversarios que les cuesta mantenerse en pie, y la guardia de honor del Imperio controlando la situación, lista para intervenir si algo sale mal. Pero hoy, ahí, es una historia bien distinta. El joven Constantino sabe que en la arena no le espera una pantomima. Sabe que el precio de la libertad es alto y el augusto Galerio no es de los que la vendan barata. El vástago de Iliria está a punto de jugarse el todo por el todo. Y el corazón le late desbocado.

Constantino se coloca el casco, tantea la arena con las plantas descalzas. La sangre hierve, los gritos retumban. Aprieta el hierro más fuerte, corre hacia la salida, grita con todo el aliento que tiene en el cuerpo.

A su entrada en el anfiteatro, la multitud explota y él alza su arma. Todavía no se ha dado cuenta del lío en el que se ha metido. Pero cuando el silencio lo envuelve todo, cuando la reja se abre y el sármata entra encadenado, escoltado por cuatro doríforos con armadura, el músculo cardíaco del oficial deja de latir.

«Siete pies.»

«Cuatrocientas cincuenta libras.»

Prácticamente un cíclope.

A lomos de un hombre adulto.

¿Qué fue lo que le dijo una vez su padre? «Decir que no al emperador equivale a suicidarse.»

Sí, y decirle que sí es lo mismo que irse a dar una vuelta por el lupanar.

El primer golpe le retumba en las encías, la fuerza del choque es impresionante.

La chusma, una vez perdido el freno inhibitor, después de la primera acometida grita el nombre del gigante.

—¡Zar! ¡Zar! ¡Zar!

Constantino jadea, se mueve de prisa para esquivar los mazazos, el sármata lanza mandobles a dos manos con un martillo inmenso. El vástago de Iliria está sofocado, se quita el yelmo con rabia, tiene demasiado calor, acabará ahogándose.

Sin la parrilla de metal delante de los ojos, el monstruo todavía es más espantoso: brazos largos y gruesos como troncos de abeto, pecho atravesado por mil cicatrices, carne coagulada en la cara, pocos dientes. Gritos que hielan la sangre, especialmente cuando ataca con esa maldita arma de titán.

Constantino se pregunta cuánto debe de pesar ese instrumento. Es tan grande que a un hombre solo le costaría levantarlo, mientras que el gigante lo empuña como si fuera una ramita, y se le acerca sin miedo. Constantino bailotea a su alrededor, lo pincha reiteradamente con la hoja del gladio.

El tipo está sangrando, pero las heridas deben de parecerle picaduras de insecto. Entonces carga, Constantino retrocede. La arena bajo los pies, el sol declinando, sudor. El oficial tropieza y se recupera, pero el tiempo que tarda es fatal. Ya lo tiene encima.

Recibe un golpe en el hombro, el impacto es devastador.

El vástago de Iliria encaja la acometida y cae rodando sobre un costado. El monstruo levanta el martillo, con espuma en la boca, los dientes rotos, la mueca malvada y terrible.

«No es para reír, Zar tiene sed de muerte.»

A Constantino le cuesta respirar, se escurre a la derecha justo a tiempo,

el martillo bate el suelo caliente.

El ruido retumba en la arena.

La gente se sobresalta en las gradas.

Un grito de decepción, la muchedumbre quiere sangre.

Constantino vuelve a escurrirse, oye silbar un segundo golpe a un palmo de la oreja. Lanza una patada con toda la fuerza que tiene, alcanza a la repulsiva bestia en los testículos.

Éste vacila un instante, sólo un instante.

Tendría que tener los huevos en la boca y, sin embargo, está mirándolo con esa maldita sonrisa idiota, como si acabara de ver que se ha roto una uña.

Constantino nota el sudor helado en la base del cuello. Saca el estilete de la *manica*, se lo clava en el muslo sin pensarlo dos veces.

Zar grita.

«Esta vez está realmente enfadado.»

Fuera de sí, se dispone a atacar, pero la hoja del muslo lo frena. Pierde mucha sangre por la herida. La furia del titán es espantosa, el martillo gira vertiginosamente.

Constantino se mantiene a distancia, espera que la naturaleza siga su curso y el bastardo se desangre como corresponde.

Zar es rabia ciega, arremete con el martillo a dos manos.

Constantino se echa a la derecha, el instante siguiente dura una eternidad.

El joven oficial se mueve lentísimo.

Tiene todo el tiempo para volverse y ver que el abominable martillo pasa por su lado como un caballo de carreras. El arma herrumbrosa apenas lo toca, le surca la mejilla, como un cuchillo caliente en mantequilla. Los segundos parecen cristalizados, el flujo perezoso del devenir. Granitos en suspensión, gotas rojas a media altura, como esferas perfectas. Los párpados se abren y se cierran tan despacio que se pueden ver las lágrimas abandonando los ojos abiertos.

La maza letal lo roza y pasa de largo. La realidad se acelera de golpe. El arma, más rápida que un rayo, va derecha a las gradas, el impacto es cruel, le acierta en pleno rostro a un gordinflón de ojos azules. El inocente muere sin darse cuenta.

«Durante unos instantes el silencio es absoluto.»

En los bancos y en la arena no se oye ni una mosca.

Sólo el aliento de Constantino, en el suelo.

Y el bufido animal de Zar.

Después el pánico, los gritos vulgares, el miedo a borbotones. El horror lloviendo repentinamente.

«Maldita lluvia.»

Entonces Zar cae de rodillas. Se arranca el puñal del muslo y el chorro que sale lo ensucia todo. Su carne está pálida, la hoja del ilirio ha alcanzado una vena vital. El sármata gigante no se queja. Va a morir, está ahí para eso.

Constantino se levanta. Deja de mirar las gradas y se acerca a su adversario con pasos lentos pero decididos. La vida ha casi escapado del corpachón del monstruo. El lago oscuro que hay en sus pies es la puerta del Averno.

El oficial lo coge por los pelos, le levanta el mentón. Éste sonríe, o al menos lo parece.

El hijo de Constancio mira a Galerio en la tribuna de honor. En la derecha, el gladio romo. Sin un temblor rebana la cabeza de Zar y la empuña como la de la Gorgona.

«Abre bien los ojos, agosto, así es como acaba el que se cruza en mi camino.»

Galerio no se inmuta, tiene su habitual sonrisita maliciosa.

El gentío, extasiado, lo aclama a media voz.

El vástago de Iliria está ciego de sangre. Le entran ganas de hacer el fanfarrón. Tira la cabeza al suelo, agita el sucio gladio. Recuerda las palabras de Diocleciano y grita de manera sórdida:

—Sármatas cobardes... ¡Mujeres que sólo sirven para sacarle brillo a la espada!

Mientras tanto, algunos esclavos de Egipto despejan la arena, se llevan a rastras los restos maltrechos de Zar.

Y justo entonces el agosto hace una señal con la cabeza.

Y justo entonces la reja sur se levanta.

Y justo entonces un león africano, grande como un toro semental, hace su entrada en la arena, con el pelo rojizo y brillante, y dientes como cuchillas. Cuando ruge a la cara del enemigo, su voz es el grito de los condenados.

Galerio, allí arriba, se ríe con malicia.

Constantino parpadea una y otra vez.
Y justo entonces comprende que está perdido.

Las pezuñas.
No puede dejar de mirarle las pezuñas.
Se parecen a las de un gato, un maldito gato de ochocientas libras.
Tiene cada cosa en su sitio: las garras, las almohadillas de las patas, incluso la tripa es como la de un minino.
Si no fuera por el aliento, le darían ganas de acariciarlo.
Pensamientos disparatados arrancados en un segundo por el rugido de la bestia.
Espumarajos en los colmillos, las crines agitadas por el viento.
Esta cosa engulle dieciocho libras de carne cruda al día.
A juzgar por el modo en que mira al vástago de Iliria, hoy todavía no ha almorzado.

«Constantino no recuerda haber temblado nunca tanto.»

La primera embestida es feroz, la esquiva de milagro. Las uñas de la bestia le rozan el costado. La caricia pica de verdad. La sangre enciende el cerebro, despierta instintos dormidos.

El león abre las fauces y hace saber al joven oficial que no se irá con el estómago vacío.

Trachala, cubierto por capas de disciplina, se despierta de un brinco.

La lucha es desigual, pero Trachala sabe lo que se trae entre manos. La confrontación es una orgía de violencia primitiva y miedo, sangre fría y desesperada voluntad de supervivencia. El león hace todo lo posible por mandar al joven oficial a los brazos de Plutón, pero Trachala no está por la labor. Ruge en cuerpo y alma, él mismo se convierte en una bestia porque sólo una fiera puede derrotar a una fiera.

Constantino por poco se deja la piel, pero gracias a una mezcla de virtud, suerte y locura, después de recibir más zarpazos y golpes que los que un soldado está llamado a recibir durante un mes entero en el frente, consigue ganar a la fiera. Con la última pizca de fuerza que le queda, arranca el corazón del animal y mira al augusto Galerio, en las gradas, directamente a los ojos.

Levanta la manchada espada, grita con todo lo que le queda en la garganta:

—¡Por Roma!

Galerio aplaude una sola vez, después abandona la arena.

Constantino no le quita los ojos de encima hasta que desaparece. La multitud no deja de aclamarlo. Con la respiración entrecortada, el hijo de Constancio bisbisea entre dientes:

—Lo has intentado, hijo de perra...

Da dos pasos hacia la salida, saluda exhausto con la derecha.

Y finalmente puede perder el sentido.

El despertar no resulta agradable. A Constantino le palpita la cabeza y tiene la tripa cosida. Las garras del león lo han dejado bien guapo, nuevas cicatrices van a sumarse a las viejas.

Los dioses han tenido piedad del vástago de Iliria. Las zarpas de la bestia no se han hundido muy a fondo, en una semana estará de nuevo en pie. Ahora sólo tiene que preguntarse si todavía dispone de una semana para apartarse de los problemas...

El espectáculo de la arena era una emboscada. Galerio quería eliminarle.

«Y adiós muy buenas.»

No lo ha dejado morir desangrado sólo porque la multitud no se lo habría perdonado nunca, pero a cada instante que pasa el joven oficial está más convencido de que el augusto encontrará la manera de desembarazarse de él.

Tal vez ya está todo preparado. Entre las siervas y los cirujanos que fingen cuidarle puede encontrarse su asesino. Constantino mira a su alrededor, está en palacio, pero nunca ha visto la habitación en la que yace desde hace unas cuantas horas. Paredes de cal, de un blanco cegador, y lienzos claros para tamizar la luz del mediodía.

Muchachas con poca ropa, de piel ámbar y manos de oro, limpian las heridas abiertas, aplican ungüentos. Cambian vendas y mojan la frente. Cada hora, el cirujano pasa a echar una ojeada.

«Vaya tratamiento para un soldado...»

Constantino está a punto de hacer una escena.

Luego, de repente, se hace el silencio en la sala. Estrépito de lorigas y cáligas, saludos con el brazo tendido. El miserable augusto hace su entrada.

—Veo que has sobrevivido, después de todo... —dice con su habitual

tono chulesco.

Constantino se incorpora en el tálamo. Arroja a un lado el estúpido cojín de plumas de pollo.

—Si un sármata y una bestiecilla de circo bastasen para librarse de un oficial de Roma, haría tiempo que nos faltarían comandantes...

Galerio se carcajea, complacido.

—¡Oídllo! ¡Al ilirio se le han subido los humos a la cabeza! Me parece que te has pasado demasiado tiempo con el culo caliente. ¡En la frontera hacía picadillo a una docena de payasos como ese Zar cada día! Y por la noche todavía tenía suficiente vigor para hacer sonreír a alguna sierva... —Una mano lúbrica toca la barbilla de la sirvienta.

En la cabeza del ilirio discurren pensamientos feroces.

El augusto hace un esfuerzo y dice:

—De todos modos, tu exhibición ha sido un éxito extraordinario. El Imperio te está agradecido, joven Constantino. Y, para demostrarte mi gratitud, he venido a comunicarte que me estoy ocupando personalmente de preparar tu viaje hacia las Galias. Tu padre, Constancio, te reclama a gritos. Se dice que los bárbaros de Britania están en pie de guerra, se necesita todo el ardor posible para preservar nuestro estilo de vida de la amenaza de la incivilidad.

«Pomposo estiércol de perro, le has encontrado el gusto a llenarte la boca de fango...»

Constantino asiente.

Pero no consigue dar las gracias.

—Partirás en cuanto estés restablecido. De momento... —de nuevo la mano repugnante toca la cara de la chiquilla— disfruta de la compañía.

Galerio se aleja entre ruido de sandalias. Los sicarios de siempre componen el séquito.

Un mensajero se acerca por el pasillo con cara de rata. Hace una reverencia excesiva, tiene cuatro cabellos grasientos pegados en la cabeza. La nariz está torcida y es demasiado grande, las orejas enormes.

—¿Has llamado, mi señor?

Galerio despide a los guardaespaldas y se aleja con el ratón hasta una pequeña habitación desierta.

—Sexto, quiero que salgas esta noche. Debes llevar un mensaje al César

Severo. Habla con él y con nadie más, ¿me has entendido?

La rata asiente.

—Custodiaré el pergamino con la vida.

—Nada de escritos. La cuestión es demasiado delicada.

La cabeza del roedor besa el suelo.

—Como tú mandes...

El augusto echa una ojeada a su alrededor, después aparta su conciencia.

—Abre bien las orejas: dile a Severo que Constantino cabalgará por Italia seguramente dentro de quince días. Le pondré una escolta, pero lo conozco bien y se libraré de ella en seguida. De todos modos tendrá hambre y necesitará provisiones. Se dirigirá a su corte, con el César de Occidente se sentirá seguro.

El mensajero asiente.

—Constantino no debe abandonar Mediolanum. Cuéntale a Severo que quiero su cabeza en un saco sin enseñas y que tú irás a recogerla cuando la tenga.

Un temblor sacude a la rata.

El augusto levanta una ceja.

—¿Está claro?

El ratón, líquido y deferente, contesta:

—Cristalino, mi señor.

Un instante después ya lo ha despedido. Está de camino hacia el norte.

El augusto se sacude unos inexistentes granos de arena de la loriga.

Echa otro vistazo en torno, para asegurarse de que ni siquiera los espectros estén escuchando a escondidas, y abandona la habitación con aires de grandeza.

El golpe de la puerta es ensordecedor. El retumbo aún tarda un poco en desaparecer. Cuando el silencio vuelve a apropiarse de la sala, un crujido y un sollozo lo rompen sin vergüenza.

Los ojos brillantes de Lactancio aparecen por detrás de la cortina de color rojo sangre, en la oscuridad del ábside.

La verdad es un puñado de clavos incrustados en la garganta de repente.

Ahora sí que Constantino está con la soga al cuello.

Y Galerio arde en deseos de darle el golpe de gracia.

El alba es realmente cruel.

Enfría los huesos, ahuyenta el sueño a golpes de brisa helada.

Lactancio y Constantino están en la habitación de Crispo, que descansa tapado hasta la barbilla.

De vez en cuando aparta la cubierta con los pies y se queda desnudo. El viejo maestro vuelve a taparlo cada vez.

Los dos amigos están tristes, el aire está colmado de melancolía.

«A ninguno de ellos les gustan las despedidas.»

—Dime que estoy haciendo lo correcto... —La mirada de Constantino no se separa de Crispo ni un solo segundo.

Lactancio se seca las lágrimas con la manga demasiado ancha.

—Estás salvando el pellejo. Es mejor tener un padre lejos que un padre muerto...

—Prométeme que no le sucederá nada... —Por mucho que intente tragárselos, los lagrimones siguen resbalando por su rostro.

Lactancio le pone una mano en el hombro.

—No es a él a quien quiere...

—¡Pero podría utilizarle para perjudicarme! —exclama Constantino

Lactancio sacude la cabeza.

—No, sería demasiado arriesgado. Galerio te quiere muerto, no cabe duda. Pero no puede permitirse eliminarte ante los ojos de todos. El resto del Imperio, tu padre a la cabeza, se le echaría encima. Y la Tetrarquía se derrumbaría de un plumazo. Por eso ha enviado a esa especie de aborto de Sexto a ver a Severo con tanto secreto, sin un trozo de papel escrito. De ese modo, si por casualidad lo arrestaran por el camino o acabara metiéndose en problemas, no habría pruebas. No, Galerio no puede actuar a la luz del día. Y en cuanto estés a salvo en la corte de tu padre, se verá obligado a tratarme a mí y a tu hijo con guantes.

Constantino acaricia la cabeza de Crispo. El niño se sobresalta, se vuelve hacia la izquierda. Rizos sudados pegados a las sienes, la boca entreabierta, y esas mejillas que uno estaría el día entero pellizcando.

—Me fío de ti más que de mí mismo, maestro.

—Ruego a Dios para que confíes en tus piernas y en el valor que llevas dentro. La empresa que te dispones a realizar no es ninguna broma.

Constantino da un último beso al niño, después le hace una señal al viejo retórico para que lo siga hasta el patio.

El primer sol está lleno de promesas.

—Mil cuatrocientas millas, setenta cada día como mínimo si no quiero encontrarme con los esbirros del emperador pisándome los talones. Sin paradas, con una reserva de provisiones que dentro de un par de noches habrá desaparecido...

Lactancio señala las vendas manchadas de sangre, demasiado apretadas en el abdomen.

—Sin contar con esto...

Constantino asiente.

—Estoy bien.

El retórico está pensativo. Se rasca la nuca continuamente, mueve la cabeza a derecha e izquierda.

—Tal vez nos estemos equivocando. ¡Te estoy enviando a una muerte segura, maldita sea!

—Tú mismo lo acabas de decir, no hay elección —zanja Constantino, resuelto y tranquilo—. Si espero hasta que me recupere, tendré que partir con la escolta de Galerio. Y en cuanto ponga un pie en Italia, los hombres de Severo me cortarán el cuello. En cambio, si me voy ahora, tengo una enorme ventaja, ya que durante los diez primeros días estaré a salvo. El mensajero del agosto no tiene alas en los pies y seguro que viaja con más cautela. Tal vez incluso pueda interceptarle, los tipos como él no pasan desapercibidos. Si se me escapa, de todos modos lo ganaré en velocidad. Cuando haga llegar el mensaje, si todo va según lo planeado, yo ya me encontraré fuera de las fronteras italianas, en la Galia, bajo la protección de mi padre.

Lactancio suspira. Intenta no mirar la herida en el vientre de su alumno.

—Además, si ese mamarracho de Julio César lo consiguió...

Constantino sonrío.

—¡Y tenía el doble de años que yo!

—Y la mitad de camino que recorrer...

Constantino se traga su tristeza, intenta hacerse el fanfarrón.

—¡Será un paseo, ya lo verás! —Mientras pronuncia estas palabras, es el corazón, y no el abdomen, el que sangra.

Mira por última vez al único amigo que le queda en toda la maldita

capital. Lo abraza como un hijo abraza a un padre, sin vergüenza.

Lactancio le corresponde, lo estrecha con fuerza.

A continuación el joven oficial monta a caballo y éste corcovea hacia el sol naciente.

El viaje más peligroso de su vida acaba de empezar.

Las piernas le hormiguean, tiene el estómago vacío. La herida supura y tiene que limpiarla continuamente. Calienta la decocción de hierbas, tiñe las compresas de malva todas las noches. Lactancio tenía razón, el viaje a caballo no es ninguna broma.

Pero el vástago de Iliria resiste porque no tiene alternativa.

Los primeros tres días incluso fueron divertidos. La ansiedad es un buitre que vuela en círculos sobre su cabeza. Hay que protegerse la espalda de los viajeros y de las fieras. Nunca mostrar debilidad o costumbres demasiado refinadas. Evitar caminos marcados, viajar por los márgenes. Y a menudo preferir un vado al polvo de un camino de herradura, porque detrás de cada árbol podría esconderse un sicario.

A estas horas Galerio ya se habrá dado cuenta del engaño y habrá enviado una patrulla de esbirros, animales grandes y lentos, que no saben dosificar las fuerzas y espolean los caballos sin tregua, día y noche.

Constantino también ha pensado en ellos, ha planificado cada detalle. Con la minuciosidad de un cirujano, en cada casa de postas degüella los caballos de repuesto. Nada de patas frescas para los bastardos que ya le echan el aliento en la nuca. Se necesita sangre fría y una devoción mística: el viaje lo es todo, la meta es la única recompensa.

Cabalga ligero, sin insignias ni loriga, sólo lleva un viejo ropón hasta los tobillos, con la capucha cubriéndole la cabeza como un apestado. Un par de espadas cortas, daga y *manica* sujeta en el brazo derecho. Las piernas prietas en la barriga del animal, las riendas flojas, espuelas.

Miles y miles de pensamientos se le acumulan en la cabeza. El padre que lo espera al final del camino. El hijo dormido entre los brazos de nadie, en Nicomedia. El amigo que ha dejado atrás, corriendo demasiados riesgos para su edad.

Viajar solo hace pensar demasiado.

Viajar solo y herido, cuando caen las tinieblas, juega malas pasadas.

Los espectros bailan enloquecidos mientras sube la fiebre. El caldo de gallina y el pan que consigue en las tabernas tapan el agujero cuando el sol está alto. Pero de noche es un asunto privado entre el ilirio y sus demonios.

Sueña continuamente con el cabello de Elena, siempre demasiado distante para aferrarse a él. Sus palabras fluctúan agrietadas por el silencio de Constancio: «Pronto tendrás que escoger, hijo mío, entre lo que es justo y lo que es fácil...»

Constantino se despierta sudando, con la tripa palpitándole con rabia. Cura, drena, limpia y desinfecta como puede, una infusión de hierbas, un poco más de sueño. Y ya es hora de volver a ponerse en marcha.

Cruza Tracia, la Dacia Mediterránea y la Dardania galopando dieciséis horas al día. En un puñado de noches está en Mesia. En Viminacium, una fortaleza legionaria, olfatea el rastro de Sexto, el ratón. Hace de todo para mantenerse alejado del campamento, con una guarnición de un millar de hombres. Es mejor no dejarse ver mucho. Picotear algo en la hostería y volver a dormir en los bosques, donde el aire es helado pero al menos no hay nadie dispuesto a echársete encima con las peores intenciones.

Justo mientras se está tomando una sopa de calabaza, con los carrillos embadurnados y la nariz caliente, lo ve. Encorvado y maltrecho, con unas orejas ideales para los capirotaos. Sexto, la rata, ríe maliciosamente. Sudado, flirtea con la posadera, le muestra la bolsa llena de monedas y la sujeta por una muñeca. Ella se hace la remolona, pero al final le dice que la siga.

Constantino da un par de minutos de ventaja a los pichoncitos. A continuación se levanta. Lleva el cuchillo de cuatro dedos —el que usa para los trabajos de precisión— escondido en la manga del ropón.

Del establo, por la parte de atrás, llegan los gritos de placer del ratón. Berrea más que una mujer apaleada. Se oyen chasquidos violentos, carne contra carne. De la mujer no sale ni un suspiro, sólo de vez en cuando se la oye reír. Pero poco. Y en voz baja.

El grito desgarró la noche.

«Esa rata ya debe de haber llegado a la meta —piensa Constantino. Y mientras tanto saca el puñal sin pensárselo dos veces—: Iré de prisa, rata. Ni te darás cuenta.»

Pero cuando vuelve la esquina, el espectáculo que se le presenta delante no es el que se esperaba.

La rata está en el suelo, con la cara llena de moratones. La mujer está de pie junto a él, de brazos cruzados y los morros fruncidos. En la mano tiene la bolsa con las monedas de plata, está haciendo sus cuentas. A dos pasos de la rubia, un centurión grande como un oso de Frigia no para de trabajarse al mensajero imperial a puntapiés. Se ríe malévolamente a cada patada, mientras la posadera sigue concentrada sumando ases y sestercios. Carga el pie derecho como si tuviera que enviar la cabeza de la rata a la luna. El impacto es estremecedor.

Constantino no ve el momento de que esos dos se vayan para poner fin al sufrimiento de Sexto, pero otros hombres de uniforme llegan para aguarle la fiesta. Al cabo de un par de minutos hay una orgía de carcajadas e insultos al miserable.

Un infante de Roma, hinchado como un pavo, incluso se toma la molestia de meársele encima.

La cosa va para largo, Constantino no tiene ningunas ganas de dejarse ver, de modo que lanza una última mirada al ratón y acaricia la hoja que lleva en la manga: «Esto no acaba aquí, puedes apostar ese culo seco...»

Retrocede despacio hacia el bosque, desaparece antes de que alguien note su presencia.

Otra noche al raso. El viaje es todavía largo.

Iliria, por la parte de Siscia, acoge a su valiente hijo con un bofetón en la cara, entre carcajadas groseras y golpes en las costillas. Constancio rueda sobre el costado, dolorido.

Tiene sangre entre los dientes, el abdomen es una zarza en llamas.

Abre los ojos de par en par y los ve. Tres caras afiladas como un cuchillo, dentadura cuarteada y mejillas chupadas por el hambre.

«Le están zurrando la badana.»

El más grande habla el idioma de su padre, con el que ha crecido.

Constantino acaba de regresar a casa y el viejo mundo se lo hace pagar.

—¡Arrancadle la cabeza! —ordena el animal a sus secuaces. Uno es escuálido, el otro tiene algo raro en la mirada. El escuálido levanta el hacha sin pensárselo dos veces, vibra de arriba abajo. Los reflejos del vástago de Iliria resuenan como cencerros.

Por poco se deja una oreja, un instante más y no habría podido contarlo.

Entonces Trachala se despierta con un sobresalto.

«El tiempo de contenerse se ha terminado.»

De pie, se arranca el ropón con la mano derecha mientras aprieta el hierro con la izquierda. Con la *manica* en su sitio, a pecho descubierto, parece que acaba de bajar a la arena. Pero los salteadores no se dejan intimidar.

El bizco se fija en el parche que el ilirio lleva en la barriga, acaba de ver dónde debe atacar. Empuña una cuchilla oxidada, birlada a un *tonsor* durante un robo, y no se hace de rogar, arremete contra él, desequilibrándose a la derecha.

Trachala es demasiado lento. La furia lo ciega, como siempre. Lo esquiva un instante más tarde de lo necesario y el abdomen maltratado recibe una nueva cicatriz.

Carne viva que chilla.

«Ahora sí que están perdidos.»

Al bizco ni siquiera le deja tiempo para reaccionar, le clava la daga en la cara, lo atraviesa de lado a lado, como si fuera un muñeco de ramas secas.

Al esmirriado y al animal se les sube la sangre a la cabeza, se echan encima del ilirio en un segundo.

El canijo con el hacha y el gigante con la maza de hierro.

Trachala esquiva los golpes como puede, pero aun así recibe alguno.

No es fácil mantener a dos a raya, especialmente con la tripa en ese estado, pero el adiestramiento militar sirve de ayuda, Trachala finta a la izquierda y clava a la derecha. El muslo del escuálido está atravesado como una brocheta de cerdo. Grita y alborota, sangra, en un par de minutos estará en el suelo.

La bestia ya es otra cosa. Atiza golpes como un herrero, cada vez más cerca. Trachala le hace un corte con el estilete en la mano izquierda, pero el hombre parece estar hecho de hierro. Ni siquiera pierde sangre, o al menos no mucha.

Trachala le da la espalda durante un segundo, el esmirriado da un maldito brinco antes de desplomarse al suelo y lo golpea en la nuca con el mango del hacha.

Trachala está atontado, pero su furia es tan grande que encuentra el modo de rebanarle la garganta.

Al animal le basta ese segundo para asestarle un leñazo entre las

paletillas que lo manda de morros al suelo.

Trachala jadea, impotente. Tiene la cabeza, la barriga y la espalda como rellenos de paja. Un par de costillas han caído, seguro.

El energúmeno lo desarma con una mueca de bobo y se aleja una decena de pasos. Parece que le gusta el teatro, no puede ser otra cosa. Quiere ensartarle saltándole encima, como un cazador de fieras. Con una mueca sarcástica y babeando, corre con todas sus fuerzas llevando la hoja recta delante de él. Ni siquiera sabe empuñarla, la coge con la punta hacia arriba.

No hay ni tiempo de encomendarse a los antepasados difuntos, sucede todo demasiado de prisa.

La bestia tropieza en una piedra, o tal vez con sus ridículos pies. La daga se le escapa de la mano.

Una vez más, como en la arena, el tiempo corre muy lentamente.

El puñal tintinea en el suelo, la empuñadura golpea la tierra. Se levanta un débil polvo oscuro, el hierro rebota pero se queda de pie.

Instantes eternos, la punta del arma mirando a la luna. El enorme cuerpo desgarrado del salteador sigue volando después del trompicón. La boca grosera se abre y se cierra, los ojos incrédulos se encuentran con la daga. La amenaza de muerte está allí, terrible y absurda, todavía erecta contra la garganta del gordinflón.

«El tiempo está inmóvil, cristalizado.»

Trachala parpadea.

«Un momento infinito.»

Entonces el mundo vuelve a correr a la velocidad de siempre, como un rayo.

La bestia se derrumba sobre la espada y la daga se hunde dentro de él, sin piedad.

La vida se escapa como un adúltero pillado en el mejor momento.

El destino, absurdo, ha puesto las cosas en su lugar.

Trachala echa un vistazo a su alrededor, todavía tendido en el suelo. Deja de jadear, vuelve a meterse en su jaula, en el fondo del alma de Constantino.

Éste pestañea y no siente otra cosa que dolor. Y una descarada fortuna. Vomita, arrojando fuera de sí toda la ansiedad de que es capaz.

Pero la suerte es un chacal que va dando vueltas. No tiene prisa, con

todas esas heridas abiertas podrá divertirse con él muy pronto.
Plutón, allí abajo, espera su turno con los brazos cruzados.

Días de fiebre, delirio y moscas.

El sol y la luna, el tiempo va pasando.

«La muerte está tan cerca que puedes olerla.»

Constantino no está lúcido desde hace tiempo, se encuentra en un estado de duermevela perenne, incapaz de moverse. Huele a cadáver en el aire.

«Pensamientos confusos.»

Fiebre y alucinaciones, la cosa no va bien.

La tierra y los gusanos se mezclan con las heridas infectadas.

«¿Cuántos días han pasado?»

Cada noche es peor. Cada alba es un estilete en los ojos, capilares inyectados en sangre, escleróticas amarillas.

En los escasos instantes de lucidez, Constantino ve cómo se pudren sus enemigos. Las barrigas hinchadas de miasmas, los desgarros de la carne, la marca de los mapaches hambrientos.

Al final consigue sentarse. Fue hace tres días. Desde entonces no hace otra cosa que mirarse el abdomen. Cada vez más hinchado, de color negro violáceo. Bebe sorbos de agua pasada, amorrado a la cantimplora. La lluvia, dulce, hace el resto.

«Moriré en un bosque.

»Solo.

»Nadie sabrá nunca nada del hijo de Constancio.»

Fantasías de pena recorren su cerebro, el rostro mordido por los depredadores salvajes, los huesos roídos por los zorros y las ratas de campo. El resto, pasto para las hienas.

Constantino grita a menudo. Es incapaz de levantarse. Maldice a Galerio y a su estirpe.

Al octavo crepúsculo, o al menos eso le parece, se cae sobre un costado.

Con los ojos miserablemente abiertos de par en par.

La boca como un horno seco.

Al principio no hace caso, piensa que se trata de otra visión.

Entonces advierte el culebreo, en el barro salado, procedente de anillos y flancos sinuosos, escamas y dientes. El reptil tiene la lengua bífida, los

ojillos rojo fuego, la garganta más profunda que el infierno de los cristianos.

Se arrastra esquivando los cadáveres, pone la piel de gallina. Tiene el diámetro de un brazo y parece más largo que una caravana, no se ve el final.

Escamas y barro, volutas y virajes bruscos, dientes como clavos inmaculados destilan una muerte de color verde chillón.

Constantino ya está paralizado, el miedo y la gangrena no le dejan escapatoria. Le gustaría cerrar los ojos y abandonarse.

«Se acabó, no hay mucho que añadir.»

Pero sigue temblando, a apenas un palmo de los colmillos del animal. Ahora se los clavará en la mejilla.

Hará daño, eso seguro, pero será rápido.

El final es una ramera amable, viene de prisa y se va de puntillas.

Constantino espera el mordisco.

«No llega.»

En vez de eso, se oye un extraño grito, un chillido de dolor de animal herido.

Un hermoso pie se apoya sobre la serpiente.

«Desnudo y blanquísimo, el pie de una mujer.»

Constantino tiene los ojos rojos abiertos como platos, levanta la mirada y se encuentra con una gracia de formas y un sayo de lino blanco, cabellos de noche y ojos celestes. Es maravillosa, esplendorosa.

La serpiente se gira de golpe con rabia, muerde el talón maravilloso, del que destilan débiles gotas escarlatas.

Constantino da un respingo, la garganta abrasada grita:

—¡Nooo!

La maravillosa criatura lunar se lleva el índice a los labios, le susurra que se quede en silencio.

El piecécito no ha soltado la presa, aplasta a fondo a la serpiente, hasta que ésta deja de moverse.

Yace tiesa, la sinuosa rastrera.

La hermosa la agarra, con sus manos de alabastro, y la arroja a lo lejos, como si ahuyentase una mosca.

Se agacha sobre el vástago de Iliria, se toca el pecho con la palma de la mano, después la frente del oficial: abrasa.

Su palma es como miel en las venas maltratadas del hijo de Constancio.

Tiene la barriga llena de mariposas.

La mujer habla una lengua de vocales y canto dulce, mira con iris que diluyen el alma. Constantino es amor puro, devoción y desmayo.

Ella le dice que no se preocupe, que todo ha terminado.

Él está convencido de que se trata de Proserpina, la Bella Muerte. Se lo pregunta, con la boca más seca que un tronco en la chimenea encendida. Ella sonríe, sacude la cabeza. Mechones negros y lisos. Para perder el juicio. Le aconseja que descanse, Constantino no sabe qué responder.

Después se levanta, se está marchando, pero entonces se lo piensa mejor, se vuelve y se inclina. El aura que emana deslumbra, más blanca que el sol.

—Si tienes prisa por cambiar tu suerte, detente en Mutina. Y después no te detengas nunca más.

Las palabras son como piedras en un estanque.

«Y nada más.»

Llegada de la nada, en la nada desaparece, como si nunca hubiera estado allí.

A Constantino no le queda más que pensar en ello.

Hasta que pierde el sentido.

Abre los ojos y no entiende nada.

El dolor de cabeza ha desaparecido. No hay gusanos ni gangrena. Los brazos y las piernas están limpios de cortes. Ninguna costilla rota.

La herida de la barriga no está muy bien, pero al menos no parece que nadie se haya estado divirtiendo con la cuchilla.

«¿Qué día es?»

Constantino mira a su alrededor y la locura gana terreno, no hay rastro de cadáveres de salteadores, ni de barro, ni de carne putrefacta. La cantimplora está vacía, pero a veinte pasos discurre un riachuelo. Constantino intenta levantarse, las piernas lo sostienen, es una especie de prodigio. El agua fresca es como lluvia después de un mes de sol a plomo, maná en el desierto. Bebe hasta reventar.

Después vacía vejiga e intestino detrás de un castaño de Indias. Se limpia con unas hojas y se encuentra con la mirada divertida del caballo, un corcel bastante despierto, que sacude la crin y parece que lo regañe, «ya era

hora de que levantarás el culo, gandul...»

Constantino ha perdido el sentido del tiempo.

En un par de horas descubrirá que no han pasado ni dos albas desde que acampó en el bosque.

Se lo dirá un campesino de camino hacia Occidente, antes de servirle el mejor desayuno de toda su vida.

De momento se queda rascándose el trasero y mirando un punto del horizonte, como hacen todos los varones en cuanto se despiertan.

«¿Un sueño?»

Sacude la cabeza, no lo entiende.

Después, de repente, se acuerda de ella, de ese rostro para perder el juicio.

Ojos azul hielo.

Su corazón pierde el compás.

«Si tienes prisa por cambiar tu suerte, detente en Mutina. Y después no te detengas nunca más.»

El estómago refunfuña, Constantino se estremece.

«Si tienes prisa por cambiar tu suerte, detente en Mutina. Y después no te detengas nunca más.»

Sus palabras martillean en su cabeza, el prodigio, el espejismo.

No tiene ni tiempo de razonar, el caballo devora millas y apunta hacia poniente; Italia nunca ha estado tan cerca.

«Fíate de una visión...»

Constantino se maldice y merodea por los alrededores del cuartel. Con el paso de los días se ha convencido de que los salteadores, las heridas, el dolor, la serpiente e incluso la Blanca Señora fueron un sueño. Fantasías enfermizas, delirios de la fiebre. Hay quien se deja la piel y quien echa un sueñecito y se recupera.

Por lo que parece los dioses han decidido que él forma parte de la segunda categoría.

Después de dos semanas de agonía y compresas, los desgarros del abdomen han cicatrizado. Llevará encima el recuerdo de las zarpas del felino hasta la tumba, eso seguro. Pero la infección se ha ido, ahora el picor de las cicatrices lo vuelve loco, las costras se están cayendo.

De modo que lleva las riendas en la mano izquierda.

Y con la derecha se rasca como si fuera un leproso por debajo del manto.

«Qué bonita imagen, tu padre estaría orgulloso de ti.»

Casi está anocheciendo y dentro de poco tendrá que meterse en alguna taberna, por estas tierras no se come otra cosa que sopa de cebada. Por un trozo de carne hay que darse de puñetazos o vender a tu hermana. Constantino también encuentra insoportable el olor a *korma*, esa cerveza insulsa que corre a mares. Dicen que va bien para las partes bajas, pero el vástago de Iliria no se lo cree, después de un par de cuencos parece que mee mocos.

Ya hace dos días que recorre Mutina de arriba abajo, pero la suerte no le ha cambiado ni por asomo.

Tal vez la Bellísima se haya equivocado.

O tal vez ella también formaba parte del sueño febril y nada más. Pero la sensación se le queda pegada a la garganta. Constantino no puede quitarse de la cabeza esas condenadas palabras.

De modo que deambula un poco más, muy atento a que nadie lo vea.

Casi ha decidido abandonar e ir a emborracharse hasta que salga el sol cuando él se para delante de sus ojos.

«No se lo puede creer.»

En medio de la noche ya entrada, se le ve incluso más encorvado. Los cabellos ridículos, las orejas de ratón. Y los dientes, ¡por Júpiter! Ahora que le faltan más de la mitad, tiene un aspecto realmente estrambótico. La verdad es que el centurión hizo un buen trabajo en la cara del pobre Sexto. Si antes, para buscarse un poco de compañía, le tocaba pagar, ahora no conseguiría desahogarse ni durante una orgía ritual.

Constantino, en un instante, lo ve todo claro.

La suerte, el destino a cambiar, está justo delante de él.

Sexto avanza a paso lento, el robo y la pelea a puñetazos lo han debilitado. Ha tardado un poco en volver a ponerse en camino y ahora renquea hasta la meta. Si Constantino lo dejara escapar, el ratón llegaría a Mediolanum en un día. Quizá dos.

«Y entonces tendría serios problemas.»

Los perros guardianes de Severo se apostarían por toda la provincia.

El vástago de Iliria calculó mal, el esbirro lo ha alcanzado antes de haber abandonado Italia. Imprevistos y enfermedad lo han frenado.

Pero entonces llegó ella. Aplastó a la serpiente, le puso la mano en la frente. Y todo el mal desapareció.

«Es sólo un maldito sueño»; se lo ha repetido un millón de veces. Pues entonces ¿qué hace la fuente de todos sus problemas al alcance de la espada, ahí en Mutina?

Ella no era un sueño.

Tal vez lo fuesen los salteadores, las heridas, los días y las noches de agonía.

¡Pero ella no, maldición!

Ella es la voz del destino que se cumple. El camino está marcado y las dudas despejadas como nimbos en el primer sol.

Constantino deja de perder el tiempo y se va a hacer lo que debe hacer.

Ya está oscuro. En Mutina sólo queda algún postillón despierto y unas cuantas antorchas encendidas.

Sexto está asegurando el caballo en el callejón, ni siquiera oye los pasos detrás de sí.

Constantino lleva calada la capucha del ropón cubriéndole el rostro, empuña la hoja con la derecha.

La clava en los riñones de la rata y con la izquierda le tapa la boca.

Cuando éste se desliza hasta el suelo, lo vuelve boca arriba y le arranca el corazón de cuajo.

Lo ve morir.

«Lo mira a los ojos.»

La rata lo reconoce.

Constantino ha tenido la frase en la boca durante todo el día:

—Fin de la carrera, mamarracho. Me parece que has escogido el caballo equivocado.

La susurra despacio, en el oído del miserable.

—¿Sabes qué dicen los cristianos? Si te metes en la cama con el demonio, acabas despertándote en el infierno...

«Silencio.»

Una última ojeada al cadáver antes de desaparecer.

Es hora de no volver a mirar más atrás.

Las últimas millas se deslizan ligeras.

Seis días de viaje con la cabeza gacha, con el clima cambiante a cada estadio. El aire se vuelve cortante, especialmente por la mañana temprano. La noche reclama un fuego para calentar los huesos. Las heridas ya son un recuerdo. Constantino está muerto de cansancio. En el corazón lleva una zarpa de león.

Ha tenido que cubrirse con un par de capas debajo del ropón. La fría cota está plegada en la funda, el hierro en contacto con la piel era una molestia insoportable.

Mediolanum, Novaria, Aventicum, Vesontio, Augustobona, Samarobriva y, finalmente, Gesoriacum.

La Galia tiene rostro de mujer, lo adviertes en cuanto cruzas la frontera.

En los pueblos, las chicas también son distintas: ropa ajustada, cintas que recogen moños de cabellos rubios, cofias bordadas para sujetar cascadas de oro. Mejillas rojizas y sonrisas, perfume de trigo recién cocido. Hasta la cerveza es mejor en estas tierras. De vez en cuando se hace con algún cuenco de *cervesia* como es debido.

Las gentes del Imperio dan una imagen miserable en comparación con los galos, especialmente las mujeres.

Las matronas que se asoman al umbral de las pocas villas que hay en el camino parecen ídolos, el colorete es tan espeso que el sudor o las lágrimas lo estrarían sin piedad, desvelando la carne enrojecida por el viento y los ungüentos, esa carne que nunca acaba de adaptarse a las tierras del norte.

Los controles son continuos, en cada ciudad los soldados de Constancio exigen ver los documentos.

Pero es suficiente mostrar el anillo de la Legión que el joven oficial se ha ganado en el campo de batalla para provocar sonrisas, incluso en el siniestro rostro del último de los centuriones.

La noticia corre de boca en boca y, a medida que el caballo tritura leguas y Constantino se acerca al campamento de su padre, la alegría crece. El entusiasmo está por las nubes.

Constantino nunca se olvidará de los ojos de Constancio el día de su llegada a la ciudad. Brillantes y satisfechos, el orgullo de un padre que tomó la decisión adecuada hace casi quince años. El hijo pequeño está hecho un hombre, el vástago de Iliria se ha convertido en un roble secular.

Los panegiristas, dentro de unos años, escribirán un montón de mentiras

sobre este mágico día. Especialmente sobre el aspecto de Constantino.

«¡Llegaste volando, no en un carro corriente, sino en una carroza enviada por los dioses!»

Pero ¿qué carro ni qué carroza?

Constantino vuela, eso seguro, porque el viaje ha sido tan largo que ya no puede más.

El corazón estalla por el futuro que tiene delante de los ojos, por las ganas de abrazar a ese padre tan querido y tan odiado. Para que se sienta orgulloso, por fin.

Pero el aspecto del oficial no tiene nada de radiante, lleva barro y polvo incrustado, está más mugriento que una cerda en el matadero. El ropón es un gurrño de fibras, sangre y malos recuerdos. El calzado está para tirarlo al fuego.

Y lleva un arcoíris de capas debajo de la loriga, tantas que cuesta trabajo cerrarla.

Barba larga, axilas indecentes.

«Pero con una sonrisa que lo borra todo.»

Y esas malditas ganas de llegar.

Hay momentos en que las palabras sirven de poco. Es más, acaban estropeándolo todo.

Así que, mientras el boato del ejército formado lo inunda todo, en medio de dos filas de guerreros más brillantes que los treinta denarios de Judas, padre e hijo se abrazan. Con los brazos tendidos, iris contra iris, y las lágrimas guardadas en la garganta «porque somos soldados, por Júpiter Pluvio».

Dentro de ese silencio gritado se encierran trece años de espera. De ansia cosida a mano, en el centro del corazón.

Hay poco que decir, la sangre es una cosa seria.

Dos generaciones de héroes, por fin, se hacen una.

Y que intenten ahora meterse por medio los tiranos coronados.

El banquete es abundante, hay caza y manzanas rojas. *Cervesia* hasta reventar.

El copero tienta durante toda la noche a Constantino con el plato fuerte

de estas tierras, el hidromiel. Una especie de brebaje hecho con miel y serba, dejado fermentar durante un montón de tiempo en jarrones de hierro.

Después del primer trago, que se toma por cortesía, el vástago de Iliria se da cuenta de que es una bebida para mujeres y se va derecho a la cerveza.

En la fiesta todos están borrachos perdidos, pero él no, tiene el corazón ligero, nada más.

Constancio está sentado a su lado y tiene la mirada fija desde hace unos minutos.

—Has llegado en el momento oportuno, hijo mío...

Constantino sabe que su padre no habla por dar conversación.

—¿Va todo bien?

Constancio no lo mira a los ojos.

—Como siempre, por estas tierras la guerra es la regla y la tregua, la excepción... Pictos y escotos son cada día más insolentes. Es hora de hacerse a la mar y restablecer el orden en Britania.

Un instante de silencio, un vistazo a los muslos de la posadera. Por lo que parece, el viejo no ha perdido su afición por las *stabulariae*. A continuación, sigue con ese tono monocorde:

—¿Tú qué intenciones tienes?

Constantino habla como un hombre.

—Mañana tengo la intención de levantarme temprano. Después bajaré a la armería y escogeré una loriga y unas grebas como es debido. Y también una cota de malla tal vez. La mía, a fuerza de agua y tramontana, está más oxidada que las verjas del Orco. ¿Sabes qué? Quizá también me haga una espada nueva, ¿qué te parece? Igual que la de estas tierras, de doble filo. He visto unas magníficas en la ciudad...

Constancio finalmente vuelve la cabeza. Lo mira como si lo viera por primera vez.

Constantino prosigue:

—Creo que desayunaré queso de cabra. Y una copa de esta maravillosa cerveza oscura...

Choca el cuenco contra el del padre. Ruido seco y espuma sobre las piernas.

Se pone de pie. Realmente tiene el aspecto de un hombre.

Inspira fuerte por la nariz, a continuación sirve la última estocada, con

la sonrisa en los labios.

—Y luego, antes de que el sol haya salido, montaré en una de esas naves de allí... —señala distraído hacia el mar— y me iré a partirles el culo a esos pictos, a los condenados escotos y a cualquier otro asqueroso hijo de perra que se atreva a desobedecer al agosto.

Hace una pausa.

—¡Ésas son mis intenciones!

Constancio lo mira de abajo arriba. Durante un puñado infinito de instantes su rostro es piedra dura. Luego, sin prisa, se le estampa en la cara una sonrisa cálida y más sincera que los muslos de una ramera de Nicomedia. Constancio Cloro se ríe a gusto. Se ríe como su hijo nunca lo ha visto reírse. Y es contagioso, en un soplo de aire Constantino y media tropa acaban carcajeándose hasta las lágrimas.

Esa risa grosera encierra todo lo nunca dicho en casi tres lustros. El amor y el orgullo imposibles de explicar con palabras.

Cuando deja de aguantarse la barriga, el agosto sentencia:

—Por lo que parece, en la corte de Diocleciano has estudiado retórica...

Constantino vuelve a sentarse a su lado.

Ahora su padre lo mira fijamente a los ojos.

—Mañana veremos si ese viejo tarugo ha conseguido enseñarte algo o te has pasados los últimos trece años despilfarrando el tesoro imperial.

Constancio contempla a su primogénito. Cuello, hombros y pecho de luchador.

Constantino le hace una señal al copero y éste le escancia un buen chorro.

El vástago de Iliria alza la copa.

—¡Por el agosto! ¡Por la victoria que nos aguarda al otro lado del mar!

Los soldados a coro, una sola voz:

—¡Por el agosto!

También Constancio levanta el cáliz.

—¡Por mi hijo Constantino!

La sala estalla.

«Literalmente.»

El agosto de Occidente apoya la mano derecha sobre el hombro del joven oficial.

—Bienvenido al frente, muchacho... Bienvenido a casa.

El mar es una espina clavada en el culo.

No es la primera vez que Constantino está entre las olas, pero el estómago juega malas pasadas.

Los birremes son magníficos, la *Classis Britannica* sabe hacer bien las cosas. Los remeros lo dan todo, pero las corrientes del canal pondrían a prueba incluso al vientre de Vulcano.

Constantino vomita por la borda, la cara de color verde manzana. Su padre Constancio podría mofarse de él, Diocleciano seguro que lo habría hecho.

En vez de eso se queda junto a él sin decir ni una palabra. Con los brazos cruzados y respetuosos.

Mientras echa el desayuno al mar, el cerebro del joven oficial corre enloquecido, tiene en la cabeza un torbellino de pensamientos sobre el hombre que lo ha puesto en el mundo.

En todos estos años ha fantaseado bastante sobre el tipo de vida que llevaba en las tierras del norte, sobre qué opinión tendría de su hijo, si estaría en sus pensamientos de vez en cuando.

Es difícil imaginar una distancia así: un hijo sin padre durante trece larguísimos años. Un padre sin hijo, un vínculo hecho de cartas confiadas a mensajeros, de voces llevadas por otros, de miles de leguas que no es creíble recorrer ni siquiera con la fantasía.

Una relación muy esporádica, pero sin caducidad.

«En esta tierra de oro, por fin, te convertirás en un hombre. Y entonces, hijo mío, sólo entonces, podremos estar juntos. Esta vez para siempre.»

Es más fácil decirlo que hacerlo.

¿Qué se tiene que hacer para convertirse en un hombre?

Durante el primer año en Nicomedia, Constantino estaba obsesionado con la pregunta.

Y la respuesta llegó por sí sola, cuando dejó de preguntar.

El chiquillo creció, aprendió a afeitarse, a dar puñetazos. A fornicar, incluso. Sobre todo aprendió a guardarse las espaldas y a no necesitar nunca a nadie.

Y en ese momento, justo en ese momento, el momento llegó sin avisar. Ahora la herida está cosida, padre e hijo están juntos.

Para siempre, eso ha dicho Constancio.

Y entonces ¿por qué siente ese maldito vacío en el corazón?

Constantino escupe, con la última arcada casi no ha esputado.

Un tiparraco de cabello rojo se le acerca. Es bajo y fornido, resiste bien el mar; lleva un respetable uniforme romano, con la graduación de general y el latón brillante sobre las hombreras.

Pero esa cara y esa barba dicen «alemán» a gritos, tan claramente que se darían cuenta incluso los malditos Britanos al otro lado del canal si aguzaran un poco los oídos.

El pelirrojo habla claro. Se dirige a Constancio de igual a igual. En la guerra así es como funciona.

—Tu principito tiene el estómago delicado, augusto. Esperemos que no le duelan las manos cuando llegue el momento de destrozar el cráneo a esos enculacabras. Nos esperan con los brazos abiertos, ¿se lo has dicho?

Constancio se pone tieso. Constantino, mientras tanto, se ha limpiado la boca con el antebrazo izquierdo y se ha llevado la derecha a la daga. Tosiendo, coge al pelirrojo por el pecho:

—¿Cómo osas, perro?

Su padre le pone una mano en el esternón, con la cabeza le hace un gesto de que no vale la pena.

Después, dirigiéndose al pelirrojo, dice:

—Croco, será mejor que te enjuagues la boca cuando hables con este oficial. Un día será él quien te ordene dónde y cuándo te van a destripar a mayor gloria del Imperio...

El viejo parece divertido.

Croco también parece pasarlo bien.

—Entonces ¿quieres decir que hasta ese momento podré chotearme como es debido? ¡Tocad tres veces el cuerno, llega la mujercita de Constantino, hijo del noble Constancio, augusto de Roma!

La cara se le pone morada de golpe, las tripas tiemblan más que las del Vesubio. No sin cierto esfuerzo, suelta un trío de pedos bien sonoros.

«Y venga a reírse.»

Comparado con el alemán, Diocleciano es un maestro de la elegancia.

Constantino se queda como una estatua de sal.

Constancio ni siquiera se inmuta, se limita a darse golpecitos con el índice en la sien.

El pelirrojo se carcajea hasta que la condenada costa de Britania aparece en el horizonte, blanca y descarada como una bofetada en la cara.

—¡Preparados para desembarcar! —El grito de los oficiales se impone sobre todo lo demás.

Los tambores de los pictos en la playa se oyen hasta allí.

El corazón va a mil, la náusea desaparece en un instante. La costa se acerca cada vez más. Cae una lluvia de flechas encendidas.

«Se abre el telón.»

El primer enfrentamiento ha sido un paseo. Al igual que el segundo y el tercero.

Los pictos combaten como niñas. Se asustan por todo, apenas saben cabalgar. Los centauros de la vanguardia romana los han segado a golpes de dardos trilobulados, han hecho estragos en esas carnes blandas con las lanzas. La infantería ha avanzado a recoger las sobras y a rematar a los cadáveres.

Constantino se ha hecho respetar en un par de ocasiones, hasta Croco ha tenido que admitir que el joven tiene agallas.

Una patrulla de blandengues bárbaros se ha metido en un canal por la parte de Durovernum.

Casi no valía la pena perseguirles, se batían en retirada, pero el hijo de Constancio no ha querido atenerse a razones. A la cabeza de un pelotón de valientes ha mordido las piernas de los fugitivos, los ha empujado hasta el fondo de la garganta y ha luchado con destreza.

Constantino incluso ha bajado del caballo cuando el jefe enemigo ha sido derribado por una lanza romana.

Se le ha acercado con decisión, a cara descubierta y pocas palabras, lo ha atacado resuelto y decidido. Ha asestado un par de cortes seguros al bárbaro antes de arrancarle la cabeza con un golpe de manual.

Se ha llevado su cráneo estupefacto ensartado en una pica hasta el campo de batalla. Constancio en persona lo ha clavado a cien pasos de la entrada del campamento como una advertencia perenne: «Por estas tierras quien manda es el Águila.»

La resistencia ha sido débil durante el resto de la semana. Roma avanza y los nativos retroceden. A menudo tienen tanto miedo que dejan las aldeas desguarnecidas, morada de fantasmas de paja y barro, a punto para las llamas.

Los centuriones desinfectan con fuego. Croco supervisa las operaciones, serio como una mula al alba, y escupe en el suelo antes de seguir adelante.

«Con nosotros o contra nosotros.»

Cuando los escotos entran en escena, la historia es muy distinta.

Cuanto más suben hacia el norte, más seria se vuelve la cosa.

Constancio no ha querido detenerse en Eboracum ni un día. Tiene prisa por acabar, no pondrá un pie en la capital hasta que sea el vencedor.

Las tropas, entretanto, empiezan a notar los días y días de luchas continuas; los suministros llegan hasta allí arriba, pero con cierta lentitud.

Cuando las armas de Roma acampan en las cercanías de Luguvalium, la vista de la muralla del *Vallum* da una sensación de final: horizonte de ladrillos y guardianes de uniforme, dos pértigas de seguridad vertical, centenares de millas, de Oriente a Occidente.

El Imperio ha apilado todas esas piedras porque estaba harto de dejarse pellizcar la nariz por los pictos. Y ahora han quedado reducidos a pálidas sombras a la fuga. Ya no le dan miedo a nadie.

Ahora les toca el turno a los escotos, guerreros de cuero y fuego candente, forjados en la nieve, templados por el frío viento que sopla del mar.

Constantino nunca ha visto a ninguno que no luchara con el torso desnudo. Ya es casi verano, pero el frío de la noche todavía es despiadado. Los milicianos del Águila duermen envueltos en el manto, los hijos del norte rondan con la espalda al aire. Calzones de cuadros, abarcas de oveja y hachas afiladas.

Pero lo que da miedo es su cara. Antes de bajar al campo de batalla, esos malditos bastardos se pintan de azul. Azul noche que se camufla bajo la luna, color del mar a la luz del sol. Parecen demonios.

Ojos blancos y lengua de color rojo fuego, saltan a la garganta sedientos de sangre. Si les rebanas un brazo no se paran, siguen dándote cabezazos hasta que no les queda aliento en el cuerpo.

«En los bosques son todavía peores.»

La zona está tachonada de bosquecillos. Los legionarios se meten

debajo para protegerse del sol. Más de una vez casi se han dejado las plumas.

Una mañana helada de febrero, mientras la columna avanzaba compacta —marchando al paso y con alguna canción para mantener alta la moral, una de esas que le gustan a la tropa, de comandantes que montan a los primeras lanzas y viceversa—, el que abría la fila hizo señal de detenerse.

Doscientos infantes inmóviles al unísono.

Silencio irreal, chillidos de animalillos y aleteos de pájaro.

Un pino caído en medio del sendero.

El centurión en seguida ordenó formar en testudo, pero el infierno apareció por los árboles.

«Barriles de pez encendida.»

Cargados con pólvora y mejunjes, provocaron explosiones al primer contacto e hicieron estragos: piernas y brazos en la hierba verde. Los demonios azules salieron un segundo después, cuchillas precisas, gritos salvajes. Golpearon duro, se retiraron rápidamente. Una centuria exterminada en un puñado de instantes.

Desde ese maldito día, Roma evita los bosques como la peste.

La tropa, ahora, está cada vez más débil. El sol de julio es duro de soportar con noventa libras de equipaje a la espalda.

Esos miserables no combaten a campo abierto. Quieren mantener la ventaja. Por eso Constancio ha decidido dejar de hacer el héroe y apostar por la astucia.

La resolución la ha tomado delante de Croco, su hijo y un puñado de oficiales.

—Fingiremos la rendición, haremos como Lucio bajo las órdenes de Trajano. Su campamento está a menos de un día de marcha de aquí. Mandaré a un mensajero sin guardia armada. Les concederemos todo lo que pidan, prometeremos retroceder. Y, en cuanto bajen la guardia, los atacaremos. De noche. Con el favor de Diana les cortaremos el cuello mientras duermen.

«El plan funciona.»

Décimo, el mensajero desarmado, se arriesga mucho, pero al final consigue convencer al jefe de los bárbaros de que Roma se baja los pantalones. Constancio incluso manda un par de cofres colmados de oro, tal como han pedido los indígenas. Los mierdosos de Britania también envían a alguien de los suyos a controlar, y Croco hace desmovilizar a una legión

entera para disimular.

Los escotos caen en la trampa de pleno, vuelven a casa convencidos de haber despachado al ejército más grande del mundo. Pero no tienen ni la más mínima idea de lo que les espera.

Hacer tiempo hasta la luna menguante es una tortura, pero vale la pena. Durante días y días los escotos de paso se ríen con sarcasmo mientras los romanos se quedan con la cabeza gacha, fingiendo recoger sus cosas. En realidad hacen acopio de armas y de tierra oscura. La mezclan con el estiércol de los caballos y la ceniza de un centenar de hogueras. La noche del ataque se untan caras y brazos, se lo esparcen sobre las lorigas y los caballos; un trabajo ingente, efectuado con la devoción de una vestal.

La armada oscura es ahora invisible, la luna medio apagada puede brillar cuanto quiera.

Nada de estandartes y nada de fuego en la punta de las flechas. Cuando llegan a las cercanías del campamento, los escotos hace rato que duermen. Sale poco humo de las cabañas, muchas tiendas han sido desmontadas.

Los azules han mordido el anzuelo y han relajado seriamente las defensas.

La vanguardia romana reptaba sinuosa con la tripa en el suelo, degüella a los centinelas sin remordimientos. Los echa al foso y abre las puertas.

«En ese momento empieza la verdadera guerra.»

Constantino es Júpiter preparándose para emprenderla a patadas con los titanes. Su armada negra es el ejército de los Olimpos.

Silbido de flechas en la negra noche, antorchas apagadas en la garganta de los infames salvajes de Britania.

«Dolor.»

Constantino monta un corcel negro como la venganza, se abre paso entre la muchedumbre a golpes de maza herrada.

Con él va un manípulo de sucios hijos de perra sedientos de sangre. Los héroes de Roma apestan a mierda. Arrancan tripas con sus propias manos. Los caballeros oscuros pelean con rabia, siegan la vida de mujeres y niños. Los empalan en las astas.

La infantería se organiza, sabe lo que hace. Croco grita a voz en cuello:
—*Foulkon!*

Y los pedestres obedecen y se disponen en formación enlazando los

escudos, el primero, el segundo y el tercero de cada columna. Plantan las lanzas en el suelo, las inclinan hacia adelante; la variante oriental de la tortuga está lista para hacer daño. Los escotos ululan como lobos enloquecidos, corren en masa al encuentro. No han tenido tiempo de pintarse, parecen mujeres desmaquilladas en busca de una pieza sobre la que lanzarse.

La encuentran sin esfuerzo. Pero no es el tipo de cacería que tenían en mente.

Toda la primera fila vomita sangre, ensartada en los hierros romanos. La segunda salta hacia atrás, la oscuridad da miedo. Los pieles azules mean sangre. Al igual que todos los otros pobres bastardos. La tierra, golosa a más no poder, se traga hasta la última gota.

La carnicería es total, Roma domina y aplasta.

Rojo bermellón por todas partes.

En las paredes de las cabañas que ya empiezan a arder.

En las caras de las mujeres violadas en cada rincón del campamento.

Constantino y Constancio avanzan como Júpiter y Apolo, invencibles y bellísimos, incluso con el rostro teñido de mierda.

Desgarran con un corte limpio la piel de la tienda donde está el bárbaro que manda. Constancio no tiene ni idea de si se trata del rey de los salvajes, del jefe del poblado o del señor de la guarnición.

Sólo sabe que ese bastardo debe morir.

«Y que será lentamente.»

Constantino echa un vistazo alrededor. En la tienda sólo hay un enorme ídolo de madera; ironías de la suerte, se parece a una águila. Azul como las pinturas de guerra de los hijos de Britania, pero sin dejar de ser una rapaz.

«Destino canalla, toda una vida malgasta reverenciando al pájaro equivocado.»

Constancio hace una señal a su hijo.

—Déjanos solos. Esto es entre él y yo...

Constantino echa una última ojeada para asegurarse de que no hay nada que temer. Después amaga una reverencia y sale de espaldas.

—Como deseas, Augusto.

Se coloca de guardia fuera, brazos cruzados y ademán rudo. A su alrededor, el campamento arde.

El tipo que manda es más bien alto. Hombros decididos, tórax

poderoso. Lleva un par de calzones de cabra y nada en los pies. Ojos de rabia y fuego.

—¿Estás preparado para morir? —La voz de Constancio es tranquila.

El tipo le escupe, dice algo en una lengua que el augusto no entiende, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta, el hierro imperial lo atraviesa de lado a lado.

Constancio no baja la mirada.

Observa cómo la vida se escapa suciamente de los labios del desgraciado, hasta que ya no queda nada que decir.

A Constancio le cuesta respirar, la excitación le golpea con fuerza en las sienes. Las orejas le zumban. Matar deja marca.

No se percata del chasquido de la cerradura, del chirrido de los goznes.

Tampoco del ídolo de águila abriéndose despacio a su espalda.

No ve a la mujer, desnuda y sudada, que se desliza afuera de puntillas.

No advierte el puñal en su mano derecha.

Constantino tampoco se da cuenta, en el exterior de la tienda, preso como está de esa orgia de muerte, paja y humo.

Constancio abre la boca, profiere un grito salvaje. Es más sorpresa que dolor, a pesar de que la hoja en la espina dorsal hace un daño indecible.

La mujer se ríe y vuelve a apuñalarle. Es una risa histérica de quien sabe que morirá de un momento a otro; lágrimas de sal en el rostro, el corazón roto después de ver el cadáver de su hombre.

La heroína de Britania grita más fuerte.

El corazón de Constantino, fuera, se detiene.

Se precipita al interior, la escena absurda es un puñetazo en la boca del estómago.

Su padre está más pálido que la luna. Detrás, una perra endemoniada, desnuda como un gusano, le abre la espalda a cuchilladas.

En el suelo yace el miserable con la hoja más preciosa del Imperio clavada en la garganta.

Constantino actúa por instinto.

Saca la espada de su padre del cuerpo del infame líder, agarra a la mujer por el pelo y la degüella sin darle tiempo a que se dé cuenta.

Cuando ella está en el suelo, echa un vistazo a la herida de su padre.

«Es fea. No hay duda.»

Constancio, exangüe, no deja de repetir:

—Es sólo un arañazo.

Constantino extrae el puñal, tapona el chorro rojo, siente pánico.

—¡Croco! —grita con todo el aliento que le queda.

«¡Rápido, maldición!»

Que los dioses se apiaden del Imperio.

Roma ha ganado. Y el agosto se está muriendo.

El matasanos de campo ha remendado a Constancio como ha podido, pero con un parche no es suficiente, hace falta un médico de verdad. Croco se ha puesto al mando de la situación, estar lúcido mientras todo se quema es su profesión. Así que ha cargado al emperador en un carro llano, ha enganchado un par de buenos animales y se ha subido al pescante, con Constantino detrás, con el viejo.

A todo correr, por un camino de piedras y tierra seca, en dirección a Eboracum.

Constancio muestra una palidez antinatural, tiene la garganta seca, arde de fiebre, delira.

—N-no puedes abandonar, muchacho. No dejes de mirar al horizonte. —Aferra la mano de su hijo, abre los ojos como un loco—. Ha llegado el momento, tienes que elegir entre lo que es j-justo...

Constantino tiene lágrimas en los ojos. Susurra con la boca medio abierta, junto a su padre:

—...y lo que es fácil.

Constancio pierde el sentido.

Constantino se estremece, cree que ha muerto.

—¡Nooo!

A Croco le pillan por sorpresa, detiene el carro, los caballos dan un brinco.

—¡Por los huevos de Hércules, muchacho! ¿Qué estás haciendo? ¿Quieres que nos maten?

El hijo tiembla, incapaz de poner en fila tres palabras seguidas.

—E-él... N-no se mueve...

Croco desmonta para echar un vistazo.

—¡Y yo que pensaba que eras un soldado! No me gustaría estar en la

piel de tus compañeros si no puedes distinguir entre un cadáver y un hombre desmayado. Antes o después acabarás enterrando a algún hijo de perra mientras está echando la siesta...

Constantino todavía está ofuscado.

—¡Es mi padre!

Croco de repente se pone serio.

—Lo sé, muchacho. Y es mi emperador, si es necesario daré la vida para que salga de ésta.

El labio del joven oficial tiembla. Nunca se había sentido así antes.

—Y ahora deja de gimotear y vigílalo. Vamos directos a Eboracum. ¡Ya no falta mucho!

Croco tiene razón, la ciudad está cerca.

Eboracum y Nicomedia no se parecen en nada.

Oriente es oro, fuego y mar salado.

Occidente, piedra gris, hierba verde y viento frío.

Los guardias se apartan, las puertas se abren. No pueden perder ni un instante.

Empieza a amanecer, los mejores médicos han sido arrancados de la cama. El emperador está desnudo y tendido sobre la tabla del cirujano.

Todavía respira, pero le queda poca sangre en las venas. Los desgarrones son monstruosos, la columna está rota. Los médicos juran que harán todo lo posible y algo más. Después cierran las puertas, Constantino y Croco se quedan solos.

La espera es una carroña apestosa. Por mucho que te alejes, su hedor asqueroso te persigue.

«Se pega en la nariz.»

Lo mismo da quedarse sentados. Y sorber el pestazo hasta que desaparezca, durante horas vacías, mientras el sol acaricia el cielo.

Croco lo piensa desde hace rato, no quiere poner más peso sobre los hombros del muchacho, pero el tiempo no deja de correr. Al final se arma de valor.

—Constantino...

El vástago de Iliria lleva todo el día sujetándose la cabeza entre las manos. La levanta y los rizos descompuestos van a donde quieren. Tiene los ojos rojos, ha vuelto a llorar.

El alemán, con toda la delicadeza de que es capaz, continúa:

—Ya sé que no es el momento, pero tenemos que hablar...

—No me apetece hablar.

Croco, paciente:

—Lo sé, pero tenemos que hacerlo. Si tu padre, allí dentro, no lo consiguiera...

Constantino pierde los estribos.

—¡No te atrevas! —dice con el índice extendido ante la cara del alemán.

El otro levanta las palmas de las manos.

—He dicho *si*, no te calientes, por favor...

El joven le hace un gesto para que continúe.

Croco no sabe cómo decirlo.

—Tenemos que estar preparados para lo peor. El Imperio no puede quedarse sin un guía. Si tu padre muere, las tropas te pedirán que ocupes su puesto.

«Silencio.»

Croco mira fijamente al oficial.

—Y yo estaré con ellos. Te avalaré, si es lo que deseas...

Constantino se lo está pensando.

O tal vez es que tiene la cabeza tan llena de preocupaciones que hasta contestar a una simple pregunta se convierte en un esfuerzo.

«¿Quieres convertirte en el señor de Occidente?»

Pasando por encima de las reglas de Diocleciano, de la tradición en la que has crecido y de todas las jodidas leyes del Imperio...

«¿Lo quieres?»

Se sacude.

—¡Qué disparate! Severo es el heredero. Yo no soy un César...

Croco se sienta junto a él. Habla con la voz de un buen maestro al alumno un tanto corto de entendederas.

—¿Severo? ¿Te refieres al tipo que, si hubiera recibido la orden de Galerio, te habría hecho desaparecer en cuanto traspasaras las fronteras italianas?

Constantino calla. Lo mira de reojo.

—Bueno, de todos modos Severo no está aquí, gracias a los dioses. Los

soldados de tu padre no acatarían órdenes de un esbirro de Galerio. No lo seguirían por nada del mundo, estallaría una revuelta o algo por el estilo. El norte a hierro y fuego, ¿es eso lo que quieres?

—¿Y quién te dice que me seguirían precisamente a mí? ¿Por qué no vas tú, allí afuera, a dar un golpe de Estado mientras el cadáver de mi padre está todavía caliente?

—Porque sólo soy un soldado. Por mis venas no corre sangre del Imperio.

Constantino se levanta, ya tiene bastante, deja la antecámara lleno de hiel. Vaga por el palacio, tropieza con un par de siervos con la cabeza gacha. Pregunta dónde está la habitación de su padre.

Los siervos tienen el corazón destrozado, la cabeza confusa. Lo dirigen a la sala del trono y Constantino entra en ella casi sin darse cuenta.

«El poder, según su padre, es frialdad, indiferencia, sobriedad.»

Nada de oro ni pétalos de rosa. Nada de alfombras, ninguna joya. Sólo alguna lanza y un par de escudos en las paredes.

El trono es sólido y alto, de madera de roble. En el respaldo, como un vestido desechado, está la púrpura, el símbolo del Imperio, la indumentaria del mando.

A Constancio le importa tan poco que es raro vérsela puesta.

Constantino la acaricia, la sujeta con las dos manos.

Una tormenta de pensamientos lo asalta.

La vida de su padre, colgada de los dientes. Él también ha visto las heridas, nadie se salva con unos agujeros como éstos en la espalda.

Las últimas palabras del viejo le retumban en la cabeza: «Ha llegado el momento, tienes que elegir entre lo que es justo... y lo que es fácil.»

No puede morir. ¡Él es Constancio, por los dioses!

Ve los ojos de su madre, repletos de lágrimas duras.

La cara de Croco mientras le habla.

«Si tu padre muere, las tropas te pedirán que ocupes su puesto.

»¿Quieres convertirte en el señor de Occidente?»

El rostro macizo de Diocleciano.

«Todos mandamos, pero ninguno es el único soberano.

»El secreto para mantenerlo todo unido, muchacho, es dividirlo todo.»

La sangre. Ríos de sangre inocente.

Cristianos y hierros candentes.
La carcajada de Galerio.
Aprieta la púrpura con más fuerza. Está a punto de rasgarla.
La rabia le enrojece las mejillas, lágrimas nerviosas resbalan por ellas.
La voz de Lactancio, una pluma en el corazón.
«Ruego a Dios para que confíes en tus piernas y en el valor que llevas dentro. La empresa que te dispones a realizar no es ninguna broma.»
Ojos de padre, labios de hijo.
El perfume del cabello de Crispo.
Los brazos abiertos de Elena.
La mirada de la Blanca Señora en el bosque de Iliria.
La de la maldita hija de Britania mientras apuñala a Constancio.
El futuro y el pasado.
«Las decisiones difíciles.»
Todo el peso del mundo recae sobre los hombros del joven oficial. La púrpura machacada, lagrimones salados en los ojos y el rostro en llamas. Es entonces cuando Croco abre la puerta de golpe.
Sollozos apagados, la boca abierta del muchacho, como siempre.
El general tiene los ojos bajos.
—El emperador ha muerto.
Constantino no emite ni un suspiro. Se queda allí, a dos pasos del trono, empapado en llanto, con la púrpura en la mano.
Croco lo mira y después se arrodilla.
—Larga vida al emperador.
En la sala sólo queda el silencio.
Y el estupor y el miedo de Constantino.
Orgullo y dudas infinitas.
«Sangre y honor.»
El futuro de Occidente colgando de un hilo.
Los ojos rojos de un solo hombre.
Es el ocaso de la Era de los Padres. El nuevo mundo está a punto de nacer. El Tiempo del Hijo acaba de comenzar.

Dos

LA CORONA

El señor de Occidente

(306-312)

César

Constantino solía decir: «Convertirse en emperador es cuestión de suerte, pero a quienes la fuerza del Destino ha llevado a la necesidad de reinar, tienen que actuar de modo que se muestren dignos del Imperio.»

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Treviri, verano de 306 d. J.C.

Constancio Cloro, el Pálido, estaba enfermo desde hacía tiempo. Eran pocos los que lo sabían, los más allegados han mantenido la boca cerrada. Pero ahora el emperador ha muerto, ¿de qué sirve guardar el secreto?

Ha sido apuñalado en Britania y ha expirado en una noche, pero habría muerto de todas formas, eso es lo que dicen los médicos. La enfermedad lo surcaba por dentro como un topo ciego acuciado por el hambre. Hacía meses que escupía sangre a escondidas, comía poco o nada, lo indispensable para sostenerse en pie.

Los dioses han sido buenos con el Imperio: a pesar de todo el aspecto del agosto era excelente. Mirándolo a la cara, nadie podía imaginárselo.

«Ni siquiera su hijo.»

A los ojos de Constantino, Flavio Valerio Constancio ha muerto dos veces: la primera, en la mesa de operaciones en Eboracum. Con los matasanos sacudiendo la cabeza y golpeándose el pecho: «Hemos hecho todo lo posible... Las heridas eran demasiado profundas.»

La segunda, en Treviri. Con el cuerpo embalsamado y listo para las exequias, una caterva de lameculos le cuenta la verdad sobre ese mal oscuro que tenía el emperador. Tienen la voz de las Parcas, hablan de un destino que ya estaba marcado.

Constantino, antes de emprender el viaje hacia la capital junto a la familia imperial, se ha pasado la noche en vela.

El cadáver y él, solos como si fueran novios. Separados por la desgracia.

El general germano lo ha dicho claro, las tropas quieren que Constantino sea quien guíe el Imperio.

Pasando por encima de Severo, el sucesor designado. Y pasando por encima de la sangre de Constancio, que tiene tres hijos más: Flavio Dalmacio, Julio Constancio y Anibaliano. Poco más que unos niños, es cierto. Pero dignos del nombre que llevan.

«Legítimos.»

Constantino es la opción improbable. El bastardo sin méritos que ha crecido en la corte de un emperador fracasado.

Pero Croco, el germano, lo ha dejado claro:

—Los soldados están dispuestos a ceñirte la púrpura a los hombros. Si te niegas, estallará una revuelta. Y otro ocupará tu puesto.

Al ejército le importan un rábano las convenciones, la sala del trono y el maldito circo de la Tetrarquía.

Los hombres obedecen la ley del hierro. Sólo seguirán a alguien digno de conducirlos a la batalla. Y Constantino se ha dejado los huesos marchando, luchando y partiendo cráneos por cuenta del Águila. De Oriente a Occidente, su nombre significa algo. El vástago de Iliria piensa a menudo en Diocleciano. Piensa en cómo tuvo que esforzarse, en cómo dedicó la vida entera a hilvanar ese mundo tan vasto. Piensa en sus reglas mágicas, en su convencimiento de que tenía razón.

«El secreto para mantenerlo todo unido, muchacho, es dividirlo todo.»

Y ahora le toca a él romper el espejo. Rasgar el velo, pisotear el sueño.

«A él y a nadie más.»

El destino ya lo ha decidido.

Constantino respira hondo, lanza una mirada a la sala en la que se ha encerrado antes del discurso, y a la metrópoli extranjera que está allí fuera.

Treviri no se parece a ninguna otra ciudad. No tiene el oro de Nicomedia entre los cabellos, ni las manos heladas de Eboracum. Es roca y siglos, tiene la fisonomía de un titán. La residencia imperial es igual que su padre, ruda y oscura como la piel de estas tierras. Más sobria que un recién nacido en una taberna.

Su habitación tiene el mismo aspecto, paredes de cal blanca, el mosaico

con el Águila, sólo una ventana. Asomada a la nada del patio interior.

Está hecha para pensar. Para mantener alejado todo lo demás.

La mañana es puro silencio. El palacio calla. La capital entera calla. Toda la Galia aguanta la respiración. Las tropas no saben nada, nadie lo sabe. Pero esperan, conscientes de que en el destino ni los dioses mandan.

Constantino deja de meditar, paladea por última vez las palabras de su madre.

Las mismas que le confió su padre antes de entregar su alma a Plutón: «Ha llegado el momento, muchacho. Tienes que elegir entre lo que es justo... y lo que es fácil.»

Con la espada al flanco. La lorica en su sitio.

Ahora ya no quiere pensar más.

«No se puede volver hacia atrás.»

El vástago de Iliria agarra la púrpura del sitial y sale allí afuera a hacer aquello por lo que ha venido al mundo.

Otra plaza, otra multitud.

Las mismas ansias, la muda espera.

El Imperio es tan vasto que resulta difícil de imaginar, pero los sentimientos siempre se parecen. De Oriente a Occidente, en los ojos de los siervos y de los soldados hay la misma luz.

«Esas ansias penden de sus labios.»

Constantino saluda a Croco con un gesto de la cabeza, el germano se aparta.

El vástago de Iliria está frente a sus hombres.

Un grito en sordina, el fragor de los guerreros.

Levanta la mano derecha y hace que todos callen: «Escuchad.»

Ni siquiera se aclara la voz. Espera a que el silencio sea palpable, crudo como carne en el matadero.

Sólo entonces empieza:

—Confianza, de eso debemos hablar, ¿no es cierto?

«No se oye ni una mosca.»

—Hay tres tipos de confianza, por lo que yo sé. La primera es la que el lactante tiene en su madre. Sin palabras, incapaz de sobrevivir por sí mismo, confía en quien lo ha traído al mundo porque así lo dicta la naturaleza. Es una

confianza sana y sincera.

Ojos fijos, bocas cerradas. Todo el auditorio está pendiente de él.

—La segunda es la que el condenado inocente pone en las manos de su defensor. En su destino no hay otra cosa que el hacha, quizá la soga. La vida depende de las palabras de un extraño, un mercenario pagado a peso de oro para enfrentarse a la mentira en el Foro. Es una confianza desesperada. Obligatoria.

A causa de la excesiva tensión, alguien ha perdido el equilibrio, provocando un chocar sordo de astas.

El horizonte es impresionante. Siete centurias codo a codo, yelmos, escudos, arreos. Y más allá el pueblo, andrajoso, tripudo. Hambriento de futuro. Hasta donde alcanza la vista.

—El tercer tipo de confianza es inevitable, definitiva. Es la confianza del muerto respecto a quien le sobrevive.

Un estremecimiento azota a la muchedumbre, nubes bajas y viento sacuden la púrpura. Constantino la sujeta entre las manos, la muestra al público como si fuera un cadáver santo.

—El augusto ha muerto. Mi padre, Constancio, se ha batido con honor hasta el último instante, ha caído por defender a Roma. Ha dado su vida por el Imperio al cual había jurado servir. Diocleciano confiaba en Flavio Valerio Constancio, él mismo fue quien colocó la vestidura real sobre sus hombros. Lo nombró César y después augusto, según las leyes que él mismo sancionó. Y mi padre ha decidido confiar en mí. Cuando se dio cuenta de que no iba a salvarse, me dijo que estuviera preparado. Me dijo que pronto, muy pronto, tendría que escoger. Constancio me hizo jurar que estaría a la altura. Pero la ley habla claro, muerto augusto, la púrpura es del César, su sucesor. Severo, señor de Italia, reclamará estas tierras en cuanto conozca el destino de Constancio.

»Y seguro que Galerio, augusto de Oriente, bendecirá la sucesión. Pero no lo hará en nombre de la ley. Se apresurará a aplicar las normas de Diocleciano en su beneficio. Sólo así será el señor absoluto del Imperio. Severo no es más que un fantoche en manos del augusto. Exactamente como Maximino, César de Oriente. Los siervos del augusto están dispuestos a obedecer hasta la muerte. A derramar sangre inocente en su nombre.

»Galerio intentó matarme en Nicomedia. Y envió a sus sicarios cuando

huí de la capital del engaño. Severo recibió orden de no dejarme salir vivo de las fronteras italianas.

Pausa. Un escalofrío recorre a la multitud.

Constantino abre los brazos.

—Para su desgracia, los dioses tenían otra cosa pensada y reservada para mí...

Sonríe. Y con él la ciudad entera.

—Mi padre tenía razón. Él se pasó toda su vida defendiendo y enriqueciendo la Galia, sabía que, en cuanto saliera de escena, horribles chacales se arrojarían sobre el esqueleto de su tierra. Con el único objetivo de destruir todo lo que había construido. Conocía las leyes de Diocleciano. La obediencia que se debe al Imperio.

»Antes de morir podía haber callado. O tal vez decirme que me quedara al margen. En vez de eso quiso prevenirme. Me dijo cómo están las cosas. Me pidió que eligiera entre lo que es justo y lo que es fácil.

»Ahora podría echarme a un lado y permitir que Galerio y su siervo transformen las tierras del norte en el bolsillo de Oriente, en la ubre a la que pegarse y mamar con avidez mientras quede trigo, bestias e impuestos que exprimir. Sería lo fácil.

La multitud vibra al unísono.

—O bien podría comportarme como un hombre y terminar lo que mi padre empezó. —Despliega la púrpura que ha estado sosteniendo durante todo este rato. Con un gesto teatral se la coloca sobre los hombros—. Porque eso es lo justo.

El aire se electriza. La frente de Constantino se frunce. Pantomima y futuro. Guión y destino que cumplir.

—Pero no puedo hacerlo solo.

Silencio.

—Tenéis que elegir, pueblo de Treviri. Reconocedme como augusto y ayudadme a coronar el sueño de Constancio o subid a este palco, arrancadme la púrpura y devolvédsela a su legítimo propietario. Severo y su amo, Galerio, arden en deseos de clavar sus fauces en la carne de Galia.

El emperador ha hablado.

—Vuestro corazón sabrá elegir lo mejor, hermanos míos. Tengo fe ciega en ese corazón. Confío en todos vosotros, súbditos del Imperio. Igual

que mi padre decidió confiar en mí.

Se desata un estruendo, una oleada de entusiasmo.

«La aclamación.»

El gentío está fuera de control, grita enloquecido el nuevo nombre del vástago de Iliria.

—¡AU-GUS-TO!

—¡AU-GUS-TO!

—¡AU-GUS-TO!

Constantino sonríe, con los brazos a los lados. Sus incisivos son casi imperceptibles, Croco, el germano, se da cuenta. De espaldas a la multitud susurra al oído del emperador:

—Un poquito teatral, pero al final ha salido bien. Ya te dije que resultaría fácil... —dice, guiñándole el ojo de forma un tanto burda.

Constantino desenvaina el resto de la dentadura.

Ya no hace falta que se esconda, la gente lo adora.

—¿Demasiado teatral? Sólo lo justo...

El futuro ha empezado.

Y huele a leyes infringidas, y está teñido de púrpura usurpada.

Treviri, otoño de 306 d. J.C.

Septiembre, tras dos meses en el poder, Constantino empieza a acostumbrarse. El joven emperador sabe cómo moverse, ha estudiado en la corte del mejor que nunca haya existido.

Lo primero que hizo, al día siguiente de su proclamación, fue enviar un mensajero a Nicomedia. La espera es para los cobardes, que Galerio sepa con quién se enfrenta.

La respuesta tarda en llegar, ya han pasado sesenta días y todavía nada. Es culpa de las distancias, miles de leguas bajo el sol, con salteadores y emboscadas en cada esquina.

«Sesenta días muy ocupados.»

Mientras el agosto de Oriente reflexiona sobre lo que ha sucedido, Constantino aprovecha el tiempo y acuña su primera moneda. Dinero nuevecito de oro y de plata. Ha escogido la efigie con cuidado, el semblante se

parece a Constancio, el cuerpo es macizo, hecho a buril sobre el metal precioso.

Ha discutido bastante con Croco, el germano es un viejo zorro. Ha servido demasiados años bajo las órdenes del Pálido para no saber cómo funcionan las cosas; entiende de política, no sólo sirve para romper cráneos.

—¡Necesitas un protector! Alguien que legitime lo que has hecho...

Constantino piensa de prisa, apunta alto.

—¿Qué me dices de Hércules? Después de todo, mi padre siempre estuvo de acuerdo con Diocleciano: Júpiter y Hércules están por encima de los demás. Sin tradición somos como hojas al viento...

El germano sonrío complacido. Recuerda a sus dioses, repudiados en lo que canta un gallo para vestir el uniforme de Roma. Así funciona el mundo.

—Excelente. ¡Constantino el Hércúleo! Pero el panteón no es suficiente, se necesitan historias que contar junto al fuego para tener a los soldados contentos. Mejor si están llenas de muertes y asesinatos...

Constantino se encierra en un silencio pensativo. Se exprime las meninges durante toda la tarde. Hacia la noche, un instante antes de la puesta de sol, tiene una iluminación:

—¡Claudio Gótico!

Restriega su idea por la cara del germano, orgulloso como nadie, y aquél encaja el golpe. Tiene que admitirlo, el chico sabe cómo moverse.

Marco Aurelio Valerio Claudio, alias el Gótico, fue todo un héroe. Vivió como un guerrero, dirigió el destino del Imperio con una sola mano. La otra la tenía ocupada machacando bárbaros. Cumplió con su deber en la frontera durante toda su vida; sus tropas aniquilaron a miles de salvajes en el norte, sobre todo godos —así fue como se ganó el apodo—, y también alemanes.

Croco apunta una mueca que sabe a humillación antigua.

Constantino lo acosa:

—¿Qué son esos morros? ¡Es perfecto! Mi familia descende de Claudio el Gótico por línea directa.

Se deleita durante unos instantes con el magnífico hallazgo. El germano no cambia de expresión y Constantino tiene que explicarse para dejárselo claro. A veces le parece que es Diocleciano tratando con él mismo de pequeño.

—Era ilirio. Y consiguió su mayor victoria en Naissus, donde vinimos al mundo mi padre y yo. Era noble, tenía sangre imperial en las venas. ¡Es condenadamente perfecto! Constantino, Augusto y hombre nuevo, descendiente de un auténtico héroe de Roma. ¡Galerio, Severo y Maximino, hijos de una zorra de burdel y asquerosos labriegos! ¿Qué te parece?

Croco traga quina en silencio. El amargor le hace torcer la boca. No hace falta un arúspice para ver que no le convence.

—¿Y cuál sería la línea dinástica, si haces el favor?

Constantino le resta importancia:

—¡Y yo qué sé! Constancio podría haber sido hijo ilegítimo de Claudio, o bien su nieto o su bisnieto. ¿Qué más da?

El germano no ha terminado.

—¿Y puedes explicarme por qué tu padre, durante estos años de reinado, nunca lo mencionó?

Constantino, con la lengua suelta, responde:

—Porque a mi padre no le gustaba vanagloriarse. Fue el augusto más sobrio de todos los tiempos, ¿no oíste el panegírico en el funeral?

Parece que Croco todavía no se da por vencido, pero el joven emperador pone la directa.

—Empezamos a correr la voz. Sin demasiado jaleo, la difundimos como una leyenda que se conoce desde siempre. Dentro de unos años la consagraremos con una oración solemne. He escrito unas líneas, escucha: «La nobleza de tus orígenes es tan excelsa que el Imperio no podía conferirte una dignidad mayor... Ni el casual acuerdo de los demás ni el repentino favor de las circunstancias han hecho de ti un soberano, ¡es por tu mismo nacimiento por lo que mereces el poder como un regalo de los dioses!»

Constantino recupera el aliento.

—O algo parecido... No está mal, ¿eh?

Croco cada vez está más sombrío. El emperador se ha dado perfecta cuenta, tal vez se le ha calentado la cabeza con la historia de la descendencia, pero todavía es capaz de leer en el ánimo de las personas.

—Y bien, ¿puedes decirme qué te pasa, maldito germánico? ¡Y no me digas que es por la batalla del lago Benaco... ya hace cuarenta años de eso!

Croco tiene ojos de Gorgona.

—Querrás decir la carnicería del lago Benaco, emperador...

Deja las palabras flotando, con ese «emperador» pronunciado con los dientes apretados.

«Manchados de bilis.»

El germano desembucha.

—Cincuenta mil muertos... Mi padre y mi abuelo empalados como vírgenes. Dejaron que se pudrieran durante semanas. Claudio envió sus cabezas disecadas a nuestro rey. Yo estaba allí cuando las recibí.

Silencio, duro como una piedra con siglos de antigüedad.

Pero Constantino no es de los que se dejan impresionar. ¿Qué espera el germano? ¿Que se pondrá a compadecerlo como si fuera una mujercita? Cada uno tiene sus propios muertos a los que llorar, la guerra sigue siendo la guerra.

«En cada jodida época y en cada asqueroso lugar.»

—Pero ello no te ha impedido vestir el uniforme de Roma... y hacer carrera en medio de los asesinos de tus viejos, ¿no es así?

«Al igual que la púrpura es la púrpura.»

Los ojos del soberano se clavan en los del general, hasta que el germano baja los suyos.

—Así pues ya está decidido, Claudio el Gótico será mi numen protector. Ahora ve a divulgar la historia entre los hombres. Y déjame solo, tengo un maldito Imperio que sacar adelante.

Croco aprieta los dientes, pero la sangre no tiene tiempo de subirle a la cabeza. Un mensajero irrumpe, con la misma voz rota de Filípides llegado sin aliento desde Maratón.

—La respuesta, mi señor...

Extenuado, traga aire.

—El augusto Galerio ha enviado su respuesta.

Con los ojos fuera de las órbitas, echan al mensajero antes de desenrollar el papiro.

Ya se han olvidado de la discusión por los muertos de hace cuarenta años. Constantino se hace el fanfarrón de palabra, pero al final no se ha visto con fuerzas para recibir él solo la noticia. Ha bastado una mirada al general y éste se ha quedado para compartir lo bueno y lo malo.

El futuro se encierra en unos palmos de papel enrollado. El sello imperial grita que va en serio.

El germano mira el cilindro.

—A mí me parece buena señal... Si alguien quiere arrancarte la cabeza no te manda una nota, ¿no?

Constantino suspira, con la mano derecha le hace una señal para que cierre el pico.

Rompe el precinto, el papel cruje mientras lo desenrolla.

Ojos atentos, línea tras línea.

—¿Y bien? ¿Y bien? —El germano no cabe en su piel.

Constantino sigue leyendo con la frente fruncida.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —Croco está impaciente.

El emperador cada vez contrae más los ojos.

—¿Me quieres decir qué pone, por los huevos de Hércules? —La curiosidad vence a las buenas maneras.

El vástago de Iliria, interrumpido por enésima vez, se vuelve de repente y pone la hoja en las manos del bárbaro:

—¿Y por qué no lo lees tú mismo, obtuso patán de cabellos rojos?

«Cuando son necesarias, hay que hacer ciertas cosas.»

El pelirrojo no sabe leer. Encaja el golpe, abatido. Y se queda esperando en un rincón al fondo de la sala, con la boca cerrada.

Pasa una eternidad, pero al final Constantino esquivo todas las fórmulas de cortesía y la retórica de un comunicado oficial. El corazón desnudo del mensaje le palpita en los puños, la voz de Galerio es alta y clara por el trono usurpado. Por la púrpura que no es suya. Por las leyes inviolables con las que el joven emperador se ha limpiado el culo.

—Dice que «bueno».

A Croco le pilla por sorpresa, un poco más y se habría dormido de tanto esperar.

—¿Qué? ¿Quieres decir que te reconoce como augusto legítimo?

Constantino ha torcido la boca.

—Más o menos.

El germano se rasca la barba. Le muestra una cara de idiota.

—Ha proclamado a Severo augusto legítimo. Y me ha nombrado su César. Incluso ha expuesto mi retrato en el palacio, junto al de los otros tetrarcas. ¿No lo encuentras simpático?

Justo entonces es cuando los ojos de Croco se salen de las órbitas:

—¿César? ¿Y me lo dices ahí plantado, con esa especie de sonrisa estampada en la cara? Galerio acaba de decir que no cuentas para nada. Que sigue siendo él quien dirige el cotarro, ha puesto negro sobre blanco que Severo es tu jefe.

Constantino no es de los que se dejan impresionar, sacude la cabezota y no deja de sonreír.

—Te calientas demasiado, general. Si sigues así te estallará la cabeza...

—Lo mira complacido. «Yo sé algo que tú no sabes.»

Croco continúa sin entender.

—Tú mismo lo has dicho, si quieres echar a alguien no le mandas una nota. Ni tampoco le dices que has colocado su retrato en el comedor, junto al de tus amigos del alma. Galerio ha admitido la derrota. No ha venido hasta aquí a recobrar la púrpura porque sabe que acabaría mal. Me tiene miedo, ¿no lo pillas? Pero no lo puede decir porque, si no, a alguien se le podría ocurrir la bonita idea de librarse de él y colocar a un emperador con los huevos en su sitio. ¿Y qué hace entonces? Cuenta un montón de trolas. Y las cuenta tan bien, con mensajeros por aquí, cuadros por allá, sellos y monedas de oro, que acabará creyéndoselo él mismo. ¡No has usurpado el trono de tu padre, soy yo quien te lo ha regalado! Galerio es un hombre acabado, Croco. Su fin empieza hoy mismo...

El pelirrojo ahora tiene las ideas un poco más claras.

Vuelve a entrar en la partida con un golpe maestro, coloca en la mesa una carta pesada:

—Imagínate la cara que pondrá cuando sepa lo de los cristianos...

Transcurre un instante infinito, se miran fijamente, con las mejillas rojas y lágrimas en los ojos, y entonces estallan en una carcajada espontánea, grosera.

Después de meses de espera, la tensión por fin se ha disuelto.

Constantino, de hecho, ha tomado la delantera. Cuando eligió vestir la púrpura sabía lo que estaba haciendo: un acto de guerra. Que por nada del mundo iba a quedar aislado.

De modo que, al tercer día de reinado, abolió la prohibición de reunión y consintió a los cristianos que profesaran libremente su religión.

Una buena bofetada en la cara del agosto. Los cristianos, desde siempre enemigos declarados del emperador de Oriente, se acaban de

convertir en los protegidos del joven César. El recuerdo de la sangre inocente es demasiado vivo, el hijo de Constancio, en su fuga de Nicomedia, se juró a sí mismo que nunca jamás se derramaría una gota más.

Las persecuciones le han rasgado el alma.

«Para siempre.»

Nadie tocará al cordero, es mejor que Galerio se lo meta en esa cabezota. Si tiene algo que decir, que vaya allí a protestar. Constantino no espera otra cosa.

Ojos felices y mejillas relajadas, la tensión es sólo una pesadilla que se evapora al amanecer. Hay que celebrarlo, iría bien algo de beber. Constantino y Croco no tienen ni tiempo de llamar a los sirvientes cuando otro mensajero caracolea en la sala.

Sin anunciarse ni pedir permiso.

—¿Cuánto hace que no usas el látigo con estos miserables? —Croco tolera mal la falta de respeto, entrar de ese modo delante de la autoridad imperial...

«¡Qué cojones!»

Constantino le quita importancia y repentinamente adopta un tono solemne:

—¿No os enseñan a llamar en la escuela de correos?

La mirada culpable del mensajero, sudor y polvo, la vergüenza lo devora.

Constantino da dos pasos hacia la puerta, cuatro onzas de madera de nogal.

—Tampoco es tan difícil... —Golpetea con los nudillos.

¡TOC TOC!

Con los mismos nudillos golpea la cabeza del mensajero:

¡TOC TOC!

El correo tendrá unos veinte años. El jovencito no habla. Tiene el corazón en la boca.

Constantino no deja de mirarlo, el chico está más rojo que los bigotes del hermano.

Croco pierde la paciencia, se acerca con decisión:

—¡O empiezas a respirar, muchacho... —sudor frío en las sienas del mensajero—, o te vas corriendo a buscar una garrafa de *cervesia*. ¡No tenemos

tiempo que perder, que Júpiter te maldiga! ¡Tenemos algo que celebrar!

El pinchazo en el estómago se disuelve en un segundo. La sangre vuelve a circular. El mensajero de repente se acuerda de lo que ha ido a hacer.

—N-noticias de la frontera, mi señor... —Tiende otro papiro al emperador. Esta vez, nada de sellos con el Águila. Sólo la marca de la Décima. Nuevas desde el frente.

El mensajero se lanza:

—M-malas noticias, me temo...

Constantino echa un vistazo. La prosa de los generales no es la del agosto, sino breve y clara. Levanta la cabeza y la sonrisa no ha desaparecido. Hace un gesto de complicidad a Croco:

—Excelentes, querrás decir. Por lo que parece los condenados francos y tus amigos alemanes empujan desde el Rin...

Al mensajero ya nadie le hace caso.

Recula, desaparece y le da gracias a Mercurio, dios de los ladrones y de los despiertos, por haber salvado la piel.

Ahora es el general bárbaro el que sonrío.

La sonrisa cruel de quien mata por trabajo.

—¿Y bien, César? ¿Qué harás ahora que tienes un Imperio que sacar adelante?

Constantino lanza el despacho al suelo, marcha seguro hacia la salida:

—Lo que mejor me sale, amigo mío. Corre a sacarle brillo a la espada. Y despierta a los hombres, ¡nos vamos a la guerra!

El rival

Cuando [...] se mostró la imagen de Constantino en Roma, Majencio, hijo de Maximiano Hercúleo, consideró intolerable que Constantino, nacido de madre oscura, obtuviera cuanto deseaba, mientras que él, hijo de dicho emperador, se quedaba inmóvil mirando a los demás mientras defendían el poder de su padre [...]

ZÓSIMO, *Historia nueva*, II, 9, 2

Roma, otoño de 306 d. J.C.

Roma está gorda y avejentada. Tiene el aspecto de una matrona que pasa un poco de los cincuenta. Te das cuenta por los olores y las caras de la gente.

Majencio pasea por las proximidades del Circo Máximo y observa la hierba macilenta. Los caballos deslomados, las vigas en reparación. Los rostros de los artesanos en los talleres, demasiado rollizos y poco sudados. Roma es un parásito, su gente se nutre del esfuerzo de los demás.

Primera hora de la tarde, estar al sol es un placer. Octubre ha llegado, pero nadie parece haberlo advertido. Majencio desciende desde la colina hacia el río. En la orilla, unos niños inocentes juegan. Las madres están asomadas a las ventanas de las *insulae* sin nada que hacer.

Roma es lenta, incluso cuando está de fiesta.

El cortejo lleva todo el día paseándose, Majencio se lo ha cruzado cinco veces. No tiene ni idea del recorrido que hace, intenta evitarlo, pero siempre acaba encontrándose delante, irritante como una insolación.

Los estandartes lo dicen todo, el rostro de Constantino es llevado a hombros por la Urbe junto con el de sus ilustres colegas: Galerio y su nariz ridícula, Severo el enjuto y Maximino Daza, el lameculos del agosto.

Se celebra la proclamación de un nuevo César, así lo quiere la tradición.

El tripudio es vulgar, hay un centenar de clientes pagados para que aclamen, con la garganta roja a fuerza de berridos. Y una decena de soldados, como si hubiera algún peligro. Como si a alguien le importara...

Majencio cambia de dirección, crispado, se dirige hacia el Foro. Se detiene en una bodega. Ordena al esclavo que lo acompaña que pida algo de beber, se cruza con un par de conocidos que disfrutan del calor e intercambia un par de frases de cortesía: los juegos de otoño y el recuerdo todavía vivo de las Vulcanales.

—Mi mujer está loca. ¡En agosto compró diez minas de peces para sacrificarlos en el fuego! Diez minas, ¿te das cuenta?

Majencio sonrío, ni siquiera escucha al rico senador. Ni siquiera se le pasa por la cabeza que, con el pescado que esa mujer sacrifica por Vulcano, un soldado de las provincias puede pasar un mes. En Roma ni los pobres son pobres de verdad.

Reverencias, también entre los esclavos, y la caminata continúa. Majencio no consigue recordar el nombre del senador con el que acaba de cruzarse. En cambio, tiene muy presente a su loca mujer. Formia, la belleza de Capua. Su familia se ha hecho una reputación gracias al comercio de trigo, vino y aceite. Sus abuelos cavaban la tierra y se rompían la espalda con las maromas y los birremes llenos de tinajas, para que ahora ella, diosa entre las diosas, pueda derrochar el patrimonio en vestidos de corte galo y ofrendas votivas.

Así es como se mueve el mundo, cuanto más bella es una mujer, más cara te saldrá.

Formia siempre ha sido uno de los mejores partidos de Capua. Su padre, Morquio, se lo pensó mucho antes de confiarla al senador sin nombre. Había en liza un terrateniente africano y también un par de retoños de familias destacadas. Pero al final, la fascinación de Roma ganó la partida.

De modo que la bella Formia acabó por aburrirse, ¿y qué mejor que ir de compras para combatir el aburrimiento? Un esclavo tracio hoy, una litera nueva mañana, vestidos, joyas, sacrificios... El senador hizo sus cuentas y al final se mudó. Mujer y sirvientes se fueron a la Villa de Preneste, en la vía Labicana. Y la casa de la ciudad entera para él. La residencia del campo le costó una fortuna, pero siempre será menos de lo que esa loca habría gastado si hubiera seguido con las riendas flojas. Bien mirado, ha hecho un buen

negocio.

Majencio está informado de los hechos porque él también tiene una casa por esa zona. Mucho más grande, naturalmente, él es el hijo del agosto, no un mercader piojoso.

«Y está mucho más triste.»

La verdad es que Majencio se aburre más que la matrona exiliada, por eso va a la ciudad tan a menudo, sin nada que hacer.

Hoy pensaba quitarse de encima el mal humor, tal vez pasar a ver a Apulonio, el vendedor de esclavos que está a dos pasos del Coliseo. Le ha hecho saber que han llegado auténticas perlas de Numidia, unas venus de obsidiana dispuestas a satisfacer cualquier requerimiento.

Pero al final nada, por culpa del desfile y del júbilo imperial se ha quedado sin perlas y con unos morros de un estadio.

En el umbral de la tienda cerrada, Apulonio abre los brazos. Majencio encoje los hombros y pasa de largo, con el humor cada vez más negro. Da la vuelta por el Anfiteatro Flavio y esquivo a los charlatanes a la caza de apuestas:

—¡Corconio, mi señor! ¡El terror de la Galia! ¡Apuesta por él y no te arrepentirás! ¡Dinero asegurado, oh magnífico!

Pero no es la voz del charlatán lo que provoca que dé un brinco, es el sonido incesante del escoplo sobre la fría piedra.

El hijo de Maximiano suda, más de lo normal.

Frunce la nariz en una mueca de desprecio, apunta el dedo hacia el frontón meridional del arco. Dos operarios están trabajando duro, colgados de los andamios de madera blanda. El perfil de Constantino en el bajorrelieve redondo es inconfundible.

—¿Qué te turba, mi señor? —El esclavo que va tras él no tendría derecho a hablar. Pero su amo le preocupa, cuando actúa de ese modo no se puede estar tranquilo.

Majencio se vuelve hacia él sin dejar de señalar el pegote a media altura. Tiembla, con la cara enrojecida:

—¿Que qué me turba?

El esclavo ahora tiene miedo. Cuando se calienta se vuelve malo... y acaba recibiendo él.

Majencio pierde los estribos:

—¿Que qué me turba, dices? Pero ¿no lo ves, por Júpiter Pluvio? ¿No ves la que ha organizado ese loco de Galerio? Ha hecho de ese hijo de perra un emperador...

Escupe en el suelo, después se golpea el pecho con el índice, con los ojos fuera de las órbitas.

—Yo tengo sangre imperial en las venas. Y estoy aquí explicándole a un esclavo por qué Roma se está ahogando en el lodo...

El esclavo traga saliva. Habría sido mejor callarse.

Majencio vuelve a temblar.

—...mientras él complace a ese bastardo. ¡Un bastardo usurpador hijo de perra!

Ahora está cara a cara con el siervo. Ojos mezquinos y aspecto duro.

—¿Entiendes ahora qué cojones me turba?

—Y la legitimación de Constantino es el menor de los males, créeme...

—La voz bonachona hace que Majencio se vuelva de golpe. Los ojos bovinos del senador Léntulo lo miran sin ninguna expresión.

Mejillas rojas y derrames en los capilares. Un hilo de baba en el labio inferior, cabello escaso. El senador no está solo. El pretoriano que está a su lado es una cara conocida; yelmo bajo el brazo y coraza reglamentaria, negro como la culpa. Es tan gordo que las piernas parecen dos *lucanicae*. Su nombre es Pacífico, pero tiene dientes de lobo, nada que ver con el *nomen omen*.

Habla en tono cavernoso:

—El augusto acaba de revocar los privilegios de la Urbe, se acabaron las exenciones de los impuestos directos.

Majencio no puede creerlo.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Tendremos que pagar tasas como cualquier otra miserable provincia? ¡Esto es Roma! Ese campesino debe de haber perdido el juicio...

Pacífico no ceja.

—Seguro que lo ha perdido, porque acaba de disolver el cuerpo de los pretorianos...

—¿Bromeas?

—¿Tengo aspecto de hacer teatro?

Léntulo, con la voz monocorde, dice:

—La noticia acaba de llegar al Senado. Es oficial, lleva el sello del

Águila.

Majencio no sabe qué decir, el desaliento es peor que la rabia.

Léntulo, en cambio, sí tiene una idea. Una de las que hacen temblar las piernas.

—Tal vez deberíamos reconsiderar la posición del recién elegido.

Después de todo, si un bastardo ha usurpado la púrpura y ha sido reconocido como César, el hijo legítimo del Augusto ¿hasta dónde podría llegar? La verdad es que tendría todo el derecho a llevarse lo que le corresponde...

Dos pares de iris dispuestos a todo miran a Majencio, en cuyo rostro despunta una sonrisa cruel.

El sol de Roma resplandece que es un primor.

Roma, 28 de octubre de 306 d. J.C.

Sucede tan de prisa que las dudas se desvanecen de un plumazo. Pueden aducirse las razones que se quiera: la desventaja táctica, las tropas debilitadas, la inexistente experiencia militar del hijo de Maximiano... Los pretorianos no atienden a razones, el pueblo de Roma está revuelto por los impuestos, Léntulo y los senadores se han ocupado de que así sea.

«El 28 de octubre, la púrpura ciñe los hombros de Majencio.»

El mezquino vestido de fiesta se refleja en el enorme escudo de gala. La loriga brillantada, el calzado flamante; el enorme manto incluso lo hace parecer más bajo, el carmesí no le favorece.

La cara pálida y llena de pecas, el cabello aceitoso; se está meando, pero no hay tiempo ni para eso.

La proclamación es una farsa. Majencio es exhibido como un trofeo ante seis mil pretorianos de uniforme. La legión alborota, grita como un rebaño de monos en celo, mientras Léntulo y Pacífico permanecen a los lados del novel emperador, marcándolo de cerca.

El recién elegido hace una señal a los soldados para que se calmen, para que hagan silencio. Tarda un poco en convencerlos, tiene la misma autoridad que una tortuga del revés.

—No me llaméis Augusto, os lo ruego. Para vosotros y para Roma seré Príncipe... al menos hasta que Galerio no reconozca mi legítima autoridad. Acabo de enviar un mensajero a Nicomedia. En un mes tendremos la

respuesta. ¡Entonces... —agita el dedito de siempre como una arma inapropiada— sólo entonces me llamaréis agosto! ¡Y todo el Imperio sabrá quién soy!

Júbilo poco convencido, y la pantomima de la representación pública.

Majencio da la vuelta a la ciudad montado en la litera del pretor. El Águila y el Escorpión están bien a la vista.

El pueblo lo aclama y espera que ese fantoche sea de una pasta distinta a la de Galerio. Como mínimo que tenga cuidado con los impuestos. Los romanos, ya se sabe, están más acostumbrados a tomar que a dar.

Roma, finales de noviembre de 306 d. J.C.

El fantoche se porta bien.

Durante todo el mes hunde las manos en el erario y despilfarra como si el fin del mundo estuviera a las puertas. Promesas, juegos, donativos, el mes más loco que la ciudad haya vivido nunca *ab urbe condita*.

Roma se transforma en la isla de los lotófagos. La gente celebra las fiestas día y noche, se emborracha con el dinero público, baila desnuda por las calles.

El príncipe es aclamado del alba al anochecer en un alborozo eterno.

Pero el despertar llega una mañana de noviembre. El sol también ha cedido y empieza a hacer frío en serio. El viento del norte fustiga el río y las grandes directrices; la vía Labicana es lluvia y viento helado. Majencio se despierta con un sobresalto, con los ojos sucios de sueño y la boca pegajosa de jugo de mujer. Alguien llama a la puerta, parece que quiera echarla abajo a martillazos.

Majencio esquiva a las esclavas del suelo y los enormes cuerpos de Léntulo y Pacífico, desnudos como gusanos, desvanecidos un poco más allá. Ahora que se fija, ve que él tampoco lleva nada.

Aferra un trapo de la mesa del centro de la sala, está manchado y rasgado por dos sitios. Se lo echa encima sin pensar, abre la puerta y al final se da cuenta, borracho perdido, con la púrpura y nada más, que está a punto de recibir la noticia más importante de su vida.

El mensajero, al otro lado de la puerta, jadea y suda como un cerdo.

Majencio siente un poco de ansiedad, pero el futuro ha dejado de darle

miedo.

«Especialmente desde que ha empezado a emborracharse todas las noches.»

Esboza una sonrisa pícaro:

—¡No me digas nada! Es la respuesta del augusto, ¿verdad? ¡Gran Júpiter, no quepo en la piel!

El mensajero resopla. Tiene aspecto de haber corrido bastante.

—No exactamente, mi señor...

Majencio abre los ojos:

—¿Qué estás diciendo? ¡Explícate, miserable!

Por la agitación, la púrpura se desata y Majencio se queda desnudo y con la boca abierta. El manto estropeado parece una bufanda hecha a mano.

El mensajero le mira el colgajo un segundo de más, después se recupera y escupe el sapo:

—El augusto Galerio no reconoce tu autoridad, príncipe...

Majencio se da cuenta de la mercancía que expone, se anuda la púrpura a la cadera e intenta darse aires de importancia. Pero parece un bárbaro que acabe de despertarse.

—¿Y te ha mandado a ti para decírmelo?

—No exactamente...

Majencio pierde la paciencia:

—Déjate de adivinanzas. ¡Habla! —Abofetea al mensajero. Pero la mano del príncipe es carne débil contra una pared de ladrillos.

El mensajero no se mueve ni un palmo.

—Ha enviado a Severo para que recupere Roma. El augusto está viniendo desde Mediolanum con veinte legiones. Partieron hace una semana, he hecho lo posible para llegar antes. Estarán aquí en pocos días...

«Pánico.»

«Puro pánico.»

La maldita púrpura se desata otra vez y cae al suelo, dejando al príncipe con la cabeza llena de pensamientos y el culo al aire.

Ni siquiera se da cuenta de la presencia de Léntulo, el senador tiene la manía de arrastrarse por la espalda.

—¿Y ahora qué harás, príncipe?

Majencio se vuelve de golpe. Léntulo está desnudo, igual que él, con la

piel blanquecina. Ahí están, barriga contra barriga y el aparato a la vista, discutiendo sobre el futuro de Roma. Se añade también Pacífico. Al menos él se ha puesto algo encima.

—Sí, ¿qué tienes intención de hacer?

Ambos lo miran con los brazos cruzados; Majencio está más pálido de lo habitual, parpadea un par de veces, pero no se trata de ninguna pesadilla.

«Es el jodido mundo real el que la emprende a patadas con él.»

Suda.

Traga saliva y ofrece su solución con las cejas hacia arriba:

—C-creo que llamaré a papá...

Treviri, noviembre de 306 d. J.C.

Fría y húmeda, Treviri no es una ciudad para señoritas, especialmente en noviembre. Se necesita carácter para vivir en un sitio como éste. Es un lugar perfecto para una auténtica dama, por eso la ha mandado llamar.

Hoy es el gran día, esperado desde el infinito.

Han pasado más de catorce años, tantas estaciones en fila dan miedo. Constantino ni siquiera se acuerda del verano en que partió. Tiene en la cabeza el viaje interminable, el calor y las noches al raso. El mutismo de su padre y el nudo en la garganta cuando lo dejó solo en tierra extranjera.

Pero aquella mañana ya se ha desvanecido, no queda nada aparte de sus ojos.

Ojos de hierba y riachuelos. De albas heladas.

El César de Occidente recuerda sus lágrimas, tragadas a la fuerza mientras el corcel se alejaba.

«Nunca ha dejado de pensar en su madre.»

Elena la hermosa, señora de Naissus.

Elena la *stabularia*, hija de nadie, concubina del Imperio.

Elena y punto, su madre, que ya debe de llevar a la espalda más de cincuenta primaveras.

La madre que nunca más ha sabido nada de su hijo secuestrado, que se ha roto la cabeza imaginando, rezando cada día para que los dioses velasen por su criatura. Que lo hicieran fuerte como ella. Y también sabio. Que lo cubrieran de oro y fortuna.

Catorce años de fe incontrolable. Cualquier otra, al no recibir nunca noticias, podría haberse derrumbado.

«Pero ella no.»

La confianza es una planta que necesita cuidados. Hay que regarla todas las noches.

Con lágrimas, si hace falta. Con sonrisas.

Constantino ha esperado que todo se cumpliera antes de enviarle el mensaje. Sabe que el destino es un miserable, si bajas la guardia se acabó. Cada cosa tenía que estar en su sitio.

Una noche de hace muchos años, en Palestina, cuando se convirtió en centurión hizo una promesa, se juró a sí mismo que nunca se detendría. Que llegaría hasta la cima, y sólo entonces la llamaría a su lado.

Ese momento por fin ha llegado. Nadie conoce los caminos del destino, pero ahora que la púrpura le cubre los hombros, ahora que todo el universo lo llama «césar», es hora de curar las viejas heridas. De coger de la mano a la *stabularia* y convertirla en emperatriz.

Está todo listo: las puertas del palacio abiertas de par en par, la alfombra bermeja extendida en el suelo. Las siervas con los brazos desnudos, al menos un centenar, llevan cestas repletas de pétalos secos. El ejército en segunda fila, con las catafractas relucientes y las armas a media asta. Se trata de una fiesta, no de un asalto.

La litera aparece de repente, delicada. El César tiene los ojos brillantes.

Constantino ha dejado a un lado lorigas y yelmos, insignias presuntuosas y oro puro. La ha cogido de la saca que lo ha seguido por medio mundo, pequeña y andrajosa, apenas le cabe. Es la túnica que llevaba aquel día, el día que dejó Naissus con destino a Nicomedia. Lino basto, cosida a mano por quien le dio la vida.

Se la ha puesto con orgullo, el cuerpo musculoso queda apretado ahí dentro. Descalzo, sólo la púrpura sobre los hombros poderosos. Catorce años en una imagen.

«Lo que era.»

«Lo que soy.»

La cortina se aparta, el pie de su madre sobre el suelo sagrado, el vestido noble, el cabello recogido.

Hilos de plata y arrugas en el cuello, pero la mirada está intacta.

El momento impone sobriedad, pero ella sonríe. Elena avanza con paso decidido, las siervas la cubren de flores, alguien toca una melodía conmovedora.

Pétalos y c taras.

Sólo hay un paso entre los dos.

Y catorce años sin decirse una palabra.

Los labios de Elena tiemblan:

—Hijo mío...

Se arrodilla ante el emperador.

—Mi césar...

 l no quiere, se agacha y la alza.

—Madre..., mi señora...

Ella se levanta, se seca las lágrimas con la manga del vestido.

—Tu padre estaría tan orgulloso...

Los ojos de Constantino ya no son los del muchacho al que vio partir.

Incluso ella se da cuenta.

El hijo la mira orgulloso.

—Constancio está muerto, madre. Ahora quedamos sólo t  y yo...

Ella le lanza los brazos al cuello. Le besa la boca, que sabe a sal.

—S , s , s ...

No deja de asentir.

Alrededor es una gran fiesta y alborozo.

En el centro de la escena, un abrazo sin fin.

Entre bastidores, el pasado ru n es bilis fría que sube por la tráquea.

Teodora la Matrona, esposa legítima de Constancio, mira a esos dos y le entran ganas de escupir al suelo.

Lo viejo se pudre y lo nuevo resplandece.

«Es el Imperio, guapa. Será mejor que te acostumbres.»

Las semanas pasan desbocadas. El entusiasmo de Constantino está por las nubes, sólo tiene ojos para ella. Primero la nombra *nobilissima femina* y le regala el patriciado que se merece. Borra para siempre la marca de la *stabularia*. Ahora Elena es una mujer de alto rango, su sangre es igual que la de los togados.

Pero no es suficiente, el bastardo convertido en emperador quiere más para su madre. La cubre de oro de la cabeza a los pies, hace pintar efigies que la representan con peinados a la moda y corona de perlas. Hasta le confiere el derecho de llevar la diadema como símbolo de majestad.

Y todavía no está satisfecho.

Elena maúlla feliz mientras Teodora la Matrona se afila las uñas en silencio.

Las antiguas rivales se olfatean de vez en cuando, a menudo bufan como gatas salvajes.

—Elena, *nobilissima*... —Teodora arrastra el adjetivo como un trapo para limpiar el suelo, se mofa y araña—: He visto la maravillosa cadena... ¡Oh, perdóname! El maravilloso collar que te ha regalado el emperador.

Elena enseña los dientes.

—Realmente notable, con todas esas piedras y esos maravillosos zafiros —insiste—. Pero tal vez un poco demasiado pesado... ¿Sabes?, dicen que a cierta edad no es bueno levantar pesos.

Elena está a punto de estallar. La legítima no para, se golpea la frente con la mano. Ni que estuviera en el teatro.

—Pero qué tonta soy, casi lo olvido... Tú tienes cierta experiencia con los trabajos domésticos. Por tu pasado, quiero decir... —Su sonrisa es peor que la de una víbora—. Y, además, a saber cuántos habrás levantado en tus tiempos... pesos, quiero decir. Grandes, pequeños, los habrás tenido en las manos de todas las medidas. Personalmente, yo nunca he visitado ninguna, pero me dicen que por las casas de postas pasa un montón de gente. Un río de hombres de viaje, un montón de pesos distintos...

Elena tiene muchas ganas de sacarle los ojos, pero entonces le seguiría el juego. No tiene otro remedio que dominarse, actuar como dicta su rango. Le contesta en el mismo tono, le hace tragar a esa presuntuosa toda su soberbia.

—Mi hijo es demasiado espléndido. Al final hará que me sienta incómoda a causa de su generosidad. Sin embargo, los tuyos son adorables, recuérdame sus nombres, por favor...

La víbora le sigue el juego, quiere ver cómo se las apaña la *stabularia*.

—Flavio Dalmacio, Julio Constancio y Anibaliano. —Incluso le planta los patronímicos para darse importancia.

Elena ni se inmuta.

—Y, recuérdame, ¿cuál de ellos fue designado heredero a la muerte del noble Constancio?

Ahora es la *nobilissima femina* la que sonrío. Planta los ojos en los de Teodora, que tiembla de cólera. Está a punto de decir algo, pero Elena baja la mirada. Finge humildad mientras le asesta el golpe mortal, con la mano en la boca:

—Por Júpiter Pluvio, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo he podido olvidar que la dignidad imperial no tiene nada que ver con la sangre? ¿Que sólo el mejor tiene derecho a la púrpura, independientemente de quién lo haya traído al mundo? Debes disculpar a esta pobre vieja sin instrucción, noble Teodora. Si no pongo atención en lo que digo, un día de éstos haré el ridículo en público. —Y la deja así, sacando espuma y consumida de rabia.

Dicen que dos gallos son demasiados en un gallinero, pero a juzgar por cómo se picotean, estas gallinas no acabarán haciendo las paces.

Antes o después, una de las dos se dejará las plumas.

Es entrada la noche, en la cabeza todavía bulle un mar de pensamientos.

Son días intensos para el César de Occidente, el Imperio tiene mucho que hacer. Noticias extrañas llegan del sur, parece que el hijo de Maximiano ha sacado pecho. Pero Constantino no tiene prisa, se queda mirando mientras resuelve sus propios asuntos. La alegría por el regreso de su madre es absoluta, embriaga como un vino dulce. No puede dejar de ensalzarla. Esta mañana le ha hecho otro regalo, la dignidad de Augusta y el derecho a acuñar monedas con su efigie. Ahora el cuadro ya está completo.

La hija del bodeguero es emperatriz: «Arrodíllate, mundo.»

Y, sin embargo, en la garganta de Constantino hay un regusto amargo, un no sé qué que quema. Apesta a miedo y también a sentimiento de culpabilidad. De vez en cuando tiene la sensación de hablar por boca de ella, los pensamientos de Elena se convierten en los suyos demasiado a menudo y no puede hacer nada por evitarlo.

La madre susurra en la cabeza del César y en su oído. Sugiere, no se aventura a ordenar. La Augusta está a su lado, nunca soñaría con sentarse en el trono.

Constantino ya no está solo. Pero no sabe si eso le gusta.

Reflexiona sobre el jergón, desnudo como vino al mundo. La luna

gigantesca, allí fuera, imposibilita el sueño.

Un crujido imperceptible de la jamba, la puerta gira sobre los goznes. El instinto no es algo que se apague como una vela, Constantino coge el estilete que tiene bajo la almohada de plumas dispuesto a actuar. Escruta la oscuridad y entonces la ve, grácil y fuerte, llevando encima sólo la túnica transparente. Con las formas todavía firmes, el cabello suelto. Elena avanza con los pies descalzos.

Constantino no sabe qué pensar, la verdad es que no la ha invitado a entrar. Deja el estilete en el suelo.

—M-madre...

Elena sonrío, arrugas y dientes blancos que brillan a la luz de Diana. Entra en la cama sin pedir permiso. Abraza a su hijo desnudo. No hay incomodidad, sólo calor.

—¿No puedes dormir, pequeño mío?

Constantino acurruca la cabeza sobre su seno, deja que las manos menudas violen sus rizos. Los nudos del cuello se diluyen al instante.

—No, madre...

Ahora sólo hay paz y tranquilidad.

La voz de Elena es pura miel.

—Cierra los ojos y no pienses en nada. Mamá está aquí...

Constantino debería sentir vergüenza.

«Pero no es así.»

Muge, se abandona, los dedos de Elena concilian un sueño que falta desde hace demasiadas lunas.

La madre habla. Poco más que un bisbiseo, antes de que el olvido lo invada todo:

—Teodora debe desaparecer. Junto con su sangre mezquina...

Constantino se estremece, pero es sólo un instante.

—Sí, madre... —masculla despacio. Ya sin voluntad. Y luego se pierde, mientras Elena le besa en la cabeza.

Mañana no será un buen día para la esposa de Constancio. Ni para la descendencia del Imperio.

En pocas horas la caravana estará dispuesta: literas, mobiliario, provisiones y siervos. En Tolosa, al otro lado del universo, hay una jaula esperándolos.

Residencia imperial, así la llaman.

Tiene amplias salas y despensas repletas hasta lo inverosímil. Allí es donde acabará la víbora, junto con sus cachorros.

«Porque así lo ordena la augusta.»

Y el César no puede hacer otra cosa que obedecer.

Mañana será un día de llanto y despedidas, rencores y maldiciones.

«Mañana, no ahora.»

Ahora sólo hay espacio para Morfeo y sus amapolas.

Y los dedos infatigables de una madre.

Lucania, otoño de 306 d. J.C.

Maximiano ha tenido un mal despertar.

Le sucede a menudo desde que le toca estar en ese páramo de cabras. Lucania nunca ha sido un buen sitio para vivir. Pero al menos antes era salvaje, un lugar honesto, lleno de peligros. Osos, lobos y rapaces, depredadores en una estricta cadena, unos encima y los otros debajo. Después llegó el Imperio y su afán de conquista, y venga a talar bosques y construir barcos.

La Tercera Legión ha devastado lo que quedaba del paisaje con años de guerras y parrandas. Ahora sólo quedan llanuras, rocas y estúpidos socavones. Los animales han huido a la montaña y las ciudades son ridículas. Llenas de palurdos que no sirven para nada.

Maximiano pensó que hacía un buen negocio cuando compró la propiedad, era el sitio ideal para retirarse. Tenía razón: por ahí no molesta nadie, porque no hay nadie. De la mañana a la noche, el ex augusto siempre se cruza con las mismas caras: el *tonsor* que sube de la aldea para arrancarle la piel a tiras, los legionarios de la guardia, las esclavas para satisfacer sus necesidades. Toscas, sucias y con unas cejas que no se pueden ni mirar.

Maximiano les echa un vistazo mientras lavan su ropa en la tina o mientras friegan el suelo a cuatro patas.

«Es lo único que saben hacer.»

Ha intentado llevarse a un par al jergón, pero no tenían ni idea de cómo hay que ordeñar a un toro. No es que fueran vírgenes, pero eso no significa nada. Si nadie te enseña, al final no aprendes nada de nada. Y Maximiano es

viejo, ya no tiene ganas de hacer de maestro. Ni aunque se trate de follar como es debido.

Al final las acaba echando a azotes. No las ha apaleado porque es un tipo refinado. Pero se lo merecían.

«Maximiano se aburre.»

Está todo muy quieto desde que Diocleciano le ordenó hacerse a un lado. Las órdenes no se discuten, por favor. Pero el asunto de la abdicación siempre le ha parecido una colosal injusticia. Maximiano todavía se sentía joven y su general lo conminó a volverse anciano.

De hoy para mañana.

Al principio pensó que podría evitar la maldición. Que entre estas montañas secas encontraría la paz que durante toda su vida se le había escapado de las manos. Pero no ha sido así, al final del camino no hay ningún sosiego. Sólo aburrimiento, el que sienten los viejos que se pasan el día espionando la vida de los demás.

¿Cómo lo hacen para pasar el tiempo hasta la noche?

Las cuchillas de los brúcteros y de los germánicos no consiguieron separar el alma del emperador de ese corpachón. Hacía falta que llegara la jubilación.

El ex purpurado tiene la sesera llena de pensamientos y las manos debajo del mentón cuando un mensajero llegado de Roma aparece para devolverle la vida.

Lo envía ese miserable hijo que tiene. El muy inepto debe de haber pedido prestados un par de cojones, porque el mensajero dice que se ha hecho con la Ciudad Eterna y reclama la dignidad de agosto.

«¿Y a mí qué más me da?», piensa el viejo, pero no deja de escuchar. El correo añade que las cosas se han puesto mal, Galerio lo toma por loco y Severo está llegando desde Mediolanum para enseñar al novato un poco de educación.

«Severo...»

El solo nombre de ese miserable hace hervir la sangre de Maximiano. El mamarracho ha recibido sus legiones como regalo y ahora las comanda. Mientras que él se ve obligado a jugar al pastor en medio de las piedras.

Majencio está metido en un lío, pero el asunto interesa poco al viejo porque, más que cualquier otra cosa, ve en ello una oportunidad para recuperar

lo que es suyo. Lo que le fue negado cuando a Diocleciano, tozudo como una mula, se le metió en la cabeza que era el momento de quitarse de en medio.

La decisión llega como un relámpago.

El ex augusto despide al mensajero sin demasiados cumplidos. Luego se mete en casa, coge papiro y cálamo y empieza a escribir palabras de fuego. Escribe a su antiguo compañero de armas, el mejor emperador que nunca ha tenido Roma. Habla a Diocleciano como si lo tuviera delante, sin florituras ni juegucitos. Le cuenta la rabia que le quema en el pecho, el lío que han montado «los chiquillos». Le habla de su hijo en Roma, deseoso de legitimación. Del absurdo reconocimiento de Constantino, de la manía de Galerio por los impuestos y de toda la porquería que llueve sobre la capital.

«¡Recuperemos el maldito Imperio! ¡Volvamos a hacer el trabajo para el que hemos nacido!»

Lo enrolla, lo sella y lo envía.

Mira al correo desaparecer en el horizonte y por fin se relaja, con la espalda contra la pared y respirando bien hondo.

Hacía un montón de tiempo que no se sentía así.

Inspira, espira. Satisfecho.

—No queda más que esperar la respuesta de Diocleciano.

Se pone de pie, da dos pasos. Habla solo:

—Dos semanas. Tres como máximo. —Se restriega las manos, se pellizca la barba—. Aunque quizá antes...

Se rasca la cabeza, la impaciencia es una avispa en el estómago. Se cruza con el espejo, latón brillante en la pared, y en él ve a un guerrero, ya no al veterano.

Los acontecimientos están preñados de esperanza.

El destino es mujer, cambia de idea con cada ráfaga de viento.

—¡Ahhh! ¡Que se joda Diocleciano! —Maximiano es una furia, coge la loriga del arcón.

Está llena de polvo, pero le da igual. Se la pone como una promesa, sale flechado hacia el patio y da el toque de diana a los legionarios.

—¡Herrad los caballos! ¡Nos vamos dentro de una hora!

El más atrevido pregunta, no sabe si hace bien:

—¿Hacia dónde, mi señor?

Maximiano sonrío:

—Vaya una pregunta, muchacho... ¡Nos vamos a Roma!

Roma, invierno de 306 d. J.C.

No ha ido tal como se lo imaginaba. Durante todo el viaje no ha hecho otra cosa que fantasear sobre batallas campales, asaltos nocturnos, aclamaciones exultantes. Pero al final ha sido todo más simple, no se ha derramado ni una gota de sangre. Debe de estar en el destino de Majencio, ese mezquino siempre acaba ganando sin mover un dedo.

El viejo augusto ha entrado a lo grande, las tropas no creen en lo que ven sus ojos, el comandante en jefe ha vuelto. Maximiano emplea un montón de tiempo en estrechar manos y golpear los hombros de los conmlitones.

Su hijo está al fondo de la explanada de músculos y armas. Con los brazos cruzados, tamborilea con los pies impacientes. Maximiano no tiene prisa por ir corriendo hacia el príncipe, prefiere marcar la jerarquía.

Pero media hora más tarde, el mezquino pierde la paciencia. Hinchaba el pecho como una oca y grazna:

—¿Cuánto tengo que esperar todavía, padre? ¿Es éste el respeto que reservas para tu príncipe?

Lo ha dicho con la voz bien alta, para que todos sepan que el enjuto no está dispuesto a hacer excepciones.

Ni siquiera con papá.

Maximiano lo oye alto y claro. Está conversando con un veterano, vuelve la cabeza con una lentitud infinita. Sus ojos son dos fisuras incandescentes, su ira hierve. Se disculpa con el curtido guerrero. Pasos lentos lo guían hacia su sangre mientras cala el silencio.

Al lado de Majencio están Léntulo y Pacífico con el traje de las grandes ocasiones.

«El lobo y el zorro en el tribunal del simio.»

El viejo soldado se acerca, el senador y el pretoriano tragan saliva. El seboso es el único que no lo ha entendido y sigue sonriendo. Es todavía más ridículo de lo habitual, lleva una loriga oscura, con el Escorpión del pretor bien a la vista. Le va grande, parece Diógenes en su tonel.

El burro se ríe con sarcasmo. No sabe lo que le espera.

Maximiano recorre las últimas pértigas a grandes zancadas.

Ahora, padre e hijo están el uno frente al otro. Con los ojos a la misma altura, el miserable está sobre un púlpito para darse importancia, normalmente Maximiano le pasa tres palmos y medio.

Majencio intenta decir algo, pero la voz se le ahoga en la garganta cuando su padre se la agarra con la mano derecha.

—¿Con quién crees que estás hablando, inútil? ¿Así es como te diriges a quien te ha dado la vida, granuja?

Le da un bofetón.

Majencio vuelve a caer en la misma pesadilla de siempre. Un ejército, una ciudad y un golpe de Estado no bastan para impresionar al viejo carnero.

«Para él siempre seré un fracasado.»

Está rojo porque el viejo le aprieta la garganta.

Pero también por las lágrimas, que no hay manera de detener.

Las mismas de cuando, de pequeño, fallaba un ejercicio en la arena.

O llegaba el último en la carrera.

O peor aún, se dejaba avasallar por los prepotentes. Sucedió a menudo, después de las clases de retórica. Cuatro o cinco muchachotes robustos lo esperaban, en el labio superior tenían ya el bozo de los hombres en ciernes. Sabían de quién era hijo. Pero no tenían miedo.

Cuando llegaba a casa lleno de moretones y contusiones, su padre Maximiano remataba la faena:

—¡He traído al mundo a un eunuco! ¡Eres el hijo del agosto! ¿La sangre de la estirpe de Hércules corre por tus venas y dejas que te traten así?

«Y venga golpes.»

Esa mierda se remonta a hace más de diez años. Desde entonces, entre revanchas, rencores y separaciones, Majencio ha hecho de todo para salir de la órbita del viejo. Se ha construido su vida, se ha hartado de sexo, de vino y de no hacer nada. Después se presentó la ocasión y la aprovechó. Léntulo y Pacífico le metieron extrañas ideas en la cabeza, le hicieron sentir que era *alguien*. Y por una vez se lo creyó, ese mamarracho criado a base de pan y atropellos se atrevió.

Pero la mañana llegó para darse de tortas con el sueño, de la mano de Severo y sus tropas.

«De modo que llamó a papá.»

Y papá, ahora, lo está estrangulando sin ni siquiera mirarlo a los ojos.

Como se hace con los conejos y con las gallinas del caldo antes de clavarlos en la viga para que se desangren.

Majencio está a punto de perder el conocimiento.

Maximiano sonrío y suelta la presa.

El infeliz tose; bilis y arcadas. Cuando está en el suelo, su padre le arranca la púrpura. Finge que se limpia el culo, se carcajea y se la vuelve a tirar encima.

Majencio se ahoga, traga aire y lágrimas. De fuego, como la puesta de sol.

«Y en ese preciso momento llega el correo.»

Jadeante, con los ojos desencajados:

—¿P-príncipe?

Y mientras pronuncia esta palabra, mira a Maximiano, que sonrío.

—¿Por qué me miras a mí, muchacho? ¡Él es quien manda! Yo sólo he pasado a saludar... —Señala a su hijo, al borde del desfallecimiento, después se cruza de brazos y se ríe con grosería.

El correo retoma el hilo, dice lo que tenía que decir: Severo está a las puertas de Roma.

«Ahora sí que la cosa es seria.»

Y, sin embargo, no.

Porque Maximiano sabe lo que hace.

El ex augusto marcha con determinación hacia el ejército enemigo. Solo, como Hércules de camino a la guerra.

Va directo a la primera fila, reconoce a su hombre a una milla de distancia. No hay rastro de Severo, típico de ese cobarde, estará escondido en la retaguardia.

Aulino, prefecto de la guardia, es quien lo dirige todo, es su trabajo.

Está con los brazos cruzados, luce unos dibujos oscuros que se ha hecho grabar en Numidia. Una muesca por cada muerto, cubriendo antebrazos y hombros.

Aulino lleva puesta su cara de batalla, pero cuando ve al viejo comandante no puede hacer más que sonreír. Le gustaría correr a su encuentro y abrazarle de un brinco, pero eso no puede hacerlo. Es el enemigo.

Poco importa si hasta hace un puñado de meses Maximiano era quien

estaba al mando de ese mismo ejército. Poco importa que Aulino, junto con los otros veinte mil hombres que lleva detrás, se hubiera dejado arrancar el corazón por él.

Ahora el viento ha cambiado, el Imperio ha decidido, Severo es el jefe. El viejo es sólo un fuera de la ley incapaz de quedarse en su sitio.

«Las leyes de los hombres dan asco.» Eso es lo que piensa Aulino mientras Maximiano se acerca.

Los antiguos reflejos de Aulino se disparan sin pensar. Rígido, pecho fuera y mentón alto. Esboza un saludo y en seguida se arrepiente, pero ya está hecho, Maximiano lo ha visto.

Sonríe.

—Llevas la barba larga. Tres días de arresto... —Ni que acudiera a inspeccionar por sorpresa el campamento.

Aulino lo mira con los ojos de un viejo amigo. Él también se ríe, la tensión se disipa.

—Al nuevo comandante no le importa. Dice que el aspecto no cuenta. Sólo cuenta la victoria...

Maximiano enarca una ceja.

—¿Y cómo pensáis ganar? ¿Presentándoos como un rebaño de miserables andrajosos?

El viejo no ha cambiado. El corazón de Aulino se calienta.

Maximiano no tiene tiempo que perder. Habla claro:

—Las cosas están así: o vosotros os lo repensáis y dais marcha atrás, o me veré obligado a cortaros la cabeza.

Echa una ojeada detrás de la espalda, a la ciudad en espera del enfrentamiento.

—Por lo que parece tendré que hacerlo solo. He echado un vistazo a la guarnición del pretor y parecen una manada de elefantes con armadura. Mansos e hinchados como hipopótamos.

Aulino debería callar, pero se le escapa un respingo. Maximiano no le deja hablar:

—Y dime, ¿todavía no te has cansado de hacer de soldado? Tienes casi cuarenta años...

—Mira quién habla...

Maximiano se encoge de hombros.

—Por lo menos la paga será buena...

Aulino sacude la cabeza.

—¿No has oído hablar de los recortes en el ejército? Severo tiene que mantener sus legiones de zorras; a un soldado lo contentas con un mendrugo de pan y una espada nueva, pero esas otras sí que son caras...

—No entiendo de perras, ya lo sabes. El experto es mi hijo...

Aulino se ríe.

—De todos modos, debe de ser una buena jodienda...

—¿Qué quieres que te diga? Siempre será mejor que ponerse a trabajar, ¿no?

Esta conversación absurda tiene lugar en plena guerra; dos hombres dorándose la píldora como antiguos compañeros de parranda.

Maximiano le palmea el hombro con la mano derecha.

—Y bien, ¿qué piensas hacer? ¿Estás todavía conmigo o Severo te ha marcado a fuego ese culo que llevas pegado?

Aulino no tiene dudas. Y sabe que tampoco las tendrán sus hombres, criados a las órdenes del viejo soldado.

—Siempre hemos estado contigo, mi general.

De este modo sucede lo inesperado. La disparatada variable altera el sistema, es un dardo en el talón de Aquiles. A una señal de Aulino, el ejército sigue al amo como un tranquilo perro de Molosia.

El ejército de Severo ha reconocido al viejo comandante. La lealtad de la sangre y de las armas es eterna.

El pueblo de Roma se queda como una estatua de sal. Y Severo y la exigua chusma que le sigue siendo fiel se quedan de piedra. El augusto legítimo no cree en lo que ven sus ojos. En cuanto se da cuenta de la situación huye hacia septentrión, a Rávena, corre a Rávena, puerto seguro.

La armada rebelde ya está a las puertas de la Urbe.

Quién sabe la cara que pondrá Diocleciano cuando se entere.

Rávena, invierno de 306 d. J.C. – principios de 307 d. J.C.

En los días siguientes, la fragua de lo absurdo parece alimentada con paladas de despropósitos.

Majencio, ilocalizable, ha abandonado la ciudad. Pretorianos y

senadores están expectantes. ¿Quién mandará ahora?

Maximiano no se altera, conoce bien a su propia sangre.

—¡No os engañéis! Volverá. Mi hijo es un cobarde, pero lo cierto es que no es estúpido. Ésta es la primera y la última vez que tendrá ocasión de reinar. Es una oportunidad demasiado apetitosa, no la dejará escapar...

El viejo soldado no tiene ninguna intención de usurpar el reino del usurpador.

Sería ridículo.

Tiene un trabajo que acabar, un Imperio que encarrilar.

Deja a Aulino de guardia y parte hacia Rávena.

—No pierdas de vista a esos granujas. —Le guiña un ojo en dirección a Léntulo y Pacífico—. No quiero sorpresas cuando vuelva mi hijo.

Maximiano tarda casi una semana en llegar a Rávena, lleva detrás un contingente mínimo. El viaje transcurre tranquilo hasta que los pantanos, que esperan a los imperiales rebeldes a pocas millas de la meta, les hincan los dientes, escupiendo sus miasmas a la cara de los soldados. Las fiebres los debilitan, los cogen por sorpresa. Han perdido el ímpetu para hacer un ataque fulminante. Toca esperar.

Severo está encerrado detrás de las murallas. Con la cabeza confundida, todavía descolocada por la traición. Tiene suficientes hombres para resistir hasta que Galerio le mande refuerzos, pero su corazón está como loco.

El augusto no consigue dormir y aún menos comer. Se pasa el día en la ventana, observando el horizonte en busca de presagios oscuros.

Sus espías le han contado que los hombres de Maximiano lo están pasando mal en el pantano. Necesitarán tiempo para recuperarse. Tiempo útil mientras espera la llegada de los refuerzos.

Tal vez desistan.

Quizá salgan corriendo cuando vean la turba de Galerio.

«No hay prisa, Severo, calma.»

Pero al augusto lo devora el terror.

El miedo a morir.

Por todas partes flota el espectro de Maximiano.

Severo conoce las hazañas del ex augusto que, a pesar de la edad, sigue siendo temible con la espada. Ha recuperado su ejército sin pestañear.

Hércules lo protege. Marte está orgulloso de él. Los dioses en pleno escarnecen al pobre Severo. Arden en deseos de arrojar su pútrida alma a las fauces de Plutón.

Tormento y fuego, el agua del Lete baja por la garganta, hasta ahogarlo.

A Severo le aterroriza la muerte. No la que es noble, en la batalla. Sino la muerte oscura, la ignominia eterna; el emperador fracasado, la vergüenza de Roma.

El Incapaz, el que ha entregado el Reino. El fugitivo, eterno cobarde.

¿De qué sirve el martirio si no existe el futuro?

No quiere escuchar a ningún consejero, ningún espía puede convencerle. Cuando decide sobre su vida Severo está solo.

«Eso es seguro.»

Maximiano no cree en lo que ve. La Suerte es propicia, no deja de sonreírle. Había previsto un asedio, pero en seguida ha comprendido que no podía hacerse. No con los milites en ese estado. Ha enviado hombres de reconocimiento, pero ya conocía el dictamen antes de que regresaran. Rávena es inexpugnable, con el puerto a su espalda y el barro y los mosquitos delante. Torres a los lados, arqueros y pez hirviendo.

Una carnicería segura. Mejor ganar tiempo.

—El arma perfecta... —le dijo una vez un sabio maestro— es la que nunca usarás. Será suficiente con que la muestres para ganar todas las batallas.

A veces una amenaza es más fuerte que una bofetada. Algunas guerras las gana el hierro. Otras, la reputación.

Así sea, esperaremos. Con escudos, espadas y lanzas a la vista.

Tenía razón ese viejo sabio. Con el alba de dedos de color rosáceo las puertas del fuerte se abren.

Un hombre desarmado sale a pasos lentos. Maximiano se le acerca, lo reconoce de lejos.

El augusto Severo, con las órbitas rojas y las mejillas tirantes, está dispuesto a rendirse. Maximiano es un hombre de honor, ha ido a poner orden, no tiene sed de sangre. Jura por lo que más quiere que Severo salvará la vida. Él le cree, se postra de rodillas. Se entrega a sí mismo y a la ciudad de Rávena.

Qué guerra tan extraña, se gana sin desenvainar la espada.

«Por segunda vez en poco tiempo.»

Maximiano ordena que Severo sea llevado a Roma, después monta a

caballo y galopa hacia el norte.

Galerio no tolerará la afrenta, la tormenta está a punto de llegar y habrá que guarecerse, hay que buscar aliados desesperadamente.

Constantino pronto se verá obligado a elegir de qué parte está.

Maximiano se desloma en dirección a Treviri y piensa en el muchacho que se ha convertido en un hombre.

En su golpe de Estado, en el de Majencio.

En el antiguo desdén, en los rencores encubiertos.

En la confianza que hay que conquistar.

Por el camino se van acumulando nubes en la cabeza del soldado.

La hora de las alianzas imposibles está a las puertas.

Mujeres

Es mejor casarse que abrasarse.
Primera Carta a los Corintios, 9

Treviri, 307 d. J.C.

Es un asunto de mujeres.

Cuanto antes lo entiendan esos condenados hombres, antes se quitarán de en medio.

La joven Fausta lo sabe, tiene un trabajo que hacer. Su padre Maximiano ha llegado a palacio a matacaballo, ha llevado angustia y novedades. El mundo está a punto de cambiar una vez más.

Fausta lo ha visto distinto, más viejo, eso seguro. Quizá esté cansado, de verdad que no sabe qué es. No es propio de él parlamentar y llegar a acuerdos. Maximiano es un hombre de guerra. Siempre lo ha sido.

Pero las cosas cambian rápidamente, el alba de una nueva era está a punto de despuntar.

Así que el ex augusto ha llegado a Treviri a toda prisa. Se ha encerrado con llave con Constantino, lo ha convencido para que ocupe el consulado junto a él. Por los pasillos no se hace otra cosa que inventar fábulas sobre los Hijos de Hércules y las nuevas alianzas. Pero la verdadera partida se jugará en otra parte, lejos del trono y de la sala del Gran Consejo, en la cama, entre sábanas de seda.

Fausta lo sabe, ya no es una niña.

Lleva toda la vida preparándose. A pesar de que, a fin de cuentas, ha probado muy poca vida.

Su madre Eutropia la ha criado enalteciendo al maravilloso prometido que le ha tocado en suerte. Y también la fiesta en Aquilea y el prestigioso futuro que le espera.

Ha aprendido que contradecir a su madre nunca es un buen negocio. Ha intentado explicarle que no recuerda nada. Sólo tenía tres años cuando la prometieron a Constantino en matrimonio, ¿qué diantre tendría que recordar? Un par de sensaciones, nada más: el mar de pétalos, un gran revuelo, y la cara de tonto de su futuro marido cuando ella le soltó el yelmo en el pie.

A Fausta le entran ganas de reír cuando piensa en ello. Eso es lo que recuerda, una anécdota y nada más.

Una historieta divertida para contar a las esclavas.

Pero no le está permitido hablar de ello. Su madre le ha enseñado a base de bofetones.

Eutropia ha trabajado con paciencia, ha tejido la tela durante años, esperando e instruyendo a su hija para el privilegio que la aguarda. Ha inculcado en la mente de ella la imagen del novio, el brillante guerrero de armadura, paladín del Imperio, vencedor de bárbaros y defensor de Roma.

«¿Te das cuenta de lo afortunada que eres, niña mía?»

No demasiado, a decir verdad.

Pero Fausta se ha acostumbrado a la idea. Se la ha llevado a la cama cada noche, como un juguete precioso al que abrazarse antes de dormir. Ha jugado con ella de día, fingiendo ser la augusta, con una cohorte de siervos como séquito. Ha fantaseado con ella mientras crecía, cuando su cuerpo empezó a cambiar y la sangre lo transformó todo.

Eutropia le ha explicado que así es como funciona el mundo, las espadas y la armadura no sirven de nada sin el vientre de una mujer. Le ha enseñado a sufrir en silencio y a acompañar a las lunas. A esperar sus ciclos, de mes en mes, como promesas de la vida venidera.

Fausta lo ha entendido y no lo ha entendido. Toda esa historia sólo le parecía una lata, dolor de barriga y la cabeza a punto de estallar. Por no hablar del bochorno, de la ropa manchada y todo el resto. Bien es verdad que las esclavas se ocupan de todo. De las infusiones de hinojo y los baños de agua templada. Y de cepillarle el cabello cien veces para alejar las infecciones. Pero se le escapa su significado, necesita saber más cosas.

La pregunta más antigua, esa que siempre llega.

«Mamá, ¿cómo nacen los niños?»

No hay vergüenza ni cautela, su madre le cuenta lo que tiene que contarle. Le explica la historia del mundo, es imposible mentir.

Su pequeña, que ya no es una niña, desorbita los ojos, señala donde no es lícito, el pudor ha desaparecido.

—¿No hace daño?

Eutropia sonrío, se toma su tiempo.

—Sólo un poco. Pero ahora deja que te explique...

Abre la caja de Pandora. Cuenta la verdad y lo sublime, habla del deber y del éxtasis. Le cuenta guerras entabladas en nombre de una unión.

Utiliza a menudo la palabra «yacer» y al final Fausta comprende.

Antes de ahora tampoco lo había pensado demasiado. Pero ya veía que se le escapaba el motivo de las sonrisitas y el sonrojo de las siervas, sus conversaciones entrecortadas.

«La primera noche de bodas es sólo el principio.» Eutropia habla sin reservas. Todas las que le siguen transforman la pareja en uno. Para ser uno más.

A fin de cuentas es fácil, no hay mucho que saber.

«Aprende a esperar, hija mía, el fuego arde toda la noche bajo la ceniza.»

El resto es sólo teatro.

Así es como ha sido criada la emperatriz niña, en la espera y en el sueño, con el corazón loco por ese rostro que no consigue visualizar. Ojos de luz infinita que apenas recuerda.

Ha jugado a hacer de reina.

Ha aprendido a mandar.

Ha sido educada para vencer el deseo. Para apretar los muslos y quedárselo todo dentro.

Cuando llegue el momento, la vida estallará en la cara del futuro esposo.

«Y ya no podrá prescindir de ti.»

Fausta ha obedecido porque así es como se comporta una buena niña. Y así es como vive la esposa del Imperio. Ha esperado e imaginado, observado sus senos crecer, su cuerpo cambiar. La flor en fruto, sólo para él.

Ahora que ha llegado el momento, no cuentan los años ni tampoco las distancias. Junto a su madre ha cruzado las Galias porque su padre lo ha decidido.

«La boda se celebrará en Treviri.»

Es un asunto de mujeres, Fausta siempre lo ha sabido.
El padre y el novio juran a todos que son hermanos de Hércules, sangre divina, pero sin esposa no hay alianza.
«Sin mi flor no existe el futuro.»
Se acaricia el cabello, revisa su traje y echa a las siervas.
Se mira al espejo una última vez.
—¡Es la hora! —dice su madre en la puerta.
Cuando vuelva a mirarse en el reflejo brillante de la pared verá a una emperatriz.

Eutropia se frota el alma.
Y si pudiera se frotaría las manos, pero no puede. No sería digno. No puede dejar de mirarla, su pequeñita. Tiene lágrimas en los ojos.
Fausta resplandece en su traje blanco, recorre la sala a pasos lentos. En la cabeza lleva el *velarium flammeum*, de un color naranja encendido, las flores le coronan la cara.
Eutropia echa una mirada al novio. Constantino es viento y bosque, con unos rizos que embelesan. El uniforme y la púrpura le hacen parecer un dios, la piel de oro y ámbar es la de un inmortal.
«Es simplemente perfecto», no puede pensar otra cosa.
Si no fuera por la vieja bruja que está en primera fila, Eutropia podría disfrutar de la fiesta.
«¡Miradla! ¡Se pavonea como si fuera la dueña!»
Su hijo puede pegarle en la cabeza todos los títulos que quiera, pero Elena la augusta ha nacido *stabularia* y *stabularia* morirá. Así la ve Eutropia.
La madre de Fausta tiene la sangre envenenada. De hecho, Teodora es hija de su primer matrimonio, convertida en esposa de Constancio cuando no tenía aún veinte años. La esposa de un César, la mujer de un Augusto. En esa época, Elena —la condenada concubina y madre de Constantino— fue apartada, encerrada en la prisión dorada de Naissus. Teodora garantizó a Constancio una descendencia digna y abundante, pero la sangre no vale nada frente a un destino adverso.
Constancio ha muerto, su bastardo se ha abierto paso a empujones y, ahora que es emperador, es sagrado rendirle homenaje. Eutropia está entusiasmada por darle a Fausta como esposa.

«Pero ¿qué necesidad había de sacar a esa vieja arpía del mar de Iliria?»

Eutropia no puede hacer más que odiarla, los maleficios de Elena han trastornado el juicio del muchacho. Constantino ha echado a la primera mujer y a la descendencia legítima de Constantio. ¡El César novato incluso ha renegado de sus hermanos por culpa de esa bruja! Ha confinado a Teodora en Tolosa, en medio de ignorantes y patanes. La ha privado del futuro que le corresponde, ha degradado a sus queridos descendientes a simples accesorios.

«Mira cómo va vestida... ¡Con las mangas a la gálica, como una jovencita! Ya puede ponerse todo el colorete del Imperio, esa cara de campesina no desaparecerá...»

Eutropia tiene el estómago encogido en una punzada de bilis, si sigue así acabará arruinándose el día.

La *nobilissima femina* la mira un segundo y parece leerle el pensamiento. Esos terribles ojos gritan: «¡Te lo haré pagar!»

O al menos eso le parece.

Respira a fondo, se pone roja, mira hacia otra parte.

Perdida en la selva de sus pensamientos poco edificantes sobre la futura consuegra, se ha distraído.

La ceremonia prosigue. Los novios se preguntan el uno al otro si están dispuestos a convertirse en padre y madre de la nueva familia.

Después muerden el pan de espelta.

Deberían hacerlo cuando llegaran a casa, pero el palacio es su casa. El tálamo está a un estadio y medio de la Gran Sala, pero el edificio es sólo uno, el lujo del Imperio no conoce fronteras.

La maldita hechicera sonrío, descubre un diente astillado. Nadie lo nota, excepto Eutropia. Le gustaría levantarse y ladrar todo su desdén:

«Comepiedras. ¡Eso es lo que eres! Miserable sanguijuela, sólo sabes chupar de la felicidad de los demás. ¡Te odio, bruja! ¡Te odio con toda mi alma!»

Elena no la está mirando. Ahora tiene los ojos brillantes.

Hay un gran estrépito, y dos manos se aprietan.

Eutropia se sacude, deja de hacerse mala sangre. Comprende, por fin, que la ceremonia ya ha concluido. Constantino y Fausta son marido y mujer.

Su hija acaba de convertirse en emperatriz. Ella resplandece, la busca entre la multitud.

La voz de chiquilla, el corazón de mujer: «El día más bonito de toda mi

vida, mamá.»

Y Eutropia se lo ha perdido. Por estar pendiente de Elena, ebria de un humor de perros.

Es un momento irrepetible, la culminación de una vida entregada a educar, inculcar y aconsejar.

Se lo ha perdido, estaba demasiado ocupada haciéndose mala sangre.

Treviri, unas horas más tarde

La fiesta ha terminado, Constantino está destrozado.

Ha sucedido todo tan de prisa que la cabeza todavía le da vueltas.

Cuando Maximiano se presentó en palacio con la cabeza gacha para proponerle el consulado conjunto, la descendencia hercúlea y además adelantar la boda, Constantino tardó en reconocerlo.

Alberga hostilidad hacia el viejo desde su primer encuentro. Parece que ha pasado un siglo y en realidad no son ni quince años...

El ex augusto nunca lo ha soportado; lo ha llamado «bastardo», se ha reído de él.

Es fácil hacerse el fanfarrón con un chiquillo. Ahora que el vástago de Iliria se ha hecho un hombre, el viejo ha bajado la cresta. Pero Constantino no está convencido del todo, hay algo oculto. No bastan los años para debilitar a un león. La rabia es un incendio infinito. Sobre todo porque Maximiano puede que peine canas, pero el valor es como el vinagre, cada año que pasa aumenta su vigor.

Y entonces ¿qué lo ha empujado a inclinarse? Constantino nunca lo ha visto tan empalagoso. Le ha tendido la mano, ha hecho monerías como un perrito amaestrado. Lo ha mirado durante todo el rato con sus ojillos crueles. Al final de la ceremonia se le ha acercado y lo ha besado en las mejillas. Tres veces, a la moda de los malditos galos.

—Ahora somos una sola cosa —ha susurrado.

«Escalofríos.»

A la pequeña le ha bastado un instante para leerle el alma. Constantino se ha quedado descolocado y la joven esposa ha reconocido su perplejidad antes que nadie.

—¿Todo bien, mi señor?

Él le ha acariciado la cabeza, le ha dicho que no se preocupe. Cuando la toca siente un efecto extraño. Constantino nunca ha pensado en ella en ese sentido, para él Fausta es sólo una niña.

«Niña o no, ahora es tu mujer. ¡Intenta no quedar mal la primera noche!»

A Constantino le parece oír la voz de Lactancio en los oídos. Echa de menos al maestro. Cómo lo estará pasando, entre las garras de Galerio...

Demasiadas reflexiones, le estalla la cabeza. Ha sido un día duro.

Más que pensar en esa primera noche, Constantino no ve la hora de echarse en el jergón y cerrar los ojos.

Su dulce mitad no está acostumbrada a acostarse tan tarde, tiene el aspecto de alguien que nunca ha sido tan feliz en toda su vida. Constantino ha danzado con ella hasta que, exhausta, le ha pedido piedad. Después de todo, también es su fiesta.

Incluso ha bebido vino, le han quedado las mejillas de color púrpura. Y una sonrisa para perder la cabeza.

Constantino se queda embelesado mirándola. ¿Qué espera el Imperio de su unión?

Un pacto político, un acuerdo de futuro. Pero también dos carnes que se convertirán en una, por los dioses. O así debería ser, pero ¿cómo va a hacer eso? Cuanto más la mira, más sucio se siente.

«Es sólo una niña...»

No puede quitarse de la cabeza el recuerdo de la fiesta de compromiso. Días y días atormentándose por cómo sería la otra mitad de su cielo prometido, para descubrir que la futura novia hacía poco que había aprendido a no hacerse pis encima.

Y desde entonces no consigue mirarla con los ojos adecuados. Cada vez que se encuentra con su mirada vuelve a ver a aquella niña.

Es todo tan absurdo, la ley de los reyes no está hecha para los hombres. La paz y la guerra decididas en el tálamo. La carne prometida a la carne. Y el corazón en la calle.

Después vuelve a mirarla con ese traje que lleva; el velo levantado, las flores, las mejillas rosadas. Hay algo que vibra en el fondo de su barriga. Tal vez sea el vino, la estúpida embriaguez.

Fausta se le acerca. Está un poco achispada. Sus iris azules derriten el

alma.

—Mi señor... No debería decirlo, pero me da vueltas la cabeza.

Más risas, Constantino la sostiene y tiene unas malditas ganas de besarla. Allí, delante de todos.

«Es tu esposa, puedes hacer con ella lo que quieras...»

Las voces en la cabeza, la voz de ella, cristales preciosos.

—Pido permiso para retirarme...

«Es sólo una niña.»

—Permiso concedido.

Fausta se va, no sin tocar la mano de su esposo. Más risas mientras recula hacia la salida. Dientes blanquísimos se muerden el labio inferior.

—Te espero...

«¿Sólo una niña?»

Hasta a un eremita le entrarían ganas.

Constantino la mira desaparecer, sacude la cabeza y reprime la erección en el fondo de la túnica.

El beso que le llega a la boca un poco después tampoco se lo espera. Es más largo de lo debido. Conoce demasiado bien esos labios. Elena está borracha, ojos líquidos y soñadores.

—Hijo mío, Apolo hace un mal papel a tu lado. Tu esposa es la mujer más afortunada del todo el Imperio, si sabes a lo que me refiero...

Constantino se pone colorado de golpe. La aparta, delicado pero decidido.

—Lo sé perfectamente, mamá. Pero ahora hazme el favor, ve a sentarte. No te sostienes en pie...

Elena lo mira mal sólo un instante.

No puede dejar de amarlo ni siquiera cuando la riñe.

Lo acaricia con la mano derecha y se aleja tambaleándose. Va descalza. Tropieza con la túnica y por poco se cae. Se agarra a un centurión que la mira con mal disimulada desaprobación...

La *nobilissima femina* se ríe. La mirada de Eutropia la traspasa.

Allí dentro hay un odio ancestral, desdén y un sumario juicio.

—¿Qué estás mirando, golfa? —Elena ha perdido el pudor. Se endereza sujetándose al soldado, lo repasa de la cabeza a los pies y después se vuelve hacia su consuegra—: ¿Quieres ir a darte una vuelta con éste? Espera, que

intento convencerle...

Eutropia se tiñe de rojo. Está a punto de explotar, desaparece entre chasquidos de sandalias.

«Vamos bien», Constantino se pasa una mano por la cara y se desliza sobre el sitial.

Maximiano aparece de repente, como una pesadilla.

La fiesta ha terminado, los regalos se han entregado. Ya ha ronroneado lo suficiente, ahora toca cobrar; Constantino se prepara para el impacto.

El ex augusto ha acabado con los preámbulos. Va derecho al grano:

—Mientras nosotros nos emborrachamos hasta perder el sentido, Roma se quema. Lo sabes, ¿verdad?

Constantino asiente.

—Sé que tu hijo no ha perdido el tiempo, primero se ha hecho con la ciudad, después con el ejército de ese cobarde de Severo...

Maximiano se deja caer en el banco al lado del César.

—Sí, un verdadero héroe... —El disgusto se le lee en la cara.

—Ha ganado dos batallas sin ni siquiera desenvainar la espada.

Constantino coge la copa de la mesa. Echa un trago sin ganas. Tiene el estómago más ácido que una manzana de los medos.

—Un bastardo afortunado...

Usa esa palabra sin miedo. Maximiano la encaja, pero se nota que le corroe.

—La suerte no durará siempre. Antes o después habrá que luchar.

Constantino es insolente. Quizá más de lo debido, pero no le importa, ahora él es el César. Y ésta es su maldita fiesta de boda. No permitirá que el viejo se la arruine con sus comentarios.

—No tiene nada que temer. ¡El gran Maximiano acaba de volver al juego!

Maximiano abre los brazos, levanta las manos:

—¡Este veterano y un par de legiones sopladadas al ejército del norte no serán suficientes para repeler a los ejércitos de Galerio!

Constantino cruza los brazos.

—No me digas...

Lo mira fijamente a los ojos. El muchacho ha crecido, ya no tiene miedo. Ahora la púrpura se encuentra sobre sus hombros. Es él quien manda,

sería mejor que el viejo se lo metiera de una vez en esa dura mollera.

Es una bonita sensación, quizá sea así como uno se hace adulto. Hombre, como decía su padre.

Cuando los mayores dejan de dar miedo. Cuando da cuenta de que sólo son personas.

Incluso los peores, no son nada más que personas.

Maximiano parece que le lee el pensamiento, inclina la cabeza.

—Necesito tu ayuda, Constantino. El Imperio lo necesita.

El César se enciende.

—Mierda de buey...

Maximiano abre los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

Constantino acerca la nariz a la cara del patán.

—He dicho «mierda de buey», suegro. Es lo que vas a servirme, en vez de la verdad. No metas al Imperio en esto y habla claro, quieres recuperar tu viejo papel, tu posición, quieres volver a sentirte alguien. Si te ayudo a barrer a Galerio, echarás a ese mentecato de tu hijo del trono y te pondrás tú de por vida. ¿Ése es el plan? Interrúpeme si me olvido de algo...

Maximiano tarda un instante en sulfurarse, puede fingir tanto como quiera, pero detrás de las buenas maneras y de la costra de los años hay rabia y brasas incandescentes.

—¿Y aunque así fuera? Ahora no me vengas con que Galerio es amigo tuyo. Por lo que yo sé ha intentado despellejarte una docena de veces. ¿Y tú todavía lo tratas con mimos?

Constantino se lo esperaba. Por fin el ex augusto juega al descubierto.

—No será mi mayor admirador, pero el emperador Galerio ha reconocido mi autoridad. Me ha nombrado César y ha colgado mi efigie junto a la suya y la de los demás tetrarcas. No me parece que haya hecho lo mismo con Majencio...

Maximiano encaja el golpe otra vez. No le queda mucho más que añadir.

Tiene ganas de partirle los morros a su yerno, pero sería un enorme error.

Por primera vez en su vida, el viejo soldado siente algo ahí abajo, en la barriga. Ahora sus piernas ya no son tan firmes. Y el tipo que tiene delante ya

no es ningún chiquillo, eso seguro. El bastardo se ha hecho un hombre. Se lo ha llevado todo, como una maldición.

—Entonces ¿no intervendrás si Galerio nos ataca? ¿Es tu última palabra?

Constantino se levanta. Tiene ganas de mear. Se desentumece la espalda, mira a su suegro desde la posición que corresponde a su nueva relación, de arriba abajo.

—Es mi última palabra. Ahora, con tu permiso, voy a retirarme. Es tarde, todavía tengo un montón de trabajo que hacer.... —Sonríe, está listo para asestar el golpe de gracia—. Debo ocuparme de tu hija... —Le guiña un ojo antes de desaparecer por los pasillos de palacio.

Maximiano se queda solo. Con unas jodidas ganas de arrancarle la cabeza. Pero la época de la violencia ha terminado.

Un monte de nubes se ve al horizonte, el viejo haría bien en pensar en el invierno.

Este año será malo de verdad.

Constantino todavía lleva encima la embriaguez de su mal humor. Se ha hecho el duro con Maximiano, no se lo puede creer.

La verdad es que ha hecho el fanfarrón. Y le ha gustado muchísimo. Se pregunta si el poder lo está cambiando. Se siente diferente, y no es sólo por la fuerza.

En el ejército ha aprendido a conocer el peso de la sangre, el valor del enfrentamiento en el campo de batalla.

Los hombres siempre lo han respetado, el joven César ha nacido comandante. Pero desde que lleva la púrpura le parece que el mundo ha tomado otro cariz. El corazón se le ha endurecido y tiene la cabeza más ligera.

Hace unos meses habría dudado en someterse a Maximiano, su miedo por el viejo león lo ha acompañado durante años. Además, el odio que siente por Galerio habría encontrado una salida. Se ha pasado meses pensando en cómo arrancarle el corazón del pecho.

En vez de eso ha decidido no presentar batalla. No levantar la espada contra el Augusto. Al menos hasta que sea necesario. Ha actuado con la cabeza. Ha razonado como un soberano.

Está orgulloso de sí mismo, a pesar de todo.

A pesar de su madre, de la corte, de su mujercita...

Su vida ha cambiado, hay luces y sombras.

Si piensa en el futuro de Roma, el camino que tiene ante sí está lleno de obstáculos. No hay lugar para el miedo, para la duda.

Tiene que ir dando pequeños pasos hacia la cumbre. Sin detenerse nunca.

En cambio, si piensa en ella, el valor disminuye en un segundo.

Se deshace, como la nieve con el sol de la mañana.

La habitación está oscura, la luna hace lo que puede.

Mantas y sedas. Constantino entra de puntillas.

Se descalza y se desata la loriga. Se oye un tintineo de armas y ropa sobre el suelo, en este campo de batalla sirven de poco.

No quiere despertarla. Pero ella está en la ventana, desnuda, de espaldas.

La luz azulada del astro de Diana todavía la hace más blanca. Cabellos rubios y ningún pudor. Fausta demuestra la edad que tiene. Constantino intenta ignorarla, se echa en la cama y le desea buenas noches.

Ella se vuelve hacia él, y se clava en su corazón. No tiene sombra de vello, ni en los brazos, ni en las piernas, ni en las axilas. Allí donde debería haberlo.

Las esclavas la han dejado perfecta, o tal vez sea porque está tan verde que todavía no ha brotado.

Pero los ojos... Los ojos saben lo que quieren.

—Mi señor... —Tono de plegaria dulce, a media voz.

Constantino puede oír su corazoncito desbocado. No deja de galopar.

—¿Aquí es donde sucederá, mi señor? —Pasea la vista por la habitación, como si quisiera grabarse todos los detalles.

«Para siempre.»

Mientras se mordisquea el labio, se toca el vientre con la mano derecha.

Constantino no es de hielo, eso seguro. Pero sabe que no es justo.

«Así no.»

«Ahora no.»

—Sucedirá, pequeña mía, hoy nos hemos hecho una promesa. Pero no esta noche.

Fausta pone morros. Los mismos que puso cuando tenía tres años.

Ahí está la niña, agazapada como una ardilla buscando bellotas. Se le acerca con los pies descalzos sobre el suelo.

—¿Por qué, mi señor? Yo estoy preparada...

Constantino se sienta. Le acaricia el rostro, con mucho cuidado de no encontrarse con su mirada.

—Te lo han hecho creer. Te han llenado la cabeza de historias sobre la responsabilidad, sobre el futuro del Imperio, sobre lo que tu hombre espera de ti...

Es verdad, maldita sea. A la chiquilla le gustaría replicarle, pero su marido le lee el alma como un libro abierto. Aunque ella no es de las que se rinden fácilmente. Salta sobre la cama, lo mira a la cara.

La ardilla le levanta la voz al águila.

La inocencia no le tiene miedo a nadie.

—¡Pero no es así!

Constantino la mira sorprendido. Se lo está pasando bomba. Cruza las manos por detrás de la nuca.

Ella baja sus grandes ojos, se pone un poco colorada, pero no renuncia.

—Es decir, sí, tienes razón... mi madre y las sirvientas no han hecho más que repetirme lo importante que era mostrarse sumisa. Que tendría que complacerte en todo porque eso es lo que hace una esposa...

Constantino se ríe.

—¡Parece interesante, continúa!

La complicidad estalla de golpe. En un segundo la diferencia de edad se pulveriza. Se desintegra la distancia y la relación inexistente. Parece que se conozcan desde siempre.

Fausta se pone a horcajadas sobre el joven César, pero no hay nada de erótico en ese gesto.

Es como un muchacho travieso que juega a luchar con su mejor amigo.

Sujeta las muñecas de Constantino, le obliga a mirarla a los ojos.

—¡No te rías de mí! Escúchame...

Está roja y decidida. Una gotita de sudor le perla las sienes.

Constantino tiene la sonrisa más bonita del mundo, las cejas se le enarcan. Se siente ligero, por fin.

—¡Me rindo, mi reina! ¡No me hagáis daño, os lo ruego!

A la muchacha se le escapa la risa, le suelta las muñecas y se tapa la

boca. Es tremendamente feliz.

«Podría morir ahora mismo. Sin ningún pesar.»

El pensamiento atraviesa la mente del vástago de Iliria como un fulgor.

—Déjame hablar...

Pero no puede parar de reír.

Constantino le acaricia la barriga. Le hace cosquillas.

Miel pura.

Las manos de la chiquilla están de nuevo sobre las suyas. Los ojos ríen.

Y entonces se ponen serios de golpe.

—Quiero decir que me han instruido, me han preparado. Mi madre me ha dado muchos consejos...

Resopla.

Es preciosa.

—Pero ¿es que a nadie (ni siquiera a ti, por lo que se ve) se le ha pasado por la cabeza que yo puedo desearte de verdad?

Los ojos de Constantino también se vuelven atentos.

Ella sigue adelante, directa como una espada. Sabe lo que quiere.

—¿Que no he pensado en otra cosa durante todo el día, que me he atormentado el corazón a cada instante, que no consigo formular un solo pensamiento que no tenga que ver con nosotros dos desde que te he visto, mi señor? ¿De verdad no entiendes lo que quiero?

Y en un instante la niña desaparece. No queda rastro de ella. En el fondo del azul de esos cálidos lagos, Constantino sólo ve a su esposa.

—¿Y qué es lo que quieres?

Fausta aprieta las rodillas alrededor del torso de su hombre. Enarca la espalda. El sexo cálido contra el abdomen del oficial.

«Se desliza...»

Constantino se estremece.

—Esto... —maúlla.

Vuelve a hacerlo. No le quita los ojos de encima.

—Y esto...

Constantino arde en un segundo, le gustaría cogerla, apoderarse de sus muslos y sus nalgas, pero ella no se lo permite. Le basta su mirada para decirle que se esté quieto. Sigue frotándose, gime en voz baja. No deja de mirarlo y se muerde el labio.

«Líquida. Cada vez más líquida.»

De vez en cuando murmura:

—Mi señor... —con la respiración entrecortada, aumentando el ritmo.

Constantino está a punto de estallar. No le ha sucedido nunca.

Fausta no para, pierde el control, sacude la cabeza, la cascada de
cabello.

Rayos de sol en plena noche.

—¡Mi señor! —Esta vez lo grita, es el final de la carrera.

Constantino deja de contenerse.

Alcanzan juntos el orgasmo, como en los sueños. El resto son sólo
escalofríos, risas, gotas de fatiga. Se abrazan con fuerza.

Ahora, el emperador y la niña son una sola cosa. Los años no cuentan,
sólo existe la respiración.

Un amor como éste consume y agota, vacía por dentro. Es mejor estar
atento.

Están seguros de ello, siempre lo han sabido.

«Pero no les importa.»

Hay sólo dos cuerpos.

Dos corazones de la mano, lágrimas y risas.

Durante toda la noche.

Durante toda la vida.

Y que el resto del mundo se vaya al infierno.

El invencible

La gran victoria es la que sin sangre se toma.

Proverbio italiano

Roma, otoño de 307 d. J.C.

Las malas noticias llegan con el primer sol, Galerio el Impávido avanza. Está acuartelado en Terni.

Majencio está sobreexcitado, le ocurre a menudo desde que su padre fue a pedirle ayuda a Constantino. El muy mezquino había huido, pero ha vuelto. Una vez más Maximiano tenía razón, ¿cuándo volverá a presentársele una oportunidad como ésta?

Majencio ha cambiado bastante. La guerra en el Imperio lo ha transformado. Su aspecto sigue siendo despreciable y enjuto, pero la mirada es diferente. Durante su huida, alejado de todo, el hijo degenerado del viejo soldado ha elegido y, por primera vez en su vida, ha actuado por sí mismo en vez de para complacer a alguien. Se ha dado cuenta de que escapar no sirve de nada.

Pacífico también se lo dijo un instante antes de que montara en el caballo que lo llevó lejos:

—Si escapas ahora, huirás para siempre. Si te quedas, puedes sucumbir como un hombre... ¡o reinar como el hijo de un dios!

En ese momento Majencio prefirió espolear la barriga del animal y salir pitando. Después de todo es un cobarde. Pero luego esas palabras le hicieron mella. La rabia por la humillación fue disminuyendo lentamente, le costó bastante, pero ya se sabe, el tiempo todo lo cura.

Se había acostumbrado a la vergüenza, su padre lo educó con patadas en el culo. Pero ahora es distinto. Por mucho que Maximiano se haga el gallito, ya no tiene edad ni autoridad para ponerse al mando.

«Se necesita un hombre nuevo.»

Así que Majencio lo estuvo meditando. Y una mañana helada decidió que él iba a ser ese hombre.

Se montó en el caballo y dio marcha atrás; Roma lo acogió como a un marido arrepentido que regresa después de tener una aventura.

Roma es su mujer.

«Su perra.»

Majencio ha visto en seguida cómo funciona: con tal de que se pague, Roma hace todo lo que uno le pide.

Lo primero que hizo fue desatar los cordones de la bolsa. Sus manos agujereadas tienen mucho más éxito que el puño de hierro de su padre. También quiso charlar un rato con Aulino, el mastín que Maximiano dejó de guardia en la ciudad. Al principio, Aulino se hizo el duro. Opina que Majencio es un cobarde que no sirve para nada, le muestra un mínimo de respeto sólo porque así lo ordena su antiguo general.

Pero Majencio tiene una ventaja, sabe que la partida se juega en otra mesa. Le hizo entender a Aulino que los ejércitos no sólo viven del honor. Maximiano está lejos, a saber cuándo volverá. Ha ido a lamerle el culo al nuevo César, pero los despachos dicen que Constantino no tiene ninguna intención de entrar en liza. Se encuentra demasiado ocupado gozando de su mujercita recién estrenada.

—Así qué, prefecto, ¿qué quieres hacer? ¿Quieres tener una paga como es debido o prefieres ayunar hasta que vuelva mi padre?

Aulino hizo sus cálculos. Tomar la ciudad es una opción que ni se plantea, no sabría qué hacer con ella. Él es un soldado, no un emperador. Además, hace demasiado tiempo que sus hombres se baten por un trozo de pan. Desde que ese perro de Severo subió al poder todo ha ido de mal en peor.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —A Aulino le gusta la precisión.

Cuando Majencio deja caer algunas cifras, al otro se le escapa un silbido.

Majencio se sonríe.

«Trato hecho.»

Promesas y denarios. Para mandar no se necesita nada más.

Para que todo el mundo esté contento, la ciudad se inunda con un río de

donativos. Mejor disfrutar ahora que arrepentirse más tarde.

«Lo quiere todo y en seguida.»

Cuando la Urbe recupera el ritmo del día a día y la vida vuelve a la normalidad, Léntulo y Pacífico se ponen a agasajar al emperador.

Le hacen un montón de cumplidos y Majencio está tan contento que da saltitos como un pollo.

Parece el inútil de siempre, pero ellos también ven esa luz en sus ojos.

Maximiano echó de la ciudad a un cobarde.

«Ahora ha regresado un hombre.»

De la clase más peligrosa, un hijo de zorra sin nada que perder.

El senador y el pretoriano comen política para desayunar, saben lo que conviene. Hablan con él, el primero lo lisonjea:

—Noble Majencio, ahora tu superioridad está fuera de discusión.

El emperador está exultante. El poder embriaga más que la *cervesia*.

Pacífico también contribuye:

—Sólo falta una pieza para completar el mosaico. Y ya no tendrás rivales...

Majencio aguza el oído.

Léntulo va al grano:

—Hay que enviar un mensaje claro. Las tropas deben respetarte por tu osadía, además de por tu generosidad.

Se ha explicado perfectamente, Majencio sabe cómo proceder.

Por orden de Maximiano, Severo ha sido trasladado de Rávena a Roma. Ha llegado como prisionero, aunque siga siendo de linaje noble.

No se le ha hecho ningún daño, tiene la ropa en orden, va bien afeitado. Ni siquiera lleva grilletes. No se le va a tocar ni un pelo, Maximiano ha dado su palabra.

Majencio lo recibe en persona. Se hace acompañar por un centenar de pretorianos, con Pacífico a la cabeza.

—Nos honras con tu presencia, augusto —lo saluda mostrándole una de sus sonrisas más empalagosas.

«Y después le rompe la cara con una maza herrada.»

Severo vomita moco rojo, mientras Majencio no se quita esa sonrisita y ordena:

—Encadenadlo. Arrastradlo por la ciudad y mostradlo a todos. Dádselo

de pasto a la chusma.

Antes de irse regala una inclinación a Severo:

—Bienvenido a Roma, agosto...

Lo que sigue es un espectáculo insólito. Orgía de sangre y esputos, escarnio auténtico. Los pretorianos atan a Severo a un carro. Desnudo como una espada roma, mortalmente inadecuada para la última batalla. Lo arrastran por las calles de la Ciudad Eterna, alrededor del Coliseo, por el río, junto al Foro, más allá del Circo Máximo. La muchedumbre, sobrada de premios robados, insulta y golpea.

Porque así lo manda el amo.

Cubos de mierda para el miserable, aunque Severo no se merece todo esto. Creció siendo soldado. Se esforzó por llegar a oficial. Luchó con honor, casi se deja una pierna por el maldito Imperio. Renunció a todo por seguir las órdenes, aceptó la púrpura cuando sabía que no la merecía.

Porque era lo justo.

Ha soportado el peso del mando, ha apretado los dientes y ha luchado.

El pobre Severo no se merece todo esto, pero al pueblo de Roma, borracho y rollizo, se la trae floja; la mano de Majencio les hace tragar monedas, y ellos engordan y obedecen.

Severo no se merece el escarnio, ni el castigo, pero el mundo es cruel con los inermes.

Antes de la noche Severo está encarcelado en la vía Apia. Como un criminal de poca monta.

Cuando amanece el nuevo día, el agosto Galerio recibe la noticia del tormento y se pone de camino a la capital. Ha ignorado el problema mientras ha podido.

«Ya es hora de pasar cuentas con el maldito usurpador.»

Majencio ha levantado cabeza y ahora se prepara para la guerra, el destino está a punto de cumplirse. Pero Galerio es sólo el último de sus problemas.

Desde el norte llega una tormenta. La peor que puede existir, para la que nunca estará preparado.

Rayos, truenos y granizo acompañan el regreso de Maximiano. El viejo soldado bulle de rabia. La lluvia, en contacto con su piel incandescente, se

evapora al instante.

Cabalga y lanza imprecaciones en voz baja, aprieta los talones para ir más de prisa. La negativa de Constantino todavía le quema como un hierro candente, pero la afrenta de Majencio es una bofetada en toda regla.

«¿Cómo ha osado, ese pequeño mentecato?»

Le había dado su palabra a Severo.

Había ordenado que no le tocaran, tenía que estar a salvo.

Roma ya está a la vista, el viejo soldado se apea con furia del caballo y se precipita al palacio.

La puerta de la sala del Gran Consejo se abre lentamente.

«Ahora haré que se trague esa maldita soberbia.»

Un pie atraviesa despacio el umbral.

El viejo está fuera de sí. Grita:

—¡Tú no eres mi hijo!

Una figura emerge en la sala a contraluz. Maximiano tarda un poco en distinguirla. La sombra es maciza, la silueta no es la de su hijo.

Aulino, su viejo compañero de armas, tiene los ojos serenos de quien ha vendido el alma por treinta denarios.

—Claro que no... —responde.

Maximiano ya lo entiende, se ha quedado solo. Sus antiguos conmitones también le vuelven la espalda.

—Quítate de en medio, soldado. Tengo que hablar con ese miserable...

Aulino sacude la cabeza de derecha a izquierda. Antebrazos tatuados, entrelazados en el pecho. Una veintena de demonios con armadura aparecen a su espalda.

—El emperador no quiere que lo molesten. Lo siento, comandante. Será mejor que te quites de en medio...

A Maximiano se le sube la sangre a la cabeza. Se acerca al veterano, desenvaina un puñal y lo apunta hacia su rostro.

—Dime, traidor, ¿es buena la paga?

Aulino no mueve un músculo.

—Vete, comandante. Ya no es tu guerra...

—¡Te he hecho una pregunta, canalla! Una buena inversión para tu futuro, ¿no es así?

Aulino ya ha recibido suficientes patadas en el culo. Mira al

comandante directamente a los ojos, con aire desafiante.

—La mejor que he tenido, si quieres saberlo.

Maximiano retrocede unos pasos, levanta los brazos en señal de rendición. En la derecha todavía tiene el puñal.

—¡Te aconsejo que no te olvides de los intereses!

Después sólo se produce el arrebató. Tan rápido que Aulino ni siquiera se da cuenta.

«Maximiano le rasga la cara.»

El desgarró sangra abundantemente.

Los guardias están listos para intervenir, pero Aulino los detiene.

—Dejadlo ir. Es un hombre acabado, ya no le hará daño a nadie...

A Maximiano le ciega la furia, pero debe dominarse. Está en territorio enemigo, hacerse el bravucón sólo lo meterá en problemas, de modo que abandona la sala. Piensa mientras deambula sin meta, luego se mete en una taberna y se queda allí hasta que el sol se pone.

Cuando vuelve a salir, la decisión está tomada. El ex augusto está borracho perdido, pero sabe lo que tiene que hacer. Se carcajea, caracolea hacia el fuerte de la guarnición, mascullando frases sin sentido, pero convencido de un futuro que no existe.

«¡Ya lo veremos, cobarde!»

Las nubes bajas le dan la razón, cuentan un montón de mentiras.

«A los viejos, al igual que a los locos, hay que seguirles la corriente.»

Majencio reflexiona mientras se mira en el espejo. La loriga le queda de perlas, está hecha a medida. La púrpura lo envuelve como una promesa, incluso parece más alto.

Su padre está en el ocaso de la vida. Es incapaz de comprender los nuevos tiempos, igual que su colega Diocleciano. Al menos ése tuvo el detalle de hacerse a un lado.

En cambio Maximiano resiste. Ha hecho como que salía de escena pero, en cuanto ha reconocido el ruido sordo de la batalla, ha vuelto a la caza como un lobo hambriento.

Ha querido convocar un enfrentamiento público, algo grande, soldados y pueblo. Majencio lo ha permitido.

Ante la inmensa muchedumbre de militares, senadores y habitantes de

la capital, el agosto habla claro:

—¡Me dirijo a vosotros en primer lugar, soldados de Roma! Habéis hecho un juramento y después lo habéis roto. Porque al romperlo estabais seguros de que hacíais lo correcto. Os he visto escoger la libertad en vez de la tiranía. Y os pido que volváis a escoger: ¿preferís ahogaros en el vicio con esta subespecie de molusco... —señala a su hijo, para que quede claro—, o servir a las órdenes de un héroe de Roma?

«Silencio. Nadie respira.»

Maximiano no se da por vencido:

—Ciudadanos... —La palabra se le queda atascada entre los dientes cuando una cebolla podrida le da en medio del rostro.

Grita con la cara roja:

—¡Ciudadanos de la Urbe! —Pero otro golpe le da en la mejilla.

Después otro. Y otro más. La lluvia de verduras no cesa.

Majencio se ríe con los brazos cruzados.

—¿Estás satisfecho ahora, padre?

Maximiano se va, se ha echado veinte años encima en un segundo. No se da la vuelta. Huye, regresará a la Galia con el rabo entre las piernas.

La risa de Majencio lo persigue hasta que desaparece, detrás del horizonte.

El mal que infligió es como un perro fiel, siempre vuelve a buscarte.

«Ahora sabes qué se siente, papá.»

Majencio está embriagado de omnipotencia. Ha derrotado a su padre, su peor enemigo. Ya no tiene nada que temer, ningún poder puede levantar un dedo contra él.

El senador y el pretoriano no están ebrios de arrogancia como su jefe, tienen una ciudad que sacar adelante.

—Augusto, el enemigo está a las puertas... —intentan hacerle razonar, pero Majencio no les hace ni caso. Está flotando, exultante como un idiota.

Pacífico siempre es el más práctico de los dos:

—¿Quieres que organice al ejército? Antes de mañana habrá que luchar.

Majencio gira despacio los ojos, parece que ahora advierte su presencia por primera vez, enarca una ceja.

—No será necesario.

Pacífico se muerde la lengua.

—El asunto es bastante serio, Galerio ha movilizado a las tropas. Las comanda Licinio, su brazo derecho. El augusto todavía está en Terni, pero el grueso del ejército está aquí, al otro lado de las murallas, listo para atacar.

Majencio, le contesta con el tono afable de quien le está explicando a un niño que no es de buena educación meneársela en medio de la gente.

—Pero no atacarán. Les ordenaré que bajen las armas y me seguirán dóciles como cachorros... La sangre de Hércules corre por estas venas. ¡Soy invencible!

Se pavonea más que una zorra. Si se mira bien hasta hace gracia, con el cuerpecito erguido y el pelo re peinado para darse importancia.

Pero los ojos dan miedo, resueltos y locos. ¿Y si tuviera razón?

—No me creéis, ¿verdad?

«Pues no, no le creen.»

—Entonces seguidme... —Y el augusto se pone en marcha, sin espada ni escudo, llevando a la espalda un séquito de doríforos reunidos en el último momento por Pacífico el Previsor.

El senador Léntulo suda como un cerdo trotando junto a su piara.

Cuando las puertas de la Urbe se abren su corazón está a punto de estallar.

Majencio marcha delante de todos, parece volar.

«¡Ha perdido la razón, ahora nos descuartizarán!» Los pensamientos del senador son rocas en el océano, levantan oleadas de emociones.

Licinio comanda el ejército imperial sin miedo. Está cerca de la Urbe con una pequeña vanguardia, pero dentro de poco diez centurias perfectamente formadas estarán a su espalda.

Majencio no lo ha visto nunca, pero ha oído hablar mucho de él.

Guerrero noble y resuelto, militar prudente, respetado por las tropas.

Nada que ver con Severo.

Majencio va a su encuentro con una sonrisa y los brazos abiertos.

—¡Mis respetos, comandante! Un espléndido día para morir, ¿no es cierto?

Licinio está aturdido, le parece que está tratando con el jefe del poblado, no con el usurpador que turba el sueño del Imperio. Sea como sea está a punto de replicar, pero éste pasa de largo, derriba a un oficial enemigo y monta en la silla. Encabrita al animal, corre arriba y abajo por la primera fila de guerreros

y grita como un poseso:

—¡Soldados de Roma! ¡Compañeros! ¡Amigos!

Del ejército y de la guardia de honor sólo llegan miradas estupefactas.

Majencio detiene al animal.

—El viaje por fin ha terminado. Estáis en casa, podéis relajaros. ¡Ya no tenéis que fingir más!

Silencio tenso. De poner la piel de gallina.

—¡Dejad de estar al lado de estos... —y señala a Licinio— ridículos tipejos y de sus cobardes jefes!

«Realmente un bonito espectáculo.»

Hasta Licinio tiene unas ganas locas de ver cómo terminará todo esto. Y Majencio lo complace.

—Galerio ha cruzado el Imperio para enfrentarse conmigo. ¡Y se queda agazapado en las últimas filas! ¡Bellaco pusilánime!

«Escalofríos.»

—Pero no es de él de quien quiero hablar. Sois vosotros, hermanos, lo que me importa. Vosotros y nadie más. Habéis marchado, debéis de estar exhaustos. Habéis obedecido, tragado barro día y noche porque eso es lo que hace un soldado de Roma: no discutir las órdenes. Pero yo conozco vuestros corazones, hermanos. Y sé que aunque lleváis las insignias de Oriente, vuestro corazón sigue siendo fiel a la capital. Pues bien, compañeros, yo soy la capital. Yo soy el Imperio y el Águila inmortal. Yo soy Roma. Y os acojo con los brazos abiertos.

«Perfecto, ahora sí que la ha hecho buena.» El pensamiento se vuelve certeza en la cabeza de Léntulo.

El senador está listo para morir.

«Nos harán pedazos...»

Majencio gira el animal hacia la Urbe, abandona la escena a paso lento.

Todos lo miran, como a una epifanía.

«Moriremos ahora.» El pensamiento es ineludible.

Licinio está a punto de dar la orden, Majencio se vuelve una última vez:

—Bienvenidos, hermanos.

Y el cielo se hace añicos. El prodigio es real. Primero es sólo uno, el oficial derribado se mueve despacio hacia las puertas de la ciudad. Luego un primer centurión y otro soldado. Después los infantes, bajo el mando de los

graduados. Y finalmente incluso la retaguardia.

Un espectáculo absurdo, una alucinación increíble.

«Y es de verdad.»

El ejército de Galerio acaba de desertar. Miles de hombres enviados para cortarle el cuello al usurpador lo siguen con la cabeza gacha, dispuestos a unirse a su loca conquista. Tal vez sea porque la herencia de Maximiano es dura de pelar y las armadas son fieles a la sangre de Hércules por los siglos de los siglos.

O puede que el mundo se haya vuelto completamente loco. El hecho es que el milagro se ha producido, ante los ojos de todos.

«Majencio gana por tercera vez. Sin haber desenvainado todavía la espada.»

Majencio es inmenso y terrible.

«Invencible.»

Léntulo y Pacífico, con la boca abierta, le hacen fiestas como cachorritos, mientras Licinio, mirando horrorizado la derrota, intenta cacarear amenazas a la tropa, pero sólo consigue un par de bofetones de los últimos de la fila.

No le queda otro remedio que huir consternado. Volver cabizbajo con su amo.

«Explicar lo inexplicable.»

Cuando por fin llega a Terni, Galerio medita durante un instante si es el caso de hacer cortar la cabeza a ese pedazo de gilipollas de brazo derecho que tiene.

Después decide que no. Que no vale la pena.

Se necesita tiempo y la cabeza fría para digerir lo peor.

El agosto se retira a Oriente.

«La batalla es tuya, Majencio. Pero la guerra, puedes estar seguro, es un asunto muy distinto...»

Política

La política, en la acepción común del término, no es otra cosa que
corrupción.

PLATÓN, *Critón*

*Carnuntum, cuartel general en Panonia del Ejército del Danubio, 308
d. J.C.*

El viejo ha convocado una reunión.

La situación se ha agravado, la Tetrarquía se cae a pedazos.

Diocleciano, aunque tranquilo en su exilio campestre, no puede tolerarlo más. El ex augusto Máximo vive en Spalatum desde ya hace años, apartado de las disputas y las guerras intestinas. Ocupa su tiempo cuidando de las plantas, leyendo libros de filosofía, reflexionando durante largos ratos. Lleva una vida de anciano, procura no dejarse molestar por las aburridas cuestiones políticas e institucionales.

Normalmente le llegan algunos ecos de la vida en la corte, pero Diocleciano los ignora.

Ahora, en cambio, el asunto es distinto, los sucesores han empezado a jugar sucio, parece que ya nadie sigue las reglas. Peleles que se proclaman emperadores a sí mismos, purpurados legítimos que se dejan arrebatarse el ejército delante de las narices, viejos fanfarrones que vuelven a la carga.

«No va bien. No va nada bien.»

Lo ha meditado desde todos los ángulos.

Y al final ha decidido.

«Los pondré a raya, con una patada en el culo si hace falta. Pero será la última vez...»

Se ha hecho la promesa delante del espejo, después ha llamado a sirvientes y a escribanos. Ha enviado la convocatoria y ha puesto en estado de

alerta a los hombres en Carnuntum. Y una vez hecho esto emprende el viaje. Una travesía de locos, más de trescientas cincuenta leguas. A su edad, bajo el sol y la lluvia, traqueteando sobre la maldita litera.

También cabalga un poco, pero su espalda en seguida lo avisa. Nada de bromas. Los años pasan y no se puede hacer nada por evitarlo.

La mayoría de los hombres odia la vejez. El cuerpo cambia, se cae a pedazos como una casa abandonada.

Pero Diocleciano no. El soberano que unió el Imperio se ha vuelto juicioso con el paso de las primaveras. Ha aprendido a apreciar los crepúsculos dorados, el sol en los huesos, los pensamientos relajados.

Una vez un hombre sabio le dijo: «Si siempre vas al galope, la bestia morirá antes de hora.»

No tardó mucho en comprender quién era la bestia de la historia. Lo supo una noche, ya tarde, después de una feroz batalla. Bajo las estrellas, mientras se lavaba la cara y el torso de sangre enemiga, pudo ver su propia imagen. Y no la reconoció. Así es como se envejece.

Un día te miras al espejo y ya no sabes quién es ese que te está mirando. El pelo más escaso, la barriga y la barba gris. Si empiezas a odiarlo, es el fin. Si por el contrario intentas comprenderle, escuchar sus razones, una nueva vida se abre ante ti.

Fue así como Diocleciano lo entendió. Aquel día decidió abandonar. Se haría a un lado y dejaría su puesto a las generaciones futuras. El asunto de la abdicación hacía tiempo que estaba en el aire, pero ni él mismo se lo había creído hasta ese momento. La zanahoria para el burro, la promesa perpetua, nunca mantenida.

Pero aquel día tomó cuerpo, se volvió real.

Y aquel día Diocleciano empezó a respirar de nuevo.

La losa que tenía en el pecho comenzó a resquebrajarse. Necesitó tiempo, pero la recompensa siempre está al final del camino, esperando. La olla de oro del extremo del arco iris, como en algunas leyendas del norte.

Ha dejado la púrpura y ha vuelto a ser Diocles, el mismo muchacho que muchos años atrás salió de Salonae sin dinero en el bolsillo, en busca de fortuna entre espadas, escudos y hombres de verdad. Sólo que un poco más juicioso.

Diocles nació cabezota. Pero ha decidido morir sabio.

Ése es el motivo de que se haya puesto en camino.

Ha dejado la casa perfecta, en la que ha decidido pasar a mejor vida, y se dirige a Carnuntum.

Podría haber elegido un lugar más próximo, pero el viejo conoce el poder de los símbolos. Carnuntum es el corazón del ejército, la imagen de Roma victoriosa. Durante siglos ha sido sede de la fortaleza legionaria.

La gloriosa Decimoquinta Legión Apolínea nació ahí por voluntad del mismísimo Octavio Augusto. En aquella época, Octavio no era todavía el señor del mundo. Sólo un muchacho con cojones encargado de poner a Sexto Pompeyo en su sitio. Lo hizo junto a los hombres de la Decimoquinta, mastines sedientos de sangre, combatientes orgullosos y leales como hay pocos. Han pasado trescientos cincuenta años, pero la Decimoquinta todavía sigue haciendo un buen papel en la ciudad. Los emperadores son como las estaciones, pasan de prisa y nadie se da cuenta. Pero el honor es otra historia, en este lado del Danubio hasta los dioses temen la fuerza de la Decimoquinta.

«Desde el inicio de los tiempos.»

Diocleciano ha elegido para la conferencia un lugar donde las palabras *honor*, *respeto* y *disciplina* todavía significan algo. Se complace de ello mientras atraviesa las puertas entre las dos alas de una multitud armada. El ex augusto Máximo ya no llevará la púrpura sobre sus hombros, pero ninguno de estos soldados ha olvidado su valor.

Llega antes que todos los demás y da una vuelta por Carnuntum como un hombre normal, sin escolta.

Inspecciona el fuerte y ve a los hombres de la Gémina entrenarse codo con codo junto a los de la Decimoquinta. Desde que en Oriente se produjo la movilización hay una gran alternancia de razas y colores.

En el anfiteatro militar, el ruido de las armas siempre es el mismo. Diocleciano pasea y saluda mientras se dirige al santuario de Némesis. Es costumbre depositar una espada a los pies de la diosa alada antes de ir a la guerra.

«Ella dispensará dichas y dolores según corresponda.»

«Juzgará a los vivos y tendrá piedad de los justos.»

Diocleciano desenvaina la espada muchas veces afilada, aunque la hoja conserva su alma oscura. Es la sangre de mil enemigos, la sangre que se queda en la hoja porque quitarla trae mala suerte. La sangre amiga del metal, su

esposa perfecta; con el tiempo se une a él eternamente, y nada puede eliminarla.

Diocleciano ofrece su espada porque la guerra ya ha empezado.

Perros rabiosos se disputan el Imperio como un pedazo de carne cruda. Tiran y desgarran, cada uno por su lado.

Diocleciano quiere la paz.

La exige, el Imperio es su casa.

Precisamente por eso no los ha convocado a todos.

Ha requerido la presencia de Galerio, legítimo augusto de Oriente, y de Maximiano, su viejísimo amigo, testarudo hermano de sangre.

No ha querido que estuvieran los ilegítimos por medio. Majencio es un miserable y merece morir.

Constantino es otra historia. El viejo piensa a menudo en el muchacho, en lo que ha hecho, pasando por encima de las leyes que él mismo promulgó. En cómo lo ha criado, martilleando cada día sobre sólidos principios.

Se pregunta en qué se ha equivocado, Diocles es sabio. Se dice que, tal vez, debería haber sido sabio antes. Antes de abandonar la maldita púrpura. Antes de que se organizara ese follón. Pero ahora no sirve de nada lamentarse, mañana al amanecer llegarán los convocados. Dispuestos a escuchar su precioso consejo.

Dispuestos a obedecer.

«O al menos eso es lo que espera.»

El sol se pone sobre la ciudad de los soldados, desciende mustio sobre el palacio del pretor.

El encuentro con ellos tendrá lugar allí dentro, con las puertas cerradas.

Diocleciano se cubre los ojos de los rayos de fuego. Oro y rojo por todas partes, el espectáculo quita el aliento. El reflejo sobre el agua amplifica el efecto, es como vivir en un cuadro.

Los años lo han hecho sabio, Diocleciano no puede ignorar la señal. Hace llamar a unos esclavos, un picapedrero y un excelente carpintero, y les ordena restaurar el templo de Mitra.

—¡Que el Sol Invicto sonría a jovianos y a herculianos!

Ahora y siempre. Incluso se esculpirá una placa a su imperecedera memoria.

El corazón del viejo está henchido de esperanza.

El coloquio está a punto de abrirse bajo los mejores auspicios.

La locura y el desorden incuban rabia, quemar bajo la ceniza, listas para arder.

Pero el anciano mílite no lo sabe. Se extasía con el sol que calienta los huesos.

«Mejor así.»

Una puesta de sol más, antes de que el sueño se haga añicos para siempre.

—¿Retirarme? —Los ojos de Maximiano van a salirse de las órbitas, Diocleciano está seguro de ello—. ¿Para qué? ¿Para morir como un viejo?

—Así te lo ordeno, hermano. Y no es la primera vez, me parece... —La voz de Diocleciano es de terciopelo.

El otro baja los ojos. El ex augusto Máximo todavía le produce ese efecto.

—Respecto a eso de «como un viejo...» —Diocleciano ahora sonrío—, ¿tan decrepito te parezco?

Maximiano se disculpa en seguida.

—General, ya sabes que no me refería...

No es propio de él, debe de haber perdido los huevos por el camino. Mejor que se apresure a encontrarlos o alguna ardilla se los tragará confundiéndolos con unas bellotas resacas.

Diocleciano continúa afable:

—Te estoy ofreciendo una alternativa. La posibilidad de disfrutar en paz de los años que te quedan. Yo de ti me apresuraría a aprovecharla, condenado testarudo, porque no habrá otra...

Maximiano balbucea algo, pero nadie lo escucha.

Galerio se acerca. Tiene una imperiosa necesidad de saber a qué atenerse:

—¿Y en cuanto a mí, señor?

—¿Qué quieres que te diga, muchacho? Te he dado el Imperio y me encuentro con un jodido colador. ¿Qué debería hacer? ¿Premiarte con un reconocimiento público? ¿A Galerio, augusto de Oriente, que en media jornada ha deshecho lo que Diocleciano se pasó toda la vida construyendo...?

Galerio también agacha la cabeza. Está sinceramente afligido.

—Ahora eres injusto.

—Tal vez. —Diocleciano abre los brazos.

Está sentado en una especie de trono de madera. Los grandes hombres están de pie delante de él. No saben qué hacer con las manos, se las frotan continuamente. Diocleciano sigue hablando:

—Pero eso no significa que esté dispuesto a tragarme la palabra que di. Te nombré augusto y augusto seguirás siendo. Así como seguirán siendo césares Maximino Daza y Constantino. Sólo falta un augusto en la lista...

Se vuelve de repente hacia Maximiano.

—Si ese inútil de tu hijo no hubiera actuado por su cuenta, Severo todavía estaría vivo y esta reunión ya no sería necesaria.

Maximiano encaja el golpe, mudo como un pez.

Diocleciano va al grano.

—Lo hecho, hecho está, no perdamos más el tiempo. Galerio, por lo que parece te falta un colega... ¿Tienes alguna propuesta?

Galerio no lo piensa ni un instante.

—Licinio. Antiguo compañero de armas mío y un valiente guerrero...

Diocleciano tiene la respuesta preparada, aunque sabe que en el fondo no le corresponde a él decidir:

—Tan valiente que se deja robar por un mentecato...

La humillación de las legiones que Majencio le arrebató a Licinio a las puertas de Roma es cosa sabida. La historia del prodigio ha dado la vuelta al Imperio. Quien ha querido lo ha acabado de adornar, pero la verdad es sólo una: Majencio agota las arcas y cubre al ejército de oro. Galerio reduce a los soldados al hambre.

Maximiano sigue callado, el mentecato de las manos agujereadas es hijo suyo.

Diocleciano tiene las ideas claras.

—¿Estás seguro? Hace unos años escogí a mi brazo derecho para una tarea parecida... —Mira a Maximiano otra vez—. Al principio todo funcionó estupendamente. Pero con el tiempo resultó un chasco.

Galerio no es de los que cambian de idea.

—No lo dudes. Licinio es el hombre adecuado.

Diocleciano contesta. Son sus últimas palabras:

—Como quieras. Pues entontes Licinio será el nuevo augusto de

Occidente. Entre otros dominios, se ocupará de Panonia e Italia. Lo cual significa, Maximiano, que será él quien le dé una azotaina a tu niño. Espero que le salga mejor que la última vez.

La mirada decepcionada del viejo león.

Los ojos de serpiente de Galerio.

Finalmente Diocleciano se levanta. Ahora rebasa a los otros dos en más de un palmo.

—Esto es todo, señores. Naturalmente podéis ignorar mis disposiciones. A fin de cuentas yo sólo soy un viejo que hace años abandonó la púrpura. Pero os aconsejo que me escuchéis y que os portéis bien de ahora en adelante, si no queréis tener más problemas. He dedicado la vida al Imperio. Lamentaría darme cuenta de que la he tirado por la borda...

No hay manos que se estrechan, ni calurosos abrazos.

La despedida es viril, militar.

Diocleciano se aleja con paso seguro, un pelotón de honor lo escolta hasta la litera.

Parte inmediatamente, ya tiene bastante del pasado.

Ya en la litera echa una última mirada al brillante reino de la Decimoquinta, se imagina un futuro de tranquilidad, jardines y pensamientos delicados.

Pero es sólo una ilusión, una fantasía. La situación, de hecho, se precipita incluso antes de que llegue a Spalatum, su refugio de hierba y piedras.

Galerio se ha equivocado depositando su confianza en Licinio. Éste ha recibido la noticia de su nombramiento como augusto celebrándolo como un loco, y encima se ha quedado en Panonia, no piensa levantar ni un dedo contra Majencio. Licinio es un hombre de mantequilla. Le da miedo derretirse bajo el sol italiano.

Ni los césares están contentos por la elección. A decir verdad, en cuanto comprenden que no han sido ascendidos, se desencadena un infierno.

Maximino Daza le escupe en la cara a su tío Galerio toda su rabia. Embriagado de sí mismo, se hace proclamar augusto por las tropas.

Constantino no es menos. Al principio le pide explicaciones a Galerio, el cual reserva para él y para su sobrino rebelde el título ridículo de *filius Augustorum*. Como diciendo: «Tened paciencia, hijos míos, ya llegará vuestro

turno.» Pero, justo durante el panegírico con el cual acepta ese honor, el vástago de Iliria hace saber que de ahora en adelante será mejor llamarlo augusto, ya que él es el primero entre los regentes.

Majencio, mientras tanto, aguanta, se queda en su puesto y, si alguien protesta, lo azota hasta reventar. Docenas de romanos inocentes yacen sobre el empedrado.

De este modo, a principios del año siguiente, la Tetrarquía está definitivamente muerta y enterrada.

El sueño de Diocleciano se ha hecho añicos.

Sobre el noble y atormentado suelo imperial, seis emperadores se disputan la púrpura: Galerio y Licinio, augustos legítimos; Constantino y Maximino Daza, césares legítimos, augustos ilegítimos; Majencio y Maximiano, augustos ilegítimos.

Maximiano es el último de la lista. El más viejo de todos y el menos previsible.

Desobedecer las disposiciones de su antiguo general se vuelve natural como respirar. Después de la conferencia de Carnuntum, el viejo ha perdido el juicio, ha tomado una calle sin salida. La recorre a gran velocidad y no tiene intención de mirar atrás.

Apunta hacia el norte, la Galia es la última frontera.

Maximiano cabalga hacia su propio destino.

Revienta su cabalgadura haciéndola galopar contra el viento como un poseso.

En la cabeza, bonitos recuerdos y planes descabellados.

Rabia y venganza: las razones del loco.

El viejo soldado galopa con los ojos cerrados.

No advierte, al fondo del camino, los brazos abiertos de Plutón.

Massilia, 310 d. J.C.

Dos años incubando ira.

Veinticuatro meses de rabia, humillaciones y puñetazos en la cabeza.

La sesera de Maximiano está podrida a fuerza de albergar malos pensamientos.

No queda rastro de su antiguo vigor, tiene los labios violáceos por el

esfuerzo de estar continuamente meditando, la carne seca y vacía, pegada a los huesos.

Se parece a un fantasma, tiene una maldición en los ojos.

En Treviri siempre es bienvenido, faltaría más. Es la casa de su hija. Pero ni siquiera Fausta logra reconocerlo, cuando le habla parece ausente. Masculla sobre agravios recibidos y vuelve a marcharse casi en seguida, detrás de alguna empresa estafalaria.

A los ojos de su niña, siempre tiene algo que hacer. En realidad pierde el tiempo corriendo arriba y abajo por la provincia, desvariando sobre revoluciones, golpes de Estado y revanchas.

Ha reunido en torno a él a un buen grupo de soldados cualesquiera que no tienen nada que perder, mercenarios sanguinarios todavía asignados al Imperio a pesar de haber alcanzado el límite de edad.

«Bandidos.»

«Bandidos de uniforme.»

Los comanda sin causar demasiados daños, y Constantino lo tolera por amor a Fausta.

Esos dos forman una bonita pareja. Cuando él no está recorriendo el Imperio cumpliendo con su deber, pasan el tiempo encerrados en el dormitorio. Fausta está brotando, tiene unas ganas locas de ser madre.

Constantino pone todo de su parte, pero por el momento los dioses parecen contrarios.

No pasa nada, el tiempo está de su parte.

Después de hacer el amor suelen quedarse abrazados charlando. Él siempre desnudo, aunque fuera esté nevando y no haya cortinas en las ventanas. Ella envuelta en las mantas como si fuera un legionario de la Galia, enlazada a su hombre tanto como puede.

Fausta le habla de su padre. De lo preocupada que está por él.

Constantino la escucha. Le gustaría decirle lo que piensa de él, contarle la clase de canalla que fue en su juventud. Cómo lo trataba cuando sólo era un muchacho.

Pero la quiere demasiado para darle un disgusto.

La escucha durante horas, finge que le importa.

«Porque no hay nada en el mundo más bonito que escucharla.»

La verdad es que Maximiano es una espina clavada; a pesar de tener la

cabeza ida y de su enfermedad, no ha abandonado la maldita púrpura. Aunque tampoco le sirve de mucho, la verdad, porque ya nadie se lo toma en serio. Ni siquiera Majencio.

La locura debe de ser cosa de familia.

Constantino ruega a Venus Verticordia para que su pequeña Fausta sea inmune a ella. Y, entretanto, bendice su vientre con un beso.

Cuando llega la noticia, la parejita está en la cama. El mensajero, incómodo, pasa la nota por debajo de la puerta. Constantino la recoge y la lee, con el culo al aire y los pies sobre el mármol helado.

Fausta se pregunta cómo lo hace para no temblar, mientras no deja de mirarle el trasero.

Pero cuando él se vuelve, en sus ojos ve una luz maligna. Fausta ya ha visto antes esa mirada, le da un miedo atroz. La esposa del agosto no sabe que se trata del gemido de Trachala, un mastín feroz encadenado en el abismo, condenado desde hace tiempo a quedarse quieto en las vísceras del vástago de Iliria.

Es frente a situaciones como ésta cuando el emperador pierde el control. Puede suceder durante un solo instante, pero Trachala está atento a no perder la más mínima ocasión. Es suficiente un momento de distracción para que se asome. Para recordar al mundo que el emperador no es sólo justicia y buenos sentimientos.

Ahí abajo se oculta el estómago de un depredador, es mejor no hacerlo enfadar.

—¿Qué es, mi señor? ¿Qué ha ocurrido? —pregunta ella con el corazón en la boca.

Los ojos de Trachala llamean.

—Tu padre... —contesta él.

Fausta juega con su cabello.

—¿Qué ha hecho esta vez?

Constantino se sienta a su lado, se hunde en el tálamo de plumas.

Se pregunta cómo puede dormir su esposa ahí. Cada noche que pasa en esa especie de trampa es una tortura para su espalda de soldado acostumbrado al suelo.

—¿Sabías que desde hace unos meses está en el Rin combatiendo contra los germanos?

Fausta asiente.

—Claro. Sé que le enviaste refuerzos...

Constantino asiente.

—Sí, le eché una mano con algún pelotón. Pensaba que tenía intención de volver a filas. Incluso prometió renunciar a la púrpura.

Los ojos de Fausta miran al cielo.

—Pero evidentemente me equivoqué al confiar en él...

Ella le aprieta la mano. Le da miedo saber.

—Dime qué ha hecho.

Constantino se pregunta si sería mejor mentirle. Después se encuentra con sus iris del color del mar y ve que no podría aunque quisiera.

—Ha requisado todos los caballos de Arelate y se ha atrincherado en Massilia con diez legiones.

Fausta solloza. Constantino escupe el sapo:

—Se ha hecho proclamar emperador por tercera vez...

Fausta sacude la cabeza mostrando su blanco y fino cuello. Se levanta y empieza a vestirse. Mientras tanto murmura:

—Ha perdido el juicio, ha perdido el juicio...

Constantino la mira cuando se pone sus mejores ropas. Entonces, ella abre las puertas de la habitación y convoca a una docena de esclavas para preparar el equipaje.

El agosto observa la escena, divertido y todavía desnudo.

—¿Puedes explicarme qué estás haciendo?

Ella le arroja la púrpura, Constantino se la enrolla en la cadera, como una toalla en las termas.

Fausta cruza los brazos en el pecho; antebrazos delgados y mirada decidida.

—Ahora reunirás a tus hombres, partirás hacia Massilia e irás a castigar a mi padre, ¿no es así?

«Constantino asiente.»

—¿Y yo qué debería hacer? ¿Quedarme aquí con el corazón afligido? ¿Pasarme tres semanas esperando a que llegue un mensajero a decirme que ese loco se ha dejado matar durante el asalto? Quítatelo de la cabeza.

La muchacha tiene valor. Nadie le habla así al emperador.

Las esclavas tienen miedo de que el hijo de Constancio la coja por el

pelo y empieza a zurrarla como es debido.

«Después de todo, se lo merecería.»

Pero a Constantino ni se le pasa por la cabeza. Nunca lo admitirá, pero cuando hace eso la quiere el doble. Tiene muchas ganas de besarla. Resopla para darse importancia:

—¡Estamos hablando de un viaje de seiscientas millas! ¡Podrías caer enferma!

Fausta sonrío, se le acerca insolente. Le pellizca el trasero debajo de la púrpura.

—Si no te pones enfermo tú que te pasas la mitad de la vida con el culo al aire, ya me dirás qué tiene que temer una señora. Además, algún día tendré que disfrutar de ese abrigo de piel de lobo que me has regalado, ¿no?

El blanco de los dientes y los ojitos le brillan.

Está todo decidido, el agosto ha cedido sin ni siquiera presentar batalla.

«Así es como parten.»

Cogidos de la mano, como los novios de los cuentos.

El viaje no es ninguna broma, el frío muerde los talones. Fausta se hace la valiente, pero tiembla como una hoja en la tienda del campamento.

No enferma de milagro, Diana la protege y ahuyenta las fiebres.

Al cabo de un mes han cubierto la distancia.

Massilia. El reino del loco está bajo la mirada de todos.

El pueblo se muere de hambre mientras Maximiano está de juerga por la ciudadela.

La llegada de Constantino junto a sus hombres es bienvenida como una bendición incluso por parte de los soldados del viejo. Ni ellos pueden más, pero no basta con que tengan agallas para destituirlo por sí solos. Se arriesgan a que los malinterpreten, quizá a que los tomen por enemigos del orden. Y sean aplastados como insectos.

La escena es surrealista: mientras el padre de Fausta, asomado a la galería de la fortaleza, grita contra ellos, sus oficiales le abren las puertas a Constantino.

El anciano soldado ni siquiera se da cuenta.

Está muy delgado. Hace días que no bebe. El delirio de omnipotencia lo

consume.

Constantino sube la escalera desarmado, detrás de él va un séquito de doríforos. Sorprende a Maximiano por la espalda, le da unos golpecitos en el brazo reseco.

Éste se vuelve, ha perdido varios dientes.

«Es la sombra de sí mismo.»

Se sobresalta y tiembla, atónito por el estupor.

Constantino lo mira con los ojos vacíos, repletos de cansancio y compasión. Entonces le da un bofetón que lo tira al suelo. Da orden a los hombres de que le pongan los grilletes y se va sin ni siquiera mirarlo.

Lo arrastran afuera como a un loco; los gritos de Maximiano son un suplicio.

Fausta se le acerca y éste se pone a llorar, como un chiquillo herido.

La mujer se vuelve hacia su marido.

—¿Qué será de él, ahora? Lo matarás, ¿no? —Y sin dejarle contestar dice—: Te lo imploro, mi señor. Es mi padre...

Constantino está agotado, harto de toda la mierda inútil que le cae encima continuamente. Mira a su esposa y declara sacando pecho:

—No voy ni a tocarlo. —Después levanta el mentón del viejo—: ¿Has oído lo que he dicho? Agradéceselo a tu hija, miserable...

Y le arranca la púrpura de los hombros.

—Quitadle los grilletes. Lavadlo y dadle una habitación junto a la de la augusta.

Mira al padre y a la hija, asqueado por el amor inmerecido que obliga a hacer locuras.

Se inclina ligeramente en un gesto con voluntad de escarnio antes de desaparecer tras una nube de polvo.

—Será mejor que descanséis bien. Mañana salimos al alba.

Fausta llora. Acaricia la cabeza de su padre y le susurra que calle. Que no se preocupe.

Él refunfuña, insinúa una fuga. Ella lo atrae hacia sí, maternal.

La vejez da asco, los hijos cuidan de los padres.

Los padres gimotean como recién nacidos.

El ex augusto sacude la cabeza.

No se resigna.

Fausta le pasa de nuevo la mano por el cabello.

«Chis... ya pasó.»

Es entrada la noche, imposible dormir.

Constantino da vueltas en el jergón, el sueño lo esquivo como una maldición. Demasiadas millas en el cuerpo, demasiados pensamientos en la cabeza.

El chirrido de la puerta lo pone de mal humor. No tiene ganas de ver a su esposa. No le apetece ceder siempre. Siempre hace lo mismo, cada vez que se pelean, cada vez que la manda a dormir sola, Fausta acaba deslizándose en su cama.

Y encuentra la manera de hacerse perdonar.

«Pero esta vez no.»

—¡Vete! ¡No tengo ganas de verte!

La emperatriz tiene la cabeza gacha. Lleva un vestido largo y un manto sobre los hombros. Parece una viejecita, entra a pasos lentos.

Constantino se enfada de verdad. La tensión es densa, más agria por el poco sueño.

—¡Te he dicho que desaparezcas! Lo digo en serio...

Ella levanta la barbilla, tiene el rostro surcado de lágrimas.

En la mano lleva un puñal cincelado. El Águila de la empuñadura no deja lugar a duda sobre la identidad de su propietario. El arma se ve enorme en las pequeñas manos de la muchacha.

La emperatriz solloza, con un hilo de voz.

—M-mi padre está loco.

Entonces se echa a llorar.

Constantino no puede hacer otra cosa que abrir los brazos y abrazarla con fuerza. Este hombre está destinado a someter al mundo, pero delante de su joven esposa es sólo un muchacho enamorado. Es incapaz de mostrarse severo con ella durante más de una hora.

Se quedan un rato así, pegados el uno a la otra, como diestras que sellan un pacto. Cuando las lágrimas terminan, Fausta habla con el corazón en la mano:

—Me había dormido hacía una hora, quizá menos. He abierto los ojos y me lo he encontrado delante, de poco no me da un ataque. Estaba sentado en

el borde de la cama, me miraba con unos ojos llenos de dolor. Ha tardado un poco en pedírmelo. Ha estado un rato diciéndome cuánto me quería y la ternura que siente ahora que estoy «situada». Incluso me ha contado que, de pequeña, me sentaba sobre sus rodillas. Parecía sincero, me acariciaba el cabello mientras hablaba. Entonces, de repente, se ha ensombrecido. Tenía esa mirada de loco... ¿Sabes cuál te digo?

Constantino asiente, Fausta continúa:

—Ha empezado a delirar. Ha sacado esto... —Mientras agita el puñal ante las narices de Constantino sus iris se vuelven a humedecer.

Él le coge las manos, ella encuentra el valor de decirle:

—Me ha pedido que te mate. Mientras duermes.

Fausta vuelve a sollozar.

—También me ha dicho que primero tendríamos que hacer el amor. Después tendría que esperar a que te durmieras y clavártelo en el corazón.

El puñal cae al suelo.

Ahora la angustia parece una niña asustada. Los ojos rojos, el óvalo mojado iluminado por la luna. Dan ganas de abrazarla. Y no volver a soltarla.

Se seca con la manga de la túnica. Se sorbe la nariz.

—Me ha dicho que fuera valiente. Que nadie sospecharía de mí, le echaríamos la culpa a un siervo, él volvería al trono. Viviríamos en paz.

El llanto es un torrente en crecida.

No existen diques capaces de contenerlo.

La joven mira a su hombre con ojos orgullosos.

—Está completamente loco, mi señor. Merece morir, lo sé. Pero yo te imploro, te suplico...

Constantino no contesta. Empieza a vestirse, con una lentitud infinita. Primero se calza, después se pone la túnica y la espada al lado. La lorica es lo último.

Fausta se agita.

—Podrías hacer que se exilie... tal vez a una isla. O encerrarlo en una fortaleza. Sería perfecto. Ya no volverías a oír hablar de él, no podría hacernos daño aunque quisiera...

Constantino se agacha junto al jergón. Mira debajo de la cama, vuelve a levantarse, abre cajones y registra todos los armarios y arcas de la habitación. Hasta que encuentra la bolsa. Dentro hay exactamente lo que está buscando.

Lo saca con cuidado. Es una cuerda de oro de tibar.

De un par de pértigas de longitud. Brilla en la oscuridad, acariciada por los rayos lunares. Tiene el aspecto de ser robusta, oro por fuera, cáñamo y alambre por dentro.

Fausta ahora está de rodillas.

—Es mi padre...

Constantino está saliendo, con la cuerda en la mano. Se detiene y la mira una última vez.

Ella está en el suelo, destrozada.

—Te lo ruego...

Constantino cruza el umbral y cierra la puerta a su espalda sin decir ni una palabra. Recorre el pasillo en silencio.

Los pasos retumban en la noche.

Cuando llega a la entrada del aposento de Maximiano oye que el viejo se sobresalta. Cree que es su hija de regreso de perpetrar el asesinato. Se la imagina bellísima y letal, con las manos sucias de sangre fresca. Sin embargo, entra Constantino, con la mirada de fuego y una extraña cuerda dorada en la mano derecha. Se parece a Júpiter Infernal. A Vejovis, el antiguo dios de la venganza.

El destino tiene el rostro de un muchacho que ha crecido demasiado de prisa.

Maximiano por fin lo entiende. Puedes dilapidar vida y muerte mientras quieras, pero al final siempre tienes que rendir cuentas.

Constantino lo mira directamente a los ojos. Le muestra la cuerda de oro.

Se lo dice sólo una vez.

—Te voy a dar a elegir, viejo. Algo que no le he concedido a ningún enemigo...

El despertar es de los que no gustan.

Constantino abre los ojos y un grito lo sobresalta. Agudo y monocorde, parece que dure desde siempre. Desgarra el corazón y los tímpanos, obliga a saltar de la cama.

El emperador ha dormido vestido.

«Sólo lo hace cuando está en guerra.»

Recorre el pasillo a paso ligero, sigue el sonido del dolor. El grito no cesa, lleva a la habitación de Maximiano.

Constantino llega y lo ve.

El grito sale de la boca de su mujer.

Su bellísima esposa está desplomada en el suelo, con el corazón arrancado y una angustia que le corta la respiración.

Fausta mira hacia arriba. Al centro, al horror, la tremenda visión: el cadáver de Maximiano cuelga del techo, repulsivo como lo es la carne sin vida.

Está ahorcado con una cuerda de oro de tibar.

El cuello roto, los pies colgando. Heces en el suelo, los intestinos incapaces de aguantar. Tiene el rostro lívido de los que llevan un rato muertos, vencido; los párpados cerrados y la lengua fuera.

Constantino intenta aplacar el grito de su mujer.

Pero ella le aparta la mano: «¡Ni te atrevas!»

Los ojos de la muchacha están cargados de odio.

Su boca es incapaz de permanecer cerrada.

«Ya nada será como antes.»

Constantino no habla, pero tendría un océano de cosas que decir.

Ella no lo escucha, sigue gritando.

El amor infinito se estropea de repente.

Pasos pesados sobre hielo fino.

Viento de muerte, futuro y venganza.

Viejas cuentas que saldar.

Y es todo lo que queda del maldito Imperio.

Tambores de guerra

Si quieres la paz, prepárate para la guerra.

VEGECIO,

Compendio de técnica militar, III

Roma, principios de 311 d. J.C.

La farsa acaba de empezar. Majencio la saborea con las fauces bien abiertas.

El Foro está abarrotado, pero por las caras que se ven en la platea se comprende que nadie se está divirtiendo. El pueblo, controlado por los pérfidos pretorianos, resopla sin dejarse ver. Se respira un ambiente de puesta en escena.

Ahora ya resulta bastante habitual. La época de las vacas gordas ha terminado, junto con la reserva áurea de la ciudad. Majencio ha apretado los cordones de la bolsa de un día para otro, ha cerrado la caja con dos vueltas de llave.

«Amigos, la fiesta se ha acabado.»

Majencio no es estúpido; baboso y calculador tal vez, pero no estúpido. Sabía que el patrimonio de la Urbe no era infinito. Su juego era hacer que durara hasta que otro tesoro, todavía más precioso, estuviera al alcance de la mano. Ese tesoro es el Imperio, el dominio absoluto que el miserable cree merecer. Especialmente ahora que su padre ha muerto.

Pero está claro que el Imperio no es Roma. No bastan diez legiones y algún truco de prestidigitador para llevárselo al bolsillo. Se necesita tiempo, política y estrategia. Y no se puede seguir viviendo al máximo, acabaría por quemarse demasiado de prisa, como una vela encendida por los dos lados.

De modo que ha apartado lo suficiente para pasar el invierno. Y para la plebe que lo ha ensalzado, apoyado e idolatrado como a un maldito golpe de

suerte, se ha puesto el sol.

En la ciudad algunos han intentado rebelarse. En las inmediaciones de la isla Tiberina ha estallado una revuelta y un recaudador de impuestos ha sido apaleado. Un poco más y se deja la piel.

Majencio no ha actuado impulsivamente, ha dejado que las aguas vuelvan a su cauce. Después ha convocado a todos los cobradores de la Urbe y los ha sustituido por mercenarios. En su mayoría veteranos pretorianos, pero también fornidos germanos salidos de las legiones del norte. El emperador ha autorizado la violencia durante la recaudación de los tributos, es más, la ha fomentado. Ha ordenado a sus hombres que corten la mano derecha a los morosos insolventes. O que se la corten a sus primogénitos, en el caso de que la insolvencia sea reiterada. En un par de recaudaciones la chusma se ha vuelto dócil. Ha perdido la altanería de los días de júbilo. Ha aprendido a bajar la cabeza y a esperar lo peor.

Lo cierto es que ahora es raro cruzarse con alguna sonrisa por la calle. Y, bien mirado, la gente está más delgada. «Pero la tranquilidad no tiene precio.»

Si lo piensa, Majencio incluso se conmueve.

El afortunado usurpador manda con puño de hierro, pero también es capaz de escuchar un buen consejo. Especialmente si procede de sus adeptos de confianza, Léntulo y Pacífico. Esos dos encarnan el alma retorcida de la Urbe, la toga y la espada, las dos caras degeneradas del poder.

Tiempo atrás éste era el mes de Jano, el dios de las dos caras, del tránsito y del cambio. Los rostros de la divinidad eran los de la Urbe, la ira y la alegría, la tristeza y el alborozo, lo sublime y lo horrible. Desde que Majencio es el rey de Roma no queda mucho de la antigua ambivalencia. Sus perros guardianes, el senador y el pretoriano, son la imagen perfecta de los tiempos que corren. Esas caras gordas y picadas, sus sonrisas lúbricas, dicen mucho del futuro de la Ciudad Eterna.

Fue de Léntulo la idea de hacer este anuncio público. El senador se pasa los días de parranda en su villa de la vía Casia. Incluso le sobra tiempo para pensar. Primero habló de ello con Pacífico y él no puso ninguna objeción. Fueron juntos a ver al soberano para reforzar la indiscutible eficacia de la idea.

—Necesitamos un objetivo, mi señor. O Roma se irá a pique...

Majencio abrió bien los oídos. Pacífico fue más lejos:

—Mejor aún, necesitamos un enemigo. A ser posible que actúe de manera injusta. Un enemigo que se haya manchado con una horrible culpa...

Majencio sonrió. Esperó a escuchar el resto de la historia, pero ya había captado la idea.

Ése es el motivo por el cual hoy ha subido al púlpito y ha convocado al populacho, para gritarle al mundo quién ha sido. Para decir a todos, pero absolutamente a todos, que no se librárá tan fácilmente.

—¡El gran Maximiano ha sido asesinado!

Majencio hincha el pecho como el gallo a primera hora de la mañana.

—¡Pueden seguir contándonos todas las mentiras que quieran, pero nosotros sabemos cuál es la verdad, conciudadanos! La verdad es que mi padre era un gran hombre. Un noble soldado, un auténtico héroe de Roma. Aunque se hubiera visto obligado nunca se habría quitado la vida, porque siempre fue un guerrero. Habría luchado hasta la muerte. Si Plutón y sus armadas hubieran trepado desde el Orco para exigir su alma, las habría desafiado con la espada en la mano. Sin miedo, porque así es como se comporta un valiente. Y mi padre, conciudadanos, era un auténtico héroe de Roma. Pero su enemigo no era un dios, hermanos. Ni un inmortal. Lo acogió entre sus engañosos brazos con el único objetivo de tenderle una emboscada. ¡Se aprovechó de su edad y de la enfermedad que lo devoraba desde hacía tiempo y lo mató!

Majencio está a punto de ponerse a gritar. Su voz de pronto se vuelve estridente, es casi de falsete. Está excitado, y borracho. Para infundirse valor, antes de subir al palco se ha soplado un odre de tinto griego.

«Coraje líquido...»

La multitud está más bien fría, pero el emperador no hace caso. Termina su soliloquio:

—¡Constantino es un asesino! El bastardo de Naissus, nacido de la sangre impura de una prostituta, ha matado a Maximiano y ha montado la ridícula farsa del suicidio para desacreditarlo. Pero el pueblo de Roma es demasiado inteligente para creerse sus embustes...

Majencio echa un vistazo a la platea y casi le entran ganas de retractarse de todo. Miles de ojos bovinos lo miran si creer ni una palabra de lo que está diciendo. Muchos están distraídos, la mayoría tiene la cabeza en otra parte, esperan que el emperador termine lo antes posible, piensan en cómo encontrar

algo que cenar, en el trabajo que han dejado a medias para salir corriendo a presenciar la infame pantomima.

—¡Juro ante vosotros que se hará justicia! La memoria de Maximiano el Grande será vengada y su buen nombre restaurado. Para demostraros mi determinación acabo de ordenar que se acuñe una moneda conmemorativa en recuerdo de mi noble progenitor.

Léntulo muestra a la muchedumbre un sestercio de oro de tibar. Es tan fino que ni un lince podría verlo en la gruesa mano del grasiento senador. La dedicatoria es idea suya. Una obra maestra de engaño político:

AL DIVINO MAXIMIANO, PADRE DEL AUGUSTO MAJENCIO

El reino del usurpador acaba de legitimarse. El reconocimiento negado por la cúpula de la Tetrarquía está ahora grabado para siempre en el más noble de los metales.

Scripta manent.

A su imperecedera memoria.

La multitud no está preparada. Cansada y adormilada, no vitorea cuando sería el momento. Pero las lanzas de los pretorianos tardan un instante en llamarla al orden: punzan riñones blandos y espaldas doloridas, despiertan ojos hinchados de aburrimiento. Se levanta un grito apagado que se va propagando como una infección.

En un momento llega hasta el cielo.

—¡AU-GUS-TO! ¡AU-GUS-TO! ¡AU-GUS-TO!

Majencio deja que se desahoguen hasta que queda satisfecho. Después saluda y desaparece. El pueblo por fin es libre de romper filas y regresar a su triste vida.

El emperador, en cambio, vuelve a casa ebrio de utopías.

Se encierra en sus habitaciones, se sirve un cáliz del mejor vino, brinda solitario por un futuro negro como la pez.

—¡Por ti, Maximiano! Padre miserable y miserable agosto. Que las llamas del Tártaro te devoren eternamente. ¡Por ti, Constantino, hermano de muerte, para que puedas volar más alto que el sol y te precipites en el abismo!

El usurpador no bebe, vuelca la copa. El líquido rojo que embadurna el

mosaico es una promesa de sangre.

Pronto, muy pronto, correrá a mares.

Treviri, principios de 311 d. J.C.

La vista del palacio es deliciosa.

«Sencillamente deliciosa.»

Constantino se hunde en los recuerdos, lleva sobre sus hombros el peso del mundo y tiene la destrucción ante los ojos.

La que antecede al nuevo día.

Primeras luces, carpinteros y picapedreros empiezan a martillar el rostro de Maximiano. La roca esculpida se hace añicos, cae al suelo y se levanta polvo antiguo.

Damnatio memoriae, hay que borrar el pasado, tal como manda la tradición. El rostro y el nombre del viejo deben desaparecer, Constantino ha ordenado que se quiten en toda la Galia. Es una cuestión de honor. Maximiano ha usurpado la púrpura mientras estaba con vida. Y ha muerto como un cobarde, incapaz de afrontar el peso de su propio destino.

«Suicidio, ésa es la versión oficial.»

Negarla significaría admitir lo inadmisible.

Fausta no es la misma desde que vio a su padre colgando de una viga. Culpa a Constantino, apenas le dirige la palabra. Al joven emperador le gustaría hablar, explicarle cómo fueron realmente las cosas, pero la losa que tiene en el pecho lo ahoga.

La época del amor se ha acabado, el destino llama a la puerta día y noche. Amenaza con echarla abajo.

El vástago de Iliria ha notado el soplo del hado precisamente en Massilia. El cadáver del ex augustus es el pasado del Imperio que se convierte en polvo. Pero el futuro le sonríe por la ventana; el espacio vacío que deja la efigie de Maximiano es el mundo que vendrá, el reino que está por construir.

No existe creación sin demolición. Es necesario pudrirse para renacer. El viejo mundo en putrefacción engorda la tierra en la que germina lo nuevo.

Su mujer no le habla, su mujer no lo entiende. Se preocupa de los detalles, pero se le escapa la visión de conjunto.

Constantino, en cambio, por fin es consciente. Ahora sabe que tiene una

misión que cumplir. Que está destinado a algo inmenso. Tan grande que resulta obsceno, inenarrable. Y, al mismo tiempo, maravilloso.

Fausta no lo comprende, ¿cómo iba a comprenderlo? Ella es tan pequeña, todo su corazón cabe en una mano. El minúsculo corazón roto de la hija del Imperio.

Los dos duermen juntos cada noche, y cada noche hacen el amor, porque la llamada de la sangre es poderosa y la descendencia, el primer deber.

Pero ella ya no siente nada. Con el alma seca y los ojos húmedos, acoge a Constantino como la funda de la espada, sin emoción, con el mínimo roce. A veces le gustaría sacudirle, gritarle a la cara toda su rabia. Pero él ni siquiera la ve, está en otra parte, sólo tiene ojos para el Águila.

Fausta busca la luz en la mirada de su marido en el clímax del placer, pero ni allí dentro encuentra el rastro del muchacho del que se enamoró.

Constantino goza cada noche dentro de ella, al crepúsculo, pero parece que lo haga por equivocación, que se arrepienta en seguida.

El amor está ahora teñido de culpa y de silencio.

El viento de la Historia sopla feroz entre los huesos del joven emperador. Parece habérselos helado por completo, dejando su buen corazón brillante como un espejo y transformando el fuego en cenizas, el afecto en el deber.

La distancia no se explica con palabras, es un hecho evidente que Constantino está ya demasiado lejos para volver atrás.

La misión lo es todo. La misión es más cálida que el sentimiento, rebasa las dinastías y los años, desafía a los dioses. Sus consejeros se acercan a él preocupados, saben que es necesario condenar a Maximiano al olvido, pero tienen miedo de perder un tesoro incommensurable, su linaje. El más astuto, Molino, toma la palabra:

—Mi señor, borrar a tu suegro significa renunciar a la descendencia de Hércules. Y sin el favor divino y de los antepasados...

Molino es un buen servidor. Africano y enjuto como el viejo maestro Lactancio, sus movimientos le recuerdan a él, aunque es bastante más bajo. Constantino se siente a gusto en su compañía, le hace pensar en su querido amigo, al que lleva años sin ver. Le contesta sin temor:

—No te preocupes, joven. —Lo llama «joven» y es diez años mayor que él—. Los dioses van y vienen. Los antepasados siempre vienen en tu

ayuda cuando los necesitas.

Éste lo mira desconcertado.

Constantino continúa:

—¿Sabías que mi familia descende del noble Claudio Gótico?

—Por supuesto, agosto. —Molino lo sabe de sobra. Esa paparrucha fue corriendo de boca en boca desde que el emperador la puso en circulación para darse importancia.

—¿Y sabes de quién fueron devotos durante toda su vida mi padre Constancio y su abuelo Claudio?

Ahora Molino está en un aprieto.

—Ilumíname, agosto. Te lo ruego.

Constantino observa el alba a través de la ventana. Los picapedreros han terminado el trabajo y un cielo de fuego acoge el futuro. Maximiano ha desaparecido, arrancado para siempre. Una luz colmada de promesas llega de Oriente, el objetivo de una vida, claro como el sol.

—Del Sol Invicto, amigo mío. El que surge cada día y no conoce la derrota. Incluso se levantó la mañana que Hércules, cansado de sufrir, decidió quemarse en la pira que él mismo había encendido, porque ningún hombre era capaz de darle muerte. Y también, más tarde, cuando Júpiter lo acogió en su corte celeste.

Mientras desgrana sentencias le parece oír la voz de Lactancio en la cabeza. Fue el primero que le contó la historia del poderoso Sol Invicto, hace un millón de años. Menuda tontería le pareció entonces venerar algo que no fueran los dioses. Y qué bien le va ahora que se puede prescindir hasta de Hércules y su descendencia.

Molino se rasca la cabeza y se inclina.

—Tu sabiduría es infinita, mi señor.

Constantino por fin ha abierto los ojos. Mientras el mundo se quema y cambia de forma, mientras los viejos rencores salen a flote como el aceite en el agua, el emperador mira al mañana directamente a la cara.

En el reino de Galerio la furia contra los cristianos se ha recrudecido. Constantino ruega por el destino de Lactancio, le desea buena suerte. Desde Oriente las señales que llegan son incluso peores. Se dice que Maximino Daza mata a cien devotos de la Cruz cada día, sólo para mitigar el aburrimiento de su vida disoluta.

El Imperio da pasos hacia atrás, pero Constantino, solo, y consciente de ello, mira hacia adelante.

—¡El Invicto nos protegerá, Molino! ¡Difunde la orden, que preparen un nuevo cuño esta misma mañana! Las monedas llevarán mi imagen triunfal por un lado y la del Sol por el otro. ¡Un nuevo día ha comenzado, amigo mío!

El consejero desaparece y lleva la orden a toda prisa.

Constantino se queda en la ventana disfrutando de los primeros rayos.

La conciencia calienta su corazón. Su misión, bien firme sobre los hombros como un manto de púrpura, lo protege y lo guía. El ascenso acaba de empezar, pero mañana será mejor, Constantino está seguro de ello.

Con los ojos llenos de oro, sonrío pensando en las enseñanzas de su lejano amigo.

Las dinastías imperiales pueden cambiar con una ráfaga de viento, los dioses desaparecen si las cosas dejan de ir bien, pero el rostro de Lactancio siempre estará en su corazón. Sabe que en alguna parte el viejo maestro está sonriendo y mira hacia el mismo sol.

Sárdica, Dacia Mediterránea, primavera de 311 d. J.C.

El hedor a muerte está por todas partes. Es inútil abrir bien las ventanas o esparcir ungüentos, no se irá hasta que todo haya terminado. El emperador está en el ocaso, su fuerza se ha desvanecido. Lactancio observa cómo se apaga.

El final lo invierte todo, transforma a los hombres en conejos, hace que se conviertan en niños.

Galerio maldice su mala suerte, invoca a los dioses. Pero Lactancio ha visto la gangrena, sabe que no habrá piedad.

El Señor te lo da, el Señor te lo quita. Así es como funciona.

Galerio lo ha tenido todo: poder, prestigio, riqueza y fama; pero en vez de amor y grandeza sólo ha sido capaz de cultivar odio.

Odio por los seguidores de Cristo, un rencor ciego, un desprecio despiadado que corroe las vísceras.

Galerio se está pudriendo porque así lo manda el Todopoderoso. El Hijo enseña a perdonar, pero Dios Padre tiene mano dura. Quien desobedece muere, Lactancio está seguro de ello.

Hace algunas semanas Galerio se cansó de Nicomedia y decidió irse al norte. Harto del sol y de las chácharas de la corte, con sesenta años cumplidos le entraron ganas de ponerse en marcha. Organizó la expedición en pocas horas y arrastró a Lactancio con él. Ahora no lo deja ni un segundo. Desde que empezó de nuevo a perseguir a los cristianos, el retórico es su peor enemigo. Y los enemigos, en estos tiempos, es mejor tenerlos al lado.

El pérfido guerrero no ha cambiado. La púrpura sólo lo ha hecho más prudente. Está más solo, si eso es posible. No habla prácticamente con nadie, ni siquiera con Valeria, la bella hija que Diocleciano le concedió como esposa cuando lo nombró César. La relación entre ellos dos siempre ha sido extraña. No puede decirse que ella lo ame porque es imposible amar a una serpiente de cascabel. El miedo a que te muerda es constante, obnubila cualquier sentimiento. Sin embargo, en estos años ha aprendido a escuchar sus silencios, a complacerlo con los gestos, a desahogarse con él. Es una relación de un solo sentido, pero al menos es una relación.

Valeria tiene personalidad, se hizo cristiana haciendo caso omiso de su marido y lo puso al corriente personalmente. No le teme a nada, es idéntica a su padre.

Galerio se limitó a mirarla lleno de rabia, con las venas del cuello hinchadas como embutidos, y se fue. Punto y final.

Llegó a pie hasta las minas, ya era de día. Allí dentro encierra a docenas de servidores de Cristo cada semana. Escogió a diez, incluso había un niño. Los azotó hasta tocar hueso. Hasta que la sangre lo vistió de la cabeza a los pies. Entonces, sólo entonces, volvió con su mujer, se presentó ante ella así, todavía húmedo de muerte.

Cenaron juntos, con la boca cerrada. Se cogieron de la mano delante del fuego. Después él desapareció en el caldario y ella se acostó temprano.

No volvieron a hablar del asunto.

Valeria siguió siendo cristiana y Galerio un asesino.

«Eso fue todo.»

En marzo, cuando el calor se apoderó de la ciudad y el aire empezó a ser irrespirable, el emperador decidió abandonar Nicomedia. En Sárdica hay un palacio nuevo, se lo ha construido para pasar allí la vejez y nunca ha puesto los pies en él. Tal vez haya llegado el momento de recobrar el aliento.

El viaje es largo y silencioso.

Lactancio intenta despertarle del sopor un par de veces. Valeria hace lo mismo, pero Galerio sólo pronuncia monosílabos. En cuanto pone los pies en Sárdica, el hielo envuelve al augusto como una maldición. La huida para encontrar alivio se convierte en un calvario. Una funesta paradoja.

Empieza como un estremecimiento. Es escurridizo, reptante por la espalda y no puede sacárselo de encima. Las mantas y el hogar no sirven de nada. Los siervos sudan mientras añaden leña. Es primavera también en Sárdica, pero el emperador tiembla, lleva el frío dentro, en su corazón de hielo oscuro.

Después de los escalofríos llegan las fiebres. Los médicos se inquietan, prescriben infusiones y sangrías, pero no sirve de nada.

Lactancio observa cómo el mal se abre camino, día tras día. Los que temen la infección ni siquiera se acercan, pero el retórico sabe perfectamente que la mala suerte no es contagiosa. Al final, cada cual paga por lo que ha hecho, el buen Dios no hace excepciones.

Fiebres y delirio, Galerio sueña a menudo con un manto negro que lo envuelve como un sudario, manos, cabeza y pies. Un capullo oscuro que lleva una cruz en lo alto. Tan grande que impresiona, parece hecha de luz pura.

Quema y consume, Galerio tiene la sensación de quemarse. Justo allí abajo, en esa parte del cuerpo que es mejor no nombrar.

Cuando se despierta la ve, la fístula es microscópica. Una burbuja rellena de odio, un intestino espectral que palpita.

El emperador convoca urgentemente al matasanos, el dolor es demasiado fuerte. Éste acude corriendo, tose, palpa, se seca la frente y abre los brazos.

—Es mejor no tocarla, mi señor. Se podría infectar... Hay que esperar a que se reabsorba.

Pero el bubón no se derrite ni se encoge. Bebe caldo de gallina y se pone compresas de malva. Pero sólo hacen aumentar la temperatura y el fuego que quema bajo la piel.

Hasta que una noche, consumido de rabia y de hiel, el emperador coge el puñal que tiene bajo la almohada —un loco como éste no se acuesta desarmado—, lo sujeta con las pinzas de la chimenea y sumerge la punta en el fuego. Cuando está más roja que los ojos de Plutón, envuelve el mango en un trozo de tela y se prepara para lo inenarrable.

Jadea, el augusto está enfermo. Jadea y mira el bubón purulento; blanco

e insolente, se ha hecho diez veces mayor. Se agarra al sexo como un animal, fermenta a la luz de las llamas.

Galerio aprieta los dientes y se atraviesa.

En cuanto la hoja incandescente toca la piel tensa, ésta se retrae. La fístula explota, el aire se satura de muerte. Gangrena y gusanos, horrible visión. Centenares de larvas gruesas como orugas se retuercen como locas.

Galerio lanza un grito crudo, cauteriza la necrosis con el hierro ardiente. Acuden servidores y médicos, algunos gritan, varios vomitan.

El augusto se desmaya, incapaz de luchar.

Cuando se despierta, los gusanos han desaparecido. El matasanos ha limpiado la carne herida, ha horadado y rociado.

Ahora la carnicería es espeluznante.

Allí donde antes estaba el eje de la virilidad del Imperio ahora sólo hay un agujero rojo. Lleno de sangre y minúsculos huevos.

Cuando Galerio lo ve, pierde la razón. Aferra el cuello del médico con toda la fuerza que tiene en el cuerpo. Se lo parte en un momento y el pobre hombre cae desplomado al suelo.

Galerio no deja de gritar, ha perdido el juicio para siempre.

«Empieza así y ya no se detiene.»

Cada día empeora, el agujero se hace más grande.

Lo mata lentamente, el mal no tiene prisa.

No sirven de nada los intercambios de sangre. Llegan cirujanos de las cuatro esquinas del mundo, acuden a fracasar.

Se sacrifican cien toros en una mañana, pero los dioses están sordos y ciegos. No hay futuro para el augusto, no hay paz.

Lactancio espía la agonía noche y día, incapaz de cruzar el umbral de la habitación, culpable por desear la muerte de su enemigo.

Hoy es el último día, el augusto lo presiente.

Lo ha sabido en cuanto ha abierto los ojos, no queda rastro de su antiguo vigor.

Sólo un lago rojo allí donde antes latía la vida.

Hace llamar al viejo maestro; no ha querido verlo en todo el tiempo que lleva enfermo, pero nunca ha dejado de advertir su presencia.

Él y su maldito Dios nunca se han ido.

Lactancio cruza el umbral, las partes pudendas de Galerio están

cubiertas con una sábana.

El hedor es realmente atroz, el viejo maestro contiene las arcadas, se acerca.

La voz del emperador es como brasa fría:

—¿Tu Dios es capaz de detener todo esto?

El cristiano respira hondo.

—Mi Dios es capaz de perdonar. ¿Puede decirse lo mismo de ti, agosto?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que haga? Los dioses me han abandonado. Y mis médicos no sirven para nada. Dime qué debo hacer, viejo... Te lo suplico.

Lactancio suspira. Se esfuerza por no sonreír.

—Un acto de fe.

Galerio abre los ojos y las orejas, el maestro se agacha sobre él y se lo explica con pelos y señales.

Al cabo de media hora convoca a un ejército de escribientes. Papel, pluma y ríos de tinta para estampar el último legado del agosto antes del final.

Pasará a la historia como el Edicto de Sárdica, viajará en múltiples copias de norte a sur, de Oriente a Occidente.

Sus palabras resplandecerán más que el Sol Invicto.

Fin de la persecución para todos los cristianos.

Libertad de culto *urbi et orbi*.

Incluso hay obligación de erigir iglesias y rezar por la salud del agosto.

Cuando acaba de dictar, Galerio pierde el sentido y Lactancio sonríe.

Por primera vez desde que llegó a palacio, a pesar del hedor y la locura, parece que ya puede respirar.

Al día siguiente las condiciones del agosto mejoran, en la corte se grita que es un milagro, pero es un fuego de paja. Cinco días después su corazón deja de luchar.

Su cuerpo continúa pudriéndose en la tumba, porque así lo manda Dios Padre. Su alma negra, tal vez, se ha ganado un trocito de esperanza.

De todos modos, se desmiembra otro pedazo de Imperio.

Su tiempo ha terminado, se derrumba inexorable, marchito como las hojas en otoño.

El cerco se estrecha y los contendientes son cada vez menos.
Soplan vientos de guerra, es inútil fingir.

Nicomedia, verano de 311 d. J.C.

Si Galerio —que la tierra le sea leve— era una serpiente de cascabel, su sobrino Maximino Daza es un lémur.

Ojos saltones, rostro hinchado por las juergas. Cabello tupido y muy corto, con el nacimiento bajo, frente inexistente, barba densa de primate. Si se afeita por la mañana, a primera hora de la tarde sus mejillas tienen un color grisáceo, incapaces de mantenerse rasuradas. Es un tipejo peludo. El emperador de Oriente lleva una vida disoluta e indecente. Se levanta tarde, se harta de vino y de miel, engulle huevos a docenas. A menudo vomita antes de la hora nona, más borracho que ni el mismísimo Baco. El resto del día se lo pasa jodiendo. Es todo pelo y semen, nunca tiene suficiente. Monta zorras, matronas y sirvientas, cuatro o cinco al día.

Las mujeres de la corte huyen de él como de la peste, pero no hay manera. Él las atrapa, las pone de cuatro patas sin ni siquiera desnudarlas. Y nunca deja de reír.

Grita y vocea, pega bofetadas. El augusto Daza jode y ordena, ordena y jode.

El Imperio comienza donde acaba el tálamo.

«Y viceversa.»

En cuanto se ha enterado de la muerte de Galerio ha montado a caballo. Guiando a un ejército inmenso ha abandonado Siria y se ha dejado caer en el Ponto como un anatema. Cascos y espadas, a galope tendido, ha triturado leguas y más leguas, ha derribado las puertas de Bitinia a puntapiés y ha tomado la región sin pedir permiso.

Las gentes se han postrado sin ofrecer resistencia, han cedido como mujeres sometidas a un infeliz destino.

Daza ha cabalgado y jodido, conquistado y reído. Por donde él pasa todo se desgarrar y todo germina.

Han llovido del cielo exenciones fiscales. El pueblo hambriento lo ha celebrado sin vergüenza.

El Ponto, arremetido por detrás como un liberto imberbe, ha gozado de

manera brutal. Ni siquiera ha habido resistencia en la capital. Nicomedia la Hermosa ha acogido a su nuevo amo con las piernas abiertas.

La ciudad le gusta, de ahora en adelante será su casa. Pero antes hay otro asunto que resolver. Deja en la corte a la mitad de sus hombres y a todo su séquito, y se marcha.

Daza es audaz, marca el territorio meando en el Ponto, Bitinia y Helesponto, como un perro en celo. Pero no es el único mastín ansioso que hay por aquí.

Licinio es el último legítimo que queda. Y sabe que si no se apresura a arrebatar con todo, no quedará nada en el banquete imperial. Hace semanas que partió del norte, ha ocupado las tierras a lo largo del Danubio, ha hecho suyo el ejército del gran Galerio, creyéndose el más listo, el más espabilado de todos. Ha cabalgado a marchas forzadas a través de los Balcanes hasta llegar al Bósforo. Pero cuando ha llegado al estrecho se ha encontrado con una bonita sorpresa.

Las tropas de reconocimiento que envió de Bizancio a Calcedonia no se esperaban nada parecido.

Los soldados de Daza ocupaban el muelle. Una armada impresionante, diez mil infantes y al menos dos mil caballeros.

Los dos se olfatean durante unos días. Cada uno en una orilla del Bósforo; ninguno se decide a ser el primero en atacar o en irse. No ocurre nada en siete albas y siete ocasos. Ni una flecha, y ni un solo miserable intento de desembarco.

Al octavo día, Daza manda decir que sería mejor que hablaran y Licinio lo organiza todo. Teme caer en una trampa, de modo que elige un territorio neutral. En mar abierto, mecidos por las olas, los augustos se encuentran y se estrechan las diestras.

Daza es el primero en hacerse el fanfarrón. Va con su naturaleza.

—Y bien, agosto, ¿una guerra? ¿Es eso lo que quieres?

Licinio no es de los que se quedan atrás. Sabe cómo utilizar las palabras.

—Si quisiera una guerra, agosto, tú ya estarías bajo tierra y Nicomedia estaría en llamas...

—Eres bueno ladrando, cachorrito... pero morder ya es otro asunto, ¿no es así?

Licinio debería clavarle la espada en la garganta —¿cómo se atreve a llamarlo «perro»?—, pero sabe que serviría de poco. La situación está en un claro punto muerto y una pelea lo estropearía todo.

Al final el antiguo brazo derecho de Galerio confirma la tregua con las peores intenciones.

—Yo no iré a hacer mis necesidades al otro lado del estrecho, pero con sólo que vea a uno de los tuyos a menos de un estadio de la costa de Bizancio, le corto los huevos y te los mando por correo, ¿estamos de acuerdo?

Daza tiene ojos de hielo.

—De acuerdo.

La paz es un hecho. No hay nada más que añadir. Cada uno regresa a su casa, consciente de haber hecho lo mejor teniendo en cuenta las condiciones.

Daza está de buen humor cuando pone los pies en palacio, pero en la sala del Gran Consejo le espera una sorpresa. Valeria, la viuda de Galerio, acaba de llegar a la corte para reclamar los privilegios de su rango. La mujer ha acudido para quedarse, pero unas semanas después está claro que la convivencia no funciona. Se ha llevado a su vieja madre, Prisca, y se pasa todo el día pontificando junto a ella sobre los maravillosos tiempos de la corte del augusto Galerio, ya irremediablemente perdidos. Daza está tentado de echarla a la calle, pero lo cierto es que siente un extraño encandilamiento por ella, una atracción animal, una verdadera obsesión, alimentada por el tono arisco de la viuda. Cuanto peor lo trata, más la desea. De modo que una tarde el lémur da un paso más, sin demasiadas ceremonias. Tampoco es que se dirija a Valeria como lo hace con las siervas de la corte, ni que estuviera loco. Ella es una auténtica señora. Pero está decidido a no fracasar, de modo que hace bien las cosas: se arrodilla y pide su mano.

Valeria no reacciona exactamente como Daza se esperaba. Lo rechaza, se cierra en banda y, cuando él la coge por la cintura para hacerla razonar, ella comete el peor error de toda su vida: lo abofetea.

Durante un minuto infinito el tiempo se detiene y el corazón del pretendiente rechazado deja de latir. Entonces se acaba el tiempo de la razón y la furia ciega se apodera de todo. Daza da orden de que la viuda y su vieja madre sean desposeídas de todas sus cosas y se exilien a Siria. Echadas a la calle como mendigas, privadas de todo.

Los doríforos ejecutan la sentencia sin pestañear.

Así empieza el verano de sangre. Con el paso de las semanas el odio de Daza crece y abraza al mundo entero. El cerdo se vuelve soberbio. Mastica maldad en la comida y en la cena.

Se mofa en público del Edicto de Galerio, durante una celebración lo rasga delante de todos. Ordena a sus soldados que orinen en los trozos de papiro.

Los cristianos tiemblan ante ese espectáculo espantoso.

Temen por su vida.

Y lo cierto es que hacen bien, porque el reino del terror ha vuelto a turbar el sueño de los devotos de la Cruz.

Las persecuciones vuelven a empezar por orden del emperador.

Más cruentas que nunca: torturas horripilantes, crucifixiones, atroces condenas a trabajos forzados.

Y no es todo.

A Daza no le basta con golpear el cuerpo, también quiere rasgar el alma.

Hace publicar falsas actas del gobernador Pilatos sobre el juicio a Jesús y obliga a los niños a que se las aprendan de memoria en las escuelas.

Documentos que muestran la indignidad de Cristo. Negro sobre blanco.

Scripta manent.

La rabia y la sed incontenible del lémur, a este lado del Bósforo, son tan grandes que pronto, muy pronto, acabará pisándole los callos a alguien.

Resuenan por todas partes, en todo el Imperio.

Los siente el augusto y los escucha el esclavo.

Retumban impetuosos, es imposible ignorarlos.

Tambores, a miles.

«Atronadores tambores de guerra.»

Treviri, otoño de 311 d. J.C.

Constantino está orgulloso de sí mismo. Ha aceptado lo inevitable, lo ha calculado bien.

La guerra está a las puertas y la hará a su manera.

El vástago de Iliria se ha hecho mayor. Ha cumplido treinta y siete años. Piensa como un buen padre y actúa como un guerrero. Cada día se parece más

a Diocleciano, pero ha jurado que no cometerá sus mismos errores.

Los despachos que llegan de Oriente lo han puesto en guardia. Maximino está haciendo una carnicería con los inocentes. Una vez más los cristianos se ven envueltos en los caprichos de un fracasado frustrado.

Constantino ha aprendido a conocerlos, su corte está llena de benditos cristianos. Son buena gente, sirvientes concienzudos y trabajadores infatigables. Pero puede verse el miedo en el fondo de sus ojos. El miedo de quien vive siempre en guardia, de quien no ha olvidado la sangre derramada.

Las heridas hacen daño, todavía están frescas.

Tampoco él se ha olvidado de la orgía de violencia que arrasó el reinado de Diocleciano. El viejo emperador, imitado por su subordinado Galerio, transformado en su horrible instrumento de muerte. Ahora el ex augustus vive en paz en Spalatum, encerrado en su fortaleza de piedra, barro y flores. Hay quien dice que no está en sus cabales y que se pasa el día filosofando, parece que nunca se quita esa sonrisa idiota de la cara. Constantino no puede dejar de sentir compasión por su antiguo mentor. Espera con todo su ser que la ligera locura que lo envuelve haya borrado los peores recuerdos.

Las culpas hay que pagarlas, se acaban pagando todas. Diocleciano cumplirá con el suplicio a las puertas del Orco, el joven emperador está seguro de ello. Pero hasta entonces ¿qué mal hay en respirar un poco tranquilo?

Galerio, en cambio, está muerto y sepultado.

Ha vivido para infligir dolor y ha perecido entre indescritibles sufrimientos. Como es justo.

Pero precisamente de la mierda es de donde nacen las flores, Constantino lo sabe perfectamente.

La herencia de Galerio —el Edicto de Sárdica liberando a los cristianos de cualquier culpa y confiriendo la libertad de culto— es oro puro.

Sus idiotas colegas no se dan cuenta, pero pronto, muy pronto, Oriente vivirá a la sombra de la Cruz. Cada vez más fieles eligen el bautismo y renacen a una nueva vida. El Imperio tendrá que escoger si adaptarse o volver a luchar contra sus propios súbditos.

Constantino ve el futuro, su misión nunca ha sido tan clara.

Todos los otros augustos están ciegos. Y son estúpidos.

Pero el vástago de Iliria sabe cómo se construye una alianza.

Precisamente por eso ha decidido tenderle la mano a Licinio. El augustus

del norte no es ni astuto ni sagaz. Pero es demasiado débil para hacer justicia él solo. Tendría que barrer a Majencio de las posesiones que le corresponden por ley y al mismo tiempo impedir a Daza que saltara el Bósforo y cortarle el cuello. Pero Licinio es débil e inseguro. Tiene un gran ejército, pero los hombres no se fían de él.

La oferta de alianza por parte de Constantino llega como caída del cielo. El ilirio le propone que vuelva a ocupar el consulado junto a él al año siguiente. Licinio acepta, agradecido como nunca.

En realidad el augusto nórdico es un amigo de pacotilla. Sólo es un escudo de madera ante un millar de lanzas. Pero, cuando Constantino decida atacar a Majencio, cuando baje a Italia para hacer lo que es justo y eche al usurpador al fondo del agujero del que ha salido, hasta ese miserable escudo servirá de algo.

Ahora es un asunto entre Constantino y Majencio.

«Así está escrito.»

Los preparativos para la guerra hace tiempo que han empezado.

Constantino está en palacio revisando una larga lista de efectivos junto a Molino. El consejero está preocupado; contar es su oficio y difícilmente se equivoca.

—Mi señor, la última legión está acuartelada a las puertas de la ciudad lista para partir, pero el número de milites todavía es demasiado reducido. Perdona mis palabras, augusto, pero nos arriesgamos a ser aniquilados...

—Molino tiene miedo de lo que acaba de decir, pero no puede callárselo.

Constantino lo mira de torcido.

—¿Han llegado los suministros de agua y carne seca de Oriente? Es importante que todos los soldados, especialmente los caballeros, vayan bien equipados, pasaremos bastantes noches al raso. El otoño ya ha empezado, la caza será difícil.

Molino es respetuoso hasta la médula, pero vuelve a la carga:

—Sí, mi señor, todo según tus órdenes. Pero ahora escucha a este humilde siervo, te lo ruego.

Constantino levanta la mano derecha hacia el cielo. Sonríe.

—De acuerdo. Tienes permiso para hablar...

Molino traga saliva. Suda abundantemente.

—Nuestros espías han vuelto hace pocas horas. Ya tenemos los datos

oficiales: el ejército de Majencio está compuesto por ciento setenta mil unidades pedestres y dieciocho mil caballeros. Sólo en Roma, ¿entiendes?

Constantino está impasible.

—¿Y nosotros con qué contamos?

Molino se apresura a desgranar números. Se saca del bolsillo un trozo de pergamino con una tupida escritura:

—Cien mil hombres. Contando también con las centurias auxiliares de galos y britanos. Será un largo viaje hasta la Urbe. Tendremos que tomar Susa, Taurinum, Mediolanum... y también Verona, ¡el bastión de Ruricio Pompeyano el Invencible!

Quizá ha hablado demasiado, pero el augusto no se decide a moverse. Se queda en silencio mirándolo durante un minuto entero y luego se echa a reír.

Molino suspira aliviado y se rasca la nuca sudada.

Constantino le pone una mano en el hombro. Le habla con tono paternal:

—¿Sabes con cuántos Invencibles me he cruzado desde que estoy en el ejército? —Empieza a contar con los dedos de la mano derecha—. Maximiano el Invencible se quitó la vida como un miserable cobarde. Galerio el Invencible murió entre increíbles sufrimientos, roído por su propio cuerpo... —Después de levantar el índice y el medio se cansa de enumerar y cierra la mano. No hay violencia en ese gesto, sólo prisa por llegar al fondo de la cuestión—. Mi padre murió como un héroe después de haber derrotado al invencible pueblo de los escotos...

Molino está atento, el augusto prosigue:

—¿Tú sabes cómo te conviertes en Invencible, mi joven amigo?

El consejero no lo sabe. Niega con la cabeza, larga y seca.

—Sólo hay que decirlo. ¡Constantino el Invencible! ¡Y ya está hecho!

Molino no sabe si sonreír y alegrarse por ello. Pero prefiere hacerse pequeño y seguir escuchando.

—Son las palabras las que crean la magia. Nada tiene que ver el valor o la grandeza de la espada... ¡Lo que cuenta es la leyenda!

Tal vez se ha pasado un poco, pero el emperador siente que tiene en las manos un último golpe de gracia. Molino, de todos modos, está boquiabierto. Igual que le pasaba a él, hace una infinidad de años, con otro maestro.

—Si todo el mundo dice que eres Invencible, entonces serás invencible. Por el contrario, si la gente habla mal de ti, todos acabarán escupiéndote.

Se queda impasible.

—¿Y tú sabes lo que se dice en la calle del miserable Majencio?

—¿Que dirige un ejército terrible?

Constantino vuelve a sonreír, cruza los brazos.

—¿De verdad?

Molino ya no está tan convencido.

El emperador, para variar, tiene un plan:

—Entonces hazme un favor. Deja la pluma y el tintero, amigo mío. Yo me ocuparé de terminar las cuentas. Tú ve a la ciudad, date una vuelta por las tabernas y las tiendas, bebe algo, conversa con la gente. Especialmente con los soldados que partirán a mi lado. Pregunta por Majencio el Invencible, grábate las respuestas en la cabeza y después ven a contármelo.

Molino está algo confuso.

—¿Mi señor?

Le da un patada en el culo, se ríe con socarronería.

—Vete. ¡Es una orden!

Y el consejero se marcha.

Baja la escalera del palacio, se precipita a las calles, más allá de la ciudadela. Se toma una taza de *cervesia* en el puerto, charla con un viejo carpintero.

—¿Majencio? ¡Es un cerdo degenerado! Separa a las esposas legítimas de sus maridos y luego, después de ultrajarlas de la manera más vergonzosa...

El menestral parpadea.

—Pero de la más vergonzosa, ¿sabes a lo que me refiero?

Molino lo sabe. No es ninguna virgencita...

El operario continúa:

—Bueno, pues una vez que ha terminado, las vuelve a enviar con sus consortes. Y no se lo hace a desgraciados como tú y como yo, no... Ese gran sinvergüenza se folla a las mujeres de los senadores. Matronas elegantes con mucha dote y todo lo demás. Y quien intenta rebelarse... —El gesto inequívoco del índice en la garganta—. ¡Zas! Un silbido a un pretoriano y te hace cortar la cabeza, seas senador o no lo seas. ¿Comprendes lo imbécil que es? El augusto Constantino hace bien declarándole la guerra. Si fuera un poco

más joven yo también iría a enseñarle modales a ese pervertido...

Molino se traga la *cervesia* y antes de irse invita al carpintero a una taza. Él le da las gracias.

El consejero siente curiosidad, pero aún no está convencido. No basta una sola voz para formar un coro. De modo que sigue andando y visita cinco o seis tabernas, interpela a los asiduos, escucha las conversaciones de la gente. Muchos están en contra del usurpador, pero los cristianos son los más aguerridos. Desde que el Edicto de Sárdica entró en vigor, se han vuelto más atrevidos, se les suelta la lengua que es un primor.

—¡Nuestras mujeres no se conforman! Prefieren morir antes que dejarse violar por ese condenado tirano. Mira a Lucila, la esposa del prefecto Cleto. Cristianísima y orgullosa. Cuando los pretorianos fueron a prenderla para escoltarla hasta el tálamo de Majencio (y el cobarde de su marido no se opuso por no disgustar al emperador), con la excusa de arreglarse, se encerró en su habitación y se atravesó con una espada. Ésta es la valentía de nosotros los cristianos, ¡sin titubeos, sin compromisos!

El tipo está achispado y propone un brindis:

—¡Muera Majencio! ¡Viva Constantino!

El resto de los clientes lo secundan gustosos:

—¡Muera el maldito tirano!

Y así sucesivamente. Molino se pasa el resto de la tarde junto a horneros, curtidores, herreros y soldados. Y también con los milites que están a punto de salir hacia el campo romano; todos están ocupados cerrando sacas, abillantando catafractas y equipando monturas.

La opinión es unánime, Constantino tiene razón, el pueblo odia a Majencio. Lo considera un bellaco que no sirve para nada. Nadie tiene miedo de él o de sus guerreros. El ejército del vástago de Iliria parte para ganar.

Molino está entusiasmado. Y asombrado al mismo tiempo. Cuando regresa a palacio está lleno de preguntas:

—¿Cómo lo has hecho, mi señor? Los espías cuentan una historia muy distinta, dicen que en Roma no se maltrata a los cristianos y que Majencio sigue agasajando a los senadores. Sin el Senado y los pretorianos estaría perdido. Y, sin embargo, por las calles de Treviri no se habla más que de tu inminente victoria, oh magnífico. Desvéleme tu secreto, te lo ruego.

Constantino finalmente está satisfecho.

Su lección llega a la moraleja.

—No bastan espadas, escudos, yelmos, arcos y flechas para ganar una guerra, amigo mío. La guerra se hace con las palabras, las palabras hacen la magia, ya te lo dije. Plasman el mundo. Mientras tú enviabas a nuestros espías a Roma para saber la verdad sobre las tropas del usurpador, yo construía nuestra verdad a través de mis informadores. No ha costado mucho, algunos sestercios en las manos adecuadas y una veintena de lenguas bífidas. Falsos mercaderes de regreso de un viaje a Roma, supuestos mercenarios desmovilizados, cristianos... Personas de confianza, con una historia que contar. La gente adora las historias, especialmente las picantes. Las cuentas una vez y perduran para siempre.

Molino está estupefacto. Por primera vez desde que empezó a contar dardos, lorigas y sandalias, cree en la victoria.

El emperador ha terminado.

—La magia está hecha, mi joven amigo.

El tiempo de las palabras llega a su fin. La del hierro está a las puertas. Una puesta de sol más y empezará la guerra de verdad.

De Treviri a Roma hay una buena cabalgada, pero no se puede partir sin antes consultar con los dioses. Constantino tiene prisa, sigue lanzando miradas al arúspice. Sin embargo éste, con las manos hundidas en las vísceras del cabrito, ni se inmuta. Desenrolla intestinos y examina protuberancias de carne cruda con la actitud de quien sabe lo que se trae entre manos.

El emperador tiene muchas ganas de montar en su caballo, pero se queda con los brazos cruzados, esperando. El adivino pasa otra media hora con los dedos remojados en el líquido rojo y al final sacude la cabeza. El ilirio lo mira.

—¿Estás seguro? Hay cien mil hombres allí fuera a punto de ponerse en marcha...

Pero éste no tiene dudas:

—Augusto, los dioses son contrarios a esta guerra.

«Silencio.»

Durante un tiempo infinito el alba incendia el cielo. No hay nada más que carmín. Nadie habla, hasta los pájaros han perdido la voz. Al otro lado de los muros las centurias aguardan, vestidas de hierro y bien calzadas.

Constantino inspira profundamente, después habla para hacerse oír:

—¡Saldremos a la hora prima! ¡Reunid a los hombres!

El sacerdote por poco se cae al suelo. Nadie, desde hace cuatrocientos años hasta hoy, se ha atrevido nunca a tanto. Tiene la osadía de dirigirse al augusto:

—Mi señor, es un suicidio entrar en liza contra las advertencias de los arúspices...

Constantino lo mira con los mismos ojos con que observaría una cagada de pájaro en la túnica que acaba de ponerse.

—Viejo, te han informado mal. Es un suicidio entrar en liza contra mí.

Después se vuelve, recoge a Molino y se reúne con sus hombres, que lo aclaman con estruendo. En cuanto montan a caballo el joven consejero se pone al lado del emperador.

—Mi señor, los dioses nos son adversos, ¿qué significa eso?

Constantino sonrío.

—Que ha llegado el momento de confiar en nuevas divinidades, amigo mío.

El resto del viaje no es más que una cuestión de cascos y bonitas esperanzas.

Susa, Taurinum, Mediolanum, Verona, 312 d. J.C.

Constantino está convencido de que los númenes son ciegos y envidiosos.

El viaje es duro, pero llena el corazón de felicidad. A través de las mismas montañas que vieron marchar a las legiones de Julio César a su regreso de la Galia, el ejército imperial llega a Susa, la fortaleza de piedra que se halla al pie de las montañas.

Las tropas se han movido en perfecto orden, Constantino es un general concienzudo y experto; siempre es el último cuando vadean un río, espera pacientemente a que todos hayan cruzado antes de volver a ponerse en cabeza. Mantiene a los oficiales a raya, les ordena que vigilen las provisiones y que las distribuyan como mejor consideren. En la guerra, el vino está proscrito, Baco es un estúpido compañero de armas. Pero cuando sopla el viento y el mordisco del hielo aprieta, el emperador ordena repartir un trago a los hombres. Por eso

lo quieren, porque es sabio y generoso. No tienen miedo de dejarse degollar por él.

Susa es la primera sangre.

El ataque es leal, a los de la fortaleza se les da la posibilidad de rendirse, pero el comandante de la guarnición es testarudo. Majencio debe de haberlo instruido bien.

No se doblega, no da su brazo a torcer. Y los hombres del ilirio atacan con fiereza, sorprenden a los vigías por la espalda y prenden fuego a las puertas. Asaltan los muros con escalas, los cogen desprevenidos. El humo lo cambia todo, nubla la mente, aumenta el miedo. Los civiles gritan, los militares hacen lo que pueden. Y al final acaban cediendo. Abren la entrada principal de par en par y se preparan para el saqueo.

Sin embargo la derrota es dulce, Constantino también ha pensado en eso y prohíbe a sus hombres que se hagan con ningún botín. Ordena que Susa permanezca inviolada.

Y todavía hace más. Una vez que entra en la ciudad, ordena a la infantería que ayude a los lugareños a apagar los incendios que ella misma ha provocado. El pueblo está trastornado pero contento. Los soldados fieles a Majencio, al final del asedio, ya no están tan seguros de su devoción por él. Constantino les deja unos días para pensarlo, pero cuando anuncia que moderará la insoportable presión fiscal que aplica el tirano, ya no les queda la menor duda.

Lo mismo que en Susa sucede en un montón de ciudades del norte.

Lo que más sorprende es la manera en que se corre la voz. La fama de Constantino vuela de boca en boca, por las calles se habla de su valor y de su generosidad. En todas las tabernas, en todas las aldeas y casas de postas a lo largo del camino que conducen al sur desde las montañas, resuena la leyenda.

El consejero Molino está muy impresionado.

Por el contrario, a medida que el ejército imperial avanza, circulan despreciables habladurías sobre Majencio. El odio es tan contagioso como el amor.

El vástago de Iliria es un magnífico militar, sabe lo que hace, está destinado a ganar en todos los frentes. Y sigue adelante, con el hierro y la moral por las nubes.

Roma está cada vez más cerca.

Taurinum resiste, Taurinum lo intenta, lo intenta de verdad.

Los esbirros de Majencio tienen centenares de catafractas. Atacan en cuña, se preparan para derribar las líneas al galope.

Pero Constantino ya se conoce el percal. Se ha entrenado durante años para esquivar los choques frontales. En el campo, en Nicomedia, el instructor le enseñó a esquivar incluso antes que a golpear. Una buena defensa se convierte en una excelente arma de ataque. Sólo hay que saber aplicarla.

Ordena a los hombres que se retiren despacio. Los caballeros de Majencio dan miedo, las armaduras deslumbran bajo el sol de septiembre. Trotan con la cabeza baja formando un triángulo.

Si atacan de punta, uno acaba con la infantería destrozada, reducida a mil pedazos, casi sin darse cuenta.

El emperador ordena una maniobra diversiva:

—¡Replegaos!

Las alas se ensanchan, sin perder nunca el contacto con el enemigo. Es un choque a muerte, pero parece una danza. Las unidades de Constantino retroceden mientras las de Majencio se adelantan, un encaje perfecto.

Los flancos se expanden, como dos extremidades que quieren abrazar al sol.

Los caballeros del tirano miran desorientados, de repente se ven rodeados y sin embargo todavía en movimiento.

Frenan bruscamente, las tropas de Constantino los empujan: los han acorralado.

Ahora están aislados y desconcertados.

Una descarga de flechas ardiendo desde la retaguardia traspasa las catafractas, viola el metal con el fuego, las transforma en llamas a caballo. Las espadas y las lanzas hacen el resto, la partida se acaba de prisa, Taurinum también ha sido expugnada.

Al día siguiente los consejeros están exultantes, le piden a Constantino que se lance sobre Roma, su confianza está por las nubes. Pero el vástago de Iliria dice que no, claro y rotundo:

—Primero hay que pacificar la Italia del norte. O cuando lleguemos a la Ciudad Eterna tendremos al enemigo en la espalda.

Mediolanum cede en seguida; como una bella muchacha en la bacanal

de octubre muestra su mejor mercancía. Los hombres de Constantino toman un par de depósitos de armas rebosantes hasta el techo de espadas nuevas y relucientes. Los *mensores* y los equipos de abastecimiento no creen en lo que ven sus ojos cuando abren las puertas de los almacenes, hay provisiones para un año.

Los enemigos capturados e incluso los oficiales se ponen al servicio del ilirio.

«Es un triunfo.»

La marcha continúa, lenta e inexorablemente.

Por fin están de camino a Verona, hacia el último obstáculo, el más duro. Ruricio Pompeyano el Invencible espera a los imperiales con los brazos cruzados, sus ojos reflejan las ganas que tiene de descuartizar sus torsos vestidos de hierro.

La ciudad está bien defendida, fortificada en las dos orillas del Adigio, pensada para dejar al asediador en desventaja desde el primer momento. Pero hay que tomarla a toda costa. Sin Verona los caminos hacia Recia están blindados y se impide cualquier contacto con Licinio.

Constantino estudia la situación durante toda la noche. El inmenso contingente se acerca con cautela. Las filas del ejército han aumentado por el camino. Algunos han caído, pero en cualquier caso el número es impresionante.

Y, sin embargo, Ruricio Pompeyano no tiene miedo. Espera este enfrentamiento desde que vino al mundo.

Hace avanzar a una unidad de caballería. Constantino la intercepta en Brixia. El impacto es feroz: muertos por todas partes, llantos de mujer y piras para los hermanos.

Pompeyano puede hacerse el fanfarrón cuanto quiera, pero la victoria sigue sonriendo al ilirio. Constantino ha nacido a caballo. Conoce tácticas, hombres y animales como ningún otro. Él es el auténtico Invencible.

Una vez barrida la vanguardia en Brixia, el emperador llega a Verona y empieza el asedio, duro y violento, durante infinitas semanas. De nada parecen servir arietes y balistas, proyectiles de fuego o máquinas de guerra.

«Verona resiste.»

De vez en cuando, un puñado de fieles a Majencio asoma por las

puertas y lucha a campo abierto; la voz del metal es despiadada, la sangre de los valientes mancha la hierba. Ruricio en persona dirige una salida para buscar comida, después de un mes encerrados no lo están pasando muy bien. La moral desciende, las provisiones están a punto de acabarse. Necesitan refuerzos y algo que llevarse a la boca.

Al otro lado de los muros se sufre, pero el enfrentamiento final es ahí fuera. A la vieja usanza, infantes contra infantes.

Pompeyano se bate como un león y el vástago de iliria no se queda atrás. Su misión le quema en el pecho, siente que ya no queda mucho. El comandante enemigo es un animal salvaje, Constantino libera a Trachala para equilibrar el duelo.

«Al final queda uno solo.»

La sangre de Ruricio en la hoja de Constantino es una promesa de futuro. Su cadáver es enterrado con todos los honores como muestra de lealtad.

Las puertas se abren, otra ciudad asiste a la entrada del verdadero emperador.

Los más fieles a Majencio deponen las armas pero escupen en la cara del ilirio cuando les pide que se pasen a su bando.

No quieren oír hablar de someterse.

Aunque derrotados, son demasiados, y vigilarlos a todos comportaría un esfuerzo inimaginable para sus hombres. Es entonces cuando Constantino toma la decisión y ordena fundir las espadas enemigas y forjar con ellas los grilletes.

«Miles de grilletes.»

Los rebeldes son encadenados. Su suplicio durará millas y más millas.

Los vencedores los arrastran consigo, advertencia manifiesta de la grandeza del agosto.

Todo el camino que queda es en bajada: Aquilea, Rávena, Mutina; apenas combaten. La gente no aguanta más al tirano, la profecía de Constantino se convierte en realidad. Por todas partes hay una procesión de rostros agradecidos y hambrientos.

Constantino alimenta, reduce los impuestos, da seguridad, se gana nuevos aliados cada día.

Durante las últimas leguas por la vía Flaminia, los mensajeros enviados de avanzadilla informan de que las tropas enemigas han dejado el camino desguarnecido. Majencio, el cobarde, no asoma la nariz de la Ciudad Eterna, se ha atrincherado con el grueso de su ejército.

Ya no falta mucho, octubre piafa como un purasangre descontrolado.

En el aire se huele el combate. Hay unas enormes ganas de que se acabe.

«De una vez por todas.»

Roma, 10 de octubre de 312 d. J.C., dos días antes de la batalla

Roma huele tan mal que da asco.

Está completamente seca, parece a punto de desmayarse.

Su señor está negro, como un mal humor que se arrastra por las plazas.

Majencio va caminando solo. Hace el mismo recorrido que cinco años atrás, cuando ni siquiera pensaba en echarse la púrpura sobre los hombros: el río, el Circo Máximo, el Foro, el Coliseo.

Va de incógnito, con una capucha estropajosa cubriéndole la cabeza. Es mejor que no lo reconozcan, últimamente no es muy popular.

—Ingratos pedazos de mierda. Os he estado emborrachando durante un año entero... —murmura entre dientes mientras observa las caras delgadas, los niños por el suelo pidiendo limosna. La presencia de la guarnición ha sacado a la gente de la calle y ha dejado los comercios desabastecidos. Se respira miedo día y noche. Y por mucho que el usurpador intente contener su entrada, las noticias sobre las victorias de Constantino no paran de llegar hasta allí.

El enfrentamiento es inevitable, Majencio siente una losa en el pecho.

A menudo le duele el brazo izquierdo, a veces se despierta empapado en sudor y con el corazón desbocado. Una noche pensó que iba a estallarle. Le habría gustado, la tensión es insoportable.

El populacho que antes alababa su lujuria ahora le vuelve la espalda. Los romanos dan asco, ya no respetan ni a los dioses. Por todas partes florecen adivinos y arúspices de pacotilla. Profecías que sólo sirven para vaciar los bolsillos de los incautos.

Majencio clava la vista donde tiempo atrás había una bodega. Un corro de dementes escucha los delirios de un chiquillo desnudo. El niño agita un

frasco y dice que el dios está a punto de manifestarse:

—¡Aquí está!

Pero no sucede nada. El charlatán que está a su espalda exige algunas monedas más. Después sentencia:

—No esperéis ver el numen con vuestros propios ojos mortales, oh fieles devotos. Os basta saber que está presente...

Y los demás callados. En vez de empezar a darle soplamocos, pagan y agachan la cabeza.

Las mentiras engordan barrigas vacías desde hace demasiados días.

Se come poco o nada, se quema lo que queda.

El hambre debería seguir a una guerra, no precederla.

Se viven tiempos oscuros.

Otro estadio a pie, y otro más; la Urbe es la feria de las ilusiones baratas.

Frente al Templo de Vesta, el fuego está casi apagado. Las sacerdotisas duermen hasta tarde, el mal oscuro las consume, las extingue poco a poco. En la tierra sagrada un embaucador hace un truco de sinvergüenza: muestra a los presentes el hígado de un animal sacrificado, se lo pasa de la mano derecha a la izquierda, y en el órgano aparece un texto escrito: «¡Pagad, necios! ¡O moriréis entre indescriptibles sufrimientos!»

Los necios pagan sin sospechar siquiera que se trata de un engaño. Hasta un ciego se daría cuenta que el intricante se ha escrito la advertencia en la mano izquierda con un color chillón. Al revés, para que quede impresa en la víscera antes de mostrarla. Pero el pueblo está ciego y sordo, ya no sabe a quién encomendarse, de modo que vacía los bolsillos y espera lo mejor.

Sabe que la desdicha está a las puertas.

El Circo Máximo está desierto y triste, no hay bigas ni atletas entrenando. Ya hace tiempo que no hay celebraciones. Ya no hay nada que celebrar...

A la altura del Foro una calavera dejada en el suelo habla y luego desaparece. El ventrílocuo la ha modelado con cera y la ha pintado para que parezca de verdad. Cuando termina su perorata, acerca el brasero ardiente a la calavera y ésta se derrite. El pueblo grita «¡Prodigio!». El impostor cobra, sonrío con toda la boca, hace una inclinación y también él desaparece.

Majencio sacude la cabeza, escupe. Siente el peso absurdo de la ciudad

sobre las escápulas, desprecia a su gente y al mismo tiempo piensa en cómo defenderla.

«Maldita contradicción.»

Ha llenado los graneros de la guarnición hasta lo inverosímil. Ha llamado a los soldados y ha hecho que se atrincheren dentro de los muros. Está listo para el asedio, con las provisiones que ha acumulado es capaz de resistir durante meses. No habrá ningún enfrentamiento a campo abierto, no cometerá el error de sus subordinados.

Al final, el hambre acabará con Constantino y los suyos. O las enfermedades, con un poco de suerte. Esa condenada soberbia se irá apagando en su cara, día tras día. Y Majencio, rey de Roma, observará la escena desde la ventana, saboreando granos de uva fresca.

Ese pensamiento lo alegra un poquito. Por un instante se olvida de su mal humor y de las protestas del pueblo. Casi ha recuperado el color debajo del maltrecho ropón.

«En ese momento recibe las malas noticias.»

Un mensajero llega hasta él a la carrera. Levanta un montón de polvo, tiene prisa y suda bajo el yelmo.

—¡Augusto!

Majencio le hace un gesto para que se calle.

—¡Cierra el pico, miserable! ¿Quieres que me reconozcan hasta las gallinas?

El mensajero está arrepentido. Se quita el casco y baja del caballo. Ni siquiera se inclina por miedo a equivocarse. Suelta el aire.

—Mi señor, Constantino y su ejército se acercan por la vía Flaminia. A este paso mañana estarán en las puertas de la ciudad...

Majencio sonríe, tiene la mirada de loco.

La espera ha terminado, gracias a los dioses.

—¡Bien! Mejor dicho, ¡muy bien!

El mensajero lo mira con mala cara, cree que ha perdido el juicio.

Majencio empieza a delirar:

—Que se convoquen los juegos. ¡Da orden de que preparen el Coliseo! El enemigo quedará rendido por el estupor... Se cree astuto, el ilirio, piensa que nos ha debilitado con sus ridículas victorias en el norte. Está convencido de que Roma tiembla ante la idea de su llegada. Cuando envíe a sus espías, se

quedará de piedra. Roma y sus murallas no temen a nadie, ¡ni al mismísimo Neptuno! ¡Mientras él piensa en la guerra y se preocupa por el asedio, nosotros haremos una fiesta! Hasta perder el sentido...

Ahora el mensajero está seguro de que el augusto ha perdido la razón. Desorbita los ojos pero no quiere problemas, de modo que vuelve a montar en el caballo y se va a dar la orden.

La Ciudad Eterna está a punto de arder.

Y el emperador danza y toca la cítara.

No es la primera vez que ocurre por esas tierras.

«Y seguro que no será la última.»

El destino no está escrito en ningún sitio.

La sangre, cuando se vuelve loca, hace lo que le parece.

In hoc signo vinces

Y seguidamente, reforzado por las buenas esperanzas que ponía en Dios, se dirigió a apagar el incendio amenazador de la tiranía.

EUSEBIO DE CESAREA,
Vida de Constantino, I, 22, 3

Roma, 28 de octubre de 312 d. J.C.

El Coliseo. La escalinata de piedra, el chillido salvaje de la muchedumbre, la brisa helada del otoño calando por debajo de la loriga. Majencio cierra los ojos y respira hondo antes de asomarse a la arena. Cuando vuelve a abrirlos, el mundo estalla. El aire se llena de gritos, un millar de personas exultantes en las gradas, un bosque de brazos levantados. El pueblo de Roma lo acoge como a un dios.

Él es Apolo, en el centro candente del disco solar.

Es Marte triunfal, todavía empapado de la sangre de la última batalla.

Él es el augusto. El único soberano de la Urbe.

Se lo repite desde que se ha despertado esta mañana al amanecer. Ha dado disposiciones a los pretorianos para que el público se entusiasme a cambio de algún regalo, no le apetece quedar mal.

«Hoy no.»

Carne seca y pan duro han surtido el efecto deseado, los malditos romanos parece que todavía lo quieren. Y poco importa si los mensajeros llegan preocupados de Saxa Rubra contando que el enemigo avanza inexorablemente.

Poco importa, los vaticinios son claros. Majencio los ha consultado una hora antes del inicio de los juegos y el dictamen ha sido claro, cristalino: «Si sales de la ciudad, morirás.»

La Urbe es sólida y está bien defendida. Los pretorianos, perros guardianes, vigilan día y noche el palacio. El ejército de Roma supera al del invasor en miles de unidades. Basta con no perder la cabeza, mantener la posición. Constantino está loco si piensa que sitiara la Ciudad Eterna. Se ahogará en su arrogancia, no hay nada que temer, Majencio se fía de los arúspices.

Y entonces ¿por qué no deja de temblar? Debe de ser el frío, el tiempo inclemente, el poco sueño. Aparta con la mano derecha los malos pensamientos, abre los brazos y se ofrece a la gente. El grito llena el cielo. La mirada de Majencio se pasea por las gradas del anfiteatro, el Coliseo está abarrotado. En el centro de la arena los gladiadores, inmóviles, esperan una señal de arriba. El augusto inspira, cierra los ojos durante un instante infinito. Sonríe, su mano ordena:

—¡Que el espectáculo dé comienzo!

Los juegos cobran vida, Majencio se acomoda en la tribuna, aparta el lienzo rojo que recubre el sitial y hace un signo a Pacífico para que mantenga los ojos abiertos. Alarga la derecha hacia el cesto de uva blanca y muerde un grano en el momento exacto en que el gladio del mirmillón atraviesa el muslo del reciario. El público se ve sacudido por la onda expansiva del golpe, la sangre lo excita. Un tracio se acerca de repente por la espalda del mirmillón. El cuerpo embadurnado en aceite y sangre está cubierto de polvo, sudor y arena amarilla. Asesta el golpe con la *sica* de arriba abajo, la espada curvada hiende las carnes del mirmillón, que tras la reja del yelmo prorrumpa en un chillido salvaje. El reciario jadea y el mirmillón, a pesar de estar herido, lo remata con un mandoble en la garganta; el bronce de la *manica* se llena de salpicaduras rojas. El tracio se le echa encima, está a punto de volver a clavar la espada, pero el mirmillón se libera del escudo y flexiona las rodillas. La espalda rasgada por la *sica* está sangrando, los tendones rechinan. Apretando los dientes, apoya la izquierda en el suelo y patea con todas sus fuerzas las espinillas del tracio.

El impacto es demoledor, las armaduras chocan de repente, grebas contra grebas, metal contra metal. Una lluvia de chispas asedia la arena del circo antes de que el tracio caiga al suelo. El mirmillón se le echa encima, lo desarma sin esfuerzo, golpea la diestra desnuda con el talón, siente las falanges de su oponente fracturarse bajo su peso. Éste barbota, intenta

reaccionar, pero el otro le clava la mano izquierda en el suelo, traspasándola con el gladio.

Al tracio, inmóvil y crucificado, se le salen los ojos de las órbitas. El mirmillón recoge el tridente del reciario de la arena; con el talón todavía encima de la mano rota del tracio, se yergue en pie. Lo amenaza con su mole gigantesca mientras lanza una mirada hacia la tribuna tapizada de rojo.

Majencio sonríe, inclina ligeramente la cabeza. El gladiador asiente, asesta el golpe mortal; el tridente atraviesa la garganta del tracio, la vida se escapa de sus ojos en un soplo oscuro. El mirmillón jadea, exhausto. Espera el rugido de la multitud, la salvación catártica, el grito liberador.

«Y justo entonces el mundo se vuelve loco.»

Primero el silencio.

Absoluto.

Después una gota de sudor surca las sienas de Majencio.

Al final, el estruendo.

No procede de las gradas ni de la arena. Tampoco de la tribuna de honor ni de las jaulas donde leones, tigres y condenados a muerte esperan su turno.

«El estrépito llega de la calle.»

Al principio no es más que un zumbido, luego un enjambre de abejas rabiosas y por último un torrente en crecida, un río desbordado, un océano en una tempestad. La calle hierve. El pueblo, ciego de rabia, se ha sublevado.

La chusma se agolpa en las rejas del Coliseo, empuja para echarlas abajo. Berrea como endemoniada todo su desprecio contra el usurpador.

No basta un mendrugo de pan para lograr la paz.

Todo el mundo oye sus voces, el populacho ha recuperado las agallas.

El comandante de los pretorianos se acerca a Majencio, le susurra algo al oído. Los ojos del augusto se vuelven de hielo, el cuerpo de piedra. Ni siquiera advierte que la guardia lo arrastra, agarrándolo de la loriga, tirando del manto.

Los vaticinios han sido claros: «Si sales de la ciudad, morirás.»

—¿Y qué pasará si me quedo? —La voz de Majencio tiembla. La altivez del alba ha desaparecido de un plumazo.

El pretoriano sacude la cabeza.

Los vaticinios lo habían previsto todo.

«Excepto el final.»

Majencio se sacude el aturdimiento de encima, lanza una última mirada rabiosa a la arena en el instante exacto en que la muchedumbre echa las verjas abajo y se esparce por el anfiteatro. Está a punto de abandonar la tribuna cuando un grito lo atraviesa por la espalda:

—¡Constantino es invencible! ¡Larga vida al libertador de Roma!

Majencio se vuelve de golpe, intercambia la mirada con el hombre que ha gritado, un *cliente*. Envuelto en una túnica harapienta y con el rostro todavía manchado de la hogaza mendigada en la hora nona.

—¡Calla, perro! —grita el augusto.

Y la multitud, de repente, se paraliza.

—¡Callad todos, miserables! ¡Cómo osáis levantaros contra mí, cómo osáis sublevaros contra el soberano? ¡Probaréis el látigo! Mis pretorianos os arrancarán la carne a correazos junto con esa arrogancia que lleváis en la cara. Lo haría yo mismo, pero desgraciadamente no tengo tiempo.

«Inspira profundamente.»

—Tengo que ocuparme del bastardo de Constancio.

Nadie respira durante un minuto entero. Majencio continúa:

—Pacífico, prepara mi caballo. Y ordena a los *clibanarii* que cierren filas, vamos a recibir a Constantino al otro lado del río.

Roma es hielo y fuego, el viento de la batalla sopla sin tregua.

El augusto desaparece en medio de la guardia de honor, marcha a paso ligero hacia su propio destino.

El aire huele a sangre y a victoria, el comandante de la legión pasa el parte a la retaguardia. Constantino, en la silla de su caballo, aprieta los talones y calma al animal. Es todo oídos.

—Augusto, el asalto ha tenido éxito. Tenemos vía libre hasta el río.

Constantino asiente, se coloca la brida a la cintura, aprieta la *spatha* con la derecha. El comandante continúa:


—Los correos dicen que Majencio acaba de rebasar los muros junto a los pretorianos. ¡Les hemos hecho salir, mi señor!

Constantino inspira gloria y viento frío.

—Di a los hombres que se preparen, Claudio. ¡Antes de la noche Roma

será nuestra!

El vástago de Iliria es sincero, su corazón galopa.

El comandante se golpea el pecho, corre a dar la orden. El escudo en los hombros repiquetea contra las placas de la loriga. Constantino lo mira, la pintura fresca del símbolo brilla. Las letras engarzadas forman una joya preciosa: , el monograma del Salvador.

El emblema del Victorioso.

«Constantino rememora la visión.»

El recuerdo todavía lo impresiona.

El día anterior, la batalla bullía a nueve millas de los muros. El usurpador había decidido mantener alejado de la Urbe algún contingente.

En las orejas del ilirio se oía el chirrido de espadas contra espadas, los cascos de los caballos, los arañazos de las picas sobre los escudos. El ejército de Majencio se batía con honor, los más atrevidos de entre sus catafractas habían llegado hasta la retaguardia contraria, atravesando a galope tendido a los legionarios fieles al augusto de Naissus como un cuchillo caliente en mantequilla. Constantino, a media mañana, se encontró a uno delante de las narices y evitó por un pelo su carga furibunda. Con la derecha cogió la lanza del astero y lo abatió.

Antes de acabar con él clavándole la hoja en la garganta lo miró a los ojos: estaban llenos de consternación y fascinación.

El enemigo ni siquiera lo miraba mientras le asestaba el golpe mortal, su mirada vagaba más lejos, detrás de la espalda del augusto. Y allí, en esa porción de cielo, se había quedado clavada incluso después de morir.

Constantino, arrollado por el ardor de la batalla, se dio cuenta tarde.

«Después se dio la vuelta y lo vio.»

El prodigio lo embistió como una ola: en el cielo, justo encima de las cabezas de los infantes y de los caballeros, llameaban letras de alabastro.

ἐν τούτῳ νικᾷ

BAJO ESTE SIGNO VENCERÁS

Sobre la frase, un espectáculo de luces y oros componía el *símbolo*, la

letra «X» girada sobre la cual se insertaba una «P»:  .

Las primeras dos letras de la palabra griega ΧΡΙΣΤΟΣ: *Khristòs*. Se lo conocerá como «Crismón».

La visión duró lo que a Constantino le pareció un tiempo desmesurado. Se quedó mirándola sin preocuparse de la batalla que arreciaba a su alrededor, insensible a los gritos, a la sangre, al peligro para su propia integridad.

Y, de repente, tal como había aparecido, el sueño se desvaneció. Constantino se encontró solo en medio del polvo. Se despertó justo a tiempo para parar con el escudo el proyectil que le había arrojado un hondero. No tuvo tiempo para hacerse preguntas, la batalla exigía su tributo de coraje y atención.

Transcurrió el resto de la jornada combatiendo, batiéndose valientemente y comandando a los hombres con lucidez y destreza.

Por la noche, después de haber hecho retroceder al enemigo y mover al ejército hasta las cercanías de la Ciudad Eterna, el augusto se desplomó sin fuerzas sobre el jergón que tenía dispuesto en una esquina de la tienda.

Y un nuevo sueño fue a visitarlo.


Esta vez no estaba atento, no tenía los ojos abiertos, pero era más real que la visión de la mañana.

Constantino vagaba solitario en el reino de Morfeo, vestido únicamente con una armadura reluciente.

A su alrededor, el blanco es absoluto, ártico, cegador.

En ese mar lácteo apareció un punto oscuro, un hombre caminando sobre un infinito plano de sal. La silueta se acercó lentamente, hasta que sus facciones fueron visibles. Vestía una túnica oscura que le cubría hasta las sandalias; llevaba barba y cabello largo, a la manera de los germanos.

Cuando estuvo frente a Constantino, lo miró directamente a los ojos y el augusto sintió que una fuerte sensación de calor se extendía por sus

miembros. El hombre se señaló el centro del pecho:  El símbolo llameaba de luz cristalina, como un rayo bordado sobre la oscuridad de la ropa.

El hombre habló: «Éste y ningún otro, de ahora en adelante, será tu estandarte. Bajo mi enseña, no existe la derrota...»

El resto sólo era luz y recuerdos confusos, Constantino se despertó en un mar de sudor.

Todavía era noche cerrada, se puso un trozo de tela encima y salió corriendo hacia la tienda de los sacerdotes. Había varios cristianos entre las filas de su ejército, algunos eran excelentes soldados además de sabios hombres de fe. El augusto se presentó en su campamento, cogió al más anciano y lo sacó a rastras.

Estaba fuera de sí, le describió el sueño y el símbolo, y el hombre le dio una interpretación. Lo tranquilizó, le habló como un hermano mayor, como un buen padre. La diferencia de rango se diluyó en aquella infinita charla bajo las estrellas. Estuvieron discutiendo durante horas, hasta que salió el sol.

Al amanecer, Constantino sabía lo que debía hacer. Había recibido una señal y sólo los locos ignoran las señales. Especialmente si caen del cielo y prometen victoria.

Convocó a herreros y armeros en el centro del campo. Trazó en el suelo el símbolo con la *spatha*.



—Ésta y ninguna otra —dijo— será nuestra insignia de ahora en adelante. Quiero que se pinte en todos los escudos, carcajes y estandartes antes de que las tropas estén formadas. Bajo esta bandera iremos hoy a la batalla. Bajo esta bandera, hoy y para siempre, no existirá la derrota.

Sólo han pasado dos horas desde que el último escudo ha sido bendecido por la pintura.

Los hombres están impacientes. Tienen sed de sangre.

Los perros guardianes de Majencio acechan desde el horizonte. Los cuernos resuenan al otro lado del puente. Los estandartes enemigos no dejan de ondear en el viento helado.

«Es la hora.»

Constantino ordena la carga.

El aliento caliente de los caballos de los coraceros se condensa en nubes blanquecinas, talones de acero cocean flancos negros y blancos. Gritos,

espuma de sangre, sudor. Los gemidos de los degollados acompañan el ardor de los centuriones. Mil picas y mil escudos, espadas, lanzas rotas.

Y más cascos, cotas de malla, carne rasgada.

—¡Adelante! —Es el grito incesante de los oficiales de Constantino.

El estandarte con el Escorpión de los malditos pretorianos se agita, y se cierran las filas de la guardia de honor de Majencio, el cobarde, llegado a tiempo de asistir a la derrota.

—¡El flanco derecho ha cedido, mi señor! —grita el primer centurión.

—¡Apuñaladlos directamente en el corazón! —La voz de Constantino no tiembla.

El vástago de Iliria incita a la muerte. Llama a la victoria.

La pica ribeteada de oro y bermellón se clava en el pecho del *clibanarius*. Desmiembra la malla retorcida, quiebra el esternón.

El Crismón de color cobalto se mancha de rojo.

El fin y el principio.

«La gloria.»

El río está a la vista, el Puente Milvio, resplandecen sus piedras y el cielo blanquecino.

Las tropas de Constantino han llegado primero, han visto la destrucción en el centro del camino.

El viaducto ha sido derruido en parte y resquebrajado por los soldados del usurpador. El enorme abismo, hambriento de hombres y armas, impide el acceso a la Urbe.

El astuto Majencio tiene un plan, al derruir el único acceso a la ciudad, obligará al adversario a replegarse hacia el sur. Pero, claro, tampoco puede afrontar al enemigo si no puede llegar hasta él. De modo que monta un paso móvil a media milla del puente de piedra, una pasarela de barcas.

Le gustaría utilizarla para abalanzarse sobre las tropas del hijo de Constancio, atacar dura y rápidamente, replegarse y quitarla después de haber cruzado.

Los *clibanarii* y los pretorianos se apresuran por las maderas a docenas y se lanzan al asalto. Quieren jugar con ventaja, pero la caballería de Constantino no se deja coger por sorpresa; evita el impacto, retrocede cincuenta pasos y acoge la carga.

Los campeones acorazados de Majencio pierden fuerza, apretados en

los brazos del enemigo. Las dagas de los centuriones los hieren, cercenan narices y manos, desfiguran caras, apagan centenares de vidas.

El hijo de Constancio, sobre la silla del blanco semental hispánico, brilla por su valor; suyo es el golpe fatal en la yugular del oficial a mando de los manípulos.

Majencio, en cambio, está en la retaguardia. Monta un animal extraordinario, negro como el pecado.

Alberga en su cabeza pensamientos rabiosos, el olor del final le satura la nariz. Es la primera vez que le toca luchar, hasta ahora siempre ha ganado sin empuñar las armas.

No tiene ni idea del agujero negro en el que se ha metido.

Sigue dando patadas al animal y babea como un perro rabioso. Los pretorianos lo rodean, empujan, gritan, hienden el muro de carne que los quiere rechazar.

—¡Quitaos de en medio, hijos de zorra de feria! —Los gritos del emperador sacuden las filas enemigas.

Está en el centro del paso.

La madera de las barcas rechina, las gúmenas retorcidas se quejan.

—¡Adelante! —Constantino no da tregua a sus hombres, ordena el choque frontal.

Un instante antes del impacto, sólo un instante antes, ocurre lo impensable. Una vez más, en el destino del miserable hijo de Maximiano está escrito que no será necesario luchar. Nada de duelos al caer el sol.

Al final del camino sólo está ella, la suerte.

Con su risita implacable de loba.

Lo imprevisto.

«El milagro.»

El puente de barcas cede bajo el peso de las tropas de Majencio. Un ridículo contrapaso de una fuga que no se producirá nunca.

El ejército se hunde. El Tíber abre sus fauces.

La turba de hombres y bestias se agolpa. Gritos y pánico llenan el aire. El río discurre por debajo.

Algunos intentan replegarse.

«No hay escapatoria.»

Constantino se abate sobre los moribundos como una tormenta en mar

abierto. Los últimos pretorianos se disputan los metros que separan a los vencedores del ejército que está huyendo. Uno tras otros, los Escorpiones de los estandartes van cayendo al suelo igual que las estrellas salen con la puesta de sol. De uno en uno, mueren los soldados de la guardia de honor de Majencio, mientras su ejército huye.

El río voraz, crecido por las lluvias otoñales, engulle sin piedad. El puente de barcas no aguanta, no sostiene a la muchedumbre.

Y el agosto ya apremia.

Después, las túnicas de los pretorianos desaparecen de golpe, arrastradas por la Historia. Es entonces cuando el río sumerge a los derrotados. El puente no aguanta más, se separa, se desata una barca de otra, un puente de otro, y el Tíber recibe su tributo de hombres y bestias, todos ellos arrollados por el peso de las armas, de la corriente crecida, con los enemigos ensañándose desde la orilla. Los echan abajo, a fuerza de espada y de lanza.

«Majencio, entre otros miles, cae.»

Se cae entre las olas y bracea, no encuentra la orilla, lo traiciona la loriga imperial.

Constantino le ve ahogarse.

«Mirándose a los ojos.»

El tirano, hijo del agosto Maximiano, muere solo. Se ahoga, sin ni siquiera haber intentado defenderse. El miserable cobarde ha vivido como un rey y muere como un imbécil, sin honor. Como es justo.

A Constantino le sabe mal, Trachala está lleno de rabia en el fondo de su estómago. Mientras ve cómo se ahoga su adversario lo tranquiliza como puede, acaricia la cabeza hirsuta de la fiera, le promete otra sangre para aplacar su sed.

Y, mientras tanto, Majencio desaparece, se lo ha tragado el río, se lo ha quedado para él. El ilirio no siente ninguna satisfacción. Sólo la nostalgia de un triunfo bendito.

Ya casi ha anochecido, en el aire no hay más que suplicio y victoria.

Constantino se apea del caballo. Arrastra hasta la orilla el cadáver de su adversario. Los suyos lo han sacado del agua. Han tardado horas en encontrarlo, el río no quería soltarlo. Los meados de Roma en los pulmones hinchados del miserable son todo lo que queda de un reinado ridículo.

Constantino abraza la pica.
El emblema ondea, empapado de sangre y agua.



Atraviesa a Majencio, le planta el estandarte en el corazón.
Mata a un hombre muerto, no hay piedad para los traidores. Ni siquiera
entre los brazos de Plutón.

Los soldados gritan. El ejército se vuelve loco.
«Bajo mi enseña, no existe la derrota.»

El agosto agarra al enemigo por los cabellos, obligando al cadáver a
mirarle a los ojos.

Llama a un centurión y da la orden sin emoción:

—Cortadle la cabeza. Clavadla en mi lanza. Procurad que se vea bien el
monograma...

La Urbe tiene nuevo amo. Y, muy pronto, tendrá nuevo Dios. Un Dios
de amor eterno, al que rezar con la sangre de los derrotados.

In hoc signo vinces. Ésta es la ley del Señor.

Roma, últimos días de octubre de 312 d. J.C.

Roma no cambia, es el viento el que cambia.

Un nuevo día. Todo es diferente

Un nuevo cielo, nuevos númenes, un nuevo rey.

Incluso las caras de los pordioseros de la calle parecen distintas,
necesitan reglas y protección, acogen el prodigio boquiabiertos.

La Ciudad Eterna abraza al Victorioso, Constantino responde al saludo.
Paternal.

Con la túnica de gala y el manto de púrpura entretejido de oro está
bellísimo. Se ha afeitado y lavado en el Tíber. Ha ordenado que la espada y la
armadura brillaran como un espejo. Ha escogido el aceite para su piel
espléndida y maltratada por la guerra.

Él es divino y emperador, guerrero y monarca.

Rememora la visión, el rostro de Cristo, su sello llameante y reflexiona
sobre la victoria mientras avanza por la Flaminia y la vía Lata hacia el Foro.

Ha sido un milagro. Un acto de fe premiado con el prodigio.

El vástago de Iliria ha aprendido que los tiempos cambian, los dioses de ayer serán polvo mañana. Nuevos Padres Eternos los barrerán sin pedir permiso.

El Dios de amor se ha convertido en el señor de la venganza. Su emblema todavía destaca en los escudos y los estandartes.

Una época de oro ha empezado, la sangre ha sido bendecida por la Cruz. La guerra por el Imperio acaba de convertirse en santa.

Constantino saluda con el brazo tendido, el carro tirado por cuatro caballos lo yergue sobre la multitud, magnífico. Las mujeres se quedan embobadas al verlo desfilar, se enamoran de él al instante. Constantino es el polo opuesto de Majencio. Para empezar es guapo. Y, sobre todo, generoso. Mientras pasa el desfile, resuenan centenares de campanas.

Los *mensores* y los encargados de los suministros caminan junto a las tropas. A la sombra del monograma de Cristo cogen hogazas recién hechas de las sacas y las reparten. Las lanzan a centenares. El pueblo hambriento sonríe, las atrapa y las devora. Hay tal abundancia que no se producen peleas ni empujones, el nuevo soberano acaba de llegar y el hambre ya ha desaparecido de las calles.

Constantino es un hombre de teatro, sabe cómo encandilar a su público. No lo necesitaría, él es el vencedor. Sin embargo, quiere hacerlo para que todos vean la clase de hombre que le ha tocado en suerte a Roma, la Matrona.

El ejército vira hacia el Campo de Marte, el carro del emperador se dirige al Foro seguido por su séquito de siervas y sacerdotes, la guardia de honor y los abanderados. Tras ellos sigue radiante la estatua del Sol Invicto.

El Sol y la Cruz van del brazo para narrar un inicio. Para mostrar el futuro.

Constantino sonríe, lleva en la derecha la lanza con la cabeza de Majencio clavada. El macabro espectáculo les parece bien a todos, porque así lo manda la tradición.

En el fondo de la calle, alineado junto a dos docenas de los suyos y sacando pecho, lo espera el senador Léntulo. El cerdo ha sobrevivido a la catástrofe. Mientras Majencio huía de la Urbe al encuentro de su destino, él se escondía donde nadie pudiera encontrarle hasta que todo se hubiera decidido. El senador se quitó la túnica y se metió en un lupanar de poca monta. No creía

en la victoria del miserable, ni en la supervivencia de la ciudad. Así que decidió disfrutar mientras pudiera; morir corriéndose una juerga, despertarse con el primer sol entre los muslos de una ramera, la hoja del enemigo en la nuca. En resumen, pasarlo bien antes de que todo quedara arrasado.

Pero la batalla ha dejado Roma incólume. El usurpador ha sido aplastado en el Puente Milvio, al otro lado de las murallas. Como si supiera que había llegado su hora y no quisiera enfangar la casa.

Ahora la Urbe tiene un nuevo señor. Occidente entero saluda a su soberano. Léntulo arrastra un cuerpo de paquidermo, pero cuando se trata de hacer cuentas es bastante rápido. Especialmente si esas cuentas pueden salvarle la vida.

Ha rectificado en seguida, ha salido sigilosamente del burdel, como un ladrón en plena noche. Ni siquiera ha pagado la cuenta, el muy canalla; demasiadas ansias de futuro.

Se ha dejado caer en la Curia cuando aún no era de día, ha enviado a los mensajeros a despertar a sus colegas, los ha sacado de la cama. El consistorio se ha reunido al alba, horas antes de la entrada del vencedor.

«Horas antes del triunfo.»

Los senadores se han quedado de piedra ante su requisitoria:

—¡*Patres*, abramos las puertas de par en par!

Pero ¿cómo es posible? ¿Precisamente él, que habría vendido a su madre por el canalla de Majencio? Él, que apoyó su candidatura y procuró su elección mediante el golpe de Estado de los pretorianos, ¿está dispuesto a venderlo en cuanto gira el viento?

«Es la política, guapa...»

Quien no cambia, muere.

Quien no aprende a nadar, se ahoga en el Puente Milvio.

El mañana está llamando, intentemos que no nos coja desprevenidos.

«Que así sea.»

Son muchos los que le dan la razón, algunos de ellos sentían rencor hacia el tirano, pero no osaban sacar a la luz su propio odio por miedo a las represalias. Los fieles a Majencio se cuentan con los dedos de una mano, Constantino los ajusticiará al cabo de pocas lunas. Roma conocerá el puño de hierro, pero sólo donde sea realmente necesario. Durante el resto del tiempo, la caricia del agosto será dulce.

Léntulo está impaciente, no cabe en su piel. Faltan pocas horas para que la sabandija reciba al magnífico.

El momento ha llegado, el encuentro solemne ya está preparado.

Constantino baja del carro y se dirige hacia los senadores. Los muy grasientos están colocados en semicírculo, con las togas blancas y rojas, en un ceremonial solemne.

Obviamente es Léntulo quien toma la palabra. Su manera de rebajarse pone la piel de gallina. Pontifica durante más de media hora, rinde honores al libertador de la ciudad y hacedor de la paz. No tiene vergüenza. Promete erigirle un arco de triunfo dentro de tres años, cuando lleguen las Decenales. Además se levantará otro fuera de la ciudad, en el lugar donde ha logrado la victoria.

«Pero el plato fuerte todavía está por llegar.»

Constantino se ilumina cuando Léntulo le muestra el boceto de una estatua de oro del recién estrenado amo de Roma realizado por un escultor. Retratado como Apolo, dios del Sol, deslumbrante, vencedor, bellísimo.

Constantino está complacido, el oro y la pompa magna siempre le impresionan. La estatua de verdad surgirá en el templo de Rómulo, en la vía Sacra, y será gigantesca, una advertencia para todos: en Roma ha entrado un dios, no un mortal cualquiera.

«Inclínate, oh pueblo de la Urbe. Inclínate ante Constantino el Grande.»

El vástago de Iliria no para de sonreír.

Léntulo está convencido de que ha hecho un buen trabajo, halagar al poder es su oficio, el arte en que es maestro. El grasiento senador se felicita a sí mismo e imagina días de gloria y lujo. Para él y también para su amigo Pacífico, orgulloso comandante del pretor y, como todos los jodidos pretorianos, un bellaco. Ha evitado el enfrentamiento directo, se ha quedado a salvo dentro de las murallas mientras su jefe se dejaba decapitar en el Puente Milvio. No tiene remordimientos.

La ceremonia prosigue hasta el último protocolo, Constantino es escoltado por la curia hasta los rostros, las tribunas del Foro donde se sitúa para pronunciar el discurso de la toma de posesión.

Léntulo está satisfecho, sonríe y se frota las manos. Todavía no sabe que el destino de Roma se encierra en las palabras del agosto.

Ignora que pronto el Sol Invicto quemará el pasado.

«Sonríe, estúpido gordinflón.»

«Y no te lo tomes a mal, unas veces se gana y otras se pierde.»

«Después de todo, lo que cuenta es seguir con vida...»

Constantino respira hondo antes de empezar, hace meses que se imagina este momento.

Lo ha conseguido, su dominio es más extenso de lo que nunca fuera el de su padre, Constancio. Tomar Roma no es algo que se haga todos los días.

La proeza lo ha consolidado, su misión le quema en el pecho como nunca.

El Senado lo acaba de elegir Augusto Máximo y el joven emperador siente que se lo merece.

Hay una gran diferencia entre él y Daza el Lémur. Por no hablar de ese cobarde de aliado que tiene, Licinio.

Ha sido galardonado con el mismo título que Diocleciano, Constantino no puede evitar pensar en el viejo.

«Primero entre los primeros», igual que él.

Diocleciano visitó Roma apenas un par de veces y le escupió en la cara todo su rencor. No cometerá los mismos errores, Constantino es mejor que cualquiera que lo haya precedido. Mejor que cualquiera que lo suceda.

—Pueblo de Roma, con alegría os libero, a vosotros y a los habitantes de toda la Tierra, de cualquier forma de tiranía. Y anuncio el inicio de una nueva era dorada.

El pueblo está exultante, el Senado se frota las manos.

El ilirio lo dice en serio. Habla como un hombre.

Lo primero que comunica es que habrá una gran donación de dinero y comida sacados de los depósitos personales de Majencio.

El pueblo tiene un orgasmo colectivo.

Pero al augusto no le basta con eso. Dispone que haya diez días de juegos y festejos. El alborozo aumenta, está fuera de control.

Le entran ganas de reír cuando piensa en lo rara que es la vida. Roma está en el centro del huracán y ni siquiera se da cuenta. Sus hijos ayer asistían a los festejos de un soberano que ignoraba su condena de muerte, y mañana lo harán a la sombra de un emperador orgulloso y sólido como una roca.

Entre medio ha habido una guerra, se ha derramado sangre a las puertas

de la ciudad, pero el populacho no se ha enterado, estaba durmiendo. Un día de pausa entre una fiesta y otra.

Los romanos quieren a Constantino porque es joven y guapo. Lo quieren porque los cubre de oro y ha mantenido la furia del hierro fuera de sus casas. No saben que el orden exige un tributo. No conocen a la bestia que habita en las vísceras del Magnífico. Pronto, muy pronto, Trachala volverá a rugir...

«Pero no importa, ahora toca disfrutar.»

Constantino se ajusta al ceremonial de manera escrupulosa, pero cuando llega el momento de subir a pie la Colina Capitolina a degollar animales en honor a Júpiter, el vástago de Iliria finge olvidarlo, ocupado como está pensando en el bienestar de la gente.

El gesto no pasa desapercibido, especialmente a los ojos de los senadores que han consagrado su vida a la tradición. Nunca antes ningún emperador se ha sentado en el trono de Roma sin manifestar al padre de los dioses su gratitud con un sacrificio.

Pero Constantino ya no les debe nada a los viejos númenes.

Él es consciente de ello.

Un nuevo sol resplandece para él. La gloria de la Cruz lo ilumina día y noche.

En los días siguientes a su entrada en la Ciudad Eterna, Constantino pasa muchísimo tiempo con los sacerdotes de Cristo. Ellos le explican las señales, iluminan el camino del Victorioso con palabras eternas.

En un destello, el ilirio comprende que el destino está escrito. Que hay alguien, allá arriba, velando por su buena suerte.

De ahí la visión en el Puente Milvio, y ya antes la de la bellísima mujer aplastando la serpiente con los pies descalzos en el bosque, o la del Hijo que lo bendice y le encomienda grabar Su nombre en las banderas de guerra.

La Virgen y la Cruz; la Iglesia de los justos abraza al Mejor.

Constantino lo sabe, en su cabeza todo es evidente.

Transcurren las semanas y el augusto conoce al obispo. Hablan largo y tendido, encerrados en las habitaciones más privadas de palacio. Constantino se empapa de la palabra del Señor, se la traga como se hace con una medicina

preciosa.

El obispo es un hombre bueno, recuerda al emperador que debe mostrarse agradecido con Dios, claro. Y que no se olvide de hacer lo que es justo. Un escalofrío recorre la espalda del vástago de Iliria; verdades que vuelven, el destino es siempre uno. Las palabras de Constancio, las de su madre Elena. Una vez más se trata de elegir entre lo que es justo y lo que es fácil.

Antes de que el obispo se despida, Constantino le hace un obsequio. El presente sorprende de tal manera al religioso que lo deja con la boca abierta. El emperador le concede el palacio de Letrán. El místico regalo permanecerá en las firmes manos de la Santa Madre Iglesia durante más de mil años. El momento es histórico, cuando las diestras se estrechan, soberano y patriarca tienen los ojos brillantes.

Unas horas después, Constantino ordena que se erija una basílica a pocos pasos del palacio, cinco naves para el Cristo Redentor.

Cuando regresa a sus habitaciones, en la seguridad de palacio, el joven emperador se mira al espejo y en su reflejo ve a un hombre con todo el peso de Occidente sobre los hombros. Y entiende que luz y oscuridad van de la mano. Es imposible hacer el bien sin herir a nadie.

El tiempo de la generosidad ha terminado, ahora hay que equiparar las cuentas.

«El Señor da y el Señor quita.»

Los amigos de Majencio están a punto de saberlo.

Constantino deja de mirar el latón brillante y se va corriendo a hacer lo que es justo.

Olor a mármol hecho trizas, polvo blanco que hincha los pulmones. Los muros se echan abajo a martillazos, el fuego hará el resto.

Constantino observa la escena con los brazos cruzados, el cuartel del pretor se derrumba inexorablemente.

El sueño de Diocleciano se hace realidad.

Quién sabe si la noticia llegará a Spalatum.

Quién sabe si el viejo todavía será capaz de sonreír.

El vástago de Iliria es un emperador generoso, pero no tiene piedad con los traidores. Ha disuelto el horrible cuerpo de los pretorianos, ha ordenado la destrucción de su madriguera.

«¡Que arda desde los cimientos!»

Majencio no subió solo al trono de Roma; en la ciudad, todos saben que sin Pacífico y sus guerreros negros no habría tenido esperanzas. Por tanto, que la armada oscura sea borrada para siempre. Al igual que la memoria del usurpador.

La Urbe es un hervidero de escoplos y mazos, por todas partes se destripa la imagen de Majencio, de los monumentos, de los muros, de los frisos. Las estatuas que lo representan se estrellan contra el suelo. O se funden, para recuperar el bronce. El rostro del miserable se derrite en el crisol. Su sonrisa torcida se hace líquida por última vez.

Desaparece junto con su recuerdo.

Rascar la memoria es un trabajo duro, necesita tiempo. En Roma se hace en un santiamén, pero en el resto del Imperio el proceso puede durar meses, incluso años.

La *damnatio* de Maximiano, por ejemplo, todavía está vigente.

Cuanto más lo piensa, más le gusta la idea a Constantino, es como si Majencio muriera un millón de veces. Una vez y otra, en los recovecos más remotos de los que una vez fue su reino, cada golpe de martillo sobre su rostro petrificado es el eco de la victoria del ilirio.

«Embriagador.»

El cuartel del pretor se derrumba y sus antiguos habitantes lo observan impotentes. Caras hinchadas de mastines inútiles. Las armas y el valor ya hace tiempo que no tienen nada que ver con ellos.

Los pretorianos han pasado de ser valerosos guerreros a convertirse en delincuentes comunes, han perdido la costumbre del entrenamiento diario, lo han sustituido por la práctica de la extorsión. Bajo las órdenes de señores sin carácter se han transformado en opresores del pueblo, en grasientas excrecencias de la gangrena llamada Roma.

«Pero al final ha llegado un buen cirujano.»

El matasanos divino ha hecho un corte en la carne enferma de la Ciudad Eterna y ha limpiado la infección. La fortaleza ha sido demolida y los gordos soldados despojados de las lorigas, los yelmos y las espadas. Ahora sus símbolos arden en el fuego, junto a las infames insignias de su pasado.

Constantino mira cómo se retuerce sobre sí mismo el Escorpión pretoriano bordado en los estandartes, siente su grito desesperado, contempla

las llamas reflejadas en los ojos brillantes de los débiles conmlitones. Los ha convocado a todos, ha decidido que su humillación debe ser pública, no les ha dado ninguna segunda oportunidad, los ha privado de su rango y les ha confiscado las riquezas obtenidas con el latrocinio.

Pero no toda la herencia de Majencio se purifica a través de la hoguera santa; muchos funcionarios empleados por el granuja son readmitidos. Incluso el prefecto de la ciudad permanece en su puesto. A fin de cuentas, los funcionarios no han hecho más que seguir la corriente, la ola del mal los ha mojado sin arrollarlos. Es lo que les ocurre a los chupatintas, se quedan indefensos en el corazón de la tormenta, incapaces de hacer daño a una mosca.

Con los pretorianos, en cambio, es una historia muy distinta. Por eso mismo sirven como ejemplo. Es una advertencia que quedará grabada en el ánimo al rojo vivo.

Constantino los ha formado uno al lado de otro, con su ridícula ropa de civiles. Ahora ya no le dan miedo a nadie, sólo son unos señores gordos con barba larga que pronto acabarán mendigando por la calle y durmiendo debajo de un puente.

A un gesto de la cabeza de Constantino, un centurión arrastra a dos figuras maltrechas atadas con cadenas, las expone al escarnio público. Los antiguos soldados observan, pero no se ríen, saben que el destino de esos dos es un ensayo del mundo que está por llegar. La promesa de una suerte maldita que les llegará sólo con que se atrevan a levantar la cabeza.

Dos tipejos maltrechos con grilletes en las muñecas exhiben unos ojos hinchados y pocos dientes en la boca. Rotos en su mayoría. Sangran, uno de los dos cojea, tal vez por una fractura en la tibia.

Constantino mira cómo imploran. Los dos miserables cocean y se agitan cuando el centurión encaja sus cabezas en el cepo.

El augusto hace saber al mundo la culpa con que se han manchado esos parias:

—Alta traición.

La pena la imaginan todos, no hacen falta explicaciones. Constantino hace un gesto en dirección al soldado y éste baja el hacha.

«Dos veces.»

Las cabezas de Léntulo el senador y de Pacífico el pretoriano ruedan en el polvo, con los ojos desorbitados y estupefactos.

Trachala ulula y araña en la barriga de Constantino. Sus pupilas incandescentes brillan. Cuando ha sido el momento de tomar una decisión, el vástago de Iliria no ha tenido dudas, ningún miedo ni titubeo, ha hecho lo que es justo sin pensárselo dos veces.

El nuevo curso del Imperio empieza ahí, en la sangre y en la arena. Y el Señor Jesucristo, clavado en la cruz, da su bendición desde allí arriba.

El Edicto de Constantino

(313)

Tolerancia

La sabiduría humana consiste en ser tolerantes.
CARLO BINI, *Manuscrito de un prisionero*

Mediolanum, febrero de 313 d. J.C.

Es el final de la fiesta, el momento más bonito. El fasto y las danzas han terminado, la comida sobrante está sobre la mesa, las copas medio vacías.

Constantino se vuelve loco con las bodas, especialmente si él no es el novio. Se lo ha pasado en grande, ha bebido lo justo y ha comido como es debido. También ha tenido la tentación de invitar a bailar a su mujer, pero se ha contenido. Fausta siempre se muestra dura y fría. Todavía están distantes, pero Constantino no deja de pensar en ella. Cada vez que la ve, cada noche que pasan juntos, le gustaría cogerle las manos y hablar. Hablar durante horas, quizá llorar o pegarse, ¡pero aclarar las cosas, por Dios! Y acabar de una vez por todas con ese hielo. La mira porque no puede evitarlo. Ella intenta no encontrarse con su mirada, lo intenta de veras. Pero luego, cuando está segura de que nadie la ve, echa un vistazo a su hombre. Y en el estómago siente esas condenadas mariposas. Cada maldita vez. Fausta se odia por ello, pero no puede evitarlo. Cuando posa los ojos en Constantino no ve al emperador, ni al asesino de su padre y de su hermano. Bajo la loriga y el manto sólo hay un muchacho con el cabello rizado, una sonrisa que traspasa y esos hombros que hacen perder la cabeza. No es justo, pero así son las cosas, Fausta todavía está enamorada de su marido.

«Locamente enamorada.»

Ambos se espían sin abrir la boca, y nadie se da cuenta. Nadie los mira, los ojos de toda la sala están clavados en la novia, Flavia Julia Constancia, hija de Constante y Teodora, hermanastra de Constantino. Tiene veintiún años y parece un junco al viento en su traje tradicional. Sinuosa y suave, bucles y pecas, ojos azules. La sangre de Constancio es de buena calidad, su

descendencia resplandece.

La joven novia tiene cara de lista, sabe sonreír cuando es el momento, sabe seguir el juego. Incluso cuando el juego es mucho más grande que ella. A Constantino le ha costado un poco convencerla. Constancia pensaba en todo menos en convertirse en la esposa de un emperador, pero su madre la ha criado como es debido, como una perfecta matrona de la corte.

Y cuando su hermanastro fue a hablarle del futuro del reino, supo contentarle. Constantino la ha entregado a Licinio como esposa para saldar una alianza cada vez más necesaria, ahora que sólo quedan tres para repartirse el dominio del mundo.

El emperador cogió a su hermana de la mano y le habló con el corazón en la mano:

—Quiero que hagas algo por mí, pequeña. Te necesito, ahora más que nunca.

Constancia siente debilidad por su hermano. Pero, por otro lado, ¿quién no la siente? No puede decirse que se hayan visto demasiado, especialmente desde que, seis años atrás, la exilió a Tolosa junto a su madre. Y antes, también hay que decirlo, tampoco tuvieron demasiadas ocasiones para pasar tiempo juntos. Ella era demasiado joven, y encima mujer, por tanto relegada a ocupaciones de escaso impacto para el futuro del Imperio: las termas, algún paseo en compañía de las matronas más conocidas, un banquete fuera de la ciudad. Él siempre está atareado, corriendo detrás de su misión. Constancia ha oído hablar día y noche de las hazañas de su hermanastro. Ha saboreado una gloria de segunda mano, reflejada en las conversaciones de la corte, en la prisión dorada de Tolosa.

Sus ojos se han encontrado durante las visitas oficiales. Un par de veces él le ha cogido las manos y le ha pedido que se sentara en sus rodillas. Constantino siempre la ha tratado como a una niña, no la ha visto florecer, y no estaba cuando su alma caprichosa empezó a desbocarse. Pero su hermanastra nunca lo ha olvidado y, cuando el vástago de Iliria se presentó en Tolosa y preguntó por ella, su corazón se desbocó.

Cuando la llamó «pequeña» y dijo que la necesitaba, la muchacha juró que se lanzaría al fuego por ese granuja de cabellos jaspeados de oro. Sólo tenía que pedirselo. Y él se lo pidió todo.

—Hermanita, una nueva era acaba de comenzar y el Imperio es frágil.

Es como un niño que empieza a dar sus primeros pasos. Si ahora no lo ayudamos, acabará cayéndose y haciéndose daño. Nunca aprenderá a caminar solo.

Ella no lo entendió, pero siguió escuchándolo, prendida de esos ojos sin final y de esos labios perfectos. Constantino le acarició el rostro y un estremecimiento la recorrió desde los cimientos.

—La estabilidad se garantiza con las alianzas. Y las mejores alianzas se sellan con flores de naranjo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

En ese preciso instante algo se rompió. Todo el odio que sentía la madre de Constancia hacia el vástago de Iliria subió por el esófago de la joven, le quemó la garganta. Un mar de lágrimas no es suficiente para lavar el ácido de la desilusión. Es más, llorar no sirve de nada. Es mejor morir que darle satisfacción. Pero esos ojos velados también puede verlos el agosto.

—Ya sé que no es fácil, pequeña. Pero sin ti nos vamos todos a pique...

Y en ese momento sucede lo increíble. Algo nunca visto, irracional, irrepetible: el agosto se arrodilla ante la muchacha.

Nadie los ve y nadie se acordará de este momento. No acabará en los anales ni en los libros de historia, pero sucede.

Y Constancia se deja convencer. Esos iris brillantes y ese gesto excesivo y teatral decretan una rendición incondicional.

—¿Con quién quieres que me case, mi señor? —El rostro de Constancia se cubre de llanto. El azul triste de sus ojos es el destino del Imperio.

Constantino exulta con los ojos y el corazón, pero retiene sus labios. No quiere que ella se ofenda. No quiere que piense que la está utilizando. Pero así es. Ya hace tiempo que es así. El poder consume, no importa lo pura que sea el alma. Corroe por dentro poco a poco, obliga a hacer lo que uno no se imagina. Siempre hay un maldito fin que justifica los jodidos medios.

De modo que aquí estamos. Constantino lo suelta:

—Licinio.

Constancia se muerde el labio, hace gala de un cándido ceño incrédulo:

—¿El agosto?

Él asiente.

Ella sigue mirando al techo.

—¿Y cuántos años tiene?

Constantino tose. Responde, pero ella no le entiende.

—¿Eh?

Otro golpe de tos. Y escupe la misma información con la boca pequeña. Constanca pierde la paciencia.

—¿Y bien?

Se pone las manos en las caderas y le dice que ya basta de juegucitos.

Constantino baja los ojos. Los mantiene así durante un rato, luego levanta la cabeza. Adorna la pésima noticia con una sonrisa exorbitante.

—Cincuenta. Más o menos...

Constancia abre la boca de manera exagerada, habla con el corazón, sin pensar:

—¡Pero si es un viejo!

Al augusto se le escapa la risa, enarca una ceja.

—No serías la primera ni la última muchacha de buena familia que se casara con un hombre maduro...

Constancia se ríe. Ya la ha convencido.

—¡...viejo, querrás decir!

—Como quieras...

—¿Y eso debería consolarme? —La muchacha se enrosca los rizos con el índice. Le gusta bromear con él.

—¡A mí también me ocurrió, qué te piensas! Cuando nos prometimos, Fausta tenía tres años...

Constancia le da un empujón. Ni siquiera lo mueve, a pesar de hacerlo con fuerza.

—¡Pero tú tenías diecinueve! ¡Y ahora que se ha hecho una mujer se encuentra con un marido joven y guapísimo! —Se pone colorada, ha dicho demasiado.

Constantino se pone serio de golpe.

—Mi mujer me odia. Me rechaza continuamente, me culpa de la muerte de su padre y de su hermano...

Constancia no le da la razón. No tiene ninguna intención de dejar que se haga el patético. Pone cara de listilla.

—Su padre se ahorcó, pero a Majencio lo mataste tú. Cruzaste las puertas de Roma con su cabeza en una lanza, ¿qué esperabas?

Constantino está derrotado. Agita la mano a media altura.

—Sí, claro...

Ella no deja de sonreír. Le gustaría ponerle mala cara, pero no lo consigue.

Constantino enarca otra vez la ceja.

—De todos modos, Fausta y Maximiano no estaban muy unidos. No tiene ningún derecho a ponerme morros.

Ambos se echan a reír.

La situación es absurda, al límite de la paradoja y, sin embargo, se sienten bien, son ligeros como plumas. Se ríen en la cara de la vida y de la muerte como dos inconscientes. Si alguien echara un vistazo a la habitación no diría que allí se está discutiendo sobre el futuro del Imperio.

Constancia se vuelve atrevida. Le coge la mano.

—¿Y tú y yo?

Constantino está tentado de retirarla, pero se contiene.

—¿Tú y yo qué?

—Tú y yo, hermano, ¿estamos unidos?

—Siempre lo hemos estado... —El vástago de Iliria la aprieta más fuerte—. Y si haces lo que te pido, lo estaremos para siempre.

El poder te cambia, no hay escapatoria...

Ella le cree. No tiene elección.

—¿Para siempre?

Él le miente. Tampoco tiene elección.

—Para siempre.

Ahora están frente a frente. Constancia tiene el corazón en la boca. Ese maldito corazón que la obliga a hacer todo lo que su hermano quiere. La muchacha coge a Constantino por el borde de la túnica, tira de él, hacia ella. Le besa los labios.

En ese beso está la soledad de las tierras del norte y el fuego de Tolosa, cabe todo el maldito Imperio. Por lo que vale.

Constantino responde al beso, su boca y su lengua cumplen con su deber. Pero por dentro está frío como el hielo.

Cuando ella se aparta, su juventud se ha acabado. La pequeña Constancia se ha hecho mujer en un instante. De ahora en adelante su vida pesa el doble.

Constantino ni siquiera le da las gracias. Le pellizca la mejilla, es su hermanita. Tiene muchas ganas de revolverle el cabello, pero quizá ella se lo

tome mal, por tanto se limita a levantarse y se va sin decir una palabra.

Pero se para en el umbral y la mira una última vez.

—Le diré a ese viejo que se porte bien. Si te falta al respeto, házmelo saber. Le arrancaré la cabeza y te la mandaré en una lanza, ¿de acuerdo?

Constancia sonrío. Tiene los ojos húmedos y tristes.

—Ese granuja es el bastardo más afortunado de todo el condenado Imperio...

—Puedes jurarlo... —suspira ella.

Él le manda un beso y se va.

Constancia se queda sola. Cuando el corazón se rompe hace un daño tremendo. No cicatriza, tendrá que aprender a convivir con él.

Así es como sucedió y ahora es el último acto, las flores, el banquete, las lágrimas de mamá Teodora. Y también los bailes, los cantos, las siervas y el bonito vestido.

Pero al final, lo que queda de la farsa es un marido con la edad de un padre. Y una promesa de papel mojado.

Licinio rodea la cintura de su esposa y casi tiembla. Constancia le parece un regalo del cielo, le da miedo tocarla, teme romperla.

Constantino se acerca, lleva a Fausta de la mano. No se hablan, pero ella nunca lo dejaría mal en público. Lo sigue dócilmente ante los novios.

El agosto saluda al agosto.

—¡Enhorabuena, Licinio! ¡Mis más sinceras felicitaciones!

Las diestras se estrechan, Licinio es robusto y está agradecido. No hay deferencia barata en sus ojos. Sólo sincera gratitud.

—Estoy en deuda contigo, noble Constantino. Hoy me has hecho un hombre feliz.

El vástago de Iliria se dirige a Constancia con los ojos dulces y graves:

—Hermana, sé que soy injusto, pero necesito a tu marido. Te lo robo durante unos minutos, ¿podrás perdonarme?

A Constancia se le ha endurecido la mirada.

—¿Me tomas el pelo, adorado hermano? Todos tus deseos son órdenes...

Constantino inclina la cabeza imperceptiblemente y se suelta de Fausta.

—Mi mujer se ocupará de ti. Te dejo en excelentes manos...

Las matronas sonríen.

La hora de las chácharas se ha terminado, la alianza es cosa hecha, pero los detalles todavía están sobre la mesa. Es el momento de discutir sobre cosas serias, los augustos se encaminan a la sala del Gran Consejo.

Lo cierto es que ahora las mujeres son más bien un estorbo.

—Maximiano restauró este palacio. Todavía tiene su aire de bastardo sin corazón, ¿tú qué opinas? Las paredes toscas, esas ridículas armas enormes. Antes o después tendré que librarme de todo esto...

Constantino pasea por la amplia sala semivacía. En el centro hay un par de sillas robustas, un escritorio y nada más.

Licinio se acomoda en uno de los asientos y cruza los brazos.

—¿Me has traído aquí para hablar de decoración, agosto?

—Augusto Máximo, querrás decir...

Licinio sonríe. Se prepara para el enfrentamiento.

«Así es como empieza.»

—La alianza está sellada. Ahora sólo queda definir los detalles...

Constantino se sienta a horcajadas en la silla. Cruza los antebrazos y los apoya en el respaldo.

Después pone la barbilla encima.

Licinio tiene ganas de ir al grano.

—¿Empiezas tú o empiezo yo?

—Empiezo yo. —Constantino sabe exactamente lo que tiene que hacer—. Y tú me escucharás. Aquí dentro sólo hay un Augusto Máximo...

Uno a cero para el ilirio. Licinio lo encaja.

—Primer punto: las fronteras. Yo me quedo con todos los territorios de Majencio, incluida Roma, la Península itálica y el norte de África. He aplastado al usurpador a pesar de que era tarea tuya, de modo que ahora no te lamentos...

Licinio traga saliva, le cuesta, pero Constantino tiene razón. Intenta ir más lejos, no le gusta quedarse con la boca seca:

—Digamos que te apoyo, aunque no debería. Cuando la noticia llegue a oídos de Diocleciano le dará un ataque...

Constantino se encoge de hombros.

Licinio no ha terminado.

—¿Y yo qué gano?

—El Danubio y los Balcanes. Puedes quedártelos, son cosa tuya. Además, si quieres expandirte hacia Oriente e invadir las tierras de Daza, tienes plena libertad de movimiento.

Licinio no da saltos de alegría, pero podría haber sido peor. En cualquier caso, quiere dejar las cosas claras.

—Pero si ataco a Maximino, tú te mantendrás neutral, ¿no es así? ¿No acabas de nombrarlo cónsul?

Constantino se levanta, da la vuelta a la silla y vuelve a sentarse. Sus ojos no albergan la más mínima duda.

—Soy el Augusto Máximo. ¡Es mi deber mantenerme imparcial!

—Sí, claro...

—En cualquier caso, mi política exterior no es asunto tuyo. Si quieres tomar Oriente no te pondré palos en las ruedas. Y si el que da el primer paso es Daza, no le mandaré ninguna ayuda. ¿Qué te parece?

Licinio mastica amargura.

—Tendrá que bastarme. ¿Tengo tu palabra?

—¡Qué diantre! Nunca te haría daño, cuñado, acabo de darte a mi hermanita como esposa...

Con sólo nombrarla, vuelve a ver los labios de Constancia.

—A propósito... —continúa el ilirio.

—¿Sí?

Constantino sacude la cabeza. Con la derecha hace un gesto que indica que no se trata de nada importante.

—Nada, déjalo estar...

Licinio intuye algo. Se lo toma a risa.

—Si estás preocupado por Constancia, no tienes motivo. Con la edad que tengo deberías preocuparte por mí. Espero que la muchacha no se haya hecho demasiadas ilusiones porque a los cincuenta ya es un milagro si puedo cumplir con mi deber. Gracias a los dioses, hoy en día hay esclavos para todas las necesidades...

Los augustos se ríen con sarcasmo. Constantino incluso carga las tintas:

—Entonces he hecho bien al regalaros esa pareja de númeritas...

Más risas con los dientes apretados. Pero el momento de bromear se consume en seguida. Los negocios tienen prioridad.

Licinio da un paso adelante:

—Y con las leyes, ¿cómo lo hacemos?

—Soy el Augusto Máximo, las leyes las dicto yo.

Otra vez la misma cantinela, pero Licinio no está de acuerdo. Sacude la cabeza, no tiene miedo.

—Las normas las suscribiremos todos nosotros y tu firma estará a la cabeza, no hay problema. Pero dentro de las fronteras cada uno hará lo que le parezca y aplicará sus propias leyes. No quiero ni discutirlo, siempre ha sido así. Si te echas atrás con esto tendremos problemas.

El viejo soldado los tiene bien puestos. Y no le da miedo demostrarlo.

Constantino no se esperaba una objeción parecida, pero en el fondo no es un gran sacrificio. Lo importante es que se salven las formas. La sustancia le interesa bien poco.

Es complicado mandar en casa de los demás, Constantino lo sabe por experiencia. Se pasó años en la frontera enseñando educación a los salvajes del norte. El único modo de mear en el tiesto de alguien es echarlo abajo y construir encima unos buenos baños públicos. Pero Constantino no tiene ninguna intención de reestructurar Oriente. Y aunque le apeteciera, no tendría suficientes recursos para hacerlo. Así que se lo toma bien.

—Trato hecho —dice sin entusiasmo.

Pero le queda un sabor amargo en la boca. De vez en cuando el Augusto Máximo también tiene que tragar mierda.

Licinio está satisfecho. Se levanta y estrecha la mano de su colega.

—¿Hemos terminado? Ya sabes lo que dicen... ¡Después de los cuarenta, si tienes intención de despertarte, vete a la cama en la primera vigilia!

Ya hace rato que han dado la segunda vigilia, pero Constantino no tiene ningunas ganas de despedir a Licinio.

Le pone la derecha sobre el hombro y vuelve a sentarlo.

—Todavía hay una cosa sobre la que debemos hablar...

El viejo soldado presta atención en seguida.

Constantino está tremendamente serio.

—Los cristianos.

Licinio se relaja.

—Me han dicho que en Roma hay un nuevo dios. Por lo visto, con la cruz se hacen buenos negocios.

Constantino no está dispuesto a discutirlo en esos términos.

—Ahórrate la ironía para el dormitorio. Cuando mi hermana te vea desnudo ya verás cómo se ríe...

«Cuidado, Licinio.»

«Vigila con lo que dices.»

Licinio levanta las manos.

—No te calientes, augusto, vengo en son de paz. Y hablo en serio. Tu fe es una arma poderosa...

—La fe es algo grande, amigo mío. Pero los resultados todavía son mejores. Cristo me ha hablado. Me visitó en sueños y se puso de mi lado. Los arúspices eran contrarios a la guerra, ¿lo sabías?

Licinio no lo sabía. No es el tipo de información que apetece divulgar antes de conseguir la victoria.

—Sin embargo, Él me dijo lo que tenía que hacer, la enseña y todo lo demás. Una promesa cumplida, hemos derrotado a un enemigo invencible, nos hemos atrincherado en una ciudad hecha para resistir un asedio de meses. Los hemos barrido en medio día. Hechos concretos, nada de trolas sacadas de entrañas de cabra. En Roma se produjo un verdadero prodigio; como en el pasado, un nuevo dios ha elegido entrar a formar parte del glorioso panteón del Imperio. No se ha presentado con las manos vacías, ha llegado a la fiesta con un regalo caro. No podemos ignorarlo. De ahora en adelante tenemos que ocuparnos de sus seguidores...

Licinio intenta pincharle.

—¿Qué pasa, augusto? ¿Ya te has puesto en la cola para el bautismo?

Constantino sacude la cabeza.

—Tú no entiendes nada, ¿verdad? Es la misma historia del Sol Invicto de Emesa...

Licinio no es exactamente un experto en historia romana y no creció con un preceptor con la paciencia de Lactancio.

—Ya sucedió en el pasado y volverá a suceder. El Dios de nuestros enemigos se ha convertido en nuestro Dios. Ha decidido favorecer al mismo Imperio que se ha pasado siglos torturando a sus adeptos.

—Por lo que yo sé, ya hace tiempo que hemos dejado de exterminar a los cristianos. Incluso ese canalla de Galerio dictaminó el fin de las persecuciones y la libertad de culto antes de estirar la pata. Tu Dios debería

estar contento.

—Cristo es mi Dios igual que lo es tuyo, es mejor que te acostumbres. Es Él quien nos asiste en la batalla, ¡venerarlo es sagrado!

Licinio asiente.

—Estoy de acuerdo. Cuando tenga que ir a la batalla, le rezaré con gusto antes de enfrentarme a mi adversario. Pero ¿qué tienen que ver los cristianos? Quiero decir, ¿qué más podemos hacer por ellos? ¡El Edicto de Sárdica está colgado en todas partes!

Constantino extiende los brazos. Tiene los ojos llenos de esperanza.

—Olvídate de Galerio y de su ridículo panfleto. ¡Nuestro Edicto será recordado para siempre! ¡Piensa a lo grande, amigo mío! Cristo no se limita a hacernos ganar la guerra. Su culto es un apoyo para el Estado. ¡Esto es lo que debemos escribir! ¡Fijaremos el documento en todos los rincones del Imperio!

Licinio paladea las palabras en la boca.

—Apoyo para el Estado... ¡Me gusta! Y apuesto a que a tu hermanita también le gustará. Sé que tiene simpatía por la Cruz y sus devotos.

—Todas las mujeres del Imperio la tienen: Prisca, Valeria, Teodora... Incluso mi madre empieza a apasionarse por ella. Dentro de unos años será una fanática, hazme caso. ¡Esto es el futuro!

Licinio disfruta con el cauce que ha tomado la conversación. Quiere contribuir.

—Apoyo para el Estado. ¿Qué más?

Constantino lo tiene todo claro en la cabeza.

—El ejercicio del culto ya no estará vinculado a ninguna cláusula; el elemento básico de la tolerancia religiosa será la restitución incondicional de las iglesias y los lugares de reunión.

Licinio está inspirado. Se pone de pie.

—Reconozcamos a los cristianos y a todos los demás el derecho de elegir libremente la religión que quieran, para que la divinidad o el ser celeste, sea del género que sea, se muestre benévolo y piadoso con nosotros y con todos los que están sometidos a nuestro gobierno.

—Quiero nuestras firmas a pie de página, una exposición *urbi et orbi*. ¡Que todo el mundo sepa lo importante que es para nosotros el Cristo victorioso y sus fieles siervos!

Los augustos sonrían, se estrechan la diestra hasta el codo. En estos

tiempos, la fe es el mejor aliado de la razón de Estado.

—¿Qué tiene que ver la razón de Estado? —La cara de Fausta muestra turbación—. ¿Y el amor? ¿Dónde queda el amor?

Constancia tiene más o menos su edad. A decir verdad, tiene cuatro años menos, pero al oírla hablar demuestra tener veinte más. No parecen cuñadas, es como escuchar a una madre enseñando a su hija a estar en el mundo.

—La razón de Estado es la que hará que me abra de piernas esta noche, querida cuñada. ¿O de verdad crees que será mérito de la bonita cara de mi marido?

Fausta está desconcertada. Ése no es el modo en que habla una recién casada.

—No soy tonta, yo también sé que el deber está por encima de todo. Soy la esposa de un emperador, no lo olvides, nos prometimos cuando tenía tres años... Nos unimos por obligación, pero mentiría si dijera que entre nosotros no ha habido nada.

Fausta se sorprende de lo que acaba de decir. ¿No debería estar enfadada a muerte con Constantino?

Constancia lo sabe y clava las garras.

—¿Me estás diciendo que cada noche acoges dentro de ti al hombre que ha matado a tu hermano porque lo amas? ¿Es eso lo que me estás vendiendo? ¡Es una locura, Fausta! Va contra natura. Hazme caso, el amor es una fábula para antes de irse a dormir. Y nosotras ya hace tiempo que estamos despiertas. Razón de Estado, eso es todo.

Fausta está confundida, le da vueltas la cabeza, tiene que sentarse. Su vida se le cae encima como el halcón sobre la liebre.

La vida y la muerte hacen lo que les da la gana, la sangre nunca se equivoca. Fausta comprende en un instante. Se levanta y el vértigo todavía no ha desaparecido, pero ella le da una bofetada. La emperatriz corre hacia la sala del Gran Consejo, a la mierda el protocolo y las buenas maneras, a la mierda Constancia y su maldito cinismo. A la mierda su hermano, cadáver atormentado y sepultado. Y a la mierda Maximiano, odiado padre amantísimo, capaz de estropearlo todo incluso muerto.

Fausta corre por el pasillo a más no poder y en su cabeza no cabe otra

cosa que no sea Constantino.

Un marido caído del cielo, un destino concertado, mi amor.

Llega al umbral de la sala justo cuando Licinio está saliendo. Le hace una reverencia. Fausta lo esquivada y se arroja adentro como una furia.

Jadea, su hombre está allí delante.

Maravilloso como siempre, apenas más cansado de lo normal.

Se le acerca y le coge las manos.

El contacto es un relámpago en el mar, los dedos chisporrotean.

Los ojos en los ojos... ¿cuánto tiempo ha pasado?

Constantino intenta decir algo:

—Fausta...

Ella le cierra los ojos.

«Ahora vas a escucharme tú.»

—Dime que hay otra cosa, mi señor...

Constantino está desconcertado. No sabe qué contestar. Todo lo que sabe es que la quiere. Siempre la ha querido y siempre la querrá.

Ella continúa:

—...aparte del Imperio, la púrpura, la descendencia. Dime que nosotros dos somos otra cosa, amor mío. Que somos libres de poseernos eternamente, sin mirar atrás. Dímelo ahora, te lo ruego, o quedaré hecha pedazos.

Constantino no contesta. Le coge la cara entre las manos, seca sus lágrimas desesperadas.

Nunca ha sentido nada parecido y no volverá a sentirlo nunca por ninguna otra.

«El poder te cambia y no puedes hacer nada por evitarlo.»

Pero el amor, maldito bastardo, es una condena a muerte.

Constantino abraza a su esposa, la besa suavemente. La dulzura da paso al ardor, la ropa cae al suelo. Sin ninguna vergüenza, sin ningún pudor. Con la puerta abierta mientras la fiesta de la boda sigue su curso. Él dentro de ella, sobre la silla. Plantas sudadas sobre el suelo frío, las manos del ilirio le aprietan los senos.

Gozan de prisa, el mundo desaparece.

«El amor es una condena a muerte.»

Un amanecer cruel se desploma encima de todos, no importa si ha sido

una noche de éxtasis o a bajo cero. Ahora es por la mañana y ya no hay tiempo para la carne. Los augustos se asoman a los balcones de palacio. Sus habitaciones son contiguas y de una terraza a la otra se puede hablar cómodamente. Se miran al mismo tiempo, los dos van desnudos y, sin embargo, son muy diferentes, encarnan a la perfección las dos caras del poder. A la izquierda, Constantino. Rizos y músculos, la marca de un mordisco en el pectoral derecho, las cicatrices de siempre. Tiene aspecto de haber dormido poco o nada y la maldita necesidad de meter la cabeza en un cubo de agua helada.

A la derecha, Licinio. Capilares rotos en las mejillas, nariz roja, ojos demasiado altos, boca anodina. Tiene las manos detrás de la espalda y siente la incomodidad de quien no sabe qué decir. Se balancea adelante y atrás sin dar un paso. Carga el peso en los talones y, un segundo antes de caerse, lo pasa a las puntas de los pies. La resaca lo obliga a levantarse sobre las extremidades cada vez que el reparto del peso es excesivo. Es un efecto de la borrachera muy divertido. Le gustaría hablar, pero no sabe qué decir. Por la expresión de su rostro se diría que la primera noche de bodas no ha ido exactamente como se esperaba.

Constantino nunca ha sido un gran conversador a primera hora de la mañana. Ha saludado a su colega con un bostezo y ahora mira al horizonte, esperando encontrar allí alguna buena idea. El Augusto Máximo está obtuso, le faltan las fuerzas. Le apetecería tomarse unos huevos con queso. Y una taza de *cervesia* helada. Fausta lo ha dejado seco, nunca la había visto así. Durante el gran silencio que siguió a la muerte de Maximiano habían seguido haciéndolo. Cuando era posible, claro, porque Constantino pasaba mucho tiempo de viaje. Pero cada vez, aunque hubieran transcurrido semanas, el ambiente era ártico. No había pasión por parte de su mujer, se limitaba a levantarse el vestido y evitar los besos.

A veces gozaba, aunque sucedía pocas veces, y se maldecía con los dientes apretados. En cuanto él terminaba, se precipitaba a la otra habitación y se abofeteaba delante del espejo. «¿Cómo has podido? ¡Es el asesino de tu padre!»

A Fausta le cuesta perdonarse a sí misma. Y ya no digamos a los demás.

Pero anoche todo cambió. Fausta volvió a ser la leona que Constantino había tomado como esposa. Anoche su corazón estaba rebosante, a punto de

desbordarse. Después de la conversación con Constancia, a Fausta se le cuajó la sangre. Tuvo una visión terrible de su futuro: día tras día iba haciendo mella la impasibilidad, la indiferencia por el mundo, la cabeza gacha por culpa de la razón de Estado. La de los vencedores, la de los necios, qué más da. La razón es de los hombres, el Estado no sabe qué hacer con ella.

De modo que Fausta decidió que no se dejaría llevar, el precio era demasiado alto, y se fue corriendo con su marido, hablaron. Hicieron el amor toda la noche. Y después siguieron hablando hasta el amanecer. Se juraron sinceridad, mintiendo con los ojos abiertos.

Porque la vida pesa demasiado, es mejor llevarla entre los dos.

Fausta ha visto salir el sol abrazada a su hombre, se ha dormido con los primeros rayos iluminando su cabello. Constantino, en cambio, se ha levantado, incapaz de holgazanear por culpa de las costumbres militares; desde el amanecer hasta la puesta de sol está prohibido cerrar los párpados. Y ahora no sabe qué hacer con la mañana que acaba de empezar.

Mira la malvada aurora, la misma para ambos señores del Imperio.

—¡Vaya, vaya! —comenta Licinio, no ocurriéndosele nada inteligente que decir.

Entonces se para, aguza la vista. De cerca ya hace tiempo que no ve nada, pero de lejos los ojos todavía funcionan. Contrae las pupilas: polvo. Un mar de polvo acercándose. Lo levanta un mensajero a caballo, lleva una prisa del demonio. Licinio señala la sorpresa matutina a Constantino, que se sacude la modorra y se protege los iris con la mano derecha. El mensajero corre demasiado.

—Malas noticias... —dice Constantino. Y se prepara para lo peor.

Licinio se pone algo encima, no le apetece recibir unas putas novedades sin estar presentable. A Constantino no le importa, llama al mensajero con un silbido en cuanto lo tiene a tiro. Ni siquiera le deja entrar en palacio.

—¿Qué ocurre?

El correo tiene convulsiones, está a punto de ahogarse.

—¡Maximino, mi señor! ¡Daza ha cruzado el Bósforo! ¡Y los francos, agosto!

—¿Qué tienen que ver los francos con el Bósforo?

El mensajero tose.

—No, mi señor. Con el Bósforo no... Los francos han atacado una

guarnición en el Rin.

—¿Hay víctimas?

El mensajero, triste, contesta:

—Ningún superviviente...

Licinio mira a su colega, Constantino sonrío con amargura.

Corre a sacar punta al hierro.

Los vientos de guerra no dejan nunca de soplar.

Treviri, primavera-verano de 313 d. J.C.

No es la sangre ni tampoco el enfrentamiento lo que lo pone de buen humor. No son las leguas recorridas ni las victorias en el Rin. Es el maldito aire de casa, ése es el motivo.

Constantino ha hecho bien las cosas, se merece una fiesta. Ha llegado al Rin como guerrero, se ha puesto a la cabeza de las legiones, ha supervisado la reconstrucción de la avanzada arrasada por la furia de los francos. Ha necesitado más tiempo del previsto, pero los quehaceres militares le sientan bien. Si uno se queda quieto demasiado tiempo, las articulaciones se hinchan, la barriga crece, se nublan los pensamientos.

Le ha disgustado dejar a Fausta, especialmente ahora que se han vuelto a encontrar, pero el amor es sólido. Es un fuego salvaje, la ráfaga que sopla de lejos reaviva las brasas, esparce las llamas.

Por el camino ha pensado en su Dios. Ese Dios de amor y misericordia que lo ayudó en la batalla, que lo coronó señor de Occidente. Constantino tiene ganas de conocerlo, de experimentar su Palabra. Durante las pausas de la batalla pasa mucho tiempo con los seguidores de la Cruz. Ha llamado a sacerdotes de todos los rincones de la Galia para que le expliquen la vida de Cristo. Algo está cambiando, Constantino puede notar un estremecimiento bajo la piel. Eso que la gente llama «fe», esa confianza incondicional en algo que no se puede ver, lo está abrazando poco a poco.

Cada día más fuerte.

Y las victorias cotidianas también ayudan. Entre el augusto y su Dios hay un pacto que hay que respetar.

«Tú haces que gane y yo te adoro.»

Este numen con barba y cabello largo no es muy distinto a los otros

dioses del panteón; sacrificios y rezos a cambio de favores, así es como funciona. Y, sin embargo, hay algo en los ojos de quienes lo quieren. Un destello que despierta al muchacho que fue, que desempolva a ese tontorrón de brazos largos que un buen día llegó a Nicomedia para hacerse un hombre.

Es la fuerza de Cristo, su mensaje más sencillo: Os amo a todos, porque todos sois iguales.

Emperadores y granujas, obesos senadores y modestos picapedreros, soldados y esposas, asesinos e inocentes, todos son iguales. El amor de Jesús perfuma el universo, mantiene unido al mundo entero.

A Constantino le da vueltas la cabeza cuando piensa en esa fuerza tan potente capaz de dominarlo todo. Ese amor ilimitado es indecente y fantástico, se parece a la misión que le quema en el pecho.

A veces cree intuir el sentido de lo infinito. Algunas noches, en la tienda, aprieta los ojos y siente que el amor y la misión son una misma cosa, el Águila y la Cruz coinciden. El destino grita implacable, habla de un mundo único, fundido en el calor del Señor, envuelto en la púrpura hasta sangrar. Después el joven emperador se despierta y el sueño estalla. Quedan jirones colgados por todas partes; permanece el sabor en la punta del paladar, pero el sentido se ha extraviado. La verdad se persigue siempre. Lo justo se escapa, pero promete regresar.

Constantino lucha de día y por la noche lee las Escrituras, hasta que empuja a los francos hacia atrás, retroceden abandonando el Rin.

No es la primera vez que el augusto se enfrenta a los bárbaros. Y seguro que no será la última. Pero de momento la guerra ha terminado, hay que celebrarlo.

«Volvemos a casa.»

Dejó Treviri como César y ahora regresa como augusto. Se prepara para volver a abrazar a su gente, a estrechar a su madre entre los brazos. Elena lo ha esperado ahí. Roma era demasiado para ella, nunca ha sido una mujer muy dada a los excesos. La *nobilissima femina* se ha ocupado de sí misma. Ha limado las asperezas y ha encontrado la paz, sola en el palacio de su hijo, y también ha aprendido a acercarse a Dios Padre. Las Escrituras la han reconfortado. La nueva era de tolerancia ha acercado a los cristianos a la corte, los ha convertido en parte de la familia. Elena ha acogido sus historias benditas, ha escuchado cada sílaba del Evangelio, rezando para que la sangre

de su sangre, su amor lejano, esté a salvo en el campo de batalla. Y ha esperado el regreso de Constantino. Hoy es el día, no cabe en su piel.

A las siervas les cuesta seguirla, la augusta se agita como una muchachita, cambia de idea cien veces sobre el peinado y el vestido. Quiere estar especial. Ponerse guapa para él.

El amor por su hijo es incondicional y perfecto. Como el de Jesús por la Iglesia. Traspasa los años, derriba montañas. Elena sabe que él estará ligado a ella eternamente, juntos para siempre, como el Águila y la Cruz.

Se viste y se peina, prende las joyas con cuidado, como promesas que hay que mantener a toda costa. Se echa un último vistazo en el espejo y corre a esperarlo en la calle a la cabeza del séquito. La corte entera se sitúa frente al Aula Palatina.

La basílica está casi terminada, al verla a uno le tiemblan las piernas. Diez pértigas de altura, miles de ladrillos de color rojo fuego esculpen la curva del ábside, la barriga del gigante está destinada a guardar la gloria del mundo.

La multitud está feliz pero calla, la augusta ha ordenado silencio, el emperador está a punto de llegar.

A Constantino le gusta el espectáculo, todo el mundo lo sabe, y desde hace días en la ciudad se apuesta sobre su entrada, sobre el aspecto que tendrá.

El pueblo anhela el lujo y el boato. «¡Se parecerá a Apolo, ya lo verás! ¡Planeará sobre un carro de fuego! Pero ¿qué Apolo? ¡Resplandecerá como Cristo triunfal, tú hazme caso!»

La capital del norte hierve como una cazuela de garbanzos, espera la epifanía, el sol levantándose, la maravilla.

Cuando por fin llega, todos comprenden qué quiere decir Augusto Máximo.

Constantino es de oro puro. Magnífico y divino.

De oro es la loriga y las sandalias, incluso el arma que lleva al costado.

De oro es la túnica y el manto. Ha sustituido la púrpura para causar más impacto.

De oro es la corona de laurel que rodea su cabeza, con las hojas recién chapadas.

De oro son los rizos, reavivados por el sol y las tinturas de las esclavas de Egipto.

De oro es la piel, recubierta de aceite y pigmentos, para provocar

maravilla.

El pueblo está con la boca abierta. Nadie podía imaginar algo así, ni siquiera los más atrevidos. Es una mezcla de turbación e incredulidad; los niños gritan, los militares aplauden, las muchachas palpitan. Incluso el sol se hace cómplice del triunfo, asoma entre las nubes y bendice al Magnífico con sus rayos.

Elena lo acoge con lágrimas en los ojos.

—Bienvenido, mi señor...

Constantino la abraza. Con ella estrecha a la ciudad entera, a su gente, al Imperio. El vástago de Iliria mira a su alrededor y se promete a sí mismo que no se irá muy pronto.

Después de tanto vagar, por fin está en casa.

La fiesta ha sido excepcional, al igual que el banquete. Constantino ha reído, ha bendecido con la mirada y con las manos, ha recibido regalos, ha dado garantías de seguridad. Después, gracias a Dios, todo ha terminado. Ha llegado el momento del caldario. Fuera la chatarra de gala, fuera el maquillaje; ha visto cómo el unguento se derretía en el agua templada, los esclavos han arrancado a cepillazos los últimos residuos del tinte dorado y la piel ha recuperado su color.

Todavía húmedo, Constantino se ha puesto ropa de civil y se ha asomado a la ventana. La noche en verano se hace esperar. El norte está besado por la luz. El agosto bebe sorbos de *cervesia* de una taza de hierro, saborea la espuma, el gusto metálico. Ante sus ojos tiene un espectáculo conocido: en Treviri se trabaja hasta la puesta de sol. Los carpinteros se rompen la espalda para construir la grandeza, los picapedreros, devotos del olvido, derriban las efigies del pasado. Ahí tampoco ha terminado la *damnatio memoriae* de Maximiano. Cae el rostro polvoriento del muerto, junto con el de su antiguo compañero de armas. Es la efigie de Maximiano retratada junto a la de Diocleciano, el bajorrelieve que se remonta a la época de la Primera Tetrarquía.

Los operarios son precisos e implacables, arrancan la losa, la hacen rodar hasta el suelo. El impacto es duro, piedra contra piedra. La cara de Maximiano desaparece, pulverizada. La de Diocleciano sobrevive, partida por la mitad. La cicatriz le corta nariz, boca y frente. El emperador partido en dos, la imagen siniestra de un mundo obsoleto. Una verdadera cicatriz en la

memoria de un viejo amigo. Constantino da un respingo, observa y contrae las pupilas. No es la primera vez que presencia la destrucción, la misma escena se repite en el Danubio, en Roma, en las provincias. El sueño de Diocleciano se ha hecho pedazos; la ilusión de la Tetrarquía, que estaba destinada a durar para siempre. La decadencia de lo antiguo, las culpas de los padres, las de los hijos. Constantino aprieta los dientes. Le sabe mal y no debería. Diocleciano fue su mentor, pero también un despiadado asesino. La sangre no se borra, el afecto no es suficiente.

Sin embargo Constantino sufre un poco por la desfiguración involuntaria, le parece que le esté dando un puñetazo en la cara al viejo augusto, que le patee el culo a cambio de la educación recibida.

Sacude la cabeza, murmura con la boca apretada:

—No es justo... no te lo mereces.

Pero no detiene a los operarios. No interrumpe la criba del pasado. Sería fácil. Para nada justo.

Constantino no se percata de la presencia de Elena. La emperatriz madre se ha deslizado en su habitación en silencio. Le posa la mano en el hombro, le lee el pensamiento. Él aprieta sus delgados dedos, se le acerca a la mejilla.

Con la mano izquierda ella le acaricia el cabello.

—Todos merecemos irnos. Es por eso por lo que venimos al mundo...

Constantino cierra los ojos.

—Hay maneras y maneras de irse...

Elena besa a su hijo en la frente.

—Nadie ha dicho que iba a ser fácil llevar esta corona...

Constantino la mira a los ojos.

—Y nadie dice que sea justo...

El tiempo se detiene. Las palabras ya no sirven de nada. Madre e hijo se quedan en silencio. Hasta el infinito. A su alrededor, el rostro de Diocleciano se hace añicos cien veces.

Y cien más.

Lo arcaico muere a martillazos, para que lo nuevo pueda por fin surgir.

Campus Serenus, alrededores de Adrianópolis, noche del 29 al 30 de abril de 313 d. J.C.

Es la última noche, Licinio está preocupado. Cuando salga el sol empezará la batalla y sólo quedará uno de los dos. Todo el dominio de Oriente se juega allí, a medio camino de Tracia, a pocas millas de Adrianópolis, el indiscutible centro del poder de la provincia de Haemimontus.

Daza el Animal ha jugado sucio, Daza el Canalla ha atacado por sorpresa, aprovechando la boda imperial en Mediolanum, para tomar Bizancio. Creía que sería una cosa rápida y cruzó el Bósforo con setenta mil soldados. Aduló al enemigo, envió a sus perros a despertar al ejército adversario:

—¡Rendíos, hermanos, pasaos a nuestro lado! ¡Licinio el Tacaño no os merece! ¡Os mata de hambre con su paga miserable! ¡Desertad y os haremos ricos!

Pero los hombres de Licinio saben qué es el honor. Conocen la fidelidad y se baten con valor, resisten durante siete días.

Al final Bizancio capitula, pero Maximino se da cuenta de a quién se enfrenta. Prosigue hacia Heraclea, allí también gana, y después se dirige al Danubio. Sin embargo, la resistencia de los valientes habitantes de Bizancio ha permitido que Licinio regrese y organice la contraofensiva con treinta mil infantes de refresco.

Licinio le ha bloqueado el paso a Daza. «Nada de Danubio, tú y yo nos veremos las caras aquí.»

Daza ha querido parlamentar. Él y Licinio se han reunido poco antes de la puesta de sol, pero el encuentro no ha dado buenos resultados. No hay ninguna posibilidad de lograr la paz, ésta es la última noche.

El cuñado de Constantino no puede dormir. Lo cierto es que no lo consigue nadie, el campamento está lleno de ojos abiertos y brillantes, la oscuridad rasgada miles y miles de veces. Licinio rememora el encuentro con el vástago de Iliria, sus palabras referentes a la Cruz.

Lleva demasiados años a cuestas para dejarse enredar por un muchacho. El Augusto Máximo se hizo el fanfarrón, habló de «utilidad». Pero, en el fondo de esos iris azules, Licinio vio otra cosa. El Cristo bendijo al ejército del hijo de Naissus, le regaló la victoria.

Pero antes de hacerlo le tocó el corazón.

Licinio siempre se ha mantenido fiel a sus dioses porque así se lo

enseñaron sus comandantes. Y cuando ha sido su turno de comandar, ha mostrado a sus hombres cómo ser devotos a la tradición, con sacrificios antes de la batalla, sacrificios en caso de victoria y sacrificios por la sangre derramada. Los dioses, mudos, han dispensado su favor sin emoción.

«Unas veces se gana y otras se pierde, así es como funciona.»

Ningún soldado ha visto nunca a Apolo zambullirse en la lucha. Ningún tribuno ha combatido nunca al lado de Marte. Ningún oficial ha servido nunca a las órdenes de Júpiter en el campo de batalla.

Pero ese dios barbudo, ese Jesús que predica amor y ordena perdonar a quien nos es hostil, se ha tomado la molestia de visitar al emperador. Le ha hablado, lo ha calmado: «Ve tranquilo, de mí puedes fiarte.»

Ha mantenido su promesa. ¿Qué dios puede decir que ha hecho lo mismo?

Licinio siempre se ha mostrado benévolo con los cristianos. Mucho tiempo antes del Edicto de Galerio —que nadie se esperaba— hizo lo posible por no maltratarlos. Ha actuado más o menos como Constancio, nunca ha recurrido a la fuerza cuando no era necesario y siempre ha salvaguardado la vida humana. Los cristianos se han dado cuenta. Cuando ha sido el momento de reclutarlos, no se han echado atrás. Las filas del ejército de Oriente están repletas de seguidores de la Cruz. Lo cual no deja de ser curioso: los cristianos, para no tener que hacer sacrificios por el emperador o por cualquier divinidad pagana, rechazan los empleos estatales. Y ya no digamos empuñar una espada para defender la púrpura... Y, sin embargo, ahí están, miles de creyentes armados, codo a codo con bárbaros, libertos, mercenarios y ciudadanos. Desplegados para defender al Imperio del mismo Imperio. Dispuestos a dar la vida por ese sueño universal.

Licinio es un hombre bueno. Un gobernador impecable. Un comandante sin miedo. Los hombres lo siguen porque creen en él. Los cristianos lo encomiendan a Dios misericordioso.

Todo es perfecto. Todo está en su sitio. Entonces ¿por qué el viejo soldado no puede dormir? Da vueltas en el jergón desde que se ha acostado. No tiene agallas para levantarse, hay que ahorrar fuerzas. Mañana será duro.

Echa de menos a su mujer, esa esposa a la que ha conocido sólo una vez y que se le ha metido dentro como un puñetazo. Esos ojos tristes y distantes lo atormentan. Desea esa piel de melocotón, imposible de olvidar. Licinio sabe

que Constancia no lo ama, y la incomodidad que siente ante ella por el maldito deber al que la obliga su unión lo embarga incluso ahora, a centenares de leguas de distancia. Sin embargo, no puede evitar quererla, se la imagina desnuda continuamente, pero no debe. Este tipo de pensamientos hacen perder la razón, especialmente antes de la batalla. Debilitan el alma y el cuerpo, vacían los huevos.

Cómo le gustaría tener tanta suerte como Constantino, qué bonito sería dormirse y ser asaltado por el soplo divino, bendecido por la gracia, cogido de la mano por el numen.

Se vuelve boca arriba. Cierra los ojos una última vez y piensa en martirios, cruces y visiones. Se maldice tanto por ser incapaz de dormir, por el sueño que se le escapa, que al final ni siquiera se da cuenta de que ya no está en el campamento.

La tienda ha desaparecido, también la noche, la batalla es inminente. Está solo y vaga por los prados; hace mal tiempo, cae una buena granizada. Licinio debería buscar refugio, pero sigue paseando. Los granos de hielo no lo hieren, el viejo guerrero atraviesa inmune la tormenta. Cada paso lo lleva más arriba, pierde el contacto con el suelo, se entrega al aire denso con el ímpetu de los inconscientes. Vuela. Por muy absurdo que pueda parecer.

Está subiendo, el paisaje se estrecha, por encima de las nubes todo es azul. Se dirige hacia arriba, más allá de la esfera celeste, en brazos de las estrellas fijas.

Ahí arriba está oscuro, pero el negro es distinto, está punteado de asteriscos, agujereado de luz asesina, tan intensa que se pierde.

Licinio se cubre los ojos. Por primera vez desde que ha empezado a volar tiene miedo. Miedo de precipitarse, de perder la ligereza, de estrellarse. El augusto de Oriente tiembla, las manos en la cara para apartar el horror, el escalofrío le sacude la espalda, y de repente lo increíble sucede.

«Cae.»

De un momento al otro, sin avisar.

«Cae.»

Como una pesada roca, atraviesa el vacío y los astros, el azul del cielo y las nubes.

«Cae.»

Proyectado sin control agujerea el granizo, el suelo está cerca.

«Cada vez más cerca.»

Aparta las manos, quiere ver el final, mirarlo a los ojos.

«Entonces algo lo para.»

A un codo de la tierra. Tal vez menos.

Un prodigio se impone a otro prodigio, alguien lo ha cogido de la mano. Es un toque de energía. Vida que se vive a un paso de la muerte.

Licinio se vuelve y lo ve.

Los rizos flotan, los ojos son de oro, las mejillas lisas como seda...
Desnudo y brillante, más macho que hembra, sin sombra de vergüenza. Por si todavía no quedara claro, lleva unas alas ancladas en las escápulas para alejar cualquier duda. Unas enormes alas de gaviota baten suavemente y lo mantienen a flote en ese cielo de lluvia y locura.

El ángel lo mira y habla en voz alta:

—Escucha la palabra de Dios. Después levántate y ve a difundirla.

Entre los brazos del Único no existe la derrota.

Licinio está extasiado.

El ángel recita una docena de versos, se asegura de que los haya guardado en la memoria, después suelta su mano sudada y desaparece en el gris del cielo. Licinio cae de culo al suelo y se despierta con un sobresalto.

—¡Un sueño... un maldito sueño!

Se pone en pie y se viste, fuera el sol ya está alto. Rememora el vuelo, el querubín, los versos benditos. Los recuerda todos, uno detrás de otro. Llama al escribano, se los dicta con tono firme y hace que los difundan.

Cada comandante, cada tribuno, cada soldado tendrá que saberse el despacho de memoria.

Cuando llega la hora de salir a luchar, Licinio y sus hombres ya no tienen miedo, el Verbo del Señor se lo ha llevado muy lejos.

Las unidades se despliegan, la infantería está impaciente.

Daza el Canalla se está aproximando. Entonces, a un paso del enfrentamiento, pide parlamentar por última vez.

Licinio acepta, pero cuando el lémur se acerca, los soldados se quitan el yelmo y gritan, en la cara del enemigo, la plegaria que el ángel de Cristo ha enseñado a su emperador.

¡Dios supremo, a ti rogamos!

¡Dios santo, a ti rogamos!

¡A ti debemos toda justicia,

a ti debemos nuestra salvación,

a ti debemos nuestro Imperio!

Gracias a ti vivimos,

gracias a ti alcanzamos la victoria y la felicidad.

¡Dios supremo, Dios santo,

escucha nuestras plegarias!

¡Extendemos los brazos hacia ti:

escúchanos, Dios santo, Dios supremo!

La gritan tres veces.

El lémur se horroriza. Sus hombres se mueren de miedo.

Empieza la carga y Daza conoce por fin la furia del Señor.

Al primer asalto. La derrota se produce al primer asalto. Los setenta mil hombres son eliminados por el Verbo de Cristo.

La oración de los infantes de Licinio ha dejado estupefacto al ejército de Daza, lo ha convertido en presa fácil.

La armada de Oriente derriba las filas enemigas como un toro sin control, masacra a veteranos y a jovencitos. Vence.

En una mañana.

Daza se da cuenta del desastre demasiado tarde. Retrocede, huye, se esconde en el bosque vestido de jornalero.

«¡Lo he conseguido! ¡Los he despistado!»

Mientras tanto el cielo se enfurece, promete lluvia. Daza está solo e indefenso en medio de un claro. Es allí donde la rabia de Dios Padre lo encuentra. Un rayo parte el cielo por la mitad. La luz incandescente se descarga en un instante y se clava en la espalda del mezquino. Daza se quema. Una segunda saeta alcanza al malvado en medio de la frente.

«Los ojos se le salieron de las órbitas, saltaron de las cuencas y se quedó ciego. De ese modo, gracias al justo decreto divino, sufrió el mismo suplicio que él había aplicado antes contra los mártires de Dios.»

En guardia, insensatos.

Con Nuestro Señor no se juega.

Licinio es el vencedor. Sabio e imbatible. Gracias a Dios.

Ha abierto su corazón, ha seguido el ejemplo de Constantino. Ha tenido fe, ha acogido a Cristo sin titubeos. Y la victoria lo ha bendecido.

El señor de Oriente entra en Nicomedia y la libera del pasado. Lo primero que hace es colgar el Edicto de Tolerancia, tal como se convino en Mediolanum. La persecución se ha terminado. Esta vez para siempre.

El idilio es perfecto, pero la guerra tiene sus propias reglas.

Licinio es un hombre bueno, pero la guerra no está hecha para los buenos.

Si quiere ganar, tiene que llegar hasta el fondo, se lo ha enseñado ese Dios que elimina a los enemigos a golpe de saeta. Sabe que se sentirá mal para siempre, pero Licinio da la orden de todos modos.

Los mensajeros galopan durante millas, cruzando el Imperio. Encuentran a los sicarios en posadas oscuras. El despacho se entrega en habitaciones humeantes, entre ríos de cerveza y peleas de borrachos. Al día siguiente, el destino llama a la puerta de los desdichados. Así muere degollado el hijo de Maximino. Muere en su cama, en un lago de sangre. Su hija corre la misma suerte. Ocho años el niño. Siete la niña. Su madre, gracias a Dios, no les ve morir. Se ha ahogado en el Orontes una hora antes, los hombres de Licinio le han metido la cabeza debajo del agua.

También muere asesinado el hijo de Majencio. Al igual que el de Severo. A millas y millas de distancia, los puñales arrancan corazones al unísono.

Valeria y Prisca, refugiadas en Nicomedia después de ser expulsadas

por Daza, en cuanto conocen la noticia de la masacre escapan presas del pánico. Se disfrazan de esclavas, se apresuran a llegar a Tesalónica. Allí una patrulla de hombres de negro las intercepta, les arrancan la cabeza del cuello con una hoja dentada. Al final arrojan sus cuerpos al mar.

Cuando todo se ha terminado, Licinio puede volver dormir; se ha pasado una semana sin pegar ojo, esperando noticias.

Licinio es un hombre bueno, dócil y temeroso de Dios, pero la guerra no está hecha para los buenos.

Y el Dios de amor vomita sangre por la boca.

Spalatum, 313 d. J.C.

¿Se puede morir de tristeza? No morir triste o infeliz, sino realmente morir de melancolía... Claro que se puede.

Así es como Diocleciano se está apagando. Triste y solitario, como un tigre enjaulado. El viejo soldado ha perdido el juicio. Ha sucedido poco a poco, después de la conferencia de Carnuntum, cuando los sucesores fingieron que lo escuchaban durante un día entero y después actuaron como les pareció.

Destrucción y ruina, ésa es su herencia.

A Diocleciano, que dejó su nombre junto a la púrpura para volver a ser Diocles, lo atormentan los fantasmas. Espectros de amigos enterrados, de antiguos aliados, espectros de inocentes.

Criado en la sangre, Diocles se está ahogando lentamente en un mar rojo fuego. Lactancio tenía razón, maldito huracán. «Es mejor que te adaptes, emperador. O el mundo se te escapará de entre los dedos.»

El ex augusto no ha querido aprender, evolucionar con los tiempos es imposible para alguien como él. Sólo hay que mirar el palacio donde ha elegido pasar el invierno de su existencia, sólido y con torres como un campamento militar, ladrillo y piedra en vez de madera, para que todo sea más grosero. Está de cara al mar: una esperanza de respiro matutino. Pensaba que allí dentro estaría seguro y ha acabado encerrándose con sus propias manos, prisionero de los secretos de una mente débil y maltratada.

Después de Carnuntum empezó a no estar en sus cabales, se pasaba horas contemplando judías, calabacines y margaritas.

La tierra es su consuelo; la tierra que acoge los cuerpos de los muertos,

que devuelve la vida en forma de flores, frutas y verduras. La tierra que recibe y está en silencio, que se deja modelar sin abrir la boca. La tierra que da, sólo hay que esperar. La tierra convertida en una compañera fiel.

Diocles ha aprendido a roturarla, sembrarla, cuidarla.

Diocles habla con las plantas porque ya nadie tiene ganas ni tiempo de prestarle atención.

Diocles recita a Virgilio a los arbustos y a los pétalos de rosa.

Precisamente él, que durante tres cuartas parte de su vida no ha sabido poner dos palabras una detrás de otra y para quien hoy leer es un sueño engañoso, como los libertos disfrazados de mujer en las *insulae* bajas. Del mismo modo, los libros prometen y no mantienen su promesa. Los maestros no bastan para enseñar la forma de las consonantes ni los gramáticos la de las vocales. Ahora los ojos del viejo están cansados por la edad, son incapaces de distinguir las pequeñeces de la página. Necesitaría otro par, tal vez de cristal, como en las fábulas. ¡Qué prodigio y qué invento sería! Ojos para los ojos, lentes vítreas que devolverían la vista a quien la hubiese perdido.

Eso es lo que piensa día y noche, se entretiene con locuras sobrehumanas, y mientras se aprende de memoria fragmentos de las *Bucólicas* para recitárselos a las verduras.

Diocles no está bien. Hasta los sirvientes se han dado cuenta. Lo ven, de la mañana a la noche, con la túnica de dormir y nada debajo. Los pies descalzos, la barba larga y la cabeza brillante, enfrascado en susurrar bonitos versos a sus plantas.

Los recuerdos van y vienen, como un cubo agujereado echado al pozo. Cuando se recoge, está más que vacío.

Diocleciano flaquea, habla con los difuntos. Maximiano enterrado con deshonor, Galerio carcomido por la gangrena.

«¿Dónde están tus amigos, viejo loco?»

«¿Dónde se han metido?»

La tierra es la respuesta, la tierra que lleva toda la vida esperando.

Tiene altibajos. Diocles no menciona nunca a Constantino, tal vez no se acuerde, o tal vez le hace demasiado daño. Constantino gobierna el mundo, igual que lo hizo él hace muchos años. Constantino firma leyes, hace y deshace en el universo entero.

Esta mañana, Diocles ha salido del palacio. Ha dado una vuelta por

Spalatum, se ha hecho llevar el caballo.

«Así es como empieza.»

Habría hecho mejor quedándose en la cama, trasplantando las hortensias, besuqueando a los calabacines. En cambio, ha montado en la silla y ha ido de excursión. Como un niño que ve el mar por primera vez, se asombra por todo. Altibajos. La memoria que va y viene, pedazos enteros de vida, metidos bajo tierra junto a las petunias.

El anciano se embriaga con el perfume del pan. Aplaude con grosería al mercader de esclavos que muestra a unas tracias nunca vistas, con los pezones como espadas. Insiste para jugar a las tabas con un bribón de la calle. Su acompañante intenta disuadirle y se gana dos bofetones. El ex augusto pierde hasta las sandalias. Acaba con la bolsa vacía y el ánimo turbado, pero está loco de contento. Da dos pasos más y entonces se fija en el arco que están restaurando a marchas forzadas. Andamios y operarios, albañiles y picapedreros.

Diocles aguza la vista, ve su propia efigie en el muro. Está él, veinte años más joven, estrechando la diestra de Maximiano, su compañero de siempre.

El pobre Diocles sonríe, no sabe lo que le espera.

«Entonces sucede.»

«No hay vuelta atrás.»

El pedrero levanta el mazo, asesta el golpe de arriba abajo. El impacto hace daño, parte el mármol. El bajorrelieve se hace añicos, la cara de Diocleciano acertada en el centro.

El corazón del viejo da un respingo. Abre la boca:

—¿Qué coño estás haciendo, miserable canalla?

El picapedrero se vuelve, lo mira como se mira a un loco. Está a punto de replicarle cuando el acompañante del ex augusto le hace un gesto. Está acostumbrado. Escenas parecidas están a la orden del día.

—¡Contesta! —Diocles ha perdido los estribos.

El acompañante le ruega que se acerque y el picapedrero deja el andamio. Baja a toda prisa, se apresura en llegar hasta el ex augusto. Es difícil reconocer a un emperador en ese anciano sucio y harapiento. Pero el acompañante habla al oído del obrero. Le dice que se comporte como es debido.

Diocles el Loco quiere una satisfacción:

—¿Me dices qué estás haciendo, bellaco hijo de perra? ¿Por qué destruyes la efigie de los tetrarcas?

El picapedrero hurga en su mente y excava diez minas de paciencia, la que necesita para calmar a un niño caprichoso.

—Mi señor, la orden del emperador es taxativa, hay que quitar todos los retratos de Maximiano. Hacer tabla rasa de su memoria.

—¿Qué estás diciendo? ¡Yo soy el emperador!

Pero la duda es ladina, se insinúa de prisa entre los pliegues de la razón. Altibajos. La mente del viejo se pone a gemir. Hay veces que lo olvida todo, ni siquiera sabe dónde se encuentra. Otras, en cambio, está lúcido como un espejo, sabe perfectamente que ha abandonado el Imperio. Relámpagos en la noche, luces encendidas que luego se apagan. Diocles aprieta el brazo de su acompañante.

—¿O no?

Éste mueve la cabeza de derecha a izquierda. Con infinita dulzura.

El ex augusto comprende, el picapedrero le echa una mano:

—El emperador Constantino, mi señor...

Diocles da un respingo, otro golpe en el corazón. Oír el nombre del muchacho le hace un daño atroz, se le ve en la cara, pero el tema de la *damnatio memoriae* de Maximiano no lo acaba de entender.

—¿Y por qué ha ordenado una cosa así? ¡Es una deshonra para un augusto!

Le gustaría añadir que por culpa de Maximiano él también se ve afectado por esa destrucción, pero la idea es demasiado compleja. Los viejos hablan despacio, acaban diciendo poco a pesar de tener muchas cosas que contar... Y es que no se ven con ánimo de seguir hablando, es demasiado cansado.

El picapedrero, en cambio, todavía no ha cumplido veinte años y con la lengua bífida que tiene se apresura a explicarle la situación.

—Mi señor, Maximiano ha muerto sin honor, se ha suicidado después de haber atentado contra la salud del Imperio...

Los ojos de Diocles se llenan de lágrimas. Sucede en un instante, sin control. La piel de su rostro es de pergamino, sus pómulos sobresalen para tender una telaraña consumida por el tiempo.

—Maximiano... muerto...

Se acerca a los cascotes. Se agacha a coger un fragmento del bajorrelieve. Un trozo de su cara, violentada por el martillo de esos condenados.

—Muerto...

Se pasa esos escombros del pasado de una mano a otra. Su legado anulado por lo nuevo que avanza.

—Yo... estoy... muerto...

«Entonces sucede.»

En la cabeza de Diocles algo se rompe para siempre. Ha perdido la razón, no se puede hacer nada. Sacude la cabeza y grita muy fuerte. Vocea el dolor sin freno, un dolor infinito, el de los locos. Ni siquiera cesa cuando le tapan la boca. Lo arrastran entre cuatro hasta palacio, sigue gritando hasta que le arde la garganta, martiriza los oídos de los sirvientes; las criadas más jóvenes se echan a llorar.

No hay cura para la animadversión. El humor negro ha entrado en circulación. Los malos pensamientos hacen mella.

«Hasta el fondo.»

¿Se puede morir de tristeza? No morir triste o infeliz, sino realmente morir de melancolía...

«Claro que se puede.»

Diocles no deja de sufrir. Deambula por la casa de un lado para otro con el ánimo abatido, por culpa del dolor no consigue descansar ni comer nada, a menudo estalla en llanto, se tira al suelo sacudido por las convulsiones. Al amanecer del séptimo día del principio del fin, este emperador que después de veintitrés años de exitoso Imperio había querido retirarse a una vida de silencio y humillación, atacado por la justicia divina y convertido en un ser odioso para sí mismo y para los demás, finalmente, acuciado por el hambre y la amargura, muere.

Todas las cuentas, al final, se acaban saldando. Y el viejo soldado no es de los que dejan deudas.

El mal que ha hecho lo ha pagado con creces. Que descanse en paz.

El mundo tardará mucho en olvidarlo.

Licinio

(315-324)

Restitutor Orbis

Al aumentar el tamaño del Imperio, la antigua y congénita ansia de poder, que movía a los mortales desde tiempos remotos, acabó estallando.

TÁCITO, *Historias*, II, 38

Roma, 25 de julio de 315 d. J.C.

Para hacer bien las cosas habría que proceder de esta manera: se coge un cerdo, un carnero y un toro. Se prepara el altar como es debido; se enciende el fuego en el brasero, se vierte vino e incienso. Los sacerdotes preparan a los animales para el ritual, les ponen cintas en la cabeza, el manto en la grupa y los llevan hasta el lugar del sacrificio para que den tres vueltas en torno al que ha de ser purificado. El sacrificador se adorna en consonancia, se levanta un pliegue de la toga y se cubre la cabeza.

Después el *praeco* y el *tibicen*, los ayudantes, invocan el silencio tocando la flauta y la pandereta. Es el momento en que el oficiante hace los honores de la casa. Rocía a los animales con vino y salsa mola (una mezcla de harina y salmuera) y también moja el cuchillo. Después de esto, lo desliza por las bestias, de la cabeza a la cola, teniendo mucho cuidado de no herirlas; es la inmolación. Entonces es cuando llegan los carniceros. Los *victimarios* saben manejar la hoja, degüellan de cuajo y recogen la sangre. Abren la barriga con un gran corte, extraen las vísceras. Sierran pezuñas y cuernos, arrancan los músculos y los tendones con cuidado. La carne de las bestias huele a vida rota, a plasma joven; las heces de los intestinos se mezclan con la sangre y no se puede hacer nada por evitarlo. La escena revuelve el estómago en invierno, y ya no digamos bajo el sol de julio.

Hígado, corazón y pulmones son examinados con todo detalle. Si no tienen buen aspecto, hay que repetir el sacrificio e inmolar un nuevo animal. Si va todo según lo esperado, se clava en un espetón y se pone a asar al fuego. La ofrenda a los dioses se quema hasta consumirse en el centro del brasero.

Todo lo que queda entre el hueso y la piel, es decir, la carne de los animales, no es sagrado. Por tanto, no es adecuado para el paladar de los númenes. Corresponde a los presentes devorarlo, la mayoría de las veces después de haberlo asado a conciencia.

Para hacer bien las cosas habría que proceder de esta manera.

Lo impone la tradición, no pueden hacerse sacrificios durante el Jubileo, es un ultraje. E incluso trae mala suerte, a decir verdad. Pero hoy en Roma, se celebran las Decenales de un loco soñador. Un loco que ha reunido a Occidente persiguiendo una misión. Un loco que recibió en sueños la visita de su Dios. Un loco que no soporta ver sangre inocente.

Éste es el motivo por el que hoy no se harán sacrificios. Sólo fiesta y plegaria, ningún fuego torturará la carne de quien no tiene culpa.

Constantino acaba de llegar a la Ciudad Eterna para recordar a todos que el viento ha cambiado.

Roma sigue siendo la misma, el vástago de Iliria empieza a entender el disgusto que sentía Diocleciano en su primera visita. Constantino se esperaba que cambiara, en los últimos tres años ha invertido mucho en mejoras en la Urbe, pero la mierda sigue siendo mierda. Aunque la cubras de oro.

Roma tiene dos caras, como su Jano. La pompa al norte del Coliseo y la gangrena en las *insulae* inferiores.

Los romanos son orgullosos y feroces; a pesar de vagar descalzos y con parches en el culo agitan sus patronímicos en la cara de todo el mundo: Cimessor, Statarius. Cicimbricus, Pordaca, Salsula. Nombres con un pasado de prosperidad y prestigio comercial a la espalda, nombres que han forjado la historia de la ciudad y que hoy ya no cuentan para nada. Patrimonios despilfarrados a los dados, riquezas desvanecidas por culpa de negocios equivocados. Y, sin embargo, todavía presumen de los «antiguos» cuando tienen que levantar la voz a los extranjeros.

En el teatro se suele oír el grito «¡Fuera los forasteros!». Nueve de cada diez veces precede a peleas o linchamientos contra quien no tiene orígenes capitolinos. Con esto se encuentra el emperador procedente de Iliria. Y después la gente se pregunta por qué no tiene ninguna intención de ser respetuoso con la tradición... Y eso no es todo, si abajo hay miseria, entre los nobles y los acaudalados las cosas no van mejor. Los juegos, por ejemplo, son

una enfermedad. Después de atar los cordones de la bolsa imperial de una vez por todas, los ciudadanos han agotado su patrimonio familiar. Se gastan cantidades exorbitantes en animales extravagantes que no tienen ni idea de combatir en la arena: cabras montesas contra hipopótamos, osos contra leones marinos. La locura se extiende, los accidentes están a la orden del día. Hay más heridos en las gradas que osamentas sobre la arena. Los que trabajan honestamente acaban matando de hambre a sus hijos dilapidando el sueldo en las apuestas. Caballos y aurigas le cuestan a la gente de bien más que una zorra de bandera a la que montar una vez a la semana. Se pierde y se gana, se malgasta un montón de dinero. El que sale ganando es el ladrón, nunca el agraciado.

El lujo es vulgar y previsible, Roma ya no es el ombligo del mundo. Es más bien el agujero del culo, el de una ramera. Los banquetes de los pudientes a menudo son presa de las caprichosas listas de los encargados de invitar a las personas importantes. Esta subespecie de maestros de ceremonias, escogidos a suertes entre los esclavos, infiltra en las comilonas de la alta sociedad a desechos humanos recogidos por la calle, sin lavar y vestidos de cualquier manera. Lo hace a cambio de favores, naturalmente, y de resultas apesta el aire y el humor de la gente de bien con los eructos y los vómitos de esos libertinos.

Todo el mundo en la ciudad está al tanto de estas cosas, y no digamos ya a oídos del emperador. Aunque, a decir verdad, las orejas tampoco hacen tanta falta, es suficiente con los ojos para darse cuenta de la degradación.

La comitiva de Constantino se dirige hacia el Coliseo. El augusto ha ido a la ciudad para asistir a una celebración con sus seguidores; al lado del Anfiteatro Flavio los romanos le han preparado una sorpresa. Acaba de cruzar el Tíber cuando se topa con el vulgar desfile que le corta el paso para rendirle homenaje. Ahora la gentuza de la nobleza ha cogido la costumbre de no aparecer en público sin una procesión de siervos y familiares. El fanfarrón de turno se llama Renato. Pertenece a la antigua familia de los Stalari y por nada del mundo se perdería la oportunidad de obsequiar al emperador rodeado de su séquito al completo. Mientras Renato está allí parloteando y haciendo genuflexiones, Constantino no puede evitar observar las docenas de figurantes con los que abarrota la calle: mayordomos armados con bastones, esclavos tejedores, esclavos de cocina vestidos de negro, además del resto de la

servidumbre de la casa, mezclados con los vecinos que no tienen nada más que hacer. El cortejo lo cierran eunucos de todas las edades.

Los cristianos tampoco es que sean mucho mejores, Constantino lo sabe perfectamente. Su esperanza de lograr una sociedad mejor, vigilada por Jesús desde lo alto de la Cruz, se hace añicos a causa de las historias de los delatores, que se infiltran por todas partes e informan al soberano que acaba de llegar de visita. Los peores son los clérigos y las más sucias, las matronas. Los primeros, algunos muy jóvenes, se meten en casa de las segundas y acaban viviendo con ellas en comunión, como si fueran una familia, y no es raro que, entre las paredes domésticas, se beneficien a las dueñas a escondidas de sus maridos. Y que los maridos se aprovechen de la distracción para ir corriendo a retozar entre los muslos de alguna vecina, también de noble linaje, evidentemente.

Así es la mitad de Roma, el Augusto Máximo lo tiene bien presente. Ya lo sabía cuando la liberó hace tres años. Y lo sabe ahora que ha ido a la fiesta, a recibir aclamaciones. Constantino no está tan loco como para olvidarse de cómo se saca adelante el Imperio. Su corazón maltrecho también necesita sangre y el ilirio bombea linfa y sestercios, no quiere que lo tomen por un miserable. La gangrena sólo se extirpa con el fuego, pero el último soberano que se acercó demasiado a la hoguera por estas tierras acabó mal. Es mejor, mucho mejor, cubrir la mierda con oro. Al menos así desaparecerá el tufo.

Constantino se ha vestido de fiesta y ha ordenado que las columnas del Circo Máximo se recubran de oro puro. El efecto bajo el sol es deslumbrante.

Él mismo está tentado de abrir la boca cuando lo ve por primera vez. Le gustaría quedarse allí plantado, petrificado por la sorpresa, igual que cuando era un chiquillo. Pero no lo hace, sabe estar a la altura. Ese muchacho ha desaparecido quién sabe dónde, derretido como nieve en pleno agosto.

Sobre la cabeza que Lactancio llenaba de collejas, ahora se apoya un yelmo digno del mismísimo Marte. El monograma del Cristo bien a la vista santificando la victoria. Al lado, para que todos lo vean, lleva el escudo con la loba dando de mamar a los gemelos.

La inocencia de Constantino es un recuerdo lejano, a la Ciudad Eterna no se va desarmado. Roma se ha reído a la cara de quien se ha creído que la convertiría en su fulana. La Loba no tiene alcahuetes, nunca los ha soportado. Quien ha intentado someterla ignorando su corazón oscuro ha acabado mal,

ahogado en el río, asesinado por su propio hermano, quemado vivo, la lista es infinita.

Y Constantino no ha ido hasta allí para cambiar las cosas. Ésta no es su capital.

«Nunca lo será.»

Ha bajado hasta ahí para grabar en sus ojos la masacre, para embriagarse con la grandeza corrompida.

Porque, a fin de cuentas, es su deber y con la tradición no se juega. En sus tiempos Diocleciano se equivocó faltando al respeto a los romanos. La mala suerte está ávida de pasos en falso, de modo que no hay ningún mal en hacer un poco de teatro. No hay nada extraño en celebrarlo en medio de la locura.

Si el Imperio fuera como el calendario de las festividades, Roma sería las bacanales.

«Gozar ahora.»

Para después echárselo todo a la espalda y volver al mundo real. La comitiva imperial está a punto de llegar a su destino, los nobles se apartan, las matronas barrigudas dejan paso.

La calle de los Triunfos está despejada, Constantino avanza. Tiene los ojos cerrados, no quiere estropearse la sorpresa. Allí al fondo, junto al Coliseo, se encuentra su regalo. Cuando está a tiro y por fin levanta los párpados no cabe en su piel. Entonces lo ve.

El Arco de Triunfo es una orgía de pasado y mármol blanco. La ciudad se ha postrado, lo ha erigido para devolverle el favor de haber echado a Majencio.

El texto grabado en lo alto del ático lo dice claro:

AL EMPERADOR Y CÉSAR FLAVIO CONSTANTINO,
EL MÁS GRANDE, PÍO Y AFORTUNADO AUGUSTO, PUES POR

INSPIRACIÓN DIVINA Y SU GRAN SABIDURÍA, CON SU
EJÉRCITO

Y CON JUSTAS ARMAS HA LIBERADO AL ESTADO DEL TIRANO Y

SUS PARTIDARIOS, EL SENADO Y EL PUEBLO ROMANO LE

DEDICAN UN ARCO DECORADO CON IMÁGENES TRIUNFALES

Han tardado treinta y seis meses en levantarlo. Escultores, arquitectos e ingenieros han desmontado media Roma. Los obreros se han apresurado de aquí para allá buscando las piezas adecuadas. Así es como se hacen las obras de arte hoy en día, con toques del pasado. Se quitan partes de esculturas antiguas, a menudo dedicadas a otros emperadores, y se usan para construir otras nuevas.

El monumento es un libro abierto, todos pueden leerlo. La historia que se cuenta tiene que ser clara, Constantino es un soberano magnífico, digno de ir del brazo de los mejores de Roma.

Por eso están los medallones de Trajano derrotando a los dacios, los sacrificios de Apolo con la cara de Antinoo —el hermoso enamorado del emperador Adriano— y también los frisos rectangulares con la furia de Marco Aurelio contra los cuados y los marcómanos.

Incluso los retratos del vástago de Iliria son reelaboraciones de antiguas imágenes de Trajano. No es para ahorrar, faltaría más; en Roma no se salva nada, nadie piensa en el futuro.

No, la cuestión es otra. La cara de Trajano convirtiéndose en la de Constantino a golpe de escoplo es la tradición que modela el presente. Una promesa de continuidad.

Constantino está encandilado con la vista del arco. Por primera vez advierte la grandeza correr bajo su piel. Siete pértigas de altura por ocho de anchura, tres puertas y un ático majestuoso. Una mezcla de mármoles diferentes, mosaico de belleza y majestuosidad pulimentado.

Allí dentro está todo: su pasado guerrero, el futuro imperial, su misión.

Los artistas hablan a través de las imágenes, transforman la piedra en historia. Está su partida de Mediolanum, el asedio de Verona y, naturalmente, la batalla de Puente Milvio. También se ve la donación pública de dinero y el discurso ante el Senado. No se ha omitido ningún detalle, el emperador sobresale por encima de la multitud, en seguida se sabe quién manda.

Constantino observa e inspira gloria. Gira alrededor del monumento, disfruta con los homenajes a Trajano, Adriano y Marco Aurelio. Abraza el conjunto con una mirada. ¿Quién iba a decir que el hijo de una *stabularia*

acabaría ahí arriba, entre los hombres que han hecho la historia de Roma?

Constantino nota un hormigueo en la base de la nuca, siempre le ocurre cuando algo le gusta. Tiene los ojos brillantes mientras toca con la mano el trabajo de miles de buriles. Acaricia el mármol liso como la seda, se protege los ojos del sol con la mano y mira hacia arriba.

La grandeza del arco tapa el cielo.

Roma sigue siendo una meretriz barata, lleva encima un cesto de vicios del que no se separa ni muerta. Pero hay que reconocer que sabe tratar a su hombre.

Constantino observa la delegación que lo acoge al pie del arco. Un senador orgulloso no respira desde que el agosto ha llegado, está pendiente de sus labios, la apnea es infinita.

El vástago de Iliria examina su «sorpresa» un rato más y al final se vuelve hacia él. Golpea con la derecha el hombro del senador, acerca la boca a su oreja.

—Gracias... —susurra con los ojos aún húmedos.

Rendido por la emoción, el senador casi se cae al suelo. Nunca se ha visto a un emperador dando las gracias. A quien manda, todo se le debe.

Constantino sabe que Roma no será nunca su capital. Y, entonces, ¿por qué siente esa calidez en el corazón? ¿Por qué, desde que ha visto el gigante de mármol, la palabra «casa» sigue dándole vueltas en la cabeza?

Ésta es la ciudad de los prodigios.

«¡Quien quiera lujo, poder, adulación, mentira, esclavitud, tiene que vivir en Roma!»

Donde todo empezó y donde nada está destinado a acabar.

Ésta es la loba de tus sueños, madre y meretriz, amante maliciosa, dulcísima hermanita. Deja que te abrace y te meza un rato.

No durará para siempre, pero al menos hoy finjamos que se trata de amor.

Tanto si te gusta como si no, ésta también es tu casa.

Mediolanum, otoño de 316 d. J.C.

Constantino odia las ejecuciones. La multitud gritando, la aglomeración; la sangre excita al populacho más que el sexo. Matar en

tiempos de guerra es distinto, es más limpio. Le das a tu adversario una mínima posibilidad de salvar el culo y lo mismo hace él por ti. Es equitativo.

En cambio, matar a un hombre desarmado da asco. Si forcejea e implora, se te parte el corazón de una punzada. Si se queda impassible todavía es peor, parece que ya esté muerto, como si su alma se hubiera marchado antes de que el verdugo haya levantado el hacha. En fin, matar a sangre fría es horrible. Pero hay veces que no se puede evitar.

Constantino suspira. Mira a Basiano con las muñecas clavadas en la tabla, la cabeza aplastada por la mano enorme del verdugo sobre la madera manchada por el tiempo.

—¿Tienes algo que decirme antes de que dé la orden?

Basiano llora. Saliva y mocos. No quiere morir, es demasiado joven. Su mujercita lo mira con los ojos arrasados por las lágrimas. Está a punto de estallar. Basiano balbucea algo. Constantino no lo oye, el otro intenta hablar más alto pero no lo consigue. Los golpes en el cráneo y el esternón partido no ayudan demasiado. La ansiedad lo deja sin aliento.

El emperador se inclina hacia él. Es casi paternal cuando le acaricia el cabello y acerca la oreja a la boca del condenado. Éste se infunde de valor.

Susurra:

—Licinio...

Constantino suspira.

—Me lo imaginaba...

Se aparta, retrocede un par de pasos. Se acerca a la esposa de Basiano y la acoge entre sus brazos. Ella apoya la cabecita en su pecho.

El augusto le hace una señal al verdugo y éste cumple con su deber. El primer golpe no acaba con él, ni tampoco el segundo. Basiano tiene que ser despedazado y tirado al río.

Es lo que suele hacerse con los traidores.

«Son las leyes del norte.»

Constantino aprieta los dientes, el espectáculo tampoco le gusta, pero es necesario.

La joven esposa se revuelve y pateo, gimotea sin mirar durante todo el rato, hasta que el último golpe cae sobre Basiano y él desfallece.

Terminado el espectáculo, la multitud grita y hierve. Constantino entrega a la muchacha a una sierva, saluda al público y se retira. Hace llamar

al comandante de la guardia y lo dice sólo una vez:

—Reúne a las tropas y envía un mensajero a Nicomedia. Licinio no me ha dejado otra opción. Quiero que la declaración de guerra se entregue lo antes posible.

El oficial hace el saludo y desaparece haciendo tintinear la loriga.

Constantino se queda solo, una vez más. La guerra está a las puertas, el último acto, el inevitable.

¿Cómo ha llegado a este punto?

Y pensar que todo lo que él quería era sellar la paz con una bonita boda...

Se trata principalmente de una cuestión de fronteras. Siempre se trata de una maldita cuestión de fronteras. En cuanto llegó a Mediolanum, Constantino se puso a consultar los mapas. Hasta llegar a la Galia hay un largo camino y el otoño es una pésima estación para emprender el viaje. Una parada para templar los huesos era lo mínimo y, de Roma a Treviri, Mediolanum quedaba de paso. La última vez que el vástago de Iliria estuvo por esas tierras se lo pasó bien. Volvió a acercarse a su mujer, concedió a su hermanastra como esposa a Licinio, sentó las bases para el futuro. Mediolanum huele a paz. Ya hace tiempo que desapareció ese aire bárbaro que Maximiano le había pegado, bajo el amparo del joven emperador empezó a renacer. El lugar es ideal para recobrar las fuerzas y hacer balance de la situación.

Constantino pasó noches de insomnio consultando los mapas. Convocó una reunión y pidió consejo. Pero por muchas vueltas que le daba, el problema seguía siendo el mismo, el vacío existente entre su dominio y el de Licinio. Una vorágine de millas y millas que se engloba bajo el nombre de Panonia. Las alternativas eran pocas, a fin de cuentas siguen siendo sólo dos.

«Paz o guerra.»

Pero Constantino está cansado de batallas. Aun con su misión empujando con furia en su pecho, a pesar del aliento de Cristo, que corre por las venas y refuerza el hierro de las espadas más que el temple, está convencido de que el tiempo de la sangre ya ha terminado. Lo cree de veras. Se preguntó qué era lo más conveniente. Ceder Panonia a Licinio está fuera de toda discusión. Si se es el vencedor, mostrarse débil y generoso nunca es un buen negocio. La gente es desconfiada, acaba preguntándose qué hay debajo. Por otro lado, una invasión militar de los territorios intermedios podría

interpretarse mal. Es mejor mostrarse cauto. «No es el momento para un nuevo altercado», el Augusto Máximo se lo repetía día y noche.

Después conoció a Basiano y la mente se le aclaró de golpe.

Basiano era un soldado. Uno de esos que prefieren la retaguardia al corazón palpitante de la batalla, pero aun así un buen soldado. Estratega excelente, ha hecho una rápida carrera entre las filas del ejército, hasta hacerse notar por el emperador.

Era un cálido día de agosto. Constantino todavía no sabe si dejar Roma o disfrutar un poco más de la lascivia de la Loba, cuando un retazo del ejército del norte llegó hasta allí para hacerle una visita.

A Basiano le apetecía quedar bien, había arrastrado consigo a seiscientos o setecientos oficiales y a una cincuentena de novatos con ganas de promocionarse. La ceremonia debía tener lugar en el Circo Máximo, ante el augusto. Basiano había crecido en el ejército y, como todos los demás que tuvieron el honor de llevar galones antes que él, conocía la historia del círculo de fuego. La despiadada prueba para la promoción de los oficiales aletea desde siempre en las fantasías de los reclutas, y el secreto de su inexistencia permanece encerrado con doble llave en las bocas de los graduados.

Así es como se alimenta el mito, con paciencia y silencio.

Basiano sabía que el mismo Constantino, en sus tiempos, había estado obsesionado por ello, que se había pasado infinitas horas cabalgando y disparando, en el intento de aprender la técnica que le permitiera lucirse.

Decidido a atreverse a hacer lo indecible, Basiano se procuró todo lo que necesitaba y preparó el supuesto examen en el centro del Circo Máximo. Cuando Constantino hizo su entrada, no podía creer lo que veían sus ojos, la obsesión de sus tiempos en la academia había tomado cuerpo. En el centro de la pista había un robusto tigre, con grandes garras y baba en la boca, hambriento y con el pésimo humor de los que deben luchar por sobrevivir. Un poco más allá estaba el círculo llameante, un anillo de hierro cubierto de paja y pez ardiendo.

Durante todo el día se fueron alternando aspirantes a oficiales, erguidos sobre sus caballos de guerra, atentos a disparar flechas a la fiera y cabalgar sin manos. Fue un paseo, sobre todo para la bestia.

Los aspirantes trotaban seguros pero, en cuanto se acercaban al tigre, éste rugía, encabritando a los corceles y derribando a los desventurados. Ni

una flecha dio en el blanco, y mucho menos acertaron en el ojo de la fiera mientras la convencían de que saltara el fuego. Los examinandos apenas pudieron salir con vida de allí.

Al final del torpe desfile —cuando la decepción, gruesa como los muros de la Urbe, ya se cernía sobre el circo— Basiano hizo su entrada. Hermoso, con la loriga reglamentaria. El penacho negro sobresalía amenazador, el arco y el carcaj en bandolera. En la derecha llevaba un látigo de cuero. Su caballo era de color rojo sangre, un excelente ejemplar de Treviri. Basiano galopó decidido hacia el enorme felino y el animal se puso en guardia.

Él pasó rozándolo un par de veces, sólo para sorprenderlo, y al final se le plantó delante. Encabritó al corcel e hizo restallar el látigo. El tigre, respondiendo a una llamada ancestral, saltó en el círculo, traspasando el fuego hábilmente. En ese momento el oficial tiró el látigo al suelo, cogió el arco, apuntó y lanzó el dardo con la rapidez de Mercurio. La flecha atravesó la boca abierta del felino, apagando su rugido e hiriendo el paladar y el cerebro. Cuando tocó el suelo, la bestia ya estaba muerta.

Basiano dirigió la mirada hacia Constantino, a las gradas.

El agosto, boquiabierto como en los viejos tiempos, ya estaba de pie, impresionado por el prodigio. Aplaudía con toda la fuerza de sus manos, loco de alegría. Ordenó a la guardia de honor que lo siguieran y bajó a la pista a felicitar a Basiano. Éste se arrodilló ante él, pero Constantino estaba demasiado excitado, le hizo levantar y le estrechó con fuerza la mano.

Sólo después de una hora de felicitaciones y golpes en los hombros, se desveló la verdad a los pobres examinandos.

«No hay ningún examen, os hemos tomado el pelo.»

«Vosotros ya sois oficiales de Roma, ya lo erais antes de entrar en el circo. Os lo habéis ganado con el sudor de vuestras frentes, trabajando duro. Esta pantomima no es por vosotros. Es algo entre el agosto y yo.»

Eso era lo que pensaba Basiano.

La jornada ya se ha acabado, pero durante las siguientes semanas Constantino ha pensado a menudo en el oficial que le hizo volver a ser un muchacho. Lo ha convocado muchas veces en la corte, ha pasado buenos ratos junto a él. En otro momento, en otra vida, podrían haber sido amigos.

Después de todo tenían más o menos la misma edad.

Pero ésta es la era del Imperio absoluto, no hay lugar para los

sentimientos. Constantino se limitó a conceder como esposa de Basiano a otra de sus hermanastras, Anastasia. Y poco después lo convirtió en la solución de sus problemas fronterizos nombrándolo César y confiándole Panonia.

Ahora, entre él y Licinio por fin hay alguien que garantiza la paz, un controlador complaciente y amigo del Augusto Máximo, por supuesto. Pero no deja de ser una garantía, y Licinio parece aceptarlo de buen grado.

Constantino cree que por fin ha cuadrado el círculo. Y ahora sólo piensa en relajarse un poco antes de regresar a Treviri. Pero no le da tiempo. Los acontecimientos le caen encima como la piedra de Sísifo.

Una vez más, en el destino del vástago de Iliria no hay sitio para la paz.

En cada familia hay una oveja negra, Constantino está convencido de ello.

El enfrentamiento se aproxima, las tropas de Licinio ya están a la vista, pero el emperador no consigue sacarse de la cabeza lo absurdo de la situación.

«¿Cómo diablos he llegado hasta este punto? Si iba todo bien...»

Por lo menos desde el punto de vista del Augusto Máximo. Basiano era un César devoto y un cuñado ejemplar, pero en el otro lado del Imperio había alguien que incubaba acritud. La sospecha es una carcoma paciente, un topo hambriento. Se va alimentando un poquito cada vez, engulle estabilidad y seguridad, ahonda hasta desestabilizar los cimientos.

La oveja negra que Basiano tiene en su casa se llama Senecio y es su hermano mayor. Tan noble y valiente es el uno como mezquino y lascivo es el otro. Suele ocurrir incluso en las mejores familias. La envidia es una planta fuerte y no teme a la intemperie. Echa raíces en cualquier parte.

Senecio vive en Nicomedia, en la corte de Licinio. Y no pasa día en que no le recuerde al Augusto de Oriente que Constantino lo está arrinconando en ese lugar. La duda no tarda mucho en germinar.

—¿Qué me aconsejas que haga? —Licinio es un hombre bueno. Pero la curiosidad es traidora. Es una pescadora experta y antes o después todos acaban en sus redes.

Senecio ha esperado este momento desde que conoció la noticia de la boda de su querido hermanito con la hermanastra del vástago de Iliria.

—Mi señor, si me permites el atrevimiento, habría una solución...

—¡Habla! —Licinio está sobre ascuas.

La oveja negra da unos cuantos rodeos.

—Mi hermano y yo estamos muy unidos. Y tiene una deuda conmigo. Cuando era poco más que un niño le salvé la vida. Lo defendí de la furia ciega de nuestro padre, un hombre terrible, bebedor empedernido, un auténtico canalla. Una noche se presentó en casa lleno de rabia porque había perdido una fortuna en el juego y la tomó con Basiano. Le pegó mientras dormía y le sacudió hasta que perdió el conocimiento. Gracias a los dioses me desperté a tiempo y pude detenerle. Lo aturdí con un remo y le partí la cabeza. Mi padre era un cobarde, le conminé a que desapareciera y no se dejara ver más. Tuvo miedo y al final salió de nuestras vidas. Desde ese momento fui yo quien se ocupó de mi hermano. Lo crié como a un hijo y, cuando tuvo la edad adecuada, lo encaminé hacia la carrera militar, estaba entusiasmado. En el ejército aprendió a defenderse y juró que nadie, nunca, volvería a atreverse a pisarle la cabeza.

—¿Y bien? —A Licinio le cuesta encontrar la relación. ¿Qué tienen que ver las desgracias familiares del César Basiano con el futuro del Imperio?

Senecio va directo al grano:

—Una vida por una vida, mi señor. Al final, si tú lo deseas, podría exigirle a Basiano que pagara su deuda. Y convencerlo para que matara al Augusto de Occidente... Sería muy fácil, dicen que pasan un montón de tiempo juntos... Con Constantino fuera de juego tú serías el rey del mundo.

Licinio está atónito, no está acostumbrado a complots y subterfugios. Pero sabe reconocer una oportunidad cuando se le pone delante.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Y si se descubriera? ¿Si confesara? Constantino me declararía la guerra al instante. Tú sabes lo que significa ir en contra del Augusto Máximo, ¡sería una muerte segura! ¡Él es el favorito de Cristo!

Senecio sonríe.

—Cristo murió a manos de un romano, por lo que yo sé... ¿Qué tiene su protegido que sea tan especial?

Licinio es un hombre bueno, pero se lo está pensando. Por supuesto que se lo está pensando.

Senecio hace su jugada ganadora.

—Y no te preocupes, mi señor. Aunque las cosas fueran mal, Constantino no sospecharía nunca de ti. A Basiano le diré que se trata de una

idea mía y sólo mía.

Licinio está convencido antes de que el otro haya terminado la frase.

—De acuerdo...

A través de mensajeros y cartas con veneno, Senecio empieza su obra de corrupción, no tarda mucho en doblegar a su hermano. Cuando aquél titubea, le recuerda la deuda que mantiene con él desde la infancia. Pero Basiano no es idiota, tarda poco en comprender quién está detrás del macabro plan y en una de sus últimas cartas se lo pregunta explícitamente: «¿Me estás pidiendo que le allane el camino a Licinio, adorado hermano?»

Senecio se ve obligado a descubrir su juego: «Cuando Licinio sea el único augusto, se habrán acabado las guerras.»

Ante un ideal tan sublime, Basiano no puede echarse atrás. Parece fuerte y robusto, pero los golpes de su padre le han marcado el alma para siempre. Después de aquella maldita noche de violencia en que se salvó de milagro, se ha pasado la vida buscando a alguien con quien sustituir, en el fondo de su corazón, al ogro salvaje que lo trajo al mundo. Después de muchos años y demasiadas decepciones, el corazón de Basiano se había endurecido. Ya hacía tiempo que había dejado de buscar a ese maldito padre que lo había repudiado.

Después Constantino se cruzó en su camino y no supo resistirse. La diferencia de edad era mínima, pero no importaba, aquel hombre irradiaba carisma, un carisma que trascendía las generaciones. Basiano habría hecho cualquier cosa por complacerlo. Él se dio cuenta y lo atrajo hacia sí, lo convirtió en alguien importante, le dio como esposa a su querida hermanastra. Lo llenó de atenciones, pero tarde o temprano, estaba seguro, ese «padre» acabaría decepcionándolo. Senecio había llegado en el momento oportuno. Su amado hermano era el único que estaría a su lado eternamente. Le escribió lo que el ánimo de Basiano ya sabía, le sugirió algo inaudito.

De modo que lo pensó y, poco a poco, el loco consejo de Senecio echó raíces, ya tenía bastante de injusticias. Ya tenía bastante de la farsa del amor, de las promesas imaginarias. No más separaciones, no más soledad. Basiano iba a eliminar al augusto antes de que éste se cansara de él. Ya vería de lo que era capaz, el niño maltrecho de aquella noche estaba muerto y enterrado. Se había convertido en un hombre que sabe cuidar de sí mismo. Ya no necesitaba a ningún maldito «padre»...

Basiano tomó medidas, informó a sus hombres, esperó el momento adecuado para sorprender al augusto mientras dormía y rebanarle el cuello.

En la sangre del Imperio, el César Basiano renacería. La sangre del Imperio lavaría todas las heridas.

Un hombre sabio dijo una vez que siempre acabamos persiguiéndonos a nosotros mismos. Durante toda la vida, sin conseguir nunca atraparnos. Basiano no había entendido el significado de esas palabras la primera vez que las oyó.

Sólo comprendió su sentido muchos años más tarde, una noche de luna, cuando las puertas de su habitación se abrieron y los guardias del augusto fueron a arrestarlo. Su plan se había hecho añicos un segundo antes de llevarlo a cabo.

Hay quien dice que quien traicionó al César fue un guardia. Otros, en cambio, afirman que fue su misma y adorada mujercita. A juzgar por las lágrimas que todos vertieron con su muerte, no se sabe a quién dar la razón.

El hecho es que Basiano acabó pagando con su propia piel el error de su padre. Los moretones desaparecen, las heridas del alma no cicatrizan nunca.

Una noche de agosto, Basiano estuvo a punto de morir a manos del hombre que lo trajo al mundo. Una mañana de octubre ha sido eliminado por haber deseado la muerte de quien lo había llamado «hijo» antes de entregarle un pedazo de su reino.

La sangre de Basiano y su extrema confesión —«¡Licinio!»—, han dado pie al último acto de la guerra por el Imperio. Constantino se ha visto obligado a tomar medidas; a través de los espías ha llegado a saber que Senecio estaba detrás de todo. Ha intentado hacer una última y generosa oferta de paz al augusto de Oriente, pidiéndole que entregara por voluntad propia al urdidor de la funesta trama.

Pero Licinio es un hombre bueno. Demasiado bueno. Y nunca se atrevería a traicionar a un amigo, ni aunque se tratara de una serpiente repugnante como Senecio. De modo que no ha querido entregarle a la ira del augusto. Con este gesto ha admitido su propia culpabilidad, su connivencia con los conspiradores.

Exactamente lo que suele llamarse *casus belli*.

Constantino ha tenido que reunir a sus hombres y declarar la guerra al último aliado que le quedaba sobre la faz de la Tierra.

Por todo ello el Augusto Máximo va con uniforme de combate a la cabeza de veinte mil mastines a caballo.

En la colina de Cibalae —un lunar desagradable en la limpia espalda de Panonia— una vez más serán las armas las que decidirán el futuro.

Panonia y Tracia, otoño-invierno de 316-317 d. J.C.

La visión hace temblar las piernas.

Cibalae se yergue en la cima de la colina como un gatito en la rama de un árbol. El camino que lleva a la aldea está flanqueado por una ciénaga. Cinco estadios de mosquitos y muerte asegurada, por no hablar del lodo, que engulle hombres y caballos. El resto es montaña, paredes intransitables y rocas afiladas.

Lo que queda bajo el altozano de la población es una llanura bastante amplia. Allí es donde ha acampado Licinio. Se cree listo, ha dispuesto las filas a lo largo de la falda de la colina para esconder las alas de la caballería, frágiles como el hielo al sol.

Constantino conoce todos los trucos, ha estudiado con los mejores y sabe que la estratagema de Licinio no funcionará.

A la orden de uno de sus oficiales los dardos llenan el cielo. Está amaneciendo, las saetas oscuras traspasan las nubes y las hacen sangrar. Los hombres de Licinio levantan los escudos, pero no sirve de mucho. Muchos de ellos acaban en el suelo, alcanzados por las flechas.

Ése es el momento en que empieza la carga, bajo el mando del mismísimo Constantino. Es necesario demostrar superioridad al adversario con un enfrentamiento frontal. Cinco mil catafractas pesadas impactan contra las ridículas armaduras orientales. La masacre es clara, las espadas atraviesan a los que han sido derribados, las lanzas matan a los caballos.

La cicatriz es importante. Ésta será la herida que infecte todo el cuerpo del ejército de Licinio. La infección se expandirá poco a poco y llegará a todas partes.

Después del ataque del ala izquierda, el Augusto Máximo ordena a los suyos que se retiren y dejen paso a la infantería. Los mastines de Constantino están sedientos de sangre; contingentes de las provincias meridionales, desgastados por demasiado ejercicio y poca acción, se arrojan sobre los

soldados de a pie como leones sobre la comida. Los arrollan, rompen huesos y cartílagos a golpes de mazas herradas. Las tropas de Oriente son débiles, no están preparadas para el enfrentamiento, hace meses que luchan contra los godos, van escasos de suministros y el cansancio se deja notar. Caen a miles.

El enfrentamiento dura de sol a sol. Los imperiales de Constantino no toman prisioneros, antes de la noche hay veinte mil cadáveres bajo el sol.

Al Augusto Máximo le gustaría acabar la partida, pero Licinio escapa, debe salvar la piel a toda costa. Se refugia en Sirmio con lo que queda de la caballería y deja atrás las últimas filas, abandona bestias y víveres, los carros con las provisiones, el forraje, las zorras para la tropa y los *mensores*.

Constantino deja que se vaya, ya es de noche y los hombres se merecen un descanso. Lo celebran con lo que ha dejado Licinio, disfrutan de sus sabrosas carnes y se benefician a sus mujeres.

Una noche tranquila abraza a los soldados de Occidente, es el descanso de los vencedores.

En las siguientes semanas la guerra se hace mucho más dura. Licinio se ha dirigido a Tracia, abandona Sirmio a toda prisa porque los enemigos le pisan los talones y, para dificultarles la persecución, ordena a sus hombres que destruyan el puente sobre el Sava.

Constantino no tarda mucho en tomar la ciudad desguarnecida, pero tiene que pararse a reconsiderar la situación.

El río lo mira sin piedad, las ruinas del puente lo ponen ante una disyuntiva: abandonar ahora y regresar a casa, o bien arremangarse y reconstruir el viaducto para poder salir detrás del reseo trasero de Licinio.

Su misión le quema tan fuerte en el pecho que no tiene otra elección, hay que seguir adelante. Pero la reconstrucción lleva su tiempo. Constantino apremia a sus hombres hasta lo imposible y la estructura se levanta a conciencia, pasarán por encima casi treinta mil unidades entre infantes, caballeros y reservas.

Un par de meses después el trabajo está concluido, ya pueden irse. Pero el invierno se empieza a notar y hay que tener cuidado. Constantino arroja a las legiones y ordena herrar a los animales, tras lo cual echa a correr detrás del agosto de Oriente.

En Tracia, el frío es riguroso, las marchas forzadas debilitan las legiones, acostumbradas a los cálidos climas del sur. Cuando llegan a Mardia,

los soldados saben que allí se lo juegan todo.

Licinio se ha organizado y ha impuesto el estado de vigilia. La noche transcurre con preocupación en ambos bandos, cuentan las flechas y afilan las espadas.

Cuando por fin asoma el amanecer y la oscuridad le deja paso, se inicia el enfrentamiento.

Licinio es un hombre bueno, pero la guerra lo ha cambiado. Ya no soporta la arrogancia del ilirio, quiere demostrar al mundo que no necesita a nadie.

De prisa y corriendo, con una ceremonia ridícula digna de un malabarista de la calle, designa a un co-augusto. Es una bofetada en la cara de Constantino, como queriendo decir que Oriente lo repudia.

Aurelio Valerio Valente, que así se llama el afortunado elegido, a pesar del nombre, es un miserable cobarde. Después de ser nombrado *dux limitis* en Dacia mediante rebuscadas razones políticas, ahora se encuentra con la patata caliente de la púrpura en las manos.

Lo cierto es que a él no le apetece en absoluto luchar a campo abierto —ha rehuido los enfrentamientos durante toda su vida— pero no tiene elección. Así que reúne a sus tropas y se despliega en la llanura de Mardia al lado de Licinio. Éste no lo ha escogido por casualidad, le va muy bien tener a un colega débil. Una vez que hayan barrido a Constantino, él será el único Augusto Máximo. Y nadie osará ponerle palos entre las ruedas.

La batalla comienza con las primeras luces. La llanura bulle de lorigas brillantes como un espejo, pieles de lobo y dardos afilados. Licinio ha aprendido la lección y se guarda muy bien de desenvainar la caballería en primer lugar.

Empieza con un fuego cruzado de flechas. Durante horas, los ejércitos se acribillan sin piedad. Los caídos son bastantes, pero ninguno de los dos bandos tiene prisa. Cuando finalmente se terminan las *sagittae*, proceden a zurrarse la badana. Un río de sangre corre durante todo el día.

Hasta Valente el Cobarde se distingue en el campo de batalla, como una fiera salvaje de espaldas al muro, asesta mandobles para salvar la piel y abate a un par de oficiales.

Las pérdidas son cuantiosas en ambos bandos, antes de la noche se produce una interrupción. La guerra es un organismo vivo, necesita descansar,

alimentarse y defecar. Por la mañana se descuartiza al adversario, por la tarde se cuentan los muertos. Cuando se pone el sol se cavan las fosas y por la noche se descansa. Para volver a empezar a la mañana siguiente como si nada hubiera ocurrido.

Pero Constantino muerde el freno, no le apetece dejarse sacudir por el canalla de Oriente y su ridículo pelele.

Un empate es inaceptable, la rendición está fuera de toda discusión. De modo que convoca a cinco mil de sus más fieles hombres y les manda conquistar una altura. Gracias a los *mensores* birlados al enemigo en Cibalae, conoce el territorio mejor que él. Los infantes del ilirio expugnan la maldita colina a golpes de lanza. Se arrastran por la cuesta, en la nieve y el barro, con rodillas, culos y codos. Cuando llegan a la cima casi no se lo creen. Desde allí pueden ver las espaldas descubiertas del ejército de Licinio, y atacan sin piedad, aniquilan a los infantes que están descansando.

Es un duro golpe para las milicias de Oriente. El asalto cambia la suerte de la batalla. Luchan durante todo el día siguiente, mientras queda aliento en el cuerpo, pero Licinio sabe que no hay esperanza y, al caer la noche, organiza la fuga. Se repliega en las montañas de Macedonia. Como siempre, deja atrás hombres y utillajes.

Constantino vence. Por los pelos, pero vence. Esta vez no se atreve a seguir a su adversario, su ejército está agotado y maltrecho y prefiere esperar. De manera que se pasa el invierno lamiéndose las heridas y reconfortando a los hombres.

Licinio, mientras tanto, no consigue recuperarse y, ya casi en primavera, Constantino recibe a un mensajero con la oferta de paz del soberano de Oriente.

En esa fresca mañana de marzo, el vástago de Iliria sonrío, por primera vez después de muchos meses. Incluso tiene la satisfacción de hacerle esperar un poco, no contesta en seguida. Hasta el punto de que Licinio se preocupa, no sabe si movilizar más legiones y prepararse para lo peor. De modo que envía a otro mensajero y entonces Constantino se digna contestar. Su respuesta pesa como una maza: exige quedarse con toda Iliria. Y mientras lo pide, siente un escalofrío. Han pasado veinticuatro años desde que un chiquillo con la piel y el hueso abandonó su tierra para hacerse un hombre. Durante demasiado tiempo Naissus y aquellos campos han sido un sueño al amanecer. Bonitos

recuerdos envueltos en las nieblas del pasado. Constantino nunca ha tenido valor para volver a su lugar de origen, especialmente después de que su madre lo dejara atrás para estar con él en Treviri. Cuando Licinio firme el trozo de papel, el muchacho de entonces se convertirá en el amo de su país.

Indiscutible señor de la tierra que lo vio nacer.

Mientras impone las condiciones de la paz, el augusto siente que la misión le quema los miembros, le incendia el corazón. Si tuviera que explicarlo no encontraría las palabras, pero se trata precisamente de eso, de mantener las promesas, de ser digno del legado de su padre, del amor de su madre. En una palabra, de ser especial. Como nadie lo ha sido antes que él.

Cuanto más lo piensa, más sensato le parece. Iliria es una exigencia fuerte, se trata de quitarle de debajo de los pies un buen pedazo de alfombra a Licinio. Pero Constantino no titubea, ni siquiera un segundo, siente que es justo. Se lo debe a ese chiquillo de piel y huesos.

Licinio acepta, no tiene elección. Pero el Augusto Máximo no ha acabado y aprovecha para que también le entregue Dacia y el resto de los pueblos que se asoman al Danubio, mientras que a su adversario le deja sólo Tracia, con Nicomedia y la salida hacia el Bósforo.

Licinio agacha la cabeza. Humillado a más no poder. Es un hombre bueno, no está acostumbrado a los complots de la corte. Sin embargo, conserva cierta dignidad incluso en la derrota. Se somete, a fin de cuentas ha perdido, pero deja las cosas claras; Oriente y Occidente, de ahora en adelante, serán universos separados. Ya no existirá un solo Imperio, las dos mitades serán independientes, cada augusto legislará como le parezca en su propia casa y las leyes se aplicarán únicamente en el territorio que corresponda.

El sueño de Diocleciano se ha hecho pedazos, Constantino dedica un recuerdo al viejo guerrero bajo tierra antes de aceptar las peticiones de su adversario y hacer que su antiguo mentor se revuelva en la tumba.

Dos reinos, pues. Dos soberanos.

Y la solemne promesa de no traspasar la frontera ni estorbarse el uno al otro.

Parece todo perfecto, Licinio está a punto de lanzar un suspiro de alivio y firmar el acuerdo cuando el vástago de Iliria desenvaina su golpe secreto. El Augusto Máximo quiere la cabeza del cobarde. Quiere que Licinio ajusticie a Valente.

«Si no hay cabeza, no hay acuerdo.»

Licinio ha intentado poner la integridad por encima de todo durante toda su vida. Y casi nunca le ha salido bien, la política y la guerra no están hechas para caracteres cándidos. En este juego quien quiere mandar —o simplemente sobrevivir— antes o después tiene que ensuciarse las manos.

Se da cuenta de que lo ha hecho todo él solo: ha puesto a Valente en medio, lo ha llamado desde el Danubio y le ha ceñido la púrpura a los hombros. Éste —necio, perezoso y sometido— le ha dado las gracias y se ha dedicado a la causa. Y ahora que la guerra se ha terminado y es el momento de cobrar, ¿qué hace Licinio? Lo convoca y le mete un codo de hierro en la garganta, pero el viejo emperador tiene el detalle de ocuparse personalmente. No quiere que la sangre de la vergüenza manche otras manos.

Licinio es un hombre bueno. Y, sin embargo, hace tiempo que cuando se mira al espejo no encuentra rastro de la benevolencia que lo hacía sentir tan satisfecho. Que enorgullecía a sus súbditos y a sus sometidos. Ahora, cuando pasa por los pasillos del palacio, los sirvientes agachan la mirada. Y sus generales, cuando nadie los ve, conjuran la mala suerte. Ruegan que el agosto no los ascienda, que no se le pase por la cabeza elevarlos al grado de César.

Les oye reír a sus espaldas, nota en la nuca la desconfianza que se siente por los asesinos y los gafes. Pero no se lo toma a mal. Nunca lo hace.

Después de todo, Licinio es un hombre bueno.

La firma está estampada al pie del tratado de paz y un nuevo mundo está a las puertas.

Constantino deja como rey la tierra donde nació y, en señal de buena suerte, se lleva consigo un cadáver; los hombres de Licinio acaban de entregarle la salma sangrienta del pobre Valente.

El emperador regresa a Treviri como amo de medio mundo. Tiene una prisa endemoniada y la sonrisa en los labios. Hace un momento le han avisado de que un viejo amigo acaba de llegar a la capital y lleva un precioso regalo consigo.

Corre, caballo, la paz ya es cosa hecha. No durará para siempre, pero durante unos años será suficiente. Corre, bestia ignorante, que no queda tiempo. ¿No oyes al futuro llamar a la ventana?

El Augusto Máximo tiene prisa por volver a casa.

Treviri, 317 d. J.C.

El Aula Palatina causa bastante impresión. Especialmente ahora que está completa, con el techo y todo lo demás. El ábside es su punto fuerte, pone la piel de gallina de lo majestuoso que es: la tripa del cíclope, el vientre del Titán y, en el centro de la curva de ladrillos, alta hasta el cielo, la silla del soberano. Un trono de oro y madera, como corresponde a Quien Manda.

Constantino está solemnemente sentado y va vestido con ropa digna del acontecimiento, pero no puede parar de mover los pies. Le gustaría levantarse y salir corriendo afuera, abrazar a los que están a punto de llegar sin ningún respeto por el maldito ceremonial.

Pero no puede, su papel le impone sobriedad. En la corte de Diocleciano aprendió a crecer; en la de Galerio, a dar puñetazos y seguir con vida. Los años que pasó en el ejército lo han templado, le han enseñado el peso del poder. Cuidado con mostrarse débil delante de los soldados. Cuidado con dar a entender que bajo esa púrpura, bajo ese oro y esa loriga cincelada, no hay más que un hombre. Un hombre como ellos, como tantos, con sentimientos, alegrías, debilidades y sonrisas. Cuidado, porque el emperador está por encima de todos, a un paso de los dioses. Y también de Cristo, que quede claro.

Así pues, nada de carreras ni de abrazos. Tendrá que esperar. Constantino se frota las manos y de vez en cuando lanza una ojeada en dirección a Fausta. Su mujer mantiene su posición como un infante antes de la carga. Permanece en su sitio, con los ojos bajos, el vestido de fiesta y las manos en el regazo. Está al lado de su suegra, la familia imperial está formada en primera fila. Detrás de ellos, la guardia de honor y al final, los notables. El pueblo está fuera, será el primero en ver la llegada del tan esperado huésped. La plebe tendrá un privilegio que al soberano le está vetado por culpa del condenado protocolo. El momento es solemne, el augusto intenta mantenerse firme, pero no hay nada que hacer. Fausta no lo mira, en parte porque las reglas lo desaconsejan y en parte porque entre ellos dos las cosas no van demasiado bien.

Esta vez la violencia no tiene nada que ver. Constantino no ha atentado contra la vida de ningún pariente de su esposa, al contrario, ha hecho lo

posible por aumentar la familia. Por fin, después de muchos esfuerzos, la semilla imperial ha echado raíces. Fausta, al saberlo, tenía unas enormes ganas de ir corriendo a darle la noticia, pero su hombre estaba lejos. Sudando por salvar su parte del mundo, sólo tenía ojos para la condenada guerra. Qué le vamos a hacer. La emperatriz esperó, aguardó el regreso del purpurado y lo acogió con el bombo. El ilirio, al verla, por poco se cae al suelo. Estaba contentísimo. Cuidó de ella hasta el parto, rogando al buen Dios que le concediera un varón. Después, cuando por fin el pequeño Constantino vino al mundo, Constantino ya no pudo más y tuvo que soltar la noticia.

«El niño que su bella esposa sostenía entre sus brazos no era el único heredero.»

Unas semanas antes, a mediados de julio, había nacido otro niño de sangre imperial. Del vientre de una esclava de Arelate. El mismo Constantino había sido informado por la madre a través de un mensajero, más por consideración que por recibir algo a cambio. Naturalmente, la esclava no se esperaba que el emperador se ocupara de su bastardo. Sencillamente la llenaba de orgullo haber traído al mundo aquel pequeño bulto. Y quería que el padre lo supiera. Pero para alguien con el pasado de Constantino es difícil hacer como si nada. Habiendo crecido él mismo como bastardo, ¿cómo iba ahora a ignorar a un hijo ilegítimo?

De modo que fue a ver a la esclava y la cubrió de oro. Puso su nombre al bebé, lo llamó Constantino, a quién le importan las nobles dinastías, y lo dispuso todo para que la criatura y su progenitora fueran trasladadas lo antes posible a la corte.

Un plan perfecto, con un solo, minúsculo, fallo.

«¿Quién se lo dice a Fausta?»

Constantino no quiso inquietar a su amada. Se sentía muy feliz desde que descubrió que estaba encinta, nunca la había visto tan alegre. El embarazo la volvió radiante. Así que se tomó tiempo, sonrió y esperó hasta que no fuera demasiado tarde.

Pero cuando Fausta parió, Constantino ya no pudo más; estrechar a Constantino entre los brazos lo llenó de esperanza. Ese ser minúsculo es un juramento, la promesa en carne y hueso de que existe un mañana. Y pensó en su padre. En el sacrificio y en el honor. Quería que su hijo estuviera orgulloso de su nombre, que aprendiera desde el principio que en esa familia no hay

descendientes de segunda clase.

«Sólo hermanos.»

Y entonces se lo cuenta todo a su mujer: la existencia de otro heredero, de otra mujer. De una esclava —poco más que una ramera—, una mujer sin importancia. Pero aquella carne es la sangre que se volverá futuro, y no importa de qué vientre proceda.

«Un hijo es un hijo y basta.»

«En esa casa no existen los ilegítimos.»

Se lo dice sosteniéndose firme sobre sus piernas de emperador. Pero la voz le tiembla un poco, especialmente si ella lo mira con esos ojos, los mismos de siempre, de cuando comete una equivocación o se mancha con una culpa. De cuando la decepciona.

La parturienta lo mira y no dice nada, se queda con la boca cerrada durante una semana entera. Mientras tanto el emperador se atormenta, aunque no lo demuestra. Él es quien manda, hace lo que le parece, pero entretanto no resuelve nada, ni siquiera ordena llevar al pequeño Constantino, hasta que ella decida.

Después de ocho días de limpiar a la criatura y darle de mamar, por fin le habla. Lo coge aparte y lo mira muy seria con ese par de iris:

—De acuerdo. Será hijo nuestro. Pero de ésa te olvidas, ¿entendido?

No añada nada más, porque no hay nada más que añadir.

El Augusto Máximo no cree en lo que oyen sus oídos. Hace que le lleven al niño en seguida, se deshace de la esclava de Arelate, hace trampas con mensajeros y sirvientas. «Os habéis equivocado, Fausta no ha tenido un bebé. Ha tenido dos. Os presento a Constancio y Constantino, nuestros hijos, el futuro del Imperio.»

Y cuidado con quien diga lo contrario.

Criar a un recién nacido o a dos no representa mucha diferencia para una madre, especialmente si es la emperatriz, y seguro que así no se le escapa nada. Pero de eso a perdonar los cuernos... Y de este modo la distancia entre ellos dos vuelve a aumentar. De dormir juntos ni hablar, entre la cuarentena, dar el pecho y los berridos nocturnos, hacer el amor ni siquiera se plantea.

Durante el día Fausta y el emperador hablan y no hablan, él siempre está ocupado con el maldito Imperio, ella está completamente absorbida por los hijos, además los pequeños le sirven de excusa para quitarse a Constantino

de encima. La emperatriz está enfadada a muerte con su marido. Cada vez que parecía completamente segura de que lo había cambiado, a él se le ocurre una nueva idea para hacerla sufrir. Fausta está harta. Si no se tratara del Augusto Máximo se divorciaría. O por lo menos lo amenazaría con el divorcio. Pero como romper un matrimonio como éste hace más daño que una catapulta en un asedio, Fausta se limita a la resistencia pasiva.

«¿Te gustan las rameras? ¡Pues consuélate con ellas, yo tengo una familia que sacar adelante!»

Constantino no tiene valor de enfrentarse a ella. Se siente culpable por el asunto de la esclava, no quiere aumentar la tensión. Incluso ha tenido la tentación de pedir consejo a su madre, pero en el último momento ha cambiado de idea, después de todo ella siempre ha sido la madre de un bastardo. Es difícil que sienta compasión por la pobre emperatriz engañada.

Elena no habla mucho con su hijo. Como buena suegra ha pensado que, en este feliz momento, su deber era tocarle las narices a Fausta. Y eso ha hecho, día y noche se ofrece a cuidar de las criaturas, a limpiarles las caquitas, a arrullarlas como es debido. Fausta no la soporta, pero al final los niños son dos y no les puede dar de mamar a la vez. De manera que cede y, cada vez más a menudo, sirvientas, criadas, nodrizas y amas de cría —echadas a puntapiés por los delirios de autonomía de la nueva mamá y de la suegra de hierro— asisten a la increíble escena de las dos mujeres más poderosas y distinguidas de todo el Imperio pasando los días codo a codo ocupándose de los dos lactantes y sus lloriqueos.

A nadie le queda tiempo para el heroico agosto, en la corte hay demasiado que hacer. Nadie se acuerda de sus cansados miembros. Al principio se puso a la defensiva, durante meses se las apañó él solo y no le pidió nada a nadie, como un verdadero soldado. Después, un poco tímido, intentó hacer algún asalto a su mujer, pero ella lo ignoró.

¿Qué debe hacer un hombre con casi cuarenta y cinco años? Reina la paz, todos están felices, ¿y el emperador tiene que quedarse con la boca seca? Así es como Constantino ha vuelto a lanzarse en brazos de sus zorras, primero sólo para desahogarse, luego también para abrirse, visto que en el palacio no hay ni una alma con quien mantener una conversación.

Así están hoy las cosas. Sí, porque hoy ocurrirá algo increíble, inesperado, lo que tanto ha deseado. Crispo, el primogénito del agosto, está a

punto de llegar a Treviri. Después de años de separación, por fin padre e hijo volverán a estar unidos.

Constantino recuerda el rostro del pequeño cuando le dijo adiós, una mañana de cortante frío bajo el cielo de Nicomedia. En esa época no tenía ni cuatro años. Ahora ya ha cumplido dieciséis.

Éste es el motivo de que el vástago de Iliria no quepa en su piel. De que quiera levantarse del trono y salir corriendo del Aula Palatina, abrir los brazos y estrechar a su hijo. Abrazarlo después de doce larguísimos años.

Crispo ha crecido en la corte de Galerio mientras Galerio estuvo con vida. Una vez que el canalla desapareció, el chico no tuvo ánimo de dejar Nicomedia. Aquélla era su casa, en aquella ciudad de oro y mar había crecido; el niño ha pensado en su padre cada día, ha sabido de sus sobrecogedoras gestas a través de los poetas y muchas cosas se las ha contado su maestro.

En todo este tiempo el muchacho no ha estado solo. Alguien lo ha cuidado como lo haría con un hijo, lo ha protegido de la locura del mundo y además le ha enseñado el noble arte de protegerse el culo y esquivar los problemas. Ese maestro perfecto ha aceptado acompañar al muchacho a la corte, asistir a ese abrazo que lleva doce años en suspenso. Lactancio, el único y verdadero amigo que le queda al Augusto Máximo, está a punto de llegar a Treviri junto a Crispo.

Éste es el motivo de que la tensión sea insoportable. De que el ceremonial pese como una roca en la nuca de Constantino el Grande.

«Un minuto más y después salgo. ¿Qué más da? ¡Soy yo quien manda!»

Pero justo mientras proyecta revolucionarlo todo, la puerta del aula se abre. A pasos lentos, envuelto en su mejor ropa, el maestro camina solemne. Lactancio no ha cambiado un ápice, tiene el mismo cabello ralo, los mismos iris de hielo. El mentón puntiagudo de siempre. Sólo está más encorvado, como un honorable roble plegado al viento.

Le gustaría mantenerse digno, igual que el emperador, pero cuando sus ojos se encuentran se humedecen al instante. Hay un mar de calor y confianza dentro de esa mirada, caben apretones de manos, tiempo perdido y charlas alrededor del fuego. El augusto pronuncia un «gracias». Lo dice parpadeando, la lágrima que resbala hasta la barbilla es una deuda que saldar.

Lactancio no necesita palabras. Asiente y se aparta. En ese momento, por fin, Constantino lo ve.

Su hijo Crispo es maravilloso, un auténtico príncipe: alto y poderoso, rizos negros y ojos celestes, la barba recién afeitada, las espaldas de un hombre.

Crispo se acerca al trono lentamente. No hay rastro de resplandor en sus ojos, mantiene el control. En realidad el corazón se le sale del pecho y la boca es un desierto azotado por el siroco... Se arrodilla ante Constantino y se dispone a decir algo, pero el augusto se levanta y se le echa encima. Lo abraza y lo estruja como si fuera un trapo, en ese abrazo está todo, no se necesitan palabras. Padre e hijo permanecen enlazados durante un rato infinito. El anciano retórico, allí al lado, llora como una fuente.

Cuando finalmente los dos imperiales se separan, Lactancio consigue volver a respirar.

—Vive Dios, augusto, que me haces lloriquear como a una chiquilla...

Constantino apoya una mano sobre el hombro del maestro cristiano.

—Vigila cuando nombras a mi Dios, viejo...

—¿Tu Dios? —dice desorbitando los ojos.

Constantino asiente, abre de nuevo los brazos. Lactancio lo aprieta con la delicadeza infinita que los ancianos ponen en cada una de sus acciones y le susurra al oído sin dejar de llorar en ningún momento:

—Y yo que pensaba que era una causa perdida...

Está realmente feliz. Había oído hablar de la visión y de las insignias de Puente Milvio, pero las habladurías, ya se sabe, no tardan en tergiversar las cosas. Y la política es una amante desnaturalizada, antes o después acaban todos en su cama, incluso *domina* religión. Pero ahora ha mirado a los ojos a su antiguo alumno y ha visto en ellos la dulzura del Salvador.

Lactancio deja de preocuparse, no ha hecho otra cosa en los últimos doce años. Ahora observa a padre e hijo como quien venera una reliquia.

Dios es realmente grande. El viaje ha terminado.

Treviri, unas semanas más tarde

La terraza está despejada, la primavera empieza a notarse. Constantino, Lactancio y Crispo están al aire libre, charlando de todo y de nada. Disfrutar de su recíproca compañía se ha convertido en un vicio, pero la maldita razón de Estado se mete por todas partes, incluso en las conversaciones entre padre e

hijo.

—Y bien, joven Crispo, ¡vas a estar radiante para tu nombramiento como César! —Constantino está de buen humor—. ¡Tú y el pequeño Liciniano causaréis sensación en público, con la púrpura sobre los hombros!

Crispo está halagado, el nombramiento ha llegado como un rayo en un cielo sereno. Sabe que no ha hecho nada para merecérselo, excepto haber venido al mundo. Es un gesto estrictamente político, el enésimo acto público de Constantino para consolidar la paz entre él y Licinio. Los nuevos césares son los hijos primogénitos, Crispo, el joven guerrero, y Liciniano, el niño más afortunado del mundo, cumplirá dos años en julio.

Lactancio nunca ha podido soportar la *Res publica*:

—Te lo ruego, ten cuidado con tu colega. Si no lo vigilas acabará haciéndoselo encima y empapando ese bendito manto.

«Se ríen.»

—No tienes ningún respeto por la dignidad imperial, viejo...

—¿Yo? Eres tú quien ha elegido a un lactante para que cuide del Águila. ¿Qué culpa tengo si el pobre desgraciado todavía no ha aprendido a controlar el esfínter?

Crispo se arma de valor:

—Perdóname, maestro, pero me parece que tú no eres la persona más apropiada para pontificar sobre incontinencia...

Constantino coge la pelota al vuelo, señala a su hijo.

—La última vez que os vi juntos tú le dijiste que apestaba a pipí. ¿Qué quieres confiarme, hijo? Que el lobo muda el pelo...

Se carcajean juntos, el retórico se pone de pie y se sitúa entre los dos.

—No hay manera de que os cosáis ese pico, ¿no es así? Es culpa de la sangre, a vosotros os encanta chapotear en el barro. Ya podéis reiros, cuando lleguéis a mi edad (si es que el buen Dios tiene a bien concederos tanta misericordia) me gustará ver cómo mantenéis a raya a la serpiente... Yo me levanto a mear cinco veces cada noche, maldita sea. Cuanto más envejeces menos control se tiene del condenado cuerpo. Y además tú, mi querido Augusto Máximo, en cuestión de salpicaduras tienes poco de qué fanfarronear. La primera vez que te llevé a dar una vuelta eyaculaste en la túnica por un par de bolas al aire...

Humor de cuartel.

Crispo levanta las manos.

—¡Os lo ruego, deteneos! No querréis desvelarme todos los secretos del Imperio el primer día de trabajo...

El muchacho sabe seguir el juego. Su padre le revuelve el pelo. Crispo pide permiso para ir a dar una vuelta, le ha entrado sed. Constantino le deja ir, el joven César recorre la terraza y se mete en el palacio. El hijo del Imperio va vagando y se pierde, hasta que ve una puerta y piensa que es la entrada a las cocinas.

Entra sin llamar, pero cuando abre, al otro lado del umbral, no hay ni cocineros ni criadas. Ni tampoco cucharones o sopas humeantes.

«Sólo una espléndida y magnífica visión.»

Su encantadora madrastra está dando de mamar. La túnica caída sobre los hombros, el seno desnudo, los labios del pequeño aferrando el pezón. Fausta tiene unos diez años más que el muchacho, y es preciosa. Crispo sólo la ha entrevisto durante estos días, una alma leve que se desvanece por los pasillos. El joven César la mira y no dice nada. Sus dieciséis años le hacen mirar hacia donde no debe. La intimidad violada, la piel robada, tan nívea que quita el aliento.

«Ahora la emprenderá a patadas conmigo.»

«Gritará y vendrán los guardias. Mi padre me sacudirá como a un tambor de guerra y me hará colgar con la condenada púrpura.»

Los pensamientos se agolpan, la sangre acude a las mejillas. Pero el joven descarado no da ni un paso. Ni siquiera un paso atrás.

La emperatriz levanta la cabeza mientras acaricia al pequeño, que tiene los ojos enfurruñados. No parece turbada, molesta o furiosa. Sólo un poco confusa, se muerde los labios. Tiene el aspecto de no saber exactamente qué hacer. En su pecho hay algo de rencor, y el corazón pesado de quien se ha abandonado a sí mismo desde hace muchas, demasiadas lunas.

—M-mi señora... —esboza el joven César. Es incapaz de añadir nada más.

—Cierra la puerta —ordena la augusta.

No le queda otra opción, es imposible resistirse. El abismo es más fuerte que mil justicias.

Crispo entra y cierra tras de sí. Allí fuera, un padre guerrero y un viejo maestro se hacen ilusiones de haber vuelto a encontrar la paz. Ahí dentro, en

el dormitorio, un futuro desgraciado germina sin pudor.

«No hay sosiego para el Águila, no lo habrá nunca.»

Metéoslo en la cabeza, poetas.

Escribidlo con fuego, cantadlo para siempre.

Nicomedia, 320 d. J.C.

Soplan malos vientos para el pobre agosto, Oriente está revuelto.

Licinio es un hombre bueno, pero a fuerza de pincharlo harán que se enfade.

Lo cierto es que no hay tranquilidad para quien manda, no tenía suficiente con los berrinches de Constancia que encima tiene que tocarle esa espina en el costado que es Arrio.

Arrio es un hombre de Iglesia. Un teólogo culto y muy preparado. Estudió con Lucano en la escuela de Antioquía, fue cogiendo experiencia en la diócesis y después empezó a predicar. Su voz llegó hasta Alejandría.

Arrio es un hermoso hijo de zorra: ojos azules, cabello negro como la pez, más largo de lo debido, barba de tres días. Siempre lleva encima el olor del mar. Habla con Dios día y noche, pero no lo hace a la manera convencional. No se pasa el día golpeteando los hombros de los escépticos para intentar ganarse su simpatía. No, este condenado seductor escribe canciones, himnos de marcha, motivos marineros, arias para molineros. Escribe textos religiosos para acompañar melodías conocidas, así es como ilustra su doctrina.

Se vuelve loco por las mujeres y no guarda ningún respeto por la tradición; tiene la cabeza dura, típica de los de su raza. Los egipcios son mala gente, Licinio lo sabe muy bien. Tienden trampas, proponen pésimos negocios y, si uno no está atento, se le meten en el tálamo y se tiran a su mujer.

«En un momento.»

Licinio no puede soportar a ese Arrio. Especialmente desde que se plantó en la ciudad en calidad de huésped del obispo Eusebio. Una cosa es tolerar a los cristianos tal como acordó con Constantino. Pero encontrarse al presbítero en la corte escupiendo sentencias mientras su mujer le pone ojitos es una cosa muy distinta.

No, a su mujercita todavía no se la ha beneficiado, no hay de qué

preocuparse. Pero el hecho es que Constancia consiente a ese maldito egipcio. Se vuelve loca con sus «teorías revolucionarias».

Licinio es un hombre sencillo —¿qué quieres que entienda de teología?—, pero debe admitir que Arrio habla bien. Sería capaz de encantar a una serpiente a fuerza de discursos. Desde hace unos años va diciendo que hay una gran diferencia entre el Hijo y el Padre. Del Espíritu Santo no se habla mucho por ahí, vete a saber por qué. Según él, sólo Dios padre es innato, eterno, absoluto. En definitiva, al Señor Dios nadie lo trajo al mundo. El Hijo, en cambio, ha sido creado por el Padre como instrumento para salvar al mundo.

¿Y bien? Si uno se llama Padre y el otro Hijo, es normal que el segundo nazca del primero, ya ves tú qué novedad.

Pero, sin embargo, no es así, y cuidado con decir una absurdidad como ésa. El obispo Alejandro de Alejandría —y con él toda la Iglesia, o casi— defiende otra teoría: Padre e Hijo tienen la misma e idéntica naturaleza. Punto y final. Ambos son eternos, innatos y absolutos. Nada de complicarse la vida con quién va antes y quién después: «El Señor es el Señor, adóralo y cállate. Son dos —mejor dicho, tres— en uno. Y si no lo entiendes es porque eres un ignorante. Fíate de nosotros que somos curas y hemos estudiado. No te pongas ahora a interesarte por estas cosas y reza.»

Porque, de hecho, y Licinio lo ha visto en seguida, no es más que una cuestión de poder. Todas esas historias sobre la «naturaleza» del Altísimo, bien mirado, no es una discusión culta que Arrio tenga en la cabeza. Es más, a él le gustaría explicar al pueblo cómo son las cosas, hacer que el hornero, el curtidor y la costurera entiendan cómo está hecho ese bendito Dios del amor.

«¡Como tú y como yo, así está hecho! Él también tiene un padre que sabe un poco más que tú, y además Jesús tenía un trabajo: venir aquí abajo y salvarnos el culo. Y para hacer bien ese trabajo acabó dejándose matar. Y así deberías comportarte tú, querido amigo hornero, haz bien tu trabajo y no pierdas el tiempo.»

Visto así, funciona, y lo cierto es que la gente está entusiasmada. Pero si se quita el orden que rige el mundo, si los horneros y los herreros e incluso los esclavos tienen permiso para decir lo que quieran, se va todo al traste. Y de hecho, desde que Arrio está en la ciudad, no hay quien lo aguante. Licinio siempre se queja, incluso a su adorada esposa:

—Hombres que ayer eran sastres o zapateros, hoy de repente son teólogos. Te los encuentras bajo los pórticos, en los mercados, por todas partes. Si le preguntas a alguien cuánto vale una pieza de pan, te contesta: «El Padre es superior al Hijo.» Tú dices: «Necesito una tina», y el otro, cuando te da el cambio, habla de «nato e innato». ¿Te parece una buena manera de que funcione el mundo?

Pero Constancia, espléndida víbora de rizos de oro, ni siquiera lo escucha. Su marido le repugna cada día más, con esas maneras de viejo y su caminar lento, arrastrado. Siempre cotorreando y quejándose de la mañana a la noche. Pero ella sabe mantenerlo a raya. No se lo dice bien claro, pero se hace entender: «O arreglas el asunto de Arrio o me negaré durante un año, querido.» Lo tiene a dieta y alega excusas. Al enésimo asalto sin resultados, incluso un emperador de su talla tiene que resignarse, no hay nada que hacer. Otros, en su lugar, reclamarían por la fuerza lo que les corresponde por derecho. Pero él no, Licinio es un hombre bueno y ante Constancia se vuelve más dócil que un cervatillo.

«¡Nada de asediar y tomar por la fuerza, aquí toca resolver la cuestión con el maldito egipcio!»

Sí, porque mientras Arrio se pasea por Nicomedia del brazo de su amigo Eusebio —y entre las piernas de la emperatriz, según las malas lenguas bien informadas— y su favor crece día a día entre la gente y los eclesiásticos, sus enemigos de Alejandría han tomado medidas, lo han excomulgado.

Licinio no sabe exactamente qué significa eso, de modo que le dice a su dulce mujercita que se lo explique.

—¿Cómo que no lo sabes? «Excomulgar» significa expulsar de la comunidad... —dice Constancia con aire resabiado—. O sea, que lo echan. Lo ponen en ridículo. Si vuelve a Egipto se juega la vida, ¿y qué será de su reputación? Marido mío, mi noble señor, estoy segura de que, en el mar de tareas que te oprime, sabrás encontrar un momento para resolver esta lamentable situación.

Lo besa en la mejilla.

—Tu magnificencia es grande. —Y mientras se aleja le toca las vergüenzas. Ya en la puerta, la seductora de rizos de oro se vuelve y le guiña un ojo.

El mensaje es muy claro: «Arregla el asunto de Arrio y tal vez —digo

tal vez— te dejo volver a cabalgarme.»

Y Licinio se siente engañado. No tiene ni idea del lío en el que está a punto de meterse. Menuda mierda la teología. Y menuda mierda el poder. Sin esa fatalidad a la que acaban acomodándose los hombres, en el mundo no habría ni sombra de guerras.

Es verdad que el peor daño se acaba haciendo cuando uno cree actuar de la mejor manera posible.

Licinio se ha ocupado del asunto, les ha dicho a los obispos de Alejandría que no es conveniente que sigan oponiéndose a Arrio y a sus seguidores. «¡La Iglesia es una sola, dejad de crear problemas!»

Ellos han titubeado un poco, pero Licinio ha alzado la voz e incluso ha convocado un sínodo de obispos de Bitinia, al final del cual lo ha puesto todo negro sobre blanco. El arrianismo está perfectamente en regla y los alejandrinos se han equivocado excomulgando al presbítero egipcio.

La cosa funciona durante un tiempo, de manera que en Alejandría, si vas a misa, puedes encontrarte con una prédica arriana o con una homilía clásica, según el turno. Ambas voces tienen derecho a hacerse oír en la casa del Señor. «La Iglesia es una sola, no lo olvidéis nunca.»

Pero después, los prelados de Egipto, que son unos perros rencorosos como todos los egipcios, se cansan, se lo toman como algo personal. El arzobispo Alejandro convoca un sínodo compuesto por cien obispos, y juntos dictaminan de una vez por todas que la doctrina arriana sólo sirve para limpiarse el culo y que Arrio y sus amigos harán mejor quedándose en el Ponto y no dejándose ver más.

Y entonces empieza el barullo. Licinio es un hombre bueno, pero esos malditos egipcios harían perder la paciencia a un mártir. Luego razona y comprende que lo del arrianismo ha dejado de ser un asunto únicamente cristiano desde el momento en que Alejandro y los suyos han levantado la cabeza. Con su sínodo han sugerido al emperador, no demasiado indirectamente, que se ocupe de sus asuntos y no meta las narices en cuestiones de fe. Además, a traición, le han comunicado que lo que había decidido él no era adecuado.

Bueno, es la gota que colma el vaso. Y Licinio será un hombre bueno, pero para empezar no es cristiano y, tal y como van las cosas, no tiene ninguna

intención de serlo.

Es cierto, con Constantino establecieron que todo el mundo puede profesar su religión y que el credo de los cristianos es un apoyo para el Estado. Pero en la misma reunión también acordaron que cada agosto en su casa haría lo que mejor le pareciera. «De modo que —piensa Licinio—, si a los cristianos se les ha metido en la cabeza tocarme los cojones con sus bonitas reuniones de obispos, voy a empezar a dejar fuera de la ley estos benditos sínodos. Y ya veremos qué pasa...»

Una vez promulgada la ley, los egipcios se calientan y se arma la gorda. Parece que se haya retrocedido diez años. Irritados por la posición imperial, los seguidores de Cristo empiezan a desafiar a la autoridad pública; no pagan los impuestos, se vuelven descarados con los funcionarios estatales. Licinio, como no tiene ninguna intención de dejarse pisotear por cuatro aprovechados del demonio, remacha el clavo. Prohíbe a hombres y a mujeres que participen juntos en los servicios religiosos, echa de la corte a todos los devotos, incluido Arrio, prohíbe las reuniones de creyentes en la ciudad, los expulsa del ejército y obliga a hacer sacrificios por el emperador a los cristianos que están a su servicio.

«Un gran paso atrás.»

Por fortuna Licinio no ordena ninguna persecución pero, a fuerza de alimentar ese clima de tensión, algunos gobernadores provinciales se sienten autorizados para zurrar a algún creyente. Los provocan continuamente y si reaccionan los castigan.

Hacia finales de año incluso hacen su aparición los primeros mártires. Los cristianos son así, son gente que no abandona, que prefiere pegarse fuego y arrojarse desde un peñasco a dejar que su adversario se salga con la suya.

Total, que Licinio se metió en el baile para mantener unida a la Iglesia de Cristo y ha acabado dando garrotazos a los seguidores de la Cruz. Y, no hace falta decirlo, esto no beneficia en nada a su ya maltrecha vida sexual. Su mujercita cada vez se muestra más fría, sus dolores de cabeza son cada vez más frecuentes. Y, como si no fuera suficiente, está el asunto de los cónsules.

Licinio es un hombre bueno, pero todo este lío acabará matándolo. Y Constantino, que lo aprecia igual que Caín quería al pobre Abel, no puede resistirse a aprovecharse de la situación.

El vástago de Iliria disfruta de la paz desde hace ya tres años. Pero

mentiría si dijera que ha arrinconado el sueño del dominio global. No puede declarar la guerra a Licinio sin ningún motivo. Pero quizá, a la vista de cómo se está comportando en materia religiosa, puede provocarlo un poco. Está claro como el sol que cuanto más se mete Licinio con los cristianos de Oriente, más seguidores gana Constantino en la mitad del Imperio que todavía no le pertenece.

De modo que, mientras la rabia de Licinio hierve como una cazuela de garbanzos, el Augusto Máximo le juega una mala pasada. Si el año anterior se había nombrado cónsul junto a Liciniano —el hijo pequeño de su colega oriental—, este año hace como si Licinio no existiera y se confirma a sí mismo en el consulado, eligiendo como compañero a su propio hijo menor.

En Occidente hasta los niños llevan corona. En Oriente, en cambio, ha quedado un viejecito decepcionado rigiendo el destino del Imperio. Un anciano sin pelo, con la tripa blanda, una hermosa y joven mujer que ni siquiera lo mira y un montón de preocupaciones.

Licinio es un hombre bueno y cuando se puso a reñir con los cristianos pensaba que lo hacía por una buena razón. Pero rascando un poco ha visto que bajo la brillante pátina de la fe se esconde la mierda política. Y si uno juega con eso sin tener cuidado, acaba por ensuciarse; política y fe no están hechas para almas cándidas. Licinio al final se ha dado cuenta, pero ya es demasiado tarde.

Otra persona ha decidido por él.

El destino infame vuelve a escupirle a la cara.

De Treviri al Mediterráneo, 321-322 d. J.C.

Las historias familiares son caminos retorcidos, siempre acaban volviendo al lugar de donde surgieron. Hoy es un día de celebraciones en Treviri, Elena cumple setenta años. Constantino ha organizado en la corte una gran fiesta, de las que se recordarán siempre. Hay libaciones infinitas y danzarinas de Oriente. Ríos de vino de los Sestos y tragafuegos. La alegría del momento se ha impuesto incluso en el rostro petrificado de Fausta. Sonríe, parece otra. Ya hace mucho tiempo que el Augusto Máximo y su mujer no se dirigen la palabra, él cada vez más ocupado con su misión y ella absorbida por los hijos y por pensamientos que no tiene valor de confesar ni siquiera a sí

misma.

Suelen ignorarse cordialmente, por lo menos en privado. Pero hoy no, hoy es un día de alegría y las caras largas no son bienvenidas. Es el cumpleaños de la abuela y el jubileo del nieto. Constantino ha decidido hacer las cosas a lo grande, ya se ha hartado de esperar y tiene unas condenadas ganas de zanjar las cosas con Licinio.

Ha aprovechado la ocasión para hacer saber al mundo que Occidente —su reino— cuenta más que el resto del Imperio.

El festejo es una excusa, Crispo ya es todo un hombre. Hace cinco años que es César y se merece su tripudio. Además, ha aprendido pronto a distinguirse y a cumplir con su deber. Cada día se parece más a su padre, especialmente en el campo de batalla. El joven César ha derrotado a los terribles germanos a golpes de espada. Y ahora disfruta de las celebraciones.

Constantino lo mira, erguido bajo la lorica de las grandes ocasiones, y el corazón se le encoge. Ahora sabe lo que debió de sentir Constancio cuando le vio llegar a caballo, huyendo de la terrible corte de Galerio.

«Orgullo» es una palabra insuficiente, todo padre sueña lo mejor para su sangre. Todo padre es egoísta y no sabe imaginarse otra cosa que su propia vida para el heredero primogénito. Pero ningún padre —ya sea hornero, mercader, herrero o señor de todas las tierras— imagina otra cosa que no sea el éxito para su estirpe. Que el fruto de su alcuña crezca fuerte y sano, se convierta en un artesano, un curtidor, un picapedrero o un soberano mejor que el hombre que lo ha puesto en el mundo. Esto y nada más pasa por la cabeza de cualquier padre cada vez que se encuentra con la mirada de su hijo.

Y cada éxito es un regalo del cielo, cada progreso, una bendición. Constantino se acuerda de sus primeras victorias, del barro que le lamía las pantorrillas en la frontera y de las entrañas de los rubios enemigos esparcidas por el campo de batalla. Se acuerda de su regreso a la patria, de la gloria imaginada cien veces y luego saboreada en la punta de la lengua. Recuerda el sabor del triunfo romano, el peso de la cabeza de Majencio clavada en la lanza y las miradas adoradoras del pueblo. Rememora los ojos bajos de Licinio durante la firma del tratado de paz, la aclamación del Imperio, el dulce abrazo de la púrpura sobre los hombros.

Pero toda la gloria del mundo no es nada comparada con lo que sintió al ver al joven Crispo regresar victorioso a Treviri después de haber cumplido

con su deber y haber echado a los germanos.

Constantino se ha perdido buena parte de la vida de su hijo, estaba demasiado ocupado persiguiendo su sueño, alimentando su misión, salvando la piel. No le ha enseñado a afeitarse ni a cabalgar, no estaba cuando llegó el momento de comprender los secretos de la vida. Él no le ha enseñado lo que hay que hacer cuando te llevas a una mujer al tálamo. Estaba en otro sitio, cuidando del mundo entero.

Pero después el mundo dejó de montar pataletas. Como un potro testarudo al final se calmó y entendió que era mejor hacerle caso al patrón. Con la ayuda del Señor llegó el momento de la reconciliación y el hijo volvió a los brazos del padre. Y el padre concedió a su hijo confianza, esperanza y medios para encontrar, finalmente, su camino.

Creía que entonces, cuando confirió a Crispo el título de César, había entendido lo que significa enseñar a tu pequeño a hacerse mayor. Pero se equivocaba.

Ahora que lo ve triunfante, ahora que oye a la multitud gritando su nombre y reconoce orgullo y gratitud en esos iris claros, de repente se da cuenta del tiempo que ha pasado. Comprende que es el padre de un hombre. Un verdadero hombre, a quien confiar la vida en la batalla. A quien, un día, dejárselo todo en herencia.

El corazón de Constantino estalla, el círculo se cierra, por fin. Un nuevo ciclo está listo para empezar. El muchacho de Naissus cruzó el Imperio para que su padre estuviera orgulloso. Y, ahora, padre a su vez, comprende que valió la pena.

Elena es la homenajeadas, debería disfrutar de la comida y la música, y no pensar en nada, pero las madres son madres a jornada completa. Les basta una mirada para leer en el alma de su hijo. Se le humedecen los ojos mientras le mira contemplar a su heredero, finalmente en la cima del mundo. Se le acerca, le acaricia el cabello, igual que hacía cuando era un chiquillo.

—Has hecho un buen trabajo.

Él se vuelve, la ve, le acaricia la cara.

—He intentado hacer lo que es justo...

Brotan lágrimas del rostro de la madre.

—Nunca te has contentado con hacer lo que parece fácil.

El agosto la mira como un devoto se dirige a la Virgen.

—He tenido excelentes maestros...

La *nobilissima femina* se limpia los lagrimones.

—¡Oh, sí, vaya que sí los has tenido!

Ahora el augusto también llora. Ruega a Dios que nadie se dé cuenta. Su madre lo abraza, al infierno el protocolo.

En ese abrazo está el sentido de todo, de la vida y de la muerte. La promesa más dulce que hay que mantener con el sacrificio más duro.

Crispo se acerca.

—¡Eh, vosotros dos! ¿Qué os pasa? ¡Es una fiesta! ¡Es obligatorio divertirse! —dice con descaro. Un legado de familia.

Constantino se sacude de prisa las últimas lágrimas de la mejilla, los ojos todavía enrojecidos por la emoción, y replica en el mismo tono:

—Mira que si me da por ahí ordeno a todas las bailarinas que se rían en tu cara y luego ya veremos cómo te las arreglas, mi querido César...

El joven sonríe, abraza a su padre. Acerca la boca a su oído:

—Ya te va bien que mi novia me marque más de cerca que un germano. En otro caso esas doce danzarinas de Damasco te iban a salir caras...

Una preciosa morena se acerca al trío. Pone las manos en jarras y escruta a Crispo y a Constantino con aire de reproche.

—Tenías razón, noble augusta...

La muchacha es hija de un patricio de Treviri y acaba de prometerse con el hijo del emperador. Se llama Elena, igual que la abuela de su prometido. Las historias de familia son realmente senderos intrincados, acaban siempre allí donde empiezan.

La homenajeadada responde a su tocaya con una sonrisa.

—Guapísimos y fanfarrones, así salen, no se puede evitar. Ya te había avisado, muchacha...

La joven Elena se deja acompañar por la anciana matrona lejos de Constantino y Crispo.

—Ven, pequeña mía, volvamos a la fiesta. Dejemos solos a estos energúmenos, y vamos a explicarles a esas granujas de Damasco cómo acaban aquellas que se ponen zalameras con el heredero al trono...

La prometida de Crispo se ríe con su boca argentina. Deposita un besito en la mejilla de su hombre y desaparece en la multitud cogida del brazo de la emperatriz madre.

Padre e hijo se quedan solos.

Crispo es quien habla primero, la pregunta le da vueltas en la cabeza desde que Nazario, el panegirista encargado de celebrar este día especial, ha terminado su oración pública.

—Padre, ¿puedes aclararme una curiosidad?

Constantino está de buen humor.

—Soy tu siervo, César...

—Las palabras de ese Nazario han sido magníficas...

—Gracias, muchacho. He escrito el texto de mi puño.

—Entonces eres el único que puede iluminarme. Al principio he creído que la omisión era del orador. Tal vez un despiste... pero ahora me dices que tú eres el autor, de modo que él no tiene nada que ver.

Constantino asiente y le hace un gesto para que continúe.

Crispo va al grano:

—Hoy celebramos mi jubileo como César. Tendría que corresponderle el mismo honor a Liciniano. ¿Por qué en el discurso no se ha hecho ninguna mención al hijo de Licinio? ¿No va en contra del protocolo imperial no citar a los iguales?

Constantino no contesta en seguida, lo mira durante unos instantes.

El muchacho va más allá, dice lo que le pasa por la cabeza:

—Perdona esta boca, padre, pero ¿no se trata de una ofensa?

Finalmente Constantino sonríe.

—¡Por supuesto!

Crispo está confuso.

—Esta tregua no está hecha para que dure, muchacho. —El emperador quiere dejárselo claro—. Lo sé yo y lo sabe Licinio. Y hoy he hecho saber al mundo entero lo que pienso. Oriente no cuenta nada. Si no cuenta nada su augusto, imagínate su ridículo César niño... —Observa complacido la expresión en los ojos de su hijo. La misma que tenía él muchos años atrás cuando oía a Diocleciano pontificar sobre el destino del Imperio—. Hoy se celebra mi sangre, nuestra historia, hijo. La descendencia de Constancio está llamada a regir el Imperio.

La mirada de Crispo se llena de orgullo. El futuro al que está destinado le parece enorme, lo embriaga como el potente vino de Sestos. El padre se da cuenta de su vacilación, por mucho que el muchacho haga lo posible por estar

a la altura. Le revuelve el cabello, se quita ese tono solemne de la cara y le sonrío enseñando todos los dientes.

—De todos modos, no te apenes, joven César. Pronto tendremos que hacer sonar el hierro, pero hasta entonces todo lo que debemos hacer es pasárnoslo bien. Tú mismo lo has dicho, es una fiesta, ¡es obligatorio divertirse!

Los dos se encaminan a las calles de la ciudad, dejan a su espalda el revuelo de malabaristas y bailarinas, bajan al puerto, escoltados por un puñado de doríforos, hablando de esto y de aquello. Cuando por fin llegan a los alrededores del muelle militar, se detienen delante de una liburna.

La embarcación es poderosa, larga y estrecha como una espada, es el terror del río. Es ideal para los enfrentamientos en agua dulce, pero tampoco desmerece en mar abierto. Ahora la están reparando y al verla con el culo al aire incluso parece menuda, indefensa. Pero a plena carga y con la inmensa vela cuadrada desplegada al viento causa bastante impresión. La *Neptuno* —así se llama el navío de guerra— puede albergar hasta a veintitrés infantes de marina armados. Lo cual significa que es capaz de abordar sin esfuerzo naves más grandes que ella y desaparecer rápidamente, gracias a los cincuenta y dos remeros que se ocupan de empujarla cuando no hay viento.

La *Neptuno* es una formidable máquina de muerte. Constantino saluda a los obreros y éstos se inclinan junto al maestro calafate. Abandonan los mazos al mismo tiempo y dejan la tarea de cerrar las juntas con estopa y brea. El emperador les hace una señal para que prosigan, tras lo cual se dirige a su hijo:

—Por lo que yo sé, una fiesta no es una verdadera fiesta sin un regalo; ¿tú qué opinas?

Al mismo tiempo guiña un ojo mirando a la *Neptuno*. La barca, barriguda y desnuda hasta lo inverosímil, mira a los imperiales sin vergüenza, como un paciente delante del cirujano. Crispo da un respingo, está desconcertado.

—¿Es éste mi regalo, padre? ¿De verdad quieres regalarme la liburna más rápida de toda la *classis Misenensis*?

—Lo cierto es que quería darte directamente la *classis*, o sea la flota entera, bajo tu mando.

Crispo está a punto de caerse. Constantino sonrío, disfruta cada instante de su expresión.

El joven César está fascinado. Quiere ser sincero, a veces es lo mejor:
—Realmente no sé cómo darte las gracias, pero creo que estás sobrevalorando mis méritos. Si hay que romperle la cara a algún millar de bárbaros en tierra firme, no hay ningún problema. Pero yo no sé nada de batallas navales, padre...

Constantino por fin puede dejar caer el golpe de gracia:

—Pues por eso mañana partiremos juntos, muchacho. Iremos por mar, a conocer a tus hombres y a aprender cómo se hace la guerra con los cojones en remojo. ¿Qué me dices?

Crispo no puede creer lo que oye, él y su padre, de viaje, solos. A estudiar para almirante, a aprender qué hay que hacer para ser digno del Imperio. Ni en sus sueños más desafortunados habría podido imaginar algo así.

Hoy es realmente un maldito día de fiesta.

Para alguien que ha crecido en Nicomedia, el mar es denso como la miel. La Propóntide es agua y sal, mucha sal. Los navíos flotan como fístulas aladas, los botes pescan poco o nada. Dar el salto al otro lado del estrecho significa cambiar el juego, reconsiderar todas las referencias.

El *mare nostrum* es una bestia salvaje, el ferviente esclavo de Neptuno. Éstas son las aguas que abofetearon a Ulises, batidas por los vientos que acompañaron a Eneas desde Ilión hasta Roma.

«Aquí la cosa va en serio.»

Crispo y Constantino pasan muchos meses juntos, visitan todos los puertos, comprueban de primera mano cada uno de los navíos. Tesalónica, el Pireo, Aquilea; inspeccionan juntos las labores de ampliación de los astilleros y el progreso en la construcción de las barcas, verifican los arsenales y los atracaderos para el aprovisionamiento. Conocen a los hombres, estrechan decenas de diestras. Crispo se ejercita cada día, participa en enfrentamientos simulados. Se aleja de la costa con una decena de embarcaciones, después converge con ellas y las asalta, aprende maniobras diversivas.

Constantino de vez en cuando baja a tierra y encuentra tiempo para organizar infantes y caballeros. La guerra está a las puertas, ya todo el mundo lo sabe.

Cada santo día que el buen Dios envía a la tierra, el vástago de Iliria enseña algo a su primogénito. Le explica cómo se comporta un soldado

valeroso, lo aconseja prodigando máximas eternas: «Espera a atacar. ¡Un buen general no corre riesgos innecesarios! ¡Es como pescar con un cebo de oro!»

«El comandante perfecto consulta a pocos y decide solo.»

«Permanece sobrio, hijo mío. En la batalla, los borrachos acaban todos muertos.»

Si Constantino se para a escucharse, le parece estar oyendo la voz de Diocleciano. En estos días de tierra y mar piensa a menudo en su mentor. A pesar de todo, nota su ausencia. Quién sabe qué diría si lo viera ahora. Probablemente le tomaría el pelo: «Pero ¿cómo estás educando a este maldito muchacho? ¡Si sigues aturdiéndolo con todas esas parrafadas, acabará tirándose por la borda con una piedra al cuello! ¿Cuándo le enseñarás a actuar de verdad? ¡Un poco de acción, por los huevos de Hércules!»

Pero en el fondo de su alma estaría tan orgulloso que se le rompería el corazón.

«Descansa en paz, viejo hijo de zorra. Seguro que en el infierno no hace demasiado calor para los que son como tú.»

También piensa en Constancio, el hombre que lo engendró aunque no lo crió, que lo amó tanto como para entregarle, sin saberlo, todo su reino. Siente ternura por ese padre ausente. Después de pasarse la vida censurándolo, por fin puede perdonarlo.

«Hiciste lo que pudiste. Hiciste más de lo necesario.»

Ve a Crispo hacerse más sólido día tras día. No tiene miedo de mirar al futuro a los ojos, ni la guerra es capaz de asustarlo.

El último acto se acerca, Constantino nota su perfume en el aire. Fragancia de choque de hojas bajo el sol. De madera, garfios y un mar de sangre. En el otro lado del mundo, donde el *mare nostrum* acaba y empieza Asia, su adversario siente el mismo olor. Licinio está reuniendo equipos y hombres.

No ha habido ningún ultimátum, ninguna declaración de guerra. Pero no hacen falta palabras.

«No en este momento.»

Los soldados de Oriente marchan hacia el Mediodía. Los alrededores de Tesalónica son una orgía de clípeos y estandartes, Tracia es un hormiguero de lorigas segmentadas y de ganas de ir en serio. Nadie se aventura a dar el primer paso, pero el plazo está a punto de terminar.

El destino nunca llega tarde.

El Águila se prepara para realizar su último vuelo.

Oriente, 324 d. J.C.

No cuesta nada decir «guerra», pero una cosa son los preparativos y otra es el auténtico conflicto. Llegar a las manos es más complicado de lo que parece, especialmente si está en juego el dominio del mundo. Se ha tardado años en reunir suficientes armas, soldados, navíos y maldad. Constantino y Licinio han tenido mucho trabajo, con un ojo puesto en el enemigo y el otro en los arsenales, las fraguas, los puertos y los campos de adiestramiento. La movilización es demencial: 150.000 infantes y 15.000 caballeros por parte de Oriente. Más 350 embarcaciones listas para entrar en acción. Por parte de Occidente 120.000 hombres a pie, 10.000 guerreros a caballo y 200 navíos de guerra. Constantino también ha puesto en juego 2.000 barcas de transporte que, equipadas con un par de balistas y un puñado de muchachos con los arrestos adecuados, pueden servir de escolta armada en caso necesario.

Cifras enormes, espera infinita. Y cuando todo está listo, cuando los contendientes no ven la hora de sacarse los ojos y las tripas, entonces llegan los imprevistos.

Los godos han cruzado el Danubio y se han desplegado por Mesia y Tracia. Constantino está en Tesalónica cuando llega la noticia. La espera complica las cosas, lo sabe perfectamente; el peligro es que penetren a través de Escitia hasta Macedonia. Entonces respira hondo y hace justamente lo que no debería hacer, especialmente cuando está al borde de una guerra total: pasar a Tracia, el territorio de Licinio.

Su hijo está preocupado.

—Padre, pero ¿estás seguro?

—No es que esté seguro, pero según tú ¿qué debería hacer?

Evidentemente no puedo dejarme pisotear por cuatro bárbaros sin cerebro... Si Licinio se ofende que se corte la parte ofendida.

Y se pone en marcha a la cabeza de un contingente que asustaría al mismísimo Marte. Sin embargo, no deja de pensar durante todo el camino. A menudo habla en voz alta mientras cabalga. Los hombres de la escolta se vuelven de golpe.

—¿Todo bien, mi señor?

Pero él contesta con brusquedad, les hace callar:

—¡Métete en tus asuntos! —Y sigue refunfuñando.

Si actuara como es debido, siguiendo al pie de la letra los acuerdos y pactos de no beligerancia con Licinio, el emperador debería subir hasta Macedonia y dar la vuelta por Dacia. ¡Pero los godos no se van a quedar esperando a que haga lo que le convenga a Licinio! Es mucho mejor cruzar por Tracia, dar una lección a esos bárbaros pendencieros, saludar y volver atrás. Los godos son aguerridos, hay que reconocerlo, pero el Augusto Máximo va a la cabeza del ejército de Roma.

«Y el ejército de Roma nunca pierde.»

Los enfrentamientos son sangrientos, las infanterías se encaran sin miedo y por la noche toca despejar el campo de muertos. Carretadas de muertos. Pero, poco a poco, los godos se dan cuenta de que están en inferioridad numérica e intentan retroceder hacia Bizancio. Constantino no debería seguirles, de hacerlo empeoraría la situación y al final Licinio acabaría enfadándose de verdad. Pero en la batalla no se piensa con la cabeza, sólo cuentan las agallas. De modo que, al frente de sus hombres, el vástago de Iliria muerde los talones de los enemigos en retirada, los derrota en campo abierto y entra triunfante en Bizancio.

Sí, es un golpe bajo, pero lo hecho, hecho está.

Vencer a los godos es algo de lo que estar orgulloso. Desde los tiempos de Claudio (precisamente llamado el Gótico), quien consigue enseñar modales a los rubios del Danubio es ovacionado para siempre. Así que, después de hacerlo, hay que celebrarlo como es debido. Y no hay nada mejor para dejar un mal recuerdo en la ciudad en la que se acaba de entrar como usurpador que una cincuentena de legiones borrachas de cerveza durante un mes seguido.

Imbuido por la lujuria de los festejos, Constantino minimiza la situación con su hijo Crispo.

—¡No te atormentes! ¡Bebe con nosotros, muchacho!

El chico está preocupado.

—Tal vez nos estemos pasando, padre. ¿No crees que Licinio se enfurecerá?

El Augusto está al otro lado del umbral del raciocinio:

—Si no dijo nada cuando derribamos las puertas de la fortaleza, no veo

por qué tendría que tocarnos los cojones justo ahora que hacemos bailar a todas sus mujeres y servimos bebida gratis.

Es como hablarle a una pared. Solamente cuando llega al fondo del barril, cuando los últimos cuadrantales de cerveza se han terminado y hay que pasar cuentas con el dolor de cabeza y la jodida realidad, Constantino se da cuenta de que se ha equivocado. Así que da la orden de desmovilizarse y vuelve a la Galia. Aparte de algunas caras largas, no encuentra problemas por el camino, pero cuando llega a casa los problemas lo están esperando. Las desgracias, ya se sabe, nunca vienen solas.

En su habitación, apiladas ordenadamente sobre el escritorio de cerezo, le esperan las protestas de Licinio. Manuscritas con una grafía pequeña en papiro de excelente calidad, contienen palabras de fuego. Los términos que aparecen con más frecuencia son «inaudito», «atropello», «invasión». Si lo piensa fríamente tiene razón, Constantino ha cruzado la frontera. Pero después se ha ido, no se ha aprovechado de la ventaja logística, que a decir verdad habría sido una buena ventaja. Bizancio y un trozo de Tracia ya estaban tomadas antes de empezar la guerra. Crispo se lo hizo notar justo antes de levantar el campamento:

—Teniendo en cuenta que el daño ya está hecho, padre, qué más da si lo aprovechamos...

—¡No y mil veces no! —le contestó el agosto—. Nosotros no somos miserables que buscan limosna. Hemos cruzado la frontera por estrictos motivos tácticos, no con artimañas. Nuestra guerra, si la hay, será una guerra justa. Dejemos lo que es fácil para los tontos y los vencidos, ¿está claro?

Crispo se tapó la boca y agachó la cabeza. No es él quien manda. De modo que nada de ventajas bélicas, un regreso con la cabeza palpitando por la épica borrachera y un montón de pensamientos, una avalancha de protestas por parte del agosto de Oriente y, para colmo, en la familia hay una novedad gorda.

Cosas de hijos, un asunto peliagudo. Ha nacido un niño. Cuando Constantino se fue Fausta estaba encinta, le faltaba poco para dar a luz. Dejó dispuesto que le pusieran el nombre de Constante.

—¿Y si nace hembra?

Fausta manifestó una legítima suspicacia. Pero el emperador tenía otros problemas, los godos estaban a las puertas, iba a tener que cruzar la frontera.

De modo que cortó por lo sano y atropelladamente echó por los suelos cualquier mínima esperanza de reconciliación con su mujer.

—Será varón. Llámalo Constante. Que no se te olvide, por favor... —Y se fue.

A Fausta no le hizo ninguna gracia, pero naturalmente, delante de él, no dijo nada, se limitó a asentir para después ir a desahogarse delante del espejo.

Cuando llegó el momento de dar a luz a la nueva vida, le tocó darle la razón a su adorado consorte. Constante vino al mundo con la cabeza llena de pelo y los pulmones colmados de chillidos.

—¡Vaya par de cojones! —sentenció sin malicia la nodriza, eliminando cualquier duda respecto al sexo del recién llegado.

—¡Es igual que su padre! —pontificó la abuela Elena, la cual, con tal de no perderse el nacimiento de un nieto, se pasó las doce horas que duró el parto apretando la mano de Fausta.

De modo que la familia se ha ampliado, y cuando Constantino regresa a casa de la campaña goda por fin puede coger en brazos a su pequeño. Pero no es este último nacimiento lo que desbarata el cada vez más frágil equilibrio de la Casa Augusta. Más bien son el primogénito y el segundo los que echan chispas.

Crispo es César, el título le ha llovido del cielo como premio por haber sobrevivido tanto al abandono como a una década en la corte de Galerio. Sin embargo en poco tiempo se lo ha ganado con creces, ha puesto a los germanos en su sitio e incluso ha aprendido a manejarse en el mar. En la vigilia del enfrentamiento más importante de su vida, al emperador le pareció natural asignarle el mando de la flota. Y nadie dijo nada en contra, aparte de su hermano Constantino.

El pequeño homónimo del Augusto sólo tiene siete años. Pero por lo que parece ha heredado de su padre las ganas de mandar. En cuanto Crispo empezó a jugar con los barcos de guerra y dejó libre la provincia de Galia, Constantino *iunior* se lanzó a ella como un buitre y ya no ha soltado la presa.

La abuela Elena, que siempre ha tenido debilidad por Crispo, en seguida puso objeciones y entonces tuvo que intervenir Fausta, la cual nunca ha soportado a su suegra. Además, a pesar de ser pequeño, Constantino sigue siendo el primogénito legítimo y merece su buen trozo de pastel. Fausta es dulce como la miel, pero si tocas a sus cachorros se transforma en una leona,

como todas las madres del mundo. Cuando el aire se calienta, tarda un segundo en saltar al cuello de la *nobilissima femina* llamando «bastardo» a su nietecito. Pronuncia esa maldita palabra y en seguida se arrepiente. «¡No hay bastardos en esta familia!», le parece oír decir a su marido con su vozarrón. Pero no sólo se trata de complacer a su hombre, la augusta ha dejado de utilizar esa táctica desde hace tiempo. Lo que no quiere es herir a Crispo, sus ojos azules le causan una gran impresión. Avivan pensamientos que es mejor no mencionar ni siquiera en confesión.

En resumen, éste es el clima que se encuentra el Augusto Máximo en casa en cuanto regresa victorioso de Oriente. Por un lado, Licinio quiere hacerle la guerra a toda costa. Por el otro, su madre y su esposa atizándose de lo lindo. Y encima sus hijos predilectos peleándose por un pedacito de tierra.

Constantino podría intervenir por la fuerza y poner a cada uno en su sitio, incluido Licinio, pero ya hace tiempo que ha aprendido que el Estado funciona mejor si se administra con la razón en vez de con las tripas. Especialmente si por medio hay orgullos de mujer. De modo que se comporta como un hombre, se encierra con llave con su esposa y discuten hasta que les sale humo de la cabeza.

Lo que había entre ellos se ha enfriado, pero a pesar de todo todavía se quieren.

Cuando salen de la habitación es Fausta la que se ocupa de arreglar la situación. Se reconcilia con Elena, lisonjea a Crispo y convence al pequeño Constantino para que deje de patalear.

Al final, todos tienen lo que querían: Crispo, un puesto de honor en la guía de la nación, y Constantino *iunior*, su maldita Galia, que dirigirá bajo la supervisión de su padre. Hasta Fausta se lleva a casa un regalo inesperado. Constantino *senior* hace acuñar monedas con la fea cara de Maximiano. Como queriendo decir que, después de la *damnatio memoriae* que le costó el juicio y la vida a Diocleciano, y a pesar de haber atentado contra la estabilidad del Imperio un millón de veces, el viejo hijo de zorra ha sido rehabilitado.

Después de casi un mes de negociaciones, mensajeros, labores diplomáticas en su casa y cartas enviadas a Nicomedia, Constantino se hace ilusiones de que la disputa con Licinio también se ha resuelto. Pero una fea mañana de verano el agosto de Oriente manda decir a su colega que es mejor que esté preparado, el tiempo de las charlas se ha terminado.

Licinio siempre ha sido un hombre bueno, pero con sesenta años cumplidos ha entendido que a fuerza de ser buena persona al final acaban dándole por el culo. Constantino tenía que habérselo pensado dos veces antes de desafiarlo.

No hay nada más que añadir, ahora les toca hablar a las armas. Los ejércitos de Oriente se despliegan en los alrededores de Adrianópolis y esperan. Las tropas de Occidente se preparan para la partida.

La última batalla, la peor de todas, está finalmente a punto de empezar.

Adrianópolis, principios de verano de 324 d. J.C.

Constantino y sus hombres llegan de Tesalónica. Viajan formando columnas detrás del lábaro, un paño cuadrado de color púrpura con una franja de oro, izado en una gran pica dorada mediante una pequeña asta transversal en cuya cima sobresale, poderoso, el Crismón. El mundo necesita símbolos y el ejército, su bandera. El signo de Cristo concedió la victoria en Puente Milvio, ya hace doce años de aquello.

La protección del Altísimo ha acarreado muchos otros triunfos. Es hora de ser agradecido, es hora de confiar en Él por completo.

Quien enarbola el asta en medio del enfrentamiento no tiene nada para defenderse, ni espada ni escudo. Pero no le hace falta, el aura mística del lábaro preserva a los valientes de los dardos y de las heridas. Quien, en cambio, se muestra cobarde y lo abandona, muere en seguida, con la carne desgarrada por las cuchillas enemigas.

Hay mucho respeto por la fe del emperador, una gran confianza en ese Dios de guerra que promete victorias y sólo pide amor a cambio.

El ejército de Constantino acampa en las cercanías de la ciudad. Adrianópolis se yergue con sus torres sobre la roca. A su espalda, el monte del que nace el río Tonzos. La serpiente de agua va rodando hacia abajo y se lanza al Evros sin piedad. Al abrigo de sus espirales la milicia imperial monta el campamento y aguarda. La espera es extenuante.

Junto a los soldados hay curas y obispos, incluso disponen de una tienda para rezar. Constantino se pasa un montón de tiempo allí dentro. Habla con Dios, nadie sabe exactamente qué se dicen esos dos, pero cada vez que el emperador sale de la tienda lleva una bonita sonrisa estampada en la cara.

Para Licinio es muy diferente. Al otro lado del río, el augusto de Oriente está a punto de hablar a sus tropas. Es un hombre práctico, sabe que si hay un Dios del amor allí fuera, ya ha elegido de qué parte está. Sería inútil perseguirle e implorarlo, ponerlo en un aprieto pidiéndole que escogiera entre su preferido y este humilde servidor. Licinio ya conoce el veredicto sin esperar a que sea dictado. Además, ya hace tiempo que la tiene tomada con los cristianos, a muerte.

El asunto de Arrio era sólo la punta del iceberg; a medida que la Iglesia se ha ido desmembrando, ha ido mostrando su lado mezquino. «Está hecha de hombres, ¿qué te esperabas?» Se lo ha repetido día y noche, pero la decepción es demasiado grande. Licinio se ha sentido traicionado, burlado. Después de haber confiado y protegido a los seguidores de Cristo, éstos le han vuelto la espalda, han ignorado sus disposiciones en materia de fe. Su Dios de amor se ha disuelto, devorado por las escisiones intestinas y por el rencor.

Licinio es un hombre bueno, no soporta el mal humor en tiempo de guerra. Y ya no digamos cuando la guerra está a las puertas y reina el último retazo de paz. No lo ha soportado, ha intensificado la represión hacia los devotos de la Cruz y ha mirado hacia otro lado. Ha buscado en el pasado todo el consuelo que necesitaba. Cuando el futuro es incierto, el pasado es la única seguridad; el augusto oriental acaba de reintroducir la obligatoriedad de hacer sacrificios y se rodea de arúspices allá a donde vaya. A su alrededor hay magos y sacerdotes que le prometen la victoria. Licinio los escucha a todos, tiene una buena palabra para cada uno. No tiene ni idea de cómo acabará, pero antes de dirigirse a los hombres, hace un sacrificio en el área sagrada, igual que hacía cuando era un muchacho.

El emperador respira hondo, clava los ojos en las tropas. Sabe perfectamente que ésa no es una guerra como todas las demás. Allí se decide el Imperio del mañana. Es un enfrentamiento entre dioses, antes que entre hombres. Señala los trozos de carne muerta que hay junto a él, las representaciones de los númenes tradiciones, las velas encendidas.

Finalmente habla:

—Amigos y connilitones, éstas son las divinidades que nosotros adoramos desde que nuestros más antiguos progenitores nos enseñaron a venerarlas. En cambio, el hombre que guía la formación que tenemos enfrente ha violado las tradiciones ancestrales para abrazar la doctrina que niega la

existencia de los númenes y, equivocadamente, se ha entregado a adorar a un dios extranjero y va cubriendo de deshonor a su propio ejército con su actitud indigna. Con plena confianza en Él, avanza con las armas apuntadas contra nosotros, al igual que contra los mismos dioses que ha traicionado. Los dioses que nosotros veneramos y los de la parte adversaria juzgarán en este momento quién está equivocado. De hecho, o la victoria será para nosotros, y significará irrefutablemente que nuestros númenes son los auténticos salvadores y auxiliares, o bien sucederá lo contrario, y ese único Dios de Constantino, que no sé cómo ni de dónde ha salido, saldrá victorioso pasando por encima de nuestras divinidades, que son muchísimas y hasta ahora insuperables en número. En este último caso, que nadie dude a qué dios hay que venerar, porque nos comprometemos a dar nuestro apoyo al más fuerte, y sólo a ése habrá que consagrar el trofeo de la victoria. Si el dios extranjero, al que ahora nosotros ridiculizamos, resultara ser el más fuerte, no habrá ningún obstáculo para que nosotros también lo reconozcamos y lo veneremos, abandonando para siempre a los dioses en honor a los cuales inútilmente encendemos estas velas. Pero si son nuestras divinidades las que prevalecen, lo cual está fuera de cualquier duda, ¡después de la victoria conseguida en este lugar nos lanzaremos con ímpetu a la guerra contra los enemigos de los dioses!

Toda la vejez de Licinio cabe en estas palabras. Está diciendo a sus soldados: «Si vencemos, querrá decir que teníamos razón. De lo contrario significará que estábamos equivocados...»

Sólo le falta resoplar y cruzar las manos detrás de la espalda mientras observa trabajar a los guerreros y a los herreros en los últimos retoques. Sea como sea, sus soldados lo aclaman, lanzan un buen grito, cumplen con su deber. Después, sin embargo, todo se detiene, nadie se mueve.

El manto insulso de la inactividad abraza la llanura de Adrianópolis durante días y días.

Adrianópolis, 3 de julio de 324 d. J.C.

Después, una mañana sin sol, Constantino ya no puede más. Va de avanzadilla con un puñado de valientes y se da cuenta de que, no muy lejos del campamento, el Evros se estrecha y las orillas se acercan. De modo que ordena a sus hombres que talen los árboles de la colina que hay al lado, que

lleven la leña al estrechamiento y trabajen allí entrelazando cuerdas y preparándolo todo como si tuvieran intención de construir un puente para cruzar.

La maniobra diversiva funciona, de tal manera que los vigías de Licinio, después de observar ese gran trasiego, ordenan al grueso de la milicia que se traslade hacia la angostura para recibir al enemigo como se merece cuando se arriesgue a cruzar el río.

Mientras tanto, Constantino moviliza a cinco mil arqueros y a ochenta caballeros en una colina cercana. Tiene mucho cuidado de que no lo vean, mueve el enorme contingente al abrigo de la espesura. Cuando es el momento vadea el Evros con la caballería y cae sobre las filas de Licinio, cogiéndolos por sorpresa.

La matanza es total. El Augusto Máximo, cargado de ira por la espera extenuante, libera a Trachala y les sirve a los enemigos como carnaza. Hunde cráneos y ensarta intestinos cegado por la furia. A su espalda, un enjambre de dardos arrojados desde la cercana colina termina el trabajo, atraviesa a los estúpidos soldados de Licinio, todavía atónitos por el sorpresivo asalto.

No hay resistencia, las catafractas de Occidente trotan y desmiembran, penetran las defensas de Oriente como un marido caliente haría con su amada durante la primera noche. Más que la espada se impone la sorpresa, de tal manera que mientras los primeros caídos todavía gritan, ya llega el resto de las tropas de Constantino, y se añade hierro al hierro.

Los imperiales de Poniente casi no luchan, un caldo de nervios y huesos enfanga la bonita hierba de verano. Si el Dios de amor está bendiciendo la victoria, seguramente ha apartado la mirada por miedo a vomitar.

Bajo los estandartes de los antiguos dioses mueren treinta y cuatro mil hombres. El número es enorme, el montón de cuerpos es imposible de sepultar. Después de todo un día de enfrentamientos Licinio agrupa a sus efectivos al caer el sol; los ánimos están por los suelos y el miedo sacude las espaldas más que los fuertes vientos del norte. Licinio tiene los ojos tristes, recoge a los supervivientes y protege Bizancio.

Los que se quedan atrás permanecen con vida. A pesar de la cruda violencia que guarda para los combatientes, Constantino se muestra misericorde con aquellos que están dispuestos a rendirse. Los que han evitado la masacre se ponen a disposición del vástago de Iliria, reniegan de sus

antiguos númenes y de su achacoso y viejo señor. Al día siguiente están listos para combatir bajo el signo de la Cruz.

Bizancio, un par de semanas más tarde

Constantino aprieta la Propóntide en un mordisco letal, aferra los cuernos con prepotencia; muerde Bizancio, la sitia, y Licinio, allí dentro, se lo hace encima. El vástago de Iliria tiene el Bósforo en sus manos, el primer cuerno es suyo.

El segundo, el Helesponto, es cosa de Crispo, comandante de la flota imperial. Augusto y César estrujan y presionan. El toro de Oriente está a punto de ceder.

Bizancio no tarda mucho en capitular, Constantino juega con astucia. Hace levantar un terraplén gigantesco a las puertas de la ciudad, tan alto como las murallas. Allí encima erige torres de madera, equipa las posiciones con catapultas incendiarias, arietes y un mar de arqueros letales. Los sitiadores inundan de fuego la ciudad, se ríen de las fortificaciones. Licinio pierde la cabeza y escapa a Calcedonia dejando atrás a la parte más débil de su ejército. Quienes asisten a la secreta fuga juran haberle oído maldecir a los dioses. Licinio es cada día más viejo, a menudo, durante la noche, se despierta llorando.

Bizancio es tomada en un abrir y cerrar de ojos. Ahora se juega todo en el mar.

Helesponto, esos mismos días

El estrecho es una hoguera de agua y de sol. Crispo nota la sal en la cara, se balancea agarrado a la gúmena, firme y erguido en la proa como un mascarón. El gran día ha llegado, la chusma ha sido instruida y sabe lo que debe hacer.

Los espías cuentan que la flota de Licinio, a las órdenes del comandante Abanto, presume de tener un centenar de barcos de ventaja, incluso un poco más: doscientos contra las ochenta de Occidente, eso dicen.

Pero Crispo no tiene miedo, ya conoce la historia, cuanto más angosto es el campo de batalla menos importancia tiene la cantidad de efectivos. Lo

fundamental es cubrirse la espalda y fijarse que a nadie se le ocurra pasarse al enemigo. Leónidas habría vencido en las Termópilas si no hubiera sido traicionado.

Basta con mantener la posición y apretar el culo, Crispo lo sabe. Da la orden cuando el sol acaba de salir, los navíos se mueven al unísono. A simple vista es impresionante. El hexarreme *Abundancia*, su barco insignia, abre camino, seguido de la liburna *Neptuno* —la más rápida—, regalo especial de su padre. Detrás se desliza el quinquerre *Victoria*, gran protector, y los doce cuatrirremes en posición de guerra. Tienen nombres llenos de esperanza: *Fortuna, Fe, Salud...* Después viene el grueso de la armada, cincuenta y tres trirremes puntiagudos como los dientes de un tiburón, delgados y veloces como un rayo. *Apolo, Águila, Augusto, Capricornio, Ceres...* las piernas tiemblan al verlos en formación, el corazón pierde el compás.

El mar nunca se para, los navíos se balancean al mismo tiempo. Las velas hinchadas por la brisa del suroeste los empujan hacia su destino.

Las embarcaciones de Crispo llegan de Poniente, zarparon del Pireo hace días. La flota de los enemigos cruza la entrada de Levante y se dispersa en el estrecho. Es una invasión de cucarachas, una fea enfermedad de la sangre. Los navíos son muchos, realmente demasiados, siguen bloqueando la arteria salobre uno tras otro, se amontonan, los remos se tocan, los remeros se agitan y los guerreros vacilan. Un par de infantes de marina caen al agua a la primera embestida, a lo largo de la espina dorsal de la armada se desata un murmullo de impaciencia.

Crispo parece haber nacido en medio de las olas. Ordena el ataque, las naves maniobran y apuntan hacia el corazón de las naves adversarias.

Abanto se inquieta.

—¡Rodeadlos! —grita, y los cascos obedecen.

Pero el espacio de maniobra es el que es, los trirremes de Occidente salen de todas partes, vuelan los garfios de abordaje, tienden las tablas y en un pestañeo los hombres de Crispo ya están encima de los marineros de Licinio. Cien espadas parten cien cuellos a la vez.

Sangre en el agua, cuerpos al mar. Gritos de asalto, los imperiales pegan duro. Matan y clavan. A golpes de hacha agujerean y derriban, los hacen ir a pique.

Abanto y los suyos son lentos, se entorpecen los unos a los otros,

intentan virar y chocan, no pueden escapar.

El combate dura desde el amanecer hasta la puesta de sol, quilla contra quilla, espolón contra mascarón. Los puentes están llenos de sal, sangre y agua tibia. Las olas son bofetadas en la cara, no hay piedad para los que se quedan atrás.

Al atardecer, Abanto ve que es mejor retirarse y se repliega hacia Ayante, pone el culo a salvo. Muchos de sus hombres encuentran refugio en Eleo, en Tracia.

Al final cae la noche y sólo se puede descansar. Ceguera de fuego y pensamientos, crepúsculo de estrellas brillantes como zorras enjoyadas.

Crispo no consigue dormirse. No es culpa del balanceo ni de la brisa. Junto a los toletes de los remos tampoco duerme nadie. Remeros, soldados y almirantes, todos sienten lo mismo. La victoria está tan cerca que se nota su olor.

Pero ahora está oscuro y sólo queda esperar.

Cuando el Sol Invicto sale del mar a saludar al nuevo día, el pecho de Crispo se aligera de golpe. Como un niño impaciente por volver a jugar, el César da la orden y los marineros se ponen en marcha. Se tensan las jarcias, se desatan cabos. Izan el ancla con el cabrestante a fuerza de brazos. En menos de una hora toda la flota está en el estrecho.

Para Abanto y sus hombres el despertar no es igual de dulce. El viento sopla del norte y volver a entrar en el canal es complicado; el comandante medita si invertir el rumbo y quitarse de en medio o bien meterse allí dentro y acabar el trabajo. Echa un vistazo a la armada de Crispo con unos prodigiosos lentes egipcios que tienen la capacidad de hacer grande a la vista lo que es pequeño. Cuenta las embarcaciones y siguen siendo la mitad que las suyas. De modo que se arma de valor y concentra a sus navíos. Los galeotes se entregan con los remos, para los ociosos está el látigo. El cuero levanta la piel, las espaldas escupen sangre y los músculos bombean cansancio. Miles de brazos brillantes de aceite y sudor, el ritmo de los remeros, los tambores en la cabeza.

Olas y viento, remos y cansancio.

Después de casi cuatro horas al máximo, los cuatrirremes de Oriente forman un círculo alrededor de las embarcaciones de Crispo. En un mundo justo, los héroes de Levante ganarían, son más y están mucho mejor preparados, se han esforzado muchísimo para llegar hasta allí, han sacrificado

cien toros a Neptuno antes de echarse a la mar.

Pero ya se sabe que el mundo es todo excepto justo.

Y Neptuno es un ingrato pedazo de mierda. Hacia mediodía se pone a sacudir el Gran Azul como una sábana tendida a secar. El viento cambia en un instante, ahora sopla del sur. La mayor parte de los navíos está demasiado cerca de la costa, Asia los atrae hacia sí como una maldita sirena. Los tripulantes intentan arriar las velas, pero el viento es fuerte. Las barcas más afortunadas embarrancan, todas las demás se estrellan contra las rocas.

Al mismo Abanto le coge por sorpresa, acaba en el agua, alcanza la orilla a nado después de haber visto irse a pique a su barco insignia. El espectáculo desde la playa es un codo de hierro clavado en el corazón. Crispo y sus hombres se aprovechan de las circunstancias y se abalanzan sobre los desgraciados como arpías cegadas por el odio. Embisten, sacuden, golpean. Hunden las naves que quedan, rebanan cabezas, entran al abordaje sin piedad.

Y en una hora la partida se acaba.

El estrecho está lleno de madera y carne muerta, antes de la noche ya se habrán hinchado. Abanto está vivo. Espera a que oscurezca para escabullirse con los supervivientes; de las doscientas embarcaciones con las que llegó sólo le quedan cuatro. Se esfuma en silencio, maldiciendo a los dioses y a la mala suerte.

Crispo, en el combés, no puede creer lo que ve, observa el mar de muerte y destrucción.

La victoria sabe a sal. A carroña.

La piedad ha muerto, se ha ahogado en un mar de rebelión.

Crisópolis, cerca de Calcedonia, 18 de septiembre de 324 d. J.C.

El último acto empieza ahora. Mejor dicho, ya ha empezado. Ya no hay paz en la vida de Licinio, ninguna tranquilidad. Ni siquiera sabe cuántos días lleva mirando al cielo a la espera de una señal.

Sus hombres, en cambio, roncan a pierna suelta. Son conscientes de que podría ser el último sueño antes de descender a los infiernos, no pierden ni un minuto. Pero la mente juega malas pasadas a un paso de la batalla. Un sueño loco se insinúa en la cabeza de un montón de soldados de Licinio. No de todos, sería una estupidez pensar que ciento treinta mil hombres pueden soñar

lo mismo al mismo tiempo. Pero muchos —demasiados para tratarse de una coincidencia— tienen la misma pesadilla. O tienen la misma visión... Nada complicado, sólo un presagio de los que hacen desaparecer el entusiasmo antes de entrar en la batalla: el ejército de Constantino al completo derriba las puertas de la ciudad y la toma sin ni siquiera luchar. La gente se rinde a su paso.

No todos están de acuerdo en el nombre de la ciudad en cuestión. Para algunos es Calcedonia, para otros Bizancio, que ya hace tiempo que ha caído, y para otros es Nicomedia, pero los infantes están allí para destripar y dejarse matar, no para actualizar el mapa bélico. De todos modos, la escena es la misma en la mente de cada uno: cascos y armaduras enemigas, el lábaro bien a la vista y la derrota que pesa sobre la nuca como una roca.

Cuando se despiertan todos están de pésimo humor. Incluso los que no lo han soñado, sólo con que los compañeros se lo cuenten se contagian en un instante. El abatimiento es altamente infeccioso, el aire sabe a muerte y a malos pensamientos.

—¡Pero somos ciento treinta mil! ¡Los derribaremos! —rebate un oficial.

La tropa hace ver que le sigue la corriente, esboza sonrisas, pero puede oír los comentarios que se susurran entre ellos:

—¿Y los otros cuántos son?

«También son ciento treinta mil.» La batalla final se juega con el mismo número de armas, de otro modo, ¿qué clase de enfrentamiento final sería?

A decir verdad, Constantino ha intentado reunir más brazos, pero tiene que dejar a alguien en Bizancio, si no, nunca dejarán de perseguirse. Y lo mismo ha hecho Licinio con Nicomedia; la capital no puede quedar desguarnecida, por nada del mundo.

Así pues, ahí están los dos augustos, acampados sobre las colinas alrededor de Crisópolis, con el Bósforo verdiazul ante los ojos y, un par de estadios más abajo, la llanura donde está a punto de decidirse todo.

Oriente y Occidente, el anciano y el valiente.

El jodido pasado y el asqueroso futuro.

El sol no ha salido, pero Constantino ya no puede más.

—¡Acabemos con esto!

Conmina al *cornicen* a que sople el instrumento y se lanza al galope.

Tres veces resuena el destino.

Tres veces en las orejas de todos.

Después se convierte en un asunto de hierro, sangre y cascos.

Licinio también sale, no le da miedo morir. Dirige la carga como un verdadero hombre, igual que el vástago de Iliria. El centro de la llanura se ve sacudido por los golpes de mil patas sobre la tierra. Retumba en el pecho la melodía del corazón roto. Un mar de odio, miles de vidas tiradas unas sobre otras.

El impacto es increíble, el grito ahogado de las primeras líneas, las caras magulladas de los guerreros sobre los escudos, las narices rotas, la cuchilla en la barriga. Guerreros acorazados derriban en nombre de Cristo, y los godos cogidos al lazo echan una mano. El enemigo tiene la piel oscura, tostada por el sol de Oriente. Cree en Marte y Júpiter Quirino, atiza como un herrero.

No hay estrategia ni subterfugios. No es una cuestión de táctica, hoy no se trata de engatusar al adversario. Ésta es la última batalla, por Dios, hay que emprenderla a martillazos hasta que el otro deje de respirar.

Constantino está en la silla de un bayo medio loco, una bestia del norte de esas que no temen la lucha. Cabalga con los muslos apretados, tiene las manos libres. Nada de yelmos ni escudos, en la derecha lleva la maza herrada y en la izquierda el lábaro bendito. Las iniciales del Señor bautizadas en la sangre, salpicadas por los cerebros de los injustos.

El Augusto Máximo mata como una bestia feroz, Trachala está libre y no pide permiso. Avista a su enemigo en medio del barro. Júpiter Pluvio no le tiene aprecio a nadie, hace una hora que mea en la cabeza de amigos y enemigos. Licinio renquea, pero todavía cumple con su deber, rebana de cuajo la mano de un infante, agujerea la cara de un primer centurión y esquiva el golpe certero que le llega por la espalda.

Trachala clava su mirada en él desde lejos, ha identificado la diana.

Licinio lo ve llegar, una avalancha de pensamientos le cae encima. No se había imaginado que la puerta del Orco fuera así. Ha pensado mil veces en el momento supremo, pero en ninguna de sus fantasías aparecía una bestia al galope dispuesta a arrancarle el corazón y comérselo crudo delante de él.

Licinio ha sido soldado durante toda su vida y, sin embargo, nunca se ha quitado de encima ese corazón amable que tenía cuando entró en el ejército. Ni la violencia, ni los atropellos, ni la maldita razón de Estado han

podido arrebatárselo. Siempre se ha imaginado que moriría en la cama, rodeado de sus seres queridos, cogido de la mano de la mujer de su vida.

Licinio es un hombre bueno, no hay rastro en sus ojos de la furia que incendia a Trachala.

No le apetece nada morir así. No se lo merece.

Trachala lo acosa, ya está cerca. Licinio da un empujón a uno de los suyos, lo lanza a la trayectoria de los cascos de la bestia. La furia lo tritura, la fiera afloja la carrera.

Licinio escapa. No tiene ganas de luchar, jadea y tropieza, eso es lo que hacen los cobardes. Incluso los que son buenos. Mete de por medio un mar de soldados, añade cuerpos a otros cuerpos para huir del destino.

Trachala es fuerte, está loco de rabia. Pero los enemigos le cortan el paso, hacen que el ímpetu disminuya.

Trachala rompe mandíbulas y parte cráneos de un golpe, pero la distancia que lo separa de Licinio es cada vez mayor. Se escurre como una serpiente que se arrastra.

Trachala mata, está lleno de sangre. Incluso desmonta del caballo, se lo han dejado cojo. Machaca narices con sus propias manos, las palmas embarradas de rojo. De gris.

Licinio da pisotones. Mira hacia atrás con las palmas de las manos hacia abajo, paralelas al suelo.

Trachala está cubierto de carne, muerta y viva.

El hombre bueno está lejos.

Cuando el último de los enemigos está muerto, Trachala resopla, Licinio no es más que un puntito en el horizonte. Dispuesto a embarcarse y desaparecer. Lo ha perdido, pero no irá lejos.

Trachala sabe que su fin está cerca. Escupe al suelo, después suelta la presa. Como un buen mastín vuelve a recogerse en las vísceras del agosto. Constantino parpadea tres veces, respira profundamente y echa un vistazo a su alrededor.

El campo de Marte besado por Cristo.

«El campo de muerte.»

Por todas partes hay tormento, vacío, cadáveres. La sangre coagulada se mezcla con la tierra. Cuervos y nubes, negro sobre negro.

En esta llanura de los cojones se han dado cita doscientos sesenta mil

hombres. No llegan a treinta mil los que todavía siguen en pie. Todos del mismo bando.

No queda nadie, todos los enemigos han entregado su alma a Dios.

Constantino cae de rodillas con un nudo en la garganta, clavado en el lodo, roto por la guerra, el lábaro rasgado lo mira.

El agosto de Occidente llora.

Llora sin que lo vean, porque todo ha terminado.

Nicomedia, dos días después

Licinio se ha encerrado en la ciudad con un centenar de caballeros con armadura. Como un niño mimado, se niega a salir. Constantino podría irrumpir y acabar de una vez, pero debe admitir que la situación lo divierte, es paradójica. Para interceder por el agosto de Nada ha venido su mujercita. Constancia sigue siendo muy bella. Pero los años y la convivencia con el anciano le han dibujado en el rostro una telaraña de aburrimiento. Sus ojos, poco a poco, se han ido apagando.

Constantino la ve llegar al campo y casi no se lo cree. Se hace el gracioso.

—Septiembre debe de ser el mes de las deserciones...

Constancia no tiene tiempo que perder.

—No bromees, hermano adorado... —Sus palabras contienen toda la náusea de la que es capaz. Todos los silencios de estos malditos años—. Licinio es débil, teme por su seguridad.

Constantino se ha quitado la careta de asesino. Allí, a un paso del triunfo, es el soberano bueno y justo.

—Su vida estará a salvo si entrega la púrpura y sale desarmado. Tiene mi palabra.

Constancia sabe que lo que va a pedirle no tiene ni pies ni cabeza. Pero le hace gracia preguntárselo. Se le antoja una trastada, como si volviera a ser una chiquilla.

—Te pide conservar la corregencia. Dice que se lo debes. Que se lo debes a la Tetrarquía.

Si Constantino fuera sólo una uña menos hombre de lo que es, la emprendería a bofetadas con ella. Sabe que disfruta hablando en nombre de su

marido porque así puede escupirle toda su saña a la cara. Todo el desdén por haberla entregado a una vida miserable entre los brazos de un fracasado. Pero Constantino ayer se quitó el disfraz de cruel. Lo dejó en el campo de batalla.

Así que le contesta en tono neutro. Incluso sonrío.

—La Tetrarquía está muerta. Y si no deja de ir cotorreando por ahí como un idiota, dentro de poco tu marido también lo estará. Ve corriendo a contárselo, pequeña, ya puede irse a la mierda con su petición de corregencia. ¿Está claro?

Constancia vuelve al redil más disgustada de lo que salió. Creía que al volver a verlo sentiría de nuevo ese escalofrío. Que gritarle a la cara toda la rabia que lleva dentro haría que se le estremeciera el bajo vientre.

Sin embargo...

Un par de horas después regresa con la púrpura en una mano y, detrás de ella, escondido y vergonzoso como un niño al que hayan pillado masturbándose en el granero, Licinio el Derrotado.

Constantino abre los brazos. Promete ante todos que no se hará ningún daño al miserable.

Licinio es un hombre bueno, después de todo. No merece morir como un hijo de perra cualquiera.

El Augusto Máximo da un par de instrucciones para que su adversario sea enviado a Tesalónica como exiliado, tras lo cual hace su entrada en la ciudad. La doble púrpura le ciñe los hombros, lleva la sonrisa del ganador estampada en la cara.

Con algunas vetas grises en las sienes y el mismo condenado corazón que empezó a latir a lo loco la primera vez que puso los pies allí.

Constantino entra en Nicomedia triunfal y no puede evitar pensar en cuando llegó siendo un niño, con el ánimo rebosante de miedo y unas ganas locas de hacerse un hombre.

Las palabras de Diocleciano, después de todos estos años, le retumban todavía en la cabeza. «Hoy no vales nada, pero tan cierto como que el sol sale cada mañana por Oriente, yo haré de ti un emperador... ¡O te mataré en el intento!»

Constantino no ha estado nunca tan orgulloso. «Aquí estamos, viejo mío, lo he conseguido. He hecho añicos todo lo que tú construiste, pero al final lo he conseguido.»

Constantino es el dueño del mundo. El auténtico, el único señor del infinito dominio que se extiende desde las Columnas de Hércules hasta el último extremo del Ponto. De Britania a África. Ya no hay nadie que comparta la carga del mando con él. Ya no hay nadie a quien dar las gracias, aparte del buen Dios.

Por eso le parece natural dirigirse precisamente a Él cuando se asoma a la ventana del palacio y arenga por primera vez a la multitud como soberano absoluto. Empieza saludando a la gente de Nicomedia —su gente— y luego va derecho al grano. Es hora de que todos entiendan cómo están las cosas:

—¡A ti, Dios, te invoco ahora para que seas clemente con los pueblos de Oriente! ¡A través de mí, tu servidor, otorga la paz a tus hijos de todas las provincias, oprimidos por largas angustias! ¡Y te lo ruego por una buena razón, oh señor del mundo, Dios santo! Porque he empezado mi empresa bajo tu guía y la he llevado a cabo para salvar a los hombres y, precedido en todas partes de tu santo emblema, he conducido al ejército a gloriosas victorias; y si fuera el caso de que las necesidades del Estado me reclamaran una vez más, entonces, siguiendo al mismo emblema de tu poder, volveré a enfrentarme a los enemigos.

Y para aquellos que todavía no lo han entendido, añade:

—Es Dios quien ha querido que le sirviera y me ha considerado digno de cumplir sus decisiones. De modo que yo, empezando por el mar de los britanos, y continuando por los países en los que se pone el sol siguiendo las leyes de la naturaleza, he atacado conjurado, por superior voluntad, los horrores que dominaban en todas partes, para que la estirpe humana, instruida a través de mí, volviera al servicio de la Ley Sagrada y al mismo tiempo difundiera la santa fe bajo la poderosa guía del Altísimo.

Restitutor Orbis, así lo llaman los que han estudiado; restaurador del mundo, el que ha reunido todo el globo bajo su dominio.

Constantino inspira, se llena los pulmones. El corazón, en su pecho, golpea con tanta fuerza como para romperle el esternón. La cabeza no deja de darle vueltas; por fin el augusto sabe cómo se siente el viejo Atlas. El peso es insoportable. Pero no existe otra sensación igual en todo el maldito universo. Al final acabará acostumbrándose. Diantre, por supuesto que se acostumbrará.

Misión cumplida.

Nicomedia, verano de 325 d. J.C.

Constantino pierde el tiempo en la terraza. Se aburre mirando el oro que se diluye en el mar. Hace un calor infernal. Fausta se reúne con él haciendo sonar sus pasos. Lleva un rollo de papiro en la mano.

—Lo acaban de traer. ¡Es urgente!

Constantino le da las gracias, arranca el sello, lo desenrolla y lee. Es un comunicado del prefecto de Tesalónica. Anuncia solemnemente la muerte de Licinio, el ex augusto de Oriente.

Muerte por suplicio, tal como ha ordenado el emperador, con la acusación —naturalmente falsa— de alta traición y conspiración. El hombre al que hace doce meses Constantino prometió inmunidad delante de todo su pueblo, acaba de expirar. Asesinado por orden suya, avergonzado delante de la Historia, listo para ser enterrado con deshonor.

Licinio era un hombre bueno. No se merecía todo esto. Pero el mundo no está hecho para los buenos, es cruel y bellaco.

El dueño del Imperio registra la información del deceso de su antiguo adversario igual que un encargado de las provisiones toma nota de un cargamento de trigo. Sólo otro fardo en el depósito. Constantino no siente ni alegría ni dolor. Más bien una pizca de aburrimiento; y un enorme dolor de cabeza.

Fausta lo ha estado mirando todo el rato. Ella también sabe lo que hay escrito en esa condenada hoja. Observa a su marido y no lo reconoce. No queda rastro del muchacho del que se enamoró.

—¿Qué se siente al tener el mundo en la palma de la mano? —le pregunta sin emoción.

—Soledad.

Eso es el poder. Cuando se tiene, todo lo demás desaparece.

Tres

LA CRUZ

El Concilio

(325)

Nicea

[...] el clero se transformó en el más devoto propagandista de su poder e ignoró completamente que él todavía tenía un pie en el paganismo y, es más, que sus manos goteaban sangre.

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Nicomedia, 325 d. J.C.

La vida en la corte ya no es como antes. O quizá sólo sea culpa suya, Constantino no sabría decirlo. Tal vez se ha pasado demasiado tiempo dando vueltas por el mundo, durmiendo en el suelo y sacudiendo a los demás, para acordarse de lo que hay que hacer para quedarse tranquilamente encerrado en un palacio. El emperador últimamente no lo está pasando muy bien.

«Pero ¿cómo puedes quejarte? ¡Eres el dueño del mundo!», la voz de su madre le retumba en los oídos.

El «dueño del mundo», se dice pronto. Al vástago de Iliria le parece que no manda ni siquiera en su propia casa. Para empezar, son sus mujeres las que le amargan el día. La hermosa Fausta lo evita, ha dejado de dormir en su cama, casi no le dirige la palabra. En realidad Constantino no tiene demasiado tiempo para dedicarle, sacar adelante el Imperio no es un paseo. Hay un montón de personas allí fuera que esperan algo de ti sólo porque llevas la maldita púrpura sobre los hombros. ¡Y ojo con titubear o mostrarte débil!

Para no disgustar a sus amigos cristianos y al mismo tiempo mantener a raya al resto de los ciudadanos, en el último año promulga más leyes que en los diez anteriores.

Es normal que el agosto, por la noche, no esté deseoso de meterse debajo de las sábanas a cumplir con su deber. Con la presión que siente en el pecho ya es bastante si consigue dormir.

Le gustaría mucho decírselo a su esposa, pero ella lo ignora, ni siquiera

le habla. De tanto en tanto le sonríe, esboza una mínima inclinación y desaparece en sus habitaciones, dejándolo solo como a un perro.

«De dueño del mundo nada...»

En cambio, quien no deja de rondar a su alrededor es Elena. Constantino ya se lo ha repetido un millón de veces, que no quiere, que no está bien; pero ella, a la primera ocasión, le estampa un beso en los labios y huye divertida, riéndose como una chiquilla. Con más de setenta años que tiene no es que resulte muy gracioso.

Además, todo hay que decirlo, se ha tomado demasiado en serio la historia del cristianismo. La *nobilissima femina* se pasa todo el día con curas y diáconos, se sabe de memoria pasajes de las Escrituras, se atormenta por la pobre gente del mundo entero. Y siempre acaba importunando a su ocupad simo hijito. De modo que es normal que Constantino se ensombrezca, se enoje por naderías, que siempre está de mal humor. Puede que sea el dueño del mundo, pero en definitiva es un hombre solo. Sin nadie con quien desahogarse.

Hasta su hijo Crispo últimamente parece distante. Ha intentado sincerarse con él, sin exagerar, siempre dentro de su papel de padre, pero él parece estar sordo. Cuando le coment  que Fausta se mostraba distante y no se dignaba siquiera a mirarle, faltó poco para que el primogénito perdiera los estribos. Salió en defensa de la matrona, dijo que las madres tienen muchas preocupaciones, que no disponen ni de un minuto para ellas mismas, que se pasan el día corriendo detrás de sus criaturas y otras estupideces parecidas.

A Constantino le habría gustado rebatir que las esclavas y las siervas están all  para eso, para descargar a las emperatrices de las tareas que acucian a las madres y permitirles gozar de la vida, y del marido. Pero Crispo estaba tan encendido mientras hablaba de Fausta que a Constantino se le pasó ese poético intento de hacerle confianzas y se transformó en el enésimo y tedioso coloquio con alguien que no te escucha.

De todos modos, discutir no sirve de nada. Parece que en la corte, y quizá en todo el condenado Imperio, no hay nadie dispuesto a escuchar los lamentos del emperador. Ni siquiera su amigo Lactancio, que se ha quedado en Treviri porque a su edad no se ha visto capaz de emprender el viaje de regreso a Nicomedia. Ha cumplido setenta y cinco primaveras hace poco. Constantino pregunta con frecuencia por él a los mensajeros procedentes de la

capital del norte y todos coinciden al describirlo: parece que siempre tiene una sonrisa de satisfacción en la cara, pero no puede decirse que en su cuerpo queden muchas ganas de vivir. Es como si se hubiera dado cuenta de que ya ha hecho todo lo que debía, y no le interesara otra cosa más que esperar la partida. Cada mañana se levanta resoplando y reprocha al Altísimo que le haya dejado abrir los ojos otra vez. Ya no le apetece ver a nadie, pasa el tiempo repasando la Palabra de Dios y mirando el jardín florido que se ve desde la ventana de su habitación. Las raras veces que se encuentra con ánimo de escribir, acosa a Constantino con peroratas sobre la «espinosa cuestión arriana».

El asunto referente al Padre, al Hijo y a sus benditas naturalezas parecía estar resuelto después del gran jaleo que organizó ese burro de Licinio. Constantino creía que los cristianos, una vez que las Tierras de Oriente estuvieran libres de la plaga de la persecución, dejarían de pelearse entre ellos y se llevarían a las mil maravillas. Pero, para variar, estaba equivocado.

Arrio el Loco no se resigna. Ahora que ya ha regresado a Egipto no tiene ninguna intención de arreglar las cosas. Al contrario, sigue arremetiendo contra Alejandro —su acérrimo enemigo y obispo ortodoxo de Alejandría— con la historia del Hijo creado por el Padre. Constantino no entiende nada, le parece una gran pérdida de tiempo romperse la cabeza con esas tonterías, especialmente ahora que tiene un Imperio que sacar adelante.

Pero el egipcio, con su cantinela, sus maneras de burdel y la fascinación que ejerce, exalta los ánimos. Hasta el punto de que en Egipto se está a un paso de la guerra civil. Hasta la corte del *Restitutor Orbis* está abarrotada de sus seguidores. Y no son sólo criados y curitas, el morbo del cisma se difunde incluso entre las personas con estudios. Constancia, por ejemplo, la bella hermanastra del emperador, ahora viuda e instalada en la corte del asesino de su marido, no ha encontrado nada mejor que hacer que apasionarse por las historias del hereje, y se dedica a reunir prosélitos con mejores resultados que el más afamado de los estilitas. Siempre está ocupada discutiendo con las mujeres de su séquito sobre quién puso a quién en el mundo y sobre la naturaleza de Nuestro Señor. Así, en torno a ella los ánimos se inflaman, tanto entre los sirvientes como entre los hombres de letras. Eusebio se pasa demasiado tiempo leyendo las Escrituras en griego, y ella, día tras día, está más convencida de que tiene razón, hasta el punto de que —más ácida que un

limón verde— incluso a su hermano le planta en la cara su punto de vista:

—¡Por supuesto que Dios le tiene estima a Arrio!

Hubo un tiempo en que las mujeres de buena familia recibían una instrucción para tener algo con que distraerse en el gineceo. Hoy parece que, a fuerza de ideas y supuestas verdades, el gineceo haya invadido la sala del Gran Consejo y el tálamo imperial. De modo que incluso esa alma buena del emperador se encuentra de mal humor por culpa de las lunas y de la fe.

Tal vez Lactancio tenga razón y haya llegado el momento de acabar con la «espinosa cuestión arriana».

De manera que Constantino convoca a Osio de Córdoba, un cristiano de una pieza, uno de esos que nunca ha abjurado de su fe, ni siquiera bajo tortura. Prefirió exiliarse antes que abandonar a su Dios. El religioso orbita alrededor de Constantino desde la época que éste estuvo en Mediolanum. De vez en cuando le deja caer un buen consejo. El emperador nunca lo admitirá, pero la idea de transformar el Edicto de Galerio en el famoso Edicto de Tolerancia mediante un juego de manos es suya. Osio tiene una buena manera de hacer, es el tipo de persona que le gusta a todo el mundo, será por esa barba negra o por el rostro rollizo de padre afectuoso, pero normalmente la gente le hace caso. Desde hace algún tiempo el hispano vuelve a la carga por el asunto del bautismo:

—Mi señor, ¿cuándo te decidirás a acoger la gracia del Altísimo? ¡Jesús sabe lo digno que eres de hacerlo!

Pero Constantino tiene sus ideas, y sabe perfectamente que sería un error profesar únicamente la fe cristiana. Acabaría perdiendo partidarios entre los que no lo son. De modo que todas las condenadas veces que se lo dice acaba contestándole:

—Querido Osio, ni Nuestro Señor, en su maravillosa omnipotencia, puede evitar que este pecador lo decepcione... Si lo considero oportuno, acogeré a Jesús cuando esté a punto de dejar este mundo, así estaré seguro de no disgustar al Padre con alguna tontería de última hora.

No es extraño hacerse catecúmeno justo antes de morir. Es una costumbre extendida, incluso algunos fervientes devotos prefieren no jugarse la gracia hasta el último momento. Los ultraortodoxos y los obispos fruncen la nariz, es natural. Muchos de ellos, por culpa del santo bautismo, fueron perseguidos en la época de Diocleciano y Galerio. Y ahora les parece

demasiado fácil esta moda de vivir como paganos para morir en los brazos de Cristo.

A Constantino, en cambio, no le molesta en absoluto. Es una excelente jugada política que le permite ir haciendo ajustes. Piensa muchas veces en ello, aunque jamás se lo diría a nadie. Nunca cierras una puerta antes de haber derribado un portón, ésa es la filosofía del ilirio santo. Por lo tanto, nada de bautismo hasta que no sea *estrictamente* necesario.

Historias de catecúmenos aparte, Constantino y Osio se llevan bien. El emperador se fía de él. Y se equivoca. Pero, como el mundo es de los ignorantes, el augusto hace llamar al prelado de Córdoba y le confía una misión.

—Debes poner rumbo a Egipto y hacer llegar mi voz a Arrio y a Alejandro. Su absurda diatriba está dividiendo a mis súbditos...

Constantino entrega al hombre de Iglesia una carta escrita de su puño y letra y le insta a partir lo antes posible.

A Osio le gustaría explicarle que la cuestión es delicada y que va más allá de la política. Se trata de fe, no de orden público. «Aquí hay que entender quiénes somos nosotros, los cristianos. Ver si de verdad somos iguales y hay un mismo Dios para todos o si, por casualidad, como dice Arrio, incluso en la familia del Altísimo hay quien va primero y quien va después.» Pero según qué sutilezas no están hechas para alguien como Constantino, Osio lo advierte antes de emprender el viaje.

El trayecto de Nicomedia a Alejandría es más bien duro, por el calor y el miedo a los salteadores, a los que les importa un pito si llevas la cruz en el cuello o si eres devoto de Júpiter Pluvio. Primero te cortan el cuello y te birlan la bolsa. Y después, cuando han terminado, te preguntan de qué parroquia eres.

Durante las noches en las casas de postas y las millas en litera, el hombre de Dios lee y relee la carta de Constantino. Se la ha entregado abierta, sin sellos; el emperador no tiene nada que esconder. Y cuanto más la lee, más menea la cabeza. El augusto es un político excelente y también un guerrero insuperable. Pero como teólogo...

*El vencedor Constantino, Máximo Augusto, a Alejandro y a Arrio:
[...] oh maravillosa y divina Providencia, como una herida letal ha*

ofendido mi oído, es más, mi corazón, el saber que la disensión existente entre vosotros era muy grave [...] hasta el punto de que ahora vuestras regiones, desde las que yo esperaba que llegara la cura para las demás, necesitan cuidados más radicales.

Empieza despacio, pero en seguida va al grano.

Ponderando para mis adentros cuál era el origen y cuáles las causas de los conflictos, el pretexto por el que se han originado me parece bastante insignificante y en absoluto digno de una disputa como ésta.

Es el conocido espíritu analítico del ilirio en cuestiones de fe.

De hecho, si el motivo de la divergencia hubiera sido más grave, con la ayuda del Todopoderoso, os habría podido encauzar sin problema hacia la solución más conveniente, infundiendo sensatez en las pías mentes de quien me hubiera escuchado; pero desde el momento que lo que constituye el obstáculo principal es algo insignificante...

Eso es, exacto.

... y del todo intrascendente, ¿cuál no sería mi deseo sino encontrar una salida a la cuestión todavía más ágil y simple?

No hace falta dar más rodeos, la solución está servida.

Sería oportuno que desde el principio no se hubieran hecho preguntas sobre estos temas, y habría sido preferible que los que fueron interpelados no hubieran contestado.

Y de esta manera da una lección a los teólogos.

[...] De hecho, ¿quién podría ser capaz de comprender con exactitud o interpretar adecuadamente el poder de dogmas tan grandes y difíciles?

Claro. Si el emperador no lo consigue, ¿por qué diablos deberían hacerlo esos miserables egipcios?

Y si alguien se considerara capaz de hacerlo con facilidad, ¿a cuántos podría convencer?

Sólo a algunos miles de fieles, nada por lo que preocuparse... Ahora, en cambio, levanta la voz.

[...] Vuestra disputa no tiene cabida en los principales preceptos de la Ley, y en el culto divino no se ha introducido una nueva herejía.

¿Está claro?

Seguid alimentando una única e idéntica convicción, por lo que es necesario que os volváis a reunir en la unidad de la concordia.

Harían bien de metérselo dentro de esas cabezotas.

Y no hablo así para obligaros a llegar a una resolución en referencia a todos los aspectos de un tema que, se mire como se mire, es incluso muy irrelevante. De todos modos, podéis preservar íntegramente el valor de la unidad [...] incluso si entre vosotros subsiste algún desacuerdo sobre cuestiones de poca importancia, desde el momento que todos nosotros, evidentemente, no tenemos un idéntico punto de vista sobre todos los temas [...]

O lo que es lo mismo, pueden pensar lo que les parezca, total, al emperador no le interesa. Pero en público tienen que dejar de tirarse de los pelos. ¿Está claro, señoritas?

Devolvedme la calma de los días y el sosiego de las noches para que a mí también me llegue el placer de la luz pura y la felicidad de una vida tranquila.

Amén.

Con soluciones como éstas no se puede ir muy lejos, Osio lo sabe perfectamente. Pero Constantino es como es, ni siquiera quiere esforzarse en comprender la cuestión. Tal vez, si Arrio y Alejandro estuvieran en Nicomedia, las palabras del augusto serían escuchadas. Pero con toda esa distancia de por medio, este viaje acabará en nada. Osio tiene su opinión sobre la cuestión, pero el augusto no quiere saber nada... Llega a su destino y entrega dos copias de la carta.

Arrio ni siquiera lo recibe, está por ahí buscando discípulos. Sus seguidores, en la puerta de su madriguera, reciben al hombre de Iglesia sin inmutarse. Después de un viaje tan largo, a los desgraciados ni se les pasa por la cabeza ofrecerle un cuenco de vino. Pero Osio no se lo toma a mal, no es con esa gente con quien quiere pasar su tiempo libre.

Cruza Alejandría como un rayo, esquivando a los que alquilan caballos a precios desorbitados, y se cuele en los talleres de tintura al aire libre. Suda en medio del tufo del cuero en remojo en las tinajas, esquiva a las mujeres sumergidas hasta la cintura intentando hacer que se vuelva vistoso lo que nace neutro.

Antes de la hora sexta llega ante Alejandro, un obispo tan rico como liberal. El paladín de los ortodoxos. Por la manera en que lo recibe se nota que tienen una estrecha relación. Apenas hablan de la carta imperial, Alejandro le echa un vistazo antes de dejarla en el escritorio junto con un mar de papeles.

Beben vino tinto endulzado con miel, aunque con ese calor no es lo que más apetece. Osio engulle pichones asados en espetones, los sirvientes llevan bandejas enormes. Cuando se terminan el último trozo de pan sazonado y eructan después del último trago, finalmente el egipcio empieza a hablar:

—¿Y qué vas a hacer ahora, hermano?

Osio se deja caer en el triclinio y estira los viejos miembros maltratados por el viaje.

—Creo que disfrutaré de tu hospitalidad un par de días más mientras espero la respuesta de Arrio...

Alejandro se monda los dientes con un palillo.

—Si tienes prisa ya te la anticipo yo...

—No tengo ninguna, hermano... —Y engulle otro dátil. Está a punto de explotar.

Alejandro se ríe socarronamente.

—¡No te preocupes! Nadie te está echando, ¡estás en tu casa! Pero sabes perfectamente que, por mucho que diga el emperador, ese intrigante y yo nunca nos pondremos de acuerdo. Sólo estaré tranquilo cuando lo vea desterrado para siempre de Egipto.

Osio agarra la taza de tinto olvidada junto a los huesos de ave y la choca contra la del obispo.

—¡Así lo quiera Dios!

—¡Así lo quiera Dios! —contesta Alejandro.

No tienen tiempo de echar un sueñecito, el obispo suele descansar un par de horas después de comer, allí mismo, en la mesa, frente a sus invitados. Un sirviente irrumpe en la sala. Lleva noticias de parte de Arrio, lleva consigo la respuesta del hereje para el embajador de Nicomedia.

Osio echa un vistazo a la hoja que le acaba de entregar el siervo.

—¿Y bien? —El obispo levanta una ceja.

—Nada bueno... —Osio sacude la cabeza.

—¡Lee! ¡Lee! —le dice el obispo con avidez.

Osio lo enfría con una mirada. El mensajero todavía está en la sala y no le apetece airear esos asuntos a medio mundo.

—Nada que pueda repetirse...

Alejandro se resigna y despide al siervo. Cuando se ha ido, reflexiona unos momentos mirando al techo y al final pregunta:

—¿Dice que te vayas a la mierda?

Osio asiente, grave.

—Así es.

—Era de prever.

—Sí. —Él también está pensativo. Se sirve un poco más de bebida para asimilar la noticia—. Sinceramente, esperaba que tardara más. Tendré que partir mañana por la mañana —admite decepcionado.

Alejandro le da una palmada en el hombro.

—¿Por qué no te detienes en Antioquía de camino a casa? Allí tengo unos amigos que necesitan un favor...

De modo que al día siguiente Osio se pone en marcha. Subirse a la silla es un suplicio para su pobre espalda. No ha recorrido ni siete millas cuando decide desmontar y hacer el resto del viaje en litera, para alegría de los

portadores, que llegan a Antioquía más muertos que vivos.

La ciudad sobre el río es hermosa como una virgen; sus muros trepan al igual que una serpiente hasta las laderas del Silpio, las calles son un hervidero de especias y de tabernas.

Osio encuentra la dirección que Alejandro le ha indicado, una casona con el patio atestado de sirvientes a la espera de quehaceres. En su mayoría húmedas. En cuando Osio los ve saca conclusiones: ¡obispos!

Como es sabido, los nobles hombres de Iglesia prefieren los sirvientes de piel negra. Las malas lenguas sugieren que es por sus escondidas virtudes anatómicas, pero en realidad se trata sólo de una cuestión de obediencia. En general, los africanos del norte prefieren a los negros porque, una vez que aprenden una orden, ya no se les olvida. Y están dispuestos a cumplirla en cualquier momento, como monos amaestrados.

Cuenta a los hombres que hay en el patio, son casi cincuenta. Mientras se dirige a la puerta ya lo entiende todo. Su amigo Alejandro no se ha prodigado mucho con los detalles pero, una vez dentro, a Osio no le queda ninguna duda. Se trata de un sínodo.

Los religiosos saludan al recién llegado quitándose reverentemente el sombrero, a la moda de Oriente. Leen con avidez la carta de presentación del patriarca de Alejandría que Osio lleva consigo. Y al final le invitan a sentarse.

Lo que se discute es simple, el hispano en seguida se hace una idea. El obispo de la ciudad ha muerto. Una partida imprevista, una desgracia, atacado por los lobos durante una cacería, justo al otro lado de las murallas. En un momento tan delicado es necesario encontrar a un sustituto lo antes posible, y obviamente la decisión está entre un candidato arriano y uno ortodoxo. Osio escucha con educación, pero cuando es el momento de votar no tiene ninguna duda, prefiere al ortodoxo y rechaza al hereje, tal y como se lo ha pedido su amigo Alejandro.

Una vez solucionados los asuntos religiosos, el viaje de regreso sirve para digerir los placeres de Antioquía. Al llegar a Nicomedia, Constantino lo recibe en palacio mientras posa. Lleva el traje de las grandes ocasiones, un par de artistas desbastan el mármol y no dejan de mirarlo.

Cuando Osio cruza el umbral, el emperador despide a los escultores a toda prisa con una expresión interrogante dibujada en la cara.

—¿Y bien, querido amigo? ¿Has podido llevar la paz a Egipto?

Osio se arrodilla, agacha la cabeza y la mueve.

—Estoy desolado, mi señor. Traigo pésimas noticias.

La verdad es que Constantino se lo esperaba. Aun así lo lamenta, pero la decisión ya está tomada. Si las ovejas no hacen caso al perro, hay que llamar al pastor para que intervenga.

—¿Sabes lo que haremos, Osio?

El religioso levanta la cabeza. No tiene ni la más mínima idea, pero el augusto le da miedo cuando lo ve tan decidido.

—Ilumíname, te lo ruego.

Constantino le sirve una sonrisa mostrando todos los dientes, tras lo cual exclama:

—Convocaremos un concilio de todos los obispos de nuestra Santa Iglesia. ¡Y yo lo presidiré!

«¡Ahora sí que vamos bien!» Eso es lo que al dócil Osio le gustaría contestar al emperador, pero se guarda mucho de hacerlo, le interesa más salir de allí con la cabeza pegada al cuello.

—¿Un concilio, mi señor?

La feliz testa de Constantino se mueve arriba y abajo, afirmativamente.

—¡Excelente! —Osio se resigna y agacha la cabeza.

La decisión está tomada, no puede hacer como si nada. Cuando el rey del mundo da una orden todo el mundo obedece, así es como funciona.

Arrio y Alejandro creían estar a salvo detrás del muro de las «cuestiones de fe», pero la larga mano del augusto llega a todos los rincones.

Señoras y señores, prepárense para el acontecimiento del siglo.

Nicea, mayo-julio de 325 d. J.C.

El palacio imperial es una procesión de paños y colores. Por todas partes señorea la Cruz, entretejida en oro y plata. El rojo carmín planea sobre los tapices e invita a la concordia. Constantino no ha tardado mucho en preparar el Concilio. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien lo pare. Después de todo, es el dueño del mundo.

Los obispos han acogido la noticia con regocijo, han presionado para que tuviera lugar en Ancira. Considerando que la mayor parte de los purpurados llegan de Oriente, habrían preferido encontrarse en Galacia, pero

el Augusto Máximo ni siquiera los ha escuchado.

—El Concilio se celebrará en Bitinia. En Nicea, ciudad de la Victoria.

Y no en una iglesia, como cualquiera podría esperar, sino en la sala grande del palacio imperial.

«Para que quede claro quién manda.»

Con la intención de suprimir los rumores de los viejos patriarcas, preocupados por la pesadilla de un viaje interminable y durísimo, Constantino ha puesto a su disposición las casas de postas del Imperio.

Nada de pagar peajes ni alquilar caballos y animales de carga. La magnificencia de su majestad, el emperador, les proveerá gratuitamente a los señores de la Iglesia, tanto a la ida como a la vuelta. Sólo tienen que mostrar un salvoconducto que el Augusto Máximo les ha hecho llegar a todos en poquísimo tiempo.

Y así emprenden el viaje, son una infinidad, casi trescientos. Proceden de todo Oriente, de Europa e incluso de África. Entre ellos hay obispos sirios, fenicios, cilicios, árabes, palestinos, egipcios, tebanos, libios y de Mesopotamia. Incluso hay un viejo persa que, en cuanto llega a palacio, se une a un colega de Escitia. El Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, Frigia y Panfilia también envían a sus hombres más ilustres. Al igual que los tracios, los macedonios, los griegos y los epirotas e incluso los que viven más lejos.

El papa Silvestre, desde Roma, envía a dos sacerdotes para que lo representen. Arrio y Alejandro llegan por separado, pero a poca distancia el uno del otro. Probablemente han estado haciendo el viaje casi juntos, ignorándose cordialmente durante todo el trayecto.

A simple vista es impresionante. Los oficiales de Cristo se miran los unos a los otros, repasan sus vestimentas de seda y brocado; el pasatiempo preferido de todos es contar los anillos que llevan sus colegas en los dedos. Pero las bonitas ropas y los caros sombreros no sirven para borrar los costurones y las mutilaciones.

Las marcas de las persecuciones son muy visibles; a muchos les falta un ojo, varios amputados caminan con la ayuda de un bastón, casi todos tienen más cicatrices que un soldado. Nadie se convierte en obispo porque le caiga del cielo. Todos los que están hoy allí, en esta bochornosa jornada de mayo, han luchado por su fe. En un momento en que declararse cristiano equivalía a firmar una sentencia de muerte, estos hombres resistieron con orgullo y

valentía las pinzas y los hierros candentes, apretaron los dientes bajo el látigo de los verdugos, rezaron. Con todo su corazón. Y ahora que entran triunfales en palacio, como muchos monarcas de países extranjeros de visita, todos saben que se merecen el lugar que ocupan en la sala grande.

Los esperan centenares de siales de madera de alerce, ordenadamente dispuestos uno junto a otro, brillantes como un espejo.

Los hombres de Dios, sin ninguna objeción, ocupan su lugar, cada uno delante de su asiento. Pero nadie se sienta. Sería una imperdonable falta de respeto hacia el dueño de la casa.

Constantino los observa desde detrás del grueso lienzo que separa el ábside del resto de la sala. Mientras mira a los trescientos hombres, ordenados y compuestos como soldaditos antes de pasar revista, le parece imposible que esa gente esté dividida, que algunos de ellos se odien hasta tal punto de que puedan llegar a arrancarse la cabeza por esas inútiles cuestiones relacionadas con el Supremo.

Constantino no entiende de teología, ni tiene intención de entender, por eso ha convocado el Concilio. La Iglesia debe ser una.

Debe ser la imagen esplendorosa del Imperio unido, el alma bendita que vivifica los dominios del augusto. La Iglesia tiene que aprender a ser dócil como una mujer, a obedecer a su hombre, señor de todas las tierras. Ortodoxos, arrianos, melicianos y todos los demás prelados apartados de la doctrina oficial tienen que ir de la mano. Sentarse uno frente a otro, igual que hoy en esa sala, y llevarse a las mil maravillas, construir juntos el futuro del Imperio.

Eso es lo que desea el emperador. Así lo ordena el augusto.

Porque eso es lo justo.

Constantino saborea un poco más de concordia universal detrás de la cortina y entonces decide hacer su entrada. Quiere dejarles a todos con la boca abierta. Y sabe exactamente cómo hacerlo.

En la platea también está Eusebio, el perrito faldero de la bella Constancia. Es un hombre de fe, pero se siente infinitamente cohibido cuando está ante el emperador. Las malas lenguas, a causa de su excesiva familiaridad con la antigua emperatriz, sugieren que entre ellos dos hay algo. Si supieran quién hace palpar en realidad el corazón del religioso...

Eusebio no tiene muchas oportunidades de ver al augusto. La verdad es

que no ocurre todos los días que uno pueda admirarle tan radiante. Cuando el Grande hace su entrada, es tanta la sorpresa que la escena queda grabada en la mente del devoto como un magnífico cuadro. Dentro de unos años describirá el acontecimiento con palabras de ensueño:

Cuando los padres conciliares se hubieron sentado con todos los honores correspondientes, se quedaron en silencio a la espera de que el emperador hiciera su aparición [...] A la señal que indicaba la entrada del emperador, todos se pusieron en pie y finalmente Constantino en persona desfiló por el pasillo central como si fuera un celeste ángel del Señor. Su traje espléndido lanzaba destellos iguales a los de la luz y su imagen era reluciente gracias a los rayos llameantes de la púrpura, adornada con el fúlgido centelleo que emanaba del oro y de las piedras preciosas.

Un ángel del Señor, eso es lo que es Constantino para Eusebio. Detrás del rudo aspecto del ferviente doctor de la fe, palpita el corazón de un hombre enamorado. Cegado por un amor imposible, de la misma naturaleza de los que narran los poetas griegos: la pasión de un hombre por un ser celestial. Eusebio se ha pasado noches fantaseando con el hermoso monarca. Imaginando las aristas de su rostro y los músculos de sus brazos. Fantaseando sobre esos rizos que cortan la respiración. Se confió con Constancia, le confesó a su noble amiga ese fuego inenarrable con la misma delicadeza con que se regala un objeto precioso a alguien que está a punto de marcharse.

Constancia lo abrazó, acarició sus pensamientos de pecador con dedos de terciopelo, lo estrechó entre sus brazos hasta aliviar su gran dolor. Agradecida por la confidencia, le reveló a su amigo que ella padeció la misma enfermedad. Ella también, al igual que Eusebio, quiso al emperador. La loca pasión por su hermanastro la obligó a dárselo todo a cambio de nada. Una nada que el desgraciado recuperó por la fuerza, para dejarla otra vez con las manos vacías. Cuando repasan su común y prohibido amor por el agosto, Eusebio y Constancia llegan a la misma conclusión: es un ángel vengador, deshonesto y magnífico.

Y así es precisamente como se siente Constantino el Grande, como un maldito y hermoso ángel de Nuestro Señor. Uno de esos que van del brazo del Padre, que bromean con el Hijo, sin preguntarle nunca de qué naturaleza está

hecho.

Constantino quiere servir al Altísimo porque el Altísimo lo ha servido a él primero. Y con todos los honores. Jesús le ha regalado el mundo entero. Y precisamente así quiere devolverle su Iglesia, unida y santa.

Si para hacerlo tiene que resplandecer más que el Sol Invicto, Constantino resplandecerá.

Entra a paso lento, se dirige hacia la silla que hay al fondo de la sala. Ha preferido algo sobrio, ha dejado en casa el trono elevado y ha escogido un pequeño asiento de oro. El augusto no apoya el trasero hasta que los obispos le invitan a sentarse con un gesto, tras lo cual toman asiento a la vez.

Habla con voz melosa y todos lo escuchan.

—Lo que más me importaba, amigos, era tener el placer de asistir a vuestra reunión, y al hacerlo soy plenamente consciente de que tengo que expresar mi gratitud al Señor del universo, ya que, además de todo lo que me ha deparado, me ha permitido asistir a este acontecimiento, que es más importante que cualquier otro favor...

Los mira a los ojos, uno a uno. A continuación pronuncia la declaración de guerra:

—...es decir, veros aquí a todos reunidos compartiendo una única y unánime opinión.

«¿Lo habéis entendido bien, pedazo de miserables?»

Así empieza, con un golpe de escena y una orden concreta.

Él es el hijo predilecto de Cristo. Él es el decimotercer apóstol. Él posee la verdad.

Tened confianza, no tenéis otra elección.

En los días siguientes, la sombra del emperador se extiende de manera cada vez más alargada sobre las «ridículas cuestiones teológicas».

Arrio y Alejandro discuten hasta desgañitarse, pero basta una mirada del augusto para taparles la boca a ambos.

Constantino siempre está presente, habla en latín con un traductor simultáneo de griego. Pero cuando los patriarcas leen algo en la lengua de Platón, interviene a menudo. No le falta vocabulario, aunque su acento deja mucho que desear. Prefiere hacer que le traduzcan a mostrar debilidad. El emperador tiene una manera muy personal de conducir las sesiones, a veces

resulta hasta cómico. Los padres de la Iglesia se rompen la cabeza cavilando sobre la naturaleza del Padre y del Hijo, se pelean blandiendo las Escrituras para ganar un solo codo en el campo de batalla y él los liquida en un santiamén.

Cuando termina la primera semana de discusiones, algunos obispos le entregan acusaciones contra algunos compañeros. Se trata de un enorme legajo, manuscrito con pericia sobre la piel seca de unas cuantas ovejas y sellado con todas las de la ley. Un trabajo detallado y minucioso.

Constantino ordena a un sirviente que tome el pliego y lo lleve a sus habitaciones. Al día siguiente se presenta ante los acusadores con la sentencia:

—Dios es el encargado de escoger a los obispos, por tanto, no están sujetos a los juicios terrenales.

Quedan decepcionados —sobre todo por no poder echar mierda a sus enemigos con el beneplácito del augusto—, pero al mismo tiempo sorprendidos por la rapidez con que lo ha leído el emperador. Le han confiado una auténtica montaña de documentos y han pasado poquísimas horas. Le preguntan cómo ha sido capaz de leerlo todo en una sola noche. Constantino enarca una ceja.

—¿Leer qué? He cogido vuestras acusaciones y las he echado al fuego sin abrirlas siquiera. ¿Cómo quedaríais si alguien se enterara de vuestras ridículas peleas de gallinero?

En otra ocasión, en medio de una diatriba en torno a los llamados «traidores» —los que durante las persecuciones no tuvieron suficientes redaños para dejarse torturar y a cambio de su salvación traicionaron las Escrituras—, Constantino fija la mirada en un enjuto cismático. Está encendido como pocos, hace más de una hora que vocea contra la platea de ortodoxos. El emperador, harto de oírle berrear, le pregunta por qué se ha apartado de la Iglesia y él, cándido e irreverente, le contesta:

—Porque no puedo tolerar, mi señor, que la Santa Iglesia de Dios acoja a individuos caídos y que su pecado mortal encuentre el perdón con una simple bendición de los curas.

Constantino le deja terminar, a continuación lo mira con desprecio y delante de todos sentencia:

—¡Entonces coge una escalera y sube tú solo al cielo!

El resto de los presentes enmudece. No hay espacio para los

individualismos, esto es una guerra, o se avanza de manera compacta o se muere solo.

«¡Vosotros decidís, santos hombres!»

Después de cien amaneceres y cien puestas de sol apasionantes, por fin se soluciona el embrollo que ha generado la gran farsa. Arrio y Alejandro, acompañado por el ferviente Atanasio, tras haber agotado sus fuerzas, se ven obligados a poner fin a la disputa. Constantino ha reflexionado profundamente, por la noche se ha entretenido con los ingenios más agudos llegados a Nicea y al final ha tenido que darle la razón a Osio, los ortodoxos son lo mejor para la Iglesia. La mantendrán compacta, velarán por su integridad frente a la plaga cismática. Los intrigantes holgazanes como Arrio serán expulsados, exiliados de sus países e incapacitados para el ejercicio de las funciones sacerdotales. De este modo tal vez se corten la melena, se busquen un trabajo de verdad, se vistan de manera decente y dejen de una vez por todas de tocar los cojones a la gente de bien.

Para evitar equívocos, Constantino lo hace poner todo por escrito. De ahora en adelante, la Iglesia poseerá un símbolo eterno. Una ley inquebrantable, destinada a estar vigente durante siglos. Es entrado julio cuando en Nicea, por primera vez, se pronuncia la fórmula que, en los siglos venideros, la gente se aprenderá de memoria bajo el sencillo nombre de *Credo*.

*Creo en un solo Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.
Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios,
Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó*

[del cielo,

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen,
[y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre

El verdadero golpe de genio está en una palabra griega: ὁμοούσιον. Padre e Hijo son idénticos, exactamente *de la misma sustancia*. Pero el Hijo viene del Padre, engendrado, no creado.

En resumen: «Todos somos iguales. No os preocupéis.»

Sin embargo, hasta en casa del Señor hay quien está encima y quien está debajo, quien va antes y quien va después. «Así que, si alguien de más arriba manda, vosotros obedeced. Y tened la boca cerrada, ¿está claro?»

Arrio es derrotado en todos los flancos, puesto en minoría por la asamblea que acoge el símbolo como verdad en materia de fe. Arrio es expulsado como unapestado, borrado, humillado, olvidado.

Es una preciosa mañana de julio cuando finalmente concluyen las sesiones. Triunfa la paz y la concordia, la Iglesia es una, santa e indisoluble. En su interior, desde el creyente más mezquino hasta el mismísimo papa, todos piensan de la misma manera. Es negro sobre blanco.

Scripta manent.

En honor de su imperecedera memoria.

Si por casualidad quedara alguna duda, si alguna cabeza caliente todavía tuviera ganas de discutir la ley del Señor, le bastará con echar un vistazo a la postilla que el emperador en persona ha querido añadir al Credo.

Y los que digan «Hubo [un tiempo] en que [Jesús] no estaba» o «Antes de ser engendrado no estaba», o digan que el Hijo de Dios fue generado de la nada o digan que fue creado, transformado o mutado por otra persona o esencia, [a éstos] la Iglesia católica los anatematizará.

¿Está claro?

«Y ahora largaos de una vez por todas, tengo un Imperio que sacar adelante...»

Nicomedia, 325 d. J.C.

Antes de finalizar el Concilio de Nicea también se fija la fecha de la Pascua, el domingo después de la luna llena de primavera, la fiesta más importante para el pueblo de Cristo.

Sin duda, celebrar la Resurrección debe ser una gran satisfacción para obispos, curas y devotos de cualquier linaje. Pero si queréis hacer una juerga como es debido, olvidaos de los cristianos y de sus peroratas sobre el cordero y venid corriendo aquí, Constantino el Grande sabe cómo organizar una fiesta.

Hoy Nicomedia es una explosión de cerveza y de música, la celebración de las Vicenales —los veinte años de gobierno del Augusto Máximo— acaba de empezar y el pueblo está pletórico. Los huéspedes de honor están deslumbrados por la alegría y la abundancia. En toda su vida de santísimos anacoretas no han visto nunca nada parecido. Una vez clausuradas las sesiones y expulsado el hereje pedante, el augusto ha hecho montar a todos los religiosos en caballos y se los ha llevado a su casa. Si todavía, en las dóciles mentes de los obispos, quedara alguna duda sobre quién manda, este espectáculo debería eliminarla para siempre.

La entrada del palacio está presidida por hoplitas y doríforos formados en círculo con las espadas desenvainadas. A los hombres de Dios les toca pasar por en medio de todas esas hojas, hacerse bendecir por su horrible esplendor antes de entrar.

El banquete tumbaría a un titán. La mesa está dispuesta en dos categorías, dependiendo del rango. Divanes y cojines ricamente bordados. Incluso antes de que el último en sentarse haya tenido tiempo de calentar el sitial, se sirve un infinito desfile de platos de caza. El vino griego corre a mares y hasta los obispos más tímidos se empapuzan de deliciosos dulces de miel que las esclavas no dejan de servir en elegantes bandejas de plata. La mesa es una orgía de legumbres, cocidas con embutidos de asno o dispuestas en broquetas y asadas con mimo.

Se come hasta perder el sentido. Después, cuando en la terraza todos aprovechan la brisa marina que sube de poniente, Constantino les hace llamar de uno en uno. Desde lo alto del trono les hace regalos en consonancia con su categoría.

Ninguno de estos viejos mastines de la fe se esperaba tanto. Hasta hace unos años, los hombres que ahora se parecen a uno de los muchos soberanos que visitan la corte, se pudrían encadenados en las prisiones de Roma. Los más afortunados evitaron la cárcel a cambio de una mano o de un pie. Los más desafortunados fueron devorados por las fieras en la arena. Digeridos y cagados a saber dónde. Sus huesos, mordisqueados hasta el tuétano, acabaron adornando el suelo pútrido de alguna jaula del Coliseo.

Ahora disfrutan como si fueran los dueños del mundo entero. Pero aquí sólo hay un dueño. El emperador piensa en todo el camino que ha recorrido, en sí mismo cuando era un chiquillo, impotente frente a la furia persecutoria de Galerio y Diocleciano. En el tormento, en las heridas que dejan marca. En el estómago apretado, en los ojos que no pueden mirar. En las piras de inocentes, en los latigazos. En la promesa gritada a los cuatro vientos: «¡No en mi nombre!»

Constantino ha crecido. Ha dejado de confundir la compasión con la razón de Estado. Ha sido tocado por Cristo, ha acogido su visita en un sueño como una embajada llegada de lejos.

El Águila y la Cruz han estrechado su alianza, han jurado protegerse recíprocamente y derrotar a los enemigos. Ahora que ya nadie persigue a los creyentes de la verdadera fe, ahora que el mundo está completamente en paz, Constantino quiere dejar las cosas claras. Los obispos aceptan los regalos y hacen una reverencia, aturdidos por la deferencia y el fervor del agosto. Los muy ingenuos no saben que nadie da nada por nada. Incluso cuando se hacen negocios con Jesús, al final del día hay que pasar cuentas.

El Augusto lo ha aprendido en seguida, por eso ha decidido quedárselo todo. Primero el Imperio y ahora la Iglesia.

Es el primer concilio ecuménico de la Historia, y quien lo ha convocado, acogido, inaugurado y sobre todo presidido, es un no bautizado. Todo lo creyente que se quiera —la Cruz bordada en cada uno de sus malditos trajes—, pero sin dejar de ser un pagano. Aún más, el *Pontifex Maximus* de todos los jodidos paganos. Y, sin embargo, nadie parece darse cuenta. Los

patriarcas, gordos, débiles, ahítos por el delicioso banquete, sonrén. La sangre de Cristo a cambio de un mendrugo de pan.

Por estas tierras la indulgencia se vende a peso. Verdaderamente Constantino está en la cima del mundo, manda a todos los demás. Incluso decide de qué pasta está hecho su Dios.

Todo el mundo lo teme y lo venera, hasta su santa madre, proclamada para la ocasión *Augusta Imperatrix*. Ahora, por fin, ella también puede meter sus manazas en los bolsillos del Imperio y distribuir el tesoro del Águila entre pobres y necesitados. Constantino los ha salvado a todos, a los malos cristianos y al prefecto de la provincia, a la matrona renegada y a la criada indigente. A la esposa apenada y a la madre afectuosa. Incluso al hijo de un carpintero muerto por pecados que no había cometido. Los ha mantenido calientes, lo ha hecho ricos, los ha cubierto de oro.

Ha impuesto sus reglas, pero sólo lo ha hecho por el bien de los demás. Hoy, Constantino es el auténtico emperador del universo. El pensamiento lo acaricia mientras alza los ojos a la bóveda celeste. La fiesta ha terminado hace rato y no queda nadie en la terraza.

«Soy vuestro soberano. El Señor todopoderoso que os ama y que vosotros veneráis como a un dios, ¿no es así?»

La estrella polar parece que le guiña un ojo. El cielo contesta, contesta por todos. Un último vistazo al palacio vacío, gélido como el Orco.

«Y entonces ¿por qué, maldita sea, me dejáis siempre solo?»

Roma, 326 d. J.C.

Sólo ha pasado un año y ya nada es como antes. El humor del agosto es pésimo y Roma, loba bellísima y feroz, no es la única culpable. Constantino se ha dejado convencer por los consejeros para celebrar un segundo jubileo en Occidente. Algo nunca hecho antes, una afrenta a la tradición. ¿Qué clase de idea es celebrar dos décadas de gobierno durante el vigésimo primer año de regencia?

En cualquier caso él está allí, y nunca se ha sentido tan fuera de lugar. Está montado en una carroza dorada, llevado a través de la ciudad por dos parejas de sementales blancos como la nieve. Se ha puesto el traje de fiesta, rebosante de oro y púrpura, como de costumbre. Pero hoy se ha pasado. Le ha

dado el capricho de colocarse en la frente una bonita diadema. «Símbolo del absoluto Poder Imperial», eso le han asegurado los mejores orfebres de la Ciudad Eterna. Pero en realidad se trata de un chabacano adorno de estilo persa, acribillado de perlas y piedras preciosas, que no deja de deslizarse sobre la nariz en cada bache.

Constantino no piensa en su Dios ni tampoco en los cerdos romanos. Tiene el corazón hinchado de un mal indescriptible, del que todavía nadie sabe nada.

Cruza el arco de triunfo que el Senado le ha erigido. El mismo arco que hace diez años le calentó el corazón con su frío mármol pulido. Y que ahora lo deja indiferente.

A decir verdad lo oprime con ese peso majestuoso y voluminoso, le tapa la vista del sol mientras pasa por debajo de él. El augusto siente que se ahoga.

Tal vez es culpa de la púrpura que lleva sobre los hombros; los sastres de la corte han juzgado obsoleto el viejo manto que se transmite de monarca a monarca desde hace siglos. «Demasiado raído, mi señor. ¡No se corresponde con tu magnificencia!» Le han cosido un manto nuevo a medida, obtenido de un vellón suave y pesado que lo agobia en medio de la multitud de la festiva Urbe.

La gente no se da cuenta de su malestar, aunque por otra parte ¿cómo iba a hacerlo? Todo el que se encuentra con él está obligado por ley a la *proskýnesis*, es decir, a besar el suelo por donde pasa el Augusto Máximo. La marea de ojos bajos acompaña el paso del soberano, nadie lo mira a la cara. Nadie percibe los signos de su debilitamiento en ese pálido rostro.

El ambiente es solemne, sin embargo el pueblo llano tiene sus costumbres vulgares. Y no es raro encontrar, a los lados del desfile imperial, un montón de borrachos y odres de vino caliente pasando de mano en mano. El olor ácido del mosto fermentado está por todas partes, el aliento de los beodos penetra en la nariz enferma del emperador. Se oyen eructos en voz baja por doquier.

Después de las inclinaciones de los empalagosos senadores y los discursos de circunstancias es cuando recibe la bofetada en la cara. Mientras el emperador invoca a Jesucristo para que le dé la fuerza para salir indemne de ese asqueroso día de fiesta, la procesión infinita de milites se dirige a la Colina Capitolina para rendir homenaje a Júpiter y dedicarle los sacrificios

tradicionales.

El traqueteo de grebas es tremendo, el fulgor de las cotas y de los yelmos, repugnante. La ira transforma la paciencia en bilis, el estómago del emperador está furioso.

«Pero ¿cómo os atrevéis, hatajo de inútiles? ¿Yo, indómito paladín de Cristo y señor del mundo entero, vengo a vuestra miserable ciudad para permitir que me rindáis homenaje y vosotros me echáis en cara vuestros asquerosos ritos paganos?»

El Augusto Máximo intenta dominarse, pero el fragor de miles de pies marchando al unísono es ensordecedor. Su ejército prefiere confiar en númenes decrepitos en vez de en el Santo Salvador. Si no tuviera el corazón roto, es posible que Constantino consiguiera dominarse. Si no hubiera perdido completamente su pobre juicio ni sintiera tanta repulsión, quizá sería capaz de actuar con astucia, mantener los pies en el suelo, tal y como ha hecho siempre desde que vino al mundo. Pero no hay paz para el *Restitutor Orbis*. Toda el agua del Lete no sería suficiente para hacerle olvidar lo ocurrido.

La furia es gélida, la cólera lo ciega, no aguanta más. De pie, en el carro, vocea contra la chusma de hierro. Insulta a infantes y caballeros, escupe a la cara a centuriones y a oficiales de todo tipo. Maldice sus cabezas vacías, llama proxenetas a los senadores por haber organizado esa farsa.

El Santo Emperador se pone en ridículo a más no poder, después baja del carro y se abre paso a empujones. Tiene muchas ganas de vomitar.

El incidente protocolario es inaudito. Una cosa es negarse a hacer sacrificios al Padre de los dioses, y otra es tratarlo como a una bestia, a la vez que a miles de sus devotos, en el centro de la Ciudad Sagrada.

Ahora ya está hecho, el horror lo invade todo. Sólo hay rabia y vacío. El tiempo de la sangre y de la soledad al final ha llegado. El interior de la pesada alma del agosto está horadado. La cabeza es incapaz de frenar sus emociones, la cólera manda y ofusca. Trachala no para de debatirse en el fondo de sus vísceras.

No es sólo el peso del mando. No es culpa de los romanos ni tampoco de Júpiter y de sus hermanos. Nada tiene que ver el Altísimo, por favor, es sólo un pretexto. Constantino se ha provocado el profundo surco él mismo, ha cometido la abominación con sus propias manos. Lo que le ocurre es que tiene una cicatriz terrible, una herida mortal, el alma hecha añicos. Algo ha

excavado ese maldito agujero, algo que no tiene nada que ver con Roma y los festejos.

Para sacar a la bestia de su guarida hay que mirar hacia atrás. Hace falta retroceder hasta cuando todo iba como una seda.

No ha pasado ni un mes... el tiempo del amor imposible.

Tierra quemada

(326-336)

La sangre

Quien nunca ha probado el éxtasis de la traición no sabe nada del
éxtasis.

JEAN GENET, *Un prisionero enamorado*

Nicomedia, 326 d. J.C.

—¿Plomo fundido? —Crispo está turbado. Le tiembla la voz.

Constantino tiene los ojos de hierro, la mirada fría como las fieras.

—Por la garganta.

—Pero ¿qué tienen que ver las nodrizas, padre? Si una chica toma una decisión, si elige casarse con Fulanito en vez de con Menganito, ella es la responsable de sus actos, ¿o no?

Constantino le contesta como si su primogénito todavía tuviera tres años:

—Muchacho, tú creciste rodeado de nodrizas. Y es normal que las defiendas. Además, gracias al Altísimo, eres varón y libre, es decir, dueño de tu vida. Pero estamos hablando de mujeres en edad casadera, ¿y qué es más voluble que el seno de una chiquilla? —Adopta una voz de falsete—: «¡Yo lo amo, estoy segura! ¡No me importa lo que diga mi padre! ¡Quiero escaparme con él!»

Cree que se hace el gracioso, pero a nadie le apetece reír, especialmente cuando se le ha metido en la cabeza reformar las leyes sobre el matrimonio y está escribiendo un decreto tan severo como estrambótico. El Augusto Máximo es un hombre cansado. Cansado e impasible.

—Una nodriza que sepa hacer bien su trabajo, ante una confidencia así, tiene que ir corriendo a informar al padre de la desgraciada de los repugnantes propósitos de su progenie. Pero ¿sabes lo que suele suceder?

Crispo no lo sabe. El emperador se lo aclara:

—Nueve de cada diez veces la muy alcahueta se pone de parte de la desconsiderada. Y como no es hija suya, ¿qué quieres que le importe si echa a perder su vida con algún inútil? Gracias al reflejo del amor prohibido de las hijas de Roma, las amas de cría viven un sueño que, evidentemente, no está al alcance de miserables como ellas...

Crispo no siempre consigue permanecer callado, especialmente ante ciertos temas.

—Y lo dice el hijo de la *stabularia*...

Constantino lo ignora. Por lógica, después de una afrenta como ésta, debería levantarse y romperle los morros al impertinente heredero, pero no le apetece. Tiene ganas de enseñar, no de emprenderla a puñetazos. De modo que sigue con su razonamiento:

—... y entonces acaban aconsejando mal a las jóvenes. Llenan sus cabecitas con tantas tonterías que al final acaban ignorando las disposiciones paternas. Estarás de acuerdo conmigo en que es inaceptable, gravísimo...

Crispo cruza los brazos sobre el pecho.

—Tan grave como para hacer que se trague un cazo de plomo fundido, por supuesto. —Mueve la cabeza vigorosamente.

Constantino lo mira con sus ojos acuosos. Cada vez se parece más a Diocleciano en pleno invierno de su feroz existencia. Tiene las escleróticas amarillentas de quien duerme poco y come todavía menos. La piel maltratada por las tribulaciones, las mejillas tirantes. Todos los músculos siguen estando en su sitio, al igual que las perlas, la diadema y los ricos trajes. Pero, en general, Constantino tiene un aspecto derrotado. Demasiadas preocupaciones para una única cabeza, realmente demasiadas.

Su hijo no lo comprende, es una especie de patán obtuso, con los ojos llenos de sangre y ganas de llevarse el mundo por delante. Es natural que se acalore por dos sirvientas chismosas. Pero él tiene un Imperio que sacar adelante, no puede permitirse el más mínimo error.

El joven vuelve a la carga, arde el fuego dentro de él. Esgrime el decreto como un gladio brillante y lo agita delante de la cara de su padre. Toda la sala del Gran Consejo resuena por el crujido del papiro.

—¿Y qué me dices de los raptos? ¿Ni en los casos de secuestro puedes ser indulgente? Estamos hablando de matrimonio, pero tú haces que parezca una condena a trabajos forzados.

Constantino no parpadea. Se le ha quedado pegado ese maldito tono didáctico.

—Ésta es tu opinión...

Crispo todavía se enciende más, desenrolla el papiro y lee en voz alta:

—«Si luego se comprobara el consentimiento voluntario de la virgen, que ésta sea castigada con la misma severidad que su raptor...»

El emperador se encoge de hombros.

—¿Y qué?

Crispo sigue leyendo, le indica con la mano que espere:

—«No se concederá impunidad ni a aquellas muchachas que hayan sido raptadas contra su voluntad porque se podrían haber quedado en casa hasta la fecha de su boda y, si las puertas hubieran sido derribadas por la audacia del raptor, ellas deberían haber pedido ayuda a los vecinos con sus gritos y defenderse con todas sus fuerzas.» —Ahora el muchacho mira azorado a su padre—. Tu supuesto sentido de la justicia no se detiene ni delante de la violencia contra los inocentes —espeta en la cara del hombre que lo puso en el mundo. Está decepcionado—. Has cambiado, padre. Hace un tiempo habrías dado tu vida por los que no tienen culpa... Hoy parece que tengas prisa por librarte de ellos. Junto con el resto de disidentes.

La bofetada llega inesperada, con toda la mano. Crispo la acoge como una tormenta de verano, incapaz de correr a resguardarse. Es mayor la sorpresa que el dolor. Especialmente porque la mano que lo ha golpeado no es la de Constantino. Es la de Fausta, dedos minúsculos y nerviosos, un par de anillos refinados y demasiada poca fuerza en la muñeca para herir al primogénito del dueño del mundo. Pero lo suficiente para dejarlo de piedra.

Fausta se ha deslizado en la sala sin hacerse anunciar. Ha escuchado pacientemente la parrafada de Crispo y después ha hecho lo que debía hacer. Tiene el mismo hielo en los ojos que su marido.

—¿Con quién crees que hablas, muchacho? ¿Cómo te atreves a dirigirte al emperador de ese modo? ¡Arrodíllate frente a tu padre y pide perdón!

Crispo no piensa hacerle caso, pero ha de reconocer que la mujer tiene agallas. Baja los ojos al suelo, los del augusto brillan por un instante. No lo deja notar, pero la entrada de Fausta le ha gustado. La emperatriz se conforma con una señal de su marido, que autoriza a Crispo a permanecer de pie, invalidando su acalorada orden. La matrona no insiste por no romper el

protocolo, pero está claro que todavía no ha terminado de hablar.

—¿Qué te parece tan raro? La moralidad es la base del Imperio. Los cimientos sobre los que construir los sólidos muros que nos protegen del pecado. Yo fui prometida a tu padre cuando tenía tres años y no volví a verle hasta el día de nuestra boda. Durante esa larga separación podría haberme dejado llenar la cabeza de las patrañas de un centenar de tontas nodrizas (el Cielo sabe cuántas pasaron por casa de mi padre), pero no fue así.

Con un gesto un poco teatral, Fausta se acerca a Constantino, sentado en el trono como Cristo Redentor, y le coge la mano derecha entre las suyas. Se sitúa a su lado, de pie, parece que posen para un cuadro.

—Elegí aceptar el marido que mi padre, Maximiano, había escogido para mí. Y amarle y honrarle durante el resto de mi vida, no hace falta saber nada más para ser una buena esposa.

Fausta busca la mirada de Constantino. El emperador está complacido, pero su cara coriácea apenas lo demuestra.

Crispo bulle de rabia. No está acostumbrado a perder. Desafía a la matrona a cara descubierta:

—Entonces, noble augusta, me imagino que tú estarás de acuerdo con las nuevas disposiciones en materia de adulterio, ¿no es así?

Un estremecimiento imperceptible recorre a Fausta, se pone colorada y parece todavía más hermosa. Crispo no le quita los ojos de encima; ella balbucea:

—P-por supuesto...

El muchacho no ceja, sigue mirándola con la desvergüenza de sus veinte años.

—Darás saltos de alegría por la pena de muerte que se aplicará a ambos adúlteros, ¿no? ¿Qué has dicho antes? «La moralidad es la base del Imperio. Los cimientos...» —Crispo utiliza un duro tono de sarcasmo, pero su padre lo frena:

—No me gusta tu tono. ¿Qué estás insinuando?

Ahora sí que la mirada del augusto da miedo. A Crispo se le hiela la sangre en las venas. Le parece que vuelve a ser un niño, aunque su padre esté sentado es como si lo superara en altura uno o dos palmos. Un escalofrío de auténtico terror le recorre la espalda. Su osadía ha desaparecido como la luz del sol en una tarde cubierta de invierno. El joven oficial agacha la cabeza y se

traga el orgullo.

—Perdóname, padre. Perdona mi insolencia. Me he dejado llevar, pero es por culpa de mi edad. Si te he faltado al respeto de alguna manera te juro que no era mi intención. Es evidente que no poseo tu experiencia, tú sabes lo que es mejor para tus súbditos.

Y dicho esto se postra ante la Sagrada Familia con la frente todavía perlada de sudor frío.

Constantino resopla suavemente. En su rostro vuelve a aparecer la máscara de hielo. El silencio lo envuelve todo durante un tiempo infinito. En la sala del Gran Consejo todo queda inmóvil, los cortinajes, los muebles de madera oscura, el emperador y su esposa de viento y nieve. El emperador mira al vacío, no hay lugar para el rencor. Chasquea la lengua.

—Hemos terminado. Puedes retirarte.

Crispo suspira aliviado. Se levanta con esfuerzo, todavía turbado de la cabeza a los pies. Hace un saludo militar y se aleja a paso decidido. Antes de salir, cierra la gruesa madera detrás de sí, no sin antes haber lanzado una última mirada a Fausta con los dientes apretados.

La emperatriz lo ignora, parece de cera, como su marido. Una vez solos, tarda un poco en abandonar la mano del consorte. Constantino siente el hielo en ese contacto que se aleja suavemente.

«Ya no queda nada entre ellos dos.»

El fuego que ardía hasta hacer que se perdieran el uno dentro del otro se ha apagado. Toda la culpa es del Águila, ha devorado el hígado del señor del mundo, lo ha privado de todo. Como un nuevo Prometeo, el vástago de Iliria ha robado la llama de los dioses para entregársela a Cristo y, como consecuencia del hurto, los númenes antiguos se han enfriado hasta congelarse. Ahora lo miran desde las cumbres celestes, como inútiles bloques de piedra privados de emociones, lo han dejado solo.

El nuevo Dios del amor no hace nada por el corazón enfermo del augusto. Es sólo un instrumento del poder, afilado y despiadado como todos los demás; la púrpura, el lábaro, la Cruz, no hay diferencia.

«En la cima del mundo siempre se está en soledad.»

Los antiguos dioses lo saben perfectamente. Constantino ha llevado a cabo la misión, ha derrotado a los enemigos del Imperio y a los del Redentor. Ha escalado la cumbre con sus propias manos y en el ascenso lo ha perdido

todo. Rey desnudo en el poder, ha dejado de sentir emociones, el peso del mando es demasiado grande. Atlas es un gigante desgraciado.

Constantino ya no tiene amigos, nadie con quien confiarse. Ha perdido a su mujer, su hijo le gruñe como un perro rabioso. Su Dios no habla, nunca más lo ha visitado en sueños. El hijo de Iliria acepta el sacrificio con honor. Lleva su cruz en silencio, arrastra la carga sin una queja. Y, mientras tanto, se muere por dentro.

«Poco a poco.»

Levanta la mirada hacia su esposa, está sonriendo sin alegría. Con la voz timbrada de ley y orden le dice de repente:

—Gracias.

Ella esboza una inclinación.

Él insiste, su apasionada defensa lo ha impactado de verdad.

—Te agradezco mucho...

Fausta no se turba, repite la reverencia con la cabeza.

—Soy tu esposa. Es mi deber...

Constantino siente un estremecimiento en el centro del tórax. Fausta empieza a retirarse. Ya está en el centro de la sala, con paso lento y formal, bella y terrible. Constantino salta detrás de ella, le coge la mano y ella se vuelve.

—¿Crees que deberíamos...? —pregunta, tímido, el emperador.

Ella rehúye el contacto, le acaricia la barba hispida. Lo mira sin emoción, le besa en la frente. Labios y piel, mármol frío y metal. Habla con sinceridad:

—No creo que sea una buena idea.

Se da la vuelta y sigue caminando, gana la salida de prisa, cierra la puerta, y es un golpe en el corazón.

Constantino ya no se mueve, atravesado, derrotado, sin ni siquiera luchar. Ese beso sin vida le muerde la frente. El peso del vacío se lo traga todo.

Fausta emboca el pasillo sin correr, aunque desearía hacerlo. Ya casi ha oscurecido, el palacio da miedo cuando cae la noche. A la mujer todavía le embarga un sentimiento despreciable. Le sucede todas las veces que tiene que hacer de emperatriz.

Se siente sucia, cada sonrisa a su marido es una mancha en el alma. Fausta ya no siente nada por Constantino. A fuerza de evitarla ha hecho que perdiera el interés por él y al final ha llegado la desgracia: el olvido del sentimiento, el fin de la pasión. Le cayó encima como un pesado chal. Se lo encontró sobre los hombros sin darse cuenta siquiera; la maldita apatía, los días siempre iguales, los niños ya mayores, las palabras masculladas.

«Les pasa a todas, no te hagas ilusiones.» También se lo dijo Constanca.

El tiempo que pasan juntas se va reduciendo, engullido por las ocupaciones y por la maldita razón de Estado. El aburrimiento, miel espesa y pegajosa, lo recubre todo. El fuego se apaga.

«¡Da gracias de haber tenido ese bendito fuego!», la vocecita retumba en su cabeza.

Un escalofrío se le insinúa entre las escápulas y entre los muslos. La augusta siente el escalofrío en la base de la nuca. Cruza los brazos sobre el pecho, aprieta fuerte.

La luz, fuera, desciende sin piedad. Hace frío, ahora, y los malos pensamientos —malditos cuervos— siguen revoloteando a su alrededor.

La arrogancia de Crispo, ese tono de desafío. La punzada en el estómago le enrojece las mejillas. Siempre le pasa cuando se enoja. Está tan enfrascada tragando bilis que no se da cuenta de la silueta de detrás de la esquina.

La coge por un brazo, la empuja contra la pared. La cara en la piedra, los pechos contra la pared, el brazo derecho retorcido detrás de la espalda. El corazón se le sale del pecho, la augusta tiene ganas de gritar.

Pero ya sabe que no serviría de nada. Siente el cálido aliento del agresor, la aprieta más fuerte. Fausta deja escapar un gemido. Jadea un poco. Está a punto de gritar, se muerde los labios.

Él la empuja por detrás, le ordena al oído:

—Dilo...

Ella intenta desasirse pero no lo consigue. Gime de nuevo.

Él le aprieta la cintura, le levanta el vestido.

—Di que eres mi zorra. Ahora él no te está viendo...

Fausta ya tiene suficiente, le da un codazo al energúmeno y éste da un salto hacia atrás. La augusta está loca de ira, los labios rojos de sangre. Los

dientes se han clavado a fondo, resopla como un animal herido. Se da la vuelta, lo mira a los ojos.

«La cara de Crispo está descompuesta por el ímpetu.» Es rabia, pasión y ganas de hacer daño.

Fausta le coge la cabeza, las uñas cuidadas se aferran a sus orejas. Ahora es el joven oficial quien ahoga el grito. Intenta zafarse, pero la augusta le clava las garras, acerca los labios a los suyos, con ojos asesinos. Mira al joven oficial a los ojos.

—¿Todavía no lo has entendido? Tú eres mi zorra...

Crispo la besa. El resto es sólo sudor y carne ansiosa.

Están desnudos y abrazados en el jergón, demasiado estrecho. La puerta está entornada, las sábanas de lino pican a rabiarse. Crispo y Fausta recuperan el aliento, el amor los ha trastornado.

A él le cuesta respirar, ella no deja de olerlo, se embriaga y está callada.

—¿Hasta cuándo podremos seguir así? —El muchacho se ha puesto serio de repente.

Fausta sonrío, le roba un beso de los labios.

—Hasta que sigas sosteniéndote en pie, mi príncipe. ¿O es que con tus veinte años no puedes con esta pobre viejecita?

Ella tiene treinta y seis primaveras sobre sus hombros. Pero Crispo se refería a algo muy distinto...

—¡Para! Ya sabes a lo que me refiero...

Cuando se enfada se parece tanto a su padre que instintivamente aprieta las piernas. Le pasa una mano por los rizos, parpadea con sus grandes ojos, le acaricia el pecho y los hombros. Después se endereza de golpe y le señala los ojos y los pezones como pruebas acusatorias.

—¿Otra vez con el mismo tema, hijo mío? —Desenvaina las palabras como una cuchilla afilada.

Crispo se resiente, pero no puede evitar mirarle el pecho, se pierde en él y musita:

—Entre madre y madrastra hay una gran diferencia...

La augusta se cubre con la sábana. Fin del espectáculo, no soporta cuando no la mira a los ojos.

—No según la ley, César. Ya has oído a tu padre: si te tiras a la mujer de

otro acabas colgado del cuello. Si te tiras a tu madre (o a tu madrastra, da lo mismo), a ella también la cuelgan. ¿Qué tienes, pues, en la cabeza? ¿Vamos a ver al viejo cogidos de la mano y acabamos con todo?

La odia cuando hace eso. No soporta ese ridículo cinismo con que se cubre. Más denso que un colorete africano, más falso que una moneda de veintidós. Le causa repulsa y lo atrae.

—¿No comprendes que te amo?

La Augusta se ríe, de una manera tan vulgar que no parece ella.

—Tú no me amas a mí... —Aparta la sábana y abre las piernas. Señala lo que no se puede nombrar, pero donde confluyen todos los pensamientos antes o después—. ¡Tú amas esto!

Crispo no consigue quitarle los ojos de encima. La sangre se le vuelve loca y fluye corriendo hasta donde debe.

—No es cierto.

La Augusta tiene una actitud insolente, baja de la cama, da una vuelta, se acerca al joven oficial.

—Y te gustaría que fuera todo para ti...

El corazón de Crispo no para de golpear con fuerza.

Fausta va derecha como un huso, el sexo brillante, tendido hacia adelante, a medio codo de la boca de Crispo.

—No quieres que nadie más lo toque, ni siquiera él debe atreverse, ¿no es así?

Él tiembla, la quiere ahora. Se acerca de golpe y ella lo coge del cabello. Lo estira con fuerza, le echa la cabeza hacia atrás.

—Te desvelaré un secreto, mi dulce príncipe...

Crispo intenta rebelarse, pero ella no se lo permite, es sólida como una roca.

—A él no le interesa, tiene otras cosas en que pensar. Él duerme solo con el Águila, ¿no te lo han dicho?

Lo mira con desprecio y avidez. El muchacho tiene miedo. Y un deseo irracional. Pero es la Augusta quien manda.

—De modo que sírvete tú mismo, general. Sin miedo, nadie más come de tu plato...

Fausta lo atrae hacia ella. Grita de placer cuando los labios muerden sus labios. Cuando la lengua empieza a cumplir con su deber. Crispo también

jadea, cada vez más fuerte, mientras mastica y goza.

Gritan, y el mundo desaparece. No advierten una presencia en el pasillo, no ven unas pupilas de sangre espiar en la oscuridad. No oyen las pisadas ni tampoco los hipidos. No escuchan el llanto quedo y la carrera con las pestañas húmedas. No comprenden el desastre...

Los desgraciados gozan, y basta. Uno dentro de la otra, como el río en su cauce, incapaces de detenerse. Porque la carne es suplicio y miedo. Porque eso es lo que hacen los amantes, los locos y los condenados a muerte.

Es una mañana cruel la que acoge a Crispo entre los brazos. No tiene tiempo de abrir los ojos cuando el fámulo se presenta como un rayo en la habitación. El corazón está a punto de salirse del pecho por culpa de la emboscada.

El joven tarda unos instantes en comprender que no hay rastro de Fausta. Su madrastra ha desaparecido en la noche.

En las sábanas no queda ni su perfume. Con todo el cuerpo palpitándole escupe veneno contra el inoportuno:

—¿Cómo te atreves?

Pero el sirviente no tiene tiempo que perder, lo envía el emperador en persona.

—El augusto quiere verte. En seguida.

Y se va tan rápidamente como ha llegado.

El oficial se arregla de cualquier manera. Sabe por experiencia que no conviene hacer esperar a su padre. Se pone la loriga, se calza y no se echa ni una gota de agua en la cara. Cuánta prisa, maldita sea.

Constantino, a pesar de lo temprano de la hora, está impecable como siempre. No hace mucho que ha amanecido, pero por lo que parece ya ha tenido tiempo de afeitarse y vestirse; lleva una túnica negra, esclavina teñida y calzado de cuero brillante. Nada de joyas, sólo el Águila de oro en el dedo.

Crispo se maldice por no haberse peinado siquiera. Finge deferencia, agacha la cabeza y espera que él no se dé cuenta.

—¿Cuáles son tus órdenes, padre?

Constantino tiene la mirada tranquila. Se le acerca y le ayuda a levantarse.

—No es necesario, hijo. Ésta es tu casa...

Crispo está sorprendido.

No recuerda la última vez que lo vio de buen humor. Intenta esforzarse, pero no consigue recordarlo. Deben de haber pasado meses... la oscuridad se ha quedado con lo mejor de su padre. Y, sin embargo, ahí está de nuevo, sin avisar. Ahí está de nuevo esa mirada que lo llena de alegría.

—Escúchame, muchacho, necesito tu ayuda. —Constantino está tremendamente serio.

—Dime cómo puedo servirte.

El emperador contrae los ojos y se masajea las sienes, hacer que todos los engranajes del Imperio funcionen es una fuente inagotable de dolor de cabeza.

—Han ocurrido ciertos hechos en Pola, en Iliria. Alguien ha cometido una traición, pero todavía no sabe que ha sido descubierto.

—¿Quién, padre?

—Un hombre de confianza, uno de los más eficientes. —Mueve la cabeza, con amargura—. Tan eficiente administrando los bienes del Imperio que al final se ha creído que son suyos y dispone de ellos a su antojo...

—¿De quién se trata? ¿Un prefecto que vende nuestras armas bajo mano a los godos?

Constantino sigue sin entrar en detalles.

—Algo así, pero no puedo decirte más. Incluso aquí, en palacio, las paredes tienen oídos. Lo sabrás todo cuando llegues allí. He dado orden de que una delegación venga a buscarte y te aclare los detalles. Lo importante es que te vayas en seguida y de prisa, hijo mío. Lo he dispuesto todo para que el traidor no se dé cuenta de nada, pero cuanto más tiempo pase mayor es el riesgo de que sospeche. Ve a Pola y fíate de mí. Cuando llegues a Iliria por fin se hará justicia.

Crispo parte como un buen soldado, sin hacer preguntas. El trayecto es largo y el tiempo infernal. Viajar en trirreme no es como navegar en la nave insignia. Todos duermen en cubierta, capitán, grumetes y remeros. Un ropón bien cosido y el soplo cálido del buen Dios sirven para resguardarse del viento. Como lleva una prisa del diablo el barco no hace escalas. Apenas se detiene para que suban a bordo agua potable y fajinas, el resto es sólo mar, durante tres semanas, en un rumbo infinito. Costear Grecia no es tan fácil como parece. Y después toca subir por el Adriático. Con el buen tiempo que le

cae encima, la tripulación tarda una vida en llegar. Pero un amanecer, después de veintitrés días, por fin avistan el puerto de Pola.

El hijo de Constantino se prepara para desembarcar. Se hace afeitarse por el *tonsor* de a bordo y se abrocha la loriga con el Águila. Cuando es el momento de colocarse el gladio en la cintura, el *apparitor* le hace notar respetuosamente que hay que sacar brillo a la hoja. Crispo lo piensa un momento y después se lo da, es mejor presentarse desarmado que desaliñado.

—Más aún cuando en nuestra tierra y en tiempos de paz no hay nada que temer, ¿verdad? —le dice a su asistente con una bonita sonrisa. Pero o es estúpido o no tiene ningunas ganas de bromear, porque agarra la espada y desaparece entre los bancos de los remeros.

El César ni siquiera hace caso. Está tan cansado de olas y balanceos que no desea otra cosa que pisar tierra firme. Tres centuriones y el prefecto, junto a un manípulo de robustos legionarios, lo esperan en el puerto.

Lo saludan con el brazo tendido y él responde. Pero, en cuanto pone un pie en el muelle, el mundo se vuelve loco. Los legionarios lo sujetan, uno de los centuriones le parte la cara de un cabezazo.

Crispo se tambalea, acaba en el suelo. Se le tiran encima en un instante. Lo golpean a diestro y siniestro, algunos se sirven del escudo y de la empuñadura del gladio. El joven tiene la cara rota, sangra como una fuente. El centurión ordena que le pongan los grilletes y los legionarios lo hacen. Lo arrastran por la ciudad encadenado, atado a un carro. Le rasgan la ropa, lo despojan de los símbolos del Imperio. La gente le escupe, hasta las mujeres le dan mordiscos y bofetones.

Crispo está aturdido por el cansancio del viaje y la situación absurda que le acaba de caer encima. Cuando el calvario termina y están a punto de meterlo entre rejas, por fin comprende que se trata de una emboscada. Ha intentado protestar por el camino, ha nombrado a su padre y ha amenazado a todo el mundo. A cambio ha recibido escarnio y violencia. Ahora que los barrotes están a punto de privarlo de libertad, con un hilo de voz pregunta al carcelero de qué se le acusa.

Él se pone a reír como un loco. Abre la boca, con los dientes podridos y la garganta enorme. Después lo mira directamente a las órbitas de los ojos.

—Traición. Vaya preguntas...

Por fin lo entiende, cada pieza se pone en su lugar. Los ojos de su padre,

las maneras olvidadas desde hacía tiempo, su falsa amabilidad, el traidor al otro lado del mar.

«La secretísima misión.»

«Constantino lo sabe.»

Crispo se creía listo, pero el Águila tiene ojos y oídos en todas partes. El augusto conoce el sabor de la venganza y sabe que servirla caliente es pecado. De modo que ha esperado, lo ha engañado, le ha contado un cuento. Podría haberle avergonzado, matarle con sus propias manos, como mandan las leyes que acaba de promulgar. La acusación y el castigo de la traición conyugal son derechos reservados a los maridos.

Pero habría sido un escándalo. Una burla pública, una deshonra irremediable. El dueño del mundo no es capaz de mandar ni en su cama.

Crispo conoce a su padre. Sabe que su primer instinto debe de haber sido la ciega prepotencia. Pero después debe de haber razonado, tal vez incluso lo ha hablado con alguien. Y al final ha decidido enviarlo a Pola con un engaño.

«Será Roma quien haga justicia, no el augusto. Sus manos permanecerán limpias mientras mi sangre corre.»

Si Elena lo supiera. Su querida abuela no permitiría el suplicio de su nieto. Aunque se lo merezca. Lucharía en cuerpo y alma, invocaría a su Dios de amor. Le salvaría la vida.

Reflexiona sobre todo el asunto, encerrado con doble llave en una celda húmeda. Tiene derecho a un cuenco de agua al día, nada más. No se desperdicia comida con los condenados a muerte. Cada vez que la guardia se acerca para llenarle la taza con el cucharón, Crispo pide noticias del juicio.

—Habrás juicio, ¿no es así?

—Claro —contesta el carcelero. Y se echa a reír como una hiena.

—¡Tengo derecho a defenderme! ¡Quiero comparecer ante los magistrados! —dice el primogénito del emperador.

El vigilante se pone serio. Quiere que le quede claro:

—Me parece que llegas tarde, principito. La vista acaba de terminar. Mañana por la mañana te toca marcharte. Haz el equipaje con cuidado, a donde te mandan hace frío...

Y vuelve a reírse, el andrajoso. La horrenda risotada lo sigue hasta que desaparece de la vista del prisionero.

Lo deja así, sin futuro. Tratado como un miserable esclavo, sin derechos ni comida.

«Mañana por la mañana te toca marcharte...»

¿Lo habrán condenado al exilio? ¿Al final los jueces habrán sido clementes?

«Tal vez todavía quede esperanza...»

«Un poco más de esperanza...»

Crispo se lo repite hasta el amanecer, pero cuando van a buscarlo, en un instante todo se esclarece. El final del camino se encuentra ante sus ojos. El verdugo le pregunta si quiere una venda. Contesta que no.

Lo atan al palo, desnudo como está. Después todos se apartan. Ni siquiera se toman la molestia de leerle la sentencia, ya saben lo que ha pasado, aunque nadie hable de ello.

El carnicero da la orden, dos filas de arqueros se colocan en media luna alrededor del condenado. A una señal disparan, al unísono.

Crispo muere atravesado como el mártir Sebastián, otro oficial que osó desafiar al emperador. El amor siempre está de por medio, ya sea por una mujer o por un dios, ¿qué diferencia hay? Basta que esté prohibido y todo el mundo se pone en fila para condenarse.

El último dardo rompe el corazón del muchacho. En los ojos le queda una sombra; en la boca, una media sonrisa.

Pasan ligeros los amantes infelices. Inconscientes hasta el final, dejan vacío y desaparecen alegres. Detrás de ellos queda un escalofrío. Y el grito salvaje de los vivos.

Un chillido atroz resuena por todas partes, retumba y sacude.

«Elena acaba de enterarse.»

La noticia no ha tardado en llegar a la corte. Constantino ha recibido el despacho antes que nadie y ha intentado que no corriera la voz. Pero ya se sabe cómo son estas cosas, secretos como éste no quedan enterrados por mucho tiempo. En una mañana incluso los mozos de cuadra saben que el noble Crispo es cadáver.

Parece que han tirado el cuerpo, es lo que se hace con los traidores. Alguien dice que lo vio hundirse en la cloaca de Pola. No hay duda de que su memoria será condenada, al igual que la de tantos hombres ilustres antes que

él: Maximiano, Majencio, Licinio... incluso el pobre Diocleciano acabó de la misma manera.

Todo aquel que ha puesto palos entre las ruedas del carro imperial ha acabado haciéndose daño.

Constantino no está triste. Pensaba que se sentiría peor, después de todo ha ordenado matar a su hijo. Matarlo como a un perro. En cambio no siente nada, la razón de Estado es un tónico poderoso, corre por las venas más de prisa que el jugo del olvido.

—¿Cómo has podido? —La voz de su madre lo embiste como una pareja de caballos furiosos. Elena se presenta en la sala del Gran Consistorio sin ser anunciada.

Constantino tiene los ojos vidriosos. La piel cada vez más amarillenta.

—Se follaba a mi mujer.

Elena estalla con el rostro surcado de lágrimas.

—¡Era tu hijo! ¡Has matado a tu hijo!

Constantino mira a su madre e intenta contenerse. Le gusta hacer el papel de hombre impasible, pero cuando sus mujeres entran en escena apenas lo consigue. Aun así quiere mostrarse impasible y rebate frío como el metal:

—¿Qué clase de bastardo se folla a la mujer del emperador y piensa que saldrá con vida?

Le duele el hígado. Tal vez el poder de la razón de Estado no sea tan eficaz, a fin de cuentas.

El labio inferior de Elena tiembla.

—Ese bastardo era tu hijo, ¿lo entiendes? Sangre de tu sangre. Y tú lo has hecho matar...

Constantino traga saliva. Le parece que se le ha hinchado la garganta de golpe. Le cuesta respirar.

Elena continúa:

—Cegado por la rabia, has cedido a los halagos del demonio. Has olvidado la piedad, has ofendido a Dios y al orden del mundo. Nadie mata a sus propios hijos. Ni siquiera los animales.

Constantino está roto por un acceso de tos. Tiene el esófago recubierto de bilis, los ojos rojos y las mejillas amarillentas. Por poco vomita. Le cuesta contestar.

—Dios me hizo emperador y me concedió a mi mujer. No creo que

estuviera en sus planes hacer que otro se la tirara mientras yo estaba en el trabajo. He hecho lo que era justo. Jesús es mi testigo.

Elena se sulfura. Está temblando, apunta el índice contra él.

—¡No! ¡No! Tú crees que has hecho lo que es justo. Pero esta vez sólo has escogido el camino más fácil. Ahora... que Dios me perdone por lo que voy a decir... ahora puedes decidir si hacer de verdad lo que es justo y comportarte como hombre en vez de como emperador...

La *nobilissima femina* hurga en la manga de la túnica. Saca un puñal retorcido, finamente elaborado, al estilo egipcio. La hoja da miedo con sólo mirarla. Entrega el arma en las manos de su hijo y apostilla con solemnidad:

—...o bien conformarte con lo que es fácil, como hacen los cobardes. Tuya es la decisión. Yo ya no quiero saber nada más.

Constantino aferra el puñal. Las vísceras se le revuelven, observa a su madre alejarse con los pies descalzos, tal como ha llegado. La puerta de la sala retumba de forma terrorífica.

El augusto se queda solo.

Como los cobardes y los vencidos.

Contempla el puñal. Le pide al hierro respuestas que no tiene. Le da vueltas entre las yemas, observa sus recovecos negruzcos, se imagina el buril del cincelador. La escena que representa es demasiado clara para ignorarla. Una mujer cuelga de la rama de un fuerte roble. La soga le aprieta el cuello, el dibujo sube por la hoja ocupando toda su longitud. Los pies de la mujer llegan casi a la punta.

Es Fedra, no hay duda. Fedra la Magnífica, esposa de Teseo. Al comprender que ha perdido la cabeza por Hipólito —su hijastro— decide acabar con todo y se cuelga.

«Eso es lo que deberías haber hecho.»

«Una cuerda y adiós para siempre.»

«¿Por qué no has sido así de fuerte?»

«¿Por qué siempre tengo que ser yo quien acabe la partida?»

Trachala retumba en el abismo. El animal se impacienta y los ojos del augusto son brasas. Se ve reflejado en el latón colgado en la pared, la piel seca y pajiza, las escleróticas teñidas, los iris encendidos.

El emperador se tambalea, el hígado golpea como un sármata

enloquecido.

Trachala ulula, pide sangre. Constantino se apunta la hoja al pecho, la aprieta con las dos manos. Por un instante sólo se oye el silencio, perfecto, cautivador, puro y frío como el aire del norte.

Bastaría un solo golpe para salir de escena. El agosto sabe dónde clavarla, no sería la primera vez que parte un corazón. Sólo hay que inclinar el puñal, colocarlo entre las costillas de arriba y echarle cojones. Una presión decidida y ya está. Si va bien, se muere al instante y adiós pensamientos, preocupaciones, remordimientos y fantasmas.

Adiós al Águila y a su asqueroso nido. A las garras que raptan y maltratan, que rasgan el alma sin medicina que lo remedie.

Un golpe seco y luego sólo olvido.

«¿Qué esperas, inútil?»

La voz de Trachala es úlcera y salvación. Bofetada y lágrima. Maldita verdad.

Constantino se tambalea, las manos frías sueltan la presa.

Cae de rodillas, la hoja en el suelo, mientras Fedra la Colgada se mofa de él desde el Orco. El estómago cede, el hígado sangra, el agosto vomita rojo y verde, sin tregua. Llora y devuelve, la bestia se mete con él.

«La vieja tiene razón, sólo eres un cobarde que no sirve para nada...»

El resto es mentira, hasta que cala la noche.

Ha pasado seis horas hundido en esa asquerosidad. Hay más sangre que bilis, pero de repente se ha terminado. Incluso la úlcera no tiene piedad. Hay que pagar las cuentas en persona. Tampoco ha pensado en Dios. ¿Con qué cara podría rezarle? ¿Con qué voz? No ha sido capaz de morir. De modo que le tocará vivir, y para hacerlo necesita saldar las deudas.

Constantino se desnuda, se limpia con el agua de la palangana. Está tibia y turbia, como su alma.

En el suelo queda el estrago, gran parte de sí mismo. El agosto no lo mira, le da miedo volver a empezar.

Agarra el puñal, lo moja en el agua. Fedra la Colgada lo espera, implacable.

Constantino se pone la túnica negra, con los pies descalzos deja la sala. Aprieta la hoja con fuerza, el mundo está en el crepúsculo.

En su dormitorio, Fausta está despierta. Constantino entra y cierra la puerta a su espalda. Están solos, como el principio y el final: negro él, blanca ella.

Hay mucho que decir y ninguna palabra. Fausta tiene miedo, Constantino lo nota. Habla él primero, en seguida va al grano.

—¿Te has enterado?

La emperatriz asiente.

—Sí, mi señor...

—¿Estás apenada por lo que ha sucedido?

La augusta sabe que en ese momento se juega el todo por el todo. Ahora o nunca.

—Me apena que hayas tenido que tomar una decisión tan grave. Era tu hijo... Pero después de lo que ha hecho, la verdad es que no sé qué otra cosa habrías podido hacer...

Constantino está intrigado. Levanta una ceja.

—¿Y qué ha hecho que sea tan grave? Oigamos...

La hija de Maximiano aparta los ojos de los de su marido, vuelve la cabeza a la izquierda, resopla y se dispone a irse.

—Oh, vamos... ¡lo sabes perfectamente!

Él la retiene, pero no hay violencia en ese gesto. Se parece a una caricia, levemente más viril.

—Quiero oírlo de ti... Dime exactamente qué ha ocurrido.

Constantino suelta la presa y empieza a jugar con el puñal.

El corazón de Fausta pierde el compás, pero la augusta vislumbra una esperanza. Tal vez su marido quiere darle una última oportunidad. O tal vez sólo está jugando al gato y al ratón.

En todo caso, no intentarlo sería de locos, así que se traga el orgullo.

—Tu hijo Crispo quiso aprovecharse de mí, eso es lo que ha ocurrido. Me hizo la corte, intentó seducirme. Me pidió que hiciera el amor con él...

Ahora están muy cerca, pupila en la pupila, iris contra iris.

Fausta está muerta de miedo, pero no se viene abajo. Es una guerrera nata.

El aliento de Constantino hiede, sabe a muerte y a resurrección.

—Eso ya lo sé, mi amor... es el motivo por el que di orden de matar a mi propia sangre.

Recalca suciamente las palabras. No le quita los ojos de encima. La olisquea feroz, buscando cualquier ridícula debilidad. Después de todo, sólo es una mujer. ¿Cuánto podrá resistir?

Pero ella, incluso con el corazón en la boca, no cede. Una única gota helada le perla la sien.

—Lo que no sé, vida mía... —su mirada da miedo—, es si tú cediste a sus adulaciones.

«Estás en la trampa, guapa.»

«Él ha venido a joderte. Y ahora te joderá.»

Fausta tiene la espalda en la pared. Siente tanta rabia que le gustaría arrancarle ese condenado puñal de la mano y clavárselo en un ojo. Pero ¿de qué serviría? Aunque lo consiguiera, moriría atrapada. Torturada y descuartizada por un centenar de doríforos que acudirían allí al primer grito del soberano. No, si alguien tiene que acabar con ella es mejor que sea el hombre al que hace tiempo amó. Aunque sólo sea porque el miserable bastardo acabará arrepintiéndose, un día u otro.

«Mi sangre te quitará el sueño.»

La augusta inspira profundamente, pero cuando abre la boca le sale un «¡No!» indignado, tan limpio que parece sincero.

—C-claro que no... —añade, tragando saliva.

Una vez más se ha impuesto el instinto de supervivencia. Fausta no puede hacer nada, excepto maldecirse a sí misma y a su condenada vileza.

Constantino la mira durante un rato infinito. Ojos inmóviles, muertos, sin expresión. Eso es el Orco, el abismo de Satanás, vacío y frío como las escleróticas del Imperio. Pero de repente, en medio de la nada, nace una flor, una chispa, un incendio, una pizca de vida.

Constantino parpadea, se despierta de una pesadilla; tiene a su esposa delante, nada más que a su bellísima esposa. Con la izquierda le acaricia su menudo rostro. Con la voz rota le susurra:

—Bien. Mejor dicho, estupendo. Es todo lo que quería oír...

En la izquierda todavía sujeta la hoja, la aprieta con fuerza.

La respiración de Fausta se calma y después vuelve a encenderse, cuando su marido le desliza el puñal por el cuello. La punta le acaricia la garganta, la emperatriz se estremece y gime, pero el augusto le cierra la boca con el índice, dulce y gentilmente. La hoja todavía se desliza, roza los

hombros. Un escalofrío seco recorre a la mujer. Da un respingo cuando el puñal abre el pasador y la túnica se suelta. Seno desnudo y miedo, labios húmedos. El cuchillo baja a lo largo del esternón, lame la curva de los pechos, excita la cúspide.

El hierro hiere la carne. Se clava por equivocación, una gota roja cae nerviosa. Ella lanza un grito pero no se aparta, el emperador tira el arma al suelo y empieza a lamer, succiona la herida invisible, bebe la sangre de su esposa. Después pasa a los pezones, Fausta lo coge de los rizos. El emperador tiene hambre de ella, que gime, sorprendida y asustada. El agosto no se detiene, le baja el vestido. Besa su vientre y más abajo, se sacia por completo.

El sexo y la muerte son hijos del mismo padre. Hasta el agosto empieza a gozar, pero Constantino se para, se limpia la boca. La mira y se mira, todavía impregnado del hedor de bilis, y ordena, con una voz que bulle:

—Espérame en el caldario...

La augusta se levanta, ni siquiera se cubre. Se siente palpar, se odia y lo desea. A pesar del horror, del asco y de todo lo demás, no ha dejado de quererlo.

Tiene ante ella al peor hombre que le puede ordenar el peor de los gestos.

Negarse es imposible, él es el rey del mundo.

Fausta se encamina al caldario a paso ligero. Se mete en la bañera ya templada. En los lados de la piscina hay cuatro esclavas de Iliria, bellezas brillantes de aceite rubio.

Las ganas crecen, a la vez que la temperatura. La emperatriz suda mientras las esclavas sonrientes vierten cubos de agua hirviendo. No puede aguantarse, su hombre está tardando, entonces la mano se desliza entre las piernas, empieza a tocarse, frota con suavidad, se muerde el labio inferior.

«Otro cubo de agua humeante.»

Una esclava se acerca a ella, las demás siguen echando agua. Ahora hace realmente calor, la piel se enrojece. La emperatriz estruja y muerde, mete los dedos. La esclava le sonrío, le coge la mano. Fausta la mira estupefacta, pero la otra sonrío.

—Órdenes del emperador...

Fausta le deja hacer, la esclava le ata la muñeca derecha a uno de los cuatro postes de metal que salen de la bañera. Sirven para sujetar el lienzo que

la cubre cuando nadie la utiliza. Hace lo mismo con la izquierda y los tobillos. La mujer de Iliria utiliza un cáñamo duro, gentilmente hace nudos decididos.

Fausta intenta retorcerse pero no puede. La esclava vuelve a sonreír.

—Órdenes del emperador...

Parece que no sepa decir otra cosa.

Otro cubo de agua hirviendo, las cuerdas aprietan. Fausta se excita todavía más, su sexo se contrae. Constantino hace su entrada en el caldario, desnudo y tenso, como un tronco azotado por un rayo. Hace una señal a las siervas y mira a su mujer. Ellas recogen cuatro ollas de agua hirviendo del fuego que crepita junto a la piscina.

Fausta las mira y no comprende. Está a punto de decir algo, pero la primera sierva le vierte la olla en la cabeza. El grito es desgarrador, ampollas y carne quemada. La sierva no deja de sonreír. La segunda vierte otra olla en los senos de la augusta, los pezones se escaldan al instante. La tercera y la cuarta la vierten en las piernas y otra vez en la cabeza. El agua hirviendo hincha los párpados, levanta la piel, abotarga los ojos hasta hacerlos estallar.

Tormento y gritos, Fausta se debate pero no pierde el conocimiento. Es sólo dolor desesperado. Envidia a Fedra la Magnífica y su delicada soga. La augusta implora:

—¡Mátame! ¡Ten piedad!

El emperador no mueve ni un músculo. Dice «No» en voz baja. Otra señal con la cabeza y la primera sierva llega con un cuenco de sal. Lo echa delicadamente sobre las carnes hervidas de la pobre emperatriz. Ella chilla y no muere, el suplicio es tremendo.

A cada gesto del soberano las esclavas repiten el procedimiento, primero el agua, después la sal.

Hasta que ya no queda espacio para los gritos. Hasta que la garganta explota y se funde. Hasta que la vida, maldita sea, escapa del cuerpo devastado de la augusta.

Las esclavas hacen una inclinación y se retiran rápidamente. El augusto está solo con su esposa.

«Es lo que queda del amor infinito.»

Trachala por fin se ha saciado. Ha dejado de rugir.

El sol hace rato que se ha puesto. Difícilmente volverá a salir. En la casa del señor del mundo ya no hay espacio para la luz. El oscuro Redentor

puede entrar en escena.

El Imperio en los confines del mundo

La fundación solemne de la muralla occidental [de Constantinópolis] se remonta al 4 de noviembre del primer año de la 276.^a olimpiada, o lo que es lo mismo, del año 326 [...] Poco antes había sido asesinado el heredero al trono y tal vez también la emperatriz.

JACOB BURCKHARDT,
Época de Constantino el Grande

Troya, 326 d. J.C.

El emperador está mal, no es el mismo de siempre, las visiones son cada vez más frecuentes. Delira con los ojos abiertos, el remordimiento lo consume. Desde hace algún tiempo está obsesionado con la fundación de *su* ciudad, una parte de su vida ha quedado enterrada junto a Crispo y Fausta, lanzada a las llamas de la execrable memoria. Una parte tiene que renacer, y debe hacerlo ahora, de las cenizas del pasado.

—¡Quiero una capital! ¡Una nueva Roma!

Constantino lo repite continuamente, está convencido de que las nuevas calles, las nuevas piedras y un nuevo techo sobre su maltrecha cabeza coronada lo arreglarán todo.

—¡Un nuevo comienzo!

Sus labios están convencidos, pero su cara está cada vez más amarilla. El hígado le palpita toda la noche, no le deja descansar. Sueños y alucinaciones se confunden, sus ojos nunca están realmente abiertos.

Fausta lo visita cada anochecer. Rememora su carne atormentada por el agua y la sal, la piel hinchada. La boca llena de odio impasible. Se despierta sudado y empieza a ver de nuevo águilas volando, y la promesa de un futuro decente. De gloria infinita.

Ha elegido Troya porque el Altísimo le ha hablado. Cuando se acuerda,

tal vez era él, o tal vez no, Constantino no lo sabe con certeza, últimamente la cabeza le pesa como un carro de ladrillos. De todos modos, alguien le ha dicho —de eso está seguro— que vuelva al lugar donde todo empezó. Y que señale la ubicación de los cimientos, movilice a los maestros constructores, que se lo diga a todo el mundo: «¡La Nueva Roma nacerá aquí!»

Emprendió el viaje una tarde de finales de verano. Desde Nicomedia hasta Ilion hay un buen trecho, hay que organizarse, decidir las etapas. Pero el emperador está demasiado confuso para pensar, siempre tiene sed y le duele la espalda. Sólo le interesa llegar a su destino. Cabalga como un loco a través de Bitinia y el Helesponto, y rememora todos los lugares que ha barajado para establecer la sede de la capital: Sárdica, Tesalónica, incluso Calcedonia. Excelentes ciudades, lugares preciosos, pero ninguno de ellos le ha hablado.

Troya fue la iluminación, la fuerza del pasado que enseña al futuro a estar en el mundo. Que lo mantiene a raya. Un hombre salió de allí sin nada, a su espalda dejaba un mundo en llamas y delante de su nariz sólo tenía un mar incierto y promesas de redención. Ese hombre era Roma personificada y ni siquiera lo sabía.

Eneas el ignaro, el elegido.

«Éste es el sitio», se lo dijo la visión. Constantino recuerda la diáfana voz, muy distinta a la que oyó en Puente Milvio, pero igual de perentoria.

«Ve al lugar donde todo empezó...»

El emperador no está bien, pero sabe que solamente el viaje puede curarle. El futuro, la fundación de *su* ciudad, seguir adelante. Ha regresado a la patria de Eneas. Ahora se yergue sobre la tumba de Ajax y mira la nada de su alrededor, está solo, únicamente le acompaña un puñado de doríforos relucientes como escolta. El resto del séquito todavía está de camino.

Ahí están las sepulturas de los héroes de Homero. La tierra que besa los pies descalzos del ilirio ha acogido las almas de guerreros valerosos y cobardes, cuya memoria todavía perdura. Milenios después.

«Ése es el lugar de lo eterno», Constantino está seguro de ello.

La caravana que lo sigue tiene miedo. Está llena de descreídos, anidan en todas partes, especialmente entre los arquitectos. Los sacerdotes paganos los han engañado con sus falsas cantinelas: «¡Nunca nadie se ha atrevido a construir sobre los cimientos de Ilion! ¡Ni siquiera Julio César! ¡Ni siquiera Augusto!»

Troya en llamas es el auspicio corrupto para un futuro resplandeciente. Pero a Constantino los rumores le importan un carajo. Sin miramientos, traza los confines con la espada, él cree en el maldito futuro. Y después del rito de los cimientos, empiezan las obras de verdad.

El verano troyano no es ninguna broma, debilita y muerde, las espaldas desnudas de los operarios se queman. La sesera del emperador no funciona, el calor la hace hervir. El recuerdo de la sangre es todavía demasiado vivo, no puede respirar. Nadie habla con él y él no habla con nadie. Siempre está encerrado en sí mismo, pensando en todo. Sale raramente de la tienda, observa la construcción, que progresa día tras día.

Al cabo de unos meses ya trabajan en las puertas de la ciudad, los picapedreros esperan ansiosos indicaciones sobre el nombre de la capital naciente, hacen conjeturas entre ellos:

—¿De verdad se va a llamar Nueva Roma? ¿Qué tenemos que escribir en los frontispicios?

Pero nadie se atreve a molestar al monarca. Aún gracias que el emperador no ha hecho dejarlo todo a medias para ordenar partir hacia un nuevo emplazamiento. Sucede más a menudo de lo que pueda imaginarse. A decir verdad, está a punto de suceder ahí también, en la llanura de Troya. Pero ni los picapedreros ni el emperador lo saben.

Pasa una última noche antes de la locura. Otra visión está a punto de entrometerse entre el pasado y el futuro.

El emperador está mal, se ha acostado sin fuerzas. La descomposición de sus intestinos, por culpa de especias, carne de carnero y leche de cabra, lo ha extenuado. Ha bebido mucha agua, tal como le ha ordenado el médico. Pero ahora que está tendido suda sin parar bajo el calor sofocante de la tienda.

Da vueltas y más vueltas en el jergón destartado, tiene la mente embotada de malos pensamientos y los sentidos atentos a cualquier mínima sacudida del estómago. Cuando consigue dormirse el sueño lo embiste como un pura sangre a la carrera.

Es su Cristo quien habla, enojado como nunca. O al menos eso cree, porque lleva a la Loba cogida por el cuello y el cabello más corto. Pero esos ojos en llamas no admiten réplica: «¡Vete de Troya! ¡Vete en seguida!»

El animal se ahoga y se debate, pero el Redentor lo agarra fuerte, la vida se le escapa entre sus dedos enormes. A Constantino le cuesta respirar, su tos

es salada. Cuando se despierta se da cuenta de que ha llorado.

Con el corazón desbocado, sale corriendo, desnudo, de la tienda. En cuanto pone los ojos en las inmensas obras de la ciudad en construcción, asiste al prodigio. El panorama es alucinante: una extensión infinita de madera, clavos, mármol y herramientas esparcidas por todas partes. En medio de la constelación resplandeciente de los utensilios de trabajo, el mazo rojo del maestro de obras brilla bajo el sol. Lo ha pintado para reconocerlo, lo ha dejado entre los de los operarios para recordarles que él también fue un operario.

El maestro albañil ha añadido un Crismón en la empuñadura para que el mundo entero sepa para quién está trabajando. Ese mazo no da ni un golpe desde tiempo inmemorial, sólo sirve para reafirmar su poder, la cadena de mando. Constantino lo mira en medio del mar de herramientas. El sol, tímido, apenas empieza a surgir. Aparecen dos águilas volando, planean tan bajo que obligan al monarca a agachar la cabeza.

«Águilas en la Tróade, es algo increíble.»

Pero las rapaces chillan y giran en redondo, como buitres hambrientos. Constantino tiene la sensación de que lo están mirando. Nota una punzada en el estómago, pero esta vez las tripas no tienen nada que ver: es el miedo lo que hace que tiemble como una hoja.

No hay nada que temer, no es a él a quien buscan los osados depredadores. Las águilas se abalanzan insolentes sobre las herramientas de trabajo. La primera coge el mazo rojo del maestro de obras, la otra una cadena de agrimensur y una pequeña piedra. Una vez conseguido el botín desaparecen rápidas como un rayo.

Constantino está avezado a los prodigios, sabe que asiste a una señal divina. Tiene sed y las piernas no lo sostienen, pero aun así se pone a gritar como un poseso. Acuden médicos, doríforos y operarios. Trastornado, los recibe desnudo, con los ojos salidos, las mejillas de color pajizo, las carnes enflaquecidas. Una vieja sierva se apiada de su estado, se mete en la tienda y coge una tela para echársela por encima. El emperador la deja hacer, no tiene tiempo que perder.

Les cuenta a todos lo que ha sucedido. Los sacerdotes cristianos están llenos de dudas, pero ¿cómo no van a creer al rey del mundo? De modo que asienten e intentan dar alguna sencilla interpretación. Los vates tradicionales,

en cambio, no caben en su piel. Ya lo habían dicho ellos que Troya traía mala suerte.

—¡La señal es clara, mi señor! ¡El Águila quiere que su nido sea construido en otro lugar!

—¿Dónde? —pregunta el monarca.

Nadie sabe responder, pero los seguidores de Júpiter al final se atreven a hablar:

—¡Sigue al Águila, Augusto! ¡Ella te indicará el camino!

Es más fácil decirlo que hacerlo, las rapaces ya han emprendido el vuelo, han desaparecido. ¿Y si hubiera sido un sueño? Pero ¡qué sueño ni qué visión! El mazo del maestro de obras ha desaparecido, y eso es un hecho.

El emperador arde de impaciencia. Envía a un centenar de exploradores en todas direcciones, les dice que cabalguen más de prisa que un rayo, que corran día y noche buscando a los benditos pájaros.

Éstos parten, pero no están convencidos. De todos modos galopan, es lo que ordena el Grande. Tres semanas después, nada. Las obras se han suspendido y la construcción de la capital se ha pospuesto. Troya es un pozo de calor y de impaciencia. El mismo Constantino nutre algunas dudas.

«¿Y si en realidad se hubiera tratado de una alucinación? ¿Un delirio de enfermo? Podría pasarme el resto de mi vida persiguiendo a esos malditos plumíferos. Tal vez debería ingeniármelas para enviar a algún espía a un lugar de mi gusto y hacer aparecer allí el mazo del maestro de obras. Calcedonia quizá...»

Pero mientras maquina la intriga, dispuesto a trocar la fe por un mendrugo de infalibilidad, justo entonces llega el mensajero sin aliento. Con la voz rota por la emoción anuncia que las águilas han sido avistadas. Una patrulla las ha seguido hasta su destino, donde la bestia más grande ha dejado el mazo, y la pequeña, las herramientas, antes de desaparecer juntas para siempre.

El mensajero tiende el mazo del maestro de obras al emperador. Constantino lo mira, es ése, no hay duda: un Crismón rojo y dorado. No cabe en su piel, quiere saber más.

—¿Dónde, por los huevos de Hércules? ¿Dónde las habéis encontrado?

El mensajero contesta de inmediato:

—Bizancio, mi señor.

—Bizancio...

El agosto paladea en la boca el nombre de la ciudad del estrecho, lo saborea, como la carne sabrosa de un pescado con demasiadas espinas.

—¡Bizancio! —exclama.

—¡Sí, agosto! —El mensajero confirma lo obvio. Es mejor no hacer enfadar al rey del mundo.

Constantino lo mira satisfecho. Ya ha olvidado su plan de fingir que encontraba las preciosas herramientas. Junto con Calcedonia y todos los emplazamientos equivocados. Proclama en voz alta:

—¡Ya lo decía yo que sólo había que tener fe!

El mensajero se inclina, su cabeza toca el suelo, no hay otro modo de saludar al Grande.

Inspira cansancio. Espira futuro. Pronto, muy pronto, habrá que volver a ponerse en marcha.

Bizancio, 4 de noviembre de 326 d. J.C.

Durante cien años seguirán siendo visibles las murallas nunca terminadas y la puerta a medio hacer. Los viajeros de paso por Troya podrán admirar durante todo el siglo siguiente el cambio de idea del emperador y preguntarse qué le hizo huir hacia Oriente como un ladrón en plena noche.

Constantino, desde lo alto de los cielos, dejará que hagan conjeturas. Los estúpidos no saben que el Divino le ha hablado, una vez más, y que le ha indicado el camino. El agosto ha llegado a Bizancio justo a tiempo para darse cuenta de que ése es verdaderamente el lugar adecuado.

Todavía no está bien, su color no mejora, pero el humor sí le ha cambiado por completo. La edad tiene su precio, hay que pagarlo a costa de achaques, pero a Constantino no le importa. Ahora es un nuevo comienzo. Frente a la corte reunida para el acontecimiento y al pueblo incrédulo, el Augusto Máximo agarra la lanza y la levanta hacia el cielo. Imagina que acaricia la cumbre celeste, un escalofrío le recorre la espalda. Cuando la punta del arma toca el suelo empieza a caminar.

En ese surco está todo, la fundación de *su* ciudad y el eco de la gloria, el mundo nuevo, listo para desbancar al viejo. Recorre leyes infinitas, desde el Cuerno de Oro hasta el mar, sin detenerse. Marcha como un general en la

batalla, la lanza es su corcel, marca el camino detrás de él. Llega tan lejos que, delante del Gran Azul, un sacerdote se atreve a preguntarle:

—¿Hasta dónde quieres llegar, señor?

Constantino ni lo mira. No tiene tiempo de aminorar el paso. Contesta en voz alta, para que todos lo oigan:

—¡Hasta que se detenga el que me precede!

Continúa la carrera plantando cara a los necios, a los cansados, a los pobres de espíritu, y al dolor de hígado y de riñones. No para de trazar un surco infinito. Imagina la ciudad de la que será dueño, por el camino piensa en qué nombre ponerle.

«Esta metrópoli será la hija obediente que nunca he tenido. La madre generosa de los herederos del futuro. La esposa que me sobrevivirá y cuidará del mañana.»

Ya lo ha decidido. Se para sin avisar y el séquito por poco se le echa encima. El momento es solemne.

Ahí se fundará la maldita ciudad.

Constantino tose y ni siquiera se limpia el sudor. Mira al océano de cabezas que tiene ante él.

—Bienvenidos, amigos míos, a la ciudad de la gloria. ¡Bienvenidos a Constantinópolis, la capital del mundo entero!

Nicomedia, 327 d. J.C.

Nubes negras de melancolía se agolpan en el horizonte, la ciudad que crece en desmesura a pocas leguas de palacio no consigue poner de buen humor al augusto. La noticia es demasiado fuerte: Elena se va. Está a punto de cumplir ochenta años y ha decidido marcharse.

Constantino cada vez está más mudo y solitario, la cabeza le da vueltas en balde. Ni siquiera puede hablar con su madre. No consigue despedirse de ella. La antigua *stabularia* convertida en augusta está a punto de someterse a su enésima transformación. Se convertirá en benefactora del miserable pueblo de Tierra Santa.

Lo cierto es que la decisión no ha sido tomada de repente, la gestación ha durado meses, igual que la preparación del viaje. Meses durante los cuales la *nobilissima femina* ha rezado cada día al Señor para que su corazón quedara

libre de odio. Para que el Altísimo le concediera la gracia de un nuevo principio, sin remordimientos ni sangre. Pero el recuerdo de Crispo le hace demasiado daño y el cadáver de Fausta le pesa en el corazón como una losa. Ha intentado cientos de veces discutirlo con su hijo, pero el emperador parece haber partido hacia un viaje solitario. Elena mira la carne de su carne y no puede dejar de pensar en Constancio, lo maldice con la boca cerrada. Si al menos no se lo hubiera arrebatado siendo tan pequeño, si hubiera podido cuidar de él en vez de abandonarlo en manos de Diocleciano.

Cada día que pasa, Constantino se parece más a su antiguo mentor. Raramente habla, casi siempre consigo mismo. La piel de su rostro está arrugada, ha perdido peso. Está icterico, orina poco y mal. Incluso ha dejado de afeitarse, de vez en cuando un siervo paciente lo convence para que ceda a los cuidados de la navaja, pero si fuera por él ni siquiera volvería a mirarse al espejo.

Todavía está impecable en sus apariciones públicas, no se ha olvidado de ser el señor del mundo. Pero cuando se queda en casa, solo con sus pensamientos, el vástago de Iliria no quiere ver a nadie.

«Ni a su madre.»

La mañana de su partida, Elena lleva un velo negro en el rostro para esconder las lágrimas. Constantino la ve alejarse subida en la litera. Piensa en las millas que le molerán la espalda, en el frío que esos pobres huesos tendrán que soportar. En el calor incesante. No costaría nada detenerla, para retrasar el adiós. Una señal a los guardias, un silbido desde la trifora. Ni siquiera haría falta que bajara a la calle. Si sólo lo quisiera sería ella quien correría a su encuentro. Tal vez intentaría sacarle los ojos, le vomitaría encima toda su rabia, lo abofetearía por haberle partido el corazón... Pero al final lo perdonaría. Le besaría los labios y se proclamaría su sierva, como siempre. Porque así es como funciona, el amor de las madres no tiene fondo. Lo absorbe todo, incluso la muerte.

«Incluso el honor.»

Sería suficiente con parpadear para que volviera atrás, Constantino lo sabe perfectamente. Precisamente por eso deja de mirarla. Abandona la habitación, la ventana y la vista del cortejo en movimiento. Ya no ve demasiado bien de lejos, no sabría decir si detrás de aquel velo su madre lo está mirando. Si está buscando su sombra en el marco de la ventana.

Constantino se va y se deja engullir por los demonios. Traga pensamientos y congojas, se guarda las lágrimas para días peores.

Elena se va. El agosto se siente como un perro vagabundo bajo un claro de luna.

En Tierra Santa falta el aire, la augusta lo nota una milla tras otra, pero el peso que lleva en el pecho sólo se derrite con el cansancio. La losa que la oprimía cuando partió ha empezado a resquebrajarse. La primera brecha la abrieron los ojos de los niños. Hordas de niños se agolpan alrededor de la litera a la llegada de la *nobilissima*. Elena no nació rica, todo el mundo lo sabe. Pero sí es cierto que en su casa siempre tuvo un cuenco de sopa y una túnica para taparse las vergüenzas. Incluso en épocas de escasez. Por esas tierras, en cambio, los pobres van desnudos. En el desierto hace frío por la noche, eso no es la Galia, alabado sea el Altísimo por la gracia del Cielo, pero con la gracia no te llenas la tripa. Ni te tapas el culo, eso seguro.

La augusta es una mujer práctica, la vejez la ha hecho resolutiva. Dispone de acceso al tesoro imperial y no se hace de rogar para utilizarlo. Ha ido hasta allí a posta, para expiar sus pecados.

Lo primero que hace es ordenar que se cubra a los niños. Allí adonde va, en cualquier ciudad donde el noble séquito hace su entrada, los siervos de la emperatriz dejan a los mercaderes sin trapos, telas ni prendas. Pagan al contado, regresan al campamento cargados como burros y a las primeras luces del amanecer empiezan a repartir; antes de la noche ni los más humildes están desnudos. El buen Dios nos ha hecho a su imagen, para que nos avergoncemos como es debido y escondamos todo lo que sirve de diversión.

La augusta avanza inexorablemente en dirección a Jerusalén. Tiene intención de abrazar la tierra que pisó Jesús. De ensuciarse la túnica con la arena que acogió su sangre. Sobre este santo viaje, en los años venideros, se escribirán ríos de alabanzas. La voz afeminada de Eusebio resonará durante siglos. A su imperecedera memoria.

En todas las ciudades hizo un bien incalculable, tanto a comunidades enteras como también a las personas que acudían a ella [...] Liberó a los que languidecían en las prisiones y en las minas; rescató a todos los que sufrían bajo el yugo de los poderosos e incluso hizo volver del exilio a algunos.

Avanzó hacia Oriente con imperial firmeza y magnificencia, aunque mostrándose ante el pueblo vestida con sencillez.

La verdad no es amiga de los cronistas, y menos de los hagiógrafos. Eusebio está tan enamorado de Constantino que ve resplandecer incluso a su madre. La ve mesurada allí donde a una anciana enriquecida como ella le cuesta ser sobria. Pero la verdad es que depende de las millas que recorre. Al principio del viaje, la Augusta ni siquiera baja de la litera. Hace mucha caridad, pero se queda rigurosamente sentada entre almohadones. Allí se encuentra segura, envuelta en las preciadas telas de Nicomedia. No es extraño verla relucir, revestida de oro, bajo el sol del mediodía. Sin embargo, a medida que Jerusalén se va acercando, los desventurados aumentan y el corazón de Elena se vuelve más ligero a la vez que su bolsa. Por arte de magia el calor empieza a hacerle mella. Se desprende de las sedas y del oro, de las estolas bordadas y de los cinturones de piedras preciosas. Elena lo regala todo, vende cada oropel. Transforma el oro en pan, da de comer a los pobres y sigue adelante. Viste con rigor, lleva túnicas sin florituras. Tal vez de buen corte y con las mangas estrechas a la manera gala, que dejan a los que pasan con la boca abierta, pero nunca demasiado llamativas.

Cuando llega a la Ciudad Santa se reúne con el obispo Macario, asiste a los trabajos de construcción de la capilla del Santo Sepulcro, ordenada por su hijo hace ya unos meses. Elena observa a los maestros carpinteros y los albañiles apilar un ladrillo tras otro, cortar secciones de columnas y pulir las tablas del pavimento. Cada astilla de madera y cada piedra que colocan no hacen más que levantar el muro que Constantino está construyendo alrededor de su corazón. Un viático para el paraíso, sin una sombra de arrepentimiento.

Elena casi se echa a llorar cuando piensa en el Redentor asesinado por la furia imperial cuando posa la mano en el empedrado que cubre la estancia donde depositaron a Jesús. Justo en ese lugar había un templo, un templo de sarnosos descreídos. Constantino ha dado orden de arrasarlo y construir una basílica magnífica. Todo se ha hecho con una increíble rapidez, en una noche las llamas han destruido el edículo del numen pagano y los encargados han retirado los escombros. Por la mañana, cuando los devotos acuden a ofrecer sacrificios a cambio de gracia, los centuriones de guardia los echan de malas maneras. Los devotos intentan reaccionar, pero acaban derramando su propio

tributo de sangre en remisión de sus pecados.

Incluso con las mejores intenciones, Constantino acaba haciendo daño. Forma parte de su naturaleza. No hay escapatoria.

Elena, por su parte, intenta arreglarlo. Se preocupa de que nadie sufra ningún daño cuando ordena erigir la Iglesia del Monte de los Olivos y el de la Natividad, en Belén. Mientras da las órdenes y paga a los hombres personalmente, la *nobilissima* no puede evitar pensar en el buen Jesús. Menuda vida le tocó en suerte a ese pobre muchacho: nacido en una cueva, sepultado en una cueva. Como un desgraciado cualquiera.

El amor de Dios es realmente grande si accedió a sacrificar a su propio hijo por una gente que ni siquiera conocía. Elena mira la pocilga donde nació el Niño y piensa que el buen Dios tiene que ser, por fuerza, padre.

Una madre nunca habría sacrificado el fruto de su vientre. Habría aceptado morir en su lugar. O habría acabado con todos por salvarlo, pero lo que es seguro es que no habría permitido que lo pusieran en la cruz. No hay ninguna apuesta que valga la vida de un hijo, ni siquiera la apocatástasis, la restauración del mundo perfecto, el cumplimiento definitivo de las promesas divinas.

Elena lo sabe perfectamente. Puede haber pasado de ser *stabularia* a emperatriz, pero lo que es seguro es que nunca ha dejado de ser madre. Y Constantino, a pesar de la sangre, el poder, el silencio y la locura que lo rodean, sigue siendo su niño. Cuando se imagina a su amado, prisionero de sí mismo, se le encoge el corazón.

Seguro que habrán llegado a sus oídos sus buenas obras, los mensajeros ya habrán ido a contárselo. Elena sabe que no debería hacerlo, pero cuando piensa en él se le calienta el corazón. De modo que actúa instintivamente, suspende la caridad durante un día entero y llama al mejor orfebre de Palestina para encargarle una obra espléndida. Una diadema con incrustaciones de oro y piedras preciosas, embebida de lujo, para el más grande de los grandes. Un regalo especial para su niño especial. El artesano trabaja con destreza, satisface en seguida la petición de la augusta. Cuando se la entrega, Elena contempla la obra del maestro orfebre, pero nota que falta algo. Las perlas son hielo y el oro es demasiado frío. Elena quiere que cuando Constantino se la ponga note el toque suave de sus dedos, que recuerde lo que se siente cuando se está bendecido por el amor.

El artesano está incómodo, no le gusta contrariar a una clienta tan especial. Le pide consejo al confesor de la *nobilissima* mientras ella reza día y noche. El hombre de Iglesia le dice que tal vez habría una solución:

—¡Después de todo, estamos en Tierra Santa! ¿No habría manera de encontrar un fragmento de la Santísima Cruz?

Tiende al orfebre una bolsa repleta de oro e insiste:

—Sería un complemento perfecto para una tiara tan refinada...

El artista capta la idea al momento, a pesar del trabajo que hace nunca ha visto tanto oro junto. Coge la bolsa y se va en busca de algo imposible de encontrar. Son suficientes diez horas y un puñado de sestercios para hallar lo que necesita. Trabaja toda la noche en el encaje milagroso y por la mañana se presenta ante la augusta lleno de orgullo.

Engarzados en la diadema, entre perlas y zafiros, justo al lado de las esmeraldas más preciosas, destacan tres esquirlas de hierro bruñido, oxidado y machacado a conciencia por el mazo del herrero.

—Los clavos de la Cruz de Cristo, mi señora... —El orfebre se arrodilla mostrando el fruto de su duro trabajo.

A la augusta le cuesta contener las lágrimas. La emoción la embarga. Se postra también ella de rodillas y empieza a recitar una letanía sin fin con los ojos surcados de gotas saladas. Le da cien veces las gracias al orfebre, y cien más.

«Lo bendice.»

Elena besa la chatarra, contempla la diadema y la estrecha como si fuera un bendito recién nacido. Ordena enviar con urgencia la joya a Constantino, pero transportar una pieza como ésa requiere tiempo y precaución.

Entre que se organiza el viaje como es debido y que la diadema cruza Palestina, Fenicia y el Ponto transcurren meses. Cuando por fin se la pone, el Augusto Máximo nota el toque delicado de los dedos de su madre en la cabeza. Observa los clavos, el oro puro. Piensa en los labios dulces de quien lo puso en el mundo.

Constantino llora. Por primera vez desde hace mucho tiempo, llora. Se pasa horas sollozando como una niña, acurrucado en un rincón oscuro de la sala del Gran Consejo, pensando en lo que ha sido y en lo que nunca más volverá a ser. Al final se repone y decide corresponder al regalo. Va al escritorio y escribe el edicto de su puño y letra. Redacta el documento con

todo detalle para estar seguro de no equivocarse. Pone la firma al pie y el sello con el Águila.

En el mismo instante en que lo entrega al ordenanza para que lo difunda, la ley entra en vigor. La ciudad de Drepanum, en Bitinia, que tuvo el honor de ser la cuna de la antigua *stabularia*, desde hoy cambia de nombre. De ahora en adelante el mundo entero la conocerá como Helenópolis. Constantino piensa en la cara de su madre cuando reciba la noticia y una sonrisa tímida se dibuja en el rostro amarillento del poder. Después de todo, todavía queda algo que palpita bajo la corteza imperial.

El augusto fantasea con la felicidad de la mujer, pero no sabe que pasará más de un año antes de que la *nobilissima* lo sepa. De hecho, inmediatamente después de haber enviado la diadema, Elena emprendió de nuevo viaje. Decidió que su misión en los lugares de Cristo había terminado y se juró a sí misma que no volvería a palacio. Ha dirigido la caravana hacia Roma, y por el camino se ha puesto enferma. Elena llega a su destino cansada, cada vez pasa más tiempo rezando. En diez ocasiones los miembros de la corte intentan contarle la feliz noticia, pero ella no los escucha. Está completamente entregada a las fiebres y al buen Dios. Cuando finalmente está saciada de plegarias y arrepentimiento, cuando las arrugas de su frente se destensan por un instante, al fin acepta escuchar a sus servidores.

—¡Mi señora, el emperador ha bautizado tu ciudad natal con el nombre de Helenópolis!

Elena sonríe, por fin su corazón se ha vaciado de odio. Sabe que el amor todo lo vence. Por muchos caminos equivocados que puedan tomarse, al final Cristo nos coge de la mano y nos acompaña hasta la meta. No tiene tiempo de volver a ver a su hijo, la vida la abandona en un batir de alas.

Elena, la emperatriz, muere ligera. Ella, que ha tenido una vida dura, se escabulle en un suspiro.

Sin decir nada a nadie.

Roma, 329 d. J.C.

Ahora el emperador está realmente solo. Su madre ha muerto y él no ha podido siquiera decirle adiós. Ni tan sólo hasta luego, prisionero como está del monstruo amarillo que le devora el hígado, la piel, los riñones. Constantino no

está bien, lleva el mal escrito en la cara.

Más que el cuerpo, le duele la cabeza. Dolor de tanto pensar. Allí fuera hay todo un mundo, pero él no lo ve, encerrado con doble llave en sí mismo, con la respiración entrecortada y el hedor enfermo que exhala de cada poro.

La muerte de dentro, la muerte de fuera. Constantino observa el cadáver de su madre, tan menudo e indefenso. La levanta una última vez, antes de que quede encerrada para siempre en el sarcófago. La estrecha entre sus brazos y la encuentra ligera, un cuerpo vacío vestido de fiesta, sutil como papel quemado. La vida, en su huida, se lo ha llevado todo.

Elena ha dejado por escrito disposiciones concretas: que su patrimonio sea dividido a partes iguales entre Constantino y sus tres nietos.

«Como si fuera su dinero...»

Vieja y dulce *stabularia*, una mujer de una pieza, al final les has cantado las cuarenta. Has hecho saber a todos que hasta la hija de un tabernero puede convertirse en emperatriz en este nuevo mundo. Que la sangre puede con todo, excepto con la muerte.

Constantino está aturdido, vomita a menudo. Tiene muchas ganas de llorar, pero no se corresponde con su rango, de modo que traga sal y melancolía. Vomita sin pensar, las arcadas están permitidas.

El Imperio se pudre desde los cimientos, es mejor el vómito que el llanto, ésta es la ley del Señor.

El sarcófago es rojo oscuro, de pórvido imperial brillante y escenas de guerra en los lados. Caballeros romanos martirizan a bárbaros encadenados. Es el ataúd de un guerrero. Elena no merece un honor como éste, pero Constantino ha cambiado los papeles. Ha dicho a todos que se trata del sepulcro de su padre, Constancio, cuyo cuerpo muy pronto será trasladado a Roma para hacer compañía a su madre toda la eternidad.

Mentiras de tres al cuarto, para hacer callar a los senadores.

«Este lujo es todo para ti, madre.»

Para ti, que has luchado y estás muerta. Que has sacrificado cualquier retazo de juventud por un sueño de color púrpura. Para ti, que has amado hasta tu último suspiro. Constancio se quedará donde está sepultado.

«No vendrá a turbar tu sueño, te lo prometo.»

Constantino reclina a su madre con cuidado, cubre sus pequeños miembros con el lino blanco. Los encargados sellan el sarcófago y todo

termina. No hay suficientes lágrimas para llenar el vacío. Constantino es un punto amarillo en el universo negro como la pez.

Constantinópolis, 330 d. J.C.

Reunió en Bizancio a todo un pueblo llegado de las ciudades sometidas para que, en aquel teatro, un buen número de borrachos unas veces lo aplaudieran y otras pudieran vomitar el vino; le gustaban las aclamaciones de gente que ya no era dueña de sí misma, y se dejaba vitorear con gusto por quienes ni siquiera se aprenden un nombre a menos que les sea impuesto con un ejercicio cotidiano.

El historiador Eunapio, cobarde y sinvergüenza, hablará así del emperador y de ese día de fiesta.

Lo escribirá extensamente dentro de muchos lustros, pero ¿qué puede saber ese bellaco? Hoy no está aquí, ni siquiera ha nacido. Y tardará todavía muchos años en nacer. Sus padres ni siquiera se conocen. Su madre es una niña y vive en Sardes. Y en Sardes no hay nada, aparte de mercaderes, tabernas y terremotos. Sardes no es el centro del mundo, por supuesto. El centro se ha movido, ya no está en Roma, ni en Treviri o en Nicomedia. Está ahí, donde confluyen los dos mares, donde el sol surge del agua y corta la respiración.

Constantinópolis la Resplandeciente, la Exuberante.

Bizancio ya no existe, en su lugar el Grande ha creado el paraíso. Un paraíso que lleva su nombre y brilla como el oro al que tanto apego tiene.

Hoy es fiesta, no hay duda; se bebe y se baila, los corazones están llenos de esperanza. Constantinópolis es realidad, el sueño se corona. Durante cuatro años de esfuerzo y trabajo, un verdadero ejército de diseñadores, arquitectos, agrónomos, contratistas, *mensores*, constructores privados y técnicos de todo tipo han invadido el Bósforo por voluntad del agosto. Cuarenta mil guerreros godos se han convertido en operarios para echar leña en la fragua del emperador. Las colinas de alrededor han sido destripadas. Nuevas calles, nuevos palacios, nuevas plazas y nuevas iglesias son las joyas de la corona.

La capital es soberana en sí misma y se merece un traje digno de su rango. El primer regalo ha sido un collar de agua de manantial. La red de

acueductos abraza a la ciudad como un chal precioso, rodea los siete cerros como una joya valiosa. Después han llegado los almacenes y los graneros, el pueblo trabajador necesita alimentarse.

«Ahí se construye el futuro.»

A cada ciudadano capaz de levantar su casa desde los cimientos se le ha regalado pan para los albañiles y los hombres encargados de los trabajos pesados. El augusto es espléndido, no repara en gastos. A cualquiera que tenga algún peso en el Imperio o realice servicios para el soberano se le ha aconsejado vivamente que se procure una residencia en la ciudad.

«Ahí es donde se juega la partida.»

Se ha aplicado un trato de consideración a los notables, edificios espléndidos —que no tienen nada que envidiar a las mejores viviendas patricias de Roma— han sido erigidos a costa del Estado y donados a los que tendrán el honor de formar el Senado. Muchos patanes del patriciado de la Urbe se han molestado cuando han conocido la noticia.

«Pero ¿cómo? ¿Y la eterna gloria de Roma? ¿Tendréis corazón para abandonar a la Loba?»

La mayoría de los escogidos ha hecho el equipaje en un par de días. Los que se han quedado todavía están tragando bilis.

«El futuro surge por Oriente.»

¿Y la gente corriente? ¿Qué ha hecho por ellos el Gran Constantino? El augusto tiene cien ojos y un millón de oídos siempre atentos. No es indiferente a los gritos de sus súbditos más humildes, a las súplicas de las madres y a las esperanzas de padres e hijos. Incluso escucha hasta el final el estruendo de los borrachos, los mismos que ponen de mal humor a los repelentes cobardes como Eunapio.

«Ha prometido exenciones.»

Los mismos derechos de los que siempre han gozado los habitantes de Roma. Se acabaron los gravámenes provinciales. Y el Estado se encarga de suministrar trigo a los más pobres. En el reino de Constantino nadie se muere de hambre.

«Bienvenidos a Constantinópolis, tierra de ilimitada esperanza.»

Han pasado sólo cuatro años de aquel surco sin fin, trazado en un arranque de fe y de locura. Las fachadas de los palacios todavía no están terminadas, falta algún frontón, muchos frisos están por acabar, pero la vida

bulle en los barrios y en las calles frente a la Propóntide.

Los niños ya corretean en el *Augusteion*, la gigantesca plaza dedicada a Elena Augusta.

Una estatua de la emperatriz madre adorna la explanada; los ojos brillantes de pasta vítrea, lustrados como un espejo, vigilan el *Milion*, la áurea piedra miliar rodeada por un templete abierto que señala el nuevo centro del Imperio. El punto exacto desde el que medir todas las distancias de ahora en adelante.

La Cruz está por todas partes: pintada en la calle, en las columnas de mármol, incluso más allá, hacia el sur, decorando las terrazas que guían la mirada extasiada de los visitantes desde la suntuosidad del Senado hasta la gloria del palacio imperial, recién pulido. La Cruz se yergue entre los cimientos de la iglesia de Santa Sofía e incluso en el techo dorado de la sala del trono, rigurosamente recubierta de piedras preciosas y colgantes, igual que las ropas del emperador.

Constantino observa su sueño. Lleva los mejores paños. La tiara, regalo de su madre, en la cabeza. Contempla el futuro con el corazón cansado, no hay alegría, ni siquiera por el grito de la muchedumbre que lo aclama mientras pasa entre las estatuas de Tique y Rea, trasladadas por orden suya de Roma a Cyzicus.

El agosto asiste al prodigio de lo nuevo, creado de la nada por voluntad de su magnificencia, pero está frío e impasible. El hígado lo atormenta de día, los riñones de noche. La rabia que tiempo atrás le inflamaba el pecho es un recuerdo; su vida es amarillenta, como la piel de su cara.

Constantino saluda a todo el mundo y bendice con la mano derecha, nunca se ha sentido tan solo. Desde hace tiempo vive en compañía de fantasmas putrefactos, cada uno de sus muertos es una mella en su conciencia. Se imagina sus semblantes corrompidos por el abrazo de la tierra, sus rostros surcados por el tiempo y los gusanos. Diocleciano, Maximiano, Galerio, Elena, Minervina, Fausta, Crispo... Cada nombre es un tormento, un trozo de carne empapado en la lava.

El desfile continúa y lo lleva triunfal a través del paraíso. Pero Constantino está en el infierno. Ya hace tiempo que está allí. No se entusiasma con el pueblo por el Hipódromo recién estrenado, lugar de desfiles triunfales y refriegas sobre dos ruedas. No le provoca ni un escalofrío la espléndida

cuadriga de bronce y oro que decora el palco imperial. No le emociona la columna serpenteante erigida en la espina de separación de la arena. Constantino la ha hecho retirar de Delfos, era la ofrenda votiva de los griegos por su victoria sobre los persas. Y él se la ha llevado, porque ahora todas las victorias son suyas.

La gloria y el saqueo van de la mano. Para construir el paraíso hay que desvalijar el mundo entero. El augusto ha dado orden de coger de Roma y del resto del Imperio todo lo necesario para que Constantinópolis sea magnífica. Pero ni ahora, mientras desfila en medio de la procesión infinita de bronce y mármoles que han cruzado media tierra y mar para embellecerse ante él, siente el estremecimiento del corsario, el frenesí del latrocinio del pirata, el sabor bárbaro de la conquista.

El emperador está vacío. La funda dorada que aprisiona su alma hinchada hace que todo sea más ridículo.

«Más difícil.»

Llega al Foro, observa la orgía de pórvido que santifica el nuevo comienzo. El pilar está compuesto por nueve secciones procedentes del templo de Apolo en Roma. En la cúspide de la impresionante columna, a ciento once codos de altura, destaca la colosal estatua. Constantino la mira desde abajo, triunfo de oro puro, deslumbrante bajo el sol del mediodía. Se ve en lo alto a sí mismo enorme, helado. Cristalizado en el oro, eternamente inmóvil, dando la bendición como el Redentor; solitario, igual que Él.

Un estremecimiento sacude a Constantino. Nota que el sudor le resbala por la nuca, por primera vez en mucho tiempo ve que se emociona por algo. Desea ser frío y amarillo como el oro. Subir allí arriba, a la cima del pórvido, y quedarse inmóvil para siempre. Aguantando la lluvia y el sol, dejándose ensuciar por la mierda de las gaviotas; aislado, persistente, devoto. Sin el más mínimo pensamiento en la mente.

Al instante, la multitud lo empuja. Hacia el fondo del Foro, allí es donde lo esperan. No recuerda que les haya hecho ir allí, sin embargo ahí están. Los tetrarcas, los sólidos monstruos de mármol rojo que tanto lo impresionaron de niño, cuando los vio por primera vez en Nicomedia. Todavía unidos en ese abrazo infinito, de guerra y de paz, la diestra y la espada.

Diocleciano y Galerio. Maximiano y Constancio Cloro.

«Sus muertos.»

«El Imperio que ya no existe.»

El agosto los observa con atención, no les quita los ojos de encima mientras pasa por delante. Los recordaba más grandes. Pero tal vez fuera él quien era demasiado pequeño. Tan pequeño que ni siquiera podía concebir el poder. Pero lo suficientemente mayor como para temerlo, más que la peste o la enfermedad.

«¿Cómo hemos llegado a esto?»

Mira la imagen de Diocleciano a los ojos y de repente comprende que se ha vuelto como él.

«Lo nuevo es exactamente igual que lo viejo.»

Constantino echa un vistazo a su alrededor y sólo ve paredes y palacios y hierro hasta donde se pierde la vista. Ésta es su prisión de piedra, su ciudad sarcófago, el lugar donde envejecer sin nadie al lado, donde ir volviéndose loco un poco cada día.

Ahora el sudor de la nuca es helado. El agosto tiene la sensación de que los tetrarcas sonrían. Se ríen de él, con los ojos fijos y la boca grosera. Constantino suda y tiembla, no quiere mirarlos más, pero esos cuatro no lo sueltan. Le duele el hígado, siente punzadas en los riñones. El agosto no está bien, pero ya es tarde para volver a casa.

«Esta bendita prisión es tu nueva casa, bienvenido, oh señor del mundo entero.»

La procesión entona el *Kyrie eleison*, el aire es cada vez más denso.

Le pesa la púrpura, le pesan las joyas y la tiara. Los clavos de Cristo le surcan el cráneo, el olor a incienso se le pega en la garganta. En torno a él hay un cegador revuelo de cruces blancas, las imágenes que lo representan están por todas partes. Constantino es uno y múltiple.

«Pierde el control de sus propias emociones.»

El hígado es una tortura y tiene la frente perlada de cansancio. Se hace ayudar para escalar el púlpito, abre los brazos y la multitud lo aclama. Constantino ahora es el centro del mundo. Vacío y doliente señor de la nada. En medio de los gritos nadie lo oye, los labios bisbisean la advertencia mientras sus ojos sonrían. Es frío y cansancio, escalofrío infinito y miedo en la mirada del prójimo: he aquí qué diantre es el poder.

—Id todos al infierno.

La chusma que grita su nombre no lo oye. Se impregna de su sonrisa, de

sus ojos falsos y todo lo demás.

—Id todos al infierno y dejadme en paz.

Constantinópolis, 336 d. J.C.

—Bienaventurado eres. Porque ya en tu forma terrenal has sido considerado digno de gobernar tú solo todo el Imperio. ¡Y en el futuro reinarás al lado del Hijo de Dios!

Eusebio acaba de terminar de pronunciar el elogio. El momento es histórico; es la culminación de la fiesta de jubileo por los treinta años de gobierno del emperador, y el augusto en persona le ha pedido al afeminado hombre de Iglesia que escriba y declame el elogio ritual. Tal vez se ha dejado llevar, hace poco que ha empezado a redactar una biografía del soberano y tiene la cabeza llena de fuego. Si es que ello es posible, sueña con él todavía más a menudo. Cada noche anhela que acuda a él, triunfal y dorado como Cristo Redentor. Que lo haga suyo sin pedirle permiso, que lo bendiga con su espada de luz.

El religioso de rápida pluma a menudo se despierta mojado, como un muchachito en los primeros rubores.

Lástima que ya tenga setenta y un años. Pero no importa, el corazón y el pene van a la suya, todo el mundo lo sabe. El primero casi le ha saltado del pecho mientras pronunciaba las últimas palabras del elogio. Y el segundo ha estado duro todo el rato. Ahora el obispo espera una señal de su rey, sumido hasta el cuello en el silencio que envuelve la sala del trono.

El salón está abarrotado, hay embajadores de las cuatro esquinas del mundo, llegados para rendir homenaje al monarca perfecto. Algunos de ellos llegan de la lejana India y llevan como regalo resplandecientes piedras preciosas y animales exóticos desconocidos en Occidente. Los indios honran a Constantino como emperador y soberano absoluto; los más viejos de la delegación sujetan entre las manos iconos ricamente pintados que lo representan rudo y majestuoso, con el cabello tupido, ondulado y peinado con elegancia cayendo largo y rizado sobre la nuca. La nariz decidida y curvada, el rostro surcado de quien sabe lo que significa mandar.

Pero, a pesar de su imagen pública, el vástago de Iliria se siente hecho pedazos. Al igual que a pedazos acabará su Imperio cuando él se vaya. Son

días de tribulaciones y balances. Nadie, antes que él, había reinado durante treinta años seguidos. Y, encima, estando solo. Constantino advierte el vacío que dejará su presencia, piensa a menudo en su papel de padre, además del de emperador. Acuden a su mente Constancio y su tozudo pragmatismo, ese padre ausente y amable que lo llevó a la corte para que aprendiera un oficio para el que no parecía destinado.

Mira a sus hijos, está claro que no encuentra la inocencia que albergaba en sus ojos cuando tenía su edad. Constantino, el mayor, ya tiene diecinueve años y las maneras de un jefe galo, arisco y decidido. Constancio, un año más joven, es su preferido. Se le parece más de lo que está dispuesto a admitir, pero lo cierto es que ha tenido una vida más fácil que él. Constante es el menor, pero ya es César. Es el más malo de todos, el tipo de soberano que el pueblo rápidamente aprendería a temer.

Los tres muchachos no son más que una parte del mundo que vendrá. El cuadro es más complejo, especialmente ahora que la salud empieza a abandonar al agosto, que las articulaciones se le debilitan y su cabeza día tras día está cada vez menos lúcida. La herencia imperial tiene que ser compartida, Constantino lo decidió no hace más de seis meses.

Después de infinitas reflexiones solitarias llegó a la conclusión de que ninguno de los muchachos está a la altura de la labor. Crispo, él sí que habría sido capaz de sacar adelante todo el Imperio sin necesidad de nadie.

«Pero Crispo está muerto.»

El roce de ese pensamiento es una puñalada en el hígado.

Los convocó a los tres —Constantino II, Constante y Constancio— junto con sus sobrinos Dalmacio II y Anibaliano. Les endilgó un discurso sobre la dureza del mando y las responsabilidades que se derivan de él, estuvo dando rodeos durante más de una hora, mientras la sangre de su sangre se preguntaba qué hacía allí, entre ellos, el fruto de la estirpe marginada de Teodora. Cada uno de los cinco, por un motivo o por otro, tenía más de una razón para desear que el mundo entero le fuera confiado. Pero el agosto ha sabido decepcionarlos a todos, sin dejarse a nadie.

Al joven Constantino II le entregó Galia, Hispania y Britania. Una jugada que se daba por supuesta, ya que el muchacho ha crecido en Treviri y no conoce otra cosa que la lluvia y el frío.

A Constancio le tocó Asia Menor, Siria y Egipto. Al pequeño Constante

casi se le escapa un gritito de mujer cuando papá le concedió en herencia Italia, África e Iliria septentrional. Pero el entusiasmo en seguida se le atascó en la garganta cuando el emperador precisó que gobernaría bajo la guía de un tutor. El joven César puso morros, pero ¿qué diantre se esperaba? Si casi no tiene edad para meneársela, todavía menos para mandar.

Los tres se quedaron de piedra cuando Constantino asignó gran parte de los Balcanes, además de Mesia, Tracia, Macedonia e incluso Constantinópolis a Dalmacio II. Su sobrino, legítimo exiliado, había fantaseado con el dominio global cuando el Augusto lo llamó. Pero aun así no puede decirse que se sienta insatisfecho. Al menos disfruta de la cara resentida de sus primos, y eso ya es una buena satisfacción.

Pero quien mejor encaja la victoria es sin duda Anibaliano, hermano de Dalmacio II y candidato insospechado a cualquier cargo de verdadero poder. Precisamente por este motivo Constantino lo elige y decide concederle la gestión de una auténtica perla. Lo nombra «Rey de los armenios» y le asigna los territorios de frontera amenazados por los malditos persas: Armenia, Capadocia y Mesopotamia. Como si fuera poco, también le promete a su propia hija Constancia, la única chica que tuvo con Fausta, acogiéndolo definitivamente en la familia.

Los motivos de esta decisión son muchos, pero hay uno que se impone a los demás. Constantino II, Constancio y Constante no están hechos para trabajar juntos. Tienen personalidades distintas, han crecido en mundos diferentes. Sólo esperan a que el viejo la palme para disputarse el Imperio con los dientes apretados. Los territorios de frontera constituirían una ventaja importante, cada uno de ellos acabaría aprovechándose con el objetivo de vencer a los otros.

Es mejor dejar que alguien ajeno los administre. Y mucho mejor si quien se encarga de hacerlo es alguien que no esperaba en absoluto tener un lugar en el trono. Y ahora que lo ha recibido estará agradecido para siempre a quien se lo concedió.

Aquí está, pues, el mapa del futuro; el emperador que ha unido el mundo arrancando jirones de uno en uno de las ávidas manos de los tetrarcas se prepara para dividir su dominio antes de abandonar este páramo de dolor.

«Las cuentas siempre se pagan. Al final se pagan.»

Constantino puede estar viejo y enfermo, pero no es estúpido en

absoluto. Sabe que nada de lo que ha construido está destinado a perdurar.

«No sin él.»

También sabe que la felicidad no es eterna, quien la alcanza debe empezar a preocuparse, dormir con un ojo abierto. Ni el buen Dios puede sacarlo a uno de apuros cuando se trata de regir el destino del universo. Es mejor echarlo todo a rodar. Mucho mejor acabar de manera gloriosa y esperar a que llegue el diluvio.

Constantino está más débil de lo habitual. Las palabras de Eusebio todavía flotan en el aire, la sala espera una señal suya.

«Bienaventurado», el epíteto resuena como un insulto descarado.

«Bienaventurado.»

«¿Qué sabéis vosotros de cómo se siente Dios? Solo como un perro... como yo.»

El emperador se levanta, sabe que no debe ser cruel, sería un imperdonable error político. Pero la bestia de sus vísceras no deja de retorcerse.

Trachala no envejece, Trachala sabe esperar.

Una bocanada de bilis le irrita la garganta mientras se aclara la voz, a continuación clava sus ojos vacíos en los ojos soñadores de Eusebio, inspira hondo y habla como un rey:

—Detente, Eusebio. No sigas, antes de que la ira de Dios se abata sobre nosotros. Ni bienaventurado ni santo, estos adjetivos sólo se corresponden con el Altísimo. Yo, como todos vosotros... —apunta el dedo contra la multitud inmensa—, no soy más que un humilde servidor. —Vuelve a posar la mirada en el improvisado panegirista—. Te exhorto, de ahora en adelante, a que no pronuncies palabras tan temerarias.

El hielo se extiende por todo el salón, ataca las espaldas doloridas por el largo viaje, abofetea orgullos barrigudos. Parte la espina dorsal de Eusebio.

El emperador espera un momento antes de dejar la sala, pero la náusea es terrible, no puede esperar más. Se mete en la habitación y vomita sangre y estómago. Se mira al espejo y casi no se reconoce.

«Padre mío, ¿por qué diablos me has abandonado?»

Toma la decisión impulsivamente, tembloroso ordena a siervos y a criadas:

—Preparad lo necesario. Parto mañana por la mañana al amanecer.

Los sirvientes están trastornados. Se lo esperaban todo excepto una marcha tan repentina. Tendrán que trabajar toda la noche, la quinta consecutiva sin una hora de sueño. Pero evidentemente no se puede replicar, el augusto es quien manda. El más atrevido de la cuadrilla se limita a plantear la más maliciosa de las preguntas, la más banal, dadas las circunstancias:

—¿Adónde te diriges, por favor, mi señor?

Constantino se vuelve. En la cara tiene la expresión de algunos viejos estúpidos, incapaces incluso de expresar lo obvio, atrapados en un eterno malentendido que los hace esclavos de la nada.

—A Tierra Santa, ¡vaya preguntas! ¡El Redentor me espera!

Ha decidido ir en busca de su Dios. Ya hace mucho tiempo que el Altísimo ha dejado de hablarle, de responder a sus plegarias. Por culpa de la sangre, sin duda. La sangre inocente que se mezcla con la tierra y la otra, antigua y corrompida, que todavía corre por las venas.

Un viaje así no corresponde a un hombre de su edad, se siente como Diocleciano en la ceremonia de abdicación, desnudo, indefenso y muy mayor. Realmente frágil, azotado por los vientos. Los escalofríos no lo abandonan, pero el viejo emperador no renuncia a cabalgar durante gran parte del trayecto. Llega a su destino consumido y afligido. De día va tirando, pero de noche las fiebres le hincan el diente sin piedad. El hígado, duro como una piedra, no lo deja vivir.

Nadie habla del color que tiene, pero por cómo lo miran se ve que temen lo peor. A Constantino se la trae floja y sigue adelante. Traga millas y plegarias, encadena una súplica con otra, implora al Señor y a la Virgen para que le hagan el favor y vuelvan a él una última vez antes del adiós.

El peso de la culpa es insoportable, esta tierra que no ve desde hace décadas le habla día y noche de su madre. Elena, que huyó lejos porque no podía tolerar la vergüenza. Elena devota y santa, benefactora de inocentes.

El Augusto visita la iglesia de la Natividad en Belén y la del Monte de los Olivos, acaricia los mármoles y las piedras sagradas con la devoción de un estúpido ante un encumbrado. Busca a Dios con la nariz, tamiza el cielo y la arena, pero no hay rastro del Redentor. Asiste a la inauguración de la Basílica del Santo Sepulcro, se echa en el suelo que corona la cueva donde fue sepultado el cuerpo de Cristo. Pensamientos enfermizos le nublan la mente,

historias de todo tipo sacadas de los Santos Evangelios. Distorsiones de taberna, cuentos escuchados por el camino, alrededor del fuego, junto a soldados y caballerizos. Lo falso se mezcla con lo verdadero, la historia se transforma de espléndida larva en repugnante mariposa. Constantino piensa en el centurión de guardia en la tumba del Hijo de Dios. Arrollado por la piedra durante la Resurrección, aplastado por el peso de los pecados de todos, el único inocente que dejó la piel. Así es como se siente el viejo bastardo, aplastado y solo. Masacrado por un peso que no ha elegido.

Aullidos salvajes resuenan en Palestina: los sirios, aves de rapiña, hacen incursiones hasta las puertas de Jerusalén; los gritos obstinados de los paganos de Celesiria y de Arabia Pétreá, los gritos obsesivos de los demonistas, los poseídos de Samaria que esperan la curación berreando a más no poder sobre las tumbas de los profetas. Desde lejos se los oye ulular, con diversas voces de animales. Entre el Jordán, el desierto y el mar está lleno de espíritus, de Jesús el Salvador sólo queda el hedor.

Constantino ha ido hasta allí buscando a Dios, pero sólo ha encontrado pobreza y miseria.

Ha vaciado los bolsillos y entregado carretadas de oro, pero la mirada de los humildes no ha cambiado. Un millón de ojos blancos sigue mirándolo sin piedad. Le escupen su rabia a la cara, le reprochan que sea tan viejo. Que haya resistido durante tanto tiempo.

«Que lo haya conseguido.»

El agosto siente que el final no está lejos. Emprende el regreso a casa con la amarga conciencia de que el Hijo de Dios sólo sirve para prometer. Mantener esas jodidas promesas ya es otro cantar.

De Constantinópolis a Persia, 336-337 d. J.C.

Se dice que las personas enfermas, en especial las aquejadas de una enfermedad incurable, justo antes de morir de repente se encuentran mejor, ágiles, fuertes y llenas de energía. Es la asquerosa calma que precede a la tempestad, el último amanecer espléndido a la espera de la noche sin fin.

Una luminosa mañana de septiembre, Constantino se despierta y nota que nunca se ha sentido tan en forma: sus articulaciones no crujen tanto, sus pulmones se llenan, su piel no es tan amarillenta.

«Es la hora de sacarles brillo a las armas», piensa divertido. Incluso se le escapa una sonrisa, ni siquiera recuerda la última vez que le ocurrió lo mismo.

Con sesenta años cumplidos le vienen ganas de guerrear. Pero esta vez, todo hay que decirlo, no se la ha buscado. Ya no tiene edad para provocar conflictos, pero tampoco es tan viejo como para no responder a un bofetón con una buena patada en los huevos. Quien ha osado levantarle la mano al Imperio es Sapor II, rey de reyes, hermano del dios Sol y de la madre Luna. El maldito señor de Persia.

Los persas son malvados e impertinentes. En sus tiempos, Diocleciano ya tuvo que enseñarles modales a esos salvajes. Los envió al lugar del que procedían y declaró Armenia estado vasallo de Roma.

El pacto se ha mantenido vigente hasta hace pocos meses, cuando Sapor se puso a hacer el gallito con Tiridates, el soberano cristiano de los armenios, al que Constantino tiene en gran estima y que acaba de consagrarse a la protección de Anibaliano. Con motivo de la fundación de Constantinópolis, Sapor, jugando a dos bandas, envió bonitos regalos y un respetuoso mensaje al emperador de Roma. Para luego metérselo por donde te dije a los pocos años, invadiendo Armenia sin avisar. Al principio creyó que se trataba de una escaramuza fronteriza. Anibaliano ni siquiera pensó en involucrar a su noble tío y decidió resolver la situación a su manera. Con un millar de muchachos dotados de buenos atributos se aventuró hasta Ctesifonte, asaltó el palacio real y secuestró el harén de su majestad.

Seiscientas de las mujeres más hermosas del mundo fueron arrastradas a través del desierto hasta Palestina, para que las tropas de Roma hicieran con ellas todo lo que quisieran. El viaje fue bastante duro y la mayor parte de las muchachas no sobrevivió. Hay quien dice que toda esa historia es una leyenda, ya que hay centuriones que juran no haber visto más de una veintena de mujeres maltrechas llegar en un carro una noche de octubre. Quien las entregó como pasto a la tropa no fue Anibaliano en persona, como cuentan los cronistas, sino un lugarteniente suyo al que nadie conocía y que todos llamaban Tito. Algo de verdad, sin embargo, debe de haber en el fondo de la historia, ya que Sapor se lo apuntó y empezó a machacar la frontera oriental con duras incursiones.

Llegados a ese punto no se podía hacer como si no ocurriera nada.

Constantino fue avisado y, en vez de montar a caballo y galopar hacia Levante para arrancarle la cabeza al persa, intentó la vía de la diplomacia. Le escribió una carta banal en la que recordaba al jodido zoroastrista cuál era la conducta adecuada que debía adoptar y qué nombre llevaba el verdadero Dios.

Si yo defiando la Fe de Cristo, soy partícipe de la luz de la verdad. Y, guiado por la luz de la verdad, reconozco la fe divina.

También le recuerda, con la máxima educación, que nunca es buen negocio meterse con el preferido de Nuestro Señor y que a fin de cuentas bastaría una pizca de humildad y sumisión para acabar con esas malditas escaramuzas.

Éste es el Dios que yo venero. Mi ejército, a Él consagrado, lleva su emblema sobre sus hombros, y acude a los lugares a los que lo reclama la causa de la justicia...

«¿Está claro, rey de reyes?»

La réplica a la misiva nunca llegó. Por toda respuesta Sapor II pensó que era mejor secuestrar a Tiridates de Armenia, dejarlo ciego y llevarlo a rastras hasta Persia desnudo como un gusano. Éste es el motivo de que Constantino haya perdido la paciencia.

Lo cierto es que, después de toda la sangre derramada en su juventud, ya no pensaba en volver a ponerse otra vez a guerrear. Pero evidentemente alguien, allí arriba, tiene otros planes para el anciano hijo de Iliria. Parece rejuvenecido, incluso ha querido lustrarse la loriga personalmente, para gran disgusto de ayudantes y fámulos. Se ha afeitado la barba, lleva el cabello más corto. Ha vuelto a entrenarse. Recorrer sólo media milla a pie ya es un esfuerzo descomunal, pero preferiría dejarse torturar antes que admitirlo delante de sus hombres.

En resumen, está bien, o al menos es lo que se dice delante del espejo todas las mañanas. El hígado todavía golpea como un púgil enloquecido y la piel sigue estando un poco amarilla, pero el sol echa una mano a la tonalidad. Por lo menos los riñones todavía funcionan.

Constantino tiene muchas ganas de emprender la marcha, de enfrentarse

a su propio destino. Ruega a Dios día y noche para que lo abata una lanza persa mientras cabalga hacia el horizonte y no la maldita vejez. Para no disgustar a su Señor, incluso espera a que pase la Pascua, que celebra en Constantinópolis con todas las de la ley.

Más tarde, por fin, abandona la capital con el corazón ligero y la cabeza despejada. Después de tanto tiempo, finalmente se siente dispuesto a vivir.

Sabe que puede contar con Trachala una vez más, el hermano brutal que nunca lo ha decepcionado en la batalla.

El emperador deja a su espalda un mundo de muerte y recuerdos. Pero tiene su espada al flanco, la lorica bien abrochada y un enemigo feroz esperándolo al otro lado de la puesta de sol.

«¿Qué más podría desear?»

Trota veloz, a la grupa de un precioso corcel, levanta nubes de polvo cargadas de rabia y promesas. Hay toda una vida en ese galope. Está todo el Imperio.

«Y justo entonces sucede.»

Cuando el rayo se estrella contra el fondo de sus vísceras. Cuando la fiebre estalla de repente y lo derriba brutalmente. Cuando el maldito hígado cede y lo arroja al suelo sin conocimiento, rueda por el barro y un hilo de baba escapa de la comisura de su boca...

El agosto ni siquiera se da cuenta. Constantino el Grande ha llegado al final de la carrera. Sonríe con los ojos abiertos hacia el cielo, y en la cabeza un pensamiento tan dulce que es pecado decirlo en voz alta: «Vaya manera de morir, con la cara en el barro y el culo al aire. Sólo espero no habérmelo hecho encima. Si no, ya verás qué carcajadas cuando llegue el arzobispo para la extremaunción...»

«¡Ha muerto! ¡El emperador ha muerto!»

«¡Es imposible, él no puede morir!»

«¡Está grave! ¡Gravísimo! ¡Morirá esta noche!»

«¡Te he dicho que pares, que Cristo te maldiga!»

Las voces resuenan por toda la ciudad. La noticia ha tardado poco en dar la vuelta al Imperio.

El agosto se ha caído, el agosto sufre.

El agosto es amarillo oro. Constantino se está muriendo. Ha estado

inconsciente al menos tres horas. Cuando se ha despertado en la tienda de campaña ha tardado un poco en comprender que las cosas se estaban poniendo feas. Pero su cabeza ahora está lúcida, alabado sea el Altísimo. Mucho más lúcida que cuando partió, esclavo de un delirio demente de eterna juventud. Constantino piensa en soledad, hace un cálculo de las fuerzas que le quedan. Está acostumbrado a no contar con nadie.

El dolor del hígado es un infierno, pero quizá todavía quede esperanza.

Helenópolis no está demasiado lejos, sus termas podrían hacer que se recuperara. Allí seguro que encuentra matasanos expertos y sangradores de primera. Y si eso fuera mal, están las reliquias del santo. ¡Oh, diablos, algo se le ocurrirá!

«Nada se acaba hasta que se acaba.»

El viaje hacia el otro lado del Bósforo es un suplicio. Constantino se ha estado preparando para la guerra durante semanas, pero ni siquiera ha podido recorrer una milla desde los muros de Constantinópolis. Ahora, cada bache es un puñal en el corazón, cada sorbo de agua, un cuenco de fuego en la garganta. Pero su humor, aunque parezca extraño, no es de los peores.

Constantino se ha pasado los últimos años macerándose en la culpa, se ha devorado el hígado literalmente y sólo se da cuenta ahora que está hecho jirones. Meses y meses reconcomiéndose el alma, mordido por el arrepentimiento, arañado por el remordimiento. Las voces de los muertos en los oídos día y noche. Ahora que la muerte se acerca, ahora que la tiene delante con su manto de estrellas, debe admitir que tampoco es tan mala. Si no fuera por el dolor, el balanceo resultaría casi agradable.

En la ciudad consagrada a la augusta, el agua y la tierra son una sola cosa. Constantino se pasa días enteros sumergido en las fuentes termales, con los brazos desgarrados por las incisiones del cirujano para purgar la sangre infectada y limpiarla con el azufre viscoso. Después de diez días de cortes y barro, el agosto no mejora.

Los obispos que hacen guardia como hoplitas feroces están cada vez más preocupados. Constantino se pasa la mitad del día inconsciente. La otra mitad la dedica a los recuerdos.

«A lo que ha sido.»

Una mañana de mayo, el patriarca más anciano se presenta ante él con una vieja túnica raída y unas sandalias manchadas de sangre en las manos.

Constantino no hace mucho que está despierto, tarda un poco en comprender.

—¿De modo que así es como habéis decidido vestirme cuando muera? ¡Estoy a favor de la moderación, pero todavía sigo siendo el emperador, que el Maligno os lleve a todos!

Primero el obispo se pone colorado, después se persigna. Es un gesto automático. Tan inconsciente que deja caer al suelo la túnica y las sandalias. Cuando ve que tocan la superficie del agua y se junta con el lodo, se maldice apretando los dientes. Después se da cuenta de que está delante del señor del mundo y vuelve a sonrojarse. Recupera el sayo, lo sacude, le limpia el polvo y se lo entrega al augusto.

—Las reliquias del mártir Luciano, mi soberano. Milagrosas...

Constantino está al límite. La tos roja tinte el agua.

—No me digas... ¿Y no podrías haberlo dicho antes?

Desnudo, tal como sale del agua, se pone el trapo santo y se calza. Vuelve a meterse en remojo y se queda allí diez horas más. Al obispo por poco le da un ataque allí mismo.

Por la noche Constantino comprende que se ha acabado.

«Esta vez sí que ha llegado la hora.»

Pide ayuda para levantarse y limpiarse, dice a su séquito que no le apetece morir en el culo del mundo. Da orden de que lo trasladen a Nicomedia lo antes posible.

—Por muy mal que vaya, moriré en el camino. Sería justo, a fin de cuentas, puede decirse que nací allí hace muchos años, de camino hacia la Esplendorosa.

El recuerdo del viaje con Constancio lo asalta. Lágrimas en los ojos que le cuesta tragar. El augusto lo ahuyenta, detiene la mano del obispo, que quiere ayudarle a montar en la litera.

—El viaje es largo, no estás en condiciones de caminar...

Constantino sacude la cabeza.

—No lo has entendido, amigo mío. Dentro de un minuto te contentaré, subiré en ese artilugio y me quedaré quietecito hasta llegar a casa. Pero antes necesito un favor...

Y así es como Constantino el Grande convoca a todos los hombres de Dios. Los reúne en la gran sala que da al patio, observa junto a ellos el cortejo listo para partir. El último viaje del Águila está a punto de empezar. El

emperador mira a los patriarcas a los ojos. Los sondea uno a uno, lee en sus almas. Al final los coge de la mano, inspira hondo y habla con la voz de quien realmente no tiene nada que perder.

—Yo confieso...

Cuatro

EL INICIO

Agua Santa

(337)

Epílogo

Si no consideras tu último día como un castigo, sino como una ley de la naturaleza, en tu corazón [...] no habrá lugar para ningún otro miedo.

SÉNECA, *Consolación a Helvia*

Nicomedia (Diócesis del Ponto), 22 de mayo de 337, d. J.C.

El ambiente se ha oscurecido al otro lado del ajimez.

El cuento se ha acabado, Eusebio y Constantino jadean, el uno frente al otro. Hay tensión y sudor, la narración impregna las paredes de la habitación más que si fuera sal. La Historia pesa como una losa sobre la vida del emperador.

«La sangre se queda en la hoja.»

Constantino está a punto de ceder, siente la caricia del final en la nuca. Aferra al obispo por la pechera. Le habla tan de cerca que le echa el aliento.

—Y ahora que ya lo sabes todo, cura, ¿todavía tienes ganas de enviarme al Paraíso?

Eusebio se aparta, tiembla ligeramente, no se atreve a mirarle a los ojos.

—N-no me corresponde a mí, mi señor. Ni aunque viviera otras mil vidas virtuosas, no sería digno de esa gracia...

Constantino lo suelta. Sonríe con su rostro ajado. Desde hace un par de días ha dejado de mirarse al espejo. Tiene miedo de no reconocerse. De encontrar la cara de su padre reflejada en el latón. O peor aún, la de Diocleciano. Tose de forma cavernosa. Gargajos oscuros. Mira al patriarca fijamente a los ojos.

—Tienes razón, cura. Está claro que no te compete... —Contrae las pupilas, cruel—. Aquí mando yo. Ya lo he dispuesto todo. Ahora vamos a darnos prisa, no tengo todo el día. Haz lo que tengas que hacer y después desaparece.

Está claro que Eusebio no se había imaginado el bautismo del Santo

Augusto de esta manera. Se ha pasado la vida esperando convertirse en el puente entre la tierra y el cielo para el señor del mundo y ahora que el Altísimo le concede ese privilegio, Constantino lo trata como a un escudero apaleado.

Pero Eusebio no se lo tiene en cuenta. Busca en las facciones consumidas del viejo soberano al hombre que ha hecho latir el corazón de todo el universo. Encuentra una pequeña parte de aquella fuerza infinita en las cejas fruncidas, una chispa de fuego en el fondo de los ojos y sabe que la fiera no se ha apaciguado. El león está a punto de dormirse. Ocurrirá muy pronto.

«Hasta entonces es mejor estar en guardia.»

Eusebio es meticuloso y lo dispone todo siguiendo el ritual. Invita al Augusto a que manifieste su voluntad de ser cristiano, hace que renuncie a Satanás y a sus pompas, escucha la profesión de fe que se desliza de sus labios temblorosos.

Constantino se conoce la ceremonia de memoria. Añade algún toque personal para evitar equívocos.

—De ahora en adelante quiero marchar cogido de la mano del Pueblo de Dios. Quiero participar en la liturgia diaria porque estoy obligado a seguir reglas de vida dignas del Señor.

Hace rato que se ha quitado la púrpura, sólo lleva puesto el lino blanco de los catecúmenos. El renacimiento del espíritu no tiene nada que ver con el del cuerpo. Es más, los miembros se marchitan mientras el alma se prepara para levantar el vuelo. Toda esa pureza que envuelve su espalda y las partes pudendas tiene un aspecto limpio, huele a vida nueva. Aun a regañadientes, para renacer de verdad es necesario volver a ser un niño.

Constantino observa el símbolo del Imperio cubierto de piedras. El manto que lo ha consagrado como soberano a los ojos de todos yace en un rincón de la habitación como un viejo perro guardián. Hecho un gurrño de ropa, para recordar un pasado que no volverá.

—No la tocaré nunca más —declara el Augusto señalando la púrpura.

Ya no falta mucho para el cara a cara con el Redentor, Constantino quiere estar seguro de acudir desarmado.

El agua que cae por su frente confirma el final. Y el nuevo inicio que lleva consigo. Constantino se seca y regala una mirada dulce a Eusebio. La primera desde que sus ojos se han encontrado.

—Ahora sé que soy verdaderamente bienaventurado, ahora sé que soy digno de la vida eterna, ahora sé que me he convertido en partícipe de la luz divina.

Eusebio le estrecha las manos huesudas. Una lágrima cálida le surca el rostro.

La historia debería acabar aquí, con Constantino cerrando los ojos y dejando estas altisonantes palabras para la posteridad. Pero el buen Dios no es un escenógrafo a sueldo y narra las cosas como a él le parece.

Después del bautismo Constantino no expira. Está muy mal, sí, pero todavía tiene fuerzas para arreglar las últimas cosas. Abre las puertas del dormitorio y deja entrar a la corte, da las gracias a altos oficiales y a dignatarios por sus servicios, reparte regalos y recompensas, le entrega su testamento a Eusebio y designa a Constancio para que cumpla sus últimas voluntades.

Sólo entonces, por fin, cierra los ojos y se abandona.

Constantino el Grande muere tranquilo a la edad de sesenta y tres años, en una fresca noche de primavera precedida de una tarde de fuego. En su Nicomedia, que lo vio hacerse un hombre y lo acogió como emperador en la cumbre de su fulgor.

El último pensamiento que pasa por la cabeza del santo asesino no va dirigido al Altísimo, ni siquiera a sus muertos. Es para Trachala, fiera rebelde y huraña, perro fiel. El único amigo que se ha quedado a su lado hasta el final. Qué destino tan infame, el de la bestia. Cuando agoniza el amo y sus vísceras se secan, él también muere. Se ahoga en la sangre salvaje que lo ha alimentado durante una vida entera.

Al día siguiente el cuerpo es colocado piadosamente en un féretro dorado, recubierto con la púrpura cuajada de joyas. Lleva en la frente la diadema con los clavos de Cristo.

El cadáver bendito parte hacia Constantinópolis, el cortejo que lo acompaña empuña llameantes candelabros dorados. Cuando llega a su destino, la guardia de honor se alterna día y noche para velarlo.

Los preparativos para el funeral requieren más tiempo de lo previsto y los encargados se apresuran a alimentar con constancia los braseros de incienso y mezclas perfumadas, ya que el pobre Constantino empieza a oler mal. Además, con el calor del Bósforo las cosas no hacen sino empeorar. A

pesar del hedor disimulado, la habitación del muerto nunca está vacía, ni de día ni de noche.

Según el orden jerárquico se suceden generales, *comites* con sus funcionarios, senadores y dignatarios de todos los rangos. Cada uno rinde honor al soberano exactamente igual que cuando estaba vivo. Centenares de cabezas rozan el suelo, en el sagrado acto de la *proskýnesis*. Después de ellos va el pueblo: mercaderes, artesanos, albañiles y picapedreros, cordeleros, alfareros y escultores, y también esclavos, desamparados, incluso mujeres y niños descalzos. Pisotean el mosaico de la sala y envían un apenado saludo al hijo de Iliria. Inhalan santidad mezclada con pestilencia a muerte, sudor y tufo de sexos sin lavar.

Roma también llora al agosto. A pesar de que en vida el Grande no hizo más que despreciarla y escupirle a la cara, a la Ciudad Eterna no parece importarle. No le guarda rencor.

Por respeto se han cerrado baños y mercados y se han prohibido espectáculos y juegos públicos. El Senado, en señal de consagración y divinización del emperador difunto, lo hace retratar en las esferas celestes, reposando en las regiones etéreas.

En Constantinópolis, mientras tanto, se trabaja sin parar. Al cuarto día, por fin todo está listo para la sepultura. En este caso Constantino tampoco ha dejado nada al azar. Ha dado instrucciones respecto al dónde y al cómo. Cuando estaba vivo estuvo pensando mucho en este momento.

Constancio cumple con la voluntad de su padre. Ordena que el sudario sea llevado con un carro brillante cubierto de flores desde el palacio hasta la Iglesia de los Santos Apóstoles y se empape del último saludo de la muchedumbre lacrimosa.

El hijo preferido del emperador precede el cortejo fúnebre, lanceros y hoplitas brillantes como espejos hacen guardia al cadáver durante todo el recorrido. Cuando llegan a su destino, los hombres armados se retiran ordenadamente y entregan el cuerpo del emperador a los obispos y a los sacerdotes para celebrar el rito cristiano, como corresponde con un bautizado. La ceremonia tiene lugar en el exterior del mausoleo que se alza frente a la iglesia.

Constantino en persona ha diseñado el proyecto de su última morada. El edificio es redondo y macizo, siguiendo la tradición. En su interior, despejado

y desnudo como la tienda de un guerrero en la batalla, destacan doce estelas funerarias, seis en cada lado, una por cada apóstol. En el centro, abierta, el hueco del sepulcro, el túmulo del Grande, la eterna alcoba del decimotercer siervo de Cristo.

El *isapostolos*, el elegido. El santo.

La ceremonia concluye con una salva de rezos, ya no queda más que el último paso. Manos hábiles aferran los restos mortales del augusto y los depositan en el sarcófago. A su alrededor penumbra y lágrimas, incienso y tristeza.

Cuando la piedra se posa sobre la tumba y la sella eternamente, los presentes saben que son testigos de la Historia.

La oscuridad es la única compañía que le queda a Constantino. Una espesa oscuridad y ninguna estrella para el hijo predilecto de Iliria.

Bastardo de nacimiento, emperador en su madurez, convertido en señor del mundo, ha llegado a la muerte solo como un perro, en olor de santidad.

Nota del autor

Cuando escogí los textos para redactar la novela quise basarme en un criterio ecuménico. Mi intención era observar a Constantino el Grande desde todos los ángulos posibles, desde el más antiguo hasta el más moderno. Éste es el motivo de que aparezcan en el siguiente listado textos claramente anticuados —como el de Burckhardt, editado por primera vez en 1853— junto con las investigaciones más actuales, como la de Marcone. Además he intentado no dejar de lado la importancia de las fuentes originales, dedicando una especial atención al trabajo de Eusebio y a las descripciones militares del *Strategikon*. También tuvo una especial relevancia en la novela el artículo extraído de *Polematica*, con el que tengo una inmensa deuda. Sin las esclarecedoras palabras de Meschini y Molinari, la escena de la batalla de Puente Milvio habría resultado indiscutiblemente más desvaída.

BURCKHARDT, JACOB, *Del paganismo al cristianismo: la época de Constantino el Grande*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1982.

CESAREA, EUSEBIO DE, *Vida de Constantino*, Editorial Gredos, Madrid, 1994.

—, *Historia eclesiástica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2008.

EUNAPIO, *Vida de Constantino*, Editorial Gredos, Madrid, 1994.

HORST, EBERHARD, *Constantino il Grande*, Bompiani, Milán, 2009.

IMPERATORE, MAURIZIO, *Strategikon. Manuale di arte militare dell'Impero Romano d'Oriente*, a cargo de Giuseppe Cascarino, Il Cerchio Iniziative Editoriali, Rímìni, 2007.

LACTANCIO, *Sobre la muerte de los perseguidores*, Editorial Gredos, Madrid, 2000.

MARCONE, ARNALDO, *Pagano e cristiano. Vita e mito di Costantino*, Laterza, Bari, 2002.

VV. AA. *Costantino il Grande tra medioevo ed età moderna*, a cargo de Giorgio Bonamente, Giorgio Cracco, Klaus Rosen, Società Editrice il Mulino, Bologna, 2008.

—, *Ponte Milvio, 28 ottobre 312 d. J.C.: nel nome di Dio*, a cargo de Marco Meschini, Andrea Molinari, in *Polematica: l'arte della guerra*, «Il Domenicale», sábado, 17 de abril de 2004.

Agradecimientos

Este libro le debe mucho a un montón de personas, sobre todo en términos de confianza. Antes de empezar a escribirlo, no estaba seguro de conseguirlo. Soy un escritor de novela histórica, sí, pero la Historia con la que me muevo suele ser reciente, a veces la más reciente. Desde hace unos años me he aficionado a las gestas de centuriones y emperadores, pero una cosa es leer toneladas de *peplums* y exaltarse por las hazañas de los Escipiones o de Octaviano, y otra es decir: «Voy a intentarlo.» En seguida me di cuenta de que se trataba de un viaje a una tierra doblemente desconocida. Yo nunca había escrito nada parecido y (por lo que he podido averiguar, y os aseguro que he buscado a lo largo y ancho de los catálogos de narrativa histórica europea y americana) ningún otro autor de ficción (me atrevería a decir «ningún autor», en absoluto, pero alguien podría desmentirme) ha publicado nunca una novela sobre la vida de Constantino el Grande. El motivo lo desconozco (es una gran historia, para hacer una película), pero el simple dato estadístico, estaréis de acuerdo conmigo, hace temblar las piernas. Cuando por fin me armé de valor y decidí afrontar la empresa, el camino era todo cuesta arriba. Había que estudiar bastante, aventurarse en territorios inexplorados y al final intentar resultar creíble al narrar con los instrumentos de la ficción una de las más grandes epopeyas militares de la historia de la humanidad.

Casi nada...

No sé si lo he conseguido. Sólo sé que, después de un año y medio de frenético trabajo, he escrito al pie del volumen que tenéis en las manos la palabra fin. Si os dijera que he llegado hasta aquí yo solo, contaría una trola más grande que el majestuoso Imperio del vástago de Iliria. Han sido muchos los compañeros de viaje. De modo que necesito dar numerosas gracias a las personas que han estado a mi lado, que han tenido la paciencia de escucharme y de contestar a mis preguntas, y el buen sentido de tirarme de las orejas cuando escribía tonterías. En particular:

A mi adorada esposa, Mary, que me sugirió que contara las gestas del

valeroso vástago de Iliria. Antes de ponerme la mosca detrás de la oreja estaba convencido de que una novela sobre Giulia Maggiore era una idea genial (¿Giulia qué? Pues eso...).

También a Giancarlo De Cataldo y Valerio Evangelisti, que fueron los primeros (primerísimos) que creyeron en este proyecto.

A mi agente, Piergiorgio Nicolazzini, que encendió la chispa.

A Michele Rossi, que puso al más grande emperador de todos los tiempos en manos de un entusiasta de complots, bombas y asesinatos y nunca se ha arrepentido de ello. Creo...

A Viola Vastola, que realizó un auténtico milagro. Consiguió (con un derroche de sobrehumana paciencia) convencerme para que transformara una novelucha de cuartel (cuajada de expresiones dignas de un portuario fenicio borracho perdido) en un libro que estaría orgulloso de mostrar a mi profesor de Historia. Gracias, Viola. Todavía no entiendo cómo lo hiciste, pero gracias de corazón.

El último gracias, como siempre el más importante de todos, es para ti, por haber comprado el libro o por haber hecho que te lo presten. Te lo agradezco de veras, porque sin ti yo no estaría haciendo lo que hago.

Notas

1. La actual Milán. (*N. de la t.*)

Invictus

Simone Sarasso

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Invictus*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial
Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Stephen Mulcahey / Arcangel Images

© Simone Sarasso, 2012

Publicado de acuerdo con PNLA & Associati S.r.l. / Piergiorgio
Nicolazzini Agency

© por la traducción, Maribel Campmany, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2013

ISBN: 978-84-08-11281-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

